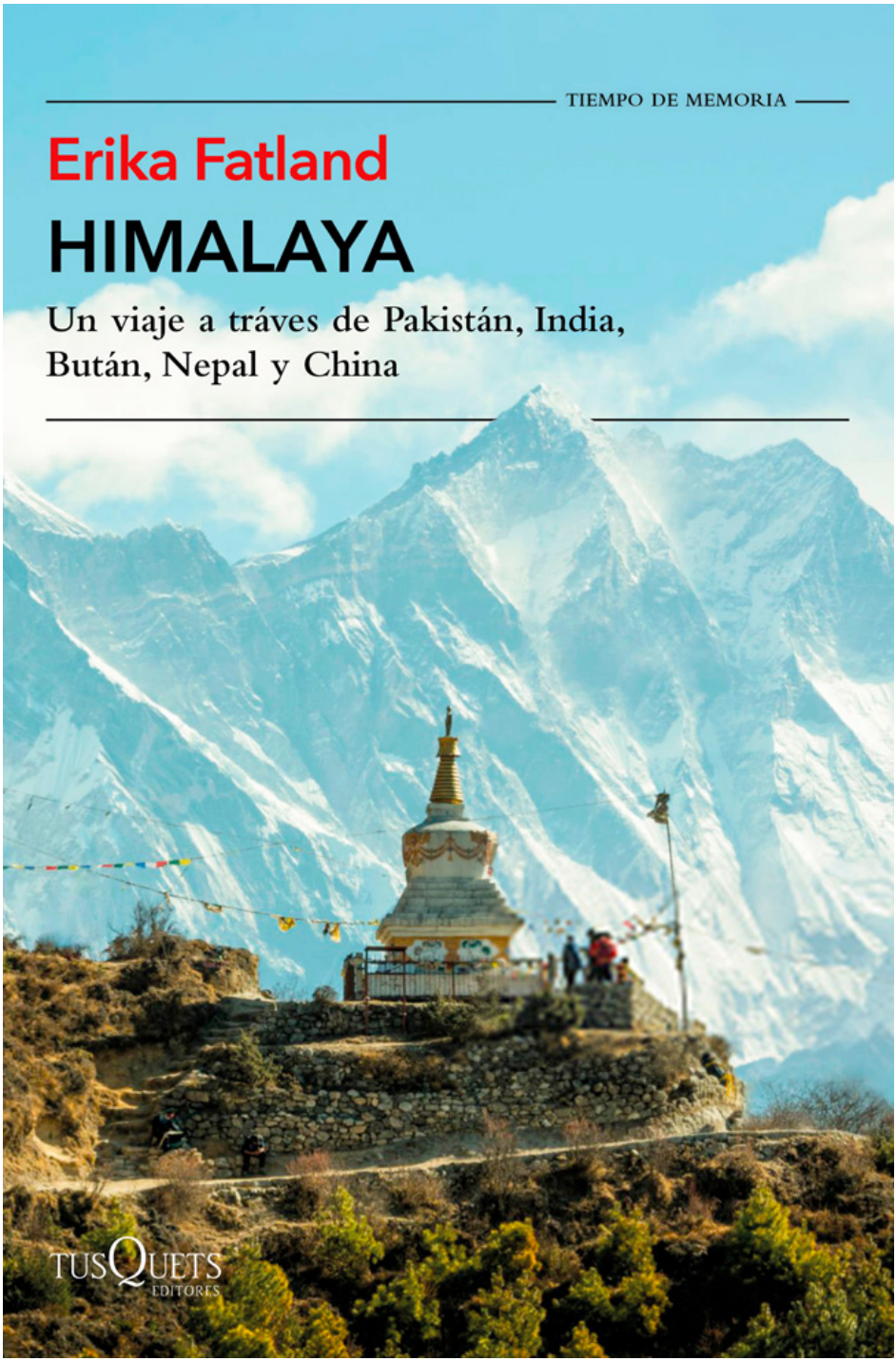
TIEMPO DE MEMORIA

Erika Fatland

HIMALAYA

Un viaje a tráves de Pakistán, India, Bután, Nepal y China



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Un mal presagio
Primera etapa
- Ruta de la Seda 2.0
- Juego político de altos vuelos
- Planificación familiar en el país de los cuentos
- Ayuno y fiesta
- El amor en la época de los talibanes
- Paso fronterizo
- Paraíso con toque de queda
- El campo de batalla más alto del mundo
- Sobre dioses y hombres
- El Pequeño Tíbet
- Vacuidad y caza de ondas de radio
- El manantial
- El champán de las montañas
- Princesa sin reino
- Tesoros desnudos
- El guardabosques misterioso
- La felicidad nacional bruta
- El salvaje Oriente de la India
- Por el mañana

Segunda etapa
- Diosas niñas

Aglomeración en la cumbre
Historias de la capital
El príncipe que no quería ser rey
El leopardo de las nieves
El dios sediento
Terra nullius
La feligresía perdida
En el Centro del Mundo
La concubina china
Vuelo regular a Shangri-La
El reino de las mujeres
Agradecimientos
Apéndices
Notas
Notas de la traductora
Bibliografía
Láminas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Erika Fatland nos conduce en esta obra a las alturas vertiginosas del legendario Himalaya, la vasta cordillera que serpentea a través de cinco países en los que el islam, el budismo y el hinduismo se mezclan con ancestrales creencias chamánicas. Innumerables lenguas y culturas muy distintas entre sí cohabitan en los recónditos valles del llamado techo del mundo. Las asombrosas historias en torno al monte Everest se conjugan con la espiritualidad de los monasterios budistas, las leyendas sobre el yeti o la fascinante y misteriosa Shangri-La. Como en sus anteriores libros, la autora va ante todo al encuentro de las gentes que pueblan los países que conforman el Himalaya actual, desde Bután a Pakistán, pasando por India, China o Nepal. Sus historias personales nos hablan de tradiciones centenarias y política moderna, de guerra y cambio climático, de la durísima lucha cotidiana por la supervivencia en un medio tan hermoso como hostil, de costumbres atávicas y superpotencias económicas que ya viven en el futuro.

ERIKA FATLAND

HIMALAYA

Un viaje a través de Pakistán, India Bután, Nepal y China

Traducción del noruego de Carmen Freixanet

TUSQUETS EDITORES

A mis fantásticos abuelos:
Solfrid Grønnestad y Erik
«Bessen» Grønnestad (fallecido en
2019); y Ragnhild Fatland y Ole
Fatland (fallecido en 2020).

Un mal presagio

De madrugada, **la altiplanicie**, **4.750 m s. n. m.**, hervía de tibetanos festivos. Ligeros copos de nieve dibujaban piruetas en el aire liviano. En mitad de la planicie, se inclinaba un asta dibujando un débil ángulo oblicuo, apoyada en estacas y guarnecida con piel de yak y coloridas banderas de plegaria. Tenía más de 25 metros de largo, era el asta más alta del Tíbet. Cuerdas largas y robustas atadas al grueso palo yacían en el suelo pulcramente engalanadas, a punto para los tiradores. Dos camiones, que parecían impropiamente aparcados en mitad de los festejos, estaban preparados para ayudar.

Miles de personas se habían congregado en el lugar; muchas de ellas habían viajado durante días cruzando toda la meseta tibetana para llegar a la más sagrada de las montañas en mitad del más sagrado de los meses, el *saga dawa.* Los budistas creen que todo lo que se haga este mes, ya sean buenas o malas acciones, se hacen diez veces más grandes. Y precisamente ese día, el más sagrado de todos, el decimoquinto día del *saga dawa,* el del nacimiento de Buda y el día en que alcanzó el nirvana, todas las acciones se hacen cien veces más grandes.

Las peregrinas iban envueltas en faldas de lana tejidas a mano, camisas de seda y pesados colgantes de plata; los hombres llevaban abrigos de piel o de seda hasta la rodilla y grandes sombreros. Los esmerados peinados y las coloridas vestimentas informaban de qué parte del Tíbet eran, de sus lejanas procedencias. Sin embargo, lo más impresionante no era el largo viaje que habían hecho, sino que

hubieran podido conseguir todos los permisos necesarios, todos los sellos, todas las firmas necesarias para cruzar las invisibles fronteras que separan las regiones, pasar los numerosos puestos de control para poder estar ni más ni menos en ese lugar, precisamente esa mañana, mientras livianos copos de nieve revoloteaban en el aire. Las autoridades chinas temen la profunda convicción religiosa de los tibetanos porque no tienen ningún control sobre la misma, y, especialmente, temen eventos como ese, en el que creyentes de pueblos lejanos se aglomeran a millares.

Las autoridades habían desplegado numerosos efectivos. Grupos de policía antidisturbios, protegidos con rodilleras, cascos, chalecos antibalas y equipados con porras y escudos, marchaban por doquier, ante niños y banderas de plegaria. En el diminuto templo situado en la cresta de la colina, por encima de la planicie, hoscos policías vigilaban la cola de peregrinos que esperaban ser bendecidos por los monjes, se encargaban de que todo transcurriera en orden, que nadie se colara, que nadie estuviera demasiado rato parado hablando con un monje, que hubiera fluidez, movimiento y un avance adecuado. Los monjes estaban sentados en una larga hilera, ataviados con sus hábitos rojos y amarillos y grandes sombreros; tocaban tambores, soplaban trompas o se inclinaban sobre manuscritos mientras salmodiaban a media voz.

Abajo en la llanura, el gentío se movía lentamente alrededor del asta inclinada; en las manos sostenían ruedas y rosarios de plegaria mientras susurraban el más sagrado de los mantras: *«Om mani padme hum, om mani padme hum».* Jóvenes y mayores se echaban al suelo, los brazos extendidos por encima de la cabeza, rezaban, se levantaban y daban unos pasos antes de echarse de nuevo. «*Om mani padme hum.»* Me dejé llevar por la corriente, por el flujo de gente, y caminé alrededor del asta junto a los peregrinos, rodeada de colores y de plegarias. «*Om mani padme hum.»* El tiempo se había detenido, flotaba, el tiempo era los copos de nieve que revoloteaban

en el aire.

Junto al asta, los tiradores se colocaron al lado de sus respectivas cuerdas. El gentío se detuvo y se quedó mirando expectante a los hombres que ya tiraban de las cuerdas con precaución.

«Ki-ki-so-so!», murmuraban los espectadores para alentarlos, primero bajito y después cada vez más fuerte: *«Ki-ki-so! Ki-ki-so-so-lha-Gyalo!»,* «¡Victoria a los dioses!». Lentamente el asta se alzaba a los cielos con la ayuda de manos voluntariosas y los dos camiones, *«So-so-so!».* Minutos después, cuando llegó a la posición vertical, los peregrinos irrumpieron en exclamaciones de éxtasis, *«Ki-ki-so-so!».* Banderas de plegaria de papel se lanzaron al aire con *tsampa,* harina tostada de cebada. Quedé cubierta de harina, todos quedamos cubiertos de harina, y el gentío empezó a desplazarse de nuevo describiendo un círculo oval alrededor del asta: miles de rostros generosos y sonrientes avanzaban más y más deprisa, *«Ki-ki-so-so!».* Las voces eran electrizantes. De nuevo me dejé llevar por el flujo de gente alrededor del asta, rodeada de una alegría desbordante y fina harina *tsampa*.

Me detuve con la intención de tomar la última fotografía antes de reencontrarme con Jinpa, mi guía, que me esperaba junto a las banderas de plegaria, arriba en el templo. En realidad, yo no tenía permiso para alejarme más de 5 metros de él, eso había dicho el policía en la reunión informativa del día anterior; a los extranjeros había que tenerlos bajo control, pero Jinpa no era demasiado riguroso con eso, casi siempre me dejaba mover a mi libre albedrío.

Saqué la cámara y tomé una foto, justo a tiempo para inmortalizar el asta en caída libre.

Se hizo un silencio sepulcral. Se detuvieron todos, vueltos de cara al asta caída, que ahora, tendida en el suelo, dibujaba un ángulo poco natural; posiblemente estaba rota. Ya nadie gritaba *«Ki-ki-so-so»,* nadie lanzaba *tsampa* ni banderas de plegaria al aire. Algunas personas lloraban. Otras miraban al frente paralizadas.

Encontré a Jinpa desplomado de rodillas.

—Esto no había ocurrido nunca —dijo gravemente—. Ni en trescientos años. Otras veces el asta se había torcido un poco, no había quedado totalmente vertical, y esto siempre se interpretaba como una mala señal para el próximo año. Pero esto... Esto es una muy mala señal. *Malísima*. Para todos los que estamos aquí, y para todo el Tíbet.

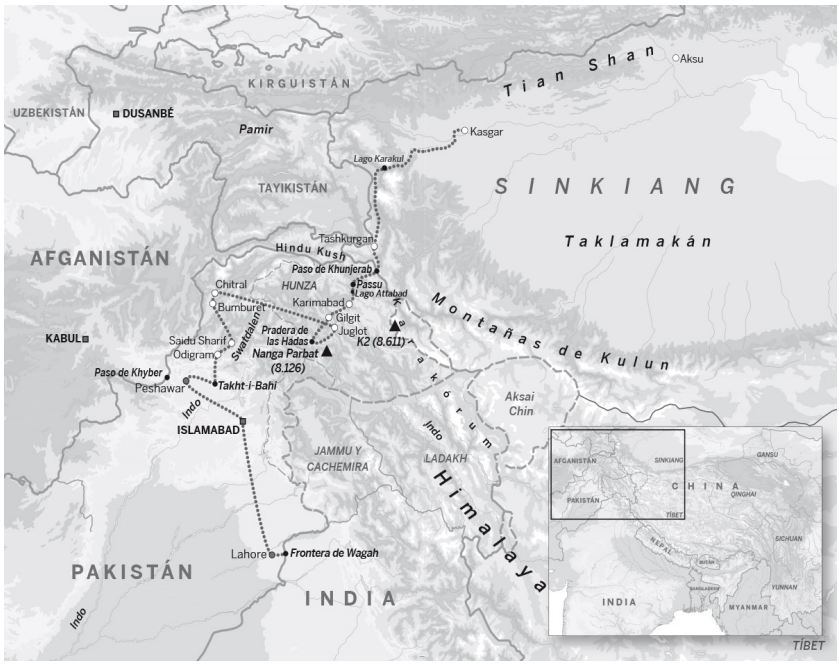
Junto al templo, los monjes leían mantras con voces oscuras y penetrantes, ahora con el entrecejo muy arrugado. Los hombres, que hacía unos minutos habían alzado el asta y habían sido vitoreados como héroes, iban de un lado a otro sin saber qué hacer, mirando estupefactos el palo caído.

Jinpa se levantó y atrapó mi mirada. Tenía los ojos brillantes.

—Ven —dijo—. Debemos partir. Nos queda mucho camino todavía.

Primera etapa
Julio-diciembre de 2018

Si existe un paraíso en la tierra, está aquí, está aquí, está aquí.
Atribuido al poeta HAZRAT AMIR KHUSRAU



Ruta de la Seda 2.0

¿Dónde empieza o termina una montaña, una cordillera, un viaje?

Si se contemplan las montañas de Asia en un mapa en relieve, un mapa topográfico sin nombres, se ve la superficie de la tierra, movimientos solidificados y ondulaciones geológicas, dibujos geométricos, fractales. Pero sin un comienzo ni un final, sin una clara delimitación.

Las montañas que llamamos Himalaya, término que en sánscrito significa «hogar de la nieve», constituyen una enorme barrera oval de masas rocosas, glaciares y valles profundos entre el continente euroasiático en el norte, donde la boscosa y despoblada Siberia se expande hacia las estepas y los desiertos de Kazajistán, Mongolia y China, y el subcontinente indio en el sur, que se extiende desde Pakistán en el oeste hasta Myanmar en el este. Justo al norte del Himalaya se encuentra la meseta tibetana. Más al sur, la cordillera concluye de forma abrupta, como un antepecho de cumbres elevadísimas frente a la India y Pakistán. Aquí en las empinadas laderas, hace menos de un siglo se sucedieron los pequeños reinos del Himalaya. La mayoría de ellos han sido devorados por Estados grandes y poderosos; solo el reino de Bután se mantiene firme.

Tanto en el mapa como sobre el terreno, ni el principio ni el final de la cadena montañosa quedan claramente definidos. En el oeste, la cordillera del Himalaya está vinculada a las cordilleras del Pamir, del Karakórum y del Hindú Kush. Por tanto, ¿es más correcto situar el inicio de la cordillera en el puerto de Shibar (Afganistán), donde posiblemente expire el Hindú Kush, o bien en el Nanga Parbat

(Pakistán), la montaña más alta del oeste antes de que el Himalaya pierda su nombre? En Kirguistán, las montañas del Pamir confluyen con el Tian Shan, llamadas Montañas Celestiales, que en el norte pasan a ser las montañas de Altái y, sin transiciones, prosiguen hacia el este por los montes Sayanes, llegando hasta el mar de Ojotsk en el este. Entonces, ¿se podría decir que, en realidad, el Himalaya acaba o posiblemente empieza en el océano Pacífico?

Si todavía se contempla el asunto desde una perspectiva más amplia, se puede argumentar que el Himalaya forma parte del plegamiento alpino que se inició hace entre 60 y 80 millones de años, cuando la placa tectónica africana y la indoaustraliana colisionaron con Eurasia en el norte, fenómeno que a su vez provocó el nacimiento de las montañas del Cáucaso, los montes Tauro, los Alpes, los Pirineos, la cordillera del Atlas y más tarde el Pamir, el Hindú Kush, el Karakórum y el Himalaya. Si incluimos toda la gran familia de cordilleras alpinas, el Himalaya y sus parientes cercanas y lejanas se extienden en consecuencia desde el océano Atlántico en el oeste hasta el océano Pacífico en el este.

Sea cual sea la definición que se elija, nadie diría que el Himalaya empieza en **Kasgar**, **1.270 m s. n. m.**, la antigua ciudad de la Ruta de la Seda, en la provincia china de Sinkiang, en mitad de la seca cuenca del río Tarim, en China, casi el lugar más al oeste al que se puede llegar. Pero mi viaje al Himalaya empezaba allí, un preámbulo que se prolongó más de lo planeado. No podía continuar viaje hacia las montañas del sur, hacia el Himalaya, sin el pedazo de papel en mi pasaporte que me permitiría desplazarme libremente en Pakistán. El retraso era ante todo culpa de los indios, y lo único que podía hacer era armarme de paciencia y esperar.

Había solicitado el visado indio con suficiente antelación, pero el proceso se prolongó y la embajada pedía más y más información: ¿dónde me alojaría? ¿Adónde viajaría? ¿Cómo me desplazaría? ¿Con quién viajaría? ¿Por qué iba a la India en concreto? Y, al final,

el tiempo francamente apremiaba. Renuncié a la embajada india y me concentré en la pakistaní como alternativa, pero allí también iba todo lento, por lo visto estaban de vacaciones. Quizás expedirían el visado la próxima semana o la siguiente, no podía saberse con seguridad. Entonces, de repente, llegó el momento de partir, y subí al avión hacia China como tenía pensado y entré en el país con un duplicado de mi pasaporte. El original estaba en la embajada pakistaní de Oslo. A diferencia de sus colegas al sur de las montañas, los burócratas chinos fueron ejemplarmente eficaces y la solicitud de visado se tramitó con urgencia como yo había pedido. En ese momento estaba atrapada en Kasgar, esperando que las vacaciones de la sección consular pakistaní de Oslo terminaran y me llegará el pasaporte original con el mágico papelito para poder adentrarme en las montañas.

Estos son los prosaicos planteamientos de un viajero moderno. Las etapas dedicadas al transporte se hacen en un abrir y cerrar de ojos, es la burocracia lo que lleva tiempo. Se dice que en el mundo han desaparecido las fronteras y que vivimos en la era de la globalización, pero eso solamente si se tiene el pasaporte en regla y los documentos necesarios. ¿De qué hablan los trotamundos cuando se encuentran? Por supuesto de burocracia, de los consulados, de la prolongación del visado y los procesos para solicitarlo.

Mientras esperaba para seguir mi viaje, paseé por las somnolientas calles de Kasgar. A la entrada de la mezquita Id Kah, de un amarillento pálido y el hito más importante de la ciudad, me paró un policía severo:

—Pasaporte —gruñó—. También para entrar en la casa de Dios hay que llevar los documentos en regla en nuestros días.

—Lo tengo en el hotel —respondí.

—Entonces no puedo dejarla entrar —declaró—. Además, no se pueden tomar fotografías dentro de la mezquita —añadió hoscamente—. Está terminantemente prohibido.

Salí de nuevo a la gran plaza recién restaurada. A la sombra de unos árboles grandes había un puñado de hombres de cabello gris que escuchaban sentados la llamada al rezo en el teléfono móvil. Al final de la plaza, ya en la carretera, tres niños chinos se agarraban a la joroba de sus respectivos camellos mientras los padres entusiasmados documentaban la proeza. Por lo demás la plaza estaba desierta y desolada.

Un túnel peatonal atravesaba la calle con mucho tráfico. Abajo en la penumbra había otro control para verificar la identidad. A los turistas chinos y a mí nos indicaron que no teníamos que pasar por el detector de metales; solo los uigures residentes debían hacer cola para ser registrados. De forma rutinaria depositaban los bolsos en la cinta corredera, escaneaban su carné de identidad y miraban a la cámara. Arriba a la luz del día, en la entrada de la famosa ciudad vieja, había un nuevo control. De nuevo, los controladores me hicieron señales de que pasara por delante de la cola de mujeres y niños lugareños.

En uno de los tenderetes vendían zumos de granada, en otro, panes de pita, en otros, fideos, pinchos o carne de cordero cocinada al vapor, y aún los había que ofrecían melones jugosos, melocotones maduros y rebosantes racimos de uvas. Un tufo a comida impregnaba todo el mercado de alimentos y turistas chinos hambrientos se apiñaban alrededor de las monumentales ollas de carne. Kasgar es muy conocido por sus animados mercados, toda la ciudad es en cierto modo un gran bazar; en cada esquina hay un tenderete donde se vende algo comestible. Las vendedoras visten largas faldas floreadas, los hombres mayores llevan sombreros circulares. Grupos de viajeros chinos plasman la exótica vida popular con objetivos semiprofesionales de medio metro. Muchos se hallaban muy lejos de sus hogares: Kasgar es uno de los lugares más occidentales y alejados de la China, la ciudad está más cerca de Bagdad que de Pekín.

Me abrí paso entre los puestos de comida y desaparecí por uno de los estrechos callejones. Vista en el mapa, la ciudad vieja no parece muy grande, pero enseguida me perdí por esas laberínticas calles circulares, rodeada de casas de adobe color beis. Niñas vestidas de princesa se me acercaron corriendo para tocarme el pelo, me gritaban «*Ni hao»,* un par de ellas se atrevieron a pronunciar un tímido «*Hello».* En los umbrales de las puertas había ancianas sentadas bebiendo té. Me dedicaron una sonrisa y me dijeron «*Salaam»* cuando pasé.

Las autoridades turísticas habían distribuido abundantes mapas, pero eran de poca ayuda puesto que no indicaban en qué punto se hallaba uno, solo mostraban las diferentes rutas que se podían seguir por esas laberínticas calles: ruta 1, ruta 2, ruta 3. De vez en cuando me cruzaba con turistas chinos equipados con palos de selfi y pañuelos en la cabeza para protegerse del sol, pero mayormente estaba rodeada de pandillas de niños risueños y abuelas muy arrugadas. Las calles polvorientas serpenteaban en todas direcciones, cada pintoresco rincón era como un decorado de los cuentos de *Las mil y una noches*. Ese, pensé, sin mapas ni palos de selfi y con más camellos y burros, debía de ser el aspecto de Kasgar hace unos dos mil años, cuando los comerciantes iniciaron el transporte de seda, papel, especies y otros productos lucrativos del este al oeste por la ruta de las caravanas.

Cuando el equipo de filmación de *Cometas en el cielo,* a principios de la década de 2000, buscaban una ciudad más segura que Kabul para filmar, la elección recayó en Kasgar, la ciudad vieja islámica mayor y mejor conservada de Asia Central. En la actualidad, probablemente tendrían que hallar decorados más auténticos. De no haberlo sabido, no sé si me hubiera dado cuenta, porque el trabajo estaba bien hecho, aparentemente respetaba la tradición. Pero los ángulos y esquinas eran todos muy rectos. Todas las paredes de barro eran perfectas, sin ningún rasguño, sin ninguna irregularidad.

A veces iba a dar a unas escaleras que no conducían a ninguna parte o a calles que, sin razón alguna, terminaban de forma abrupta en una muralla, puesto que su diseño había sido visiblemente modificado. Aparte de las pandillas de niños risueños que me seguían, las calles estaban prácticamente desiertas y desoladas.

Hoy en día, la famosa ciudad vieja de Kasgar no es más que un decorado. Bello y romántico, pero totalmente nuevo.

La evacuación y derribo de la ciudad vieja se efectuó en 2009. Según las autoridades chinas sus casas no eran seguras para resistir los terremotos, necesitaban mejoras urgentes y modernización. Pero los chinos, fieles a sus viejas costumbres, en lugar de renovar las casas milenarias, echaron mano de las excavadoras y se emplearon a fondo. Fueron derribadas cerca de sesenta y cinco mil casas y más de doscientas mil personas perdieron su hogar. Muchas de ellas viven ahora en pisos pequeños de bloques anónimos en los suburbios de la ciudad.

Tras haber paseado arriba y abajo durante más de una hora, di con la maciza puerta de la ciudad, también completamente nueva. Letreros en uigur, chino e inglés informaban de que la puerta conducía a Kashgar Old City. Cinco letras «A», en la entrada a la izquierda, indicaban que esta era una atracción turística de cinco estrellas, un honor que le fue concedido a la ciudad en 2015 al terminar la reconstrucción.

Al otro lado de la calle, una parte de la ciudad vieja permanecía intacta. Allí no imperaba el orden. La mayoría de las casas, construidas al azar y casi atropelladamente, estaban medio derruidas. El resto de la muralla se asemejaba más a un desprendimiento de tierra petrificado que a un muro, y entre las casas había mucha basura. En la entrada, me pararon cuatro policías. Fumaban sentados debajo de un parasol, su único cometido era claramente parar a cualquier turista que quisiera entrar en la verdadera ciudad vieja. Intenté, pero sin éxito, sonsacarles por qué

no se podía entrar, los policías solo hablaban chino. Un gran letrero junto a la mesa a la que estaban sentados informaba en tres idiomas, uno de ellos tenía un parecido al inglés: REMINDER: DEAR VISITOR, DUE TO THE HATHPACE FOLK HOUSE IS DRESSING UP, CAN NOT ENTER INSIDE, PLEASE FORGIVE ME. La confianza de los chinos en la traducción mecánica es infinita. También se paraba a los turistas chinos, pero a las mujeres uigures con niños las dejaban entrar.

Nadie me impidió rodear lo que quedaba de la devastada ciudad vieja de Kasgar. Al principio albergué la remota esperanza de encontrar otra entrada menos oficial, pero en cada callejuela había un policía vigilando de forma discreta. De vez en cuando, me las apañaba para, a hurtadillas, echar una ojeada a través de las ventanas a las humildes casas maltrechas. En el interior, había gente bebiendo té o viendo la televisión. La *estatal* supuse. Igual que ayunar en el ramadán o poner nombres islámicos a los recién nacidos, negarse a ver la televisión estatal ha sido recientemente considerado extremismo religioso. Estadísticamente, era muy probable que algunos de esos telespectadores echados en los sofás de las casas del barrio humilde fueran étnicamente chinos Han, traídos de partes más centrales del reino para reeducar a la población musulmana del salvaje Occidente y enseñarles a vivir según el estilo moderno, el estilo que el partido había diseñado.

La distopía de *1984* de George Orwell palidece en comparación con la de la provincia de Sinkiang, año 2018.

Mi primer conocimiento del Himalaya fue a través del Pato Donald. Así como mi viaje por Asia Central y por los países con el sufijo «-stán» estaba inspirado, en cierta manera, en las muchas escapadas de Donald a países del «Exotistán», también esta expedición estaba fundamentalmente inspirada en Carl Barks. De niña me dormía y despertaba con el Pato Donald; de hecho, aprendí a leer con el Pato Donald. Mi padre, sentado al borde de la cama, siempre me leía sus historietas, y cuando él se dormía, algo que hacía con frecuencia,

tenía que continuar yo por mi cuenta.

Más adelante, cuando me hice un poco más mayor, leí también otro tipo de materiales impresos y me fascinaba especialmente el atlas que teníamos en casa. No había globo terráqueo, pero sí un grueso atlas. En mi imaginación viajaba por los mapas, ningún lugar era más mágico que la cadena montañosa ocre y blanca situada entre la India y China: Hindú Kush, Timbu. Lhasa. Hunza. Katmandú. Sikkim. Karakórum. Annapurna. Y el más bello de todos los nombres: Himalaya. Nunca me cansaba de repetir para mí el sonido de sus sílabas: Hi-ma-la-ya.

En una de mis historias preferidas de Patoburgo, Carl Barks hace que el Tío Gilito tenga un ataque de nervios. Su estado es muy grave: ya no soporta ver u oír hablar de dinero. Donald y los sobrinos se lo llevan al recóndito valle de Tralalá, en las alturas del Himalaya, donde al parecer no existe el dinero. El valle está tan desierto que tienen que llegar a él saltando en paracaídas, pero todas las peripecias valen la pena porque hallan un paraíso terrenal en el que sus habitantes son alegres, felices y viven en plena armonía.

Apenas existe ningún lugar en el mundo más mítico que el Himalaya. Sus montañas fueron el último reducto de los exploradores. Avanzada ya la década de 1900, hubo aventureros occidentales que se vistieron como comerciantes locales y peregrinos con la esperanza de poder llegar a Lhasa, la legendaria capital del Tíbet, y varias décadas después de haber plantado banderas tanto en el Polo Sur como en el Polo Norte, las cumbres más altas del Himalaya seguían sin ser conquistadas. Luego llegó la mística. Las historias sobre recónditas comunidades de los valles himalayos donde nadie envejecía ni moría, sino que todos sus habitantes vivían en completa armonía, poseían conocimientos peculiares y una profunda sabiduría, se vendían a porrillo en París, Londres y Nueva York.

Las aventuras del Tío Gilito en Tralalá duraron poco. Llevaba consigo frascos de medicina para los nervios en caso de sufrir una posible recaída. La población local quedó prendada de los tapones de corcho, les parecían tesoros escasos y empezaron a intercambiarlos por productos. Para solucionar el problema, el Tío Gilito hace que su avión lance al aire millones de botellas con tapones de corcho. Los campos quedan cubiertos con ellos, hay demasiada abundancia de lo bueno. Los habitantes están enfadadísimos, y a los patos no les queda más remedio que huir a toda prisa del abrupto valle.

Cuando con diecinueve años emprendí mi primer viaje, el destino estaba escrito: debía ser al Himalaya. Mi primer contacto con las caóticas calles de Katmandú donde se amontonan las tiendas turísticas y con los pueblos tibetanos del Annapurna, con pizzas y espaguetis en las cartas de los restaurantes, me produjo rechazo y al mismo tiempo me dejó con ganas de ver más. Muchos años después viajé a Bután y allí me sorprendió una realidad himalaya totalmente diferente, pero también acomodada y adaptada al moderno explorador occidental.

Comprendía, había leído, sabía, que el Himalaya era mucho más que todo eso, mucho más que turismo espiritual y sueño paradisiaco de alpinistas. La diversidad lingüística y cultural es enorme, porque, a lo largo de los siglos, pueblos grandes y pequeños encontraron refugio en esos desiertos valles intransitables, y muchos permanecieron sin que les molestara apenas nadie hasta la época actual. Los alpinistas escriben sobre sus ascensiones y las dificultades a las que se enfrentan, los exploradores escriben todo el tiempo casi más sobre sí mismos que sobre las sociedades que «descubren». El Himalaya no solamente es alto sino también extenso; la cordillera abarca cinco países, desde China e India en el noreste, atraviesa Bután y Nepal, y llega hasta Pakistán en el noroeste. ¿Qué historias se esconden fuera de las rutas principales,

en los valles y pueblos encumbrados de la cordillera de nombre tan bello?

Pronto viajaría lejos y a mucha altura.

Pero primero tenía que obtener el visado prometido. Las vacaciones de la embajada pakistaní en Oslo seguían su ritmo lento, y fueron pasando los días hasta llegar el domingo, el día del legendario mercado de animales de Kasgar. Tomé un taxi en el centro y seguí el fuerte hedor a ganado, pasé por delante de los vendedores de melones y los carniceros hasta llegar a los animales vivos. A la entrada de esa sección, me pararon tres policías que señalaban mi cámara con cara de pocos amigos.

—*No photos!* —gritaron atropellándose entre ellos.

—*Why?* —pregunté, pero no obtuve más respuesta que la repetición de esa prohibición: «*No photos!*». No tenía sentido. El mercado de animales es famoso por ser uno de los mejores y más vistosos del mundo. Continuamente llega gente desde muy lejos con la maleta llena de caras cámaras fotográficas para llevarse esas imágenes consigo.

En la zona del mercado imperaba un olor hediondo a pieles, excrementos y miedo. Había montones de ovejas y bueyes bien nutridos junto a algún burro rezongón. Los animales, objetos de venta, estaban aprisionados unos contra otros y sujetos a vallas provisionales o apiñados en la plataforma de carga. Por doquier se gritaba y regateaba, se contaban pilas de billetes que cambiaban de mano. Hombres de manos rudas iban en ropa sucia de trabajo; las mujeres llevaban vestidos largos, llenos de manchas oscuras de suciedad. Aquí y allá me topaba con turistas chinos con mascarillas que les cubrían la nariz y la boca. Todos hacían caso omiso de la prohibición de fotografiar y parecía que los granjeros tampoco tenían nada en contra de ser fotografiados; estaban demasiado ocupados con lo suyo. La policía permanecía la mayor parte del tiempo en su caseta de vigilancia a la entrada del mercado, a una

distancia confortable de los excrementos de vaca, las cagarrutas de oveja y los turistas.

Kasgar y el comercio son dos caras de la misma moneda. Su estratégico emplazamiento al pie del Pamir permitía que quien controlara Kasgar también ejerciera en todo momento el control sobre las rutas comerciales en dirección oeste, hacia Persia y en dirección sur hacia Cachemira. Desde Kasgar también había rutas de caravanas hacia Xi'an en el noreste y hacia Kazajistán en el norte. Marco Polo, que viajó a China en el siglo XIII, describió Kasgar como «la mayor y más espléndida» ciudad de la región: «Aquí hay huertos frutales, viñedos y propiedades prosperas. Aquí crecen grandes cantidades de algodón, además de lino y cáñamo. El suelo es fértil y ofrece las condiciones adecuadas para satisfacer todas las necesidades de la vida. Este país es el punto de partida para muchos comerciantes que transportan mercancías por todo el mundo».

La historia de Kasgar es larga y accidentada. A lo largo de los siglos, la ciudad fue sometida por el reino grecobactriano, por el reino de Kush, por reyes tibetanos, emperadores chinos, califatos árabes, canatos mongoles y dinastías turcas. Los chinos no fueron importantes en la ciudad hasta el siglo XVIII: la provincia de Sinkiang, y por tanto la ciudad de Kasgar, no fue anexionada definitivamente al Imperio chino hasta 1757. Sinkiang significa en chino «país nuevo».

En la actualidad, Sinkiang es la provincia más occidental de China y, sin duda, la más extensa, con una superficie mayor que la de España, Francia, Alemania y Gran Bretaña juntas. Tiene frontera con ocho países (Rusia, Mongolia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Afganistán, Pakistán e India) y tiene un papel clave en el desarrollo de la Nueva Ruta de la Seda, o The Belt and Road Initiative (BRI), nombre oficial del proyecto estrella de las autoridades chinas. El plan es unir China con los demás países

asiáticos, con Europa y África a través de una gran red de nuevas carreteras, líneas de ferrocarril y rutas marítimas. Una Ruta de la Seda nueva con China como principal exportador de electrónica barata, ropa producida en masa, créditos cuantiosos y mano de obra al resto del mundo. China ha roto moldes: en la época del capitalismo exacerbado, cuando todo está en venta y la libre competencia es Dios, la construcción de un imperio acontece de manera diferente a épocas anteriores. ¿Por qué ocupar lo que se puede comprar? ¿Por qué someter a alguien con violencia si se puede vender más barato en sus mercados?

A pesar de que la superficie de Sinkiang es tan grande como la mitad de la India, el tamaño de su población es como el de Pekín, unos veinte millones. El paisaje centroasiático es inhóspito, extensas zonas como las montañas de Tian Shan o el desierto de Taklamakán —el segundo desierto de arena más grande del mundo— son inhabitables. En los últimos diez años, los chinos han han aumentado considerablemente en Sinkiang, pero todavía está un poco por debajo de la población uigur. Más del 90 por ciento de la población restante de China está constituida por chinos han. Sinkiang y el Tíbet son las únicas provincias en los que todavía no son mayoría.

Los uigures son un pueblo de habla túrquica con raíces en Mongolia y en la zona al sur del lago Baikal, en Rusia. Cuando fueron expulsados de Mongolia por los kirguises yeniséi en el siglo IX, se establecieron en la zona que en la actualidad incluye la actual Sinkiang. Allí fundaron el reino de Qocho, también conocido como Uiguristán. En el siglo XIII, los uigures fueron sometidos al ejército de Gengis Kan y pasaron siglos sometidos a diferentes canatos mongoles. Inicialmente los uigures habían sido budistas y maniqueos, pero bajo los emperadores mongoles la población se convirtió al islam.

Los chinos han tenido que trabajar duro para conservar el poder

sobre su «nuevo país». A finales de la década de 1860, Yakub Beg, un brutal guerrero del Uzbekistán de aquella época, se hizo con el control de gran parte de Sinkiang. Beg tiranizó la región durante aproximadamente diez años, antes de que los chinos consiguieran expulsarle. Entretanto los rusos habían aprovechado la ocasión para ocupar el valle de Ilí en el norte, y hasta diez años después no devolvieron esa zona a los chinos a cambio de una considerable suma de dinero. Cuando la dinastía Qing se desintegró en 1912 y se proclamó la primera República China, Sinkiang fue prácticamente abandonada a su suerte. De nuevo Rusia vio ahí su oportunidad. En la década de 1930, su influencia llegó tan lejos que Sinkiang era una colonia soviética en todo menos en el nombre. Los rusos lo controlaban todo, desde los pozos de petróleo a las minas de estaño. El ruso era la lengua extranjera más popular, y, con el mejor espíritu comunista, muchas mezquitas fueron reconvertidas en centros sociales y teatros. El viejo consulado ruso en el centro de Kasgar sigue siendo un testimonio de tal influencia. En la actualidad el edificio se ha convertido en un hotel barato, pero el magnífico jardín adornado con estatuas de inspiración griega, pabellones y estanques da testimonio del esplendor de aquella época.

Mientras los rusos soviéticos dominaron la región, la población local vivió un resurgimiento nacional. Los musulmanes de habla túrquica volvieron a llamarse uigures —herederos del reino del Uiguristán—, un nombre que había permanecido sepultado durante siglos. Algunos fantasearon con fundar el Turquestán, una república propia para los pueblos túrquicos de Asia Central, y, a principios de la década de 1930, vio la luz el Turquestán Oriental. Un ejército árabe apoyado por el Kuomintang, el partido nacionalista chino, atacó Kasgar en 1934. Varios cientos de uigures fueron asesinados en los combates y la república del Turquestán Oriental murió con ellos. Diez años más tarde, esta resurgió por un corto periodo de tiempo en el valle del río Ilí, al norte de Sinkiang, con el firme

apoyo de la Unión Soviética. Esta segunda república del Turquestán Oriental, que disponía de moneda propia y ejército, renunció para siempre a su independencia cuando Mao llegó al poder en 1949.

En los últimos años, ha vuelto a prender la chispa en el salvaje oeste de China y los atentados se han multiplicado. En marzo de 2014, por ejemplo, un grupo de terroristas uigures atacaron con cuchillos a pasajeros fortuitos en la estación de tren de Kunming, en la provincia de Yunnan, a más de 2.000 kilómetros al este de Sinkiang. Treinta y una personas fueron asesinadas y más de ciento cuarenta, heridas. Unas semanas más tarde, un ataque con bomba provocó cuarenta y tres víctimas mortales en el mercado de verduras de Ürümqi, la mayor ciudad de Sinkiang. En septiembre del año siguiente, más de cincuenta hombres y mujeres murieron asesinados en un ataque con cuchillos en una mina de carbón de Aksu, al oeste de Sinkiang. También los uigures fueron los responsables.

Para derrotar al movimiento separatista uigur, las autoridades chinas han puesto en marcha enormes medidas de contraataque. Desde 2017, más de un millón de uigures han sido retenidos, sin ser juzgados, en campos de internamiento. A las autoridades chinas les gusta llamarlos centros de reeducación profesional, pero en realidad son más parecidos a campos de concentración modernos, rodeados de altos muros, alambre de espino y torres de vigilancia. Antiguos internos han contado que fueron obligados a cantar canciones que vanaglorian al partido comunista y que pegaban y violaban a los presos que resultaban molestos, les negaban la comida o los encerraban en celdas de aislamiento. En muchas ocasiones, los chinos han se trasladaban a vivir con los familiares de los internos para tenerlos vigilados y reeducarlos en los valores chinos.

En la prensa china los campos de internamiento se han presentado como un éxito total: no ha habido un solo atentado terrorista en Sinkiang desde 2016.

De vuelta del mercado de animales hice una nueva tentativa para visitar la mezquita Id Kah. Llevaba mi duplicado del pasaporte preparado en el bolso, pero me topé con la puerta cerrada. Un letrero informaba de que la mezquita cerraba a las siete de la tarde, lo que en realidad significaba a las cinco. Dado que Sinkiang está situado muy al oeste, la gente usa un horario propio, la hora de Sinkiang, dos horas menos con respecto a la de Pekín. Sin embargo, oficialmente toda China va a la hora de Pekín, así que la mezquita estaba cerrada.

Al día siguiente seguía sin tener noticias de la embajada pakistaní. Posiblemente el visado estaría listo a lo largo de la semana, quizás la siguiente. Empecé a comprender que la estancia en Kasgar podía prolongarse y cambié de táctica. Se me ocurrió que una persona amiga mía conocía un poco al anterior embajador de Pakistán. Contacté con ella y mandó inmediatamente un correo electrónico a la embajada. El efecto fue mágico: en pocas horas el visado iba de camino a Kasgar con el correo urgente. Pronto, muy pronto, iniciaría viaje a los muchos reinos y comunidades de los valles del Himalaya.

Entretanto visité el mausoleo de Abakh Khoja, el lugar de peregrinaje más sagrado de Sinkiang. El mausoleo está situado a unos kilómetros del centro de Kasgar y, con su gran cúpula y una suntuosa entrada arqueada cubierta de azulejos verdes y blancos, me recordaba edificios de otras ciudades de la Ruta de la Seda que se le parecían, como Samarcanda y Bujará. El mausoleo fue construido en 1640 como sepultura del maestro sufí Mohammad Yusuf por su hijo Abakh Khoja, que también reposa allí. La construcción lleva el nombre del que lo construyó, pero hoy en día es más conocido por albergar la tumba de la Concubina Perfumada.

Según el mito, la nieta de Abakh Khoja, Iparhan, o Xiang Fei en chino, era tan bella y perfumada que cuando su fama llegó a oídos del emperador Quianlong, este la mandó llamar para que fuera su

concubina. Si hacemos caso de lo que cuenta la leyenda china, a la belleza de Occidente le fue concedida una estancia hermosa y un jardín propio, pero el lujo de palacio no era suficiente para mitigar la añoranza que sentía ella por su hogar. El emperador estaba desesperado y no sabía qué hacer para complacer a su nueva concubina; le construyó una mezquita, recreó un pueblo uigur y un bazar musulmán que pudiera contemplar desde su ventana. Finalmente envió a sus servidores a Kasgar para que le trajeran un árbol jujuba que daba frutos dorados. Entonces Xiang Fei comprendió enseguida lo mucho que el emperador la amaba y le fue fiel hasta su muerte. Al morir, su cadáver fue devuelto a Kasgar como un símbolo de unidad nacional y de amor del emperador. Se dice que el último viaje de Xiang Fei duró tres años.

La versión uigur, en cambio, acaba en tragedia. Según esta, el corazón de Xiang Fei albergaba un inmenso odio y deseos de venganza, así que se defendía siempre de las tentativas de acercamiento del emperador con cuchillos pequeños que llevaba escondidos en las mangas. A la madre del emperador le preocupaba la seguridad de su hijo. Y un día que estaba a solas con ella, le dio a escoger entre comportarse como una auténtica concubina o suicidarse. En una de las versiones, Xiang Fei fue envenenada, y, en otra, siguió el consejo de su suegra y se ahorcó con un pañuelo de seda.

Hoy en día predomina la romántica versión china. Xiang Fei tiene restaurantes y perfumes que llevan su nombre; se han hecho series de televisión, películas y coreografías sobre ella. Es probable que el origen del mito radique en una concubina que existió realmente, la concubina Rong, que llegó a Pekín, al palacio del emperador, desde el Occidente chino en el siglo XVIII. Murió de enfermedad a los cincuenta y tres años y está enterrada en Pekín, a más de 4.000 kilómetros de Kasgar y de la tumba de la famosa Concubina Perfumada. En cualquier caso, se ignora quién está enterrada en

Kasgar.

A la derecha del mausoleo hay hileras de abultadas tumbas de barro solidificado. En el pasado también había tumbas delante del mausoleo porque los musulmanes creen que es beneficioso ser enterrado junto a santuarios. Cuando el mausoleo se convirtió en una popular atracción turística, las autoridades chinas desplazaron la tumba y la sustituyeron por un jardín de rosas. En la esquina del jardín hay un letrero que dice: BEST SPOT FOR TAKING PHOTOS. Es mejor que los turistas vuelvan de Sinkiang con fotografías de rosas y no de reses maltratadas.

Y mucho menos de los interiores de las mezquitas.

Al fin conseguí atravesar los muros amarillos de la mezquita Id Kah. Un vigilante escaneó mi pasaporte, otro me cobró la entrada, 45 yuanes, unos 6 euros.

—No se pueden hacer fotos —me aclaró el vigilante que me entregó el billete de entrada y el cambio.

—Fotografiar no está permitido —me informó el que me devolvió el pasaporte.

—Está prohibido fotografiar —me advirtió un tercero que examinó mi bolso antes de dejarme pasar al atrio.

Dentro de esos muros hay lugar para más de veinte mil personas, algo que convierte a la mezquita Id Kah en la más grande no solo de Kasgar sino de toda China. Sin embargo, el edificio original en sí, de seiscientos años de antigüedad, es pequeño y de madera. En general me suelo cubrir la cabeza tal y como corresponde cuando visito mezquitas, pero en Sinkiang está prohibido hacerlo. También lo están las barbas largas y la vestimenta musulmana. Dar señales de que se es musulmán fuera del hogar es como hacer una solicitud para ser «reeducado».

«Cada día vienen miles de musulmanes aquí para rezar», anuncia la agencia turística Travel China Guide en sus páginas web, pero aparte de un par de decenas de turistas chinos, la mezquita estaba

vacía. En los árboles de afuera había colgadas grandes cámaras de vídeo, varias decenas en total, y en cada farola había un vigilante que controlaba todo lo que pasaba.

—Nada de fotos —me advirtió con severidad uno cuando pasé por delante de él a la salida de la mezquita. Sentados en los bancos del exterior, a la sombra de verdes árboles caducifolios, había como siempre un puñado de ancianos con las manos en forma de cuenco delante de sus rostros, susurrando bajito. Quizás recen por tiempos mejores.

A través de la página del servicio de correos podía seguir el viaje de mi pasaporte desde Oslo a Kasgar. Al día siguiente de ser enviado llegó a Hong Kong, y ya me preparé para emprender viaje al sur, a las montañas. Pero desde Hong Kong el pasaporte viajó hasta Guangzhou y no más, se quedó allí encallado. Contacté con el servicio al cliente y ellos me informaron de que el pasaporte estaba en Guangzhou, cosa que yo ya sabía. Pasaban los días y no sucedía nada. Hice una búsqueda en Google sobre Guangzhou y descubrí que allí vivían quince millones de personas, casi tres veces más que toda la población noruega. ¿Cómo es posible que no supiera nada de esta ciudad? Seguí leyendo y me enteré de que también había sido un importante centro de la Ruta de la Seda. Mientras Kasgar fue un núcleo de confluencia de las caravanas de camellos, Guangzhou fue el punto de llegada de la ruta marítima.

Yo me hallaba más o menos en el lugar más distante del mar al que se puede llegar.

Uno de esos días mientras daba vueltas esperando que el pasaporte saliera de Guangzhou, viajé unos kilómetros al noroeste de Kasgar, hacia la frontera con Kirguistán. El paisaje pasó repentinamente de ser llano y yermo a elevarse miles de metros para formar espectaculares formaciones de piedra caliza, aquí y allá cubiertas de matorral y cactus, manchas verdes en medio del ocre. El agua y los ríos habían excavado gargantas profundas una vez que

manaron de la meseta tibetana hacia las tierras bajas.

Por ese paisaje inhóspito, el cónsul general británico Eric Shipton emprendió varias arduas expediciones en 1947. Shipton era un alpinista experimentado y ya había participado en varias expediciones, con relativo éxito, al monte Everest, aunque nadie había conseguido todavía escalarlo. En aquella ocasión, el alpinista iba en busca de un arco gigantesco que una vez había avistado a lo lejos, en las montañas desiertas a las afueras de Kasgar. Al tercer intento consiguió finalmente encontrarlo. En el lenguaje popular, al arco lo llaman Tuskuk Tash, la montaña del agujero, pero internacionalmente es más conocido como Shipton's Arch, el arco de Shipton. Hasta hace muy poco, una isla, un mar, un continente no era realmente descubierto si un europeo no lo pisaba y daba cuenta del hallazgo.

El arco de Shipton se incorporó en el *Libro Guinness de los récords* como el mayor de todos los arcos naturales del mundo, pero después fue eliminado porque nadie conseguía encontrarlo de nuevo. Medio siglo después, en el año 2000, una expedición patrocinada por *National Geographic* consiguió dar con la escondida, pero nunca olvidada, formación rocosa.

Una vez redescubierto, se asfaltó una carretera hasta el arco. Además de un aparcamiento y un centro para visitantes con lavabos y una tienda, la policía también hace acto de presencia para comprobar los documentos identificativos de los visitantes. Desde el centro para visitantes hay apenas un paseo de una hora hasta dicha formación rocosa, y por el camino se han creado espacios de descanso con bancos y mesas.

El sendero discurría entre valles de ríos secos, flanqueado por formaciones calcáreas tan llenas de agujeros, círculos y líneas que casi parecían artificiales. No obstante, el silencio majestuoso e imponente tuve que imaginármelo, porque estaba rodeada de chinos parlanchines, como ocurre en todas partes en China. Algunos

iban equipados como para participar en una ardua expedición a las altas cumbres, otras trastabillaban por la gravilla con zapatos de tacón alto, minifaldas ceñidas y una música evocadora que emitía el teléfono móvil.

Una ancha escalera de madera conducía al mirador. Solo cuando llegué arriba del todo pude apreciar lo enorme que era el arco: se extendía hacia el valle, tan geométrico, tan perfecto en su forma que muy bien podía haber sido esculpido por un maestro. Pájaros negros se deslizaban por las corrientes de aire dentro de la misma bóveda, bajaban y subían describiendo juguetonas espirales como si practicaran acrobacias gimnásticas.

De pronto, un día tenía el ansiado visado esperándome en recepción. Casi me había dado ya por vencida; las montañas se me antojaban un sueño lejano y surrealista, me había acostumbrado a la calma, al lugar, y empezaba a sentirme como en casa en Kasgar.

Recorrí por última vez las calles recién restauradas, cuidadas pero caóticas. Me perdí de nuevo y fui a dar con la gigantesca estatua de Mao de la plaza de Pueblo. Se había levantado durante la Revolución Cultural y con sus 24 metros se sitúa entre las cuatro estatuas de Mao más grandes de China. Por supuesto no fue nada barato esculpir una estatua de esas dimensiones, pero la administración del municipio de Kasgar tenía la solución y propuso a sus habitantes que donaran dinero de forma voluntaria. Los que no tenían dinero podían donar sus tarjetas de racionamiento. Por supuesto, la gente hizo sus aportaciones, tanto si disponían de recursos económicos como si no. Tan pronto como la financiación estuvo cubierta, surgió un nuevo problema: ¿cómo se iba a encontrar material en el desierto? Finalmente, la estatua tuvo que ser transportada por partes, repartidas en dieciséis camiones, desde el centro de China hasta Kasgar. Los oficiales tardaron meses en unir las distintas partes y levantar la estatua que se descubrió en 1969.

No había ni un alma en el solitario espacio de cemento que rodeaba la escultura. En una diminuta caseta de vigilancia, un solo guardia custodiaba al padre de la República Popular.

¿Cuántas personas habrá empleadas en la policía y en los servicios de seguridad en China? Deben de ser millones. En la última época, el país ha utilizado más dinero en las medidas de seguridad para el país que en el ejército, a pesar de que el presupuesto de defensa de China es el segundo más elevado del mundo. El Estado chino dedica una cifra aproximada que asciende a más de 160.000 millones de euros al año en defensa. En los últimos años, este ha aumentado considerablemente, pero el dedicado a la seguridad interior lo ha hecho aún más.

Esa noche, la última en Kasgar, di un paseo por los alrededores del hotel, situado a unos kilómetros de la ciudad vieja, una zona caracterizada por bloques bajos de viviendas. Un barrio cuidado y bien organizado, con anchas calzadas de seis carriles y carril propio para motocicletas y escúteres, vehículos que abundaban mucho. Las bicicletas, que no hacía muchos años habían sido el mismísimo símbolo de la vida urbana china, brillaban por su ausencia, y tampoco había uigures. En todo lo que alcanzaba la vista, solo se veían chinos han, la mayoría de ellos recién llegados. A lo largo de las aceras y en los bordes de la cuneta se habían plantado árboles y flores de muchos colores, bien dispuestas en hileras rectas. Familias de pocos miembros daban un paseo nocturno por las anchas aceras. Delante de un bloque de viviendas había un grupo de chicas que practicaban aerobic guiadas por una risueña voz que emanaba de los altavoces de un móvil. Al contrario que en la ciudad vieja, donde los niños pululaban por doquier, aquí cada pareja llevaba un solo hijo.

Nadie sabe exactamente cuántos uigures están encarcelados en los campos estatales de reeducación, pero las estimaciones varían entre un millón y un millón y medio. Si las cifras son correctas,

significa que actualmente de cada diez uigures uno está retenido contra su voluntad en un centro de internamiento. Todos los uigures que vi por la calle, en el mercado de animales, en la ciudad vieja, todos los que trabajaban en el hotel donde yo me hospedaba y en los restaurantes donde comí, absolutamente todos los uigures que de una u otra manera estuvieron en contacto conmigo, conocían a alguien que estaba preso en un campo de internamiento.

Pero no les podía preguntar. La vigilancia era demasiado omnipresente. Si alguien hablara con un extranjero, no pasaría desapercibido.

¿Cómo se percibe la represión? ¿De qué me hubiera enterado si no hubiera sabido lo que sabía? ¿Y de qué me enteré realmente?

A lo largo de un río angosto y sucio que olía a cloaca, habían construido un paseo con árboles y bonitas pasarelas para los peatones. Los restaurantes y las tiendas todavía estaban abiertos a pesar de que era casi medianoche, hora de Pekín. Por doquier había familias pequeñas, parejas y grupos de amigos que comían, charlaban y se lo pasaban bien. Dejando aparte todos los uigures que vendían pinchos y pan de pita y el enorme despliegue policial, el ambiente era como el de cualquier ciudad china de provincias.

Pero en el cómputo total hay que incluir también todo lo que no se ve ni se oye. La última vez que estuve en Sinkiang, hace tres años, muchas mujeres llevaban la cabeza cubierta con pañuelos de colores. Ahora todas las mujeres la llevaban descubierta. Tampoco vi a ningún hombre con barba larga; la persistente llamada a la oración del almuédano ya no se oía sobre la ciudad las cinco veces al día, y en la mezquita solo había turistas chinos.

Y luego está todo lo que uno no quiere ver o no se atreve a ver. Cuando volví al hotel aquella noche, había cuatro policías encorvados sobre el tablero de recepción que examinaban una lista de nombres. Era evidente que buscaban a alguien, y, a juzgar por la desazonada expresión del rostro del recepcionista, pronto

encontrarían a quien perseguían.

Apresuré el paso y me encerré en mi habitación.

Nadie abandona Kasgar de forma inadvertida. Al salir de la ciudad me pararon tres veces, la maleta pasó por el aparato de rayos X cada vez, tuve que escanear mi pasaporte y facilitar mis huellas dactilares. A los demás pasajeros del coche, una familia de Pekín, se les permitió quedarse dentro del vehículo la mayoría de las veces, mientras que a mí y a autobuses grandes cargados de uigures nos hacían pasar por las largas colas de los controles de seguridad.

Por otro lado, las carreteras presentaban un estado inmejorable y numerosos controles de radar se ocupaban de que los chóferes respetaran los límites de velocidad con maniática exactitud. Por fin iba camino del sur, a Pakistán, al Himalaya. Los pasajeros chinos dormían profundamente, también yo echaba cabezadas. Cuando desperté, estábamos rodeados de montañas color óxido y la familia china pidió hacer una parada para tomar fotografías. La mujer de la familia, que llevaba el pelo teñido tan rojo como las montañas, se hizo fotografiar desde todos los ángulos posibles. Cuando su marido ya no pudo más, me pidió a mí que le sustituyera.

A cada curva, las montañas eran más altas y más escarpadas, muy pronto avistamos cumbres nevadas. La mujer de pelo rojo reclamó una nueva parada. El paisaje se tornó más agreste, el aire más enrarecido. Pensé en Wilfred Skrede, un joven noruego que había recorrido el mismo camino unos ochenta años antes, en 1941. Noruega estaba en guerra, y Skrede se dirigía a Canadá para participar en el campo de entrenamiento de la fuerza aérea Little Norway. Debido a que era muy peligroso viajar por el mar del Norte, el viaje a Canadá lo hizo a través de Suecia, Finlandia, la Unión Soviética y Sinkiang, cruzando las montañas hasta el actual Pakistán y Cachemira, para seguir después hasta el puerto de Singapur. El viaje duró más de un año, y Skrede fue arrestado varias veces. En Sinkiang se fracturó la columna vertebral en un accidente

de coche y se recuperó en Kasgar gracias a la hospitalidad de Shipton, el cónsul general británico, el mismo que descubrió el arco. El joven noruego se hospedó en casa del cónsul alpinista un mes entero, «recuerdo esos días como unos de los más felices de mi vida», comenta Skrede en sus memorias. Cuando estuvo más o menos recuperado de la espalda, continuó su viaje hacia el sur, hacia las montañas. Solo el trayecto a caballo desde Kasgar a Tashkurgán le llevó once días y lo hizo en compañía de guardias armados, puesto que el jefe militar del lugar temía que el noruego fuera un espía. Cuando los caballos estaban demasiado cansados para seguir viaje respirando aquel aire de las alturas, escaso en oxígeno, les pinchaban en el hocico de manera que les brotaba sangre. Con ello conseguían que siguieran un poco más. Los blanqueados esqueletos de las laderas eran un testimonio silencioso de todos los caballos percherones que finalmente se rindieron y perdieron la vida.

«Durante siglos, las caravanas han viajado entre Cachemira y Kasgar», observa Skrede, «a muchos les parece una idea romántica y encantadora, pero todo aquel que ha cruzado el paso de Chichiklik ha podido comprobar por sí mismo el infierno que esa ruta supuso para miles de exhaustos caballos percherones que solo pasaban fatiga y sufrimiento, sin ningún Alá al que invocar.»[1]

Ahora, con los documentos reglamentarios en orden, el viaje de Kasgar a Tashkurgán se hace en un día, con almuerzo incluido y pausas para selfis. Karakorum Highway, una parte importante de la Nueva Ruta de la Seda, zigzaguea por laderas montañosas como una colosal serpiente asfaltada por todo el trayecto desde Kasgar a Gilgit, en Pakistán. Junto al **lago Karakul**, **3.645 m s. n. m.**, donde las azuladas montañas cubiertas de nieve se reflejan en el agua, tuvimos otra pausa para hacer fotos. Cientos de turistas chinos ya estaban inmortalizando los bellos parajes. Kirguises de rostros anchos y ojos rasgados ofrecían excursiones a caballo, pinchos

asados, joyas étnicas y posar para ser fotografiados ataviados como nómadas. Pero nosotros debíamos continuar viaje, nos quedaba todavía mucho camino por delante. Hasta hacía pocos años, se podía pasar la noche en tradicionales yurtas kirguises junto al lago, tal y como Skrede había hecho en la década de 1940, pero ahora las autoridades han restringido esa clase de libertades y solo está permitido pasar la noche de forma reglamentaria en hoteles autorizados. Existen las excepciones, pero cuestan más de 600 euros.

El almuerzo consistió en fideos y generosas porciones de carne, lo tomamos en un pequeño habitáculo situado en un aparcamiento. Ninguno de los pasajeros hablaba inglés, pero el chófer había instalado una app de traducción en su móvil para darnos información práctica. La mujer del pelo rojo se lo pidió prestado y me soltó una retahíla de preguntas, de dónde era, cuántos años tenía, si estaba casada, si tenía hijos, si quería tener hijos y finalmente la pregunta que se moría de ganas de hacer. Me miró expectante mientras la mecánica voz de la app traducía al inglés: «¿No se te quema la piel?».

Negué con la cabeza. La mujer me miró incrédula. Ella no salía nunca del coche sin sombrero, pañuelo y una chaqueta fina para protegerse del sol. Saqué la crema solar del bolso y se la mostré. Me sonrió y sacó una idéntica a la mía, factor cincuenta también.

Tashkurgán, **3.094 m s. n. m.**, significa «torre de piedra». Un nombre apropiado, porque una vieja fortaleza de piedra de dos mil doscientos años de antigüedad es la única atracción turística de la ciudad. Antiguamente, existió toda una ciudad en ese lugar, pero los únicos restos de sus habitantes eran montículos de piedras arremolinadas. De la fortaleza en sí tampoco quedaba mucho. Unas sólidas escaleras nuevas y relucientes, flanqueadas por una serie de letreros con informaciones, conducían a la cima de las ruinas con vistas al río y a la pradera donde un pequeño rebaño de vacas pacía

tranquilamente. Un par de yurtas brillaban muy blancas en medio de la verde extensión. Mientras que los uigures dominaban en Kasgar y los kirguises en el lago Karakul, los étnicamente tayikos eran mayoría en Tashkurgán. La mayor parte de las mujeres llevaban sombreros tradicionales, con forma cilíndrica y semicubiertos con un pañuelo atado holgadamente a la barbilla o al pecho.

Hacía treinta grados a la sombra y me arrepentí de no haber seguido el consejo de la recepcionista y no haber traído paraguas para protegerme del sol. La ciudad tenía un aspecto tranquilo y somnoliento. Tiendas pequeñas a pie de calle; niños que correteaban por doquier, ancianos y abuelas encorvadas que pasaban el tiempo en compañía mutua. Si el ambiente era tan somnoliento ahora que estábamos en plena temporada alta, ¿cómo sería en invierno cuando nevaba y las carreteras permanecían cerradas durante meses seguidos?

La extrema ubicación de Tashkurgán, a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar, rodeada de montañas de casi el doble de altitud, ha sido también su razón de ser. A lo largo de casi dos mil años, la fortaleza de piedra fue un importante centro de la meridional Ruta de la Seda que partía de China y cruzaba la cordillera del Karakórum hasta Srinagar y Leh en la India.

En la actualidad, la ciudad está a punto de convertirse de nuevo en un eje comercial importante.

A primera vista, Tashkurgán parecía una típica ciudad asiática fronteriza cuadrangular, azotada por los vientos. Pero las carreteras eran inusualmente lujosas y anchas, con impresionantes rotondas y alumbrado caro. Muchos de los edificios administrativos lucían ostentosos y completamente nuevos. Por ejemplo, el nuevo parque de bomberos, color fucsia, era más grande que algunos de los hoteles. Hay planes para construir un aeropuerto internacional, quizás pronto ya no haría falta cerrar las carreteras durante meses

en invierno. En el futuro, la expectativa es mantener abierta la frontera con Pakistán durante todo el año y ese futuro está más cerca que nunca.

El ambicioso y costoso proyecto de cooperación Corredor Económico China-Pakistán (CPEC) tiene como objetivo construir vías de comunicación de gran calidad desde Kasgar a Karachi, ciudad portuaria pakistaní, con el tiempo, quizás se construya también una línea de ferrocarril. Los trabajos ya están en marcha, en ningún otro país ha invertido China tanto en infraestructuras como en Pakistán, su país vecino. Cuando las carreteras estén terminadas, los camiones tráiler de la China occidental podrán atajar por Pakistán hasta los buques de carga del mar Arábigo, y no tendrán que cruzar todo el país para llegar a las ciudades portuarias chinas. Entonces, Tashkurgán será claramente la ciudad fronteriza más importante del Himalaya. Las posibilidades son enormes, y, en los últimos años, hombres de negocios de toda China acuden a ese pequeño lugar con la esperanza de hacer buenos negocios en un prometedor futuro próximo.

—¿No vas a ver las danzas? —me preguntó el recepcionista sorprendido cuando volví al hotel, sudada y acalorada tras un largo día al sol—. Los demás turistas ya se han ido al pueblo cultural para presenciarlas. Creí que tú también estabas allí.

—¿Qué danzas? —pregunté.

—El espectáculo cultural de danzas. ¿No te han hablado del acontecimiento? Se organiza cada noche y es muy popular entre nuestros huéspedes.

No podría cargar con la mala fama de haberme perdido el espectáculo cultural de danzas y me encaminé hacia el pueblo cultural, situado en las inmediaciones del centro. Por el camino charlé con una mujer lugareña que parecía ir al mismo sitio que yo, pues iba acicalada con un vestido rojo, largo hasta los pies, y vistosas joyas alrededor del cuello. Le pregunté si había estado en

Tayikistán alguna vez, pero resultó que no.

—Soy china tayika —me explicó.

Media docena de policías y cuatro soldados armados hasta los dientes se ocupaban de la seguridad durante el espectáculo. La mujer del vestido rojo me invitó a entrar en una casa típica tayika de allí cerca. Como en cualquiera de esas casas, había bancos a lo largo de las paredes y bellas columnas de madera tallada en el centro de la habitación. Elogié los cojines con bordados bonitos.

—Están en venta —me informó la mujer—. ¿Quieres comprar uno? Tienes rebaja si compras dos.

Dado que los chinos tayikos, igual que el pueblo hermano que habita el Pamir, son ismaelitas, pensaba que habría imágenes de Aga Khan enmarcadas, su líder religioso, pero las paredes estaban reservadas a los líderes comunistas de China, desde Mao a Xi Jinping. En el exterior se oían tambores y gritos de júbilo. El espectáculo había empezado, y «la novia» y «el novio» eran conducidos a la plaza para la danza. Había más de cien turistas chinos que hacían todo lo posible para captar la actuación con sus modernas cámaras fotográficas. Alguien encendió una hoguera que ya estaba preparada y que representaba las raíces zoroástricas tayikas, y los tayikos empezaron a danzar en círculo alrededor de las trémulas llamas, adicionalmente iluminados por los destellos de los flashes.

También habían acudido muchos lugareños que querían presenciar la actuación. En Tashkurgán no ocurría apenas otra cosa por las noches. Abandoné la popular fiesta cultural y volví paseando al hotel mucho antes de que empezara la confraternización. El recepcionista me había advertido que el espectáculo termina siempre con los chinos y los tayikos danzando juntos.

Así, pensé mientras recorría las desiertas calles oscuras, así es como desean las autoridades chinas que se comporten los grupos étnicos. Bailes y vistosos trajes regionales, una amena atracción

turística, puro folclore.

También el hotel estaba tranquilo y vacío. Me instalé en la terraza bajo el translúcido cielo estrellado de la ciudad fronteriza y pedí una cerveza.

La última por un tiempo.

Juego político de altos vuelos

Delante de la aduana y la oficina de inmigración, situada en el centro de Tashkurgán, había un puñado de hombres esperando a la sombra. Un tipo de unos veintitantos años vino hacia mí y se presentó como Umair. Su rostro pálido estaba marcado por el acné, su pelo negrísimo brillaba por la gomina.

—¿Te crees todo lo que dicen las noticias? —me preguntó tras pronunciar unas frases de cortesía.

—Pues... —empecé yo diciendo.

—El 11 de septiembre, por ejemplo —me interrumpió—, ¿crees realmente que el responsable fue un hijo de un multimillonario de Arabia Saudita? Yo soy ingeniero, y te digo que, aunque puedes comprobarlo por ti misma, lo ingenieros americanos también dicen lo mismo, sí, ingenieros de todo el mundo dicen lo mismo que yo: *¡las torres no podrían haberse derrumbado como lo hicieron por la acción de un avión!* Sencillamente, no es posible que la colisión generara el suficiente calor como para fundir las construcciones de hierro y acero. ¿Sabes cuánto calor hace falta para que construcciones de ese tipo se fundan?

—No tengo ni idea —admití—. Pero en Pakistán también los talibanes han sido los responsables de ataques terroristas...

—Sí, también tenemos ataques terroristas en Pakistán —me interrumpió Umair de nuevo—. Oh sí, tenemos problemas con los talibanes, pero dime, ¿De dónde surgen los talibanes? —No esperó respuesta porque él ya la tenía preparada de antemano—. ¡Los talibanes fueron creados por los rusos y los americanos! —dijo y me

miró exaltado—. Casi ninguno de los terroristas capturados está circuncidado, y sus armas nunca son de aquí. Claro que yo no puedo saber la verdad exacta —añadió un poco más tranquilo—. Yo solo te expongo estos sencillos datos para que tú te hagas tu propia composición de lugar.

Cada vez se unían más hombres a nosotros. Uno de los recién llegados oyó que yo era noruega.

—Estoy prometido con una chicha noruego-pakistaní —dijo inmiscuyéndose en la conversación—. Nos conocimos en Islamabad cuando ella estudiaba allí.

—¿Y pensáis vivir en Pakistán o en Noruega? —le pregunté.

—En Noruega, por supuesto.

—¿En qué parte de Noruega?

—Todavía no estoy seguro porque nunca he estado allí —dijo—. Pero encontraré un buen lugar para nosotros, uno que sea bueno para los pakistaníes, un lugar donde vivan otros pakistaníes.

—No entiendo eso —objeto Umair—. ¿Para qué irte a vivir al extranjero si solo quieres relacionarte con pakistaníes?

Tuvimos que esperar delante de la oficina más de una hora antes de que los guardias de seguridad chinos, que se aseguraban de que todo ocurriera de forma civilizada, nos hicieran pasar: teníamos que estar de pie formando una línea recta y estaba terminantemente prohibido hablar. El equipaje fue introducido en un escáner enorme y después nos sellaron la salida de China.

Ese día, éramos unas cuarenta personas las que nos dirigíamos a Pakistán: hombres pakistaníes con un montón de equipaje, una decena de chinos que viajaban en grupo, vestidos con ropa Goretex de pies a cabeza, y yo. A todos nos llevaron a los minibuses que nos esperaban. Hallé un asiento vacío junto a una ventanilla y me senté al lado de Abdul, un estudiante de medicina de Lahore. Las gafas y su espesa barba hacían difícil adivinar su edad, pero pronto descubrí que tenía veintitrés años, era soltero y acababa de terminar

cinco largos años de la carrera de medicina en algún lugar del interior de China. En ese momento volvía a casa para realizar el año de prácticas en un hospital donde comprendiera el idioma.

—¿Por qué quieres ser médico? —le pregunté. Tras haber estado dos semanas en China, poder charlar holgadamente en inglés casi me hacía sentir embriaguez y no escatimé preguntas.

—Mis padres deseaban que yo fuera médico —respondió Abdul —. Yo les respeto y confío en que saben qué es lo mejor para mí.

—¿Confías también en que te encuentren esposa? —seguí sondeando.

—Sí, confío en ellos, pero naturalmente ellos tienen en cuenta mis deseos. —Miró al suelo—. Hace unos años había una chica con la que deseaba casarme. Se lo dije a mis padres y dieron su consentimiento. Pero la historia no tuvo un final feliz...

—¿No os casasteis?

—No. —Abdul suspiró de forma casi imperceptible y cambió de tema—. Respecto a la historia, nunca es posible saber realmente la verdad —dijo—. Siempre existirán diferentes interpretaciones, opiniones y teorías. Fijémonos por ejemplo en los judíos. Todo el mundo dice que Hitler asesinó a muchos judíos, a muchísimos...

—Seis millones —le dije.

—Sí, muchos, como ya he dicho. Pero ¿es posible que no asesinara a tantos, sino a bastantes, y que eso fuera un acuerdo que los judíos hicieron con Estados Unidos para poder establecerse en Palestina? Bajo el dominio otomano, ningún judío podía vivir en Palestina. Sí, no digo que eso ocurriera así, solo digo que es una posibilidad.

—¿Has estado en los campos de concentración de Polonia? —le pregunté.

—No, lo he leído por internet. En cualquier caso, lo que quiero decir es que siempre habrá muchas versiones de la historia. Es difícil saber cuál es la verdadera.

—Exacto —gritó un hombre alto de unos treinta años sentado junto a la ventanilla del otro lado del pasillo. Se llamaba Muhammed, supe después, y estaba terminando un doctorado en farmacología en China.

—De momento existen solo dos versiones de lo que sucede en Pakistán —dijo Muhammed—. Los americanos lo hicieron todo bien o los americanos lo hicieron todo mal. Pero ¿qué pensará la gente dentro de cien años? ¿Qué es realmente lo correcto, y qué es lo incorrecto?

No llegué a terminarme el triste tentempié que me había comprado, porque Abdul y Muhammed compartían todo el rato la comida de sus fiambreras llenas mientras filosofaban acerca de la inherente relatividad de la verdad.

—A mí no me gusta la comida china —dijo Abdul.

—No, la comida china es horrible —coincidió el farmacólogo.

—¿Ni siquiera os gustan los fideos? —les pregunté.

—¿Fideos? ¡Es comida para niños! —Muhammed imitó cómo se engullen las largas tiras y se rio despectivamente.

—Me he convertido en un experto en cocina pakistaní durante los años que he vivido en China —dijo Abdul y me dio una pila de *chapatis* caseros, un pan redondo y plano hecho con harina de trigo, agua y sal.

—¿Sabes que los chinos comen serpientes? —preguntó Muhammed—. ¿Y perros, ranas e insectos? ¡Se lo comen todo!

Afortunadamente, los dos muchachos chinos sentados delante de nosotros no entendían una palabra de inglés. Además se habían quedado dormidos tan pronto como el chófer puso en marcha el motor y todavía seguían en un sueño profundo.

—¡Con este debería tener yo unas palabras! —dijo Muhammed y sacudió ligeramente al delgado muchacho pakistaní que iba sentado a su lado—. Ha dejado la escuela para ir y venir de Pakistán a China y vender gemas. Es muy joven, ¡debería estar en la escuela!

Dado que el muchacho no hablaba inglés, Muhammed se lo traducía todo. Él sonrió tímidamente y buscó una fotografía en su teléfono, era de una bonita muchacha con un colorido chal que la cubría entera.

—Estoy enamorado de ella, y ahora mis padres han formalizado el noviazgo —contó orgulloso el muchacho—. Nos casaremos pronto.

Muhammed sacudió la cabeza, abatido.

—¡Va a tirar su vida por la borda y es demasiado tonto para darse cuenta!

La carretera se extendía en línea recta por una planicie grisácea, rodeada de suaves montañas nevadas. Por la leve pero creciente presión en las sienes noté que estábamos subiendo. De vez en cuando dejábamos atrás pequeños rebaños de cabras, de burros y de yaks. Aquí y allí, dos o tres yurtas blancas en la llanura. De vez en cuando avistábamos un pastor solitario, pero, en general, teníamos el paisaje y la carretera enteramente para nosotros. Las señales de tráfico recomendaban un límite de velocidad de 40 kilómetros por hora, pero era obvio que aquí no había radares. En el último de los puestos chinos de control fronterizos, dos soldados jóvenes, equipados con gruesas chaquetas de piel, comprobaron que todos tuviéramos el pasaporte sellado aquel día. Después nos hicieron señales de continuar.

El último tramo subía abruptamente. La presión en las sienes aumentó y los oídos se me llenaron de burbujas de aire. Pocos minutos más tarde estábamos en **el paso fronterizo más alto del mundo**, **4.693 m s. n. m.**. Los pakistaníes aplaudieron entusiasmados justo al salir de China y cruzar el ampuloso portal pakistaní de cemento.

El amable chófer nos concedió dos minutos para tomar fotos. Nada más bajar del minibús, quedé rodeada de hombres regordetes con barba tupida, holgadas túnicas largas y sandalias que querían

selfis con la pálida extranjera. A diferencia del lado chino, los pakistaníes pueden subir hasta el mismo paso fronterizo, convertido en una popular atracción turística. Entusiasmados como niños, los hombres barbudos agitaban sus teléfonos móviles y yo sonreía en todas direcciones cada vez con caras nuevas a mi lado, hasta que el chófer, impaciente, tocó la bocina, y yo me liberé aliviada de los flashes de móvil.

—¿No estás contenta? —me preguntó Abdul. Y esbozó una sonrisa ancha cuando empezamos a dirigirnos hacia el puesto pakistaní de control fronterizo, situado casi a 100 kilómetros más abajo en el valle.

—Oh sí, por supuesto que estoy contenta —contesté con amabilidad.

—Nosotros estamos muy contentos de estar en nuestro país de nuevo —dijo Muhammed—. Al fin podemos respirar libremente. En China estás vigilado todo el tiempo. ¡Ahora somos libres!

La carretera serpenteaba empinada bajando del paso de Khunjerab a lo largo del curso de un río de aguas bravas y flanqueada por oscuras montañas escarpadas, tan altas que desde las ventanillas del minibús no se divisaban las cumbres. Khunjerab significa «valle de sangre» en wají, la lengua persa que hablaba el pueblo wají aquí en el valle de Hunza, en Tashkurgán y en los lados tayiko y afgano de la frontera. En las montañas, muy pocas veces, las fronteras políticas se corresponden con las lingüísticas. Al parecer el nombre del valle está inspirado en los sangrientos atracos a las caravanas comerciales que a menudo se producían en la época dorada de la Ruta de la Seda.

El nombre también es digno del valle en la época moderna: más de mil trabajadores murieron a causa de deslizamientos de tierra y otros accidentes ocurridos durante la construcción de la carretera por la que viajamos. Las obras empezaron en la década de 1960, después de que Pakistán y China se pusieran de acuerdo en el

trazado de la frontera. Las negociaciones concluyeron cediendo China tierras de pastos a Pakistán a cambio de una zona en el noreste de unos 5.000 kilómetros cuadrados. La zona que fue cedida a China es una parte de la controvertida región de Cachemira. India no ha reconocido ni el acuerdo ni el trazado fronterizo. Tampoco la frontera entre India y China ha sido ratificada: en rincones del Himalaya, las fronteras se están desintegrando, pasan a ser líneas discontinuas, controvertidas y polémicas, custodiadas por soldados armados hasta los dientes y ojivas nucleares. Los conflictos son numerosos y el potencial para que surjan más es aún mayor, pero precisamente entre Pakistán y China, con la India como enemigo común, reina la paz y la armonía. Que los dos países se pusieran de acuerdo sobre el paso fronterizo en una fase tan incipiente de la existencia de Pakistán ha alimentado su cooperación bilateral, y ahora esta amistad se nutre regularmente a base de generosos créditos chinos.

—Pakistán cedió territorio a China porque las autoridades tenían miedo de que la Unión Soviética nos declarara la guerra —opinaba Abdul—. La guerra de Afganistán en realidad giraba en torno a los puertos pakistaníes del sur.

—¿Ah, sí? —dije.

—Eso lo sabe todo el mundo —dijo Abdul y se encogió de hombros.

Bajamos y bajamos; la presión en las sienes aflojó y, finalmente, desapareció del todo. Las vertientes de las montañas tenían un aspecto árido y desierto, pero según la guía de viaje escondían especies animales amenazadas de extinción como el carnero de Marco Polo, el ciervo almizclero y el leopardo de las nieves. Me había acostumbrado ya tanto a ir sentada en el minibús y recorrer kilómetros y kilómetros que me sorprendió cuando Muhammed dijo que habíamos llegado al puesto de control fronterizo pakistaní en **Sost**, **2.800 m s. n. m.**.

—¡Prométeme que vendrás a Swat, a visitarnos a mí y a mi familia! —gritó él antes de desaparecer en el edificio pequeño y deslucido de la frontera.

Mientras esperaba de pie en la corta pero caótica cola para el control de pasaportes, un hombre ágil y musculado vino hacia mí. Iba vestido con ropa tejana de pies a cabeza; parecía más un héroe de los *spaghetti western* que un pakistaní típico.

—Soy Akhtar, tu guía —se identificó—. Hace cinco horas que te espero. Nunca se sabe cuándo llegará el autobús de China.

Fuera había una larga hilera de grandes camiones de colores vistosos, decorados con dragones, estrellas de cine y citas del Corán. Esperaban la carga de China que transportarían hasta el mar. Nosotros no íbamos tan lejos afortunadamente y en media hora escasa llegamos a **Passu**, **2.450 m s. n. m.**, el pueblo de Akhtar.

—Los guías que trabajaban conmigo en la década de 1990 se han casado todos con mujeres extranjeras —me explicó—. Uno vive en Australia ahora, otro en Canadá, y un tercero en Francia.

—¿Nadie quiso casarse contigo? —le pregunté.

—Pues sí, pero yo ya estaba casado —dijo, y se rio con picardía —. Además, no deseo vivir en ningún otro lugar que no sea Passu. Es mi paraíso.

En invierno viven en Passu unas cuatrocientas personas y un poco más del doble durante el medio año de verano. El pueblo está diseminado por una planicie junto a un río, que gracias a un intrincado sistema de riego es increíblemente fértil. En los pequeños huertos se cultivan patatas y otras verduras. Los manzanos y los ciruelos estaban en plena floración, y los tejados bajos de las casas estaban cubiertos de melocotones puestos a secar.

Akhtar conocía a todo ser viviente en ese pueblecito y se deshacía en saludos con todos los que nos cruzábamos. La mayoría de las mujeres llevaban la cabeza descubierta, pero a diferencia de las mujeres de Kasgar, ellas mostraban su pelo por voluntad propia.

Muchos eran de tez clara, algunos incluso tenían ojos azules, y la mayoría tenían el pelo rubio oscuro, aclarado por el sol como Akhtar. Se parecían a las personas que yo había conocido en el Pamir hacía unos años, cosa nada extraña puesto que no estábamos lejos de la frontera tayika. Los wajíes de Hunza están emparentados muy de cerca con los pueblos que viven en el Pamir (Tayikistán), en Tashkurgán (China) y en el corredor de Waján (Afganistán). Antes podían visitarse libremente unos a otros y vivir como un solo pueblo, pero ahora los separan líneas rojas en el mapa y estrictos requisitos de visado.

Inhóspitas montañas de 6.000 y 7.000 metros de altura circundaban el pueblo como un irreal decorado de película. Geológicamente era posible decir que ya me hallaba en el Himalaya —muchos profesionales consideran el Karakórum parte del Himalaya—, pero semántica y lingüísticamente me hallaba en el Karakórum, nombre de la cadena montañosa que se extiende por la zona fronteriza entre India, Pakistán, China y rozando apenas Afganistán y Tayikistán, unos 500 kilómetros en total. *Karakórum* significa «grava negra» en lengua túrquica, pero el término no le hace justicia realmente. Ninguna cordillera en el mundo puede hacer gala de una mayor acumulación de picos de más de 7.000 metros de altura.

—En general no tenemos nombre para las montañas de menos de siete mil metros —me informó Akhtar y se encogió de hombros—. Hay demasiadas.

Las montañas del Karakórum son conocidas por ser escarpadas e intransitables. Escalar el K2, la segunda montaña más alta del mundo, por ejemplo, es un desafío mucho más grande que escalar el Everest. Durante mucho tiempo, el valle de Hunza fue uno de los lugares más inaccesibles de la cordillera del Karakórum, y los mitos sobre el lugar y sus habitantes son numerosos. Los senderos que conducían aquí eran legendarios.

«Pronto pudimos ver destellos blancos del río Hunza en el oscuro abismo a nuestros pies», escribe el joven Wilfred Skrede sobre el viaje por el valle de Hunza que realizó en 1941. «Había trescientos metros en caída libre y la vertiente de la montaña era casi vertical. A ambos lados del valle las cumbres se elevaban varios miles de metros. Shrukker y el joven tuvieron que tirar y forcejear con los caballos para conseguir que avanzaran. Montarlos era del todo imposible aquí. En las empinadas laderas había mucha piedra suelta y estaban en mal estado. Henchido de orgullo, Shrukker me contó todos los accidentes mortales que habían ocurrido aquí.»[2]

Esos temerarios senderos han sido, a lo largo de los siglos, la defensa más efectiva del principado. Hunza está encajonado entre el Tíbet al norte, Cachemira al este y Afganistán al oeste. Debido a que era tan difícil acceder al lugar, el emir local pudo reinar en paz la mayor parte del tiempo. Los pocos viajeros occidentales que consiguieron llegar sanos y salvos a Hunza, antes de que se construyera la carretera en la década de 1970 —posiblemente bajo los efectos de la adrenalina y la borrachera de endorfinas segregadas por la fatiga—, describían Hunza como el jardín del Edén, un paraíso terrenal, un Shangri-La, un reino secreto de las montañas poblado por descendientes de Alejandro Magno, un lugar donde las personas vivían de forma tan sana, democrática y armoniosa que les permitía llegar a una edad excepcionalmente avanzada, en algunos casos incluso hasta los ciento cincuenta años.

—La persona más anciana del pueblo vivió hasta los ciento doce años —dijo Akhtar—. Murió el año pasado. Mi abuela está a punto de cumplir los cien y sigue ágil y vigorosa. La gente llega a vieja aquí, pero nuestra generación ya no alcanzará edades tan avanzadas —añadió resignado y encendió un cigarrillo—. Nosotros no vivimos de forma tan sana. Conseguí dejar de fumar durante todo un año, pero engordé tanto que empecé de nuevo.

En el humilde hotel donde me alojé, no había ni electricidad ni

internet. No obstante, una familia extensa y alegre de Lahore se ocupó de que estuviéramos entretenidos.

—¿Qué trae a una extranjera a estas tierras? —quería saber la matriarca de la familia—. ¿Y cuál es tu impresión de los pakistaníes realmente? ¡Sé franca! ¿Qué piensas de Pakistán? ¡Sé franca de verdad!

Toda su extensa familia me miró expectante.

—Acabo de llegar, así que es pronto para pronunciarme —expliqué. Y los noté tan decepcionados con mi respuesta que me apresuré a añadir que era muy, pero que muy bonito todo eso, que los pakistaníes eran gente muy muy amable y que Pakistán era un país muy muy interesante.

Me dormí temprano a pesar de las acaloradas discusiones en la habitación vecina entre los miembros de la familia y desperté también temprano debido a acaloradas discusiones entre un puñado de pequeñas vacas de montaña en el huerto que daba justo a mi ventana.

Durante el almuerzo, Akhtar miraba a los turistas de Lahore.

—No entiendo por qué los pakistaníes suben aquí arriba —dijo resentido. En realidad, él también era pakistaní, pero siempre se definía como wají de Hunza. Para Akhtar «pakistaní» era un calificativo despectivo que reservaba a las personas de la populosa provincia de Punjabi, en el sur.

—La gente de ciudad se pasa todo el fin de semana en el coche —se lamentaba—. Passu hay que descubrirlo a pie.

Para no ir en el mismo rebaño que la gente de la gran ciudad propuse ir al glaciar de Passu después del desayuno. El sendero era pedregoso y parcialmente cubierto de hierba, pero Akthar, que era hijo de alpinista, se adentraba en el valle brincando, tan ligero que parecía llevar plumas en los zapatos. El último tramo, escalamos y trepamos por grava suelta; yo evitaba mirar hacia abajo.

—¿Queda mucho? —pregunté jadeante.

—No, ya hemos llegado —respondió Akhtar.

—Pero ¿dónde está el glaciar? —pregunté confundida.

—Delante de tus narices —dijo Akthar y señaló a un enorme montículo de grava negra, apenas a unos metros de nosotros. Yo esperaba encontrar hielo o nieve, pero el glaciar de Passu era totalmente negro, cubierto de piedras pequeñas y arena. Pese a todo, allí sí que la cordillera del Karakórum era digna de su nombre.

—Aquí —dijo Akthar. Y señaló el lago que se había formado en la boca del glaciar—, aquí estaba el glaciar cuando yo era niño, entonces no había ningún lago. Y hace diez años estaba allí —dijo y señaló un punto aproximadamente en la mitad de la ladera—. Hace tres años, cuando solíamos traer a los turistas a donde estamos ahora, podíamos caminar hasta el glaciar desde aquí.

Abundantes chorros de agua del deshielo manaban del glaciar hasta el lago. Cada mes el glaciar de Passu retrocede casi cuatro metros y el deshielo se acelera. A los glaciares del Karakórum, del Himalaya y del Hindú Kush se les denomina el Tercer Polo. En total hay más de cincuenta y cuatro mil glaciares en esta región montañosa y en ningún lugar del mundo las masas de hielo son tan densas como en el Karakórum: con excepción de las zonas polares, dicha cordillera es la zona del mundo con mayor densidad de glaciares. Solo en Pakistán hay más de siete mil y cerca de las tres cuartas partes de las reservas de agua del país están almacenadas en forma de hielo. El Himalaya, el hogar de la nieve, es ante todo el hogar del hielo.

O lo fue. Ahora la mayoría de los glaciares se derriten a una velocidad récord. De promedio hay un deshielo de ocho mil millones de toneladas de hielo cada año y solo se contabilizan las toneladas que no son reemplazadas por nieve nueva. El proceso se amplifica a sí mismo y por eso se acelera con cada año que pasa. Con toda probabilidad, las dos terceras partes de los glaciares se

habrán derretido a finales de este siglo. Estos glaciares abastecen de agua a los ríos más grandes e importantes de Asia, entre ellos, el Indo, el Ganges y el Mekong, por tanto, las consecuencias del deshielo serán catastróficas. En primer lugar, los habitantes de las zonas montañosas, cerca de doscientos cincuenta millones en total, quedarán afectados por la escasez de agua; pero todos los que dependen del agua de estos ríos sufrirán sin excepción las consecuencias del deshielo, mil quinientos millones de personas en total. Estos drásticos cambios en el ecosistema no solo traerán una escasez de agua generalizada, sino también un alto riesgo de corrimientos de tierra e inundaciones. En todo caso, aunque la cantidad de agua permaneciera constante, el suministro sería mucho más irregular: los periodos de sequía irán seguidos de inundaciones, que a su vez traerán sequía de nuevo.

En resumen, todavía será más peligroso vivir en las montañas y junto a los cauces de los grandes ríos.

El lago Attabad, **2.559 m s. n. m.**, tiene una puntuación de 4,8 sobre 5 en Google y es una de las atracciones turísticas más populares de la región. Varios comentaristas elogian la belleza del lago y lo describen como «uno de los más bellos de Pakistán». Otros destacan las muchas posibilidades de practicar esquí acuático, navegar y pescar. Ese turístico lago es increíblemente bello, rodeado de montañas de postal. Dinámicos emprendedores ofrecen al público excursiones en barco y alquiler de motos de agua; en la orilla se estaba construyendo un restaurante panorámico.

Pero debajo de esa bellísima superficie de agua se esconden carreteras, mezquitas, tiendas y restaurantes, sí, un pueblo entero. De hecho, el lago Attabad es de fecha muy reciente.

El 4 de enero de 2010, el pueblo de Attabad sufrió un terrible corrimiento de tierras. El pueblo en su totalidad quedó sepultado

bajo enormes masas de tierra, y unas veinte personas perdieron la vida. El corrimiento fue tan grande que bloqueó el curso del río Hunza y originó un lago. En junio cuando las autoridades iniciaron el drenaje de forma eficaz, el lago ya ocupaba una extensión de 22 kilómetros de largo y llegaba a los 100 metros de profundidad en lo más hondo. Cerca de cuatrocientas casas habían desaparecido bajo el agua y seis mil personas tuvieron que ser evacuadas. Todos los pueblos situados al norte de ese embalse natural se quedaron sin vías de comunicación durante años; tanto las carreteras como los puentes se hallaban bajo el agua, prácticamente todo el comercio con china quedó paralizado.

—También muchas de las casas de Passu quedaron sepultadas por el agua —explicó Akhtar—. Durante cinco años tuvimos que ir tres horas en barco para llegar a la carretera.

Akthar tenía muchas historias iguales de pueblos que habían desaparecido en corrimientos de tierras o en una inundación. En sus orígenes, Passu estuvo situado al otro lado del río, pero en 1964, el pueblo entero quedó sepultado por un corrimiento de tierras. No murió nadie, pero sus habitantes tuvieron que trasladarse a la orilla contraria del río.

El corrimiento de tierras de Attabad fue una catástrofe anunciada. En agosto de 2009, Geological Survey of Pakistan había hecho investigaciones geológicas en la zona, y los geólogos habían concluido que Attabad estaba situado en una zona de alto riesgo. Varios terremotos ocurridos en esas fechas habían convertido en inestable la masa rocosa y solo era cuestión de tiempo que hubiera un corrimiento. Los geólogos habían recomendado a las autoridades locales que evacuaran a sus habitantes de las zonas más expuestas, pero no se hizo nada y unos meses más tarde se produjo el corrimiento de tierras anunciado.

Puesto que la carretera antigua que conducía a **Karimabad**, **2.500 m s. n. m.**, nuestro próximo destino, se hallaba bajo el agua,

la nueva atravesaba cuatro túneles novísimos construidos por los chinos, los llamados túneles de la amistad chino-pakistaní. En sus orígenes la ciudad se llamó Baltit, pero en 1976, una vez que todos los principados de Pakistán fueron disueltos por el primer ministro Ali Bhutto, esta pasó a llamarse Karimabad en honor a su Real Majestad Karim Aga Khan, el líder religioso de los ismailíes. En Hunza, la mayoría de la población es ismailí, una rama del islam chiita en la que se da mucha importancia a la educación y a la ciencia. Los ismailíes solo rezan tres veces al día, muchos no ayunan durante el ramadán, y muy pocas mujeres se cubren la cabeza.

—Aga Khan dice que, si tienes dos hijos, un hijo y una hija, y solo tienes medios para dar estudios a uno de ellos, debes dar prioridad a la hija —me contó Akhtar.

En Pakistán, más del 40 por ciento de la población adulta es analfabeta, pero en Hunza está por debajo del 20 por ciento. Se puede decir que todos los jóvenes saben leer y escribir, también las chicas. Me parece significativo que hubiera un instituto de educación secundaria para chicas situado al lado del hotel donde yo me alojaba. Dicha institución, financiada por la fundación Aga Khan, era bonita y cuidada, con zonas verdes, edificios modernos, mesa de ping pong y pista de bádminton. En las escaleras que conducían al edificio del internado había tres chicas sentadas haciendo las tareas escolares. Todas iban al duodécimo grado y solo les quedaba un semestre y medio para finalizar.

—¿Qué haréis cuando terminéis aquí? —les pregunté.

—Yo estudiare ingeniería —dijo una.

—Yo estudiaré economía y negocios —dijo la segunda.

—Yo empezaré medicina en Lahore —apuntó la tercera.

Al otro lado de la ciudad, estaba la única carpintería de Pakistán llevada por mujeres. La jefa del taller, Bibi Amina, una decidida dama de cabello castaño corto y mirada sagaz, me mostró el taller. Tenía treinta y tres años y había trabajado diez años en aquella

carpintería creada con la ayuda de una embajada extranjera y organizaciones idealistas, pero que daba beneficios desde hacía mucho tiempo.

—¿Por qué quisiste ser carpintera? —le pregunté.

—Para salir de la pobreza —me respondió sin embates—. Y para dedicarme a algo diferente.

El taller era amplio, zigzagueamos alrededor de grandes sierras, bancos de carpintero, tablas gruesas y fresadoras.

—¿Es difícil? —le pregunté.

—No, para mí no —respondió Bibi—. Puedo construir lo que haga falta: muebles, puertas, toda una casa, lo sé hacer todo.

—¿Tienes familia?

—Estoy casada y tengo un hijo de tres años. Mi marido trabaja de cocinero en Abu Dabi, así que solo está en casa durante las vacaciones.

—No debe de ser fácil tener un marido que está fuera de casa tanto tiempo —dije comprensiva—, ¿lo echas mucho de menos?

—No, qué va, ¡me va muy bien así! —aseguró Bibi—. ¡Cuando él está en casa, todo son problemas!

—¿Ha habido reacciones negativas de la gente por haber escogido una profesión tan poco usual entre las mujeres? —le pregunté a continuación. A pesar de que Hunza sea una de las zonas más liberales de Pakistán, había visto que todas las personas que trabajaban en hoteles, restaurantes y tiendas, sin excepción, eran hombres.

—Al principio tuvimos algunos problemas, muchos hombres nos decían que este es un trabajo para ellos, que las mujeres no deben desempeñarlo, que va en contra de nuestra religión y nuestra cultura —dijo Bibi—. Pero ahora tenemos éxito, nos va bien.

—¿Deseas que tu hijo sea carpintero como tú? —le pregunté al final.

—¡Oh no, tengo planes más ambiciosos para él! Mi hijo será

arquitecto. Es una buena profesión. ¡Es mejor diseñar casas que construirlas!

Por encima de las casas y los hoteles de Karimabad, descollaba el viejo castillo, residencia de verano del emir. Aunque descollar quizás no sea la palabra más acertada, porque el castillo no era especialmente ni grande ni imponente, y estaba construido con materiales sencillos como piedra y madera. Sus gruesos y sólidos muros estaban cubiertos de adobe. En las salas adornadas primitivamente, los asientos estaban dispuestos en el suelo, alineados a lo largo de las paredes. Antes de que los principados fueran abolidos, el Pakistán del Norte estaba repartido entre siete soberanos, y el emir de Hunza era uno de ellos. Las partes más antiguas del castillo tenían más de setecientos años, pero las renovaciones más recientes, que incluían las ventanas acristaladas y el teléfono con dial, databan del periodo británico. Un rifle polvoriento colgaba en la pared a modo de recordatorio del gran drama político que tuvo lugar en la región a finales del siglo XIX, cuando los Imperios británico y ruso se disputaban el dominio de Asia Central. Esa lucha por el poder ha pasado a la historia como *The Great Game,* El Gran Juego, una expresión inmortalizada por Rudyard Kipling en su famosa novela *Kim*.

Hunza llegó a ser una importante pieza al final del Gran Juego, cuando Rusia ya había sometido la mayor parte de Asia Central, los actuales Uzbekistán y Turkmenistán entre otros territorios. En el verano de 1889 corrieron rumores de que el capitán ruso Bronislav Grombchevsky había hecho una visita al emir de Hunza, que había sido bien acogido y que existían planes de próximas visitas. Los británicos consideraban que Hunza estaba dentro de la esfera de sus intereses —algo que en absoluto había frenado a los rusos anteriormente— y decidieron hacer algo. Si los rusos llegaban a tener control sobre Hunza, quedaba poco camino hasta la India, la joya de la corona, y los británicos hacía tiempo que temían un

ataque ruso. En agosto del mismo año, se envió al agente británico Francis Younghusband a Hunza para que tuviera una conversación seria con el emir. Posiblemente, dicho emir no solo estuviera dispuesto a aliarse con el enemigo, sino que durante los últimos años había sido el responsable de saqueos sistemáticos a las caravanas comerciales por la ruta de Leh, en el norte de la India, a Yarkand, en China.

Younghusband solo tenía veintiséis años, pero ya era un curtido explorador. Unos años antes había viajado de Pekín a Cachemira por su cuenta, y durante el trayecto había cruzado Manchuria, el desierto de Gobi y el infranqueable paso de Mustagh en la cordillera del Karakórum. El paso solo se ha cruzado dos veces más desde entonces. Por tamaña hazaña, Younghusband con veinticuatro años había sido elegido el miembro más joven de The Royal Geographical Society. Cuando partió hacia Hunza, también había subido en el escalafón militar, había ascendido a capitán. Younghusband era un explorador a la usanza de la antigua escuela británica, entregado e intrépido. Se aferraba a la etiqueta británica y al baño diario en agua fría cuando era posible, aunque eso supusiera que sus criados tenían primero que hacer un agujero en el hielo.

Unos días después de que Younghusband y su comitiva hubieran entrado en Hunza, le llegó un mensaje con una inesperada invitación: ¡el capitán Grombchevsky invitaba a cenar a su rival! Al día siguiente los dos caballeros se reunieron en el campamento ruso ubicado en las montañas del Karakórum, y tomaron sopa, estofado y copiosas cantidades de vodka. La reunión fue histórica: era la primera vez que dos de los jugadores se encontraban en la arena de juego mientras los dos estaban cumpliendo una misión para sus respectivos imperios. El tono de la reunión fue sorprendentemente franco, Grombchevsky confirmó enseguida las molestas sospechas británicas: no había nada que los rusos desearan más que invadir la

India, casi se jactó. Younghusband no pasó por alto que el Pamir, una de las pocas zonas de Asia Central que los rusos todavía no habían invadido, estuviera marcada en rojo en el mapa de Grombchevsky.

Tras beber juntos e intercambiar intrépidas aventuras durante dos días enteros, cada contrincante siguió su camino.

«Los rusos y yo somos rivales, pero estoy seguro de que algunos oficiales rusos e ingleses se valoran más entre sí que a otros individuos de naciones que nos son rivales», remarcaba Younghusband en el exitoso libro expedicionario *The Heart of a Continent,* y añade: «Los dos participábamos en un juego político de altos vuelos, y no cambiaría nada que intentáramos obviar este hecho».

Sin embargo, Younghusband omite con maña mencionar en su libro que, justo después de disfrutar de tan agradable velada, estuvo a punto de provocar la muerte de Grombchevsky y su comitiva. Los rusos querían seguir viaje a Ladakh, que se hallaba bajo control británico. Younghusband convenció a los kirguises locales para que les indicaran una ruta muy peligrosa y completamente imposible, una ruta que no conducía a ningún lugar, aparte de a altas mesetas y montañas sin pastos. Los caballos perecieron por el camino, y todos los cosacos de la comitiva sufrieron congelaciones; tuvieron suerte de salir con vida. Casi un año después Grombchevsky todavía trastabillaba con muletas. Nunca llegó a saber que fue su huésped quien lo había llevado por caminos infaustos. Incluso, varias décadas después, ya en el lecho de muerte, envió a su antiguo rival una carta y un libro escrito por él sobre sus aventuras en Asia Central. Younghusband estaba entonces en la cima de su carrera, era presidente de The Royal Geographical Society y atesoraba muchas medallas y condecoraciones en su honor. También Grombchevsky había subido de rango: había sido nombrado teniente general. Durante la revolución de 1917 combatió en el

bando de los blancos y fue enviado al Lejano Oriente donde luchó tres años contra los bolcheviques. Cuando la derrota fue un hecho, milagrosamente consiguió escapar vía Japón y llegar a su país natal, la resucitada Polonia, donde murió en 1926 con setenta y un años.

Las reuniones con Safdar Ali, el emir de Hunza, no fueron tan joviales. Younghusband estaba asombrado de lo blanca que era la tez del emir y de su cabello rojizo, pero la admiración acababa aquí. Sí, porque a cada nuevo encuentro, al británico le irritaba más y más la total ausencia de buenas maneras del emir. Safdar Ali reconoció enseguida ser él el responsable de los atracos a las caravanas comerciales, pero solo estaba dispuesto a acabar con los saqueos a cambio de que los británicos le recompensaran económicamente. Al fin y al cabo, los beneficios que sacaba de esos saqueos eran su principal fuente de ingresos. Poco a poco, Younghusband se dio cuenta de que la franca exigencia del emir no se debía ni a valentía ni a fuerza de carácter, sino simplemente a un total desconocimiento del mundo circundante: «Él creía que la emperatriz de la India, el zar de Rusia y el emperador de China eran simplemente jefes de tribus cercanas. [...] Él y Alejandro Magno eran dos iguales. Cuando le pregunté si había estado alguna vez en la India, respondió que ¡los grandes reyes como él y Alejandro nunca abandonan su propio país!».

El emir se comportaba de una forma tan grosera que, al final, Younghusband rehusó reunirse con él. Eso no disuadió al emir de mandar continuamente mensajeros al emisario de la reina británica para pedirle regalos, como morrales y jabón, sí, incluso ansiaba conseguir la tienda de campaña donde vivía Younghusband. El hecho de que, dos años antes, Safdar Ali hubiera asesinado a su padre y despeñado a sus dos hermanos rocas abajo para tomar el poder, no acobardó al británico.

Poco antes de Navidad, Younghusband abandonó Hunza malhumorado, sin haber arrancado ninguna promesa concreta al

emir.

Dos años más tarde, en 1891, los rusos ocuparon el Pamir. Younghusband, que aquel verano estaba en la zona con una expedición de reconocimiento, fue despertado una mañana por un grupo de veinte cosacos y oficiales rusos que se aproximaron a caballo hasta su tienda de campaña. Tres días antes había cenado con ellos y brindado por la reina Victoria y el zar Alejandro, pero ahora el tono era otro. Los rusos le anunciaron que se hallaba en territorio ruso y le invitaron amigablemente a que abandonara la zona. No mejoraba las cosas que Safdar Ali hubiera continuado asaltando las caravanas comerciales de la India. Los británicos decidieron «cerrar las puertas» de la India de una vez por todas. Con un ejército de algo más de mil hombres conquistaron Nagar, el principado vecino, y entraron en Hunza. Safdar Ali comprendió entonces que los rusos no acudirían en su ayuda, tal y como había ansiado durante tiempo, y huyó a Kasgar con sus mujeres, hijos y todos los tesoros que había robado.

Los británicos nombraron rey a su hermanastro Muhammad Nazin Khan y conservaron la hegemonía sobre Hunza hasta que perdieron la India en 1947.

—La guía del castillo nos dijo que los presos políticos no habían estado encerrados más de una semana, pero eso no es cierto —dijo Akhtar cuando volvimos paseando al centro de Karimabad—. Incluso en 1974, el año en que todos los reinos fueron abolidos en Pakistán, un hombre de Passu permaneció encerrado en las mazmorras del emir durante seis meses. Por cierto, ¿te fijaste en lo grandes que eran los silos de grano?

Yo asentí con la cabeza.

—En la región del alto Hunza, teníamos que pagar muchos impuestos al emir —continúo diciendo Akhtar—. Si le entregábamos una cabra pequeña, nos mandaba decir que le lleváramos una cabra más grande. Nunca estaba contento. Los

impuestos no solo iban a parar a sus manos, sino que también a sus guardaespaldas y a otra gente del sur. Nadie podía abandonar el territorio del emir sin permiso, y mucho menos nosotros los del norte.

Entramos en el café más próximo. Akhtar era un buen amigo del dueño. Didar Ali, un hombre campechano de unos sesenta años.

—¡Caramba, una cafetera exprés italiana! —exclamé y señalé el imponente aparato que ocupaba la mitad del bar.

—¡Sí, pero no tenemos la suficiente corriente eléctrica para que funcione! —se rio Didar Ali—, aquí tenemos una central hidroeléctrica construida por noruegos en la década de 1990.

—¿Sigue funcionando? —quise saber.

—Sí, claro —aseguró Didar y se rio tanto que todo su cuerpo se estremeció—: al menos al diez por ciento de su rendimiento!

—¿Cómo era el último emir? —pregunté con mi capuchino en la mesa, hecho en una cafetera italiana y con crema de leche batida a mano.

—Cuando yo era joven, me manifestaba gritando consignas contra el emir —contó Didar—. «Queremos libertad», gritaba. Pero los mayores eran partidarios de conservar el sistema tal y como estaba, opinaban que, de todas maneras, la democracia no era real. El gran juego nunca finalizó. Todavía sigue, pero los jugadores son otros. En lugar de los británicos, tenemos a los estadounidenses, y los chinos ocupaban el lugar de los rusos.

—En Passu estamos considerando trasladar todo el pueblo lejos de la carretera —interrumpió Akhtar—. Nos molesta el tráfico y todos esos pakistaníes, además la situación empeorará.

—Personalmente doy la bienvenida a las inversiones de China en la región —dijo Didar—. Cuando estuve en Kasgar en la década de 1990, había más camellos que coches. Ahora no hay quien reconozca la ciudad. ¡Es increíble lo que han conseguido los chinos! Después del 11 de septiembre, los extranjeros dejaron de venir aquí

y muchos hoteles quebraron. Al menos ahora vienen turistas pakistaníes gracias a la carretera que han construido los chinos.

—Demasiados a mi modo de ver —dijo Akhtar hosco—. Durante un tiempo, yo tuve un hotel en Passu y casi solo teníamos huéspedes pakistaníes. Siempre se quejaban de la comida, siempre encontraban algo que no estaba bien. Tuvimos que dejar de poner toallas porque se las llevaban a casa o las usaban para lustrarse los zapatos. Y lo mismo hacían con las sábanas. No entiendo por qué vienen aquí, se pasan todo el día en el coche y se quejan de que hay montañas por todas partes.

—¡Yo admiro la Unión Europea! —continuó Didar impertérrito—. ¡Imagina lo que podríamos haber conseguido aquí en la región si simplemente hubiéramos colaborado entre nosotros! Pakistán, India, Irán, Afganistán, ¡vaya potencial!

—Quizás primero deberíais poneros de acuerdo en el trazado de las fronteras, ¿no? —incidí yo.

—Debido a que la India opina que Hunza y Gilgit-Baltistán, es decir, casi todo el norte de Pakistán, deben considerarse parte de Cachemira, ni siquiera somos una parte real de Pakistán, solo estamos bajo la administración pakistaní —se quejó Didar—. Solo podemos votar en las elecciones locales, no en las nacionales.

—La parte positiva es que no tenemos que pagar impuestos —dijo Akhtar.

—Pero si casi nadie paga impuestos —suspiró Didar.

Por la tarde, la última en Hunza, subimos en coche a Duikar, un famoso mirador con vistas panorámicas a Karimabad. La capa de nubes, que había cubierto las montañas como un manto desde que llegamos, se abrió en ese momento. A nuestra espalda teníamos vistas despejadas a los picos Hunza y Ladyfinger. Al frente podíamos ver el Golden Peak y el Rakaposhi, que con sus 7.788 metros es la montaña más alta de Hunza. El panorama era insuperable, tan sublime y grandioso que el diccionario de

sinónimos no era suficiente para describirlo. Dado que el sol se ponía, la luz y los colores cambiaban constantemente; el cielo pasó del rosa salmón a un dorado pálido en un solo instante. La mujer japonesa a mi lado tampoco parecía cansarse de aquella visión. Debió de tomar miles de fotografías. De vez en cuando, de las profundidades de su garganta surgía un ¡Ohhhhhhh! casi animal.

De los viajes al Himalaya, hay dos cosas de las que todavía me arrepiento. Una es no haberme quedado más tiempo en Hunza.

Planificación familiar en el país de los cuentos

La pista que sube a **la Pradera de las Hadas**, **3.300 m s. n. m.**, está considerada una de las más peligrosas del mundo, y con razón. La han excavado los propios campesinos del lugar y serpentea por la empinada ladera, peligrosa por sus desprendimientos, como un hilo de seda enroscado. A duras penas, la anchura de la pista daba para el paso de un jeep, no había ningún tramo con arcén, todas las curvas eran cerradas, y cada vez que nos topábamos con un jeep que bajaba, el chófer tenía que dar marcha atrás, manteniendo el equilibrio en el borde de la carretera y con media rueda colgando por la ladera.

En un momento dado, el chófer tuvo que rociar el motor con agua fría y mis nervios agradecieron una pausa.

—¿Qué es lo más difícil de este trabajo? —le pregunté al chófer. Se llamaba Alifdin y parecía tener quince años, pero ya hacía diez años que subía y bajaba con el jeep por aquella ladera cinco o seis veces al día.

—Nada —aseguró Alifdin y se sentó al volante de nuevo. Yo cerré los ojos.

El viaje de subida llevó una hora y media, pero a mí se me hizo tan largo como una semana y media. Cuando bajé del jeep, estaba medio sudada a pesar de que no habíamos dado todavía un paso. Sin embargo, los últimos kilómetros de subida a las praderas de cuento de hadas tuvimos que hacerlo a pie, no porque no fuera factible hacer llegar la carretera hasta arriba, sino que era para que a los campesinos del lugar no les robaran el sustento. Un porteador

desapareció sonriendo con mi mochila y Akhtar fue a solucionar el tema de mi escolta. A lo lejos, avisté a duras penas los picos nevados del Nanga Parbat, que cierra el Himalaya en su extremo occidental.

El primer europeo que mencionó el Nanga Parbat fue el botánico y explorador alemán Adolf Schlagintweit. A mediados del siglo XIX, viajó por el Himalaya y el Karakórum para llevar a cabo investigaciones científicas sobre las montañas y el campo magnético terráqueo. Supo por los lugareños que la montaña en forma de M, que forma parte de una larga cordillera de 20 kilómetros en realidad, tenía dos nombres: Nanga Parbat, que en urdu significa «Montaña Desnuda», y Diamir, que en la lengua local significa «Rey de las Montañas». Schlagintweit continuó viaje hacia el norte por Hunza y el paso de Khunjerabad. Su plan era volver a casa, a Alemania, vía Turkestán y Rusia, pero no pasó de Kasgar, donde fue decapitado por el brutal emir, acusado de ser un espía de los chinos. Schlagintweit tenía solo veintiocho años.

Desde esa fecha el Nanga Parbat se ha cobrado la vida de muchos más alemanes. Aunque nunca se concertaron acuerdos formales, las montañas más altas del Himalaya y del Karakórum fueron repartidas, de forma más o menos igualitaria, entre las diferentes naciones europeas en el siglo XX: los británicos se apropiaron del Everest, los italianos se especializaron en el K2, los franceses se concentraron en el Annapurna, mientras los alemanes estaban obsesionados con el Nanga Parbat, el Rey de las Montañas.

La cima del Nanga Parbat alcanza los 8.125 metros sobre el nivel del mar, es la novena más alta del mundo. En la década de 1930, durante el auge del nacionalismo alemán, escalarla se convirtió en pura obsesión, la prueba de máxima hombría, el mismísimo símbolo de la superioridad aria y del *Kameradschaft,* es decir, del compañerismo. Los primeros seis intentos de alcanzar la cima se cobraron la vida de treinta personas y todos resultaron infructuosos.

Fue en 1953, unas semanas después de que Edmund Hillary y Tenzing Norgay coronaran el Everest, cuando un alpinista alcanzaba la cima del Nanga Parbat por primera vez. Debido al mal tiempo el jefe de la expedición había anunciado que abandonaban el intento, pero el austriaco Hermann Buhl, de veintinueve años, desafió la orden y escaló la cima él solo. Sin oxígeno y mal equipado, la coronó a las siete de la tarde de ese 3 de julio. Entonces era tarde para bajar y se vio obligado a pasar la noche de pie, sin saco de dormir ni tienda de campaña, a más de 8.000 metros de altura. Cuando helado, agotado y deshidratado llegó abajo, al campamento, la mañana siguiente, su rostro era el de un anciano. Cuatro años después, Buhl fue arrastrado por un alud a 7.300 metros de altura, a punto de alcanzar la cima del Chogolisa en el Karakórum. Su cadáver nunca fue encontrado.

Desde entonces, el Nanga Parbat se ha escalado muchas veces, pero sigue considerándose una de las montañas más peligrosas del mundo. Por cada tres escaladores que alcanzan la cima, hay uno que muere. De todas las montañas del Himalaya, solo el Annapurna, en Nepal, tiene un índice de mortalidad más alto. Por eso la montaña ha recibido el sobrenombre de Killer Mountain, Montaña Asesina. Las autoridades locales han intentado frenar el uso del macabro sobrenombre, pues tras los hechos ocurridos en el verano de 2013, de repente, le encajaba demasiado bien.

La noche del 22 de junio de 2013, sesenta terroristas armados irrumpieron en el campo base del Nanga Parbat después de haber caminado dos días. Gritaron que eran talibanes de Al Qaeda, y obligaron a salir de las tiendas a alpinistas, guías, porteadores y cocineros. Diez alpinistas extranjeros fueron ejecutados uno tras otro.

Pero nosotros no nos proponíamos ni mucho menos llegar a la cima del Nanga Parbat, nuestro objetivo eran las bastante menos difíciles Märchenwiese, las Fairy Meadows, la Pradera de las Hadas.

El nombre de ese lugar es debido a un grupo de alpinistas alemanes que en la década de 1950 quedaron hechizados por las planicies verdes y sus insuperables vistas al Nanga Parbat. Dado que yo era extranjera, fui escoltada hasta la Pradera de las Hadas por un guardia armado. Las autoridades ya no estaban dispuestas a correr riesgos. La oferta era gratuita, pero no voluntaria. Mi escolta se llamaba Bartak, un hombre alto y delgado de unos cuarenta años, con larga barba de color castaño, mirada amistosa y un bien engrasado kalashnikov.

Yo era la única extranjera del sendero y esa vez adelanté a casi todo el mundo. Constantemente dejaba atrás a jóvenes sudados y jadeantes de las grandes ciudades del sur. En sus teléfonos móviles sonaba sin excepción una música a tope para ahogar el silencio de las montañas. Pasaban jóvenes del pueblo y ofrecían caballos a los excursionistas más voluminosos. Rara vez los caballos iban de vacío mucho rato. Una línea continua de briks de zumos, envoltorios de chicles, bolsas vacías de patatas chips y envoltorios de chocolate corría en paralelo al sendero.

—Viven en la basura y mueren en ella —señaló Akhtar con desprecio.

La pradera hacía honor a su nombre. Cubierta de hierba verde iridiscente, circundada por olmos e impresionantes vistas a la Montaña Asesina. Varias docenas de tiendas y cabañas primitivas estaban preparadas para acoger a los turistas. Mientras sorbíamos ruidosamente una sopa de lentejas humeante en uno de los sencillos cafés, llegaron gritos y vocerío del otro extremo de la Pradera de las Hadas.

—Estás de suerte —dijo Akhtar e hizo a un lado el tazón de sopa —. ¡Ven!

Fui tras él corriendo y acabamos en medio de un caos de pezuñas y mazos. Desde tejados y rocas grandes, los hombres del pueblo seguían entusiasmados el partido de polo, chillando y vociferando.

Akhtar y yo encontramos un lugar tranquilo en una cuesta y nos acomodamos para ver el espectáculo. Los jugadores no parecían seguir regla alguna, con el mazo apuntaban tanto al contrario como a la pelota, se desgarraban y derribaban unos a otros y, sin previo aviso, lanzaron una pelota hacia done estábamos nosotros. Justo después llegaron los caballos con gran estrépito. Akhtar y yo pegamos un salto y corrimos cuesta arriba tan velozmente como nuestras piernas nos permitían, pero los caballos eran más rápidos, y pronto hubo pezuñas y colas por todos lados. Los otros espectadores se reían tanto que casi se caen de los tejados.

Por la tarde tuve la visita de tres hombres de unos treinta años procedentes de Islamabad. Encendieron una hoguera y estuvimos hablando de política pakistaní bajo el cielo estrellado.

—El nuevo primer ministro, Imran Khan, es un buen tipo —dijo uno, un hombre con media melena y chaqueta de piel.

Khan había prestado juramento como primer ministro pocos días antes. De joven, había sido uno de los mejores jugadores de críquet del mundo y como capitán había llevado al equipo nacional pakistaní a ganar la Copa del Mundo de 1992. Cuatro años después fundó el partido Pakistan Tehreek-e-Insaf (Movimiento por la Justicia de Pakistán), y con los años se convirtió en una prominente voz de la oposición en la política pakistaní. En 2018, el partido tuvo muy buenos resultados en las elecciones y consiguieron 110 escaños de los 269 que hay en el Parlamento.

—Al contrario que otros políticos, a Imran Khan no le interesa el dinero —afirmó el hombre de la chaqueta de piel—. Podía haber obtenido muchos millones cuando se separó de su primera mujer, que era riquísima, pero no los quiso. Se divorciaron porque ella ya no soportaba vivir en Pakistán, mientras él quería hacer algo por su país. Un asunto honesto. Pero su segunda exmujer, todo lo contrario..., ahora escribe libros.

—¿Qué clase de libros? —pregunté.

Los hombres se rieron entre dientes.

—Libros que no son aptos para niños —aclaró el compañero que estaba a su lado, con una barba recortada y espesa—. Empezó a escribirlos cuando conoció a Imran Khan, ya me entiendes. Él es un playboy, es su única gran debilidad.

No parecía muy convencido de que fuera verdaderamente una gran debilidad.

—¿Has bebido agua de Hunza? —preguntó el primero—. En este lugar tiene fama, es muy buena, ¡mejor que el brandy!

—No he bebido ni gota desde que llegué a Pakistán —respondí.

—¿De verdad? —El tercer hombre me miró sorprendido—. ¡Pobre! De buena gana te daríamos algo, pero por desgracia solo tenemos marihuana.

—¿Qué clase de musulmanes sois realmente? —les pregunté bromeando.

—Existen musulmanes fuertes y musulmanes débiles —me explicó el de la barba cuidada—. Está visto que nosotros somos de los relativamente débiles. En Pakistán puedes conseguir de todo si conoces a las personas adecuadas.

—Espero que Imran Khan liberalice el país y lo haga menos severo —remarcó su compañero.

—¿No tiene una mujer muy religiosa ahora? —pregunté—. ¿No va todo el día con burka y demás?

—Ella es muy religiosa. Pero él no. ¡Por suerte!

Con el aire puro de montaña me entró sueño y me acosté temprano. Cuando ya estaba enfundada en mi saco de dormir, la plaza de la hoguera se convirtió en una discoteca. Los tres amigos debieron de traer consigo los altavoces desde Islamabad.

Al día siguiente, Akhtar me presentó a un amigo, Mursalin Khan.

—A Mursalin le encantaría enseñarte el pueblo —me dijo—. Yo siendo hombre, y sin tener ningún pariente aquí, no puedo entrar.

—Y ¿yo sí?

—Sí, por supuesto. Tú eres mujer.

Mursalin tenía una cara delgada, nariz afilada, barba tupida y arrugas profundas. Aparentaba más de cincuenta años, pero solo tenía treinta y cuatro, afirmó, la misma edad que yo. Hablaba un inglés correcto y, como la mayoría aquí arriba, llevaba anorak y *shalwar kameez,* una tradicional vestimenta surasiática que consiste en una camisa larga o túnica holgada y unos pantalones bombachos anchos, utilizados tanto por hombres como mujeres.

El pueblo estaba situado detrás de una valla, un poco más arriba del campo de polo, y todo lo que había detrás de esa valla pertenecía a un mundo oculto.

—En cuanto cumplen los diez u once años, las chicas ya no pueden salir del pueblo —me explicó Mursalin—. Cuando tienen que bajar para trabajar en los campos, siguen unas rutas especiales, para que solo las vea el menor número posible de personas.

Mursalin me llevó a su casa, una sencilla cabaña de madera con suelo de tierra. Su mujer, su cuñada y un puñado de niños de diferentes edades estaban sentados fuera con la espalda apoyada en la pared. Nos recibieron con una sonrisa, pero no dijeron nada. Ninguno hablaba inglés.

—Mi mujer trabaja en planificación familiar —dijo Mursalin—. Es algo nuevo iniciado por las autoridades. Aquí las mujeres no suelen trabajar, pero a mí me parece bien que ella haga este trabajo. Yo confió en ella y ella confía en mí.

—¿Cuántos hijos tenéis? —le pregunté.

Él se lo pensó un poco.

—Unos ocho. Nosotros no practicamos la planificación familiar, así que recibimos los hijos que vienen.

Por orden de Mursalin, su hija mayor sirvió lassi casero, primero salado y después dulce. Su mujer, que según él tenía treinta y cinco o treinta y seis años y el pelo ya grisáceo debajo del gran chal, se volvió hacia nosotros y le dijo algo a su marido en voz baja.

—Quiere saber si estás casada —tradujo él.

Dije que sí con la cabeza y su mujer continuó preguntando si tenía hijos y cuánto llevaba casada.

—Mi mujer me ha dado permiso para tomar otra mujer, una extranjera —dijo Mursalin de repente.

—¿Tiene que ser extranjera? —incidí yo.

—Sí, no quiero casarme con otra mujer de aquí. Mi plan es trasladarme al extranjero, trabajar duro y ganar mucho dinero para ayudar a mi familia de aquí.

—¿Tienes alguna preferencia respecto al país? —seguí preguntando.

—No, puede ser de cualquier lugar. Japón, Francia, Alemania, Corea... No importa demasiado, siempre y cuando nos llevemos bien y nos respetemos.

—¿Qué crees que pensaría una esposa extranjera acerca de que ya tienes mujer y ocho hijos aquí en Pakistán?

—Tendría que ser una mujer tolerante —dijo Mursalin—. La comprensión mutua es básica. Ayer hice de guía para una turista alemana, la llevé por las montañas de aquí. Mientras caminábamos, le conté mis planes tal y como te los cuento a ti ahora. Se enfadó mucho y me dijo que tenía novio en su país, después se negó a seguir hablando conmigo. Fue una pena que la cosa terminara así. No entiendo por qué se enfadó tanto.

Sacudió la cabeza y entonces cruzó su mirada con la mía.

—¡Pregúntale a ella! ¡Venga, pregúntale tú misma!

—Perdona, ¿el qué? —le miré confundida.

—Pregúntale, pregúntale a mi mujer si ella me da permiso para que tome una esposa más.

—¿Das permiso a tu marido para que se case de nuevo? —le pregunté yo obediente, y Mursalin tradujo contento.

Su mujer asintió con la cabeza y sonrió.

—¿Por qué lo aceptas? —pregunté, y Mursalin tradujo.

—En el islam es así —respondió ella—. Un hombre puede tener cuatro esposas.

—Ella es más creyente que yo —explicó Mursalin—. Reza, ayuna y sigue las reglas. Yo también lo intento lo mejor que puedo, pero no soy tan aplicado. De todos modos, creo que lo más importante es ser una buena persona. ¿Eres cristiana?

Negué con la cabeza.

—¿Cuál es tu religión pues?

—No tengo ninguna religión —respondí.

Mursalin me miró sorprendido y se lo contó a las mujeres. Ellas se pusieron a discutir con vehemencia.

—Dicen que en tal caso eres libre de escoger el islam —tradujo Mursalin—. Porque tú crees en Dios, ¿verdad?

—No, no creo en absoluto en Dios —dije.

—¿Cómo explicas todo esto, pues? —preguntó Mursalin y gesticuló con los brazos—. ¿El sol, la luna, un día como este? ¿Por qué vivimos y por qué morimos?

No pude explicárselo así sin más.

—¡Exacto! —dijo él triunfante—. Aquí la ciencia se queda corta. La explicación lógica es que existe un Dios. Y el islam es la mejor religión, que sea la última lo dice todo. Es la más auténtica. En el Corán está todo, también se mencionan la Biblia, a Jesús y otras religiones. ¿No creerás en serio que el ser humano desciende del mono? ¡Vaya disparate! En el Corán se dice que al hombre lo creó Dios, y que a la mujer la creó a partir de una costilla del hombre. Es la única explicación lógica.

A eso le siguió una larga perorata sobre los rituales de la oración y qué rezos había que practicar en cada momento.

—¿Falta mucho para el siguiente rezo?

Mursalin miró el reloj.

—Veinticinco minutos —dijo, pero no parecía que le urgiera llegar a tiempo. En lugar de ello me llevó a la parte alta del pueblo

y me mostró la tierra que poseía, su ganado y las personas que trabajaban para él.

—Son del norte —explicó—. Les he pagado mucho dinero, unos cientos de miles de rupias, para que trabajen conmigo. Si quieren dejar el trabajo, tienen que devolverme ese dinero. Además les pago unas dos mil rupias al año.

Rápidamente hice el cálculo mental: 1.000 rupias corresponden a unos 6 euros.

—No es mucho —dije.

—No, pero también les proporciono comida y alojamiento. No solo soy responsable de mis trabajadores, sino también de sus familias. Cuando uno va a casar a su hija, por ejemplo, normalmente le doy diez mil rupias de dote. También pago los gastos del médico si uno de ellos enferma.

Las casas por las que pasábamos eran pequeñas y sencillas, prácticamente sin muebles, y pululaban gallinas, vacas, cabras y niños pequeños por doquier. Delante de una casa, tendido en el suelo, había un niño medio desnudo, de unos cinco o seis años, que miraba al vacío con los ojos muy abiertos. Las moscas zumbaban a su alrededor como nubes negras.

—Este nació así —comentó Mursalin—. Está siempre ahí tendido.

Al salir del pueblo, el imam llamaba a la oración desde la mezquita, pero Mursalin seguía sin parecer estar interesado. En lugar de ello me llevó a un llano con vistas panorámicas al Karakórum y al Hindú Kush. Entre las dos cordilleras, el río Indu se retorcía como un intestino de color fangoso. Desde el otro extremo del pueblo había vistas al Nanga Parbat y al Himalaya que a partir de allí se extendía hacia el este a través de India, Nepal y Bután para culminar en el Namcha Barwa, macizo del Tíbet que cierra el Himalaya en su extremo oriental, a más de 2.000 kilómetros de distancia de donde estábamos. Entre esas tres cadenas montañosas, las más altas del mundo, se ubicaba la Pradera de las Hadas como

un mundo de fábula, petrificado y archiconservador.

Había cuatro o cinco hombres barbudos dispersos por la explanada. Miraban fijamente la pantalla de su móvil. Ninguna señal moderna atravesaba la valla de la Praderas de las Hadas. El único lugar donde se podía contactar con el resto del mundo era aquel.

Mursalin insistió en acompañarme al complejo de cabañas y no se hizo de rogar cuando Akhtar le invitó a cenar con nosotros. Mientras esperábamos la comida, desapareció. Las lentejas estaban en la mesa ya tibias cuando regresó al fin. Lucía una misteriosa sonrisa cuando, del anorak, sacó una botella de Coca-Cola llena de un turbio líquido marrón claro y nos llenó el vaso con discreción ceremonial. Sabía a grapa barata y aguada.

—Agua de Hunza —susurró Mursalin y miró sigiloso a su alrededor—. La compré hace un par días, pero no se había presentado la ocasión para abrirla. ¡Salud! —Alzó el vaso y se tragó la sustancia marrón claro—. ¡Ah! Deliciosa, ¿no?

Akhtar arrugó la nariz, pero no dijo anda. Yo asentí amablemente.

—¡Brindemos por Pakistán! —dijo Mursalin y llenó los vasos de nuevo—. ¡Y por Imran Khan! Pakistán necesita nuevos impulsos. Necesitamos un nuevo Pakistán. ¡Salud!

Ayuno y fiesta

Desde la Pradera de las Hadas y el Nanga Parbat, la cordillera del Himalaya se extiende en dirección este hacia la India, pero entre India y Pakistán solo hay dos pasos fronterizos y el más cercano estaba a bastante distancia en dirección sur, en Lahore. Ha pasado a la historia la época en que las caravanas comerciales podían cruzar libremente los pasos de montaña y las fronteras entre los países. Continuamente se dice que el mundo se hace cada vez más pequeño y más libre de fronteras, pero posiblemente las fronteras terrestres nunca han sido tan rígidas como ahora. Entre el mapa y el terreno no hay duda de cuál lleva las de ganar: sobre el terreno, las abstractas líneas rojas del mapa son custodiadas con rigor por cámaras, sensores de movimiento, guardias armados, y, a menudo, también con barreras físicas como alambre de espino, vallas o muros. Incluso en este olvidado rincón del mundo, muy por encima de la línea donde ya no crecen árboles y las líneas rojas del mapa son reemplazadas por líneas discontinuas —no resueltas, controvertidas, no ratificadas—, las fronteras físicas equivalentes a las del mapa siguen, sin embargo, esculpidas en granito, atrapadas en un enquistado conflicto entre dos países que una vez fue solo uno.

Puesto que no era posible continuar hacia el este por la cordillera, puse rumbo al oeste, hacia Afganistán, hacia el Hindú Kush, un complicado rodeo para llegar al paso fronterizo oficial de Lahore. Pero ¿dónde empieza y dónde termina realmente una cadena de montañas?

Quizás precisamente aquí.

En el pueblo de **Juglot**, **1.988 m s. n. m.**, a 40 kilómetros al sur de Gilgit, confluyen los ríos Indo y Gilgit, y aquí se encuentran o se separan las cordilleras del Hindú Kush, el Himalaya y el Karakórum. Un letrero, ajado por la climatología, informaba sobre la geografía local: estábamos de espaldas al Hindú Kush, a la izquierda del río Gilgit había vistas al Karakórum, mientras que las montañas situadas a la derecha de los ríos Indo y Gilgit pertenecían al Himalaya. Los ríos eran de color fangoso, las montañas eran áridas, abruptas y de color ocre claro, tan solo el asfalto negro pagado con un crédito y subsidios chinos contrastaba con todas las demás tonalidades de ocres.

Yo no era capaz de diferenciar las tres cordilleras, eran muy parecidas, pero Akhtar afirmó que sus montañas, el Karakórum, destacaban por una belleza superior.

Entrada la tarde, las cumbres ocres que se alzaban a ambos lados del río Gilgit, de cada cordillera, quedaron ocultas detrás de oscuras nubes grises. Se levantó viento y un fuerte chubasco transformó la carretera de tierra en fango. Pronto topamos con una larga hilera de coches. Unos cien metros más adelante había habido un desprendimiento; rocas, montículos de piedras y tierra cerraban el paso. Un par de docenas de hombres habían bajado de sus coches para calibrar el desprendimiento de cerca y contemplaban de brazos cruzados la masa de piedras acumuladas. Las mujeres se quedaron en los coches, tapadas e invisibles. Pasada una hora, vino un solo bulldozer a sacarnos del atolladero, y al cabo de dos horas más, cuando ya anochecía, el camino quedó por fin despejado.

Ahora cuando pienso en el viaje al Himalaya, siento que pasé la mayor parte del tiempo en vehículos diferentes, viajando por polvorientas carreteras angostas, llenas de socavones y expuestas a desprendimientos de tierra. En muchos lugares los límites de velocidad eran de 20 a 50 kilómetros por hora, recorríamos

kilómetros y kilómetros a paso de tortuga mientras el sol discurría lentamente por la bóveda del cielo; al día siguiente, repetíamos lo mismo, y así pasaban semanas y meses, sí, la vida misma, mientras los chóferes y yo, lentamente, quedábamos cubiertos de una fina capa de polvo y las montañas desfilaban detrás de las sucias ventanillas de los vehículos, a cuál más elevada, más abrupta y más ocre, el Hindú Kush a la izquierda, el Karakórum a la derecha.

La policía y los controles militares de las carreteras eran una grata distracción. De camino a Chitral, nuestro siguiente destino, nos pararon dieciséis veces, y cada vez tuvimos que contestar las mismas preguntas concernientes a la nacionalidad y a los números del pasaporte, del visado y del teléfono. Entrada la tarde cruzamos **el paso de montaña de Shandur**, **3.700 m s. n. m.**, que tiene el campo de polo más alto del mundo. Durante una semana de julio, la pradera se convierte en un colorido crisol de tiendas de campaña, caballos, jinetes y espectadores. Pero entonces, en agosto, estaba desnuda y desierta, a excepción de un puñado de yaks que pastaban y dos soldados jóvenes que se encargaban de que todos los extranjeros que cruzaban el paso fueran debidamente registrados con su nacionalidad y la numeración del pasaporte, visado y teléfono.

Muchas horas más tarde llegamos a **Chitral**, **1.494 m s. n. m.**, donde tuve que registrarme de nuevo, esa vez en la comisaría de policía, en la pequeña oficina señalada con el letrero FOREIGNERS REGISTRATION. Detrás de inestables pilas de papeles, había un burócrata con gafas que rellenaba formularios a mano. Las estanterías estaban repletas de pilas de papeles polvorientos recogidos con gomas. En la pared, detrás del hombre, había un enorme cartel colgado con pulcras columnas, una estadística de todos los extranjeros que habían visitado Chitral desde la década de 1990 en adelante. Después del ataque terrorista de 2001 a las Torres Gemelas, las cifras cayeron en picado y ya nunca más han

alcanzado las de la época anterior.

Equipada con el pasaporte sellado y acompañada de un escolta nuevo, pusimos rumbo al suroeste, hacia la frontera afgana, a Kafiristán, el País de los Infieles. La carretera que llevaba hasta allí, uno de los lugares más inaccesibles y recónditos de Pakistán, era todavía más estrecha de lo habitual, flanqueada por precipicios sobre el río. Originariamente, Kafiristán abarcaba una zona sin divisiones, situada al noroeste de Pakistán y el este de Afganistán, poblada por grupos étnicos de piel blanca y ojos azules, unas sesenta mil personas que adoraban a dioses diferentes. Según la leyenda descendían de Alejandro Magno y sus tropas, que vencieron a Poro, el rey de Punjab, en el año 326 a. C. Una parte de los lingüistas opinan que la procedencia de los grupos étnicos de Kafiristán debe de ser todavía más antigua, que proceden de una de las primeras olas migratorias de pueblos indoarios, antes de que llegara del oeste la principal ola migratoria, hace unos tres mil quinientos años.

En 1893 estos grupos étnicos fueron a parar a lados opuestos de los aproximadamente 2.500 kilómetros de línea fronteriza trazada por Henry Mortimer Durand, el ministro de Asuntos Exteriores de la India británica, y que en la actualidad constituye la porosa frontera entre Afganistán y Pakistán. La línea Durand divide sin consideración alguna y por azar a grupos étnicos, parientes y familias: los que se encontraban al oeste de la invisible línea, fueron a parar al reino del emir afgano, mientras que los que vivían al este de la misma, fueron considerados súbditos de la reina Victoria. Un par de años después de haberse trazado dicha línea, Abdur Rahman Khan, el emir de Afganistán, ordenó el ataque a los infieles de su lado fronterizo y los obligó a convertirse al islam. Posiblemente, fue la última conversión en masa por la fuerza de la historia. Para dejar constancia de que había cumplido con la misión, determinó que la región cambiara de nombre, de llamarse Kafiristán pasaría a

llamarse Nuristán, el País de los Iluminados.

El pueblo kalash escapó a la conversión masiva porque vivían en el lado británico de la frontera, en el actual Pakistán, en los tres valles recónditos Birir, Rumbur, Bumburet. Hoy en día, los kalash son el único grupo étnico que queda de Kafiristán y, con cuatro mil personas en total, constituyen la minoría étnica más pequeña de Pakistán.

Llegar a **Bumburet**, **1.100 m s. n. m.**, fue como llegar a otro país: incluso las casas eran diferentes, construidas con madera y decoradas con elaborados marcos de ventanas y puertas. En la parte superior tenían terrazas aireadas y cubiertas por un tejado inclinado. Los hombres llevaban pantalones bombachos y holgadas túnicas de colores claros como en todas las zonas rurales de Pakistán. Mientras que los vestidos de las mujeres kalash no guardaban parecido con ningún otro que yo hubiera visto antes. Eran largos vestidos negros, decorados con intrincados dibujos grandes, de colores claros y vistosos como el turquesa y el amarillo, e iban ceñidos a la cintura por un ancho cinturón bordado. Debajo del vestido, llevaban holgados pantalones negros, también bordados con los mismos dibujos llamativos. El cabello, recogido en dos trenzas gruesas y otra más delgada en la frente. La trenza delgada se dirigía hacia atrás y se sujetaba a la cabeza con un elaborado tocado de cuentas de forma circular como una corona. Una cola de vistosas cuentas y conchas de cauri colgaban de él hasta mitad de la espalda. Alrededor del cuello, gruesos collares de perlas. Se paseaban erguidas por doquier, solas o en pequeños grupos, tan visibles con sus llamativos vestidos y sus joyas que era como si, con todo su ser, protestaran a gritos contra el concepto de mujer que existe en el país donde viven.

Cuando llegamos a un sencillo hostal ya era de noche y, para decepción de Akhtar, demasiado tarde para ir comprar el famoso vino casero de los kalash. Yo sacudí los excrementos de ratón de las

sábanas y me dormí al instante.

Al día siguiente seguimos el murmullo de voces y fuimos a parar a una casa con mucha gente. Akhtar preguntó si podíamos entrar y, amablemente, nos hicieron pasar a las salas. Enseguida nos ofrecieron dos sillas bajas, gruesas tortitas recién hechas y queso casero desmenuzado. Una joven ataviada con el tradicional traje kalash con bordados verdes se sentó a nuestro lado. Se llamaba Zaina Bibi, tenía veintisiete años, un amable rostro redondo y una sonrisa luminosa.

—Pregúntame todo lo que quieras saber —dijo en un inglés muy correcto—. Has recorrido un largo camino para venir a visitarnos y solo faltaría que no obtuvieras respuesta a todas tus preguntas.

No me hice de rogar.

—¿Por qué hay tanta gente aquí? —pregunté.

—Murió mi primo en Karachi, hace dos o tres semanas. La muerte le llegó como un rayo del cielo, nadie sabe por qué murió tan de repente. Está en el templo, en la casa vecina. —Zaida señaló una gran casa de madera de enfrente—. Durante dos semanas, ha venido gente de otros pueblos y se ha danzado por el fallecido. Los más allegados lloran todo el tiempo mientras los ancianos cantan para acompañar el duelo. Los parientes tienen que sacrificar cabras y vacas para poder ofrecer comida a los visitantes de los pueblos vecinos. Los entierros son muy caros, hay que sacrificar cien cabras, a veces más. ¡Hay tanta gente a la que ofrecer comida! Antes solíamos celebrar *gandaoer* un año después del fallecimiento, esculpíamos grandes estatuas de madera que simbolizaban al fallecido y las enterrábamos junto al cadáver, pero ya casi nadie tiene dinero para eso.

—¿Para esculpir las estatuas de madera?

—No, para las estatuas no, ¡para la fiesta! Cuando se cumplía un año del fallecimiento, la familia del muerto invitaba a todo el pueblo a una gran comida. Pero cuando muere una chica, nadie

baila, todos se limitan a llorar. Para las chicas, el ritual funerario solo dura un día.

—¿Por qué danzáis para los hombres que han muerto? —seguí preguntando.

—Mmmm, en realidad, no lo sé exactamente. —Zania se rascó la cabeza y se quedó pensativa—. Nuestros ancianos dicen que es una vieja tradición, y las viejas tradiciones hay que seguirlas, no debemos cambiarlas porque si lo hacemos desaparecerá nuestra cultura. Pronto celebraremos la fiesta de la cosecha, y entonces danzamos, sí, danzamos todos —añadió—. Después de la fiesta podemos comer nueces, uva y maíz, pero no antes. En verano solemos danzar cada noche, pero después de la muerte de mi primo no lo hemos hecho. ¿Quizás tengamos permiso para danzar esta noche? ¡Espero que sí!

Sonriente, me sirvió más té y me llenó el plato con queso.

—Hemos tenido muchos problemas con nuestros vecinos y con los talibanes —dijo muy seria—. Hace unos años vinieron unas personas y mataron a nuestros pastores y robaron nuestras cabras. Las autoridades dicen que no nos pueden proteger y que es mejor que no tengamos animales. Muchos ya han vendido su ganado. Yo he estudiado en Peshawar, hice una licenciatura en nutrición. Allí me aconsejaron no contar que yo era una kalash, así que dije que era de un lugar apartado y me vestía con ropa pakistaní corriente. La vida allí era solitaria. Aquí es mejor, junto a los míos. Me quedaré a vivir en el pueblo a partir de ahora.

—¿Hay muchas personas kalash convertidas al islam? —pregunté.

—Sí, muchas amigas mías ahora son musulmanas y viven en otros lugares, en Islamabad, Karachi, Lahore —respondió Zaina—. ¡Pobres padres! Los míos se pondrían muy tristes si yo me convirtiera al islam. No somos ricos, mis padres tuvieron que vender sus cabras y sus vacas para que mis hermanos y yo pudiéramos estudiar. Así que yo tenía que volver, se lo debía. Pero

de vez en cuando vienen los musulmanes y nos dicen que iremos a parar al infierno tras la muerte, que somos kafires, infieles, que el paraíso es solo para los musulmanes. En alguna ocasión les he preguntado si alguien ha regresado del paraíso para contarlo, pero se enfadan y dicen que me burlo de su religión y que me matarán. Yo pienso que lo más importante es hacer buenos actos mientras vivimos. También creemos que el alma vive eternamente después de la muerte. Si se han hecho buenos actos, y muchos, el alma tendrá paz. Si no, el alma vagará inquieta y no encontrará la paz.

Fuera de la casa había mucha actividad. Un puñado de hombres estaban adornando la plaza para la fiesta de la cosecha con oropeles y guirnaldas de muchos colores. Pandillas de niños bailaban alegres por doquier. Dos chicas miraban las preparaciones desde un rincón de la plaza.

—Ella solo tiene dieciocho años, pero acaba de casarse —dijo la mayor y señaló a la más joven, que estalló en risas al sacar a colación su estado civil.

—¿Fue un matrimonio concertado? —inquirí.

—No, aquí no hacemos esas cosas. —La mayor de ellas se rio—. ¡Se escaparon juntos!

—¿Cómo os conocisteis? —quise saber, dirigiéndome a la recién casada de dieciocho años. Al acabar Akthar de traducir la pregunta, la chica estalló en risas otra vez. Pasó un buen rato antes de serenarse para poder responder, pero entre ataques de risas y risitas ahogadas pudo contar que él era policía y trabajaba en su pueblo. Durante dos años se habían enviado mensajes y se hicieron novios en secreto, al final se escaparon juntos. Es decir, ella había huido a casa de los padres de él, tal y como reza la costumbre, después se habían casado.

—Antes tenía una buena vida también, pero ahora es aún mejor —dijo, se sonrojó y estalló en risas de nuevo—. Añoro a mi familia, claro, pero en lo básico mis suegros son como mis padres.

Por la noche, las mujeres del pueblo se juntaron para la danza. La plaza en la que danzaban era oscura y polvorienta; yo apenas podía entrever sus vestidos revoloteando. El acompañamiento consistía en un solo tambor que emitía un ritmo básico pero álgido. Llegaron más y más mujeres, y en grupos de tres en tres se desplazaban en círculo por la plaza, giraban alrededor de su propio eje mientras ora cantaban, ora proferían gritos de ¡AAAaaaaah! una y otra vez. A intervalos regulares, los pequeños grupos se convertían en largas cadenas de mujeres que lentamente danzaban oblicuamente en la oscuridad, como un solo cuerpo, una sola voz, una sola y larga vocal.

A la mañana siguiente di un paseo por el pueblo. La ubicación de Bumburet era impresionante, en medio de verdes sierras escarpadas. En un punto concreto, la carretera daba un giro aproximándose al río; la antigua carretera había desaparecido en 2015, a causa de un deslizamiento de tierras que había barrido decenas de casas y tiendas. Por doquier había mujeres que cosían o lavaban vestidos para la fiesta de la cosecha y niños alegres que bailaban y saltaban ya muy excitados por las expectativas de fiesta.

Después de visitar el museo local, me reuní con Zaina de nuevo. Llevaba una bolsa pequeña con champú y un cepillo para el pelo. Sus dos largas trenzas goteaban.

—Vengo de la casa de baños, abajo en el río, me he lavado allí el pelo —dijo—. Solo los hombres y los niños pueden lavarse en casa. Nosotras las mujeres tenemos que ir al río.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

Zaina se encogió de hombros.

—Es una antigua norma. Supongo que tiene que ver con la religión. En verano, vale, pero en invierno es mucho peor, porque tenemos que llevar el agua caliente desde aquí hasta la casa de baños.

Sonriente me invitó a su casa.

—Uff, me temo que esto no esté muy limpio —se disculpó manoteando en dirección al suelo de madera, reluciente y limpio—. Normalmente friego el suelo cada quince días, pero estos últimos días hemos tenido problemas con el suministro de agua.

En las esquinas había dos camas sencillas y los estantes de las paredes estaban llenos de comida y utensilios de cocina básicos.

—Parece que aquí la mayoría se casan jóvenes, pero ¿tú no? —observé.

—No, yo no... Tuve varias propuestas de matrimonio cuando era más joven, pero les dije que tenían que esperar. Primero quería estudiar, hacer una licenciatura en la universidad. Pero los chicos no esperaron, ninguno. Ahora todos tienen tres o cuatro hijos.

Una mujer encorvada y delgada, que llevaba un vestido kalash viejo y raído, entró en la estancia. Tenía las orejas y la nariz grandes, las mejillas hundidas y los labios tan finos que casi eran imperceptibles. Su brillante pelo, todavía oscuro, lo llevaba recogido en trenzas delgadas. Sobre estas, el tradicional tocado de muchos colores.

—Es Jamki, mi abuela —me explicó Zaina.

Saludé amablemente a la anciana, que estrechó mis manos sonriendo.

—¿Cuántos años tiene usted? —le pregunté.

Zaina tradujo la pregunta y la respuesta de la anciana:

—No sabe la edad que tiene. Quizás tenga cien años o quizás ochenta.

—¿Era diferente la vida aquí cuando usted era joven? —seguí preguntando.

La anciana soltó una carcajada seca y áspera. Después empezó su explicación con voz clara y temblorosa:

—¡Cuando yo era joven, vestíamos ropa de lana! Pesaba mucho y se tardaba un año en confeccionarla. Llevábamos zapatos de piel y no teníamos chapati como el de ahora. Hacíamos pan con harina de

nueces y el curry también era de nueces. Todo el mundo era muy fuerte, y aquí no había escuelas. Me casaron cuando tenía doce o catorce años. Los más viejos del pueblo fueron a casa de mis padres y les dijeron que tenía que casarme. Mis padres no debieron de poner muchas objeciones. Todos éramos pobres entonces, y Pakistán no era independiente. Estábamos gobernados por la familia real local, que era de Afganistán. Eran musulmanes, se llevaban nuestras cosechas, mataban a la gente si les venía en gana y hacían cosas terribles a nuestras jóvenes. Nos obligaban a trabajar para ellos como esclavos e intentaban convertirnos al islam. En aquella época teníamos que celebrar las fiestas a escondidas, arriba en las montañas. Había poca comida y a nuestros hijos les dábamos peras resquebrajadas y secas y calabaza. Por la mañana temprano íbamos al mercado con nuestro ganado y allí nos quedábamos hasta la noche. Ahora, las jóvenes se quedan en casa todo el día. Sin embargo, creo que había más amor entonces. Lo poco que la gente tenía lo compartía. Ahora la gente solo piensa en sí misma, y los jóvenes ya no danzan, no como lo hacíamos nosotros.

—¿Cuántos dioses tienen ustedes? —le pregunté. En el museo había leído que el pueblo kalash adora a varios dioses diferentes.

—Solo tenemos un dios —respondió la abuela de Zaina—. Pero tenemos canciones propias para las nueces, las uvas, los melocotones, la nieve y todo lo demás. ¡Tenemos muchas canciones!

—¿Por qué las mujeres no se pueden lavar en casa?

—¡Nosotras tenemos tanto pelo! —dijo la anciana y soltó una risa ronca—. ¡Si nos laváramos en casa, se llenaría de cabello por todas partes! La higiene es importante. Ocurre igual con los nacimientos y la menstruación. Tenemos casas especiales para estas cosas y están muy limpias. Las mujeres se sienten mejor allí. A los hombres no les está permitido entrar en las casas de mujeres; no saben lo que ocurre allí. Es nuestro mundo secreto.

Algunos de los kalash que conocí tenían el pelo rubio oscuro y ojos azul grisáceo, como los habitantes de Hunza, pero la gran mayoría tenía el pelo negro azabache y ojos marrones. Los análisis de ADN no han podido demostrar ningún parentesco entre el pueblo kalash y los griegos. Sin embargo, perdura el mito de que descienden de las tropas de Alejandro Magno y se han escrito docenas de artículos con títulos románticos del estilo «Los hijos perdidos de Alejandro Magno». Quizás inspiradas en todo eso, las autoridades griegas han destinado muchos recursos para ayudar al reducido pueblo pagano del Hindú Kush. Gracias a la ayuda de Grecia las mujeres kalash tienen casas grandes y confortables cuando no pueden vivir en las suyas. Además los griegos han subvencionado bibliotecas, escuelas y museos en los valles kalash. El promotor de esta cooperación griega, el profesor Athanasios Lerounis, ha visitado a los kalash con regularidad durante quince años y habla su lengua tan bien que pudo desarrollar la propia escritura kalash cuando en 2009 fue secuestrado por los talibanes. Uno de sus dos escoltas fue asesinado durante el secuestro. Lerounis fue liberado tras siete meses de cautiverio a cambio de una gran suma de dinero, desde entonces, y por su seguridad, no ha podido volver a los tres valles del pueblo kalash.

Nadie sabía cuándo empezaría la celebración del *uchaw,* la fiesta de la cosecha. Alguien afirmó que la danza se iniciaría a las ocho, otros que a las diez, y todavía había quien estaba totalmente seguro de que sería al dar las doce. Temprano por la mañana se había celebrado una pequeña ceremonia consistente en rezos y desayuno de queso para el grupo de pastores, pero solo podían participar hombres.

Para estar segura de no perdérmela, subí hasta la plaza donde se danzaba nada más desayunar. También la plaza, que estaba asfaltada, era un regalo de las autoridades griegas. Ahora estaba llena de niños correteando con golosinas en la boca. Entusiasmados

turistas italianos los fotografiaban desde todos los ángulos posibles, pero no había nadie danzando y nadie sabía cuándo empezaría la celebración. Una docena de policías pakistaníes, armados hasta los dientes, se habían distribuido por toda la plaza y los cerros circundantes para disuadir a posibles terroristas de acercarse.

Entrada ya la mañana llegaron a la plaza riadas de kalash ataviados con trajes de fiesta. Los hombres, engalanados con plumas y flores en sus sombreros de fieltro; mientras que las mujeres habían sacado sus *kupas,* sus tocados de fiesta, una cinta ancha y larga que casi les cubría la cabeza, adornada con perlas y bonitas conchas pequeñas, a pesar de lo lejos que estábamos del mar.

—Esperan a un político —me informó Akhtar—. Cuando este llegué, empezará la celebración.

Ya bien entrada la tarde, finalmente apareció Wazir Zada, el primer representante de la minoría kalash en la asamblea parlamentaria de Jaiber Pajtunjuá. Los kalash fueron reconocidos como grupo étnico diferenciado por las autoridades pakistaníes el año anterior, por eso nunca antes habían tenido un representante en la asamblea de la región.

Zada se dejó fotografiar con un puñado de turistas, pronunció un pequeño discurso, participó ceremoniosamente en una danza y se marchó a toda prisa. Conseguí atraparlo cuando estaba a un tris de marcharse y fui directa al grano:

—¿Cuál es el principal reto de los kalash actualmente?

—Es la primera vez en la historia que un kalash ocupa un escaño en la asamblea regional —respondió—. Voy a trabajar para conservar la cultura, porque si no, quizás desaparezca. Como seguro que te habrás dado cuenta, la carretera que conduce aquí no es demasiado buena, es un reto también. Pero por otro lado es una ventaja, porque todavía vendría más gente y no tenemos capacidad para recibir a muchos. ¿De dónde eres tú?

—De Noruega —respondí.

—¡Ah, qué bien! —exclamó Zada—. Hemos recibido mucha ayuda de nuestros amigos de Italia. Hagámonos una foto juntos. —Sacó su teléfono móvil, hizo una selfi y se fue corriendo a la manera de los políticos.

En el lugar donde se bailaba ahora estaba lleno de festivos kalash. La danza era como la de la noche anterior, con la diferencia de que los danzantes eran muchos más, y también los que tocaban el tambor. Las mujeres se movían lentamente en círculos, enlazadas mientras cantaban: *¡AAAAAaaaaah!* Los hombres también se enlazaban en grupos de tres o de cinco, los jóvenes tomaban carrerilla y chocaban con las mujeres, risueños y soltando gritos alegres. El pueblo se había convertido en un solo cuerpo caótico y revuelto, una masa de energía, canciones y colores.

A Akhtar y a mí nos esperaban siete horas de trayecto, debíamos continuar viaje hasta el valle de Swat esa misma tarde y de mala gana me desconecté de la danza, la risa, los tambores, los vestidos bordados y las alegres sonrisas.

Abandonamos oficialmente el valle de los kalash en el puesto de policía junto al puente, y nos despedimos del guardia armado que me escoltaba, a él pronto le asignarían nuevos extranjeros a los que proteger. Las mujeres que adelantábamos y que iban caminando por los laterales de la carretera miraban hacia otro lado cuando nos acercábamos, de modo que solo les veíamos la espalda y el largo velo que les cubría la cabeza. Tras unas horas, al llegar mucho más al sur, el velo fue sustituido por el burka. Las mujeres de las cunetas parecían bultos sin forma, caminaban rígidas y tambaleantes, sin visión lateral, siempre acompañadas de un hombre o un muchacho, con una rejilla de algodón a modo de filtro entre ellas y el mundo.

El recuerdo de los alegres y coloridos kalash, los tambores y las danzas, el vino y las canciones empezaba a palidecer. Era como si hubiéramos estado en otro país. Un pagano Shangri-La. Poco a poco las carreteras eran menos empinadas, más anchas, mejores;

atravesamos velozmente dos túneles que habían tardado treinta años en construirse, y de pronto ya estábamos en Swat. El paisaje era verde y fértil, brumoso, las calles estaban inquietantemente vacías, todas las tiendas y restaurantes estaban cerrados. En las esquinas había pilas de cabezas de cabra y flácidas pieles de cordero, restos de la matanza masiva; la sangre corría todavía por las aceras formando riachuelos. También los musulmanes celebran ese día, el primer día de *id al-adha,* y todo aquel que disponía de medios sacrificaba un cordero o una cabra en memoria de Ibrahim, o Abraham, tal y como es conocido entre judíos y cristianos, personaje que evitó sacrificar a su hijo Ismael (en el cristianismo y el judaísmo es Isaac el hijo que se le pide que sacrifique). A pesar de que cambian los nombres, la historia acaba bien en las tres religiones: simplemente se trataba de una prueba que Dios imponía a sus fieles servidores, y se sacrificó un cordero en lugar del muchacho; el sacrificio humano ya no era necesario.

Por lo visto, todo el mundo estaba en sus casas, también los cocineros de restaurantes y de puestos callejeros, reunidos alrededor de humeantes cazuelas de cordero y rodeados de parientes cercanos y lejanos. Cayó la noche. Todavía no habíamos encontrado un lugar para cenar y aún nos quedaba mucha carretera por delante. Por todas partes había hombres que caminaban por los laterales y en mitad de la carretera, todos con largas túnicas de colores claros, ya no se podía ver a mujeres, solo montones de flácidas pieles de cordero y cabezas de cabra con la boca abierta, riachuelos de sangre, túnicas holgadas y refulgentes focos de luz que nos cegaban al pasar.

El amor en la época de los talibanes

La última semana, Muhammed, el farmacéutico que conocí en el minibús en el que salimos de China camino de Pakistán, me llamaba a diario y me mandaba mensajes para saber cuándo les visitaría a él y a su familia. Vivían en **Odigram**, **970 m s. n. m.**, un pueblo a unos kilómetros al sur de Saidu Sharif, la capital de Swat; aunque nunca pude distinguir dónde terminaba Saidu Sharif y dónde empezaba Odigram. El vehículo atravesó una calle larga con edificios ruinosos, basura, un tráfico caótico y un sistema de cableado eléctrico todavía más caótico. En un determinado lugar, la calle cambiaba de nombre y ya habíamos salido del pueblo para entrar en la ciudad. Odigram, llamado Ora por los griegos, además es más conocido por haber sido conquistado por el ejército de Alejandro Magno en el año 326 a. C.

Muhammed nos recibió efusivamente. En el autobús iba vestido con tejanos y chaqueta de piel, ahora llevaba una túnica beige y pantalones bombachos. Akhtar y el chófer fueron conducidos a una habitación para huéspedes que daba a la calle y estaba situada fuera de la casa, pero a mí me invitaron a traspasar el soportal cerrado. Los dormitorios estaban situados alrededor de un espacioso y ventilado atrio, amueblado con bancos bajos y una mesilla. En la esquina, bajo techo, pero sin paredes, había una cocina pequeña. Debajo de una manta, en uno de los bancos, estaba recostado el anciano padre de Muhammed, tan menudo que parecía que iba a desaparecer entre los pliegues de la manta en cualquier momento. La madre de Muhammed me besó en las mejillas para darme la

bienvenida, también saludé a su joven esposa, a su hermana y a su hermano. Correteaban muchos niños por el atrio, pero nadie se molestó en presentármelos. La cuñada de Muhammed, que se disponía a salir, cogió el burka suspirando.

—Da tanto calor esto —se quejó—. Comprime la cabeza y es difícil ver.

—Es nuestra cultura —exclamó Muhammed—. Aquí las mujeres van vestidas así. Así ha sido siempre.

—¿Tienes hambre? ¿Te apetece comer? —preguntó la madre sonriendo, y el hijo tradujo. Yo rehusé el ofrecimiento amablemente, pero las mujeres ya estaban faenando en la cocina y, al poco rato, trajeron jugo de mango recién exprimido, pasteles, ensalada de frutas y té dulce con leche.

—¡Esta chica no come lo suficiente, dadle más comida! —les riñó el abuelo desde debajo de la manta.

El hermano menor de Muhammed se llamaba Ahmed y tenía treinta años. Llevaba tejanos y camiseta, gafas finas, un rostro oval y barba recortada. Me sonrió:

—¿Así que eres noruega? —Era más una constatación que una pregunta.

Yo asentí con la cabeza.

—¡Fantástico! —Ahmed blandió palmas entusiasmado—. ¡Yo estoy haciendo un doctorado sobre Fredrik Barth, el antropólogo social noruego!

—¿De verdad? —exclamé—. Yo soy antropóloga social. ¡Fredrik Barth es mi gran héroe! ¡Fui muy afortunada al poder hablar con él unas cuantas veces, fue como estar con Dios! ¿Sobre qué escribes?

—Comparo lo que escribió Barth sobre el valle de Swat en la década de 1950 con lo que es hoy en día —contó él, eufórico—. ¡Todo lo que él escribió ha cambiado! Swat era un reino propio en esa época, y no estábamos sometidos ni a Pakistán ni a Afganistán, pero también la cultura es totalmente diferente ahora. Barth

describe costumbres de las que yo ni siquiera había oído hablar. ¡Las instituciones sociales, la manera en que los cónyuges conviven, todo es diferente! Por ejemplo, él describe algo que se llama *hujra,* un lugar donde los hombres principales se encontraban por la noche. La tradición era exclusiva de Swat, pero ya no existe. Las mujeres tenían su *gudar,* pero también ha desaparecido. ¡No sabía nada de todo esto antes de leer a Barth!

Estuvimos hablando mucho rato de Barth, de sus viajes y de su más famosa teoría acerca de que la identidad y la conciencia sobre la propia cultura se construyen en la frontera, interactuando con un grupo distinto y extranjero, se la inspiró el trabajo de campo que realizó aquí en el valle de Swat. Muhammed se había ido a la habitación de los huéspedes para dar conversación a Akhtar y al chófer. El resto de la familia, y también los niños, estaban sentados a nuestro alrededor y nos contemplaban con curiosidad. Las mujeres se ocupaban de que nuestras tazas estuvieran siempre llenas hasta arriba.

—Swat es todavía una sociedad muy conservadora —dijo Ahmed —. Nuestras mujeres no lo tienen fácil.

—¿Nunca protestan? —pregunté.

—¿Protestar? —Se rio secamente—. No, ni siquiera se les pasa por la cabeza.

Una niña de cinco años, una sobrina, se encaramó a su regazo y le susurró algo al oído.

—Dice que eres muy guapa —tradujo Ahmed—. Pregunta cómo has conseguido un pelo tan rubio y tan bonito.

—Dile que ella también es muy guapa —le dije.

—El mismo destino le espera a esta niñita. —Suspiró—. Se va a casar y quedará atada a la casa. No tiene otra posibilidad.

—Solo si todo el mundo le dice que esto es así sin más —dije.

—Es verdad —asintió Ahmed—. ¡Yo le diré que tiene que estudiar y encontrar un trabajo! Por cierto, debes saludar a mi

esposa, ella también habla inglés. —Hizo señas a una joven que estaba sentada en uno de los bancos junto a la pared, a un par de metros del resto de la familia. Tenía unos oscuros ojos almendrados y llevaba un vestido tradicional de color claro. Un delicado velo de color crema colgaba suelto encima de su largo pelo.

—¡Ven, Sara, siéntate más cerca! ¡Puedes hablar inglés con ella, aquí nadie entenderá lo que digas!

—Sí, ven y siéntate aquí con nosotros —repetí yo. Al final se dejó convencer y se acercó.

—Hemos estado casados cincuenta días. —Ahmed sonrió. Sus ojos chisporrotearon.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunté.

—¡Buena pregunta! —Ahmed se rio, eufórico—. Apenas nos habíamos visto antes de casarnos.

—¿Así que el matrimonio fue acordado?

—No, no, fue un matrimonio por amor, ¡el primero de la familia!

—Pero ¿no os habías visto antes? —pregunté confundida.

—¡No!

—¿Cómo os comunicabais entonces? ¿Por teléfono móvil?

—Vale, vale, deja que te explique —dijo Ahmed—. Tenemos que remontarnos a 2009. Para no caer en manos de los talibanes, que en esa época controlaban el valle de Swat, toda mi familia vivía en un campamento para refugiados internos. En el campamento conocí a la hermana mayor de Sara, que era estudiante y ayudaba a los refugiados en su tiempo libre. Ella tuvo que lidiar con muchas dificultades, pero nunca se rindió, a mí me fascinó su coraje. Dado que yo también era estudiante, hice algo impensable: le pedí su número de teléfono, ¡y me lo dio! Desde entonces chateamos mucho. Debatíamos sobre todos los temas habidos y por haber. Estudios, la vida, todo. Cuando empecé a buscar compañera para la vida, su hermana pequeña buscaba marido y nos dimos cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro.

—¿Es decir que conociste a Sara a través de su hermana?

—¡Sí, sí, así fue! —exclamó Ahmed entusiasmado—. Pero ella era muy joven cuando la conocí, solo una niña.

—No acabo de comprenderlo —confesé—. ¿Cómo conociste a Sara realmente? Con quien chateabas era con su hermana, ¿no?

—¡Sara dormía en la misma cama que su hermana mayor, así que las conocí a las dos a la vez! Sara me cautivó enseguida. Me pareció sensible e inteligente. Daba igual lo que yo preguntara, tenía una respuesta para todo. Quería hacer algo en la vida. Su deseo más ferviente era servir a la humanidad.

—¿Y cómo deseas servir a la humanidad, Sara? —le pregunté.

—A través de él —dijo Sara sonriendo, y asintió con la cabeza hacia Ahmed.

—Estoy tan orgulloso de ella —dijo él—. ¡Es una pionera! Es la primera de la familia que se ha casado por amor. Tuvo que luchar durante dos años para poder casarse conmigo.

—Para nosotros es habitual casarse con parientes —aclaró Sara—. Yo casi tuve que pelearme con mi primo para no verme obligada a casarme con él.

—Yo también tuve que luchar —dijo Ahmed—. Durante año y medio, casi a diario. Solo mi padre me apoyaba. Él me dijo que me casara con quien yo quisiera.

—¿Cuándo os visteis cara a cara por primera vez? —pregunté intrigada.

—En 2016 —respondió él—. El día de San Valentín. El velo cubría su rostro, así que solo pude verle los ojos, pero quedé totalmente fascinado de todos modos. Nos encontramos en una heladería. Vino con su hermana, porque una mujer no puede andar sola por esos barrios. Exactamente un año después nos hicimos novios, también el día de San Valentín. La llamé y le pregunté si quería casarse conmigo, ella tan solo lloraba y lloraba. No me dio respuesta hasta pasado un mes. ¡Fue un mes muy largo, te lo digo

de verdad! ¡Tenía tanto miedo de que me dijera que no! En realidad, creí que ni tan siquiera me respondería. Su primo no paraba, la molestaba y seguía insistiendo en casarse con ella. ¡Pero ella me respondió que sí! ¡Yo saltaba y saltaba de alegría, estaba tan contento!

—¿Fue el primo a la boda? —pregunté. Imaginé que en tal caso la atmósfera habría sido angustiante.

—No; ¿estás loca? —Ahmed me miró con ojos de asombro—. Una vez casados, los hombres no tenemos contacto alguno con nuestras primas, ni las mujeres con sus primos. Yo ni siquiera tengo los números de teléfono de ellas. Con las únicas mujeres que podemos tener trato son las hermanas, las cuñadas, nuestra madre y nuestra suegra, además de nuestras hijas y nietas, por supuesto.

Ahmed miró a su alrededor. Muhammed todavía estaba con Akhtar y el chófer.

—Ningún miembro de nuestra familia sabe nada de lo que te hemos contado —dijo él en voz baja y me guiñó un ojo—. Puesto que hablamos en inglés, nadie nos entiende.

—¿Qué les contasteis a vuestras familias? —quise saber.

—Les dijimos que nos habíamos conocido en la universidad y que estudiábamos en el mismo centro —dijo Sara y se rio.

—Ella era solo una niña cuando yo estudiaba, pero eso no lo saben —dijo él—. Ellos nunca han estudiado. Sara es la primera de la familia en tener una licenciatura, en sociología. ¡Estoy orgulloso de ella!

—¿Cómo te sentiste al trasladarte a casa de la familia de Ahmed? —le pregunté a Sara.

—Fue difícil —dijo en voz baja—. La cultura, la gente, la familia, todo me resultaba difícil. Lo sigue siendo.

—¿Qué es lo que te resulta difícil?

Sara miró al suelo, no respondía.

—Puedes hablar sin tapujos —insistió el enamorado esposo—.

Puedo irme si quieres, así podrás hablar abiertamente. ¡Explícalo tal y como lo sientes, no omitas nada!

Pero Sara no quería hablar de ello y desvió la mirada en silencio.

—Tienes una licenciatura, pero no trabajas —constaté—. Debe de ser aburrido estar todo el día en casa ¿no?

—Sí, muy aburrido —confirmó Sara y nuestras miradas se encontraron de nuevo.

—Me consta que se aburre —dijo Ahmed, él daba clases de sociología que combinaba con su doctorado—. Hablamos mucho de ello cuando estamos a solas. En nuestra sociedad no es fácil para las mujeres tener un trabajo. Por desgracia, así es en nuestra cultura. Nos obliga a hacer muchas cosas que no deseamos realmente. Por ejemplo, hoy tuve que despertar temprano a Sara, a pesar de que estaba cansada por haber servido a nuestros huéspedes la noche anterior. A mí me apetecía más dejarla dormir, pero mis padres insistieron, habían llegado huéspedes nuevos. Así que ¿qué hice? Despertarla, claro, a pesar de que no era mi deseo.

—¿Te gustaría trabajar, Sara?

—¡Sí! —respondió decidida y muy rápido—. Me gustaría trabajar de profesora en la universidad.

—Hay muy pocas mujeres profesoras en nuestro entorno —admitió Ahmed—. Quizás tres o cuatro. Pero es inusual. Me gustaría mucho dejarla trabajar, pero no es fácil.

—Ahora ya tienes una licenciatura —dije dirigiéndome a Sara—. ¿Te gustaría hacer un doctorado?

—¡Oh sí! —Esbozó una ancha sonrisa y lanzó una mirada a su marido.

—Hay muchas mujeres en Pakistán que hacen doctorados —dijo Ahmed—. Pero en nuestra zona... no es tan fácil.

—¿No podríais mudaros a Islamabad, por ejemplo? —pregunté.

Él sacudió la cabeza tristemente.

—No, no funcionaría. La cultura es tan fuerte. Marcharse de

aquí... es del todo impensable.

—En todo caso, podría obtener permiso para trabajar y evitarse el pasar horas sola y aburrirse todo el día —dije yo—. Esto no es vida.

Sara miró esperanzada a su marido.

—Está bien. —El recién enamorado Ahmed sonrió—. Va a tener permiso para trabajar. Lo prometo.

El rostro de Sara se iluminó.

—Sabes una cosa —dijo Ahmed—, es la primera vez que hablamos Sara y yo tranquilamente sentados a esta mesa. Aquí en la casa, no hay buen ambiente, a ella siempre le están dando órdenes. Todo el tiempo «tráeme esto, tráeme aquello, ve al bazar, haz esto, haz lo otro». Mi mujer no es feliz aquí, pero la mujer de Muhammed es todavía más infeliz. La tratan mal, sobre todo Muhammed. Le pega.

En ese instante Muhammed apareció en la puerta, y para dejar constancia de lo que acababa de contar su hermano menor, fue rápido hacia su mujer y le dio un cachetazo en la nuca antes de sentarse a mi lado.

—No puedes pegarle —le dije.

—¿Por qué no? —Muhammed sonrió severamente—. Es nuestra cultura. A las esposas hay que pegarles, hay que mantenerlas sometidas como a un muelle. Si no, rebotan hacia arriba y se salen de madre. Como esta —dijo y señaló una bicicleta para niños que estaba recostada en la pared—. Hay que mantener todos los muelles presionados para que funcione, todas las piezas tienen que estar firmemente sujetas.

—Tu mujer no es una bicicleta —objeté.

Ahmed chilló de alegría y me cogió la mano:

—¡Exacto, exacto!

—Así es nuestra cultura —repitió Muhammed malhumorado.

—La cultura es solo una excusa deplorable para portarte mal con tu mujer —dije, y Ahmed pegó un salto y chilló eufórico:

—¡Sí, sí, eso es, exacto! ¡La cultura es una mala excusa!

Antes de irme, le prometí a Ahmed y a Sara que me pondría en contacto de nuevo con ellos para saber si Ahmed había cumplido su promesa y le había dado permiso a Sara para trabajar.

Nunca tuve respuesta.

El Movimiento de los Talibanes Paquistaníes, Tehrik-e-Taliban Pakistan, fue fundado en 2007 y el mismo año sometieron al conservador valle de Swat. Bajo el poder de los talibanes, que duró dos años, se les prohibió a las chicas estudiar, se implantó la sharía (o ley islámica) en todas partes, y los que la transgredían se arriesgaban a ser colgados en la plaza del pueblo. Mucho después de que el ejército pakistaní hubiera expulsado a los talibanes de Swat, simpatizantes y pequeñas células continuaban su actividad en Pakistán, principalmente en el noroeste, la zona cercana a la frontera con Afganistán. En 2012, Malala Yousafzai, más tarde premio Nobel de la Paz, recibió un disparo en la cabeza por haber defendido públicamente el derecho de las chicas a la educación, el autor fue un seguidor de los talibanes del valle de Swat.

Los talibanes no solo hicieron la guerra contra los que consideraban occidentales y contrarios a la cultura islámica, sino también contra su propia herencia cultural. En el otoño de 2007, la figura del Buda gigante de Swat fue destruida por los talibanes pakistaníes. El rostro sufrió enormes daños, pero por suerte no se detonaron todas las cargas explosivas. La escultura en relieve, que había sido un importante destino de peregrinaje, era la segunda más grande de Asia, solo superada por la estatua gigante del valle de Bamiyán, en Afganistán. También destruida por los talibanes en 2001.

No había ninguna carretera que llevara hasta la escultura en relieve, así que, para llegar al lugar, Akhtar y yo tuvimos que trepar por rocas y abrirnos paso por senderos cubiertos de maleza. Por el camino, pasamos por delante del patio de un caserío con burros y

cabras balando. El campesino, un anciano nervudo de rostro curtido y arrugado, nos acompañó en silencio el último tramo. Él no hablaba urdu y Akhtar no dominaba la lengua local, pero posiblemente sin su ayuda nunca habríamos encontrado la figura del Buda gigante a pesar de su gran tamaño. Excelso, sentado en posición de loto y una serena y distante expresión en el rostro, había sido esculpido en la pared de la montaña allá por el siglo VII. Apenas era posible distinguir dónde empezaba el trabajo de restauración de los arqueólogos italianos y dónde terminaban las antiguas formas esculpidas mil quinientos años atrás. El trabajo de restauración duró muchos años, hacía solo unas semanas que había terminado.

A pesar de todos los intentos de los talibanes por borrar el pasado, en el valle de Swat había huellas físicas de la época dorada budista por todas partes. En las ruinas del complejo monástico Takht-i-Bahi, una de las zonas de excavación más importantes de Pakistán, coincidí con el arqueólogo Muhammad Usman Mardavi y juntos subimos fatigosamente las empinadas cuestas bajo un sol abrasador. Las ruinas del monasterio estaban repletas de gente; muchos habían acarreado contundentes altavoces, camping gas y cestas de pícnic. En el patio de lo que debió de ser el edificio principal, grupos de chicos bailaban despreocupados en medio de un calor asfixiante, gritando y vociferando. Abundaba la basura esparcida entre las ruinas, obviamente era el lugar favorito para celebrar el Aíd al Fitr, o Fiesta del Fin del Ayuno.

—Solo está excavado el treinta por ciento de toda la zona —relató Mardavi y señaló los cerros escarpados que nos rodeaban—. No sabemos qué esconden sus entrañas, porque todavía no hemos llegado tan lejos excavando. Todo el Takht-i-Bahi se extendía por sesenta hectáreas y daba cabida a monasterios, estupas, también a sepulturas budistas, y a celdas subterráneas para la meditación, además de a un conjunto de valiosos edificios. Algunos eran de tres

pisos y si examinas la estructura comprobarás que están construidos para resistir los terremotos. Debieron de ser ingenieros muy expertos los que los construyeron, porque en esta zona del Hindú Kush los terremotos son constantes. El monasterio estuvo activo hasta entrado el siglo VII cuando el reino de Gandhara inició su declive.

—Pakistán tiene una historia increíblemente rica —comenté.

—Sí, ya lo creo, aquí ha vivido gente durante más de doce mil años —replicó el arqueólogo—. En total hay ochenta y siete mil hallazgos arqueológicos en todo el país. Solo unos cuantos han sido excavados, porque costaría muchos miles de millones excavarlo todo. Por no hablar de la conservación.

Echó una mirada afligida a la fiesta con parrillada y a las orgías danzantes.

—Todas las antiguas civilizaciones florecieron a orillas de ríos —continuó disertando Mardavi—. Los egipcios tenían el Nilo; los sumerios, el Tigris. A orillas del río Indo floreció la civilización del valle con el mismo nombre. De las cuatrocientas ciudades de la antigüedad situadas a sus orillas según se sabe, solo se han excavado Harappa y Mohenjo-Daro. Sus habitantes tenían un sistema de pesas y medidas y un sistema de escritura que no era pictográfico. Construían con ladrillos y tejas, y disponían de avanzados sistemas de desagüe. Uno se pregunta si no eran más inteligentes que nosotros...

—¿Cuándo llegó el islam aquí? —pregunté alzando la voz al máximo para hacerme oír por encima de la música pop pakistaní que atronaba asincrónica por los numerosos altavoces portátiles.

—En 1023, cuando Mahmud de Ghazni atacó el valle de Swat —respondió él—. Antes la gente era budista e hinduista. El budismo llegó aquí muy pronto, hace más de dos mil años, y durante mucho tiempo Swat fue uno de los lugares de peregrinaje más importante para los budistas de toda la región. La gente venía de muy lejos

para aprender las enseñanzas de los maestros locales, sí, incluso de China llegaban algunos. Muchos, incluido yo, pensamos que Padmasambhava, también conocido como Guru Rinpoche, nació en Swat en el siglo VIII. Aún no hemos descubierto exactamente dónde, sigue siendo un misterio. Padmasambhava extendió el budismo tántrico por el Himalaya, el Tíbet y Bután. Vas a encontrártelo por todas partes en tu viaje a las montañas.

Yo ya añoraba volver a las alturas, lejos de carreteras cortadas, del tráfico caótico, de fantasmagóricas mujeres calladas, de escoltas armados y de hombres que no me quitaban la vista de encima. Las montañas no estaban lejos, siempre podía ver las cumbres nevadas en el horizonte, pero a las montañas pertenecen también los valles y los puertos de montaña, los ríos que brotan de ellas y las ciudades a sus pies.

Peshawar, **331 m s. n. m.**, está situado justo al oeste de Takht-i-Bahi y es una de las ciudades más antiguas de Asia del Sur. Su historia es como un libro de texto sobre las dinastías centroasiáticas: persas, griegos, indios, turcos y afganos han pasado todos por la ciudad, y budistas, hindúes, musulmanes, sijs y cristianos la han gobernado. A causa de su enclave geográfico justo al este del estratégico paso de Jaiber, uno de los pocos lugares por los que es posible cruzar las inaccesibles montañas del Hindú Kush, Peshawar fue un importante centro de la ruta comercial entre el Subcontinente Indio y Asia Central, y, en consecuencia, un objetivo natural para los ejércitos invasores. Mahmud de Ghazni, que trajo el islam al valle de Swat, llegó por esa ruta, a modo de ejemplo; doscientos años más tarde, el ejército mongol de Gengis Kan hizo la misma ruta. También Alejandro Magno llegó cabalgando por el paso de Jaiber, y aunque su enorme reino no sobreviviera a su poderoso jefe militar, la lengua de la administración continuó siendo la griega durante siglos. Muchas de las estatuas budistas que se esculpieron en este periodo tienen rasgos muy similares a los de las estatuas de

los dioses de la Acrópolis.

Paul Theroux, el notoriamente exigente escritor estadounidense, describe Peshawar en su clásico libro de viajes *El gran bazar del ferrocarril* con términos sorprendentemente cálidos. «Podría felizmente haberme trasladado a vivir aquí», escribe, «sentarme en una terraza y envejecer contemplando las puestas de sol en el paso de Jaiber.» Son palabras mayores viniendo de Theroux.

Obviamente han ocurrido cosas en Peshawar desde que el escritor estadounidense visitó la ciudad en la década de 1970. O quizás sea más correcto decir que, en realidad, muy pocas. Los antiguos edificios coloniales tienen todavía un aspecto más ruinoso que los de la ciudad vieja de La Habana, pero al contrario que en la capital cubana, donde el tiempo se ha detenido al menos a nivel arquitectónico, en Peshawar, nuevos y espantosos edificios de cemento se alzan entre casas de madera. Ya no vive nadie en esas viejas casas destartaladas, se usan como almacenes. Alguna vez, quizás incluso en la década de 1970, cuando Paul Theroux paseaba por los bazares y soñaba con envejecer aquí, la ciudad debió de parecer hermosa y colorida, con aireadas terrazas talladas en madera y fachadas muy ornamentadas. Actualmente la ciudad está inmersa en la decadencia, la basura y un fascinante y caótico sistema de cableado eléctrico. Los cables se enredaban unos con otros formando marañas confusas, como una tupida y agresiva telaraña. Había tantos que se convertían en parte de la imagen callejera, una instalación de arte permanente. Era un milagro que tuvieran tan pocos cortes de corriente.

Las calles sinuosas del bazar Qissa Khwani, bazar de los narradores de historias, eran tan caóticas como el resto de la ciudad. Una mezcolanza de colores y olores. Sin embargo, la variedad de productos estaba bien seleccionada: cada calle se especializaba en una clase de producto. En una, solo se vendían utensilios de cocina; en otra, solo especias, una tercera estaba

dedicada a ropa de mujer. Todos los vendedores eran hombres, también en los comercios que atraían a las posibles clientas con bragas de blonda y sujetadores sexis. Yo, como la única mujer occidental del bazar y la única con el rostro descubierto, levantaba expectación. Los vendedores me hacían señas y me llamaban a gritos al pasar por delante de sus puestos. En la calle de utensilios de cocina, se acercó un hombre de unos cuarenta años, se llevó a Akhtar aparte y habló un buen rato con él con aire severo. Por las continuas miradas que me lanzaban, comprendí que yo era su tema de conversación.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté cuando el hombre ya se había marchado.

—No, nada —respondió Akhtar evasivo.

—Venga, ¿qué te ha dicho?

—Estaba preocupado por tu seguridad —me contestó Akhtar de mala gana—. Opina que no es seguro para ti andar por aquí. Nos aconseja que nos vayamos lo antes posible.

De repente visualicé peligros potenciales por todas partes. Hombres que se acercaban demasiado a pesar de que había espacio suficiente en la acera. Hombres que me miraban fijamente desde las ventanas, desde las esquinas. ¿Escondían cuchillos en los chalecos, pistolas? ¿Tendrían un arma automática en la caja registradora? En uno de los muchos controles cuando íbamos de camino a la ciudad, nos habían ofrecido policías armados como escolta, gratuita, pero yo no la había aceptado. Eso me habría hecho todavía más visible, pensé, pero realmente no podía serlo mucho más de lo que ya lo era. ¿Me había equivocado al no aceptar la escolta?

A la salida del bazar se acercó otro hombre y se puso a hablar con Akhtar. Tenía una barba rojiza, gafas gruesas y gesticulaba eufórico.

—Dice que tiene un templo hindú en el patio y pregunta si queremos verlo —tradujo Akhtar.

—¿Crees que es seguro? —inquirí.

—Absolutamente —replicó Akhtar categórico—. Él es de las montañas como yo. De Cachemira.

Le acompañamos al patio trasero, donde ciertamente había un viejo templo dedicado a Shiva. Tenía forma de cúpula oval de color gris, casi negro, a causa de la contaminación del aire y estaba rodeado de basura. Enfrente había un templo sij, blanco reluciente, muy limpio y ejemplarmente cuidado. Las mujeres de la familia nos saludaron afectuosamente, tanto a mí como a Akhtar. Todas iban con la cabeza descubierta y la joven llevaba los labios y las uñas pintados. En un pequeño estrado en el exterior de la casa, apoyado en cojines, había un hombre sentado, era delgado y tenía el pelo blanco. Se llamaba Saeed Muhammad, y dijo que tenía setenta años, pero debía de ser más mayor porque había sido una de las personas que huyó de Cachemira en 1947.

—Mi padre nos trajo aquí —explicó el anciano con voz ligera y temblorosa—. Yo era pequeño, no recuerdo demasiadas cosas. Nací en Jammu, en la zona sur de Cachemira. A nosotros los musulmanes, los hindúes nos asesinaban. Recuerdo los asesinatos, esas cosas sí que las recuerdo. Recuerdo lo triste que fue tener que abandonar nuestra casa, nuestro país, todo lo que poseíamos. Aparte de los animales, no nos llevamos nada más. Durante la huida, por el día, teníamos que escondernos en las orillas de los ríos y en el bosque. Por la noche nos desplazábamos despacio. Huyó toda la familia: mis tres hermanos, mis cuatro hermanas, tíos y tías. Caminamos y caminamos durante más de dos semanas.

El anciano sonrió con tristeza. Una de las jóvenes nos trajo té dulce con leche y galletas.

—Todos mis hermanos y hermanas han muerto —siguió contando Saeed Muhammad mientras sorbía el humeante té—. Soy el único de la familia que recuerda de dónde venimos. Cachemira es un paraíso. Allí, la gente no bebe tanto té como aquí, allí se bebe leche. Todo este té me ha oscurecido la piel. Añoro Cachemira cada día de

mi vida, te lo digo de verdad. Allí hace más frío y aquí todo es diferente, pero hemos tenido que aprender a vivir aquí. Cuando llegamos, los pastunes que viven aquí nos dieron casa y todo lo que necesitábamos. Creíamos que pronto podríamos volver a nuestro hogar, pero ya he dejado de creerlo. *Insh'Allah,* habrá una solución al conflicto. Si Dios quiere.

La división de India y Pakistán en 1947 causó lo que posiblemente es el desplazamiento forzado de personas más dramático de la historia de la humanidad. Punjab, una de las regiones más pobladas de la India, con un gran número de musulmanes, hindúes y sijs, fue dividido en dos. Cerca de cuarenta millones de personas terminaron en el lado «erróneo» de la frontera y tuvieron que abandonar sus casas y sus hogares. Millones de sijs e hindúes tuvieron que abandonar Pakistán, mientras que un análogo número de musulmanes del lado indio de la frontera huyeron a Pakistán. Los refugiados se desplazaron en todos los medios de transporte a su alcance: tren, autobús, automóvil, bicicleta, caballo, burro, camello, las propias piernas; y muchos nunca llegaron. La cifra estimada sobre los asesinatos acaecidos como consecuencia de la división varía de doscientos mil, que era la cifra que manejaban las autoridades británicas, a dos millones. Posiblemente, esté entre las dos cifras.

Pakistán, que significa «País de los Puros», se ha caracterizado desde su dramático nacimiento en 1947 por la agitación. Disputas entre clanes, golpes militares, corrupción generalizada y conflictos fronterizos con la India han dejado huella en el joven Estado. La volátil frontera con Afganistán, el país vecino asolado por las guerras, se ha caracterizado en ocasiones por el flujo libre de refugiados, extremistas y armas. Tras la invasión soviética de Afganistán en 1979, cien mil refugiados cruzaban el paso de Jaiber en dirección a Peshawar cada mes. En la década de 2000, tras el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York y la consiguiente

invasión de Afganistán, en esa ocasión con Estados Unidos al frente, Pakistán quedó sumergido en un caos interno. En el peor momento, en 2009, terroristas y rebeldes perpetraron más de dos mil quinientos ataques. Más de treinta mil personas, la mayor parte civiles, han sido asesinadas en un ataque terrorista en Pakistán estos últimos veinte años, principalmente en la inestable zona fronteriza del noroeste, pero los terroristas han cometido ataques en todo el país. Nadie está a salvo. Solamente en el bazar Khwani de Peshawar ha habido dos atentados con bomba, primero en 2010 y de nuevo en 2013.

Cada muerto deja familias desgarradas. Madres y padres, esposas, maridos, hermanos. Además de tías, tíos, primas, primos, amigos, compañeros de clase y vecinos; muchos cientos de miles en total.

Uno de los ataques más brutales y sangrientos de la historia moderna de Pakistán tuvo lugar en 2014. La mañana del 16 de septiembre, como mínimo seis terroristas armados irrumpieron en una escuela de primaria en Peshawar, dispararon y asesinaron a ciento treinta y dos alumnos.

Uno de ellos era Omar, de catorce años.

Cuando regresé al hotel, después de la visita al bazar, me reuní con su padre, Fazal Khan, un hombre discreto, de ojos amables y con un espeso bigote bien cuidado. Habló de un tirón desde que se sentó a la mesa hasta que se levantó, exactamente una hora más tarde:

—Elegí mandar a mi hijo a la Army Public School porque supuse que era más segura —me contó en un inglés que dominaba a la perfección tras haber vivido muchos años en el extranjero—. La seguridad en Pakistán era deficiente en esa época, explotaban bombas constantemente. La Army Public School es una escuela pública dirigida por militares y la seguridad era buena en general. No entraba ninguna mujer con burka, por ejemplo. Cada vez que los alumnos iban a hacer alguna actividad especial, ponerse vacunas,

visitar un museo, los padres debíamos firmarles una autorización. Pero en esa ocasión, cuando ocurrió el ataque, se les dio una clase de primeros auxilios en el auditorio sin haber informado a los padres y sin que constara en el plan anual. Todo lo demás constaba en él, hasta la actividad más insignificante. En general, las clases de primeros auxilios solo eran para alumnos de undécimo y duodécimo, pero por alguna razón convocaron a todos los grados. La clase de primeros auxilios empezó a las diez. A las diez y cuarto, los terroristas atacaron el auditorio. Dime una cosa: ¿cómo es posible que el mayor que estaba allí dentro saliera ileso?, ¿sin un solo rasguño? Si los terroristas hubieran querido atacar al ejército, él habría sido un objetivo claro, fácilmente reconocible por el uniforme. Pero salió ileso del atentado...

Pedí agua y té para mí, Fazal no quiso nada. Éramos los únicos huéspedes del pequeño restaurante del hotel.

—Yo soy abogado y ahora soy el coordinador de un grupo de padres —continuó Fazal—. Todos los padres tenemos derecho a saber qué ocurrió con nuestros hijos. Antes del ataque, la policía fue advertida por el servicio de inteligencia acerca de que se estaba preparando un atentado, que un grupo terrorista estaba planeando un ataque a la Army Public School. Solo existe una escuela con este nombre en Peshawar. En cuanto recibieron esta información deberían haber dado la orden de doblar la vigilancia, pero en su lugar hubo una reducción de veinte guardias a dos. Otros padres y yo estamos convencidos de que el atentado fue planificado por el Estado. Todo es puro teatro. Al menos deberíamos contar con una investigación en regla. Pronto habrán pasado cuatro años y todavía no hemos logrado que se haga justicia.

No sé a cuántas mesas de cocina me he sentado y escuchado casi las mismas palabras y quejas exactas, pronunciadas con el mismo dolor y la misma pena, pero en otra lengua, en otro país. El 1 de septiembre de 2004, un grupo de terroristas tomaron como rehenes

a más de mil alumnos y profesores de la escuela de Beslán, eso ocurría en el norte del Cáucaso. Al tercer día del secuestro, las fuerzas especiales rusas irrumpieron en la escuela y más de trescientas personas, la mayoría niños, fueron asesinados en la contienda y el caos que se desencadenó. Los años siguientes, pasé varias semanas y meses en Beslán, volvía una y otra vez, y siempre me invitaban a hogares donde las habitaciones de los niños permanecían intactas como cápsulas del tiempo de una niñez perdida, de una vida destrozada. Conocí a madres que visitaban a diario el cementerio; su vida se había detenido aquel 3 de septiembre de 2004 y ya no vivían, solo existían. Uno de los padres con los que hablé se había mudado al cementerio para estar con su hija fallecida cada hora del día.

Era un hecho que las fuerzas especiales pakistaníes irrumpieron en la Army Public School un cuarto de hora después del ataque, pero no pudieron impedir que la acción terrorista acabara en un baño de sangre. La mayoría de los niños fueron asesinados en el auditorio, acribillados por las balas de ametralladora de los asesinos.

—Todavía quedan muchas preguntas sin respuesta —remarcó Fazal—. Las autoridades ni siquiera pueden precisar cuántos terroristas llevaron a cabo el atentado. La respuesta oficial es seis, pero los niños que han sobrevivido declaran que hubo más, entre ocho y veinticuatro. Yo he organizado protestas y manifestaciones, no solo en favor de las víctimas del ataque a la escuela, sino por las víctimas de todo Pakistán. La totalidad de mi tiempo la dedico a esto. Ya no consigo trabajar ni concentrarme en otra cosa. Por suerte, mi economía es solvente, así que no tengo que preocuparme por el dinero. No gozo de la simpatía de las autoridades y me han acusado de actividades contra el gobierno, lo cual supone pena máxima superior a diez años, pero no tengo miedo. Nuestra lucha continúa, aunque he pasado de ser optimista a ser realista. Ya no

creo que consigamos que se haga justicia, pero debemos intentarlo. Tenemos que hacer todo lo que esté en nuestras manos. Absolutamente todo.

Se dice que el tiempo cura todas las heridas, pero yo ya no creo que eso sea verdad. Cada vez que he vuelto a Beslán, muchos de los afectados están peor: las madres han enfermado, están deprimidas y amargadas; los padres se han dado a la bebida. Como Fazal, muchos dedican todo su tiempo a intentar hallar respuesta a las muchas preguntas pendientes. ¿Cómo pudo suceder eso? ¿Por qué las autoridades no consiguieron impedirlo? Y la más dolorosa de las preguntas: ¿podría yo haber salvado a mi hijo si hubiera hecho algo diferente?

—Estaba en los juzgados cuando tuve conocimiento del atentado terrorista —dijo Fazal con calma—. Mi hermano me llamó y me explicó que estaban atacando la escuela. Me fui directo al hospital. Que Dios no permita que mi hijo esté entre los heridos, pensaba. Estuve tres horas en el hospital sin encontrar a Omar. A las cuatro de la tarde, mi hermano lo encontró en otro hospital. Fue un día negro. Ese día trastornó la vida de todos nosotros. Tengo cuarenta y ocho años y cuatro hijos. El mayor tiene catorce años ahora, también va a la Army Public School como su hermano. Podríamos habernos ido de Pakistán, podríamos haberlos cambiado de escuela, pero habría sido cobarde. El pequeño solo tiene tres años, nació veinte días después de que Omar fuera asesinado. Los pakistaníes lo apostamos todo por nuestros hijos, damos rienda suelta a nuestros sueños a través de ellos. Mi mujer llora cada noche. Nuestra vida ha cambiado totalmente, la normalidad ha desaparecido, nuestros hábitos han cambiado. Estamos atrapados en ese 16 de diciembre de 2014. —Omar sonreía todo el tiempo, nadie recuerda haberlo visto nunca de mal humor—. Todos los que perecieron aquel día eran niños y jóvenes perfectos. Hace una semana escasa, Omar habría cumplido dieciocho años. Le dispararon cinco veces. Todavía

tengo la ropa que llevaba aquel día. Está guardada en un cajón.

Dos años antes, Fazal había abierto un hospital con el nombre de su hijo en un distrito pobre del extrarradio de Peshawar, donde hasta entonces no había ninguno. Está abierto a todo el mundo y es gratuito para aquellos que no tienen con qué pagar.

—Omar quería ser actor, pero yo opinaba que no era una profesión como Dios manda —explicó Fazal—. Un domingo me dijo que quería ser médico y le prometí que abriría un hospital para él. El miércoles, tres días después, estaba muerto.

El grupo Tehrik-e-Taliban asumió la autoría del atentado contra la Army Public School y manifestó que el ataque era un acto de venganza contra la acción del ejército pakistaní en Waziristán del Norte, en la frontera con Afganistán. Tras el ataque terrorista, las acciones militares llevadas a cabo en la zona fronteriza se han intensificado. No existen cifras exactas de cuántas víctimas se han cobrado dichas ofensivas militares, a menudo llamadas «acciones de limpieza». En el otoño de 2018, después de nueve años de estado de excepción militar, las autoridades pakistaníes declararon que habían logrado destruir todos los escondites de los talibanes en Swat y las áreas adyacentes, el gobierno civil fue reinstaurado. Ahora los seguidores de Tehrik-e-Taliban han sido expulsados al lado afgano de la frontera en su mayoría, pero esta sigue siendo porosa y continuamente hay nuevas explosiones en uno u otro lugar, en el País de los Puros.

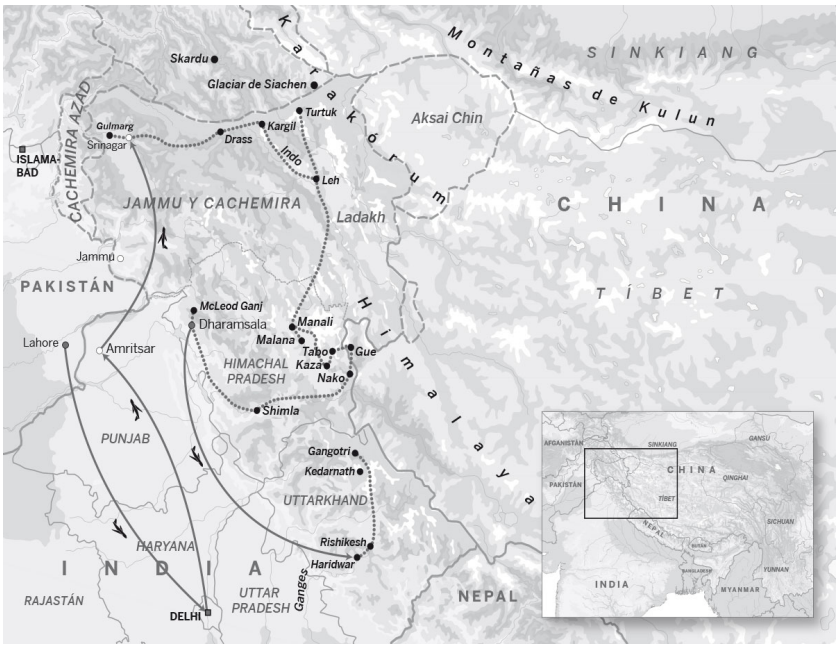
Paso fronterizo

El paso fronterizo de **Lahore**, **217 m s. n. m.**, unos 500 kilómetros al sureste de Peshawar, es uno de los más conocidos del mundo: cada tarde a la puesta del sol se arrían las banderas pakistaní e india con solemnidad y agresión ceremonial, se cierran las puertas a cal y canto y la frontera de las dos potencias atómicas permanecen así hasta la mañana siguiente.

Temprano por la tarde ya se habían formado largas colas a los dos lados de la frontera. Las gradas del lado indio eran mucho más nutridas que las del lado pakistaní, y podían albergar muchos más espectadores. Por el contrario, las banderas ondeaban exactamente a la misma altura detrás de las dos puertas de hierro cerradas a prueba de seguridad total. Altavoces potentes bombardeaban al público con música pop nacionalista. «¡Pakistaaaán! ¡Pakistaaaán!», sonaba el monótono estribillo a nuestro lado de la frontera. Al otro lado, cientos de hombres y mujeres brincaban alegres delante de la puerta, aglomerados en una danza compacta y caótica mientras vociferaban «¡Indiaaa! ¡Indiaaa!».

Yo pasaría pronto allí, al otro lado, ya estaba deseando alejarme de la fúnebre seriedad pakistaní, de las severas reglas islámicas. El público pakistaní estaba sentado inmóvil y con banderas verdes en las manos. Las mujeres en unas gradas y los hombres en otras, gritaban *«Allahu Akbar»,* «Dios es grande», y *«La ilaha illallah»,* «no existe más Dios que Dios». A mí, como una de las pocas extranjeras presentes, me mandaron directamente a la sección vip, a primera línea, donde excepcionalmente mujeres y hombres están juntos. El

guardia de seguridad me había aconsejado dejar libre el asiento a mi lado para evitar estar demasiado pegada a extraños del sexo contrario.



Chorreaba yo de sudor cuando al fin se movió algo. Soldados con un ajustado uniforme negro y un turbante adornado con una especie de cresta rígida marchaban hacia la puerta fronteriza ejecutando el paso de la oca mientras amenazaban teatralmente con el puño cerrado a los indios del otro lado. Los soldados indios, entre los cuales había dos mujeres, correspondían con el mismo gesto. Como salida ceremonial al autobloqueo, la representación teatral resultaba, hasta cierto punto, casi inocente, pero dejaba de serlo cuando se le recordaba a uno que el conflicto entre India y Pakistán estalla a intervalos regulares de una manera muy real y para nada es un ejercicio de exhibición.

La ceremonia se alargaba mucho. Los soldados marchaban hasta la puerta y volvían acompañados de estrépito militar y júbilo de un

público sudado. El aire resultaba húmedo y pegajoso, hacía tanto calor que incluso me sudaba el reverso de los párpados, entre la córnea y las lentes de contacto, lo veía todo borroso y turbio.

La demanda de un Estado independiente para los musulmanes de la India cobró impulso en la década de 1930, y fue liderada por la Liga Musulmana Panindia. Hasta que los británicos empezaron a imponerse en el subcontinente indio a mediados del siglo XVIII, gran parte de la India había sido gobernada por musulmanes mogoles durante más de doscientos años. Bahadur Shah Zafar, el último emperador mogol, fue destituido por los británicos y enviado a Burma, al exilio, en 1858, con ello se ponía punto final a la supremacía musulmana en la India. Durante la colonización británica, los hindúes, que conformaban la mayoría de la población, fueron adquiriendo cada vez más poder e influencia y los musulmanes se fueron sintiendo más y más desplazados.

El partido de la Liga Musulmana Panindia fue fundado en 1906 con la misión de hacer oír a los musulmanes. En un principio defendía la coexistencia pacífica entre hindúes y musulmanes en una India independiente. Todas sus propuestas, incluso las más moderadas, eran rápidamente rechazadas por el Partido del Congreso dominado por los hindúes. A la vez que para la India aumentaban las probabilidades de independizarse de Gran Bretaña, crecía la preocupación en la parte musulmana de la población: ¿cómo serían tratados ellos en una India independiente en la que los hindúes constituían una clara mayoría?

En 1933, un estudiante de Cambridge, Choudhary Rahmat Ali, editó el panfleto titulado *Now or Never. Are We to Live or Perish Forever?* (Ahora o nunca. ¿Vamos a vivir o perecer para siempre?). En él defendía que se crease un Estado propio para los musulmanes que vivían en las provincias del noroeste de la India Británica: Punjab, Afgania (la provincia fronteriza noroccidental que en la actualidad se conoce como Jaiber Pajtunjuá), Cachemira, Sindh y

Beluchistán. Con la primera consonante de las cuatro provincias iniciales y las tres últimas de la quinta, construyeron el acrónimo PAKSTAN. *Pak* significa «puro» o «casto» en urdu, mientras que *stan* es un término persa que significa «país» o «lugar». Más tarde se añadió una «i» para facilitar la pronunciación. Había nacido la idea de Pakistán.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial unos años más tarde, la Liga Musulmana, con el abogado Muhammad Ali Jinnah al frente, aprobó una resolución que dictaba crear un Estado independiente para los musulmanes. Mahatma Gandhi, la figura simbólica más importante de la lucha por la independencia de la India, estaba totalmente en contra de que la India se escindiera según divisiones de carácter religioso, pero la idea de un Pakistán hizo mella en la parte musulmana de la población, y, durante los años de guerra, la solución de los dos Estados pasó a ser una reivindicación ineludible. Los británicos cedieron y el 15 de agosto de 1947 la India fue dividida en tres: los territorios noroccidentales de predominancia musulmana se convirtieron en Pakistán del Oeste, mientras que los densamente poblados y de predominancia musulmana del golfo de Bengala, a 1.600 kilómetros más al este, pasaron a ser el Pakistán del Este.

Las fronteras son como los embutidos, a veces es mejor no saber demasiado cómo se han hecho. La demarcación de la frontera entre la India y Pakistán fue tan complicada como precipitada: en junio de 1947, los británicos constituyeron dos comisiones para asuntos fronterizos, una para Punjab en el oeste y otra para Bengala en el este. Las comisiones estaban lideradas por el jurista Cyril Radcliffe, y las integraban representantes del Partido del Congreso y de la Liga Musulmana. Dado que los dos partidos no lograban ponerse de acuerdo, la demarcación fronteriza se relegó, en la práctica, a Radcliffe, que nunca antes había puesto un pie en Asia. En consecuencia, el resultado fue el que fue.

Las demás provincias tenían más fácil solución: en Beluchistán y Sindh había una mayoría musulmana aplastante y recayeron automáticamente en Pakistán. La provincia de la Frontera del Noroeste, cerca de Afganistán, celebró un referéndum acerca de si esta debía incorporarse a la India o a Pakistán. El 99 por ciento votaron a favor de que formara parte de Pakistán. Sin embargo, en Punjab, la población musulmana era del 55,7 por ciento, y en Bengala, del 54,5 por ciento. ¿Cómo se podía trazar una línea divisoria en estas dos provincias de un total de 450.000 kilómetros cuadrados y con ochenta y ocho millones de habitantes para que el territorio quedara repartido de forma justa entre los dos nuevos Estados y conseguir que la mayoría de los musulmanes fueran a parar al lado pakistaní, y la mayoría de los hindúes y sijs al lado indio?

En la práctica, era una cuestión irresoluble, y el corto plazo del que se disponía no lo facilitaba. Lahore, con mayoría de habitantes musulmanes, pero cuyos comercios eran de dominio hindú y sij, debía recaer en el lado indio o en el pakistaní? ¿Y qué pasaría con Amritsar, la ciudad sij sagrada, que burocráticamente formaba parte del distrito de Lahore? La solución consistió en que Lahore, que además también era considerada ciudad sagrada para los sijs, le tocó a Pakistán para que el nuevo país tuviera una gran ciudad, mientras Amritsar se otorgó a la India. No era en absoluto una solución perfecta, pero no se halló otra mejor.

Puesto que la nueva frontera era tan controvertida, no se hizo pública hasta el 17 de agosto de 1947, dos días después de la declaración de independencia. Le siguieron meses agitados y sangrientos. Gandhi intentó con todas sus fuerzas apaciguar los disturbios y detener la violencia, pero no siempre con éxito. El 30 de enero de 1948, fue asesinado de un disparo en Delhi por un fanático hindú.

Jinnah, el líder de la Liga Musulmana, fue el gobernador general

de Pakistán. Pero el padre de la patria carecía de buena salud: fumador empedernido, padecía tuberculosis y un avanzado cáncer de pulmón; murió el 11 de septiembre de 1948, un año escaso después de su investidura.

Radcliffe no volvió nunca a la India.

La ceremonia de cierre de la frontera entre la India y Pakistán no solo es la más famosa del mundo, sino que posiblemente también sea la más larga. Tras muchos pasos de oca y puños cerrados, la extravagante marcha de ida y vuelta delante de la puerta, muchísimos *«¡Allahu Akbar!»,* y todavía más gritos de *«¡Pakistaaaán!»,* el sol se puso al fin y las dos banderas se arriaron en cruz, exactamente al mismo tiempo. Después, las doblaron enérgicamente y se las llevaron a toda prisa y sin más dilaciones. Los soldados que quedaban se aseguraron de que las puertas quedaran cerradas a conciencia, después dieron media vuelta y marcharon a paso militar cada uno por su lado.

El público se levantó de las gradas y se dirigió al aparcamiento, todos con grandes manchas de sudor en sus holgadas vestimentas. Para una minoría, esa sería la ocasión en la que estarían más cerca de la India. Para ellos, la frontera podría muy bien permanecer cerrada de día también, de todos modos, era una línea invisible que nunca podrían cruzar, ni a mí tampoco me dieron permiso para hacerlo. A pesar de mis perseverantes intentos, por una u otra razón no me habían concedido el visado ordinario para viajar a la India. La embajada india en Islamabad había mostrado todavía menos voluntad de colaboración que la de Oslo, y todo acabó con una ingente batalla burocrática que tuve que dar para que me devolvieran el pasaporte. Como última vía, solicité un visado electrónico y en menos de doce horas después de haber clicado «pagado», apareció el pase mágico en el buzón de mi correo electrónico.

El inconveniente del visado electrónico es que solo se puede

entrar en la India vía aeropuertos internacionales y, por eso, me vi obligada a volar de Lahore a Amritsar, un trayecto que tan solo me hubiera llevado una hora en coche. El vuelo era vía **Nueva Delhi**, **216 m s. n. m.**, a 500 kilómetros de distancia de Lahore y me llevó todo el día.

En el control de pasaportes dije que era profesora.

—¿Y cómo es que va a estar aquí tanto tiempo? —preguntó el oficial de control de pasaportes—. ¿No tiene que volver al trabajo?

—Trabajo de profesora particular —mentí—. Escojo yo cuándo quiero trabajar.

El oficial me miró con escepticismo, pero finalmente sacó el tampón y lo estampó en el pasaporte. Los pocos pakistaníes que habían ido a bordo del avión, pusieron rumbo a la tienda *duty free* y llenaron la cesta con whisky indio.

En el taxi, de camino a **Amritsar**, **234 m s. n. m.**, contemplaba embobada la vida de la calle. Por todos los laterales de la carretera, las mujeres paseaban solas, la mayoría con la cabeza descubierta y su largo cabello deslizándose suelto. No solamente muchas mujeres iban solas, sino que una gran mayoría de motociclistas y conductores de scooter también eran mujeres. Muchas llevaban ropa occidental, tejanos y camisetas. Hacía semanas que no veía piel femenina. Cuando llegué al hotel, me saludaron tres recepcionistas mujeres. El choque cultural fue total.

Al día siguiente, por fin subiría a las montañas de nuevo tras ese largo rodeo por aire para pasar la frontera que no me permitieron cruzar a pie. Ansiaba evitar el sofocante calor de las tierras bajas y pasé el resto de la tarde en la habitación del hotel, bendecida por el aire acondicionado. Cuando el sol se puso y refrescó relativamente un poco, tomé un taxi al Templo Dorado, el hito más conocido de Amritsar. Dado que no se podía llegar en coche, el chófer me dejó junto a Jallianwala Bagh, el parque donde varios cientos de personas indefensas fueron masacradas por los soldados británicos

en 1919. Además de por el Templo Dorado, Amritsar es conocido ante todo por las masacres ocurridas en la ciudad, en el siglo XX.

Antes de empezar a disparar, los británicos habían bloqueado las entradas del parque amurallado. Por tanto, resultaba imposible huir de las balas. Entre quince y veinte mil personas, entre ellas muchas mujeres y niños, se habían reunido en el lugar para protestar pacíficamente por las detenciones de líderes indios, pero más que nada para celebrar el *baisakhi,* una fiesta religiosa que festejan tanto hindúes como sijs. Los británicos, comandados por el coronel Reginald Dyer, estaban ansiosos por aplastar la totalidad de la protesta de raíz y ordenaron a los soldados disparar a la masa hasta que se quedaran sin municiones. Según Rudyard Kipling, Dyer se hizo famoso por haber salvado la India, pero en realidad, la masacre marcó el inicio del final de la hegemonía británica. La joya pendía entonces de un hilo en la corona británica, que se cayera era solo cuestión de tiempo. Gandhi, que durante toda la Primera Guerra Mundial había apoyado a los británicos con la esperanza de que los indios alcanzaran gradualmente un mayor grado de autodeterminación, tras ese baño de sangre se convenció de que la única solución era la independencia total.

Delante del monumento conmemorativo, una estilizada llama oval esculpida en mármol rojo, se habían juntado un puñado de familias con niños para hacerse selfis. El césped estaba lleno de jóvenes que navegaban por internet con el móvil y se relajaban mientras anochecía.

Seguí el flujo de gente más allá de la calle, hacia la plaza blanca y resplandeciente a la entrada del Templo Dorado. Había gente sentada en pequeños grupos, charlaban y comían, algunos se habían tumbado y dormían sobre mantas traídas de casa. Dejé las sandalias en una de las consignas, vadeé por un estanque y atravesé la puerta blanca.

Al bajar las escaleras, el templo apareció ante mis ojos en mitad

de un gran lago artificial. El edificio dorado parecía flotar en el agua, iluminado de manera que parecía desprender luz en la profunda oscuridad de esa noche de septiembre. El templo era más pequeño de lo que yo había imaginado, pero la zona circundante era enorme. A lo largo de las paredes, había peregrinos sentados que descansaban o meditaban, algunos dormían. A orillas del lago, había hombres que se sumergían en las aguas sagradas, y por doquier los había con toallas enrolladas a la cintura a punto de cambiarse de ropa. Regordetes peces rojos nadaban indulgentes por todo el lago.

Di una vuelta al templo antes de aventurarme a entrar en el comedor comunitario. Había una larga cola, pero estaba bien organizada y avanzaba a buen ritmo. Mientras esperábamos nos repartieron un plato metálico con huecos para los diferentes tipos de comida, una cuchara y una taza. La gran puerta grande del comedor se volvió a abrir y unas cuantas docenas de personas pudieron entrar antes de que se cerrara otra vez. La masa de gente presionaba desde detrás y nos empujaron contra la puerta y los demás cuerpos. Pasados unos minutos, la puerta se abrió de nuevo, brazos y piernas empujaban por todos lados, era solo cuestión de seguir el flujo de gente.

Dentro del gigantesco comedor reinaba un orden militar. La gente estaba sentada en el suelo muy junta y formaba largas filas rectas, todos comían. Un voluntario nos condujo hacia dentro del local y nos instruyó para que formáramos una fila nueva. Una joven alta y delgada, que vestía un sari descolorido, se sentó a mi lado. Me contó que era cristiana, ella y su hermana venían a menudo al lugar. A su lado había un regordete hombre de negocios de mediana edad, llevaba un turbante rojo. Era de Kolkata y había cruzado todo el país con el solo objetivo de visitar aquel templo sagrado. Voluntarios sirvieron arroz, lentejas y chapati de enormes cubos de metal. La comida era sencilla, pero sabrosa. La joven a mi lado

repitió con una sonrisa. Tan pronto como nos levantamos para irnos, se acercó un hombre con una mopa enorme y fregó la pequeña parte de suelo que habíamos ocupado. De camino a la salida, nos hicieron pasar por la zona de lavado de platos, los voluntarios nos recogieron los platos sucios y los lavaron entre tintineos y vocerío en el fregadero más largo que jamás había visto.

Di una vuelta por el área contigua al templo, dejando atrás miles de peregrinos que se bañaban, dormían o meditaban. Fuera en el gran lago resplandecía todavía el Templo Dorado como una joya flotante. La atmósfera era amistosa, la gente me saludaba con la cabeza y me sonreía, sin embargo, yo me sentía extranjera. Mentalmente me hallaba todavía en el puritano Pakistán. Todavía me estaba iniciando en las diferentes corrientes del islam, pero ¿qué sabía realmente del sijismo?

A la entrada de la zona que rodeaba el templo, había visto un letrero que ponía INFORMATION OFFICE. Y puse rumbo hacia allí. Un veinteañero amable me dio la bienvenida y me instó a sentarme en una de las sillas libres.

—¿En qué puedo ayudarla? —me preguntó.

—Necesito información —respondí.

—Por desgracia mis superiores no trabajan hoy. —El empleado de la oficina de información gesticuló con los brazos a modo de disculpa—. Pero tenemos un fantástico espectáculo multimedia en la sección multimedia. Le recomiendo que vaya. Allí obtendrá usted toda la información que precisa.

—Iré —le prometí—. Pero ¿no podrías proporcionarme tú un poco de información básica primero?

—Le recomiendo que vuelva mañana —dijo el joven—. Mis superiores estarán trabajando de nuevo. Ellos le podrán dar toda la información que precise.

—Mañana me voy a Cachemira —dije.

—Ah. —El joven miró al suelo—. En ese caso, como le dije,

quiero recomendarle que vea nuestro espectáculo multimedia.

—¿Quizás primero podrías contarme algunas cosas de la historia del templo? —insistí.

—Por supuesto —dijo el joven—. Pero toda esta información básica también se explica en el espectáculo multimedia.

—Iré después a verlo —le prometí otra vez.

El joven carraspeó y tomó impulso:

—Está bien, el Harmandir Sahib o el Templo Dorado empezó a construirse en 1581 por orden de nuestro quinto gurú, el Gurú Arjan, y se terminó en 1589. El lago artificial ya existía, fue construido por nuestro cuarto gurú, el Gurú Ram Das, en 1577. Él fue el fundador de Amritsar.

—Perdona, espera un momento —dije, y saqué un bolígrafo y la libreta de notas del bolso.

—No tome notas —me ordenó él.

—Pero si no lo hago, no recordaré lo que me cuentas —objeté.

—No pasa nada —dijo el empleado de la oficina de información —. Ahora solo escuche. Anotar lo puede hacer después.

Obediente, deje el bolígrafo mientras él enumeraba nombres desconocidos y fechas que yo olvidaba al instante. Una vez que hubo concluido la larga e intrincada historia del templo, se me permitió indulgentemente volver a tomar notas.

—Hay cuatro entradas al templo —contó el joven—, que apuntan al norte, al sur, al este y al oeste. Es para permitir el acceso a todo el mundo. Cualquiera es bienvenido, todos somos hijos del mismo Dios. Cuando se fundó el sijismo en el siglo XVI, a las personas de casta inferior no se les permitía la entrada. Pero para el Gurú Nanak, el creador de nuestra religión, era importante que todo el mundo tuviera acceso al templo, que no se hicieran diferencias. ¿Ha estado usted en el comedor comunitario?

Yo asentí en silencio.

—Estupendo —me alabó el joven empleado—. Es el primer lugar

del templo que hay que visitar. Nosotros los humanos no estamos en condiciones de concentrarnos en cuestiones espirituales con el estómago vacío. En el comedor comunitario todos comen juntos, personas de clase alta y baja, no se hacen diferencias.

«Erst kommt das Fressen, dann kommt die Moral» (Primero es el comer y luego viene la moral), tal y como formuló Brecht tan pragmáticamente.

—¿Cuánta gente come allí en un día normal? —le pregunté por curiosidad.

—Entre cincuenta y sesenta mil. Los fines de semana, pasan por el comedor comunitario doscientas mil personas, y en ocasiones especiales, como días sagrados y Año Nuevo, servimos comida a medio millón de personas. No las contamos, es decir, son solo estimaciones basadas en la cantidad de comida que servimos. Cada día se gasta un millón y medio de rupias, más de veinte mil dólares, en alimentos. Siempre servimos arroz, lentejas, verduras, chapati y algo dulce. Ahora contamos con nuestro propio aparato para hacer chapati, ¿lo ha visto?

Negué con la cabeza.

—Lo hace todo mucho más fácil. —El joven sonrió—. Cualquiera puede dormir gratis en el templo durante tres días. No hace falta que sea sij, todo el mundo es bienvenido. Además le quiero recomendar que asista a la ceremonia sukhasan antes de irse. Nuestro libro sagrado, Gurú Granth Sahib, se envuelve en un paño y se transporta del Templo Dorado a los aposentos interiores donde pasa la noche. Al amanecer, se lo traslada de nuevo al templo.

—Gracias por los consejos prácticos y la información —dije y guardé la libreta y el bolígrafo en el bolso—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—No puedo desvelar mi nombre. —El joven se encogió de hombros a modo de disculpa—. En realidad, no tengo permiso para dar entrevistas. Espero que el espectáculo multimedia le guste.

Como le he dicho, en él le ofrecerán toda la información que precise.

Me despedí del joven empleado sin nombre. Cuando salí a la gran plaza empedrada, giré a la derecha como estaba indicado y hallé las escaleras que conducían al centro multimedia. De allí no pasé. Las puertas de entrada al mundo multimedia estaban cerradas; había llegado demasiado tarde, las pantallas estaban apagadas y ya no se podía uno informar de nada.

En el área contigua al templo, todavía había más gente que antes, rebosaba de colores, cuerpos y voces. Hallé un rincón bastante tranquilo y me puse a leer la historia del templo. Los sijs habían tenido una relación más bien tensa con los británicos, pero tampoco la relación con los soberanos locales había sido mucho mejor. En 1737, el entonces soberano mogol convirtió el templo en lugar de diversión, con danzas y música. Nueve años más tarde, otro soberano mogol hizo llenar el lago de arena. Cuando Ahmad Shah Durrani, el rey afgano, conquistó Amritsar en 1757, llenó el lago de basura y vísceras de vacas sacrificadas. La población local lo recuperó de nuevo, pero cinco años después, Durrani volvió a Amritsar y entonces hizo volar por los aires todo el templo. Los sijs recaudaron dinero para construir uno nuevo, y, con el tiempo, gracias a las generosas donaciones se consiguió dinero para cubrirlo todo de oro puro.

La agitación no cesó con la independencia en 1947. En la década de 1980, el fundamentalista Jarnail Singh Bhindranwale se instaló en el templo y lo convirtió en cuartel general y campo de entrenamiento para el movimiento separatista. El movimiento Khalistán, que luchaba por un Estado sij independiente en Punjab, asumió la autoría de una larga serie de asesinatos y atentados que costaron la vida a cientos de personas. En el verano de 1984, la primera ministra Indira Gandhi abandonó los intentos de negociar con los insurrectos y ordenó el asalto del templo. En la acción

militar, que se llamó Blue Star, participaron más de diez mil soldados y duró una semana. Cuando se produjo el asalto, el templo estaba atestado de peregrinos reunidos para celebrar el día de la muerte del fundador del templo, el Gurú Arjan. Oficialmente, fueron asesinadas cuatrocientas noventa y tres personas entre insurrectos y civiles y ochenta y tres soldados durante dicha operación. Pero según fuentes sijs se perdieron casi cinco mil vidas. Bhindranwale murió en el mismo ataque y el movimiento separatista fue desalojado del templo para siempre. Unos meses más tarde, el 31 de octubre de 1984, Indira Gandhi fue asesinada por dos de sus guardaespaldas, los dos eran sijs, como venganza por esa masacre. Como mínimo tres mil sijs fueron asesinados durante los tumultos que se produjeron a continuación en la India.

A menudo, puede parecer que la historia consiste principalmente en masacres y destrucción. Pero las huellas del baño de sangre habían desaparecido hacía tiempo, tanto el templo como los edificios adyacentes habían sido restaurados y devueltos a su antiguo esplendor. Así se hace patente también el transcurrir de la historia: destrucción y reconstrucción, un torbellino agotador.

Agarrotada tras haber estado tanto rato sentada en el duro suelo, caminé entumecida hasta la larga cola de peregrinos y curiosos que habían llegado para presenciar la ceremonia nocturna. Había brazos, bolsos y caderas por todas partes, mujeres y hombres apelotonados unos contra otros. La cola era larga y se movía despacio, a ráfagas cortas de movimientos repentinos. De pronto, noté unos dedos que me sobaban el trasero. Me revolví y me aparté, pero los dedos volvían a estar allí. Me giré y topé con la mirada ardiente de un joven.

—Perdone, ¿podría ponerme delante de usted? —pregunté a la mujer que iba antes que yo en la cola, una señora con generosas curvas, de unos cincuenta años. Asintió y me dejó colocar delante de ella, a partir de ese momento solo noté su bolso grande contra

mis muslos. Cuando llegué al Templo Dorado, eran las diez y ya era hora de acostarse para el libro sagrado.

En el suelo del pequeño templo había peregrinos sentados muy juntos. El interior del templo también estaba recubierto de oro, allí no se había escatimado en nada. El sacerdote mayor, vestido de blanco con un turbante negro, agitaba sobre el libro sagrado un gran báculo recubierto de plumas blancas. Los músicos tocaban los tambores, y sacerdotes y peregrinos salmodiaban suaves y repetitivas canciones de plegaria. Alcancé a ver cómo envolvían el libro con tela de algodón y después lo cubrían con un mantel bordado de muchos colores. Un guardia quiso obligarme a salir del recinto, todo el mundo debía moverse para que los asistentes pudieran presenciarlo, pero la entrada estaba bloqueada por peregrinos parapetados e inmóviles que rezaban en silencio. Cuando terminó la oración, se sacó solemnemente el libro del templo, acompañado de sacerdotes, peregrinos y músicos. El resto de los peregrinos se agruparon junto al agua sagrada, sucia y gris que discurría por un conducto a ras de suelo justo detrás del templo, se llenaban las manos y bebían.

Hice como ellos, me llené religiosamente las manos con un puñado de agua, pero no me la bebí.

Cruzar una frontera es arrojarse inadvertidamente a otra realidad. Estaba solo a pocos kilómetros de Lahore y de la cerrada frontera de Wagah, y ya todo era distinto, desde el alfabeto a los hiyabs. Es cierto que las heridas históricas eran en esencia las mismas, puesto que la ubicación de la frontera era muy reciente, pero, por lo demás, tenía pocos puntos de referencia.

La primera vez que visité la India, tenía diecinueve años. Nunca había estado tan lejos de casa y me sentía totalmente desbordada. Tanta gente, olores, colores y bullicio; era como si los sentidos nunca pudieran digerirlo todo. Durante dos meses viajé por todas partes, de una ciudad a otra, iba hacia el sur y volvía al norte, cada

vez más delgada y llena de amebas. Al final me cansé, no de mis lamentables digestiones, sino de deambular sin ton ni son, de comer tortitas en cafés para mochileros, andar con otros jóvenes occidentales, regatear como si me fuera la vida en ello. Con el tiempo, la vida del mochilero consiste casi exclusivamente en logística, dinero y hablar sobre lo mismo. A largo plazo, una existencia vacía. Intenté recordar con quién iba, intenté imaginar qué pensaba y sentía, pero las imágenes se esfumaban. Lo único que recordaba eran pequeños fragmentos: una cucaracha, una araña, la hoguera de Varanasi, una tortita de coco en Kerala. Un templo lleno de ratas. Recuerdos que podrían muy bien ser de cualquier persona.

Aquella vez, la primera, viajé con un novio, pero desde entonces casi siempre he viajado sola. Si se viaja con otras personas, aunque sea solo con una, enseguida se acaba en una burbuja, en un pequeño mundo privado. Cuando viajas sola estás a merced del entorno, expuesta, desnuda.

Naturalmente, la cuestión es por qué se viaja en realidad. ¿Por qué se expone uno a la incomodidad, a toda esa logística, a todos los gastos que un viaje necesariamente comporta? La pregunta puede resultar extremadamente existencial, pero por mi parte, la respuesta es sencilla: ya no consigo dejar de hacerlo.

Y ahora estaba en la India de nuevo; hacía media vida desde la última vez. Había vuelto, aunque a terreno desconocido. Nunca había estado en el Punjab ni en Amritsar, ni tampoco en las altas montañas indias. La India no es un país, es un subcontinente, y no alberga una única realidad, sino una miríada de mundos paralelos.

Junto al hotel donde me alojaba había un templo dedicado a Krishna, el dios del amor y la misericordia; considerado una de las reencarnaciones del poderoso dios Visnú, es uno de los más populares del hinduismo. El templo no fue difícil de encontrar, aunque no era ni especialmente grande ni antiguo. Todo el vecindario se había agrupado delante para celebrar el *janmashtami,*

el nacimiento de Krishna.

Dentro del templo también había mucha gente. Las salas estaban decoradas con guirnaldas y globos. En la más grande había un grupo de músicos que cantaban y tocaban los tambores. Un potente equipo de altavoces se aseguraba de que la celebración llegara a todo el vecindario. Me dejé llevar por la masa de gente pasando por delante de los sacerdotes que repartían golosinas y después por delante de una cuna que todos tocaban. Era casi medianoche, y el momento del nacimiento se acercaba. Alguien subió el volumen todavía más; los altavoces crepitaban de forma alarmante, me dolían los oídos y hui a la calle. Unos cuantos chicos y chicas me rodearon con sus móviles, todos querían selfis y yo venga a sonreír a diestra y siniestra. Dos policías mayores llegaron pavoneándose, los dos eran sijs con turbantes muy pulcros y barba larga. Se situaron a dos pasos del templo, de vez en cuando me miraban inquisitivamente. Una pareja joven y bien vestida vino hacia mí tras hablar con ellos:

—Los policías están preocupados por tu seguridad —dijo el hombre y asintió con la cabeza hacia los dos sijs—. Opinan que es mejor que te alejes de aquí. Pero no a pie —añadió—. Puede ser peligroso. Esta zona está repleta de niños sin hogar y ladrones.

—Pero solo faltan diez minutos para la medianoche —protesté—. Me iré justo después, mi hotel está muy cerca.

—Puedes venir con nosotros a casa —dijo el hombre—. Vivimos solo a dos minutos de aquí, y tenemos coche.

—Sí, ven a nuestra casa —aprobó su mujer—. Podrás participar en nuestro ritual. Tenemos nuestro propio altar, todo el mundo lo tiene. Es más tranquilo que aquí.

La policía anotó la dirección, el número de teléfono, la matrícula del coche del joven, y yo tomé asiento atrás. Tres minutos más tarde girábamos frente a un portal. La madre del joven nos acogió con una sonrisa. A sus pies, saltaba furioso un perrito. Ella no

parecía ni mucho menos sorprendida de que su hijo hubiera recogido a una extraña por el camino, pero al perrito le disgustaba tanto mi presencia que tuvieron que sacarlo al jardín. Subimos al segundo piso, donde la madre había estado todo el día adornando un pequeño altar casero. Al pequeño Krishna en la cuna lo habían vestido con ropa nueva y joyas. Pétalos de flores esparcidos por la superficie del altar creaban intrincados dibujos. La madre encendió una lámpara de aceite, cogió una cuchara y un cuenco con nueces troceadas y frutos secos. Hundió la cuchara en la mezcla y la ofreció a las coloridas estatuas que representaban las diferentes encarnaciones de Krishna. Después, su nuera hizo lo propio, y al final, yo también. Todo habría sido solemne y apacible si no hubiera sido por el perrito que estaba en proceso de destrozar la entrada. Al salir yo de la sala del altar caminando hacia atrás, me percaté de que había pisado las delicadas decoraciones con flores a las que la madre había dedicado todo el día. No me había dado cuenta de que el suelo también estaba adornado y me llené de pétalos las plantas de los pies y de polvos de muchos colores. Me disculpé una y otra vez mientras ellos no paraban de asegurarme que no importaba, pero me resultaba difícil de creer.

Bajamos al salón de nuevo donde la madre nos entregó un cuenco a cada uno lleno con la misma mezcla de nueces y frutos secos que Krishna acababa de recibir. Después de comer, la pareja me llevó a mi hotel, y por un instante, aturdida por las impresiones recibidas y los rituales, me sentí un poco triste dado que al día siguiente debía emprender viaje hacia el norte, de vuelta a las montañas.

Paraíso con toque de queda

—¡Bienvenida a **Srinagar!**, **1.585 m s. n. m.** —Un hombre bajito con gafas y una barriga prominente vino hacia mí medio corriendo y me arrebató la mochila—. ¡Pondré todo mi empeño en que te vayas de Cachemira con una impresión positiva! —anunció, y salió disparado con lo que yo llevaba de equipaje.

Unas semanas antes había discutido brevemente la ruta de viaje por el norte de la India con una agencia de viajes local, pero había acabado haciéndola por mi cuenta. Estaba cansada de seguir un programa, tenerlo todo organizado de antemano y no poder decidir por mí misma dónde iba a hospedarme. Sin embargo, Javid Iqbal, el jefe de la sucursal de Cachemira de dicha agencia, había insistido en recibirme en el aeropuerto y hacerme de guía.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que tengas una estancia satisfactoria y puedas contar a todos tus amigos y parientes que tienen que viajar a Cachemira, ¡es la mejor paga para mí! —me aseguró—. Aquí somos muy hospitalarios. ¡Yo ya te considero una amiga de la familia, una pariente!

Javid era un año menor que yo, pero de esa clase de personas que siempre aparentan ser de mediana edad. Ya tenía el pelo ralo y surcos marcados en la frente y alrededor de los ojos. Los dientes, torcidos e irregulares. Su atemporal furgoneta le iba que ni pintada. En el corto tramo de viaje de camino al centro, dejamos atrás a tantos soldados que perdí la cuenta, todos con casco, rodilleras y chaleco antibalas.

—Espero de todo corazón que lo pases bien en Cachemira —

repitió Javid mientras pasábamos por delante de aún más soldados armados hasta los dientes. El tráfico era caótico; automovilistas, peatones y vespas competían por el espacio en las angostas calles donde las bocinas sonaban sin parar. La basura abundaba como era usual en la India y en Pakistán, pero las viviendas eran diferentes a los descoloridos edificios de cemento que caracterizan las ciudades de esa parte del mundo. Estaban construidos con ladrillo y decoradas con madera bellamente tallada; se puede decir que todos los edificios tenían ventanas y porches con bonitos acabados.

—Mi más ferviente deseo es que, en un futuro, Cachemira sea independiente —dijo Javid mirando a un grupo de soldados—. ¡Preferentemente con ley islámica! —añadió entusiasmado.

—¿No es una ley muy brutal? —objeté.

—No, qué va, eso es un mito —afirmó Javid.

—Pero conlleva castigos físicos muy a menudo —argumenté.

—Sí, es cierto, ¡pero eso es bueno! —gritó él entusiasmado—. A un violador, por ejemplo, según la sharía o ley islámica hay que enterrarlo, dejarle solo la cabeza fuera de la tierra y después lapidarlo. Si se sabe que se corre el riesgo de sufrir esos castigos, nadie va a violar. ¡Ni tampoco a robar si a todos los ladrones se les corta una mano!

Javid me invitó a tomar té en su casa. Me introdujo en el salón, una habitación pequeña, alfombrada y sin muebles. Su madre, una mujer amable de piel clara y grandes ojos azules, no sabía muy bien qué hacer. Sentada, me sonreía mientras yo bebía té, y cada vez que dejaba la taza, me servía más. Para decepción suya, no pude quedarme más tiempo porque tenía una cita para almorzar con Sohail, un joven hombre de negocios del lugar que yo había contactado a través de conocidos comunes. Javid insistió en acompañarme en coche al restaurante y quedarse a la reunión.

—Me preocupo por ti —aclaró—. Quiero conocer a ese hombre con el que te vas a reunir y asegurarme de que es buena persona. Ni

lo conozco ni nunca lo había visto, por lo tanto, es natural que esté preocupado y quiera comprobarlo.

—A mí tampoco me conoces —repliqué.

—Ya te he dicho que tú eres como una pariente para mí —dijo—. Por cierto, estoy divorciado —añadió—. Mi mujer me abandonó cuando nuestra hija tenía solo tres meses. Pude quedármela de todos modos, ella no se preocupaba por la niña. Lo único que quería era doscientas rupias y se las di. Poco después se casó con otro hombre y tuvo un hijo con él.

—¿Piensas casarte de nuevo? —le pregunté.

—Mi madre insiste todos los días con el tema, pero yo no quiero saber nada más de mujeres —aclaró Javid—. Ya tengo suficiente con ser padre. Mi hija tiene nueve años ahora y es muy buena alumna, lo capta todo al instante, ¡es mucho más inteligente que yo! Mi mujer estaba deseosa de tener un hijo, pero a mí me parece que es mejor tener hijas.

Me gustó Sohail al instante. Tenía veintisiete años y vestía tejanos y camiseta. Su oscuro pelo ondulado brillaba con el gel que se había puesto. Estaba sentado a una mesa con dos joviales amigos. Mir Saqib, de treinta y dos años, ancho de hombros y parco en palabras, y Muzaffar, de treinta y seis años. Los tres eran dueños de factorías de agua mineral y zumos de frutas en el sur de Cachemira. Todavía no me había sentado cuando, inesperadamente, llegó Aijaz Hussain, el vicepresidente de las juventudes del BJP (el Bharatiya Janata Party o Partido Popular Indio) al que pertenece el primer ministro Narendra Modi, y se sentó a la mesa con nosotros. A pesar de que todos acababan de llegar, tuve la sensación de hallarme en mitad de una acalorada discusión. Javid también se había sentado y escuchaba el debate con atención, afortunadamente con la boca cerrada:

—India es un país secular y democrático —dijo Aijaz entusiasmado—. Dejadme que lo exprese así: ¡un ramo de flores es

más bello que una sola flor! Compartimos setenta años de historia con la India, y muchos jóvenes de Cachemira prestan servicios en el ejército o estudian en la India. La gente debe amar a su país, esta es mi opinión. Nosotros, en el BJP, deseamos construir puentes entre la India y Cachemira.

—¿Y qué pasa con los millones de personas que han sido asesinadas por la India? —objetó Sohail, deseoso de discutir—. Respóndeme, por favor.

—Eso ocurrió antes de que nosotros llegáramos al poder —respondió Aijaz—. No digo que todo sea perfecto. Tenemos problemas administrativos. Luchamos contra la corrupción. El sector público es débil.

—¿Y la relación con Pakistán? —pregunté.

—Yo suelo decir que podemos mejorar a nuestros amigos, pero no a nuestros vecinos —dijo Aijaz—. Deseamos tener mejores relaciones con Pakistán, pero no deseamos formar parte de ese país. Pakistán es un Estado musulmán. Nosotros somos una democracia.

—Las minorías y los musulmanes chiitas se sienten más seguros en la India que formando parte de Pakistán —explicó Sohail—. El setenta por ciento de la población de Cachemira son musulmanes sunitas. El resto son musulmanes chiitas, sijs, cristianos, hindúes y otras minorías.

—¿Perteneces a una minoría? —le pregunté a Aijaz.

—Sí, yo soy chiita —respondió—. Los que luchan por la libertad de Cachemira siempre hablan de un mañana, pero ese mañana nunca llega —continuó—. Es mejor ceñirse al ahora, a la situación actual.

—En la situación actual, mueren personas asesinadas cada día —objetó Sohail—. Hace diez días, le dispararon a un amigo mío en Pulwama, no muy lejos de aquí. Shabir Bhat se llamaba, él también era miembro del PJB. Me vi con él tres horas antes de ser asesinado. Me preguntó si tenía dinero para donar a los pobres con ocasión de

la Fiesta del Sacrificio. Tenía veintiséis o veintisiete años. ¡Date cuenta, le asesinaron en plena Fiesta del Sacrificio! Durante esta celebración sacrificamos cabras en honor a Alá. Su madre tuvo que sacrificar a su propio hijo.

—¿Quién lo mató? —pregunté.

—El Partido de los Combatientes Santos —respondieron todos al unísono.

—Es un grupo terrorista respaldado por Pakistán —explicó Sohail —. Tienen su base en Muzzaffarabad, la capital de Cachemira Azad, la zona pakistaní de Cachemira. Todo lo que sucede tiene que ser autorizado primero por su cuartel general.

—Pakistán es la mayor amenaza contra Cachemira —dijo Aijaz—. Desean desestabilizar toda la región. Una Cachemira inestable les interesa a ellos, no a la India. Por cierto, Gilgit-Baltistán, en el norte de Pakistán, también es una parte de Cachemira. Opino que debería pasar a formar parte de la India.

—¿Hay mucha gente aquí que apoya tus ideas? —le pregunté.

—La mayoría piensan con el corazón, no con el cerebro —suspiró Aijaz—. No son nada racionales.

—¡Él lleva doce guardaespaldas! —Sohail se rio.

—Esto es serio, no te rías —le reprendió Aijaz—. En Cachemira, se mantiene a la gente en la ignorancia. No entienden que algunos se enriquecen con el baño de sangre. Una pistola no puede traer paz, solo mata. Los que creen que las armas traerán la paz a Cachemira se equivocan.

—¿Has estado alguna vez en peligro? —le pregunté.

—Claro. ¿Por qué crees que llevo tantos guardaespaldas? Me han atacado dos o tres veces. Una de las veces, tres terroristas resultaron muertos delante de mi casa. Hace un año que llevo escolta.

—¿No es estresante no poder estar nunca solo?

—No, valoro mucho más mi seguridad. A decir verdad, está zona es peligrosa. Sé que me arriesgo a ser asesinado mañana.

Nos trasladamos al jardín del café y con la promesa de total anonimidad pude hablar con uno de los guardaespaldas de Aijaz. Tenía un rostro delgado y llevaba barba tupida, sonreía con frecuencia y mostraba timidez. Aijaz se sentó a su lado, rodeado de tres guardaespaldas más. Al aire libre, se convertía en un objetivo más asequible para posibles terroristas.

—Tengo treinta y ocho años, estoy casado y tengo dos hijos —me contó el guardaespaldas—. Un niño de nueve años y una niña de tres. He trabajado en la policía veinte años. No había otro trabajo. Me gusta, pero es peligroso. Mi hermano, que también era policía, fue asesinado a principios de año en un enfrentamiento entre la policía y los sublevados. Durante el sepelio de Shabir Bhats nos atacaron a pedradas y tuvimos que huir para evitar que la situación no se nos fuera de las manos.

—Tu familia debe de estar muy preocupada por ti —comenté.

—Sí, mi mujer y mi madre me llaman cincuenta veces al día como mínimo para asegurarse de que estoy bien.

—¿Te gustaría que tu hijo sea policía como tú?

Se lo pensó un buen rato.

—Estaría bien si llegara a los escalafones altos del cuerpo —dijo al final.

—Si pudieras escoger libremente entre todas las profesiones que existen, ¿por cuál te decidirías? —le pregunté.

—Maestro —respondió y sonrió tímidamente para sí mismo.

—¿Te ha llevado tu trabajo a situaciones en las que has tenido que matar?

—Sí, por supuesto —dijo y me miró sorprendido—. Se considera «pérdida involuntaria», pero te hace sentir mal.

—¿Qué opinas del conflicto de Cachemira? ¿Preferirías formar parte de Pakistán, seguir perteneciendo a la India o la independencia?

—La independencia —dijo mirando a sus zapatos—. Porque la

gente está sufriendo aquí —añadió bajito. Ese comentario sonó tan irónico viniendo de un guardaespaldas del líder local del partido indio en el gobierno, que toda la mesa estalló en risas.

—¿Crees que vas a poder ver una Cachemira libre? —le pregunté.

—No —respondió contundente—. La situación es la misma desde 1947. No tengo ninguna confianza en que vaya a cambiar.

La integración de Cachemira en la India es una historia complicada.

Cuando los señores de la guerra en Asia Central iniciaron de forma gradual la conquista de los territorios del norte de la India en el siglo XIV, Cachemira estaba habitada por hindúes y budistas principalmente. A lo largo de los siglos siguientes, casi toda la población se convirtió al islam. En el siglo XVIII, Cachemira estuvo bajo el brutal dominio de la dinastía afgana de los Durrani y, en 1819, fue anexionada por el ejército sij de Ranjit Singh, que ya había conquistado Lahore y partes considerables de Punjab.

Gracias al hábil general Gulab Singh, Cachemira se expandió considerablemente bajo el reinado sij. Ladakn en el norte, junto a la frontera con el Tíbet, se integró en Cachemira, y también Baltistán, situado en el noroeste del actual Pakistán. Gulab Singh no era propiamente sij, sino hindú y provenía de una familia de Jammu de habla dogrí. Como recompensa por sus esfuerzos, Ranjit Singh lo nombró príncipe de todo Jammu y Cachemira.

Cuando Ranjit Singh murió en 1839, el poderoso reino que había fundado empezó a desintegrarse. Seis años después de su muerte, la Compañía Británica de las Indias Orientales entró en guerra con los sijs, y pocos meses más tarde, el reino sij era ya historia. Sin embargo, los británicos no estaban interesados en reinar directamente en los nuevos territorios que habían adquirido. Gulab Singh, príncipe de Jammu y Cachemira, se había mostrado cauteloso durante la guerra y había servido de intermediario entre los sijs y los británicos. Como recompensa, los británicos dejaron que comprara los territorios que había gobernado. Así fue como

Gulab Singh se convirtió en el primer marajá, gran rey, de Jammu y Cachemira, el mayor Estado vasallo de la India británica.

Cuando Gulab Singh murió en 1857, le sucedió su hijo Ranbir como marajá, y bajo su reinado también Gilgit, Hunza y Nagar, territorios situados en el norte del actual Pakistán, fueron sometidos al poder de Cachemira. Los británicos no interfirieron en esas expansiones locales de la periferia del reino, de todas maneras, la India entera se hallaba bajo el dominio británico.

La familia Singh, también conocida como la dinastía Dogra, dominaban un complejo distrito de la India: en Jammu, al sur, los hindúes eran mayoría, además, una parte significativa de la población era sij. En Cachemira los musulmanes sunitas eran mayoría; mientras que, en el norte, en la poco poblada Ladakh, la mayor parte de la población era budista. En Gilgit y Hunza, en el noreste, la población era principalmente musulmana chiita.

En 1947, Hari Singh, de la cuarta generación Singh, ocupaba el trono en Jammu y Cachemira. El marajá era conocido principalmente por un desmesurado uso personal de dinero y de esposas, pero aquel año estaba ante una elección que caracterizaría su fama póstuma: como marajá de un principado independiente podía decidir si Jammu y Cachemira formarían parte de Pakistán o de la India. Dado que la mayoría de la población era musulmana, Pakistán habría sido una opción lógica. Sin embargo, Hari Singh tenía la esperanza de poder conservar la independencia y aplazó la decisión todo lo que pudo. El marajá ya era muy impopular debido a los elevados impuestos que imponía a la población, y en el oeste de Cachemira estalló una sublevación. Tras unas semanas, los manifestantes declararon que ya no querían ser gobernados por Hari Singh y formaron su propio gobierno. Hoy en día, esta zona de Cachemira forma parte de Pakistán, bajo el nombre de Cachemira.

La situación pasó de difícil a precaria cuando un numeroso grupo armado de pastunes, procedentes del oeste de Pakistán y apoyados

por su gobierno, cruzaron la frontera para hacer la yihad contra los infieles y obligar al marajá a permitir que Jammu y Cachemira se integraran en Pakistán. Sin embargo, la invasión produjo el efecto contrario al deseado: un Hari Singh desesperado pidió ayuda a la India para aplastar la sublevación y, el 26 de octubre de 1947, firmó el acuerdo que selló el destinó de Cachemira.

Jammu y Cachemira se convirtieron oficialmente entonces en parte de la India.

Ya había anochecido cuando Javid me llevó en coche al lago Nigeen, el más apacible de los lagos de Srinagar. Una shikara me esperaba en el muelle para llevarme hasta la casa flotante en la que dormiría. Las shikaras, una versión menos lujosa de la góndola veneciana, son el símbolo de Srinagar. Como en Venecia, el barquero se sitúa de pie en la popa y lleva un solo remo con el que dirige y rema. Antes de partir, Javid me prometió volver a la mañana siguiente para mostrarme el lugar más bello de Srinagar. El sonido del motor de esa furgoneta intemporal era cada vez más lejano, al final solo se oían las cigarras y el chapoteo del remo. La luna se reflejaba en la superficie lisa del agua.

Srinagar es conocida por sus casas flotantes, una herencia de los británicos que habían acudido en tropel a Cachemira los veranos para cazar, pescar y descansar en el relativamente fresco clima de montaña. El marajá no permitía que los extraños compraran tierras o propiedades en Cachemira, por eso la solución fue las casas flotantes. En la época británica algunas de las casas barco servían también de transporte, pero hoy en día la mayoría están permanentemente amarradas como hoteles flotantes.

—¿Por qué has llegado tan tarde? —me preguntó Ajaz, el hijo del dueño de la casa flotante—. El barquero te ha esperado varias horas. ¿Sabes lo caro que es?

Me enseñó mi camarote y me anunció que la cena estaría lista enseguida. Yo era la única huésped y tenía toda la casa flotante

para mí. El camarote era como una cápsula del tiempo, recubierto de un tapiz rojo de pared a pared y decorado con cortinas floreadas y fotografías de cien años atrás. Poco había cambiado desde que los distinguidos británicos solían pasar las vacaciones en el lugar.

Ahora ya no hay prácticamente nadie que pase las vacaciones en Cachemira. Cuando la sublevación contra la India estalló de nuevo en 1989, cayó en picado la cifra de turistas internacionales. Sin embargo, en 1995, seis turistas occidentales que se aventuraron a hacer el viaje fueron secuestrados por terroristas islámicos, y, de repente, el conflicto de Cachemira ocupó las portadas de los periódicos del mundo entero. Un noruego, Hans Christian Ostrø, estaba entre los secuestrados. El muchacho de veintisiete años fue decapitado tras un mes y medio de cautiverio. Uno de los rehenes consiguió huir, y se supone que los cuatro restantes fueron asesinados a tiros. La mayoría de los países todavía aconsejan a sus ciudadanos que no viajen a Cachemira.

Pasada media hora, Ajaz llamó a la puerta y anunció que la cena estaba lista. El comedor era pequeño y confortable, con muebles de madera clara bellamente tallados. Ajaz se sentó en una silla y me contemplaba mientras comía.

—¿Es cierto que el presidente estadounidense Theodore Roosevelt se hospedó aquí? —le pregunté. En alguna página de internet había leído que dicho presidente se había hospedado precisamente en esa casa flotante, por eso había reservado yo el mismo camarote. Esperaba percibir el susurro de la historia en sus paredes.

A Ajaz se le iluminó el rostro y sacó una fotografía enmarcada del aparador.

—Es una copia de la carta que el presidente estadounidense mandó a mi abuelo como agradecimiento —me contó—. Estuvo aquí todo un mes en 1925.

Puesto que el presidente Theodore Roosevelt murió en 1919, debió de tratarse de su hijo mayor, Theodore Roosevelt júnior, que

nunca llegó tan lejos como su padre. La carta estaba firmada también por Eleonor Butler Roosevelt, su esposa, y dos personas más con el mismo apellido y cuyos nombres no pude descifrar.

Le di las gracias a Ajaz por haberme mostrado la carta y me retiré a mi camarote, saciada de arroz jazmín, curry, historia británica y política india. Aparte del intenso sonido de las cigarras en las orillas del río, el silencio era absoluto en la casa flotante.

De madrugada al día siguiente, mientras todavía era de noche, me encaramé en la shikara que ya me esperaba. El barquero se puso a remar en silencio por el lago. De un puñado de mezquitas, lejanas y cercanas, sonaban las primeras llamadas del día a la oración. La barca se deslizaba plácidamente por el agua, por debajo de un puente y a través de estrechos senderos de agua flanqueados de flores de loto y lirios de agua. Aquí y allá, patos y pequeños pájaros correteaban encima de las grandes hojas verdes en busca de comida.

—¿Te parece bien si rezo? —preguntó el barquero. Yo asentí con la cabeza, por supuesto, y él empezó a murmurar bajito mientras se arrodillaba y se levantaba una y otra vez. El cielo cambió de negro a gris para lentamente tornarse azulado, después dorado rojizo y finalmente blanquecino. Se alzaba un nuevo día y cuando el barquero terminó con el rezo, continuamos viaje entre flores y huertos flotantes. Los famosos huertos flotantes de Srinagar están hechos de hierbajos y raíces apisonados muy juntos hasta formar una especie de estera flotante, de un metro de grosor aproximadamente, en la que se puede cultivar de todo, desde melones a pepinos. Los oficiales británicos, en su época, daban parte constantemente de las quejas de los nativos porque los ladrones se llevaban sus huertos a remolque y saqueaban sus cosechas.

A eso de las seis, cuando ya había amanecido del todo, llegamos al flotante mercado de frutas y verduras. Los hortelanos y

campesinos de los alrededores, y los que venían de lejos, habían remado a la luz del alba con sus shikaras cargadas de cebollas, coles, lechugas, pepinos y otras verduras para venderlas a los verduleros que a su vez las ofrecían a las madres de familia y restaurantes de Srinagar. Se negociaba y comerciaba por doquier; los fajos de billetes corrían de mano en mano y las hortalizas se descargaban y cargaban de una barca de madera a otra.

Un puñado de vendedores especializados en turistas que de vez en cuando aparecían por el lugar, vinieron raudos hacia mí. Un tipo mayor y pelo blanco vendía *kahwah,* una especialidad cachemir. La bebida consistía en té verde condimentado con azafrán y canela, endulzado con miel y también llevaba almendras troceadas. Compré una taza para el barquero y otra para mí; esa dulce bebida caliente me pareció tan maravillosa como el dorado amanecer que acababa de presenciar. Un joven serio con el rostro delgado y anguloso intentó venderme figuras de papel maché. Su colega, que parecía más alegre, me tentaba con pequeñas latas de azafrán.

—¡El papel maché es ligero, no pesa nada, un regalo perfecto para llevar en la maleta! —quería seducirme el vendedor que después supe que se llamaba Amir.

—¡El azafrán de Cachemira apenas ocupa espacio y es famoso en todo el mundo! —argumentó su colega, cuyo nombre nunca llegué a saber.

Discutimos sobre el papel maché y las especias un buen rato. Se superaban uno al otro vanagloriando sus productos, sus excelencias no tenían parangón.

—¿Preferís Pakistán, la India o la independencia? —les pregunté finalmente para desviar la conversación hacia otros derroteros.

—La independencia, naturalmente. —Amir no se lo pensó—. Quiero que Cachemira sea libre como lo era antes. Los indios nos asesinan. ¡Desde 1947 han matado a millones! Además, la India es un país de violadores, allí violan en grupo a las mujeres. Los

pakistaníes no son mucho mejor, solo están interesados en nuestra tierra, igual que los indios. Por otra parte, Pakistán está estancado. No se han percatado de que vivimos en el siglo XXI y que las mujeres también tienen que ser libres.

—A propósito de mujeres —dije—. ¿Cuál es la forma más corriente de casarse aquí en Cachemira? ¿El matrimonio concertado o el matrimonio por amor?

—Concertamos el matrimonio por amor —dijo riéndose el vendedor de azafrán.

—No creo en el amor —dijo Amir con la mirada sombría—. Tuve una mala experiencia con una chica una vez. Muy mala. Cuando todo acabó, yo no hacía otra cosa que llorar. ¿Amor?, nunca más. ¡Nunca más! El amor no es para mí.

Alguien que debió de creer en el amor fue el emperador mogol Jahangir, que a principios del siglo XVII ofreció a su reina Nur Jehan, nombre que significa «Luz del Mundo», un jardín de amor como regalo. Srinagar es conocido por sus espléndidos jardines persas, y el jardín Shalimar Bagh que Jahangir hizo construir sea posiblemente uno de los más bellos. *Shalimar* significa «hogar del amor» en sánscrito, mientras que *bagh* es el término persa que designa «jardín».

Jahangir era hijo del emperador mogol Akbar que anexionó Cachemira a su reinó en 1586. El mogol se quedó tan prendado de Cachemira que convirtió Srinagar en la capital de su residencia veraniega. Cada año, seguido de la corte y el aparato del Estado, Jahangir cruzaba las montañas con elefantes para pasar unos meses en Shalimar Bagh, rodeado de árboles, flores, surtidores de agua y el Himalaya como telón de fondo. En el pabellón superior, al parecer hizo grabar una cita que suele atribuirse al poeta Hazrat Amir Khusrau: «Si existe un paraíso en la tierra, es aquí, es aquí, es aquí». Cuando se hallaba en su lecho de muerte, le preguntaron qué era lo que más deseaba. «Cachemira, el resto carece de valor», fue

su respuesta.

El jardín constituía un pequeño mundo aparte, con fuentes, canales y elegantes árboles estilizados, incomparables con ninguno otro, típicos de Cachemira. También parterres muy cuidados con rosas y flores de muchos colores. En una piscina pequeña, protegida por el letrero PROHIBIDO BAÑARSE, chapoteaban niños y niñas con gran júbilo. Sentados en las explanadas de hierba, familias y grupos de amigos bebían té y charlaban. Detrás de un árbol colmado de flores de color rosa, cuatro hombres de pie se amenazaban con los puños, sus rostros estaban tensos y enrojecidos.

—¿Por qué se pelean? —le pregunté a Javid, que había cumplido la promesa de la noche anterior y me había llevado al lugar más bello de Srinagar.

—No lo sé —dijo y se encogió de hombros—. Quizás el té. —Frunció los ojos al mirarme—. ¿Qué quieres ver ahora?

—La tumba de Jesús —respondí.

Javid suspiró.

—Todo el mundo quiere verla —dijo.

La teoría que sostiene que Jesús no murió en la cruz, sino que está enterrado en Srinagar fue lanzada por el autoproclamado profeta Mirza Ghulam Ahmad en 1899. Ahmad afirmó que él mismo encarnaba al Mesías cristiano y a Mahdi a la vez, este último una figura liberadora que, según los musulmanes, vendría a la tierra y liberaría a la gente del mal y la tiranía. Ahmad fundó la mal vista Comunidad Ahmadía del islam que en la actualidad tiene millones de adeptos, pero que no está reconocida por otras comunidades musulmanas. Además de recorrer la provincia de Punjab para captar adeptos, Ahmad escribió más de noventa libros, *Jesús en la India* entre ellos, en el que argumenta que Jesús sobrevivió a la crucifixión y huyó a Cachemira, donde murió de muerte natural con ciento veinte años. Según él, Jesús está enterrado en Rozabal, el cementerio situado en el centro de la ciudad.

La controvertida tumba estaba en una ajada casa encalada de blanco. Dado que la puerta estaba cerrada, me tuve que contentar con atisbar el sarcófago desde las rejas de una ventana. En la puerta de hierro colgaba un letrero donde figuraban los versículos 4:157-158 del Corán en inglés y en árabe: «Y porque ellos [los judíos] hayan dicho: ¡ciertamente, hemos ejecutado al Mesías, el hijo de María, el mensajero de Alá!, no lo ejecutaron, no lo crucificaron, sino que sobrevivió [a la muerte], y los que no estaban de acuerdo, ciertamente tienen dudas sobre ello. No tienen ningún testimonio [seguro], solo se guían por una suposición, ciertamente no lo mataron. Al contrario, Alá lo ha honrado y acogido a su lado, y Alá es Todopoderoso, Sabio».

Oficialmente, es Yuz Asaf, un santo sufí musulmán de la Edad Media, el que está enterrado en Rozabal, pero millones de personas, y no solo los adeptos de Ahmadía, creen que Yuz Asaf es otro nombre para designar a Jesús de Nazaret. Después de que *Lonely Planet* reseñara está teoría en 2010, Rozabal se ha convertido en un popular lugar de peregrinaje para los turistas extranjeros que se atreven a visitar Cachemira, para deleite de los dueños de tiendas de la vecindad, que posiblemente sean los responsables de haber colocado la cita del Corán.

Javid miró el reloj.

—No es muy tarde —afirmó—. Todavía tenemos tiempo de visitar el mercado flotante si estás interesada.

Bajamos al puerto y Javid negoció largo y tendido el precio de la excursión con uno de los barqueros. Cuando al fin se pusieron de acuerdo, tomamos asiento en los mullidos cojines de la estrecha embarcación de madera. De nuevo me deslizaba por un entramado de calles colgantes con comercios, esa vez, toda una ciudad en el agua. Quioscos pequeños, ferreterías, colmados, cafés y tiendas de souvenirs emplazados en balsas construidas con troncos que conformaban largas calles solo accesibles en barca. Javid pidió al

barquero que parase delante de una tienda de papel maché, entré y miré amablemente las delicadas figuras un par de minutos antes de encaminarme hacia la puerta para salir.

—¿De verdad que no hay nada aquí que te guste? —preguntó Javid.

—No puedo llevar figuras grandes de papel maché en la mochila —dije—. Bastante llena va ya.

—Las enviamos a todos los rincones del mundo —replicó el vendedor, que había oído la conversación.

—¿Qué tal esta, por ejemplo? —Javid señaló un jarrón de colores llamativos.

Decidida, sacudí la cabeza para indicar que no y volví a sentarme en los mullidos cojines. Pocos minutos después, Javid le pidió al barquero que parara de nuevo. Esa vez delante de una tienda especializada en chales.

—Nuestros chales pashmina son los mejores del mundo —dijo Javid y sonrió—. Tampoco ocupan demasiado lugar en la mochila. Muchos turistas los compran aquí, son muy populares.

Obediente entré y dos vendedores me dieron una cálida bienvenida, uno era mayor y el otro, joven. Este último se apresuró a desplegar chales, uno tras otro. Los había de todos los colores y muestras posibles, algunos eran tan suaves que se deslizaban sobre los hombros como una capa de piel adicional.

—Es usted afortunada —constató uno de los vendedores—. El caballero que la acompaña dice que no cobra comisión. Quiere que usted obtenga el mejor precio posible, dice, y por eso estoy dispuesto a ofrecerle una buena rebaja. Normalmente pagamos un veinte por ciento de comisión a los guías o a los barqueros porque dependemos totalmente de que nos traigan clientes, pero puesto que este hombre no quiere cobrar nada, me ahorro el intermediario.

Los chales de Cachemira son realmente famosos en todo el mundo y, en un arranque de inspiración, decidí liquidar toda la compra de

Navidad. Al vendedor se le iluminó el rostro, no paraba de sacar un chal tras otro hasta que toda mi familia quedó servida. Javid regateaba enérgicamente por mí para rebajar el precio —en inglés para que yo pudiera seguir la negociación—. Los precios iban y venían como proyectiles entre él y el vendedor: 9.700, 9.500, 9.450, 9.300, 9.150, 9.000... *Última oferta, no, venga ya, hazle un buen precio, hazlo puesto que es la primera clienta del día, pero yo vivo de esto también, no puedo quedarme sin nada, ah, venga hombre, no ves que no tiene demasiado dinero, 8.800, 8.750, 8.700...* Finalmente llegó el acuerdo y me dirigieron una mirada esperanzada. A mí me pareció un precio razonable y pagué la suma que habían acordado. Ceremoniosamente, el vendedor dobló mis chales y me los entregó, para después desaparecer con Javid hacia una habitación contigua, separada por una cortina. Yo me levanté y les seguí.

—Quédese sentada, solo le va a mostrar el lavabo —chilló el hombre mayor, que hasta entonces no había abierto la boca. No le hice caso, corrí la cortina a un lado y alcancé a ver como Javid cogía un fajo de billetes de manos del vendedor.

—Solo intercambiábamos las tarjetas de visita —aclaró Javid con una ancha sonrisa en los labios.

—Sí, quería darle mi tarjeta de visita a este hombre honesto que no cobra comisión —corroboró el vendedor con una sonrisa igual de generosa. Luego nos acompañó hasta el muelle para estrecharme la mano por última vez.

—Qué suerte tiene usted con este acompañante tan honesto que no cobra comisión —repitió él mientras yo subía a bordo de la shikara—. ¡No sé por qué lo hace, pero es usted realmente afortunada!

Un guardia de seguridad abrió el portal y un criado abrió la puerta del edificio y me indicó que pasará a una sala para las visitas,

adornada con diplomas y condecoraciones. Al poco rato, descendió por la escalera Nayeema Mahjoor. Ella había sido presidenta de la Comisión Estatal de Mujeres como representante del Partido Democrático del Pueblo (PDP) hasta la disolución del gobierno regional, de eso hacía un par de meses. Hablaba despacio, con un discurso bien articulado y sin perder el hilo ni una vez, era fácil notar su bagaje como periodista radiofónica a lo largo de veinte años. Igual que casi todos los buenos periodistas, Nayeema habló más de otros y de la situación general del país que de sí misma:

—Seguimos atascados en 1947 —dijo—. Este conflicto todavía no está resuelto. La India no ha sido honesta con nosotros. El párrafo 370 iba a conceder a Jammu y Cachemira cierto grado de autogobierno y una constitución propia, pero dicho párrafo ha sido vaciado de contenido sistemáticamente y los gobiernos regionales han sido meras marionetas nombradas por la India.

Entró el criado y nos sirvió té y galletas.

—¿Has visto Fox News? —preguntó—. Aquí en la India solo tenemos emisoras de la Fox. Las autoridades indias no han hecho más que crear caos y desconfianza en la zona. Durante los últimos años, el gobierno de Modi ha usado una línea política de confrontación pura y dura: Modi o nada. Se han multiplicado el número de razias y arrestos en masa, igual que en la década de 1990. Varios miles de personas han perdido la vista a causa de las balas de goma, llamadas armas no letales, que usan los soldados contra los manifestantes. Aquí tenemos un departamento militar propio (AFSPA) y ellos pueden hacer lo que les da la gana, nunca se les pide responsabilidades por nada. Pueden violar y matar sin que sus actos tengan consecuencias. Hay muchas violaciones, no te puedes hacer una idea. En la década de 1970, ninguna mujer llevaba velo, pero ahora casi todas lo llevan. No creo que eso tenga que ver con la radicalización religiosa, simplemente intentan protegerse de la mirada de los soldados.

Nayeema suspiró.

—Las mujeres cachemiras pierden a sus hijos, a sus maridos, a sus padres. Tanto si estos trabajan para las fuerzas de seguridad como si son rebeldes, viven siempre angustiadas temiendo que vaya a ocurrirles algo. Según una encuesta, el sesenta y cinco por ciento de las mujeres de Cachemira sufren dolencias psíquicas. En la peor época de violencia, muchas chicas tuvieron que dejar la escuela. La salud reproductiva es un problema también. A muchas han tenido que extirparles la matriz, no pocas veces debido a una violación. Otro de los grandes problemas es la violencia doméstica contra las mujeres. Los hombres vierten su frustración acumulada dentro de las cuatro paredes y lo pagan con sus esposas.

—¿Usted ha sufrido problemas como mujer destacada en una sociedad dominada por hombres? —le pregunté.

—¡Oh, cielo santo, sí! Éramos varias hermanas y mi padre era un hombre con estudios. Siempre nos apoyó. Él era liberal, pero nuestros parientes no lo eran tanto. Cuando tenía siete años, representé un personaje de niña en una pieza radiofónica de tema familiar. Levantó ampollas en la familia. Me dijeron que o me despedía de la radio o de la familia. Era pequeña y le pregunté a mi padre: «¿Qué quieres que haga?». El respondió: «Diremos adiós a la familia porque si no, ¿qué será lo siguiente? ¿Que no podréis ir a la universidad?». Y añadió que debía prometerle que me esforzaría al máximo en todo lo que hiciera en la vida, que no echaría a perder las posibilidades que se me ofrecieran. Todas las hijas seguimos sus consejos, unas son médicos y otras directoras de cine. Yo trabajé en la BBC World durante veinte años, se puede decir que ya no me fui de la radio.

—¿Tiene usted contacto con resto de la familia ahora?

—No. Algunas de mis hermanas se han reconciliado con ellos, pero yo no. Tengo una familia nueva, amigos propios. Trabajo para la gente de Cachemira, para todo aquel que me necesite. Ellos son

mi familia ahora. Hace tres años, me mudé de Londres aquí, y durante este periodo la situación ha ido de mal en peor. Ahora todo el mundo espera que llegue 2019 y las elecciones. Que Dios no permita que Modi sea reelegido, pero tenemos que estar preparados para lo peor. Hace tres años publiqué un libro titulado *Lost in Terror.* Ahora estoy escribiendo uno nuevo. Se llamará *Lost in Peace.*

—¿Por qué tiene usted escolta? —le pregunté al final del tiempo previsto para la entrevista.

—Cuando empecé a trabajar para el gobierno, tuve que aceptarla —aclaró Nayeema—. No acostumbro a llevarla cuando salgo. Si voy sola, estoy segura. Si la llevo, me convierto en un objetivo.

Se levantó y me acompañó a la puerta.

—Comprometerme en política es el mayor error que he cometido en la vida —dijo al despedirnos—. Ya no creo en las soluciones políticas para Cachemira.

Sohail y Muzaffar, los dos dueños de la fábrica de agua mineral con los que me había reunido dos días antes, se habían autonombrado mis guías personales en Srinagar. Mientras Javid me llevaba a las atracciones turísticas y a tiendas, ellos me presentaban a políticos y a activistas. Después de entrevistar a Nayeema, me acompañaron en coche a la oficina de Khurram Parvez, uno de los activistas por los derechos humanos más conocido de Cachemira.

—Acabo de recibir una amenaza de muerte —dijo Sohail desde el asiento trasero. Se reía nerviosamente y hablaba de forma rápida y febril—. Unos extremistas acaban de colgar un audio en YouTube en el que amenazan a los dueños de fábricas que tienen trabajadoras. Nos dan tres días para deshacernos de ellas. ¡A excepción de los chóferes, todos mis empleados son mujeres, diez en total! Es una situación desesperada.

Sohail sacudió la cabeza, abatido.

—¡Mi hermana está casada con un hombre que le niega el divorcio, a pesar de que él se ha casado ya con tres mujeres más! Lo

he consultado con muftíes e imames, pero ninguno quiere ayudarme. Todos dicen que, según el islam, un hombre puede tener cuatro esposas y que mi cuñado vive de acuerdo con el islam. ¡En mi opinión, esta religión está llena de sinsentidos intelectuales! Posiblemente yo sea la persona de Cachemira más afectada por el conflicto —añadió apesadumbrado—. No puedo criticar el islam porque los mulá me amenazan de muerte. No puedo hacer nada divertido ni puedo emplear a mujeres. ¡Todo está prohibido aquí! Si Cachemira formara parte de Pakistán, hace tiempo que ya estaría muerto, pero gracias a la India aquí existe un mínimo grado de democracia y libertad de expresión. Puedo decir lo que me plazca, aunque me arriesgue a ser asesinado...

—¿Por qué no te vas de Cachemira? —le pregunté—. ¿No sería todo más fácil para ti?

—No, no, no puedo hacerlo —suspiró Sohail—. Mi familia vive aquí. Mi fábrica está aquí. No puedo irme sin más ni más. ¡Pero si Cachemira se independiza y queda a merced de sí misma, seré el primero en irme, créeme!

Khurram Parvez nos acogió en una oficina diminuta de un sencillo bloque de pisos de poca altura. Extendí la mano para saludarle, pero él me correspondió con un rapapolvo:

—¡Tienes que ser más precavida aquí! Los periodistas sin la documentación en orden son deportados, hace poco arrestaron a un periodista francés que se paseaba con el visado de turista. ¡Date cuenta de que me llamaste con tu propio teléfono! ¡Ni siquiera usaste un servicio de encriptación!

—La tarjeta SIM no está registrada a mi nombre —dije dócilmente.

—No importa. Dijiste tu nombre, mi teléfono está pinchado. Cuando tengo reuniones como esta, coloco el teléfono debajo de mi muslo para que no oigan lo que digo. —Y me lo mostró poniéndoselo debajo del muslo derecho.

Tras esas palabras introductorias, Khurram se dispuso a contarme los problemas que había en Cachemira con los derechos humanos. Como tantos otros activistas pro derechos humanos con los que me he reunido, era imparable una vez que había empezado:

—Desde 1989, el conflicto ha segado la vida a setenta mil personas y más de ocho mil han desaparecido. La policía aquí está extremadamente militarizada. Según las autoridades, solo quedan poco más de trescientos rebeldes. ¡Se han destinado seiscientos mil soldados para combatirlos! Es el mayor número de fuerzas armadas desplegadas en una región del mundo entero, ni siquiera en la guerra de Irak o la de Afganistán participaron tantos soldados. La tortura es uno de los problemas mayores. Conocemos cien mil casos de tortura como mínimo. Guantánamo se hizo conocido gracias a las pruebas que ofrecieron las imágenes, pero aquí en Cachemira no tenemos denunciantes, si así fuera conocerías historias mucho más crueles. A un hombre le partieron la lengua en dos porque había advertido a gente de su pueblo que se acercaba el ejército. A otro le cercenaron las dos piernas. Antes de hacerlo, le tuvieron sin apenas comida durante un mes. Después le cortaron pedazos de sus nalgas y vientre y le obligaron a comérselas. Son los casos más crueles que conocemos.

Khurram ha luchado por los derechos humanos desde sus tempranos veinte años, pero su compromiso se remonta a 1990 cuando solo tenía trece años:

—Ese año hubo una manifestación contra las violaciones de los soldados a mujeres. Mi abuelo participó en ella y lo asesinaron. El oficial que ordenó disparar era vecino mío. Tenía que ver la cara del asesino de mi abuelo todos los días. Yo era entonces un joven enojado. Primero quise ser militante rebelde, también yo, y leí el Corán y otras escrituras religiosas. Poco a poco me di cuenta de que la ira no era el camino. La gente que está furiosa toma decisiones equivocadas. Aprendí a gobernar mi propia ira y me puse en

contacto con los defensores de los derechos humanos.

Khurram tomó un sorbo de café y continuó el monólogo. Comprendí que no me harían falta las preguntas que había preparado:

—Seis mil familias de Cachemira están en la lista negra y no les expiden el pasaporte. Al líder de nuestra organización le denegaron el pasaporte durante once años, a su adjunto también. Hemos tenido muchos problemas a causa de nuestro comprometido trabajo en la organización. Yo mismo perdí una pierna en 2004. Yo y seis más íbamos de camino al valle de Lolab para hacer de observadores en las elecciones cuando explotó una bomba en la cuneta. Mi mejor amigo y el chófer fueron asesinados. Todo apunta a que las autoridades estaban implicadas, pero no tenemos pruebas concluyentes y no podemos afirmarlo con rotundidad. Tuvieron que amputarme una pierna justo por debajo de la rodilla y estuve tres meses y medio ingresado en el hospital. Si tras el ataque me hubiera quedado inactivo, me habría convertido en una ruina psicológica, pero sigo activo como antes. Ya no puedo correr ni jugar al fútbol, me encantaba practicar este deporte, pero puedo continuar trabajando como activista.

Entró una chica con una pila de documentos y desapareció deprisa.

—También he tenido otros problemas —continuó—. El 16 de septiembre de 2016 me detuvieron y me encerraron setenta y seis días, estuve acusado de haber incitado a la protesta y cosas por el estilo. Fue una posibilidad para conocer a otros presos y ver las condiciones de la cárcel desde dentro. Aquí las prisiones son terribles. La comida era mala y hacía un calor tremendo. En mi sección había un solo baño para veinticinco personas.

Khurram bebió un sorbo de agua y yo aproveché para colar una pregunta:

—No parece fácil ser optimista en lo que respecta a la situación

de Cachemira —le dije—. ¿Qué piensas del futuro?

—Si Europa ha podido llegar a ser un espacio pacificado después de siglos de guerras y Alemania consiguió deshacerse de los nazis, hay esperanza para Cachemira —respondió—. Creo que conseguiremos la independencia tarde o temprano. Lo espero y deseo por mis hijos. Perder la esperanza es un crimen. No todo son oscuros nubarrones, de ningún modo. Doscientos millones de indios sufren desnutrición, pero aquí en Cachemira nadie pasa hambre, a pesar de todos nuestros problemas.

—Y, por supuesto, es algo bueno que pueda reunirme contigo aquí, en tu oficina, y que hablemos, ¿no?

Khurram sacudió la cabeza.

—India quiere presentarse como una democracia, sin embargo, las autoridades han hecho todo lo posible para destruirnos. No permiten que nos registremos como organización y, por tanto, no podemos recibir ayudas del extranjero, esto nos obliga a reducir los gastos al mínimo. Esta oficina, por ejemplo, es propiedad del jefe. No tengo sueldo por el trabajo que hago en defensa de los derechos humanos, mi mujer y mi madre mantienen a la familia. Pero por amor a mis hijos tengo que continuar en esto. Lo hago para que un día mis hijos vivan en una Cachemira libre y pacífica.

Javid no estaba convencido de que yo hubiera comprendido lo bella que es Cachemira. Aquella misma tarde, la última en Cachemira, me llevó a **Gulmarg**, **2.650 m s. n. m.**, una de las mejores estaciones de esquí de la India. Tardamos dos horas en llegar allí en coche. Atravesamos un paisaje verde y ondulado, repleto de manzanales y plantaciones de melocotoneros. Paramos junto a un exuberante huerto de manzanos y el campesino nos permitió coger todas las manzanas que quisimos de árboles llenos a rebosar. Las jugosas manzanas rojas de Cachemira son las más populares de la India y constituyen más de las dos terceras partes de su consumo total. Prácticamente la mitad de la población de la región depende de las

manzanas para que la economía funcione.

A pesar de que la temporada de esquí quedaba lejos, el telesilla traqueteaba y funcionaba todo el día. Javid y yo flotábamos en el vacío por encima de pequeños asentamientos nómadas, rebaños de ovejas que pacían y caballos amodorrados. Sobre nosotros, el cielo era de un azul intenso.

Javid estaba exultante.

—¿No es precioso todo esto? ¿No es Cachemira el lugar más bello de la tierra?

Incluso en la cima, a 4.000 metros de altura, el paisaje era fértil, las montañas tapizadas de verde se extendían en todas direcciones, parecían no tener fin, y sin importarles las problemáticas fronteras internacionales, las carreteras bloqueadas militarmente o la línea de control.*

Todavía me arrepiento de no haberme quedado más tiempo en Cachemira y varias veces durante el resto del viaje estuve tentada de reservar un billete de avión para volver a Srinagar, aunque solo fuera para poder estar un día en una casa flotante del lago Nigeen.

Pesimista nota posterior

Desde que salí de la India, la situación en Cachemira ha ido de mal en peor. En la primavera de 2019, el BJP obtuvo más del 37 por ciento de los votos, casi el doble de los que obtuvo el Partido del Congreso, y Modi continuó siendo el jefe de Estado. El 5 de agosto del mismo año, el gobierno derogó el párrafo 370, y como consecuencia Jammu y Cachemira perdieron el estatus especial que ese estado había tenido desde 1947, incluido el derecho a legislar sus propias leyes. Los extranjeros quedan autorizados para comprar tierras y propiedades en la región, medida que a largo plazo podía cambiar la composición de la población dramáticamente. Además la región de Ladakh en el norte, principalmente habitada por budistas,

quedaba separada de Jammu y Cachemira, que pasaban a formar parte de los llamados «Territorios de la Unión». A la vez que se introducían cambios en la Constitución, se enviaron diez mil soldados más a la ya duramente militarizada región, varios miles de civiles fueron encarcelados, se ordenó a los turistas que abandonaran Cachemira, se impuso un prolongado toque de queda y se cerraron internet y las líneas telefónicas. Toneladas de manzanas demasiado maduras se pudrieron en el suelo puesto que los temporeros venidos de otras partes de la India no acudieron para recogerlas.

Antes de que la crisis del coronavirus atacara de lleno y se ordenara el cierre de toda la India, se habían abierto algunas líneas de comunicación, pero gran parte de Cachemira, ese paraíso terrenal, sigue cerrada para el resto del mundo. Muchos campesinos lograron guardar sus manzanas en cámaras frigoríficas a la espera de tiempos mejores.

Puede que la espera sea muy larga.

El campo de batalla más alto del mundo

No sé la cantidad de bases militares que dejamos atrás en el viaje de Srinagar a Kargil. Un cuartel militar tocaba al otro, aislados, cerrados como si fueran monasterios eremitas de las montañas, camuflados por el color. Pronto dejamos atrás los cerros tapizados de verde y fueron sustituidos por montañas inhóspitas y yermas. El joven chófer guardaba silencio —no hablaba inglés demasiado bien — y el coche era viejo y pequeño. Obstinadamente, lo obligaba a subir la estrecha y sinuosa carretera de montaña. Llovía a cántaros y el firme estaba embarrado y resbaladizo. Las ruedas patinaban, el coche daba bandazos, pero él no le quitaba ojo a la carretera ni soltaba el pedal del gas. Si llegábamos a pararnos allí, nunca cruzaríamos el paso de montaña; si nos salíamos de la carretera, tampoco continuaríamos viaje, sino que acabaríamos allí, iríamos a parar junto a los vehículos desvencijados que yacían ladera abajo. A un minibús se le había parado el motor en mitad de una curva cerrada; los pasajeros continuaban en sus asientos con los rostros petrificados contra las ventanillas, como si presintieran que tendrían que quedarse allí, ellos también, para toda la eternidad. De alguna manera, el chófer consiguió dar un golpe de volante y adelantar al minibús atascado. En el lado exterior de la curva, la ladera era tan escarpada que no se veía el final. Cerré los ojos sin ganas de volver a abrirlos.

J&K TOURISMEN WELCOME YOU TO **DRASS**, **3.300 m s. n. m.**, THE SECOND COLDEST INHABITED PLACE IN THE WORLD (La oficina de Turismo J&K les da la bienvenida a Drass, el segundo lugar habitado más frío del

mundo), rezaba un ajado letrero azul. Por lo visto, Drass era una única calle larga con pequeñas tiendas y cafés, además de algún que otro hostal.

—¿Cuál es la temperatura más baja que se alcanza aquí? —le pregunté al chófer.

—Seis grados bajo cero —respondió con orgullo. Mi reacción no debió de satisfacerle, porque rectificó enseguida—: quizás siete u ocho bajo cero.

El chófer había subestimado y mucho las bajas temperaturas del lugar. El 9 de enero de 1995 se llegó a los sesenta grados bajo cero.

El memorial de guerra en las afueras de Drass está dedicado a la primera guerra del mundo entre dos potencias nucleares. Estaban expuestas las armas que habían derrotado a los pakistaníes y sus hazañas se explicaban en paneles informativos. Banderas indias flanqueaban la avenida hasta el monumento conmemorativo dedicado a los miles de soldados que habían sacrificado su vida por la patria allá arriba en las montañas del Himalaya. A pesar de que el memorial estaba dedicado a la guerra de Kargil de 1999, se puede decir que testimoniaba la totalidad de fallecidos en las guerras de los últimos setenta años, desde 1947 hasta 2018. En tiempos de paz, también las balas y las granadas han hallado el camino para atravesar la línea de control; solo en los dos últimos años, las disputas fronterizas menores han segado la vida de doscientas personas.

Las fronteras en el Himalaya no solo son controvertidas, marcadas por líneas discontinuas, también están manchadas de sangre.

Después de la separación entre la India y Pakistán, los dos países se han enfrentado en un total de cuatro guerras. La primera empezó cuando, en 1947, el desesperado marajá Hari Singh firmó el acuerdo que convirtió a Cachemira en parte de la India. Los combates duraron más de un año hasta que la ONU consiguió

negociar una débil tregua de paz la Nochebuena de 1948. Técnicamente, la India salió victoriosa: las dos terceras partes del territorio que habían constituido Jammu y Cachemira continuaron en manos de la India. Pakistán obtuvo Cachemira Azad, un territorio del tamaño de Montenegro, y Gilgit-Baltistán en el norte.

La paz en las altas montañas duró hasta 1962. Ese año, fue China la que intentó solucionar las disputas fronterizas con violencia. El núcleo de la disputa era Aksai Chin, un territorio del tamaño de Suiza situado entre Sinkiang y el Tíbet. La relación entre China y la India ya era tensa desde tres años antes, cuando este país concedió asilo al dalái lama. Sin embargo, el malestar de fondo se remonta al siglo XIX con la demarcación fronteriza de los británicos.

Cuando en 1865 se trazó la primera frontera entre China y Cachemira, la llamada línea Johnson, que lleva el nombre del británico que cartografió la zona, los chinos ni siquiera fueron informados. Según esa demarcación, Aksai Chin se consideraba parte de Cachemira. No obstante, en la década de 1890, China empezó a mostrar interés por Aksai Chin y, dado que los británicos no tenían ni un solo representante en esa escasamente habitada e inaccesible región montañosa, en Calcuta se concluyó que podría ser práctico dejar que los chinos tomaran el control. El miedo a la expansión rusa fue decisivo, los rusos en ese momento controlaban la mayor parte de Asia y se desplazaban furtivamente por la meseta del Pamir, peligrosamente cerca de la India británica. Por eso, en 1899, los británicos propusieron una nueva frontera en la que Aksai Chin formaba parte de China, la línea Macartney-MacDonald, llamada así en honor respectivamente de cónsul británico de Kasgar y del diplomático encargado de presentar la propuesta a los chinos. La respuesta de Pekín nunca llegó, y, durante la Primera Guerra Mundial, los británicos volvieron a la línea Johnson y la mantuvieron hasta su retirada de la India en 1947. Y así, Aksai Chin volvió a formar parte del estado federado de Jammu y Cachemira,

que a su vez formaba parte de la India.

Las autoridades pakistaníes accedieron en 1962 a ceder territorios a China de acuerdo con la fronteriza línea Macartney-MacDonald, pero las autoridades indias afirmaron con contundencia que Aksai Chin había sido siempre de la India y seguiría siéndolo para toda la eternidad, aunque apenas ningún indio hubiera pisado jamás su suelo. Además, los chinos no estaban contentos con la línea McMahon, la frontera británica de 890 kilómetros que los británicos habían trazado en el Himalaya oriental, en la recóndita zona montañosa entre Bután y Myanmar. Especialmente molestos se mostraron acerca de que la demarcación fronteriza se hubiera realizado por acuerdo directo con los tibetanos, sin ni siquiera haberles pedido consejo a ellos. Pero también en ese punto los indios fueron inamovibles.

La China de Mao en 1962 era un Estado mucho más fuerte y autoafirmado que el que los militares británicos habían conocido durante la inestable dinastía Qing a finales del siglo XIX. En 1950, soldados chinos invadieron el Tíbet y unos años después empezó la construcción de una carretera que lo conectaría con Sinkiang por el oeste. Partes de esta atravesaban Aksai Chin, al sur de la línea Johnson. Esa carretera, de la que los indios no tuvieron noticia hasta que apareció en el mapa chino, fue la causa directa de la guerra de 1962.

El 20 de octubre, en plena crisis de los misiles en Cuba, los chinos atacaron la frontera india por el este y por el oeste. A los indios les cogió totalmente por sorpresa, y, dado que la Unión Soviética tenía más que suficiente con hacer frente a la aguda crisis en el Caribe, la India tuvo que valerse por sí misma, sin la ayuda de sus aliados. La mayoría de los combates se libraron a cuatro y cinco mil metros de altitud, bajo unas condiciones muy duras. Más de tres mil soldados indios perdieron la vida en una guerra que duro solo un mes, muchos murieron debido a congelaciones y no en combate.

El 21 de noviembre, los chinos declararon unilateralmente una tregua de paz. Anunciaron que aceptaban que la «ilegal» línea McMahon permaneciera intacta en el este a cambio de que Aksai Chin pasara a ser del dominio chino, por detrás de la línea que ha recibido el nombre de Line of Actual Control (línea de control real) y que es la frontera *de facto* en la actualidad. Ni en el noreste ni en el noroeste, la frontera ha sido ratificada por ninguna de las dos partes, pero ha permanecido intacta desde 1962. China y la India no han entrado en guerra después.*

En cambio, India y Pakistán sí.

En 1965, tres años después de que la India hubiera perdido Aksai Chin en favor de China, Pakistán envió veinte mil soldados a Jammu y Cachemira a través de la frontera. Iban disfrazados de rebeldes cachemiros y el plan era incitar a la población a sublevarse contra la India, pero fueron desenmascarados enseguida. India respondió al agravio con un ataque militar a gran escala en Pakistán Occidental. Tras una intensa mediación de Estados Unidos y la Unión Soviética, las partes llegaron a un acuerdo de tregua de paz. La guerra duró solo diecisiete días, pero segó la vida de seis mil personas. Cambiaron de lado unos cuantos kilómetros cuadrados, pero la mayor parte de la línea de control permaneció igual que antes.

La guerra de 1971 es la única guerra entre Pakistán y la India que no ha versado sobre Cachemira. Llegados a ese punto, ya hacía tiempo que el descontento bullía soterrado en Pakistán Oriental y un movimiento independentista secular acababa de ver la luz. Las autoridades pakistaníes hicieron todo lo posible para destruirlo utilizando todos los medios a su alcance. En los meses siguientes a la creación de dicho movimiento, cientos de miles de personas fueron asesinadas y varios millones de hindúes cruzaron la frontera para huir a la India. A finales de año, la India intervino en el conflicto y, el 16 de diciembre, el ejército pakistaní capituló en el

Pakistán Oriental. De un plumazo, Pakistán perdió más de la mitad de su población cuando el Estado de Bangladesh fue un hecho.

Durante esa corta pero intensa guerra, también hubo combates en Cachemira, entonces la India había ocupado algunos territorios del lado pakistaní. Cuando terminó la guerra, Pakistán recuperó la mayoría de esos territorios, pero los indios conservaron un par de zonas estratégicas en la frontera noroeste.

En el consiguiente acuerdo de paz pactado entre la India y Pakistán, las partes prometieron que a partir de entonces respetarían la línea de control y no intentarían modificarla. Las autoridades pakistaníes mantuvieron su palabra durante casi treinta años. El 3 de mayo de 1999, soldados pakistaníes cruzaron la línea de control junto a la ciudad fronteriza de Kargil, en el norte de Cachemira. De nuevo intentaron el viejo truco de disfrazarse de rebeldes cachemiros, pero también esa vez les salió mal. La corta guerra que desencadenó terminó con otra humillante derrota de Pakistán. Una vez más, hombres jóvenes se habían jugado la vida en un intento de hacerse con el control de la frontera, sin otro resultado que una tumba prematura.

En **Kargil**, **2.676 m s. n. m.**, los atascos de tráfico se habían convertido en algo habitual. Nadie salía del embotellamiento a pesar de los enérgicos bocinazos de los chóferes. A la ciudad pequeña y árida la rodea el Himalaya por los cuatro costados, quedando enmarcada por escarpadas montañas ocres. Algunas de sus viviendas eran de anodino cemento, pero la mayoría estaban construidas con una mezcla de muros de piedra, adobe y madera, muchas parecía que iban a derrumbarse de un momento a otro. Las mujeres llevaban velo y abrigos largos, pero casi ninguna llevaba el rostro cubierto, lo que había sido una imagen cotidiana en Srinagar y en Pakistán. Me registré en el hotel y me pasé por el Roots Café, que no era el único café de la ciudad, pero sí la única agencia de viajes. En una oficina pequeña debajo del mismo café, había un

joven regordete sentado frente a una pantalla de ordenador. Comprendí enseguida que era el que regentaba tanto el café como la agencia de viajes y le pregunté si era posible reservar una visita guiada a la ciudad como anunciaban en su página web.

Se pensó un poco la respuesta.

—La verdad es que hemos dejado de hacer visitas guiadas a la ciudad —dijo finalmente—. No hay nada que ver aquí. Todo lo antiguo está destruido.

—¿Y el caravasar? —le pregunté—. Se nombra como uno de los lugares de más interés de la ciudad.

—Por desgracia, el caravasar se encuentra en tan mal estado que no es recomendable visitarlo —dijo—. ¡Pero puede visitar el Museo Centroasiático! —añadió para ayudarme—. Lo lleva la misma familia que es propietaria del caravasar.

El museo estaba situado más arriba del permanente colapso circulatorio, en una zona residencial. La puerta estaba abierta, pero no había nadie dentro, ni siquiera el vendedor de entradas. Las salas estaban llenas de objetos de muchos colores. Sillas de montar de Kirguistán, sombreros puntiagudos y frescos budistas del Tíbet con muchísimos detalles, joyas, telas de seda de Sinkiang y alfombras artesanas de Bujará, todo evidenciaba que Kargil había sido desde hacía bien poco un centro himalayo de la ruta comercial entre el Tíbet, Kasgar y Asia Central. La colección también exhibía pastillas de jabón, medicinas americanas en botellas marrones, lámparas de aceite y cepillos de dientes, todo ellos productos occidentales de lujo traídos a la ciudad desde el puerto de Bombay por las tradicionales rutas de las caravanas.

—Todo lo que ves perteneció a mi abuelo —sonó una voz de hombre detrás de mí.

Yo di un respingo y vi a un hombre de mediana edad con ojos rasgados y un cuidado bigote pequeño. Se presentó como Gulzar Hussain Munshi.

—Mi abuelo, Munshi Aziz Bhat, fundó el caravasar en 1920 —me contó—. Él nació en 1866, en Leh, la capital de Ladakh, y facilitaba el viaje a los comerciantes de las rutas de las caravanas. Dado que era uno de los pocos que hablaba inglés en esa época, fue una persona prominente de Ladakh y solía codearse con príncipes, oficiales e incluso con el mismísimo marajá. En realidad, mi abuelo fue el secretario oficial del marajá aquí arriba. Todo aquel que deseara tratar un asunto con él tenía que recurrir a mi abuelo, que luego le escribía una carta oficial en nombre del interesado o interesada. Mi abuelo murió en 1948, poco después de la división de la India. Fueron tiempos difíciles para nuestra familia. El comercio tuvo un final abrupto y nuestra familia se quedó sin trabajo durante varios años.

Con la división de India y Pakistán, las viejas rutas de las caravanas, que se remontaban a siglos de antigüedad, quedaron interrumpidas de golpe. Solo hay unos 120 o 130 kilómetros de Kargil a Skardu, esta última ciudad está ahora en el lado pakistaní de la línea de control. Desde Skardu, las rutas de caravanas habían atravesado las montañas hacia Kasgar y Asia Central, pero de repente fue imposible viajar de Kargil a la ciudad vecina. Cuando en 1950 los chinos ocuparon el Tíbet, esa ruta comercial también fue cortada de raíz.

—En invierno, las carreteras que llegan a Srinagar y a Leh están cerradas —me contó Gulzar—. Así que el avión es la única forma de salir y entrar en Kargil. Fuera de eso, quedamos totalmente aislados.

—¿Estuviste aquí durante la guerra? —le pregunté.

—Sí, estuve aquí durante el bombardeo. Empezó a las dos de la tarde y duró hasta las cinco. En realidad, los pakistaníes no apuntaban a Kargil; los objetivos eran el depósito de armas y el campamento militar contiguo a la ciudad, pero muchos proyectiles y esquirlas de metralla impactaron también en Kargil. Unas cincuenta personas fueron asesinadas esa tarde. Tanto el hospital

como la escuela fueron bombardeados, había cadáveres por las calles. Todo aquel que pudo huyó esa misma noche y Kargil se convirtió en una ciudad fantasma. Mi familia y yo estuvimos apartados de nuestra ciudad durante seis meses hasta que la guerra terminó.

—Muchas de las personas con las que he hablado desean la independencia de Cachemira —le dije—. ¿Tú qué prefieres? ¿Independencia, Pakistán o India?

—India —respondió él sin vacilar—. Aquí en Kargil somos musulmanes chiitas. Para nosotros, la India es más seguro.

A través de un conocido de Mir Saqib y Sohail, los fabricantes de agua mineral de Srinagar, había obtenido yo el número de teléfono de Anayat Ali Shotopa, un periodista local que trabajaba para la emisora de radio Air Kargil. Cuando lo llamé y me presenté, dejó todo lo que tenía entre manos y corrió al hotel para reunirse conmigo.

—Teníamos invitados para el almuerzo, pero les dije que esto era más importante —me contó sin aliento—. Se ha escrito tan poco sobre Kargil. Es un capítulo totalmente en blanco.

Anayat habló de un tirón, era la ayuda personificada. Tenía treinta y cuatro años y ya había echado una barriga incipiente de la que quería deshacerse.

—Pero es que no tengo ocasión de moverme con ese maldito trabajo —se quejó—. Todo es siempre tan urgente que no queda otra que lanzarse al coche.

Y nos lanzamos a un coche con rumbo a la vieja frontera pakistaní. Mientras estábamos atrapados en el eterno atasco de tráfico, Anayat me habló de la guerra de 1999:

—Yo tenía catorce o quince años e iba de la escuela a casa cuando empezó el bombardeo. ¡De pronto, escuché una explosión justo a mi lado! Me eché al suelo como nos habían enseñado en la escuela. En realidad, todo era bastante interesante y divertido, una

experiencia totalmente nueva, pero entonces una mujer vino hacia mí llorando. Yo la consolé. Impactó otro proyectil, una nueva explosión. Me tiré al suelo otra vez y vi a un hombre de unos treinta años que sangraba por la nariz y lloraba. Recuerdo que esa imagen me impactó mucho porque nunca había visto llorar a un hombre, ¡no sabía que eso fuera posible! Poco después me cruce con un hombre mayor que conocía de antes y él me acompañó a casa. Al llegar, mi madre lloró, me abrazó y no quería soltarme.

El tráfico fue mejorando poco a poco y finalmente salimos del centro. El chófer se desvió por una carretera estrecha que subía por una empinada ladera.

En un tenderete de té, armado de forma casera, que ofrecía alquiler de prismáticos, Anayat propuso hacer una parada y saltó del coche.

—¿Ves la casa blanca de allí? —Señaló un pequeño edificio blanco que estaba a unos cientos de metros en línea recta.

Asentí con la cabeza.

—Se considera un lugar sagrado para los musulmanes. Pero no podemos ir. Está en Pakistán.

Un poco más allá del edificio sagrado, divisamos pequeños grupos de humildes casas apiñadas. Las escarpadas montañas de tonalidad marrón rojizo se adentraban en el valle sin impedimentos allí donde cambiaban de nacionalidad. Un camino de tierra bordeaba el río, era el viejo camino que llevaba a Skardu.

—El camino no atraviesa ningún puerto de montaña, así que podría estar abierto todo el año, sin embargo, ha estado cerrado veranos e inviernos durante cerca de setenta años —dijo Anayat—. En realidad, estamos en lo que antes era territorio pakistaní —añadió—. Hasta la guerra de 1971, la frontera pasaba justo por donde estamos ahora.

Miré hacia donde me indicaba y divisé unos muros de piedra de poca altura en la ladera. Del cuartel fronterizo pakistaní solo

quedaban los cimientos. Un pequeño letrero advertía de que la zona todavía estaba sembrada de minas.

—De vez en cuando algún animal vuela en pedazos —aclaró Anayat.

Subimos al coche de nuevo y pocos minutos después estábamos en un pueblo abandonado. Casas cuadradas de poca altura, construidas con adobe, se apiñaban unas encima de las otras; muchas estaban medio derruidas.

Los habitantes del pueblo fueron desplazados en 1971 —me contó Anayat al bajar la pendiente. Cruzamos el riachuelo y subimos hasta una de las primeras casas de la ladera. Él sabía dónde estaba la llave y la abrió.

—Se ha construido una especie de museo aquí —dijo al entrar.

El techo era bajo. Pequeños tragaluces dejaban entrar regueros de luz, en el techo había un agujero para el humo del hogar. Había joyas vistosas y pendientes expuestos en las vitrinas de cristal; la familia que vivió allí debió de ser acomodada. ¿Por qué no se habían llevado las joyas cuando se fueron? Los utensilios eran intemporales: una cazuela de hierro, dos vasijas de cerámica, una guadaña, una carda. El pueblo podría muy bien haber sido desalojado cien años antes.

En una de las paredes colgaba una copia de una carta: «¿Cómo estáis? Escríbeme y cuéntame cosas de la familia y de tus hijos. He mandado muchas cartas a todos los de aquí. No he tenido respuesta de nadie. Si por mi parte he hecho algo malo, pido perdón de todo corazón. [...] Sé amable y escríbeme pronto; espero tu respuesta...».

Tras la guerra de 1971 entre la India y Pakistán, la India conservó, como ya se ha mencionado, un par de zonas estratégicas del lado pakistaní de la línea de control. El pueblo de Hundarman fue uno de ellos. Algunos de los habitantes fueron a parar al lado pakistaní, mientras que los restantes, con el tiempo, se trasladaron al poblado de Upper Hundarman y abandonaron Lower

Hundarman, que ha quedado como una cápsula del tiempo.

Seguimos en coche hasta Upper Hundarman, a unos kilómetros más arriba. El poblado consistía en sencillas casas bajas de adobe, igual que las de Lower Hundarman, pero aquí había coladas de ropa de colores colgadas secándose, cabras y gallinas que correteaban alrededor de las casas y mujeres que nos miraban tímidamente al pasar desde las ventanas y los umbrales de las puertas. Sentado en una alfombra, delante de una humilde casa, había un hombrecito con una larga barba blanca que contemplaba el pueblo. Había perdido la mayor parte de sus dientes y tenía toda la piel cubierta de arrugas y surcos profundos, pero su cuerpo era flexible y ágil. Se llamaba Haji Hassan y dijo que tenía ochenta años, pero Anayat, que traducía al inglés, dijo que debía de ser más mayor.

—¡He vivido cuatro guerras! —gritó Hassan y gesticuló entusiasmado con los brazos—. La de 1947, la de 1965, la de 1971 y la de 1999. ¡He visto todas estas guerras! ¡También he vivido las expediciones de la Compañía de las Indias Orientales, el gobierno de los Dogras, la división y después Pakistán y ahora la India!

Me miraba con sus ojos pequeños pero luminosos.

—¿Eres británica? —me preguntó con curiosidad.

Negué con la cabeza.

—Pareces británica, pero, claro, ¡como todas las personas blancas que yo he conocido eran británicas! —Haji Hassan se rio tanto que su cuerpecito se estremeció—. ¡Yo nací aquí, en este pueblo! ¡Entonces Pakistán no existía, ni tampoco la India! ¡Gobernaban los Dogras! ¡No tenían policía ni ejército, sin embargo, era un gobierno autoritario! Al marajá le gustaba recaudar impuestos a la gente. ¡Muchos impuestos! En 1947, hubo guerra cerca del pueblo. ¡La frontera estaba justo allí abajo! A nuestro pueblo no lo tocaron porque el ejército se movía por carreteras y por aquel entonces nosotros no teníamos. ¡Ni carretera, ni escuela, no teníamos de nada! ¡En 1965 volvió la guerra! Ahí arriba, en aquella peña había

soldados. ¡Ahí arriba y ahí abajo! —Se inclinó flexible hacia delante y señaló primero hacia arriba del valle y después hacia abajo.

—¿Cómo era la vida bajo el dominio de Pakistán? —le pregunté.

—¡Vivíamos como ahora, solo que estábamos sometidos a Pakistán! —Se rio de nuevo, sus ojos de anciano chisporrotearon—. ¡Sin problemas! Entonces la ciudad más cercana era Skardu. ¡Íbamos muy a menudo! ¡Después, en 1971, vino otra guerra! —Hassan gesticuló con los brazos entusiasmado con la conversación —. Permanecimos en nuestras casas durante toda la contienda, porque precisamente aquí no hubo guerra. ¡Llegaron quinientos soldados! Eran buenos los soldados indios. ¡Su líder era musulmán! Después comprendimos que habíamos pasado a formar parte de la India. Cuando tuvimos sequía, el ejército indio nos dio comida. Ahora Modi ha cortado los subsidios para la alimentación, pero tenemos una buena relación con la India y con el ejército. Con el gobierno de la India hay desarrollo, con Pakistán, no. ¡Aparte de eso, no hay grandes diferencias!

—¿Quedaron muchas familias separadas en 1971? —le pregunté.

—Sí, muchas familias quedaron divididas. Algunas personas murieron incluso por el dolor de estar separadas de sus familiares, pero qué podíamos hacer. ¡Tuvimos que aceptar la situación tal cual! ¡El hermano de mi mujer vive en Pakistán! Mi mujer y mis hijos lloraban mucho por eso...

—¡Un tío por parte de madre es muy especial! —interrumpió Anayat—. Los hermanos de la madre se consideran muy importantes en nuestra cultura.

—¿Has tenido varios hijos? —pregunté a Haji Hassan. Al presentarse me había dicho que tenía un hijo y cuatro nietos. Ahora hablaba de hijos en plural.

—¡Sí, seis en total! —respondió—. ¡Cinco hijos y una hija! ¡Murieron cinco! Uno murió cuando iba a décimo, en India. Otro tenía doce años. Y el otro era pequeño. La única hija que tuve

murió cuando tenía ocho años, y el otro hijo murió nada más nacer. Aquí no tenemos médico, ¡estamos tan aislados! ¡Mi mujer también murió! Hace mucho. ¡Seguramente hace más de diez años! Ahora solo quedó yo, ¡solo yo puedo contar estas historias! Hace diez años hice el peregrinaje a la Meca —añadió—. ¡También he estado en Siria, Irak, Irán y en Delhi! He trabajado toda mi vida como tejedor, albañil y porteador para el ejército. ¡En 1999 vino otra guerra! —gritó entusiasmado—. Todos los demás huyeron, pero nosotros los de Hundarman nos quedamos. Siempre apoyamos al ejército indio. El cielo se oscureció por completo, ¡tiraron tantas bombas y granadas! Cuando empezaban los bombardeos, buscábamos refugio en una cueva de abajo, en el pueblo viejo. ¡Al volver nunca sabíamos si encontraríamos nuestras casas en pie o no!

—Mira su casa —dijo Anayat y señaló todos los agujeros de bala en la pared de barro. Se tocaban unos a otros, casi dibujando una muestra intencionada. Toda la vida de Haji Hassan había transcurrido en esa casa, mientras los soberanos y las fronteras iban y venían y las guerras se sucedían unas a otras. Desde allí, desde aquella pequeña plaza de tierra apisonada de delante de su casa, Hassan había presenciado el teatro geopolítico en primera fila.

—¿Te da miedo que haya otra guerra? —le pregunté al final.

—Sí —dijo Haji Hassan—. Me preocupa por mis nietos. ¡Habrá otra guerra, puedes estar segura!

Un trecho al noreste de Kargil hay cuatro pueblos pequeños que también formaron parte de Pakistán hasta la guerra de 1971. Llegar hasta allí por el lado indio, hoy en día la única posibilidad, resultó ser una prolongada aventura. Desde Kargil tuvimos que conducir cinco horas en dirección sureste hasta Leh, la atractiva ciudad turística, después atravesar Khardung La, el elevado paso de montaña a 5.359 metros de altitud, y luego continuar hacia el noroeste, pasar por delante de gigantes estatuas de buda y pequeños monasterios humildes hasta llegar casi a la frontera pakistaní. La

carretera estaba en muy buen estado y abierta todo el año, porque conducía al glaciar Siachen de 70 kilómetros de longitud, el segundo más largo del mundo fuera de las zonas polares. En la actualidad, el glaciar es más bien conocido por ser el campo de batalla más caro y más alto del mundo. En el acuerdo de paz que se pactó tras la guerra de 1971, consta que la frontera se prolongaría en dirección norte hasta el glaciar Siachen, pero sin precisar cómo quedaría este dividido. Probablemente, los delegados de la ONU creyeron que en el glaciar había poco peligro de conflicto. Se equivocaron. En 1984, el ejército indio avanzó y ocupó todo el glaciar ante las mismísimas narices pakistaníes, que también tenían pensado ocupar aquel desierto de hielo. Los pakistaníes llegaron con una semana de retraso y fueron ahuyentados ladera abajo. Desde entonces y durante treinta años, soldados indios y pakistaníes han permanecido en casi las mismas posiciones custodiando celosamente el glaciar situado a más de 6.000 metros de altura. A intervalos irregulares ha habido refriegas y, a lo largo de los años, más de dos mil soldados han perdido la vida en el glaciar de Siachen; la mayoría de ellos víctimas sin duda de los avatares de la naturaleza.

Bien entrada la tarde llegamos a **Turtuk**, **3.001 m s. n. m.**, un pueblo de unos tres mil habitantes, diseminado por las laderas a ambos lados del río Shyok. El pueblo era prácticamente invisible desde la carretera; las grises casas bajas quedaban escondidas detrás de frondosos árboles: Turtuk se había abierto al turismo hacía pocos años, el pueblo está tan cerca de la línea de control que las autoridades habían preferido siempre tener el control total sobre quien osaba llegar hasta allí. En ese momento, ya habían aparecido cafés, restaurantes y una serie de hostales pequeños. Yo me alojé en el hostal que me recomendaron y pregunté a Salim, el joven anfitrión, si conocía a alguien del pueblo que tuviera familia en Pakistán.

—Todo el mundo tiene familia en Pakistán, yo también —respondió—. Pero deberías hablar con Muhammed Ali, al que hace poco le ha visitado su padre que vive en Pakistán.

—¿Hay alguien que hable inglés aquí y que me pueda ayudar a traducir? —le pregunté.

—Me temo que solamente yo —respondió Salim y me acompañó al otro lado del río donde Muhammed Ali vivía en una casa baja de adobe, en una estrecha callejuela, y llamó a la puerta. Al instante apareció él en el umbral. Encima de una túnica manchada, llevaba una chaqueta marrón de traje y un anorak. Tenía los labios cortados, el cabello gris, y un rostro delgado y alargado, lleno de arrugas profundas. No nos invitó a entrar, sino que nos hizo ademanes para que nos sentáramos en una losa de piedra un poco más allá de su casa.

—La casa está llena de niños —se quejó—. Es imposible hablar con tranquilidad.

Él hombre tenía cinco hijos y dos hijas. Salim le expuso mi cometido.

—En 1971, yo tenía tan solo cuatro años, o quizás cinco, posiblemente seis, no lo sé con exactitud, pero era pequeño, así que no recuerdo demasiadas cosas de esa época —dijo Muhammed.

Un burro y una vaca llegaron trotando hasta donde estábamos. La vaca se paró y nos miró vacilante, pero un hijo de Muhammed enseguida se la llevó a la cuadra.

—Tres días antes de que estallara la guerra, mis padres viajaron a la ciudad de Khaplu, situada a unos setenta kilómetros de aquí —contó él—. Mi madre sufría de dolor en las articulaciones y allí había aguas termales que le iban bien. Mientras ellos estaban en la ciudad estalló la guerra. Cuando terminó, Turtuk pasó a formar parte de la India. Mis padres se hallaban en el lado pakistaní de la frontera y no pudieron volver a casa. Los recuerdo solo por las fotografías. Mi tío y su mujer se ocuparon de mí y de mis dos

hermanos.

Muhammed carraspeó y miró a lo lejos con aire sombrío. Las palabras brotaban lentas, como si tuviera que tirar de ellas desde un lugar lejano.

—Unos años más tarde, supimos que mi madre había muerto. Entonces yo tenía nueve años. Nos enteramos de su muerte por una carta que mandaron a alguien del pueblo. Mi padre se volvió a casar en Pakistán y tuvo tres hijos, dos niños y una niña. Nunca los he visto. En 2014 me vi con mi padre por primera vez. Uno de mis hijos viajó hasta la frontera para traer aquí a su abuelo. Yo lo recibí en Leh.

Sonrió tímidamente, pero enseguida volvió a ponerse serio.

—Me alegró mucho encontrarme con mi padre, pero también me sentí triste al verle tan mayor. Se había convertido en un anciano de ochenta y seis años y barba blanca que se apoyaba en un bastón. Sabía que no podría quedarse más de tres meses. Pasados esos meses tendría que volver a Pakistán. Por eso me asaltaron sentimientos encontrados la primera vez que me reuní con mi padre.

—¿Debió de ser extraño encontrarte con tu padre después de tanto tiempo, durante el que tal vez solo hablabas con él por teléfono? —observé.

—No había hablado jamás con él —dijo él—. Aquí no llegó la línea telefónica hasta 2006, pero no sirvió de nada, porque no se puede llamar a Pakistán desde aquí.

Muhammed miró al suelo.

—Estoy enfadado con las autoridades fronterizas —dijo en voz baja—. A causa de unas líneas trazadas en el mapa no puedo verme con mi padre. De aquí a Skardu solo hay cuatro horas y media en coche, pero no se puede cruzar la línea de control. Toda mi vida ha estado marcada por la división de 1971. Si mi padre hubiera estado conmigo, podría haberme dado consejos cuando yo crecía y me

hacía mayor. Pero no he tenido a nadie en quien apoyarme. Mi vida ha sido difícil.

—¿Cuál es tu mayor deseo? —le pregunté.

—Deseo que exista un lugar en la frontera donde podamos encontrarnos con nuestros parientes, para que ni ellos tengan que venir aquí ni nosotros tener que viajar a Pakistán. Un lugar donde podamos vernos. Es mi único deseo.

—Espero que veas cumplido tu deseo —le dije y al momento me di cuenta de lo vacías que sonaron mis palabras. No porque no fueran sinceras, sino porque no creía que su deseo se cumpliera a pesar de ser tan modesto.

—Cuando mi padre se marchó, no toqué su cama durante tres meses —dijo Muhammed—. La conservé tal y como él la había dejado. Al marcharse me regaló esta chaqueta.

Señaló la chaqueta marrón de traje que llevaba debajo del anorak.

—La llevo todos los días, solo me la quito para dormir. No la he lavado nunca. No quiero que pierda el olor de mi padre.

Sobre dioses y hombres

Leh, **3.500 m s. n. m.**, era la Disneylandia del Himalaya. Tiendas de souvenirs y agencias de viaje muy pegadas unas a otras, parecía que estas últimas quisieran superarse mutuamente con anuncios clichés: *Mystic Ladakh Tour, Ladakh Exotic Tour, Authentic Ladakh Tour, Marvels of Ladakh, Ladakh: the last Shangri-La, Discover the Secrets of Ladakh*... Turistas con menos orientación espiritual podían dejarse tentar por ofertas de vuelos en parapente y excursiones en moto todoterreno con «descarga de adrenalina garantizada». Las tiendas de artículos de excursionismo, que eran muy numerosas, atraían a los clientes con copias baratísimas de todas las marcas más caras, mientras los cafés ofrecían tortitas de plátano, batidos, pizza, espaguetis y «café auténtico». En cada esquina había una «panadería alemana», una segura señal de haber llegado a la meca turística del Himalaya. La calle comercial estaba atestada de extranjeros, muchos de ellos tan deportivos que incluso, también en la ciudad, iban con bastones de caminar y las últimas novedades en ropa para senderismo. Los amantes de la naturaleza, la contrapartida antimaterialista, que también eran numerosos, iban arrastrando los pies con ropa holgada de colores chillones y una sonrisa feliz en sus labios occidentales. Sus rastas apenas habían visto el agua y el jabón desde que sellaron su pasaporte de entrada a la India.

Hasta hace poco la ciudad de Leh estuvo reservada a los aventureros más tenaces y audaces. La capital de Ladakh está encajonada entre el Karakórum y las montañas del Himalaya, justo al sur de la controvertida región de Aksai Chin y la igual de

controvertida frontera china. Culturalmente Ladakh está muy vinculada al Tíbet, pero políticamente está gobernada ahora por la India. La región de Ladakh, llamada Pequeño Tíbet, ha formado parte de la India desde el siglo XIX, pero los habitantes de este rincón del Himalaya, en general, han tenido más contacto con sus vecinos tibetanos que con los gobiernos de la India. A causa de su estratégica situación geográfica, cruce de caminos entre el Tíbet y Sinkiang al norte, Baltistán en Pakistán Norte al oeste, y Cachemira al sur, Leh fue un importante centro para las caravanas comerciales himalayas. Desde Leh se exportaban productos locales como lana, sal y orejones de melocotón junto a mercancías indias como algodón, perlas, especias, arroz, azúcar y tabaco. El dinero era una rareza por esos lares; casi siempre se intercambiaban unas mercancías por otras.

Tras la división de la India y Pakistán en 1947 y la ocupación china del Tíbet en 1950, la región de Ladakh quedó cultural y geográficamente aislada. Para personas como yo y otros extranjeros que en Leh nos deleitamos con cerveza y capuchinos en cafés con vistas, el mundo se ha vuelto más accesible que nunca estos diez últimos años gracias a billetes de avión baratos y pasaportes que brindan acceso a casi todas partes. En cambio, para la población local que durante siglos ha cruzado valles y montañas con el fin de intercambiar productos, el mundo ha empequeñecido y se ha llenado de barreras, a pesar de que las carreteras y las posibilidades de transporte nunca han sido mejores.

Hoy en día, es casi demasiado sencillo llegar a Leh. Antes de que la carretera estuviera terminada allá por 1950, el viaje de Srinagar a Leh duraba más de dos semanas. Ahora, en coche, puede hacerse en un día o en unas horas en avión. El mal de montaña es un efecto secundario de los medios de transporte modernos, porque Leh está a 3.500 metros por encima del nivel del mar, casi a la misma altura que Lhasa, la capital del Tíbet. Aunque yo había viajado más

despacio que la mayoría, la altura me golpeaba la sien todo el tiempo, jadeaba con el más mínimo esfuerzo. Tras haber paseado una hora por las concurridas calles comerciales, di media vuelta; la cama del hotel me llamaba.

En la recepción había una niña francesa con una gran máscara de oxígeno que le cubría la cara. Tenía marcas en las mejillas de haber llorado y la madre la abrazaba y le aconsejaba que respirara honda y pausadamente. En el jardín del hotel me crucé con un sueco alto y musculoso. Su pelo blanco le llegaba hasta los hombros y llevaba una camiseta con un número de corredor de la maratón de Ladakh. Se encaminó hacia una mesa al sol con el cuerpo dolorido y se dejó caer con un suspiro.

—¡Demonios, es la maratón más dura que he corrido! —exclamó —. Todavía más que la de la Antártida.

—Debido a la altura —supuse yo.

—No, no, estaba aclimatado, ¡solo que es tan accidentado! Los últimos cinco kilómetros han sido cuesta arriba. Nadie corría en el último tramo, todo el mundo caminaba. Algunos gateaban.

El sueco se llamaba Håkan Jonsson, tenía sesenta y ocho años y era radiólogo, pero pasaba la mayor parte del tiempo corriendo maratones en lugares singulares con el fin de recaudar dinero para combatir la mortalidad infantil en Sudáfrica.

—¿Tienes alguna información sobre otros lugares en los que pueda correr una maratón? —me preguntó y tomó un sorbo de la lata de cerveza—. Ya he corrido en todos los continentes. Hay un programa según el cual en una semana puedes correr maratones en todos los continentes, pero creo que debe ser bastante duro.

Me invitó a sentarme a su mesa y estuvimos hablando de todo y nada. Le conté mis últimos viajes, y cuando le nombré Mongolia, se le iluminó la cara.

Siempre he deseado viajar a Mongolia —dijo.

—Puede que haya una maratón allí —propuse.

Håkan ya estaba consultando Google.

—Sí que la hay, pero es en invierno —dijo decepcionado—. Después de haber corrido maratones tanto en el Polo Sur como en el Polo Norte, creo que no iré a Mongolia para correr sobre el hielo y la nieve. Es endiabladamente duro correr por la nieve.

No encontré ninguna razón para contradecirle.

El palacio de Leh está situado en una loma con vistas al centro. El imponente edificio es de madera, piedra y adobe; tiene nueve pisos de altura y recuerda llamativamente al palacio de Potala en Lhasa cuya construcción acabó más o menos en el mismo periodo. El edificio se construyó en el siglo XVII bajo el reinado de Sengge Namgyal, conocido como el Rey León. Él era hijo de una princesa musulmana de la vecina región de Baltistán, situada en el oeste, pero era un devoto budista y, durante su reinado, hizo construir y restaurar monasterios por todo el reino. Sus descendientes vivieron en el palacio durante más de doscientos años, hasta que Ladakh fue anexionado por los sijs en 1834 y la familia real de la región fue expulsada. Desde entonces nunca han vuelto a ocuparlo.

Desde lo más alto había vistas panorámicas a la ciudad y a las montañas azuladas que la circundaban. Era sorprendente lo pequeña que parecía desde allí; las concurridas calles parecían colillas.

A unos kilómetros de Leh se encuentra el monasterio de Hemis, uno de los que recuperó su antiguo esplendor durante el reinado del Rey León. En la actualidad, es uno de los más grandes y ricos de la región. Igual que tantos otros antes, yo también hice la excursión en busca del secreto testamento de Jesús, aunque sin grandes esperanzas de encontrarlo.

En 1894, cinco años antes que el autoproclamado profeta Mirza Ghulam Ahmad lanzara la teoría de que Jesús no murió en la cruz, sino que está enterrado en Srinagar, vio la luz el libro *La vie inconnue de Jésus-Christ en Inde et au Tibet* («La vida desconocida de

Jesús en India y el Tíbet»). El autor era el aventurero ruso Nicolái Notovich, y cuenta que cuando viajó a Ladakh, unos años antes, había encontrado un libro secreto amarillento en el monasterio de Hemis que describía cómo Jesús o Issa, tal y como le llamaban los budistas, había viajado por la India de joven y había estudiado hinduismo y budismo. En un principio, el abad se había mostrado reticente a mostrarle el libro, afirma Notovich, porque este era solo accesible a los lamas más excelsos. Sin embargo, en el camino de vuelta a Leh, Notovich se fracturó el pie y tuvo que quedarse en el monasterio tres días con el objetivo de recuperarse. Para hacerle llevadera la convalecencia, el abad sacó la biografía de Issa y se la leyó en voz alta. Milagrosamente, durante esa corta estancia en el monasterio, él consiguió escribir la traducción cuya totalidad está reproducida en su libro, haciendo énfasis sobre todo en los años que Issa pasó en la India. Ya en el capítulo cuarto, el Jesús de catorce años pone rumbo al este: «En secreto, Issa abandonó la casa de sus padres, se fue de Jerusalén y se unió a un grupo de comerciantes que se dirigía a Sindh. Su intención era perfeccionar sus conocimientos acerca de la palabra de Dios y estudiar a los grandes budistas».

Según Notovich, los quince años siguientes, Jesús viaja por toda la India, aprende su lengua y sus costumbres e intenta convencer a los budistas y brahmanes que se va encontrando de que solo existe un único Dios, eterno e indivisible. Después vuelve a casa, a Palestina, y es crucificado.

Durante la expedición, Notovich tomó una serie de fotografías, dice en el largo prólogo del libro, pero al volver a las tierras bajas se dio cuenta con espanto de que todos los negativos se habían estropeado. Eso no fue un impedimento para que el libro causara sensación. De la primera edición francesa se imprimieron once tiradas. *The New York Times* dio gran publicidad a la noticia de las asombrosas escrituras del monasterio. No obstante, muy pronto

empezaron a surgir dudas acerca del grado de veracidad que contenían las increíbles historias de Notovich. Los críticos más amables opinaron que los lamas de Ladakh debieron de divertirse contando historias fabuladas a un ingenuo viajero occidental, pero un par de investigadores se tomaron la molestia de contactar con el abad del monasterio de Hemis y este les informó de que los últimos quince años no habían tenido visita de ningún europeo y descalificó el libro afirmando que era pura falsedad. La teoría que sostiene que Jesús pasó gran parte de su vida adulta en la India ha sobrevivido a pesar de todo, y de vez en cuando se publican libros que argumentan que Jesús viajó por toda la India durante los misteriosos años de los que la Biblia no habla. La idea de que vivía en casa de sus padres y aprendía el oficio de carpintero es innegablemente menos atractiva.

El edificio del monasterio era grande y estaba bien cuidado; pintado de color rojo y blanco, formaba un estricto rectángulo alrededor de un espacio abierto. El patio estaba lleno de monjes jóvenes y, en una esquina, había un grupo de mujeres con vestidos negros de lana que estaban enfrascadas en una conversación. Yo me encaminé a la copiosa librería, pero el libro de Notovich no aparecía entre las publicaciones sobre el dalái lama y la filosofía budista.

—¿Tiene usted el libro de Notovich? —le pregunté al monje que estaba en la caja. Él negó con la cabeza. Nunca había oído nada sobre un tal Notovich. Volví al patio del monasterio y pregunté a uno de los monjes que charlaba sentado a la sombra si le sonaba el nombre de Notovich. Contestó que no. A decir verdad, ya me había hecho a la idea de no hallar a nadie que pudiera echarme una mano, pero le pregunté a un tercero, un monje alto, delgado y de unos treinta años, si por casualidad había oído hablar del aventurero ruso.

—Sí, por supuesto que he oído hablar de Notovich —respondió el

monje—. También tengo su libro.

—¿Es verdad lo que cuenta en él? —le pregunté.

—Naturalmente, todo lo que dice es verdad —respondió el monje —. No eres la primera que lo pregunta. Durante años han venido muchos rusos queriendo saber sobre Jesús y Notovich, por eso un día le pregunté a mi maestro, el abad, si era verdad realmente que Jesús vivió aquí. Él me contestó: «Naturalmente que es cierto». Jesús meditó en la misma cueva que Padmasambhava, en la montaña más arriba del monasterio. Por supuesto, en esos tiempos no existía monasterio alguno aquí, pero entonces ya era un lugar sagrado. Tú misma puedes subir a la cueva si lo deseas.

—¿Así que el manuscrito sobre la vida de Jesús está aquí en el monasterio?

—Sí, en la biblioteca.

—¿Lo has visto con tus propios ojos?

—No, solo el abad tiene permiso para verlo.

—¿Es posible hablar con el abad?

—Está en el Tíbet, será difícil.

—Pronto iré allí —dije—. ¿Quizás pueda reunirme con él?

—Puedes intentarlo, pero seguramente te será difícil —repitió el monje—. Las autoridades chinas vigilan mucho a los turistas.

—¿Has leído el libro de Notovich?

—No, por desgracia no —respondió—. La versión que tengo está escrita en ruso.

—Muchos miembros de la Iglesia están en desacuerdo con lo que dice ese libro, y en la Biblia no consta que Jesús hubiera estado en la India —argumenté.

—También tenemos la Biblia en la biblioteca —dijo el monje—. Tenemos toda clase de libros religiosos. Por otra parte, hay muchos que afirman que sí que estuvo aquí. ¿Has intentado googlear sobre el tema? Si haces una búsqueda, obtendrás muchos resultados sobre la estancia de Jesús en la India. De todos modos, para mí tiene

mucho peso que mi maestro me lo haya confirmado. Si él no me hubiera dicho que es cierto, yo no te lo diría a ti; pero dado que a mí él me ha dicho que es verdad, puedo afirmar que es cierto. Jesús estuvo aquí.

Abandoné el monasterio con sentimiento de perplejidad. No me esperaba que me confirmaran la teoría de Notovich. Aparte del abad, con el que no pude hablar, nadie más había visto el manuscrito con sus propios ojos. Lo único que existía era la dudosa traducción hecha a toda prisa del desprestigiado explorador ruso. No obstante, el mito sigue teniendo la misma fuerza, al igual que el otro mito acerca de que Jesús está enterrado en Srinagar. Todo el Himalaya está repleto de esa clase de mitos, no solo sobre el Salvador de los cristianos, sino sobre lamas que levitan, el abominable hombre de las nieves y recónditos valles paradisiacos cuyos habitantes viven felices y en armonía, sin verse aquejados por debilidades terrenales como la vejez y la enfermedad.

La idea occidental de que las enigmáticas e inaccesibles montañas cubiertas de hielo de Asia deben contener secretos profundos, magia y personas con conocimientos muy especiales se remonta a muy atrás en el tiempo y se ha visto reforzada por lo cerrados que han estado los reinos himalayos: hasta mediados del siglo pasado, sobre todo Nepal, Bután y el Tíbet han estado prácticamente cerrados a cal y canto para los extranjeros. Por supuesto, esta circunstancia tuvo un efecto estimulante para curtidos exploradores: Lhasa se convirtió en la meta absoluta. El Tíbet se convirtió en esa mancha blanca en el mapa, el país de los cuentos al este del sol y al oeste de la luna, un castillo Soria Moria.* Hasta el siglo XX, aventureros occidentales expusieron su vida en peligrosos intentos para entrar en Lhasa. Se disfrazaban de monjes mendigos y de comerciantes y caminaban por la tibetana meseta devastada por las fuerzas de la naturaleza. Apenas ninguno tuvo éxito, pero los pocos que lo consiguieron se aseguraron ingresos para el resto de sus vidas con la

venta de sus libros y giras para dar conferencias.

No necesariamente había que sufrir congelaciones a seis mil metros de altitud, con rozaduras ensangrentadas, y tener que alimentarse con carne seca de yak para surfear por la ola tibetana. Tan insaciable era el público occidental que devoraba prácticamente cualquier cosa a su alcance.

En 1956, se publicó en Inglaterra *El tercer ojo,* un libro en el que su autor, un lama de nombre T. Lobsang Rampa, cuenta su infancia en el Tíbet. Él nació en el seno de una familia rica, escribe, y a los siete años lo enviaron a un monasterio. La vida allí era dura, pero muy temprano mostró habilidades excepcionales. En el libro cuenta con detalle la operación que los ancianos lamas le practicaron un día, le perforaron un pequeño agujero en mitad de los ojos y así le abrieron el tercer ojo. El libro se convirtió enseguida en un éxito de ventas.

Heinrich Harrer, escalador austriaco y uno de los pocos que habían estado en el Tíbet en la época, tenía serias dudas acerca del grado de veracidad de la historia de T. Lobsang Rampa. Él mismo había pasado siete años en el Tíbet tras huir por las montañas del cautiverio indio-británico en 1944, y se convirtió en uno de los confidentes más estrecho del dalái lama. Harrer contrató a un detective privado para que investigara el caso y este concluyó que Rampa en realidad se llamaba Cyril Henry Hoskin y era un fontanero jubilado de la costa sur de Inglaterra. Hoskin no había estado nunca en el Tíbet, ni siquiera tenía pasaporte, y no sabía ni una palabra de tibetano. En su tercer libro, *Historia de Rampa,* el fontanero da una explicación de cómo todo encajaba: un día subió a un árbol para fotografiar un búho. Se cayó, se desmayó y cuando volvió en sí, vio un monje budista que se le acercaba. El monje era T. Lobsang Rampa, su cuerpo estaba agotado tras padecer muchos suplicios inhumanos. Por eso, deseaba apoderarse del cuerpo de Hoskin, y este, que no había hechos grandes cosas en la vida, aceptó

generosamente que el alma del lama habitara en su cuerpo.

Rampa, a través del fontanero, escribió diecisiete libros más y todos se convirtieron en éxitos de ventas. *El tercer ojo* es en la actualidad el libro sobre el Tíbet más vendido de la historia de Gran Bretaña.

Un minibús atestado de gente me transportó en dirección sur hasta Manali, la ciudad vacacional del estado de Himachal Pradesh. Cuando partimos de la estación de autobuses de Leh, se estaba poniendo el sol y muy pronto nos envolvió la oscuridad. La tarde se hizo noche y yo me congelaba en el asiento. Tuvimos que atravesar dos puertos de montaña; el minibús daba bandazos y sacudidas por la estrecha carretera embarrada y llena de curvas. Probablemente era uno de los trayectos más impresionantes de la India y lo mismo se puede decir del paisaje. Pero yo solo me percaté de las cunetas iluminadas por los vehículos que venían de cara. El chófer tuvo la música a pleno volumen toda la noche, una mezcla ecléctica de música pop india y música budista para la meditación. Me puse tapones en los oídos, me abroché la chaqueta hasta arriba y me subí la capucha. De vez en cuando dormitaba y desaparecía, pero paramos todavía en otro puesto de control, el chófer encendió la luz y otra vez me exigió una copia de mi pasaporte. Antes de volver a dormirme, pensé en todos los viajeros occidentales que todavía se sienten atraídos por Oriente y por el Himalaya, en busca de paz espiritual, armonía y conocimientos espirituales, creyendo que no los pueden encontrar en casa. A grandes trazos, la literatura sobre el Himalaya puede dividirse en dos: los libros que hablan de los peligrosos intentos de escalar uno u otro pico y los que hablan de intentar entender las cimas y abismos del alma, especialmente los del propio autor.

Después me invadió el sueño surcado de imágenes de lamas

flotando, del abominable hombre de las nieves y de ariscos controladores de pasaportes que se superponían entre sí.

Me desperté cuando clareaba el día y descubrí que me hallaba en Suiza. Las empinadas montañas diseminadas por el valle ya no eran ocres y yermas, sino verdes, fértiles y repletas de bosque. La región de Kullu, que durante siglos fue un reino propio, obtuvo la primera conexión por carretera con el resto de la India después de 1947. Las mujeres llevaban la cabeza cubierta con pañuelos de colores vistosos y muchos hombres todavía usaban sombreros de fieltro redondos y con bordados. A juzgar por el atlas, en mi viaje al Himalaya visitaría cinco países en total, pero en realidad eran muchos más. Apenas entraba en otro valle ya me encontraba con nuevas vestimentas y estilos de construcción diferenciados, otros dioses e idiomas totalmente diferentes.

En **Manali**, **2.050 m s. n. m.**, había todavía más hoteles que en Leh. La mayoría pensados para turistas indios que iban a disfrutar de las montañas y de su aire puro y sano.

Y a fumar hachís.

Se dice que el mejor cánnabis del mundo se cultiva en **Malana**, **2.652 m s. n. m.**, un pueblo de montaña a unos 8 kilómetros de Manali. El chófer nunca había estado allí, o no habría aceptado hacer el viaje. La última hora condujo de subida por una pista estrecha y pedregosa que se adentraba en un abrupto valle; las piedras golpeaban y rascaban los bajos del coche. En varios lugares había habido grandes desprendimientos y el chófer tenía que maniobrar para sortear las rocas haciendo equilibrios por el otro extremo de la carretera con vistas despejadas al fondo de un burbujeante río.

—Un camino muy peligroso —dijo él con elocuencia. Era la primera vez que oía a un indio quejarse del estado de las carreteras.

El inicio del sendero que conducía hasta arriba del pueblo estaba señalado con un portal arqueado. Antes había que caminar durante

días para llegar a Malana, pero gracias a la nueva presa y a la temeraria pista correspondiente, ahora se tardaba una hora escasa. El sendero hasta el pueblo y los escalones eran de cemento. En la subida adelanté a tres turistas indios que resoplaban sentados en mitad de una curva. A la entrada del pueblo había un pequeño quiosco. El humo de hachís flotaba persistente sobre el puesto y el joven que despachaba.

—¿Quiere usted Malana Cream? —me preguntó sonriente mientras sostenía un pedazo de sólido hachís.

—No, gracias —dije amablemente.

—¿Y un almuerzo? ¿Un refresco? ¿Chocolate? Por cierto, ¿pasará la noche aquí? Porque si es así, conozco un pequeño hostal al final de pueblo. —Me miró con los ojos enrojecidos.

—No me voy a quedar —respondí—. ¿Es cierto que los habitantes de aquí son descendientes de los soldados de Alejandro Magno? —Había leído en internet todo lo que había sobre Malana y en todos los artículos y blogs se decía que los habitantes de Malana eran descendientes de los soldados del ejército de Alejandro Magno y por eso tenían tantas reglas particulares.

—¿Alejandro qué? —preguntó el vendedor confundido.

—Magno.

—No, no, no somos descendientes del Magno, lo somos de nuestro dios, Jamadagni Rishi.

Le di las gracias por la información y me adentré en el pueblo. Seguí el sendero que lo atravesaba con cuidado por miedo a dar un traspié. Desde fuera, Malana tenía el mismo aspecto que cualquier pueblo indio corriente, con casas de 2 o 3 metros de altura, construidas en piedra y troncos de madera, cubiertas con tejado de hojalata de colores alegres. Había mucha gente y, regularmente, me cruzaba con grupos de mujeres y hombres que charlaban, pero nadie correspondía a mi sonrisa. En una gran plataforma de madera que debía de ser para el baile, sonaba música pop india a todo

trapo. Un gran letrero amarillo informaba de que tocar el templo estaba castigado con una multa de 3.500 rupias.

Nadie se fijaba en mí. Era invisible. Experimenté una extraña sensación después de haber sido objeto de notoria atención durante los dos últimos meses. Las mujeres e incluso los niños se hacían a un lado irritados cuando me acercaba a ellos, por lo demás me hacían el vacío total. Puesto que antes me había informado muy bien, yo ya me lo esperaba, pero aun así me entristecía mucho. Me armé de valor y me acerqué a un grupo de hombres y les pregunté si alguno de ellos hablaba inglés, pero ni tan siquiera se dignaron responderme.

Me encontraba al borde del llanto cuando me crucé con los tres indios que había adelantado en la subida. Estaban comprando tres pastelitos con Malana Cream a un hombre de mediana edad. Me saludaron amablemente y les pregunté si podrían ayudarme a traducir. Dijeron que sí y les pedí que preguntaran al vendedor si podía hablarme de la cultura de Malana.

—No puedo contar muchas cosas del lugar, puesto que somos gente reservada y retraída —respondió el vendedor, que se llamaba Moti Ram y tenía cuarenta y un años.

Moti fue el primero del pueblo en terminar los doce años de escolaridad, supimos, y por eso gozaba de un gran respeto.

—Nosotros tenemos a nuestro propio rey —me contó—. No seguimos la democracia india. ¿Habrá visto usted los letreros acerca de las multas que se ponen por tocar nuestros templos? Tampoco nosotros tenemos permiso. Solo diez hombres escogidos cada dos años pueden entrar. Y solo ellos pueden hacer hachís con nuestras plantas de cánnabis. Según nuestras creencias, Akbar, el rey mogul, estuvo aquí. Robó nuestros tesoros y huyó, pero enfermó y tuvo que volver. Así fue como se convirtió en nuestro rey. Tenemos un día dedicado a su memoria en el que ayunamos. Una vez al año adoramos a Akbar como a un dios. El resto del año es nuestro rey.

También tenemos una lengua propia, el kanashi, pero todo el mundo habla hindi también.

—¿Por qué no se os permite tocar a los extranjeros? —pregunté.

—El problema con los extranjeros es que nunca sabemos a qué casta pertenecen —me explicó Moti—. Ni siquiera ellos lo saben. Nosotros pertenecemos a la casta de los thakur, por debajo de los brahmanes. En cambio, los indios son como nosotros, por eso podemos tocarlos. Te puedo dar la mano también, pero debo lavármela antes de entrar en mi casa. Nuestras casas son sagradas.

—¿Es cierto que sois descendientes de Alejandro Magno? —pregunté.

—Es un mito creado en otro lugar —dijo Moti—. A la gente le gustan las buenas historias, pero no tenemos sangre griega, somos indios.

—¡No es lo que se dice de vosotros en internet! —objetó el joven indio que me traducía.

—Todo lo que se dice en internet sobre nosotros es falso —dijo Moti tranquilamente—. La principal fuente de ingresos aquí es el hachís —siguió contando—. También tenemos vacas. Y miel. Yo prefiero vender miel. Por 11,6 gramos de hachís cobramos cincuenta euros. En Ámsterdam se vende a doscientos cincuenta el gramo. El cánnabis está prohibido en la India, pero para nosotros es sagrado.

No todas las leyendas resisten una confrontación con sus protagonistas. No obstante, el mito de que los profundamente religiosos habitantes de Malana son descendientes de Alejandro Magno seguirá vivo, como ocurre con todas las buenas y estimulantes historias. A juzgar por estas historias, los viriles soldados de Alejandro Magno dejaron descendientes de ojos azules por gran parte del continente euroasiático; una multitud de genes griegos presuntamente esparcidos como lazo rubio desde el mar Negro hasta los valles del Himalaya.

A la entrada del pueblo me paré en el quiosco para comprar una bolsa de patatas fritas. Saqué el dinero e iba a dárselo al vendedor, pero él se negó a cogerlo.

—Tienes que dejarlo en el suelo —dijo.

Hice lo que me indicaba. Él se agachó, cogió el billete e hizo ademán de que yo misma podía coger una bolsa de patatas de la cesta. El cambio lo dejó en el suelo ante mí. Junto al quiosco y también a la entrada del pueblo había mucha basura; bolsas de patatas y botellas de refresco tiradas por doquier.

—He estudiado inglés, historia y muchas más cosas en Manali —me confesó el vendedor—. Puedes llamarme Jack.

—¿Cuál es tu nombre Malana? —le pregunté.

—Akshe —respondió—. ¿Te gustó Malana?

—No —dije en honor a la verdad.

—A mí tampoco me gusta —dijo Jack—. Pero el hachís sí. —Se rio entre dientes—. Mi padre también fuma. Y mi hermano.

—Y tu madre, ¿fuma también? —le pregunté.

—No, las mujeres no fuman, nunca.

—¿Por qué me hiciste dejar el dinero en el suelo?

—Porque es como lo hacemos aquí —respondió Jack—. Este pueblo es un lugar sagrado. Tengo un amigo en Australia —añadió —. También tengo una novia allí.

—Creía que no tenías permiso para tocar a los extranjeros —observé.

—Pues sí —dijo Jack—. Yo sí que puedo. No soy como los demás.

Se acercó otro joven. Tenía la piel más oscura que las demás personas del pueblo y tenía los ojos empañados y marrones.

—En realidad soy de Kolkata —dijo y se rio entre dientes, él también—. Hace cuatro o cinco años fui adoptado por este pueblo. Ahora tengo cuarenta y un años, pero en realidad solo tengo cuarenta a causa de este clima favorable. En invierno, aquí nieva —me informó y después cayó en un mutismo profundo y meditativo.

Bajando con el coche me topé con cinco turistas occidentales con ojos brillantes y rastas poco lustrosas, vestían ropas holgadas de muchos colores.

—¿Queda mucho? —preguntó uno de ellos sin aliento.

—No mucho —les aseguré y continuaron con una sonrisa esperanzadora en los labios. Dos mujeres lugareñas se acercaban por detrás. Lanzaron bufidos al verme y se hicieron claramente a un lado. Yo estaba deseando volver ya a la atosigadora normalidad india.

En el camino de vuelta a Manali adelantamos a una pequeña procesión. Los hombres que la encabezaban tocaban tambores y flautas, los de detrás llevaban recipientes con incienso. En el centro, cuatro hombres portaban una estatua en un palanquín, adornada con flores y pedazos de tela de todos los colores.

—¿Qué hacen? —le pregunté al chófer.

—Celebran a su dios —respondió.

—¿Cuál de ellos?

Él se encogió de hombros.

—Ah, simplemente un dios, uno de los dioses locales.

El Pequeño Tíbet

El valle de Spiti es uno de los valles más desiertos y aislados de la India, la pista que llevaba allí estaba en un estado deplorable. El Land Rover avanzaba dando tumbos por estrechas roderas, por encima de piedras grandes y enormes charcos de agua. Rakesh, el chófer campechano, mantenía una velocidad media de 50 kilómetros por hora y se distraía con melodías pop indias que tarareaba alegremente sin nunca acertar el tono.

Dejamos atrás los frondosos bosques del valle de Kullu y el paisaje volvió a ser ocre, árido y desnudo. No vimos ningún pueblo durante el trayecto, solo un par de cafés en tiendas de campaña y lugares para descansar. Justo después de la puesta de sol llegamos al pequeño convento donde íbamos a pasar la noche.

Un joven monje nos dio la bienvenida en un inglés macarrónico y se presentó como Tenzin, mi guía local. Tenía veintiocho años y era el lama encargado de uno de los conventos de Kaza, el pueblo más grande del valle.

—Espero que puedas enseñarme más budismo tibetano —dije y sonreí—. Con tantas escuelas y tendencias diferentes me resulta un poco confuso.

La semana siguiente la pasaríamos juntos, pero Tenzin no desaprovechó el tiempo y se puso a explicar con entusiasmo las diferentes escuelas budistas y las diferencias entre ellas. Enumeró largos y complicados nombres de las ramas principales, las intermedias y las inferiores, nombres de este u otro cabecilla, capuchas amarillas, rojas y negras. Me perdí casi de inmediato.

Afortunadamente, al empezar a explicar las sutiles diferencias entre las enseñanzas de las escuelas nyingma, kagyu y gelug, una monja joven vino a rescatarme y me invitó a tomar té.

El aire de montaña era fresco y penetrante, pero en la pequeña cocina hacía el calor de un día de verano. Olía a gas y a chapati recién horneado. Tenzin y yo tomamos asiento en los mullidos cojines dispuestos a lo largo de la pared mientras cuatro monjas nos servían té y leche caliente dulce. Llevaban camisetas y faldas largas de color púrpura, el pelo corto igual que los monjes. Les hice preguntas sencillas, cuánto tiempo hacía que eran monjas, cuántos años tenían, cómo se llamaban, pero ellas simplemente proferían risitas ahogadas y miraban hacia otro lado.

Tenzin sentía curiosidad por el cristianismo y quería saber más. De la manera más sencilla y pedagógica que supe le hablé del Jardín del Edén y de Jesús, que era hijo de Dios y nació de una virgen, que hizo una serie de milagros y fue crucificado por nuestros pecados, pero resucitó del reino de los muertos al tercer día, le hablé de la Santísima Trinidad que en realidad no son tres sino una sola. Al acabar la explicación, Tenzin tenía aspecto de estar tan confundido como yo después del curso relámpago sobre budismo tibetano que acababa de darme.

En algún momento, Tenzin desapareció para ir a un recado que no podía esperar. Las monjas se me acercaron. Comprobé que las cuatro hablaban un buen inglés y tenían un montón de preguntas que bullían en su interior. Querían saber cuántos años tenía, si tenía hermanos, marido, hijos, dónde vivía, de qué trabajaba, si era budista, si me gustaba su convento. Ellas eran todas de allí, del valle de Spiti, que como la región de Ladakh ha sido apodado el Pequeño Tíbet. El Tíbet se encuentra a un paso, al otro lado de las montañas y antes de que China lo ocupara, había un estrecho contacto entre esos dos pueblos vecinos que comparten lengua, cultura y religión. En la actualidad, la cultura tibetana se conserva

mejor en el valle de Spiti que en el propio Tíbet, donde gran parte de la herencia cultural se perdió con la Revolución Cultural y donde la población está continuamente expuesta a estrictas prohibiciones y vigilancia intensa.

Cuando Tenzin regresó unos minutos más tarde, las monjas volvieron a ocupar su lugar, siguieron ahogando risitas y finalmente enmudecieron.

Cuando entré en la cocina muy de mañana al día siguiente, dos monjas ya faenaban preparando el desayuno. Sentadas en el suelo, estiraban finos cilindros de masa a los que daban forma de panecillo y los introducían en agua hirviendo. La mayor se llamaba Sherab y tenía diecinueve años, la menor tenía solo trece y también se llamaba Tenzin. En general, el idioma tibetano no diferencia entre nombres masculinos y femeninos.

—Mis padres no querían que yo fuera monja —me contó Tenzin y sonrió tímidamente—. Pero mi amiga y yo decidimos entrar en la orden de todas formas, hace tres años abandonamos el pueblo y nos vinimos aquí. La vida de una monja es muy sencilla. A mí me gusta que sea así.

—¿Así que vosotras no deseáis casaros ni tener hijos? —pregunté.

—¡NO! —Las dos monjas se cubrieron el rostro con las manos horrorizadas y estallaron en risas.

—Estar casada y tener hijos es demasiado trabajo —opinaba Sherab.

En el segundo piso, el resto de las monjas ya habían iniciado el rezo de la mañana. Una docena de niñas novicias estaban sentadas en una larga fila a lo largo de la pared del templo, sencilla pero ricamente ornamentada, y salmodiaban a coro con la voz de un lama que sonaba en un radiocasete antiguo. Cuando la grabación se apagó, las monjas continuaron recitando mantras un buen rato, susurrantes, insistentes, hipnóticos. Después una de las monjas mayores repartió oblongas hojas impresas de los *pechas,* o libros

religiosos tibetanos, a todas las demás y se entregaron concentradas a su lectura en voz alta mientras balanceaban su cuerpo hacia delante y hacia atrás. Las monjas más mayores pasaban las hojas con rapidez y de forma efectiva, mientras que las más jóvenes, algunas no tenían más de siete u ocho años, descifraban con dificultad unas palabras que desconocían. Tras una media hora, las hojas volvieron a recogerse y se envolvieron cuidadosamente en un paño naranja. Las monjas salmodiaron varios mantras, sus voces subían y bajaban, y a un par de las más jóvenes se les escapó un bostezo. En cuanto terminaron, las somnolientas niñas se levantaron de los cojines para ir a desayunar.

Durante el desayuno entablé conversación con Dolma, una de las monjas veteranas del convento. Tenía cuarenta y cinco años y había estado en la congregación desde la primera época, cuando solo eran tres o cuatro monjas y vivían en pequeñas grutas arriba en la montaña.

—Allí había poco espacio y hacía mucho frío en invierno —recuerda—. No teníamos de nada, ni siquiera una buena taza de té. ¡Solo el agujero, ja, ja, ja!

En la actualidad, viven cuarenta monjas en los dos edificios sencillos, pero confortables y caldeados, del convento. Todo el pueblo había contribuido a edificarlo.

—¿Echas de menos algo de tu vida anterior? —le pregunté a Dolma.

—Era tan joven cuando me metí monja que no me quedan recuerdos de nada que pudiera añorar ahora —dijo y se rio—. Solo recuerdo que solía ir a la escuela con una maletita a la espalda.

—¿Por qué decidiste hacerte monja?

Dolma estalló en risas.

—En realidad, no lo pensé demasiado —dijo y se rio todavía más.

—Probablemente hubo cierta presión por parte de los padres —intervino Rakesh, el chófer—. Enviar a las hijas al convento forma

parte de nuestra cultura. Antes el pueblo era pequeñísimo y la vida muy dura, sobre todo en invierno.

—¿Tienes muchos hermanos? —le pregunté a Dolma.

—Dos hermanos y cinco hermanas —respondió—. La pequeña también es monja. Yo soy de las monjas más mayores aquí y me esfuerzo mucho para que las jóvenes tengan una vida mejor que la que tuve yo. Quiero que todas adquieran una buena educación y me vean como a una madre para ellas.

El viernes era día de descanso y las monjas libraban del deber de estudiar. Empleaban su tiempo en lavar y jugar. Un par de niñas ya faenaban fregando el suelo de su celda. Dos monjas de corta edad, de unos cinco o seis años, habían sacado de la cuadra a un ternero recién nacido y se deleitaban jugando con él. Un par de niños del pueblo correteaban en bicicleta por encima del heno que las monjas habían puesto a secar para después dividirlo en porciones más pequeñas.

Cuando Tenzin, Rakesh y yo, ya entrada la tarde, pusimos rumbo a Kaza, llevábamos el coche repleto de monjas risueñas de catorce o quince años que tenían que ir al pueblo para hacer lo que llamaban «recados urgentes». Charlaban y se reían en el asiento trasero, todas con teléfono móvil y bolsitos femeninos como único complemento del sencillo hábito de monja.

Calles embarradas serpenteaban entre las casas bajas de **Kaza**, **3.650 m s. n. m.**, el único lugar del valle con más o menos cobertura telefónica. La gente de los demás pueblos tiene que apañárselas sin conexión vía satélite con el resto del mundo. El cielo era de un azul intenso y sin una sola nube, el aire era diáfano y ligero. El río Spiti, que divide el pueblo en dos, brillaba con los rayos del sol y las montañas de un marrón rojizo que lo circundaban lucían colmadas de nieve.

Durante el almuerzo entablé conversación con un *amchi,* un practicante de medicina tradicional tibetana. Se llamaba Norbu,

andaba por la cincuentena y desprendía la reposada autoridad típica de todos los médicos del mundo. Tenía los dientes impecablemente blancos, una rareza por esos lugares, y hablaba un inglés estupendo. Mientras masticaba despacio *momos* hechos al vapor, que son grandes bolas de harina rellenas con patata y queso, Norbu me informó sobre el quehacer del amchi:

—Tradicionalmente, el amchi va a la naturaleza y recoge sus propias plantas con las que hace medicinas —me contó—. Un amchi es un ejército de uno solo, lo hace todo él. Todos tenemos una formación muy extensa. Yo estudié medicina tibetana en el Instituto Men-Tsee-Khang de Dharamsala durante cinco años y después fui aprendiz dos años. Fue mi madre quien me obligó a estudiar medicina, yo solo tenía diecisiete o dieciocho años y no tenía muy claro qué quería hacer en la vida. En la escuela estudiamos las enfermedades y sus síntomas, cómo se hace un diagnóstico y qué medicinas hay que recetar. Para hacer el diagnóstico medimos el pulso, miramos el color de la orina, la lengua y los ojos. En general, un amchi puede curar enfermedades crónicas como el reumatismo, pero los casos agudos hay que enviarlos al hospital.

—La medicina tibetana está vinculada al budismo —intervino Tenzin.

—Sí, solemos aconsejar al paciente que recite mantras especiales que son medicinales —dijo Norbu—. Creemos que en su buen efecto. También tratamos la enfermedad psíquica. La llamamos *lungat*. En Occidente la llaman depresión, pero no es exactamente lo mismo, porque la lungat no necesariamente tiene que ver con causas externas. No hace mucho, en Kaza, una mujer se quitó la vida, a pesar de no tener un motivo real para hacerlo. Tenía una buena familia, buenos hijos, le iba bien, pero sufría de lungat.

—¿Cuál es la enfermedad más extendida aquí? —pregunté.

—Problemas digestivos mayormente. Y dolores articulares. Ahora la gente lleva otro tipo de ropa, es sintética, y la lavan con

demasiada frecuencia y ellos mismos también se lavan demasiado. En las grandes ciudades, la diabetes se ha convertido en una enfermedad habitual. Creemos que las enfermedades están relacionadas con el estilo de vida, el medio ambiente y la comida. Aquí el clima es seco y frío, eso afecta al cuerpo. También creemos que las emociones influyen en la salud. El deseo acarrea problemas pulmonares, mientras que el odio causa problemas a las vísceras. Creemos que todo, y también las emociones, tiene que guardar un equilibrio.

Norbu había sido amchi veinticinco años y había trabajado en China, Delhi y Kolkata, además de en Kaza, su ciudad natal, pero recientemente había dejado de ejercer.

—La medicina tibetana es muy corriente en la India, pero aquí la gente prefiere acudir al médico normal —dijo apenado—. Aquí en Spiti, el hijo mayor lo hereda todo: casa, tierra, todo. Yo soy el pequeño de cuatro hermanos y tengo que valerme por mí mismo. Primero vendía ropa, pero ahora me he pasado a la venta de souvenirs a turistas. Es triste, pero gano más dinero vendiendo figuras de Buda y camisetas que siendo amchi.

Al otro lado del río estaba el Tsechen Chöling, un convento de monjas muy nuevo que acogía a quince monjas jóvenes. Me concedieron audiencia privada con el lama Tsewang, el responsable de la enseñanza. El lama de treinta y siete años me recibió sentado en un sillón de mimbre al final de un corredor con vista panorámica a las montañas y al valle.

—Existen varias corrientes centrales en el budismo tibetano, todo depende de cómo se enfoque —disertó y enumeró las diferentes escuelas que a su vez se subdividían en otras—. Una de las corrientes centrales es el *vajrayana* (vehículo diamante) o *tantrayana,* como se denomina también, no te puedo explicar en qué consiste porque necesito permiso de un maestro —continuó diciendo—. También lo necesito para leerte un texto tántrico. Son

muy secretos. En resumen, en el budismo tántrico se utilizan técnicas espirituales y esotéricas que proporcionan un camino acelerado hacia la iluminación, pero solo pueden ser transmitidas por un maestro iniciado. El dalái lama es el maestro supremo. Existen varios equívocos sobre el budismo, porque el *dharma,* o sea las enseñanzas de Buda, y las prácticas culturales se mezclan. El budismo no es una religión, es una ciencia. Gira en torno a tu propia vida, sobre la verdad de tu vida, sobre la existencia profunda del ser y del mundo. Debemos saber cómo funciona el mundo para poder vivir. Las enseñanzas de Buda son parte de la liberación.

Tsewang echó una ojeada rápida al reloj.

—En conjunto, las enseñanzas de Buda versan sobre la vacuidad —concluyó.

—Para mí, el budismo con todos esos templos, estatuas doradas, rituales y ofrendas me parece ante todo una religión —objeté.

—¡Sí, claro, lo entiendo muy bien! —dijo Tsewang con entusiasmo—. ¡En realidad en el budismo no debe haber castas ni jerarquías, pero nuestros monasterios están llenos de estatuas doradas de budas! El dalái lama ha dicho que el budismo consta de tres categorías: la religiosa, la filosófica y la del conocimiento. Los largos textos que estudiamos forman parte de la categoría filosófica: la búsqueda de la verdadera naturaleza de la mente y de todas las cosas forma parte del conocimiento. Cuando ofrecemos lámparas de aceite, dinero y agua a Buda, eso es una práctica religiosa. ¿Me sigues?

Yo asentí con un gesto de cabeza.

—Lo esencial no es el acto en sí mismo sino la motivación interior que te guía en el momento de llevarlo a cabo —relató Tsewang y de nuevo echó un rápido vistazo al reloj—. Como te dije el budismo no es una religión, nosotros los budistas no creemos en un creador del mundo y del alma. Los rituales, las estatuas y las ofrendas son solo métodos para llegar a la verdad última. Son solo símbolos, ¿cierto?

¿Todavía me sigues?

No esperó respuesta, ni siquiera un ademán mío, sino que continuó entusiasmado:

—Que recitemos mantras y recemos oraciones, que nos echemos al suelo por Buda, todo esto son métodos, entiendes. Miles de cosas, incontables iones nos alejan de nuestra verdadera naturaleza. Pero después de todo, solo existen dos caminos: acumulación de actos meritorios y sabiduría junto a limpieza de *klesas,* es decir, de los sentimientos que nos impiden ver claro. ¿Me sigues? Ceremonias, estupas, ofrendas, todo eso es una recopilación de actos meritorios. Por desgracia, muchos están tan ocupados en hacer acopio de actos meritorios que pierden el objetivo de vista. Aquí en el Himalaya amamos los símbolos. La gente explica con orgullo que han recitado cien mil mantras porque les gusta alcanzar objetivos concretos. Pero el objetivo final es llegar a la iluminación.

El tiempo asignado había terminado, con cierto margen, y Tsewang debía reemprender su trabajo, le reclamaban las obligaciones regidas por el reloj de la vida monástica. Le di las gracias y me levanté dispuesta a marcharme, pero él me hizo señas de que permaneciera sentada y gritó varios nombres hasta que acudió una monja que fue a buscar a la que él quería que viniera. Se llamaba Tashi y tenía veinticuatro años.

—Ella habla bien el inglés y te podrá contar más —dijo y se marchó a toda prisa por el corredor con el hábito revoloteando a su alrededor.

Tashi me invitó a su pequeña celda que compartía con dos monjas más. En el suelo había tres colchones y en la pared colgaban fotografías de padres y hermanos. Nos sentamos en dos cojines planos con las piernas cruzadas. Tashi era de Kaza y había sido monja durante siete años. Tenía el rostro alargado y fino, llevaba gafas con cristales gruesos y hablaba rápido y con mucha energía.

—Para serte sincera, hacerme monja no fue idea mía, sino de mi

madre. Ella ha tenido una vida dura. Mi padre murió cuando yo tenía doce años, desde entonces mi madre tuvo que cuidar de mí y mis hermanos totalmente sola. Pensó que la vida de monja sería más fácil y mejor para mí que una vida corriente. De haber tenido una vida común, la vida de familia me habría absorbido, habría estado ocupada con los problemas de tener marido, hijos y todo lo demás. Como monja soy libre y me evito estar atada a ese tipo de preocupaciones. En lugar de eso puedo hacer algo bueno para todos los seres vivos del mundo entero. Antes de entrar en el convento, no sabía demasiadas cosas del budismo y de lo que significa ser monja. Lo único que sabía era que las monjas salmodian mantras, rezan, se cortan el pelo y se pasean con vestimentas rojas. Cuando me hice monja, me di cuenta de lo mucho que se estudia, lo mucho que se aprende aquí. ¡Le estaré eternamente agradecida a mi madre!

—¿No podrías haber hecho algo por la humanidad también siendo médico o profesora, por ejemplo?

—La ambición de llegar a ser médico o profesora es poca cosa —respondió Tashi sonriendo—. Siendo médico o profesora solo te preocupa esta vida.

Le pedí que me contara cómo es un día corriente en el convento y ella me respondió exhaustivamente. Los días estaban regulados hasta el mínimo detalle:

—Nos levantamos a las cinco y memorizamos las escrituras budistas hasta las seis. Después tenemos *puja* común, es decir, rezo durante media hora. Luego llega el tiempo de la meditación individual, trabajo, gimnasia y lectura de textos budistas propios hasta el desayuno, que es a las ocho. De las ocho y media a las diez y media tenemos clase de filosofía budista, de las diez y media a las once se hace una pausa para el té y después tenemos una hora de discusión con el maestro. Luego, estudio individual hasta la hora del almuerzo, que es a la una. Tras el almuerzo descansamos una hora. De las dos y media a las tres y media volvemos a tener estudio

individual seguido de media hora de pausa para el té. De las cuatro a las cinco y media tenemos clase de religión y repasamos lo que hemos aprendido por la mañana, las monjas solas, sin maestro. De las cinco y media a las siete y media tenemos discusión, y luego descansamos un poco y ya es la hora de la cena, que es a las ocho. Después de cenar es tiempo de estudio individual hasta las diez. Y el día ha terminado y estamos libres. Nos lavamos la cara, los dientes y demás. A las diez y media ya estamos en la cama.

—Dedicáis mucho tiempo a la filosofía y a la discusión —comenté —. Creía que las monjas y los monjes tibetanos os dedicabais principalmente a la meditación.

—¡Yo también lo creía! Pero en realidad solo meditamos media hora cada día. Buda dijo que existían tres estadios de comprensión: escucha, contemplación y meditación. Yo estoy ahora en el primero. La filosofía budista es muy amplia. ¡Hay tantos aspectos que discutir! Buda dijo que no debemos aceptar sus enseñanzas ni sus frases doctrinales solo porque él las dijera. Cuando compramos oro comprobamos su valor antes de pagar, ¿no? Lo mismo debemos hacer con las escrituras de Buda. He estudiado filosofía budista solo unos dos o tres años. En el budismo es un periodo corto. Probablemente solo he aprendido una pequeña parte de lo que se puede aprender.

—¿Qué tal vivir tantas monjas juntas? ¿No os cansáis unas de otras?

—¡Oh no, nunca nos cansamos unas de otras! —aseguró Tashi—. Cada día discutimos cosas nuevas. Por supuesto, a veces nos peleamos, porque todos estamos atrapados en el *samsara,* el eterno ciclo de nacimiento, muerte y renacimiento, pero después de pocos minutos somos amigas de nuevo.

—¿Hay algo que no te guste del convento? —seguí preguntando.

Por primera vez, Tashi guardó silencio. Lo meditó un buen rato.

—Creo que no —dijo al final—. Me gusta todo. Antes de ser

monja, me encantaba dormir. Hasta las ocho y media cada día. Al principio no me resultó fácil madrugar tanto, pero ahora ya me he acostumbrado. Soy feliz aquí.

—Vivís en una especie de burbuja —comenté—. ¿Te deprimes cuando ves las noticias? Suceden tantas cosas tristes, el mundo está lleno de dolor. Calentamiento global, guerras, terrorismo...

—Debo reconocer que no vemos mucho las noticias —dijo y sonrió como disculpándose—. Nuestro maestro nos dice que debemos estar al corriente de lo que ocurre, que el mundo entero es accesible mediante la televisión. Él ve la BBC y nos narra las cosas importantes que han sucedido. Nosotras preferimos las películas. Solo se puede ver la televisión los domingos y los lunes por la tarde, entonces lo que más vemos son películas de Bollywood, pero no las románticas. —Se rio—. ¡Aunque a veces también vemos las de acción! Lo que más nos gusta son los *reality shows,* sobre todo los concursos de cantantes, ¡son nuestros favoritos!

Se había hecho tarde y las monjas se acostarían pronto. Hacía mucho que había anochecido. Justo cuando me disponía a irme, Tashi exhaló un hondo suspiro:

—¡Me arrepiento de haber perdido tanto el tiempo! Los primeros cinco años, cuando vivía en otro convento, en Dehradun, allí no estudiábamos filosofía, solo aprendíamos cosas prácticas como rezar, hacer ofrendas y recitar mantras. Allí teníamos mucho tiempo libre y yo lo perdía chismorreando con las amigas y navegando por internet... Entonces no sabía que tenía tan poco tiempo. Que hay tanto que aprender.

Cuando desperté a la mañana siguiente, las montañas habían desaparecido. Una niebla espesa se cernía sobre el valle y ocultaba el pueblo, las laderas de las montañas, el río, todo. Llovía a cántaros, el día era desapacible y hacía frío dentro y fuera. Nos despedimos de las monjas tiritando y nos adentramos en el valle hacia **Dhankar**, **3.894 m s. n. m.**, una aldea que había sido sede de

los reyes del valle de Spiti durante los cortos periodos de independencia.

El viejo monasterio de Dhankar, de más de ochocientos años de antigüedad, estaba construido en la punta de un peñasco y casi parecía haberse elevado a la vez que la montaña. Un cadáver de cabra, disecado con paja, colgaba y se bamboleaba sobre la escalera a la entrada del patio. Tenzin me llevó a la sala donde los monjes guardaban las sobrecogedoras máscaras de madera que usaban en las rituales danzas tántricas: demonios pintados de rojo, con fauces enormes y colmillos, calaveras y burlonas caras de ciervos. No me dejaron entrar en la sala de rezos, no le estaba permitido a ninguna mujer. El techo del sótano era tan bajo que no podíamos ponernos de pie. Antiquísimas y desvaídas pinturas religiosas, llamadas *thangkas,* colgaban unas junto a otras por toda la pared, enmarcadas con seda de colores vistosos.

Uno de los monjes nos descubrió y nos invitó a tomar té. El suelo y las paredes de la sala de estar, parecida a una cueva, estaban cubiertos de sencillos tapices y alfombras. Un puñado de monjes estaban sentados alrededor de una pequeña estufa de leña que ocupaba el centro de la sala, cada uno con su taza de té en la mano. Dado que la estufa no tenía chimenea, el humo impregnaba el aire. Sentí cómo el calor, poco a poco, retornaba a los dedos de mis pies y a las yemas de las manos y noté una picazón en la piel.

—Así estamos todo el invierno —dijo Tanzin y sonrió.

Nos alojamos en la casa de huéspedes del monasterio, al lado del nuevo edificio. La luz se fue al tercer día y la lluvia continuaba arreciando torrencialmente. Ningún monje tuvo tiempo de hablar conmigo, estaban en sus casitas de adobe solos, ocupados en impermeabilizar techo y paredes y mantener el calor.

A la mañana siguiente amaneció todavía más gris y frío que el anterior; apenas se podía atisbar el perfil del monacal edificio rojo y blanco al otro lado del patio. La oración matutina se había

cancelado debido a que los monjes estaban muy ocupados tratando de impedir que les entrara el agua de la lluvia. En el patio, una pandilla de niños desafiaba el tristísimo mal tiempo jugando al fútbol entre los charcos. Los pequeños monjes corrían entregados al balón con rostros serios y concentrados, totalmente absortos en el juego.

Tenzin y yo nos apresuramos a entrar en el coche para seguir viaje bajo la lluvia y la niebla. Rakesh, el chófer, iba pegado al volante y guardaba silencio por primera vez. El valle, a nuestra llegada bañado por el sol, había desaparecido. Solo teníamos un par de metros de visibilidad. La estrecha carretera estaba llena de piedras desprendidas de la ladera durante la noche y aún seguían cayendo sin avisar justo delante nuestro. Rakesh las sorteaba zigzagueando sin quitar ojo de la neblinosa ladera, preparado en todo momento para frenar o dar gas.

Ya entrada la mañana llegamos a la pequeñísima aldea llamada **Tabo**, **3.280 m s. n. m.**. La mayoría de los templos del complejo monacal tenían más de un siglo de antigüedad, construidos con adobe gris y decorados por los mejores pintores y escultores de la época en una mezcla de estilos tibetano, indio y cachemiro. Solo por verlos ya valió la pena el arduo viaje al valle de Spiti. Las paredes estaban decoradas con pinturas en dorado, rojo y azul de un siglo de antigüedad; los colores se habían conservado sorprendentemente bien en las oscuras salas de aquel templo. Las estatuas de Buda, esculpidas en fango, tenían un aspecto decrépito y atemporal a la vez. En la oscura sala, solo iluminada por velas y repleta de sombras, el pasado cobraba vida a golpe de resplandor.

El exterior del templo estaba lleno de zapatos: botas, sandalias, zapatillas deportivas y botas con bordes peludos. Dentro, en la sala del templo, había mujeres y hombres lugareños sentados en largas filas, discutían sonrientes con el lama del monasterio, que les daba una clase de budismo. La abrupta y yerma ladera por encima del

monasterio, apenas visible entre la niebla lechosa, estaba llena de grutas pequeñas donde, durante siglos, los monjes habían meditado en solitario sobre la vacuidad inmanente del mundo.

Quizás no sea tan extraño que el budismo haya echado raíces y todavía tenga tanta fuerza en esos desiertos valles montañosos, en los que no crece casi nada. La vida ha sido siempre muy dura allí, principalmente en invierno, cuando la nieve aísla todavía más esos pueblos ya aislados de por sí. En tales entornos, los pensamientos de vacuidad y sobre la insignificancia de la vida humana deben de acudir a uno fácilmente. También a nivel puramente material, las condiciones de vida han propiciado que el budismo florezca: la gente es pobre y la tierra cultivable es un recurso escaso que solo el hijo mayor puede heredar. Los monasterios, un factor cohesionador de esas sociedades pequeñas y humildes, han funcionado en la práctica como guarderías y escuelas, una ayuda para los padres que no han podido alimentar todas las bocas, una salida para los hijos que no tenían otras posibilidades de ganarse la vida.

A solo 2 kilómetros de la frontera tibetana, se encuentra **Gue**, **3.200 m s. n. m.**. La única atracción turística de esa somnolienta aldea es un monje de quinientos años llamado Sangha Tenzin. El monje fue encontrado en 1975 tras un terremoto y ahora está expuesto en una vitrina, dentro de una casita blanca al final de Mummy Road, la calle de la Momia. El monje escuálido y esquelético está en posición fetal encima de un lecho de billetes, su piel de pergamino marrón oscuro está envuelta en un velo blanco de seda. Apoya su barbilla en la rodilla izquierda y los brazos abrazan sus piernas. Detrás de los labios abiertos luce una hilera de dientes blancos. Su único ojo está abierto, con el globo ocular todavía intacto. También conserva las cejas y en la cabeza todavía se pueden ver restos de su corto pelo momificado.

—Se momificó él mismo —dijo Tenzin con veneración y le hizo una profunda reverencia.

Según la leyenda, Sangha Tenzin se momificó realmente a sí mismo para liberar a la aldea de los venenosos escorpiones que la azotaban. Cuando murió, apareció un arco iris en el cielo y los escorpiones desaparecieron. La momia de Gue es el único lama momificado que se ha encontrado en el Himalaya, pero en Japón existen restos de dieciséis monjes automomificados. Primero ayunaron durante mil días para consumir toda la grasa del cuerpo y después ingirieron un veneno que les quitó la vida lentamente y que contribuyó a que los órganos internos no se descompusieran una vez muertos. Cuando la muerte se aproximaba, fueron trasladados a tumbas subterráneas donde recitaban mantras y hacían sonar una campanilla. Cuando el resto de los monjes dejaban de oírla, sabían que el lama había muerto.

Hasta hace unos años, los comerciantes podían cruzar el paso de montaña libremente, y los tibetanos iban a Gue y a los demás pueblos del valle de Spiti para vender alfombras y otras mercancías producidas localmente. Hace unos diez años, las autoridades indias instalaron un puesto militar más arriba del pueblo y así pusieron freno al comercio fronterizo ilegal. Por todo el Himalaya se repite la misma historia: las fronteras de cierran, los Estados nacionales se recluyen y blindan escotillas con puestos militares.

La aldea tenía un aspecto desierto y desolado; solo resistían allí unos cientos de personas. Una mujer arrugada de unos cincuenta años nos vio a Tenzin y a mí y nos invitó a pasar a su pequeña cocina. Su nuera nos sirvió leche dulce hervida. Sobre la estufa había un cartel colgado con dibujos que ilustraban el alfabeto devanagari indio, un recordatorio de en qué país estábamos.

—¿Cómo es aquí el invierno? —le pregunté. A pesar de estar a principios de otoño, la nieve hizo acto de presencia la noche anterior y había cubierto la ladera como una alfombra blanca y húmeda.

—En Spiti no necesitamos frigorífico, por así decirlo —dijo la

mujer y se echó a reír.

El tiempo era tan deplorable que decidimos abandonar el valle mientras las carreteras estuvieran abiertas. Salimos del valle para dirigimos a **Nako**, **3.625 m s. n. m.**, una aldea con casas tradicionales de adobe y en los tejados, madera y paja apilada. Los estrechos senderos que mediaban entre las casas estaban embarrados y resbalaban debido a toda la lluvia caída, además de estar llenos de estiércol de vaca. Tenzin quería mostrarme el monasterio del pueblo que también databa del siglo XI, pero las puertas estaban cerradas con un candado macizo. El monje que tenía la llave había desaparecido.

Al día siguiente todavía llovía más. Parecía que todo el estado fuera a quedar sumergido en las aguas. Condujimos en zigzag entre grandes piedras y charcos enormes. En mitad de una curva, entonces dividida en dos por un reguero de agua, había un autobús atravesado que había sido abandonado. ¿Cómo habrían continuado viaje los pasajeros? ¿A pie? Un letrero nos informó bastante inútilmente que nos hallábamos en THE WORLD'S MOST TREACHEROUS ROAD (la carretera más traicionera del mundo).

Seguía lloviendo a cántaros y era sospechoso el poco tráfico que había. Tras unas horas de conducir zigzagueando por el valle entendimos el porqué. Una enorme roca se había desprendido y ocupaba la calzada. Se había formado una larga cola de vehículos en ambas direcciones.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté. Dar la vuelta no era una alternativa viable, el camino de vuelta a Kaza estaba cerrado.

—Esperar la dinamita —respondió Rakesh tranquilo.

Sorprendentemente la dinamita llegó con rapidez. El fuerte impacto de la explosión hizo que se desprendieran aún más piedras de la vertiente montañosa y la gente corrió a los coches presa del pánico. Rakesh contemplaba el incidente con tranquilidad estoica.

—¿Te había pasado antes algo similar? —le pregunté.

—¿Que tienen que dinamitar? —Se rio a gusto—. ¡Muchas veces! ¡Demasiadas!

Dos horas más tarde, el camino había quedado despejado y podíamos continuar el viaje. Anochecía y seguía diluviando. Cuando finalmente conseguimos cobertura telefónica, entraron en el móvil mensajes de preocupación de mis nuevos amigos de Cachemira. Había mal tiempo en todo el Himachal Pradesh, cientos de carreteras cerradas, personas que se habían ahogado como gatos, ciudades y pueblos aislados del resto del mundo y turistas extranjeros evacuados con helicóptero del valle de Spiti.

Pocas veces me he alegrado tanto de vislumbrar la urbana contaminación lumínica a lo lejos. Me quedé cinco días en **Shimla**, **2.206 m s. n. m.**, la idílica capital veraniega de los británicos, sumergida en nostalgia imperialista y aroma de té recién hecho.

A la mañana siguiente lucía el sol en el cielo azul y las montañas volvieron a ser visibles, frondosas y benignas.

Vacuidad y caza de ondas de radio

La cola en el exterior de la oficina del dalái lama, en **McLeod Ganj**, **2.082 m s. n. m.**, daba la vuelta a la manzana y continuaba hacia abajo por unas escaleras. Avanzaba muy despacio. Cientos de abigarrados viajeros habían acudido al lugar para tramitar el pase de admisión a la serie de conferencias que el dalái lama iba a dar a finales de semana. Yo todavía arrastraba cansancio después del tramo de viaje del día anterior; nueve horas y media en un destartalado y abarrotado autobús local que se había detenido en todas las paradas por pequeñas que fueran en el trayecto que va de la antigua capital veraniega de los británicos a la capital del exilio tibetano y no tenía fuerzas para participar en la confraternización que acontecía a mi alrededor. Parecía que todas las personas de la cola menos yo hubieran encarado el día con las baterías cargadas. Se respiraba un ambiente de entusiasmo generalizado y personas que no se conocían de nada entablaban conversación. La mujer alemana que estaba delante de mí detalló sus costumbres alimentarias a su colega de la cola, una mujer tibetana que estudiaba medicina:

—Yo como solamente entre las once y las cuatro por la tarde, nunca más tarde, y principalmente arroz y curry, casi siempre comida vegetariana. —Hablaba con voz estridente y cada frase iba seguida de una risa nerviosa. De constitución alta y delgada, su cabello gris le llegaba hasta los hombros y llevaba puesta una mascarilla de algodón. Cuando se hubo explayado con la dieta, pasó sin transición a contar cosas sobre su difunta madre, sobre la oficina

de correos en la que había trabajado en Alemania antes de jubilarse, sobre el peregrinaje a Bodh Gaya, lugar donde Buda alcanzó la iluminación, sobre el asma que había sufrido durante años, sobre los médicos alemanes y la medicina occidental que no le habían ayudado cuando estaba hinchada y llena de agua.

—¿Qué tal vas de vientre y demás? —le preguntó la mujer tailandesa con interés.

—¿Que qué tal voy de vientre y demás? —profirió a gritos la mujer alemana—. ¡Ah! ¡Pues mira, te cuento!

Iba de vientre con relativa normalidad, defecación cada mañana, buena consistencia. Por suerte antes de llegar al tema urinario, descubrí una cola mucho más corta un poco más allá: la cola de internet para los que nos habíamos registrado online. Corrí hacia allí y entré la última antes de la pausa del almuerzo.

En McLeod Ganj se halla la residencia del dalái lama exiliado y es la sede del Gobierno tibetano en el exilio. La pequeña ciudad goza de un emplazamiento idílico en un altozano arbolado al sur de las montañas del Himalaya y funciona como ciudad satélite de Dharamsala, una ciudad mucho más grande a un par de kilómetros más abajo, en la planicie.

A pesar de ser pequeño, el centro de McLeod Ganj era increíblemente ruidoso. Con un poco de buena voluntad, podía pasar un coche por el ancho de sus estrechas calles, pero eso no impedía a los conductores intentar atrevidos adelantamientos a golpe de bocinazo. Los perdedores, como siempre, los peatones que continuamente eran arrinconados mientras dos o más conductores se peleaban por ver quién cedía el paso.

Las tiendas atraían a los visitantes con chales de Cachemira, dioses indios y joyas tibetanas; había restaurantes italianos y japoneses pegados unos a otros. En los cafés, monjes con túnicas rojas, damas americanas de pelo blanco con holgadas túnicas y parejas francesas de veinteañeros ataviados con turbantes y

pantalones harem de colores chillones que nunca combinaban. En marcado contraste con la falta de elegancia de los turistas occidentales, las mujeres tibetanas paseaban muy erguidas con largos vestidos tradicionales, engalanados con delantales tejidos y blusas de seda en colores suaves y oscuros.

El templo de Tsuglagkhang, junto a la residencia del dalái lama, era parecido a un edificio público español de la época franquista, construido con acero y cemento. Sin embargo, era un lugar agradable. Me senté a la sombra de un árbol y contemplé a los turistas que posaban para ser fotografiados junto al edificio de cemento.

También la sede del Gobierno tibetano en el exilio, situada un poco más abajo, cumplía los requisitos de la estética brutalista de la década de 1960. A pesar de no tener cita concertada, tuve una larga conversación con Sonam Dagbo, el secretario para relaciones internacionales del Ministerio de Información y Relaciones Internacionales, que inició la conversación con una rápida introducción a la historia del exilio tibetano y del quehacer del gobierno en el exilio.

«El 10 de marzo de 1959 hubo una sublevación en Lhasa y el 17 de marzo Su Santidad el decimocuarto dalái lama abandonó la capital tibetana. En 1960, las autoridades indias le concedieron permiso para establecerse en Dharamsala. La ciudad era muy pequeña en esa época. Fue fundada por los británicos como lugar de vacaciones cien años antes, pero en los años sesenta se convirtió en la sede principal de la administración central del Tíbet. Su Santidad el decimocuarto dalái lama ha reformado la institución, ha implantado el sistema democrático y elecciones cada cinco años, en ellas pueden votar todos los tibetanos en el exilio. Son casi unos ciento cincuenta mil tibetanos los que viven en el exilio. Estamos diseminados por más de cuarenta países, pero la inmensa mayoría viven en India, unos veinte mil en Dharamsala. Cuando nos

establecimos aquí, tuvimos que dar prioridad a los exiliados y ocuparnos de ellos, principalmente de los niños. Tuvimos que ocuparnos de que todos tuvieran acceso a la educación y a la asistencia médica. Al principio el objetivo era recuperar la libertad del Tíbet, pero desde 1974 hemos trabajado para conseguir el autogobierno dentro de China. En la actualidad, el Tíbet está dividido en varias regiones y solo de dos a tres millones de tibetanos viven en la Región Autónoma del Tíbet. La mayoría viven en las regiones vecinas. Nuestro deseo es que estas regiones se unifiquen en una sola y tengan un gobierno propio, bajo el cual haya libertad religiosa, cultural y política. Lo llamamos «Camino Medio». Los chinos afirman que ya tenemos gobierno propio, pero sin duda solo es sobre el papel. La situación es complicada, como puedes comprender.

—¿Ve usted alguna relación con lo que ocurre ahora con los uigures en Sinkiang y lo que ya hace años que sucede en el Tíbet? —le pregunté.

—Chen Quanguo, el secretario del Partido Comunista de Sinkiang, fue secretario del Partido Comunista en la Región Autónoma del Tíbet antes de ocupar el puesto en Sinkiang —contestó Sonam Dagbo—. Nosotros los tibetanos hemos sufrido todas las penalidades que sufren los uigures hoy en día. Campos de reeducación, vigilancia, esterilización forzosa, destrucción sistemática de nuestra cultura y nuestra religión, etcétera, todo esto ya ha sucedido en el Tíbet. Es el mismo sistema, el mismo hombre. Se entrenó en el Tíbet, ahora es un experto.

Sonam Dagbo había pasado sus primeros años en el Tíbet. Su familia huyó a la India en 1962 cuando él tenía seis años:

—Mi padre fue arrestado y encarcelado durante un año. Cuando le soltaron, huimos a la India cruzando la frontera. No vivíamos muy lejos de ella y por aquel entonces los chinos no controlaban tanto las zonas fronterizas, así que la huida no fue demasiado

complicada. Ahora es mucho más difícil salir del Tíbet. Desde 2008 es casi imposible.

—¿Ha vuelto usted al Tíbet? —le pregunté.

—Volví con una delegación que negoció con los chinos, sí, he estado en el Tíbet después, pero no pude visitar mi pueblo natal que está en el sur —respondió—. Todavía tengo esperanzas de volver a pisarlo algún día. Hemos conservado esta esperanza durante más de sesenta años y seguimos manteniéndola. Nosotros los tibetanos hemos habitado el Tíbet durante más de dos mil años, tenemos nuestra propia lengua escrita y una cultura profundamente arraigada. Los chinos pueden oprimirnos físicamente, pero no pueden cambiar la mente de los tibetanos. Además, nosotros los budistas creemos en lo efímero, nada es permanente —añadió—. En Europa tuvisteis el Imperio romano, el austrohúngaro, el ruso, el británico y otros. Ninguno de ellos existe ya. La China que conocemos hoy no perdurará para siempre.

Gu Chu Sum es una organización que se encarga de visualizar la situación de los presos políticos en el Tíbet y todos sus empleados son antiguos presos políticos. Sus oficinas están en un local situado en un callejón de McLeod Ganj. Me acogieron amablemente a pesar de tampoco tener ninguna cita concertada. Sin embargo, el secretario internacional que hablaba inglés se había ausentado de la oficina y nadie sabía dónde estaba ni cuándo volvería.

—¿Quizás puedas volver mañana? —sugirió la contable, una mujer estricta de unos treinta años que hablaba un poco de inglés —. Aquí todos tenemos una historia que contar, pero solo el secretario internacional habla inglés correctamente.

—Mañana no puedo porque voy a la conferencia que da el dalái lama —dije—. ¿Podrías ser mi intérprete? No llevará mucho tiempo.

Aceptó mi propuesta y tuve una conversación corta con Gyalthang Tulku Kunkhen Jamchen Choeje, el secretario general de

la organización de cuarenta y ocho años. Llevaba camisa blanca y corbata y hablaba lenta y dignamente. La contable tradujo lo mejor que supo:

—Dice que en la actualidad hay unos dos mil presos políticos en el Tíbet y que el número aumenta. La situación económica del Tíbet ha mejorado, dice, pero la situación de los derechos humanos ha empeorado. No existe ni la más mínima libertad de expresión, no se puede pronunciar el nombre del dalái lama. Dice que históricamente el Tíbet nunca ha formado parte de China.

—¿De qué parte del Tíbet es él?

—Del este.

—¿Cuándo llegó a la India?

—En 2010.

—¿Puedes pedirle que hable un poco de cómo fue hacerse mayor en el Tíbet?

La contable tradujo, él dio una larga respuesta que ella resumió en tres frases: su padre tiene dos mujeres y eran doce hermanos en total. La familia tenía muchas dificultades económicas. No tenían dinero para pagar ni la escuela ni la ropa y no tenían comida suficiente, pero de todos los hermanos él era el que más problemas tenía.

—¿Puedes pedirle que lo amplíe un poco más? —le pedí—. Intento saber cómo se convirtió en un activista político.

Esa vez la contable resumió la respuesta del secretario general en dos frases:

—Empezó a colgar consignas que decían que todos los tibetanos apoyaran al dalái lama y que rezaran para que el Tíbet fuera libre. El 12 de octubre de 2007 fue arrestado.

—Esto va un poco rápido —dije—. ¿Qué despertó su activismo político? ¿Quizás su familia estaba politizada?

—No, él es la reencarnación de Gyalthang Tulku. Tanto el dalái lama como las autoridades chinas lo han reconocido como

reencarnación de Gyalthang Tulku. —La contable había dejado de traducir y respondía ella.

—Ah, bien —dije, sin haber llegado a la esencia de la cuestión—. ¿Fue a la escuela del pueblo? ¿Qué tipo de formación tiene?

—Llegó a noveno y estudió cuatro años en una escuela superior.

—Y después se puso a trabajar —adiviné.

—No, entonces empezó con la actividad política —respondió la contable visiblemente impaciente—. Le llevó mucho tiempo planificar la acción, más de dos años.

—¿Y de dónde le viene ese impulso imperioso de hacer activismo político? —insistí—. Ya sabía que era peligroso y que tendría consecuencias, ¿no?

La contable suspiró.

—Ya te lo he dicho. Él es la reencarnación de Gyalhang Tulku.

—Vale. —Decidí aparcar el tema—. ¿Qué piensa su familia de que llevara a cabo esas actividades?

—Eso fue lo más difícil —tradujo ella—. Ha habido muchos problemas en su familia. Su padre no le ha apoyado porque opinaba que su actividad política era demasiado peligrosa. La familia también tuvo problemas. Cuando él acabó en prisión, la familia y sus amigos empezaron a mirarle como a una mala persona. Es lo peor que le ha sucedido en la vida. Que la familia, su padre y los amigos no le hayan apoyado.

Impaciente miró el reloj que marcaba casi las cinco.

—¿Nos queda poco tiempo? —dije.

—No, qué va, nos quedan cinco minutos.

—Voy a ser escueta —le prometí—. ¿Cómo le arrestaron?

—No le podían arrestar en la calle, por eso lo hicieron en una reunión, en una oficina. Cuando salió a la calle, había cien soldados del ejército chino esperándole.

—¿De qué le acusaron y por qué le juzgaron?

La contable me dirigió una mirada de abatimiento. Faltaban dos

minutos para las cinco.

—¿Actividad política ilegal, quizás? —apunté.

—Sí, naturalmente —suspiró ella.

—¿Cómo le trataron en la cárcel?

—No muy mal, porque los chinos sabían que era la reencarnación de Gyalhang Tulku.

—¿Por qué no escapó del Tíbet hasta 2010? —seguí preguntando.

—Lo intentó de varias formas. Cerca de la frontera con Nepal encontró un vendedor ambulante que le ayudó. Se escondió en su camión, entre la mercancía.

—¿Qué clase de mercancía llevaba el camión?

La contable me miró desesperada. Pasaban tres minutos de las cinco.

—¡Mercancías varias! ¡Era un camión grande! ¡Llevaba muchas cosas!

Comprendí que el tiempo se había agotado y les agradecí su ayuda. Tanto ella como el secretario general se mostraron visiblemente aliviados.

Los tibetanos exiliados han hecho el máximo de esfuerzos para continuar con las tradiciones e instituciones tibetanas en Dharamsala. El Instituto Men-Tsee-Khang, fundado en Lhasa en 1916, renació con nuevo traje de cemento en Dharamsala en 1961. Allí se ofrece formación de cinco años tanto en medicina como en astrología tibetanas.

—La llamamos ciencia astrológica —dijo Tsering Chözom, la directora de veintitrés años del instituto. Al igual que todas las mujeres que trabajaban allí, vestía el traje tradicional tibetano. Tsering fue la primera mujer en recibir la formación reglada en ciencia astrológica tibetana. Con paciencia y pedagogía me explicó en qué consistía tal disciplina con la natural autoridad de los pioneros.

—Practicamos una mezcla de astronomía y astrología basada en

las viejas tradiciones de nuestros antepasados —explicó—. A pesar de haber recibido conocimiento astrológico de indios y chinos, tenemos nuestro propio sistema tibetano, que es único. Nuestro sistema se basa más en factores climáticos, en la forma de vivir tibetana y está muy conectado con la naturaleza. Podemos predecir cambios en la naturaleza, pero nuestras predicciones tratan de lo que idealmente debería ocurrir. Ahora la naturaleza nos confunde debido a los cambios causados por el ser humano y nuestras predicciones fallan...

Su amplia oficina estaba adornada con bellas pinturas de Buda y los protectores dioses tibetanos.

—Nosotros los budistas creemos en el karma —continuó—. Creemos que un individuo tiene que pasar diferentes pruebas porque están en su camino, pero no creemos en el destino. Creemos que todo puede cambiarse en función de nuestros propios actos. Si realizamos buenos actos, nos irá mejor en la vida. Uno puede nacer con buena salud y perspectivas fantásticas, pero destruirlo todo con una mala conducta. En general se deben practicar buenas acciones y no perjudicar a los demás. Los que actúan mal, quizás no experimenten las consecuencias en esta vida, pero tarde o temprano sus actos los perseguirán.

—¿Qué diferencias hay entre la astrología occidental y la tibetana?

—Los astrólogos occidentales se basan más en el sistema solar, mientras que nosotros nos basamos más en la luna —respondió Tsering—. Un horóscopo occidental y uno tibetano deberían llevar la misma información y llegar al mismo resultado, pero nuestra astrología está estrechamente conectada con el budismo. Creemos en el karma y en la curación a través del rezo. La astrología es importantísima en la cultura tibetana. A partir del mes, el día y el año en que has nacido podemos decir cosas sobre toda tu vida. Los padres tibetanos encargan un horóscopo para su hijo o hija recién

nacidos, les interesa ante todo saber si su hijo será una persona sana, inteligente y cuánto tiempo vivirá. Más adelante vuelven para obtener información más detallada, por ejemplo, acerca de cuándo el hijo o la hija debe plantearse el matrimonio. Por regla general, una pareja acude a un astrólogo antes de casarse. Los miembros de una pareja no siempre encajan, por ejemplo, puede suceder que tengan puntos de vista demasiado diferentes sobre las cosas o temperamentos que no son compatibles. Cuando acuden a nosotros personas que ya están casadas, no les podemos decir que se divorcien, pero les podemos aconsejar que sean precavidos con la economía o que cuiden su salud.

Apoyó la barbilla en las manos cruzadas y sonrió.

—Como ves hacemos de todo. De consejeros matrimoniales, psicólogos, médicos. Nuestra formación tiene la misma duración que la de los médicos: cinco años más el año de prácticas. Si la persona ha ido a ver a un médico y la medicina no le hace efecto, acude a nosotros.

—¿Qué cualidades debe tener un buen astrólogo? —fue la última pregunta.

—Un buen astrólogo debe ser, ante todo, cariñoso y empático —respondió Tsering—. Su misión es cuidar a otros. A menudo tenemos que entregar información que no es nada agradable, porque la gente acude a nosotros cuando se siente insegura y dudosa, algunos vienen con problemas graves. Nuestro trabajo es encontrar un antídoto. Siempre existe una cura.

El astrólogo que me hizo el horóscopo no me pareció ni demasiado cariñoso ni empático. Se llamaba Sonam y recitó malas noticias, una tras otra:

—Eres una persona cariñosa y leal —afirmó—. Alegre y abierta. Cuando tienes un plan, lo llevas a cabo sin desviarte. Pero tienes muchos problemas de salud. Problemas en la columna vertebral, dolor de cabeza, molestias musculares. Y estás expuesta a

accidentes. Te caes.

—En realidad, no tengo demasiados problemas de salud —dije.

Sonam arrugó el ceño y echó una ojeada rápida a sus anotaciones.

—He repasado los cálculos dos veces. No hay ningún error. —Continuó pasando páginas—. Respecto a tu economía, no se puede hablar de mucha positividad. Fluctúa. En cuanto a las relaciones, gozas de amor. Con los amigos es posible que tengas altibajos. Veo peleas, principalmente más adelante en el matrimonio. Carecéis de base común. Es una situación para nada positiva.

—No, no parece muy positiva —admití.

—En relación con los hijos veo problemas también —continuó diciendo—. Pueden estar relacionados con vuestra salud o con la educación. Por eso debes ser prudente. También tienes que ser precavida en lugares peligrosos. Si llevas a cabo actividades arriesgadas o estás en lugares peligrosos, existen muchas probabilidades de que te ocurran accidentes.

—Parece obvio —murmuré.

Sonam levantó la vista de los papeles.

—Perdona, ¿has dicho algo?

—No, no, ¡continúa!

—A nivel profesional habrá cambios positivos, pero pueden surgir disputas entre colegas o con los jefes —expuso.

—Muchas cosas negativas de golpe —dije.

—Sí, pero también hay algo positivo aquí —dijo Sonam—. Desde ahora hasta que cumplas treinta y ocho años estarás bajo una buena influencia. La vida amorosa será buena. La economía, estable. Pero el próximo año deberás estar alerta. Estarás bajo la influencia de lo que llamamos viento de transición. Tu trigésimo séptimo año es un año con obstáculos. Viene otro año de obstáculos entre los treinta y ocho y los treinta y nueve. Entonces se producirán cambios. ¿Has podido anotarlo?

—Lo anoto todo —le aseguré.

—Te ocurrirán cosas buenas —prometió Sonam—. Entre los treinta y ocho y los cuarenta y dos te ocurrirán cosas buenas y malas. Tendrás problemas de salud. Lo que tenías lo perderás. Si es dinero o marido, es difícil de saber. También veo una disputa con una persona con autoridad, quizás tu jefe.

—Realmente esto no pinta nada bien —observé.

—Pero el periodo entre los cuarenta y dos y los cuarenta y ocho es bueno —se apresuró a añadir—. La economía es estable. Si deseas quedarte embarazada, te quedarás. Pero debes protegerte de una persona de sexo femenino. Puede haber una pelea con una mujer. Ten cuidado.

Siguió pasando hojas.

—El periodo entre los cuarenta y ocho y los cincuenta y tres no es bueno. Tendrás problemas de salud y relacionales. Peleas injustificadas. Personas cercanas desaparecerán. En la vida profesional no obtienes lo que deseas. También veo un pleito. En cambio, el periodo que va de los cincuenta y tres a los cincuenta y cuatro será bueno, en todo caso en comparación con el anterior. Tu carrera irá bien, pero también veo desacuerdos. Problemas con alguien muy cercano. Fluctuación económica. Alguien habla mal de ti a tus espaldas. Tienes que andarte con cuidado.

Continuó pasando hojas, afortunadamente llegó a la última.

—Entre los sesenta y cuatro y los setenta y nueve serás abuela. Tus hijos te dan amor, pero tú no estás satisfecha. Una persona nueva entra en tu vida. Tienes alguien que te cuida cuando estás enferma. —Recogió sus papeles y me miró a los ojos—. Para hablar del futuro inmediato, 2019 no será un buen año.

—No parece que nada de esto vaya a ser especialmente bueno —murmuré.

—Tienes que ser prudente, tanto en lo económico como en las relaciones —me advirtió él—. En 2020 las cosas te irán mejor, pero

probablemente tendrás problemas de salud. Te aconsejo que compres un amuleto contra años difíciles o un amuleto protector de la salud, eventualmente un amuleto vigoroso. Pero por supuesto, hacerlo o no es cosa tuya.

Le di las gracias por la consulta y, sin amuleto, volví al caos de tráfico de McLeod Ganj. Aunque no creía en el horóscopo, decidí que visitaría a otro astrólogo en otro lugar del Himalaya. No estaría de más una segunda opinión.

De buena mañana al día siguiente, la cola en el exterior del templo de Tsuglagskhang se alargaba por la calle de dirección única. Miles de tibetanos exiliados, monjes, monjas y turistas de todos los rincones del mundo habían acudido para asistir al ciclo de conferencias. Había gente por todas partes, cada mínimo espacio de suelo pavimentado, en el interior del templo, estaba cubierto de cojines y peregrinos. Después de buscar un rato, encontré unos centímetros cuadrados libres en el espacio abierto del exterior y me aposenté. Cuando todo el mundo tuvo un sitio donde sentarse, la masa de gente se puso a salmodiar: *«Om mani padme hum, om mani padme hum...».* En todo el templo resonaba el canto apacible.

Un murmullo recorrió el conjunto de asistentes cuando Su Santidad el decimocuarto dalái lama salió de su residencia y atravesó la plaza con su séquito. Todos se estiraban para poder avistar mejor a ese dios vivo y misericordioso, ataviado con el hábito de monje de color púrpura. El enérgico octogenario se entretuvo saludando a los peregrinos sentados en primera fila que, eufóricos, extendían las manos para tocarle. El dalái lama parecía estar como siempre de un humor excelente, su presencia irradiaba paz e indulgencia. Sonreía y dedicaba unas palabras a los peregrinos haciendo caso omiso de la discreta impaciencia de sus acompañantes.

Como la mayoría, tuve que seguir la conferencia en una de las pantallas grandes. Solo los visitantes de Taiwán, a quienes iba

dirigido el ciclo de conferencias, tenían plaza reservada en el propio templo donde el anciano de ademanes suaves y labios risueños tomó asiento en el trono dorado.

Había un silencio sepulcral en el enorme complejo del templo cuando el dalái lama inició su conferencia. Hablaba con entusiasmo y entrega, plena y enteramente presente en todo instante; de vez en cuando se reía entrecortadamente de algo que él mismo había dicho. Los miles de tibetanos exiliados le seguían fascinados. Un intérprete traducía del tibetano al chino en honor de los huéspedes taiwaneses, también había traducción simultánea, vía radio, al inglés, español, francés, hindi y otras lenguas. Nos habían aconsejado a todos que lleváramos una radio portátil de bolsillo para poder escuchar la traducción. A mí me costó hacer funcionar mi aparato recién comprado, que era barato, y solo me llegaban palabras sueltas: *Emptiness… Cosmic beings… The Buddha… The nature of self*. Los auriculares crepitaban infernalmente y la traducción desaparecía en general a los pocos segundos. No solo me pasó a mí. A mi alrededor, la gente manipulaba febrilmente su radio portátil. Quizás habían hecho un largo viaje con la única finalidad de escuchar ese poco habitual ciclo de conferencias y lo único que oían eran palabras sueltas, casi nunca una frase entera: *Emptiness… The Middle Way… true compassion… emptiness… the Truth is that there is no Self… the Path to True and Enduring Happiness… emptiness…* De vez en cuando, el intérprete taiwanés estallaba en risas sin que yo entendiera el porqué, entonces los tibetanos exiliados se carcajeaban fuerte y de corazón. Al final me rendí, dejé de intentar que la radio funcionara y escuché las palabras tibetanas mientras tomaba sorbos del té dulce con leche servido por los monjes que iban pasando.

Alegría Permanente. Empatía genuina. Vacuidad. Té.

El manantial

Mientras que Dharamasala es la capital del budismo tibetano, **Rishikesh**, **372 m s. n. m.**, en la ribera del Ganges, es la capital del yoga. En las transitadas calles del centro, abigarrados letreros invitan a la práctica de todas las imaginables variantes del yoga, desde yoga de la risa a anapanasati yoga, vipassana yoga, iyengar yoga, bikram yoga, power yoga, yin yoga, etcétera. Las ofertas no acababan con el yoga, sino que abarcaban todas las disciplinas existentes para el desarrollo personal y la espiritualidad como el reiki, el chacra curativo, la lectura de las cartas del tarot, la sonoterapia, el despertar kundalini, la terapia ayurveda, la lectura de la mano, la terapia de la vida pasada, la mantrología, la rudraksha, la cristaloterapia, la curación por hipnosis, la sanación a distancia. Un puñado de agencias de viaje se habían especializado en los viajeros que preferían un subidón de adrenalina en versión parapente, rafting o puenting al conocimiento interior. Los cafés seducían con zumos desintoxicantes y tortitas americanas, mientras los hoteles anunciaban desintoxicantes vistas apacibles y energías cósmicas. Las calles estaban abarrotadas de mochileros y amantes del yoga, todos con atuendos de algodón, holgados y coloridos, pero que cubrían poco el cuerpo a juzgar por el estándar indio.

Esta pequeña ciudad al pie del Himalaya cobró importancia en el mapa cuando George Harrison, John Lennon, Paul McCartney y Ringo Starr vivieron en el áshram de lujo del gurú indio Maharishi Mahesh Yogi para meditar. Los miembros de los Beatles habían conocido al gurú el año anterior, cuando este pasó por Gran Bretaña

en una de sus muchas giras por el mundo, y congeniaron con él hasta el punto de aceptar la invitación para hospedarse tres meses en su áshram de Rishikesh.

Se sabe muy poco de Mahesh antes de que obtuviera el título honorífico de maharishi, que significa «gran vidente» o «gran sabio». Nació en 1917 o en 1918, tal vez mucho antes, en 1911; estudió física en la Universidad de Allahabad, en el norte de la India. Cuando acabó la carrera, fue alumno de Swami Brahmananda Saraswati, conocido como Guru Dev, «Maestro Divino». Cuando Saraswati murió en 1953, Mahesh se retiró a las montañas del Himalaya para meditar. Tras dos años de elevada soledad, volvió a la civilización e instruyó a las masas en un tipo de meditación que él mismo había desarrollado y a la que llamó meditación trascendental, MT en su forma abreviada. Meditando veinte minutos dos veces al día y repitiendo para sí un mantra secreto, según Mahesh, o maharishi, como se denominaba él mismo, el practicante adquiere parte de la «inteligencia creativa» del universo y experimenta «el Yo interior» y una paz absoluta. El maharishi propagó rápidamente sus enseñanzas desde la India al mundo entero y se dispuso a hacer largas giras en las que guiaba a un público occidental ávido de espiritualidad y de la técnica de meditación «apta para todos».

La estancia en Rishikesh fue una experiencia diversa para los cuatro músicos y sus parejas. Ringo Starr y su mujer, Maureen, se marcharon a los diez días. Starr no toleraba la picante comida india y no lo ponía más fácil que su mujer sufriera de entomofobia, fobia a los insectos. A George Harrison ya hacía mucho que le fascinaba la cultura india y se entregó con entusiasmo a la meditación, pero ninguno se mostró más entusiasmado que John Lennon, que meditaba durante horas cada día. Después de un mes y medio, Paul McCartney también se hartó de la vida en el áshram y volvió a casa. Harrison y Lennon se quedaron en la India y sus fans temieron que

se instalaran allí para siempre.

Sin embargo, el 12 de abril, tras dos meses de estar en el áshram, Harrison y Lennon se fueron de la India a toda prisa, acompañados de sus esposas y de Alexis Mardas, más conocido como el Magic Alex, un griego, ingeniero en electrónica, que en aquel periodo tenía una relación estrecha con los miembros de la banda. Visiblemente, los cuatro fabulosos tenían en esa época una gran debilidad por los autoproclamados sabios que se prodigaban con grandes promesas, y Mardas les había prometido un sinfín de maravillosos inventos, desde paredes sónicas hasta pintura invisibilizadora y platillos voladores. El griego, ingeniero en electrónica, había acudido al áshram cuando McCartney ya se había marchado y empezó a esparcir rumores comprometedores sobre el maharishi. Y al final consiguió convencer a un escéptico Lennon y a un todavía más escéptico Harrison de que el maharishi ligaba con sus discípulas y que se acostaba con una de ellas, una joven enfermera estadounidense. Profundamente decepcionados por que el ascético sabio mostrara los mismos intereses carnales que cualquier músico de rock corriente, los dos miembros de la banda que quedaban decidieron marcharse de la India. En el automóvil de camino al aeropuerto, Lennon compuso una canción que en un principio tituló «Maharishi», pero Harrison le propuso el título «Sexy Sadie» para proteger al gurú: *«Sexy Sadie, what have you done? You made a fool of everyone»* (Sexy Sadie, ¿qué has hecho? Te burlas de todo el mundo).

Tanto Harrison como McCartney continuaron practicando meditación trascendental y muchos años después volvieron a ponerse en contacto con el maharishi. El gurú falleció en 2008, y al año siguiente McCartney y Starr tocaron juntos en un concierto destinado a recoger fondos para que los niños pobres de todo el mundo aprendieran meditación trascendental. El áshram de Rishikesh había estado cerrado durante más de diez años,

abandonado a las fuerzas de la naturaleza. Hace pocos años abrió sus puertas de nuevo con el nombre de The Beatles Ashram. Por 600 rupias, un poco más de 1 euro, se puede acceder al enorme y desolado complejo y pasear por los edificios totalmente cubiertos de vegetación.

La mayor parte de los edificios se construyeron según el estilo indio con ventanas arqueadas y divisiones en cuadrícula. Ahora que el complejo estaba a punto de ser recuperado por la naturaleza, recordaba a las ruinas mayas de la jungla en Guatemala. Las ruinas son atemporales; no solo el tiempo se ha detenido en ellas, sino que parece que vayan hacia atrás de manera que el pasado se convierte en algo más que mero pasado, los edificios abandonados se convierten en algo más grande, se convierten en historia. Algunos de esos edificios, como la cafetería donde servían comida picante a Ringo Starr, estaban construidos acordes con el estilo futurista de los años sesenta. Ahora, el centro rodeado de palmeras y monos parecía una miniatura de Chernóbil plantificada en la jungla. Las cabinas de meditación hexagonales, debajo de la cafetería, estaban rodeadas de jungla salvaje y gruesas capas de musgo: en los trópicos todo crece muy rápido. También había una piscina y un helipuerto en la propiedad, pero no los encontré entre la maraña de árboles.

Al contrario que en la jungla guatemalteca, allí tenía las ruinas enteramente para mí. Me paseé por todas partes completamente sola, sin otros seres vivos que los monos y los pájaros de colores vistosos. Medio siglo antes, cuatro tipos de Liverpool se movieron por esos lares; entre meditación y meditación, rasgaban la guitarra y el sitar y garabateaban las letras de sus canciones. Muchas de las más de treinta canciones que compusieron allí, como «Dear Prudence», «Back in the USSR» y «Blackbird», alcanzaron la inmortalidad en la medida en que las canciones pop pueden hacerlo. El lujo material con el que se rodearon estos músicos ya pertenece a un pasado atemporal, un destino compartido por todas

las ruinas del mundo.

Continué adentrándome en la jungla, pasé los letreros que hacían propaganda del efecto científico de la meditación trascendental y entré en un vestíbulo que parecía un garaje desvencijado, con ventanas como fauces y tejado de hojalata. En las paredes, John, Paul, Ringo y George estaban inmortalizados en un grafiti negro, con el barbudo maharishi entre ellos. En el suelo, sentadas en la postura de la flor de loto, había diez o doce mujeres occidentales. Un indio bajito, que llevaba un holgado ropaje blanco con pliegues y una larga barba gris, guiaba la sesión sin palabras.

Después de unos minutos de excelso silencio dejé a las mujeres meditando y volví al centro de la ciudad. El sendero estaba desierto, no había ni un alma, aparte de las vacas escuálidas que comían basura en la cuneta. Sin embargo, junto a los templos situados a lo largo de la ribera del río, estaba lleno de gente. Los músicos tocaban los tambores y otros instrumentos rítmicos, muchachos vestidos con túnicas naranja sostenían lámparas de aceite encendidas y platos mientras murmuraban mantras. Los peregrinos allí presentes se iban pasando las lámparas de aceite y rozaban las manos en la llama para recibir bendiciones. Muchos traían consigo barquitos hechos con hojas de plátano, llenos de flores, incienso y velas que ponían a navegar por el Ganges, una ofrenda a los dioses y al propio río, todavía bastante limpio e impoluto allá arriba en las montañas. Una mujer de unos sesenta años con una larga cabellera gris, vestida con holgadas ropas de algodón blanco, se deslizaba por las escaleras y daba un sermón, como si salmodiara en un nasal inglés estadounidense, sobre la armonía y los rituales sagrados. Hablaba mucho, pero repetía las mismas palabras e ideas todo el rato. Rituales sagrados, armonía, paz. Paz, rituales sagrados, armonía. Otra mujer occidental mayor, también vestida con telas blancas drapeadas, vivía tan intensamente el ritual que la gente a su alrededor tenía que apartarse para hacer sitio a los fuertes y

extasiados ademanes de sus brazos.

1968 fue ayer mismo.

La revisión de mi horóscopo me llegó espontáneamente. Estaba sentada comiendo una tortita en un restaurante con un nombre un poco ambiguo, Holy Crêpe («Sagrada Crepe»), cuando un joven con barba y ojos rasgados se me acercó y me preguntó si podía fotografiarse conmigo. Le hizo señas a un amigo y este se acercó corriendo y tomó una foto.

—¿Puedo sentarme contigo para hablar un poco? —me preguntó después.

Asentí con la cabeza; no tenía nada mejor que hacer. Tomó asiento y se presentó como Samarth.

—Tengo veintiocho años y soy profesor de matemáticas y escritor —me informó—. Mi primer libro verá pronto la luz. Trata de historia, economía y Europa.

Olía a sudor añejo, no obstante, iba más arreglado que la mayoría de los mochileros del local.

—Además de ser profesor de matemáticas, historiador y escritor, también soy astrólogo —añadió.

—Interesante —dije—. Precisamente me acaban de hacer un horóscopo en Dharmasala y solo me anunciaba miserias.

—No veo ningún problema —dijo Samarth—, pero eso es lo que hacen. Dicen cosas muy negativas para preocupar a la gente.

—¿Tienes formación como astrólogo?

—Para serte sincero no tengo una formación reglada, pero dame tu fecha de nacimiento y te lo diré todo sobre ti.

Se la di y se puso a colocar las cifras en complejos diagramas que tenía en una libreta; sumaba, restaba y barajaba cifras.

—Eres muy emocional —dijo al fin—. Viajas mucho.

—Sí —dije—. Claro, estoy aquí.

—Pero principalmente los últimos cinco años has viajado mucho —dijo Samarth—. Ha sido extremo. Eres inquieta, llena de

sentimientos, a menudo no puedes dormir porque te abruman tantas emociones. ¿Fumas o bebes? En todo caso, si lo haces, es para apaciguarlas. Te enamoraste en 2007, ¿cierto?

Lo negué con la cabeza.

—Dentro de dos años obtendrás un gran logro —prosiguió, impasible—. Tendrás un gran éxito y ganarás mucho dinero.

—El astrólogo tibetano me pronosticó desgracias para dentro de dos años —dije.

—No, no, habrá un cambio, pero será muy positivo —opinó él—. Ganarás mucho dinero. Deberías invertirlo en una propiedad, sería bueno.

Me miró con tanta intensidad que me entró prisa por irme. Pero antes me dio su número de teléfono y su dirección de correo electrónico por si necesitaba más orientación.

Haridwar, **314 m s. n. m.**, la ciudad vecina, es todavía más grande, más fea y más sagrada que Rishikesh. Aquí el Ganges llega a las tierras bajas de la India. Según el hinduismo fue aquí donde la diosa Ganga descendió a la tierra una vez que Shiva liberó de sus rizos las poderosas aguas del río. A pesar de que Haridwar solo está a unos veinte o treinta kilómetros de Rishikesh, el viaje en automóvil nos llevó dos horas. Los vehículos estuvieron parados interminables ratos mientras los chóferes pitaban sin parar.

El aparcamiento estaba un poco apartado del templo principal, pero era solo cuestión de seguir a la multitud. Decenas de miles de personas se habían congregado a orillas del río para presenciar el diario ritual del atardecer. Coger sitio en el lado del templo que daba al río era impensable, pero pude hacerme un hueco en la ancha pasarela construida en medio, frente al templo. No vi a ningún otro extranjero entre ese mar de gente y los entusiastas peregrinos me empujaban todo el rato hacia delante: «¡Avanza más para que puedas verlo mejor!», me animaban amablemente. «¡Ve, ve, no seas tímida!»

Al otro lado del río, sacerdotes hindúes balanceaban lamparillas de barro encendidas de un lado para otro en la incipiente oscuridad de la noche. Todo el mundo alzaba los brazos en estado de puro éxtasis, miles de voces se elevaban y descendían unidas en un solo canto. Mandaron una lamparilla de barro encendida en mi dirección y el joven estudiante a mi lado insistió en que yo hiciera lo mismo que los demás y mantuviera las manos encima de la llama. Trae suerte, me prometió.

—Ahora debemos bajar al agua —dijo después señalando con la cabeza el barquito hecho de hoja de plátano que sujetaba con las manos. Se abrió paso entre el gentío sin problemas y yo le seguí. En la orilla, llamó a un sacerdote vestido con ropa de color naranja y en la negociación le dejó claro que debía incluirme a mí en la oración, tenía que rezar por los dos. El estudiante de doctorado se puso en cuclillas y encendió una candela que descollaba como un mástil sin vela en el barquito de piel de plátano.

—¡Pongámoslo juntos a navegar! —Me sonrió, y juntos lanzamos el barquito lleno de incienso y flores a navegar por el Ganges. El frágil artilugio se balanceaba peligrosamente en el embravecido río, pero no volcó. La llama parpadeaba levemente cuando la pequeña embarcación fue arrastrada por la corriente y siguió a Madre Ganges un pequeño tramo de su largo recorrido hasta el golfo de Bengala.

—Ahora tienes que verter leche en el río —me explicó el estudiante de doctorado. A nuestro lado había un niño ya preparado con tazas metálicas y leche. Le di diez rupias —recibí instrucciones estrictas de no pagarle más— y él me entregó dos tazas de leche.

—Vierte despacio la leche en el río —me indicó el estudiante de doctorado y él hizo lo mismo. El líquido blanco desapareció en el agua verde y espumeante. Mi ayudante resplandeció—: ¡Muy bien! —me alabó—. ¡Ahora hay que bañarse!

La guía de viaje iba llena de advertencias sobre personas que

ofrecen asistencia a los turistas durante el ritual del atardecer y después les exigen mucho dinero, pero afortunadamente la gente suele ser más amable de lo que pretenden los autores de tales guías de viaje. El estudiante de doctorado se quitó las sandalias y, alborozado, metió los pies en el agua. Yo hice lo mismo. Después se llenó las manos del líquido y lo roció por encima de la cabeza. Yo hice lo propio y él me sonrió feliz.

—Aquí el agua es limpia y fría —comentó—. El Ganges nace en este lugar, se forma exactamente aquí. Por cierto, ¿de dónde eres?

—De Noruega.

Se quedó un instante pensando.

—El Ganges es para nosotros como el Támesis para los europeos —dijo—. Un río sagrado. ¿Te sientes feliz ahora?

—Sí —dije, y era verdad. Quizás más por el gentío, la euforia y la alegría por haber sido bien acogida que por las llamas, los rezos y el agua, pero ¿quién sabe? Madre Ganges corría veloz y poderoso, ancho y limpio ante nuestros ojos; el fragor del río casi ensordecía la voz alegre de los peregrinos.

—¿Eres feliz entonces? —le pregunté.

Él esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Sí! ¡Es la primera vez que vengo!

A pesar de que ya había anochecido del todo, todavía había una actividad febril junto al río. Muchos peregrinos estaban en pleno baño nocturno purificador. No se contentaban con meter los pies, sino que zambullían todo el cuerpo. Había cadenas colgadas a las que agarrarse mientras el agua los bendecía. El joven Ganges es turbulento aquí arriba en las montañas, con la ayuda de la fuerza de la gravedad. En la pasarela, había una larga hilera de mendigos sentados junto a la barandilla, todos con las manos extendidas, la mirada implorante y deformidades, su único capital, que exponían a las miradas: prótesis, muñones, enormes pies de equino con pliegues de piel flácida.

El viaje de vuelta en automóvil fue a un pausado ritmo de footing. Al llegar al gran letrero que da la bienvenida a Rishikesh, el chófer paró de golpe y saltó del coche sin mediar palabra. Había *rickshaws,* coches y motocicletas abandonados en la cuneta y por toda la carretera; delante de dos tenderetes iluminados se habían formado largas colas. Al poco rato, el chófer volvió con una expresión apacible en el rostro y dos botellas marrones de cristal. Dado que Rishikesh y Haridwar son consideradas ciudades sagradas por el hinduismo, la venta de alcohol está prohibida dentro de sus límites perimetrales. Sin embargo, justo a la entrada de la ciudad se podía adquirir sin problemas.

El coche no quería arrancar, el motor carraspeaba y tosía, y después se ahogó. Lo mismo se repitió varias veces y tuvieron que empujarnos para poder ponerlo en marcha.

—*Instant karma*[*] —comenté yo.

El chófer gruñó algo a modo de respuesta, su expresión apacible había desaparecido. Las botellas marrones tintinearon al cruzar la puerta de entrada a la ciudad sagrada.

¿Dónde nace o expira un río?

Por de pronto, quizás resulte más plausible hablar de dónde muere el Ganges que de dónde nace. Tras haber discurrido a lo largo de más de 2.500 kilómetros por las llanuras del norte de la india desde las montañas del Himalaya, alimentado por afluentes continuamente, el Ganges confluye con el Brahmaputra, que tiene un recorrido todavía más largo ya que nace justo en el Tíbet. Juntos se ramifican y forman una intrincada red de ramales principales y secundarios que sumados conforman el delta más grande del mundo y son la base de la existencia de los cerca de ciento sesenta millones de personas que habitan Bangladesh. Al final, tras recorrer un trayecto que le ha llevado a través de cinco ciudades sagradas, desemboca en el golfo de Bengala, más o menos donde la gigantesca placa continental euroasiática se encuentra con las placas tectónicas

índica y birmana.

De todas formas, ¿dónde muere un río en realidad? Todos los ríos de la tierra, también el sagrado Ganges, participan en el eterno ciclo del agua. La superficie del mar se evapora y se forman las nubes que se convierten en lluvia, nieve y glaciares y que a su vez forman los ríos, estos tras un largo o corto recorrido van a parar al mar o a lagos, donde el ciclo recomienza.

A juzgar por las fuentes del hinduismo, el trayecto vital de este río se inició mucho antes de que este alcanzara la tierra. Según una leyenda, Ganga, la diosa del río, es la hija de Himavat, el dios de la nieve y las montañas, dios del Himalaya. En sánscrito el nombre Himavat, que significa nieve o hielo, también es usado para el Himalaya, y así el dios y las montañas pasan a ser uno solo. Según otra leyenda, el Ganges nace mientras Visnú mide la longitud del universo. Cuando el dios estira su pie izquierdo, la uña de su dedo gordo alcanza el confín del universo y excava un agujero. El mar que rodea la obra del creador irrumpe dentro del universo a través de ese agujero y forma el río Ganges, lavando sus sagrados pies cubiertos de azafrán.

El Ganges no desciende hasta la gente *ipso facto*. Según la leyenda, el rey Sagara manda a su caballo a recorrer la tierra, un ritual que ya había realizado varias veces antes, pero en esa ocasión no vuelve. El rey manda a sus sesenta mil hijos en busca del caballo. Finalmente lo hallan atado en la cueva del asceta Kapil Muni. Como es natural, los hijos sospechan que el asceta lo ha robado, irrumpen en la cueva y empiezan a insultarle. Kapil Muni, que se hallaba en estado de meditación profunda, abre los ojos por primera vez después de muchos años, se pone tan iracundo que su mirada convierte en ceniza a los sesenta mil príncipes. Cuando el rey Sagara se entera de lo sucedido, envía a uno de sus nietos a visitar a Kapil Muni para informarse de qué se puede hacer para salvar a sus hijos. Y recibe el mensaje de que sus hijos solo podrán

volver a la vida si son purificados con las aguas del Ganges. Entonces otro de sus nietos, Bhagirath, vive como asceta en las montañas del Himalaya durante mil años para convencer a Brahma, el dios creador del universo, de que vierta el Ganges sobre la tierra. Finalmente, Brahma acepta, pero primero hay que convencer a Shiva para que suavice la caída del río; si no, su peso destruirá el globo terrestre. Bhagirath tiene que mantenerse sobre un dedo del pie todo un año antes de que Shiva acepte atrapar al furioso Ganges entre sus cabellos. Con sus mechones rizados, Shiva divide el río en tres: Bhagirathi, Alaknanda y Mandakini y los vierte sobre la tierra. Esos tres ríos, o mechones de pelo, que todo el mundo considera sagrados en el hinduismo, nacen en los glaciares de la parte india del Himalaya. Alaknanda y Mandakini se unen tras unos 70 kilómetros de recorrido y, unos kilómetros más abajo, Alaknanda y Bhagirathi confluyen dando lugar al nacimiento del Ganges.

Desde tiempos inmemoriales, los hindúes han considerado el Ganges como el más sagrado de todos los ríos, personificado en la diosa Ganga a menudo llamada Maa Ganga, Madre Ganges. Los hindúes creen que un baño en el Ganges puede purificarlos de todos los pecados y con ellos aumentar las posibilidades de alcanzar el *moksha,* la liberación del ciclo de nacimientos y muertes repetidas. Cientos de miles de peregrinos enfermos acuden a las ciudades por donde pasa dicho río, se dirigen a sus orillas para morir y ser incinerados en sus aguas sagradas, millones de hindúes han muerto con gotas del Ganges en sus labios.

Con sus algo más de 2.500 kilómetros de recorrido, el Ganges ocupa un lugar muy bajo en la lista de ríos más largos del mundo. Pero si se piensa en la importancia de los grandes ríos no por su longitud sino por la cantidad de personas que dependen de ellos, el Ganges ocupa el primer lugar. Más de una tercera parte de la población de la India y prácticamente todos los habitantes de Bangladesh, en total más de quinientos millones de personas, se

abastecen del agua del Ganges. Beben agua del río sagrado, se lavan en él y tanto la agricultura como la industria de sus riberas se mantienen vivas gracias a ese río. Por desgracia, el Ganges también ocupa un lugar destacado en la mucho menos honorable lista de ríos más contaminados del planeta. Las ciudades situadas en sus orillas producen cerca de tres mil millones de litros de vertidos de cloaca cada día, la mayor parte de estos se arrojan al río sin ser tratados previamente, lo que ha causado que bacterias multirresistentes prosperen en las aguas sagradas. Además industrias químicas, hospitales, mataderos, destilerías, etcétera, también vierten grandes cantidades de basura contaminante, incluyendo cromo y mercurio.

Todo ello va a parar por consiguiente al golfo de Bengala tras recorrer cerca de 2.500 kilómetros. Pero de nuevo: ¿dónde nace el Ganges? Cartógrafos y etimólogos opinarán quizás que inicia su recorrido en la pequeña ciudad de Devprayag, a dos horas de coche al noroeste de Rishikesh, en la confluencia de los ríos Bhagirathi y Alaknanda y en adelante se llamará Ganges. Hidrólogos y geógrafos argumentarán que el Ganges nace en el glaciar Satopanth, donde el Alaknanda tiene sus fuentes. Debido a la longitud y gran caudal del río Alaknanda, sería lógico pensar que este lugar también es el nacimiento del Ganges.

Sin embargo, la mayoría de los hindúes consideran que el Ganges nace donde se origina el río Bhagirathi, a los pies del glaciar Gangotri.

El trayecto en coche desde Rishikesh a **Gangotri**, **3.415 m s. n. m.**, nos llevó más de diez horas. La carretera estaba en un mal estado impactante, pero los minibuses cargados a tope de peregrinos y guarnecidos con banderas locales y dioses también locales en el techo, se esforzaban valientemente por subir para llegar al sagrado destino.

En Gangotri, la temperatura rondaba los cero grados tanto en el

interior como en el exterior. Una calle estrecha llena de tiendas y chiringuitos que vendían incienso, flores y otros regalos para ofrendas, conducía a un templo pequeño. Era ya avanzada la tarde y el templo del siglo XIX estaba cerrado. La mayoría de los peregrinos ya hacía un buen rato que se habían marchado hacia el siguiente santuario. El templo de Gangotri es uno de los cuatro destinos de peregrinaje de la pequeña ruta Char Dham, que significa «las cuatro casas», una ruta de peregrinaje del Himalaya que todo devoto sueña con realizar. Los que consiguen visitar las cuatro casas expían sus pecados y aumentan sus posibilidades de alcanzar el *moksha*. El viaje dura diez o doce días en coche, pero los peregrinos ricos y ocupados pueden hacerlo en dos días en un helicóptero.

Cuando el cielo sobre las montañas se tornó rosa, un puñado de sacerdotes ateridos de frío bajaron a la orilla del río, vestidos con gorros de lana y gruesos chalecos de plumas encima de las blancas túnicas de algodón. Cumplidores, encendieron las lamparillas de barro que luego pasaron a la gente, acompañados de suaves ritmos de tambor y oraciones salmodiadas. Tres o cuatro peregrinos, recubiertos de chaquetas de invierno y manoplas polares, se dejaron bendecir por las llamas y con pasos lentos entraron en el agua para poner a navegar cada uno su barquito hecho con hojas de plátano. Aquí arriba, el Bhagirathi o Ganges, todavía limpio y no contaminado, bajaba sano y con fuerza por delante del templo. Tan pronto como el sol desapareció, los sacerdotes y los peregrinos se apresuraron a volver al calor del edificio.

Al propio manantial solo se puede acceder a pie. Todos los peregrinos y turistas caminantes tienen que registrarse antes de obtener permiso para iniciar el trayecto. En teoría la oficina de registro debía abrir a las ocho, pero en la práctica no se abría antes de que el soldado responsable del registro tuviera a bien personarse. A las ocho y media, un soldado de mediana edad, cansado y malhumorado, tomó asiento detrás de su escritorio para emprender

el quehacer diario. Estaba prohibido ir solo al manantial, así que me asignaron un porteador, un joven tímido que sabía casi tantas palabras de inglés como yo de hindi. Yo había intentado aprender hindi antes de iniciar el viaje y me había esforzado mucho para aprender el alfabeto devanagari y las extrañas formas verbales. A pesar de mis buenas notas en los exámenes, solo recordaba una frase tras horas y horas de estudio y memorización: *«Ajika mausam ajha hai»,* «Hoy hace buen tiempo». También sabía decir lo contrario: *«Ajika mausam ajha nahi hai»,* «Hoy no hace buen tiempo». Y eso era todo.

Un sendero ancho de piedra y cemento ascendía suavemente por la ladera del valle, bañado por el sol y flanqueado por altas montañas cubiertas de verde. Andábamos entre bosques de rododendros eternamente verdes y bosques de abetos nobles, pinos rojizos y cedros del Himalaya, una especie de la familia pinácea de aspecto desabrido, muy adaptada a la alta montaña. Mi plan era caminar tranquilamente y hablar con los peregrinos que encontrara por el camino, pero me dio por adelantar a cuantos más mejor y llegar lo antes posible. Debí de ser presa de la influencia que han ejercido las excursiones dominicales de mi infancia por la región oeste de Noruega. De todas maneras, no es que hubiera muchas personas con las que entablar conversación. La mayoría de las que encontré y adelanté eran turistas occidentales. Los pocos indios con los que me crucé eran transportados a caballo. Entrada la tarde presencié una imagen que me costará olvidar: un hombre encorvado y musculoso caminaba balanceándose por el peso de una canasta a sus espaldas en la que llevaba a una rellenita mujer india. Pensé que debía de ser paralítica y me dio pena, pero unos kilómetros más adelante avisté otra, y esa vez, la mujer dentro de la canasta era joven y vital, y además llevaba ropa deportiva cara. Iba sentada con los pies bamboleándole en el aire y con unas novísimas botas de montaña puestas, la llevaba pesarosamente un porteador encorvado,

paso a paso, hacia el manantial.

Había empezado a oscurecer cuando llegué al pequeño campamento donde iba a pasar la noche. Me aseguré una cama en una tienda para ocho que compartí con mochileros de Canadá, Francia e Israel. Hacía tanto frío en esa sencilla tienda que todos nos enfundamos en nuestros sacos de dormir a las siete de la tarde. Ya de noche me desperté con un terrible dolor de cabeza, nos hallábamos a 4.000 metros de altura. El generador ya no hacía ruido y estaba más oscuro que boca de lobo tanto fuera como dentro del saco. Abandoné el saco gateando y salí despacio a la noche estrellada. Sobre mi cabeza atenazada por el dolor serpenteaba la Vía Láctea como un camino blanco y celestial. Los indios la llaman *Akasaganga,* el Ganges celestial.

En los últimos kilómetros de trayecto hasta el manantial, se puede decir que el sendero desaparecía. Allí no servía ni el caballo ni la canasta; los peregrinos tenían que utilizar sus propios pies. Equipados con bastones y sandalias baratas, ancianos de piel morena caminaban despacio y obstinadamente por ese rudimentario sendero. El último tramo tuvimos que trepar por rocas y subir por empinadas laderas inestables y expuestas a desprendimientos, de las que bajaban piedras todo el rato.

El antiguo sendero que llevaba al glaciar Gangotri había sido totalmente arrasado por la enorme inundación de 2013. Fuertes lluvias inusuales de varios días habían provocado que muchos ríos hubieran quedado bloqueados por árboles y sedimentos procedentes de las montañas. Cuando el bloqueo cedió, enormes cantidades de agua se precipitaron incontroladamente laderas abajo y arrastraron pueblos y gente. Más de cinco mil personas perdieron la vida en esas inundaciones y Kedarnath, uno de los cuatro destinos de peregrinaje de la ruta Char Dham, quedó muy afectado. El propio templo sobrevivió de milagro, pero peregrinos, porteadores, caballos, hoteles, tiendas y cafés fueron barridos por las enormes

masas de agua. Ese tipo de lluvias copiosas no son habituales en las montañas, pero van a ser cada vez más frecuentes, al igual que otros tipos de manifestaciones climáticas extremas.

Casi no vi el glaciar Gangotri debido a la grava. Estaba cubierto de arena negra y piedras pequeñas que ocultaban el hielo. De una abertura oval manaba agua fría y clara. Me había imaginado que vería correr un arroyuelo, pero el Ganges era sorprendentemente turbulento ya desde su nacimiento. Al manantial los hindúes le han puesto el nombre de **Gaumukh**, **4.023 m s. n. m.**, que significa «boca de vaca», y realmente el parecido de esa abertura con ese tipo de bocas era extraordinario. La vida de quinientos millones de personas depende del agua del deshielo que emana de la boca de vaca de ese manantial aparentemente eterno.

Pero ese eterno manantial está a punto de derretirse. Al igual que el resto de los glaciares del Himalaya, el Gangotri retrocede. Hace doscientos años, tenía 3 kilómetros más de recorrido que ahora, y con cada año que pasa se acelera el deshielo. Sin embargo, lo más preocupante no es que retroceda, sino que, al igual que tantos otros glaciares, pierde densidad y por eso alberga menos cantidad de hielo, lo que los hace más vulnerables. El agua del deshielo procedente del Himalaya representa cerca del 70 por ciento del caudal del Ganges, y ahora los glaciares se derriten a una velocidad alarmante. Aunque la cantidad total de precipitaciones vaya a ser la misma también en el futuro, el caudal de agua del río no será igual de regular. A las inundaciones les seguirán sequías, que a su vez irán acompañadas de inundaciones, un terrible ciclo de pesadilla.

Por el momento es fácil responder a la pregunta dónde muere el Ganges, pero en un futuro próximo no es improbable que Maa Ganga no llegue totalmente al mar en determinados periodos del año.

Abajo en la orilla, un joven delgado se lavaba en cuclillas. Se había quitado toda la ropa a excepción de la interior, pero no

parecía tener frío. Advirtió mi presencia y me sonrió feliz. Le devolví la sonrisa. El sol brillaba en el cielo azul metálico y la maravillosa agua del glaciar borboteaba verdosa ladera del valle abajo, con curso firme hacia las superpobladas llanuras del norte de la India.

El champán de las montañas

La estrecha carretera que subía a Darjeeling estaba plagada de curvas cerradas. El aeropuerto más cercano, **Bagdogra**, **136 m s. n. m.**, estaba situado en las tierras bajas, a 100 kilómetros de distancia de la meca del té. Lentamente ascendía de nuevo a través de un neblinoso paisaje verde intenso. Sin previo aviso, el conductor salió de la carretera y paró de golpe junto a un chiringuito destartalado. Salió del coche de un salto, le entregó un billete arrugado al tendero y se quedó en el arcén sorbiendo un té especiado con leche.

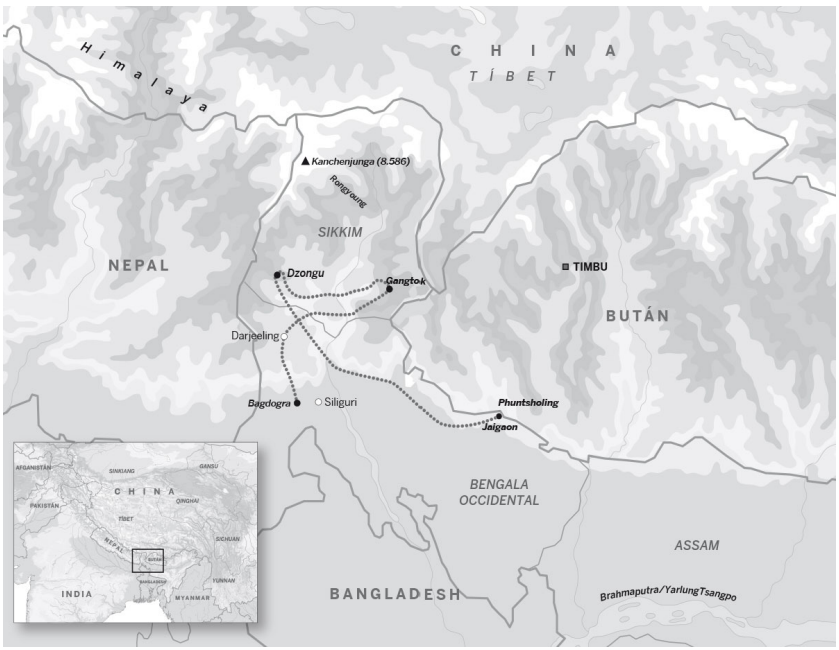
Los indios son, como era de esperar, grandes bebedores de té. Si se mira la población en su conjunto, el consumo anual en sí mismo no es demasiado elevado, unos tres cuartos de kilo por habitante. Los británicos beben el doble y los irlandeses casi tres veces más, pero nadie gana a los turcos, que tienen el récord en más de tres kilos, lo que equivale de promedio a unas ciento treinta tazas de té por habitante al año. Muchos indios son tan pobres que no pueden pagarlo, pero los que sí pueden, en contrapartida, beben mucho.

En realidad, fueron los británicos los que trajeron el té a la India. Los arbustos del té crecían salvajes en el valle del Brahmaputra, en Assam, y solo el pueblo singhpo, un pequeño grupo étnico con raíces en Myanmar, conocía la bebida antes de que llegaran los británicos. A mediados del siglo XVIII el té despertó el interés de los ingleses y desde entonces fueron grandes consumidores de esta bebida. A inicios del siglo XIX, emprendedores comerciantes británicos consiguieron que las plantas de té pasaran de

contrabando a la India a través de la frontera con China y convencieron a expertos agricultores chinos que trabajaran para ellos. El plan consistía en poner en marcha el cultivo del té a gran escala en las tierras bajas de Assam para reducir los costes de la importación, pero se vio que la variedad china de la planta del té se adaptaba mal a las llanuras indias y la mayoría de las plantas morían al poco tiempo de ser plantadas. La solución fue cruzar la variedad china con los arbustos de té, más robustos, que ya crecían salvajes en el valle del Brahmaputra y con los que se conseguía una bebida más oscura, más fuerte, aunque menos refinada. El resultado fue un éxito: en la actualidad, la India es el segundo país productor de té.

Pasó mucho tiempo antes de que los indios fueran partidarios del cultivo de los nuevos arbustos del té. En el libro *Las claves de la salud,* Gandhi advierte contra esa bebida, opinaba que era perjudicial para la salud porque contenía taninos, una sustancia que se usa para endurecer el cuero y la piel. Gandhi opinaba que producía un efecto parecido en el estómago y aconsejaba beber agua hervida con un poco de leche y azúcar. Los indios se aficionaron al té muchos años después de la muerte de Gandhi, fue durante la revolución verde de la década de 1960, consistente en hacer la agricultura más efectiva a gran escala con la introducción de maquinaria, fertilizantes artificiales y pesticidas. En realidad, no fue una revolución precisamente verde. La contaminación del Ganges y otros ríos se aceleró de forma alarmante en esos años. Casi al mismo tiempo se inició un nuevo método de producir té mecánicamente para ganar terreno. Las hojas de té se colocaban en máquinas que las cortaban o las aplastaban, las troceaban en pedazos más pequeños y las enrollaban formando pequeñas bolitas. El método se llama CTC: *crush, tear, curl* (triturar, despedazar, enrollar), y permitía producir un té apto para ser hervido y adaptado al paladar indio, pero de forma mucho más económica

que el producido con el método ortodoxo de enrollado, bastante más laborioso. Porque los indios beben mayormente *masala chai,* té negro hervido y especiado con cardamomo, jengibre y canela, al que añaden leche fresca o en polvo y grandes cantidades de azúcar. En la actualidad, la mayor parte de la producción es mecánica y más del 70 por ciento del té que producen se queda en el país. Hace ya mucho tiempo que los británicos han tenido que acudir a otros mercados para comprar té.



Sin embargo, en Darjeeling, CTC son palabras prohibidas y casi toda la producción se exporta al extranjero a precios muy elevados.

Desde la ventanilla del coche tenía vistas a los arbustos de té hasta donde alcanzaba la vista. Bajos y verdes, cubrían el paisaje ondulado como un manto. Cuando llegamos a **Darjeeling**, **2.042 m s. n. m.**, el tráfico se detuvo por completo y los coches quedaron atascados en largas hileras desordenadas, petrificados en una eterna cola cacofónica. En la cuneta había basura esparcida por

doquier y una densa neblina agazapada sobre la ciudad borraba los contornos del Himalaya.
Una fragancia de té recién fermentado flotaba sobre la pequeña fábrica de té Happy Valley.

—A causa de la altura, el aire húmedo y la tierra fértil, Darjeeling es especialmente apropiado para el cultivo del té —me informó Sitam, el joven asistente de producción que me enseñó la fábrica.

Sitam presentó como algo obvio que Darjeeling era especialmente apropiado para el cultivo del té, pero la verdad es que nadie, ni siquiera los más expertos botánicos, creyeron que la planta del té se adaptaría a semejantes altitudes, en una zona tan lluviosa y con poco sol. Darjeeling está a 2.000 metros, en el rincón más húmedo y fértil del Himalaya, circundado por Nepal al oeste, el Tíbet y Sikkim al norte y Bután al este.

En sus orígenes, Darjeeling formó parte del pequeño reino de Sikkim. A finales del siglo XVIII, Sikkim tuvo problemas importantes con su vecino del oeste, el reino de Gorkha, que ejercía su soberanía en grandes partes del actual Nepal. En pocos años, los gorkhas habían conquistado importantes territorios, pero cuando en 1814 quisieron someter el resto de Sikkim, fueron detenidos por la Compañía Británica de las Indias Orientales. Más tarde, los británicos devolvieron los territorios liberados a Sikkim, pero no fue gratis. Los británicos tenían una especial predilección por las llamadas estaciones de montaña, lugares de descanso situados en las montañas. El aire era más puro y fresco que en las llanuras, donde el calor podía ser insoportable en verano. Las exuberantes colinas de Darjeeling destacaban como un lugar excelente para sanatorios. Además, su ubicación cerca de la frontera con Nepal y el cerrado y misterioso Tíbet no podía ser más estratégica. Originalmente el lugar fue llamado Dorje Ling, «la Tierra del Rayo», y había tomado el nombre de un monasterio budista situado allí. A excepción de algunas aldeas, la zona estaba deshabitada. El chögyal, el rey de

Sikkim, al principio no estaba dispuesto a arrendar el territorio a los británicos, pero cuando estos volvieron a impedir que los gorkhas sometieran Sikkim entero en la década de 1830, se firmó el acuerdo de arrendamiento.

Unos años más tarde, en el otoño de 1849, Archibald Campbell, el activo administrador escocés de Darjeeling, inició una expedición al Tíbet acompañado del legendario botánico Joseph Dalton Hooker, también escocés. Haciendo caso omiso de las advertencias de la guardia real de Sikkim, los dos aventureros cruzaron la frontera hacia la tierra prometida. A su vuelta a Sikkim, fueron arrestados por haber cruzado la frontera ilegalmente y se dice que Campbell fue torturado durante su encarcelamiento. Los dos escoceses estuvieron en prisión un mes y medio y no regresaron a Darjeeling hasta la víspera de Navidad. En venganza, los británicos se anexionaron las exuberantes llanuras al sur de Darjeeling y además dejaron de pagar el arrendamiento. Sikkim quedó reducido a un aislado reino de montaña encajonado entre el Tíbet y la India británica. En cambio, Darjeeling dejaba de ser un enclave y pasaba a estar enlazada con el resto de la India, progresivamente también por tren. En 1881 se inauguró el ferrocarril himalayo, una proeza de la ingeniería, actualmente considerado patrimonio de la humanidad por la Unesco. La línea de ferrocarril de vía estrecha cruza quinientos cincuenta y cuatro puentes y tiene ochocientas setenta y tres curvas, así como tres bucles para que el convoy alcance suficiente velocidad. La línea sigue la carretera que cruza constantemente para hacer frente a las curvas cerradas, y pasa tan cerca de muchas de las tiendas que, de atreverse uno, es posible sacar la mano por la ventana y abastecerse de productos.

Gracias a Archibald Campbell ahora se cultiva té en Darjeeling. Poco después de que él se hubiera establecido en la ciudad-sanatorio, para entretenerse, plantó unos arbustos del té chino en su huerto. Para sorpresa de todos, las plantas crecían muy bien a dicha

altura. Durante los años siguientes, se taló bosque y se pusieron en marcha varias plantaciones de té en la zona. En 1859, se abrió la primera fábrica de producción de té. El resto ya es historia.

—Hacer té Darjeeling es un arte —sostuvo Sitam al entrar en la sala de degustación—. Cada productor elabora su té propio y exclusivo, no existen reglas. Cerca del noventa por ciento del té que producimos es negro, pero de la misma planta se puede hacer té verde, blanco y té Oolong. Debido al clima frío la temporada del té Darjeeling es corta, va de mediados de marzo a mediados de noviembre. Dado que nuestra plantación es la más alta de Darjeeling, todavía es más corta, empieza a mediados de abril.

Me tendió una taza con un humeante té dorado. Tomé un sorbo y la boca se me llenó de benigna primavera.

—La primera cosecha se llama *first flush* y es suave y aromática —explicó Sitam—. De las mejores hojas hacemos el té blanco. Algunos lo llaman agua hervida cara, porque el té blanco no tiene color y poco sabor, pero es rico en antioxidantes.

Me dieron otra taza llena de un líquido que realmente parecía agua hervida, pero con un sabor floral y un color azul pálido semejante a una noche del verano nórdico.

—En verano recogemos la *second flush,* mi favorita. Es el té más intenso y aromático que tenemos.

Sitam me dio una taza llena de una bebida fuerte de color anaranjado intenso. Noté el fuerte sabor de los taninos en el paladar.

—Durante el monzón el té tiene menos sabor, por eso mezclamos hojas de esa cosecha con las de otras temporadas —disertó Sitam—. Finalmente tenemos la *fourth flush,* que recogemos en otoño. El masala chai indio no lo hacemos aquí, se hace con otra variedad de la planta. La manera india de preparar el té lo estropea —añadió con desprecio—. El té se ahoga en la leche y el azúcar. El té Darjeeling hay que beberlo sin leche ni azúcar, quizás con unas

gotas de limón, pero nada más.

Seguimos paseando por la fábrica vacía.

—Toda la recolección se hace manualmente —explicó Sitam—. Tenemos ciento noventa y dos recolectoras, solo mujeres. Tienen mucha experiencia y recogen solo las hojas adecuadas para el té que vamos a elaborar. Cuando las mujeres traen las hojas de té recién recolectadas, las esparcimos por una parrilla larga en la que permanecen de doce a dieciocho horas para el secado. Debajo de la parrilla hay un ventilador que durante las primeras nueve horas esparce aire frío y después caliente. De esta manera se consigue eliminar del sesenta al setenta por ciento de la humedad que las hojas contienen, de modo que queden blandas, ligeras y manejables. Es crucial que las hojas no se endurezcan para evitar que se rompan. El siguiente paso es el enrollado.

Continuamos hasta las tres máquinas que parecen sacadas de la década de 1950. Grandes y pulidos rodillos de hierro daban vueltas y más vueltas y en su parte superior llevaban montados pesados pistones.

—Los pistones presionan las hojas y rompen las células para que estas empiecen la oxidación —explicó Sitam—. Las hojas se hacen rodar de veinte a cuarenta minutos, nunca más tiempo. Después las esparcimos en mesas oblongas donde se oxidan durante un periodo de media hora a hora y media. El té blanco y el verde no hay que someterlos a oxidación, ese proceso solo se realiza para el té negro.

En la siguiente sala había un sólido rodillo de hierro con rejilla delante de la abertura.

—Cuando las hojas ya están oxidadas, las trasladamos a esta máquina que mantiene la temperatura a ciento veinte grados —dijo Sitam—. Aquí se secan durante un periodo de diez a quince minutos para que la oxidación se detenga. Cuando están listas, debe quedar el dos o tres por ciento de humedad en ellas. En total, el proceso dura de dos a dos días y medio. En una bolsa aireada, el té fresco

puede conservarse hasta dos años.

Continuamos hasta la próxima sala en la que había cuatro parrillas oblongas de clasificación.

—Las hojas más grandes se quedan arriba. El polvo que se acumula en el fondo va destinado al té en bolsas.

En la última sala, había un puñado de mujeres con batas blancas agachadas sobre cestos con té. Con ágiles movimientos de manos recogían resueltamente las hojas que no tenían la calidad suficiente.

—Existe un sistema complejo para valorar la calidad del té —informó Sitam—. La mejor calidad son las hojas enteras, SFTGFOP, *Super Fine Tippy Gold Flower Orange Pekoe,* o bien *Far Too Good for Ordinary people,*[*] como le llamo yo. —Se rio entre dientes de su chiste, que posiblemente repetía muchas veces cada día.

El jefe de Happy Valley, Narendra Singh, era un par de años mayor que yo, pero en esos lugares las personas, especialmente los jefes, adoptan enseguida un inalterable aspecto de mediana edad. Estábamos sentados alrededor de una mesilla, a la sombra de un árbol junto a su bungalow, que databa indudablemente de la época colonial británica. Un criado trajo una tetera y nos llenó las tazas con té dorado y humeante.

—He sido jefe de esta plantación de té durante un año y medio, pero tengo experiencia de otras plantaciones en Mozambique y también en Etiopía —me contó Narendra—. Soy de Varanasi. Puesto que mi padre era militar, he vivido por toda la India. Él me dijo que yo debería dedicarme al cultivo del té y, puesto que siempre me había gustado la agricultura, seguí su consejo.

—¿Cómo es posible que en un país donde se produce el mejor té del mundo, la gente tenga por costumbre estropearlo con leche y azúcar? —le pregunté.

—¡Tiene una explicación simple! —Narendra sonrió—. La leche forma parte de la cultura india. Empezamos el día con un vaso de leche y nuestra alimentación se basa en el queso, la mantequilla y la

leche. Los británicos querían que los indios empezaran a beber té, por eso nos iniciaron en el té mezclado con leche. Así lo toman también ellos preferentemente. La remolacha azucarera también forma parte de la tradición alimentaria india. A nosotros nos gusta lo dulce.

Se dio unas palmaditas en la barriga con ademán bonachón para subrayar la idea.

—¿Qué tiene de especial el té Darjeeling?

—¡Saboréalo tú misma! —Narendra me sirvió más té—. *First flush* de Darjeeling es simplemente el mejor té del mundo. El «té Darjeeling» ahora es un concepto, una cultura propia, forma parte de la vida de aquí. Además es una denominación protegida, solo ochenta y siete plantaciones pueden catalogar el té que producen como «té Darjeeling». Nuestros arbustos pueden casi llegar a tener doscientos años y, según mi opinión, el té mejora cuanto más vieja es la planta. En Darjeeling, toda la producción de té es manual porque el terreno es demasiado empinado para usar maquinaria y varias plantaciones han hecho como nosotros y las han transformado en cultivo orgánico. Para elaborar buen té existen cuatro factores decisivos: buena tierra, condiciones climáticas adecuadas, lluvia y mano de obra. Aquí la tierra es rica y fértil y el clima, fantástico. Llueve de doscientos a cuatrocientos milímetros al año, pero la mayor parte del agua se escurre y no penetra en la tierra. Este clima frío asegura que las plantas crezcan lentamente.

Narendra no hizo caso de mis protestas y me sirvió más té.

—¡Trae otra tetera! —gritó al criado que estaba de pie en la puerta—. Ahora todo el mundo habla del cambio climático, nosotros también lo notamos —me dijo volviéndose hacia mí—. Antes solíamos tener nieve en invierno. Ahora ya no nieva nunca, de todas maneras, la nieve no es buena para las plantas de té.

Bebió más té y miró descontento mi taza llena.

—¡Bebe! ¡Esta taza tiene un valor de entre ochocientas y mil

rupias!

—Pero si ya he tomado cuatro tazas —objeté.

—No importa. ¡Se puede beber cantidades ilimitadas de té, es muy sano, bebe! Yo suelo decir que es como beber oxígeno. —Narendra se rio, vació su taza y se sirvió todavía otra—. Dado que nuestras plantas del té se cultivan a tanta altura, son ricas en oxígeno y antioxidantes. ¿Y qué hacen los antioxidantes por ti? Pues mira, son buenos para la piel, mantienen tu belleza. Por cierto, tú te mantienes mucho más joven que mi mujer, a pesar de que ella es nutricionista. ¡Pero, si la vieras, nunca lo dirías! Ja, ja, ja.

Vino otro criado con té recién hecho.

—¿Cuántos criados tienes, en realidad? —le pregunté.

—Cinco mujeres y cuatro o cinco chicos. —Narenda se sirvió más té para él y a mí me llenó la taza hasta arriba—. Es uno de los privilegios de trabajar aquí. Soy responsable de varios cientos de empleados, entonces nueve o diez criados no es mucho. ¡Ven, deja que te enseñe nuestra plantación!

Le seguí hasta el jeep donde un criado ya nos esperaba al volante. Sin embargo, Narendra insistió en conducir él mismo, maniobró el jeep hacia abajo por el camino de gravilla lleno de curvas y pasamos por delante de un chiringuito azul donde había un grupo de mujeres hablando. Inmutable, continuó bajando por el camino empinado hasta estar rodeados por doquier de pequeños arbustos del té de color verde oscuro.

—¡Este es mi sitio favorito! —declaró y saltó del coche. Los arbustos serpenteaban por las colinas hasta desaparecer en la niebla verde lechosa de Darjeeling, a lo lejos, muy lejos. Colocadas en diagonal frente a nosotros podíamos vislumbrar a duras penas las coloridas casas de Darjeeling.

—Hoy no hay ningún recolector faenando, todos tienen el día libre porque es la fiesta de Acción de Gracias —me informó Narendra—. El año pasado fue toda la temporada tan tranquila

como hoy. Mas de cien días, del 16 de junio hasta el 4 de octubre, Darjeeling estuvo cerrado. Todos los trabajadores del distrito hicieron huelga y todas las plantaciones se vieron obligadas a detener su producción.

—¿Por qué hacían huelga? —le pregunté.

—No quiero entrar en cuestiones políticas, pero resumiendo: los trabajadores de aquí, la mayoría de origen nepalés, quieren un Estado propio, Gorkhaland. No quieren formar parte de Bengala Occidental. Hace más de cien años que sostienen esta demanda, pero se recrudeció el año pasado una vez que las autoridades exigieron que todo el mundo, en Bengala Occidental, tiene que aprender bengalí. Aquí el nepalí es la lengua más usada.

—¿Consiguieron algo?

—¡Nada del otro mundo! ¡Todo fue inútil!

Cuando volvimos al bungalow, supuse que la entrevista había terminado y le di las gracias por la visita, por la charla y, por supuesto, por el té, pero Narendra rehusó mis agradecimientos, tomó asiento junto a la mesilla y me hizo señas de que me sentara a su lado.

—¡Tráenos más té! —gritó al aire. Enseguida vino un criado corriendo con una nueva tetera.

La última noche en Darjeeling me regalé una estancia en el hotel Windamere, pura esencia de la nostalgia colonial británica. El hotel fue fundado en 1880 como casa de huéspedes para los solteros británicos que eran dueños de plantaciones de té y oficiales destinados al lugar por la administración central de Calcuta. Más tarde, el edificio fue transformado en hotel para la alta sociedad. Un botones uniformado me mostró mi habitación, que estaba decorada con cortinas floreadas y un cubrecama con el mismo estampado, sofá, chimenea y una bañera antigua. Sin embargo, no tuve tiempo de disfrutar de la habitación porque acababan de servir el té de la cena y, aunque yo ya me sentía como una tetera andante, llena a

tope, no podía perderme el evento en Windamere. Es una institución.

En una salita acogedora había scones caseros, *shortbreads* y sándwiches de pequeño tamaño colocados decorativamente en una bandeja de plata junto a una tetera llena de té Darjeeling preparado a la perfección. Llené el plato y pasé a la Sala Daisy's Music, donde se gozaba de aquellas exquisiteces en hondos sillones mullidos y conversando solemnemente con los demás huéspedes. Las dos parejas indias de la sala miraban absortas sus teléfonos móviles.

Prácticamente salpicando té me arrastré de vuelta a mi habitación que ahora sí iba a disfrutar a conciencia. Alcancé a cerrar la puerta cuando llamaron. El gerente del hotel me informaba de que estaba invitada a la fiesta de cumpleaños dedicada al guía turístico del grupo británico que había reservado el resto de las habitaciones. Los ancianos británicos estaban reunidos en la sala de la televisión y ya entonaban la canción de cumpleaños. Después se pasó directamente al comedor, que recordaba más bien un elegante salón privado. Camareros uniformados salieron solemnemente de la cocina con los platos del día, dispuestos pulcramente bajo cubreplatos de plata. Felizmente saciada tras la comida, el vino y demasiadas tazas del mejor té del mundo volví tambaleándome a mi habitación, entonces con fuego prendido en la chimenea. Mareada me encaramé a la cama doble y noté que, en mi ausencia, alguien había colocado cuidadosamente una botella de agua caliente a los pies de la cama.

Me quedé tumbada un rato despierta. Pensaba en quién más podría haber dormido en esa cama. La aventurera y escritora Alexandra David-Néel se alojó en el Windamere cuando estuvo en Darjeeling, también el príncipe Pedro de Dinamarca y Grecia, y Palden Thondup Namgyal, el último rey de Sikkim. Aquí, en este hotel, conoció él a la estudiante estadounidense Hope Cooke. Ella tenía entonces diecinueve años, casi la mitad de la edad del viudo y

padre de tres hijos de treinta y seis años. Contra todo pronóstico, la pareja halló el tono apropiado. Unos años más tarde eran marido y mujer, y Hope fue reina de Sikkim.

Tanto el matrimonio como el reino hace tiempo que pasaron a los libros de historia. Pero la menor de sus hijos, Hope Leezum, volvió a Sikkim ya de adulta. Yo iría allí al día siguiente y esperaba poder reunirme con ella, pero ¿qué hacer para ponerse en contacto con una exprincesa?

Princesa sin reino

Oculta detrás de una niebla espesa, el Kanchenjunga, la tercera montaña más alta del mundo, se erguía hacia el cielo del oeste. Coloridos bloques de viviendas de hormigón se aferraban a la ladera cubierta de vegetación. El tráfico en la capital de Sikkim era caótico, como de costumbre, pero sorprendentemente silencioso. Nadie pitaba.

—¿Por qué ya no pitas? —le pregunté al chófer. Saliendo de Darjeeling, había usado el claxon sin parar, pero después de cruzar la frontera del estado, no lo había tocado.

—Nos ponen quinientas rupias de multa si pitamos sin motivo —respondió sombrío.

Todos los hoteles de **Gangtok**, **1.650 m s. n. m.**, estaban llenos a causa de la fiesta de Acción de Gracias, pero yo había encontrado habitación en un hostal pequeño regentado por una familia bhutia. Bhutia es uno de los términos que actualmente se usan para denominar a los grupos étnicos que llegaron a Sikkim desde el Tíbet en el siglo IX, y el comedor estaba adornado al estilo tibetano, con mesas bajas y paredes de colores llamativos. El hijo del dueño trajo dumplings humeantes y cerveza local.

—No hay impuestos sobre el alcohol en Sikkim, por eso la gente bebe mucho —bromeó—. La gente bebe para olvidar que está sometida a la India.

—Por cierto —dije—. ¿Sabes cómo puedo ponerme en contacto con Hope Leezum, la princesa?

—¿Semla, quieres decir? —Se dirigió a la ventana y señaló un

lugar en la oscuridad de la noche—. Vive justo ahí abajo. Todo el mundo sabe dónde vive, simplemente pregunta.

—Pero tal vez sería mejor llamar antes y concertar una cita. ¿Quizás tengas su número de teléfono? ¿O su dirección de correo electrónico?

—No, no lo tengo, pero no los necesitas. ¡Simplemente ve a la casa y llama!

Pasé casi toda la mañana reuniendo coraje. Mientras hacía tiempo para infundirme valentía, me puse a responder correos electrónicos, y una vez puesta, los contesté a todos, los más urgentes y los menos urgentes, todos los que había desatendido durante las últimas semanas. Al final ya no había más correos para responder.

Lo peor que podría pasar, me dije a mí misma, es que la princesa no estuviera en casa o que no quisiera hablar conmigo.

A pesar de que el dueño del hotel me había descrito la casa detalladamente, continué calle abajo unos cientos de metros más, solo para estar segura de no confundir la casa de la princesa con alguna otra. No, no, imposible. En la entrada de vehículos había un portón y, durante un segundo, tuve la esperanza de que estuviera cerrado, pero cedió sin chirriar. Balbuceante, subí la cuesta hacia la casa de ladrillos. No sucede cada día que uno se cuele en una finca de la antigua realeza. Dos mujeres con traje de criadas me observaron desde el balcón e intercambiaron miradas, pero no dijeron nada. Delante de la casa había un jardín grande y repleto de plantas exóticas. Una mujer en pantalón corto y camiseta, sentada en el suelo, faenaba en un parterre. Cuando me vio, se levantó y me lanzó una mirada inquisitiva. Era la princesa.

—Hola, ¿puedo ayudarla en algo? —Hablaba un inglés con deje neoyorquino—. Esto es propiedad privada —añadió.

—Disculpe que me haya presentado sin cita previa, pero no tenía su número de teléfono —balbuceé tras presentarme—. Repito que siento molestarla, pero me pregunto si tendría usted tiempo un día

para hablar conmigo.

—Venga, tomemos una taza de té —dijo e hizo un ademán indicándome el jardín.

Nos acomodamos en sillas de jardín, delante de la casa. Su marido, un sikkimese con barba rala, rostro delgado y lleno de líneas de sonrisa, estaba agachado a un par de metros. Un criado trajo tres grandes tazas de té.

—Llámeme Semla —dijo Hope Leezum—. Significa «hija», todo el mundo me llama así.

La exprincesa de cincuenta años tenía una voz profunda y era propensa a la risa. Tenía manchas de tierra en las piernas por haber faenado en el jardín, no usaba maquillaje y llevaba suelto el pelo que le llegaba por los hombros.

—Mañana puedo mostrarle el monasterio y la residencia para que entienda mejor el contexto, pero ahora hablemos amigablemente y bebamos té. —Me sonrió—. ¿No le parece un buen plan?

Semla me dio una buena cantidad de consejos acerca de lo que debía ver en Gangtok y, antes de irme, me enseñó el jardín.

—Todo crece en Sikkim —me contó mientras paseábamos por delante de rosales, plantas de aloe vera y matorrales de rododendro —. Tenemos la misma latitud que Miami y, a la vez, montañas altas, así que aquí crecen plantas de las tierras bajas y de las tierras altas unas junto a las otras.

Entrada ya la tarde seguí el consejo de Semla y fui a beber más té. El lujoso hotel Elgin, con su fantástico jardín y suntuoso vestíbulo, fue hasta 1975 la residencia privada para los huéspedes de la familia real. Muchos de los invitados a la boda se alojaron allí cuando Palden Thondup Namgyal, el príncipe heredero de Sikkim de treinta y nueve años, se casó con Hope Cooke en 1963. Habían sido novios dos años, pero según los astrólogos locales, 1962 era un año negro y por eso no era propicio para bodas. Muchos en Sikkim hubieran preferido que la boda con la estudiante americana y

cristiana no se hubiera celebrado nunca. Los astrólogos, por cierto, no se equivocaron en que 1962 fue un año negro, en todo caso desde la perspectiva geopolítica: en octubre, soldados chinos atacaron dos frentes en el Himalaya, y enviaron fuerzas militares tanto a la región de Aksai Chin en el oeste como a Arunachal Pradesh en el este, cruzando la frontera de la India. Sin embargo, dejaron en paz Sikkim, dado que curiosamente los chinos lo consideraban un país independiente y no parte integrante de la India.

Cuando el año negro terminó, no fue posible aplazar la boda mucho más y, sin más dilación, los astrólogos encontraron una fecha portadora de felicidad: el 20 de marzo de 1963. Los periódicos estadounidenses se superaban unos a otros describiendo el romance entre la joven huérfana estadounidense y el príncipe heredero del pequeño reino budista del Himalaya. Quizás Hope Cooke no era tan glamurosa ni tan guapa como Grace Kelly, pero, por otro lado, Sikkim era un reino un poco más aventurero y misterioso que Mónaco. A diferencia de la princesa de Mónaco, Cooke tuvo que abandonar la nacionalidad estadounidense al casarse en el seno de la familia real de Sikkim. El plan era convertirse totalmente en sikkimese y vivir feliz el resto de sus días junto al príncipe heredero.

La felicidad conyugal duraría poco.

Yo, en cambio, era totalmente feliz en el agradable bar pintado de rojo al estilo tibetano del hotel Elgin. En una mesa baja ante mí, había una tetera con té Darjeeling recién hecho, una plata con pakoras indias humeantes y un cuenco con galletas británicas.

A la mañana siguiente me reuní con Semla como habíamos acordado delante de la pensión. Ella había cambiado la vestimenta de jardín por una blusa más formal y una falda hasta las rodillas, pero estaba igual de contenta y afable que el día anterior.

—Subamos al monasterio primero —dijo—. No está muy lejos, yo

voy cada día.

Unos minutos más tarde estábamos frente al templo principal. Semla saludó sonriente a todos los niños que encontramos. Ellos le devolvían el saludo tímidamente.

—El monasterio forma parte de la fundación Tsuklalhang que yo administro en nombre de mi hermano, el decimotercer chögyal de Sikkim —me contó—. Mi hermano pasa la mayor parte del año practicando meditación profunda en monasterios de Nepal y Bután, casi todas las posesiones de la familia las ha regalado. Quién sabe, pero quizás en su fuero interno se sienta feliz por haberse evitado ser rey. En realidad, era su hermano mayor el destinado a ser chögyal, pero murió en un accidente de tráfico en 1978. Esto es una maldición que ha caído sobre la familia. En las tres últimas generaciones, el hijo mayor siempre ha muerto en algún accidente.

Tampoco Palden Thondup Namgyal, el padre de Semla, fue educado para ser rey. Durante la Segunda Guerra Mundial, su hermano mayor murió en un accidente de aviación y por eso Thondup tuvo que abandonar sus planes de estudiar en Cambridge y, en su lugar, tuvo que hacerse cargo de las obligaciones de un príncipe heredero. El abuelo de Semla, Tashi Namgyal, nunca se sobrepuso a la pérdida de su hijo mayor y se retiró de la política para consagrarse a la vida religiosa. Tampoco el abuelo que reinó desde 1915 había nacido para ser heredero del trono. Su hermano mayor fue coronado chögyal en 1914, pero fue el reinado más corto de la historia de Sikkim: murió con treinta y cinco años tras haber ocupado el trono solo durante diez meses.

Cuando el abuelo paterno de Semla, Tashi Namgyal, murió en el invierno de 1963, poco después de la boda, su hijo había reinado en Sikkim durante más de dos décadas. Thondup y Hope fueron oficialmente coronados respectivamente chögyal y gyalmo en 1965, una vez concluido el año de luto por la muerte del antiguo rey.

—A mi hermano no le interesa la política, a nadie de mi familia

le interesa —dijo Semla—. Una vez que pasamos a formar parte de la India en 1975, el chögyal perdió todo su poder político, pero mi hermano sigue siendo el jefe espiritual de Sikkim y se toma muy en serio ese papel. Nuestra cultura está amenazada por todas las migraciones, por eso se ha propuesto salvar los monasterios de Sikkim. Las tres cuartas partes de la fortuna familiar las ha depositado en un fondo que entre otras cosas sirve para gestionar este monasterio. Los chicos que viven aquí tienen escolaridad gratuita, no solo para la enseñanza budista, sino también para las matemáticas, el inglés y todo lo necesario. Cuando terminan la escolarización pueden escoger libremente si quieren tomar el voto monástico o prefieren seguir estudiando y vivir una vida corriente.

Sonaron intensos golpes de tambor y los niños monjes cruzaron la plaza en tromba hacia nosotras. Pasaron veloces y corrieron escaleras arriba sin aliento.

—Ha terminado la pausa y tienen que volver al rezo —dijo Semla risueña. Seguimos a los chicos hasta el segundo piso. Ya habían empezado los rituales del rezo. Soplaban en largos cuernos, tintineaban con instrumentos rítmicos, tocaban tambores y recitaban mantras.

—¡Es increíble el ruido que pueden hacer los niños! —Semla se rio—. ¡Parecen tan inocentes con sus hábitos de monje, pero en realidad son muy traviesos!

En la sala del templo de la primera planta, había obreros instalando un suelo nuevo y no nos quitamos los zapatos. Sobrecogedoras estatuas con colmillos y ojos enrojecidos, armadas con espadas, custodiaban el templo y a las pacíficas estatuas doradas de budas dentro de las vitrinas al fondo de la sala.

—Cuando inicié el trabajo de restauración aquí, todos los frescos estaban ennegrecidos a causa del humo de las muchas lámparas de aceite —dijo Semla—. Era imposible ver lo que representaban. Poco a poco hemos conseguido recuperar los originales. ¡Yo no sabía

nada de restauración y, al principio, sentía impaciencia, pero ahora he aprendido que es un proceso lento y exigente!

Me mostró orgullosa el trozo de pared que ella misma había restaurado y me explicó detalladamente los diferentes procesos del tratamiento y la impagable ayuda que le habían brindado los expertos alemanes.

—¡Pero ahora hablo por los descosidos! —dijo y sonrió—. Podría pasarme horas enteras hablando de la restauración, sabes, pero te prometí que también te enseñaría la residencia.

Salimos del templo, dejamos atrás el campo de fútbol y nos acercamos a una pequeña casa amarilla con tejado rojo de hojalata.

—Esta es en realidad la residencia del príncipe heredero —explicó Semla—. Nunca conseguimos construir un castillo. Mi abuelo paterno construyó una casa con espacio para todos. Debido a que después ya no ha vivido nadie en ella, empezó a desmoronarse y mi hermano hizo derribar las partes más maltrechas. Ahora es todavía menos de lo que era, es casi una cabaña. Dentro está totalmente vacío, me temo que no hay mucho que ver. Hace unas semanas vino un marajá de visita y me pidió ver el palacio. Él me enseñó una fotografía del suyo y presumió de tener más de quinientas habitaciones. ¡Yo tengo seis!

Un hombre mayor abrió la cancela para que pudiéramos llegar hasta la casa.

—¿Cómo está usted? —le preguntó Semla y le dio unos billetes—. Todo su dinero se va en comprar comida para los perros de allá arriba —me dijo mientras caminábamos hacia la residencia.

Nos detuvimos delante de la humilde puerta de entrada y Semla agitó la mano:

—Este es el hogar de mi infancia. Fue una buena etapa de mi vida. Iba a la escuela local y al salir mis amigos solían venir aquí y jugábamos a policías y ladrones. Bang, bang lo llamábamos. Odiaba llevar faldas, siempre iba en pantalón corto y corría detrás de mis

hermanos, jugábamos y hacíamos las cosas propias de los niños. Mi madre intentó introducir las tradiciones estadounidenses como el día de los Inocentes del 1 de abril y Halloween, pero nadie entendió lo que hacía. Creyeron que la reina se había vuelto loca, no comprendían sus ideas.

Ese lado de la casa se abría a un encantador jardincito familiar.

—Este es el pequeño jardín familiar cuya fotografía sale en la autobiografía de mi madre —me explicó Semla—. En los días soleados de invierno, mi padre solía coger el teléfono y trabajaba desde aquí. No quiero entrometerme en lo que escribes, pero ten en cuenta que la autobiografía de mi madre es parcial. Cuenta la historia desde su punto de vista y creo que es muy dura con mi padre. Como siempre he contado, mi padre era el segundo hijo y por eso no estaba educado para ser rey. Él era la reencarnación de un monje y pasó sus años de formación en un monasterio. Le recuerdo cuidadoso y tímido. Cuando llegábamos a casa al terminar la escuela, a menudo estaba ocupado reparando el tocadiscos o la radio y esas cosas.

El matrimonio entre Hope y Thondup estaba condenado desde el principio. El rey bebía mucho y Hope luchaba para ser aceptada por la sociedad de Sikkim. Además, ella estaba convencida de que su marido tenía una amante. El día de la boda tomó su primer Valium para tranquilizarse, algo que pronto se convirtió en una costumbre. Ella y el chögyal tuvieron un hijo y una hija. Hope tuvo también una estrecha relación con los tres hijos que Thondup tuvo en su primer matrimonio e intentó ser una madre para ellos. Aunque los dos amaban mucho a sus hijos, el matrimonio se tambaleaba cada vez más.

En realidad, todo el reino se tambaleaba. Cuando los británicos se retiraron de la India, Sikkim pasó de protectorado británico a protectorado de la India. En 1950, los dos estados pactaron un acuerdo que otorgaba a la India el control sobre la política exterior

del pequeño reino. El primer ministro Jawaharlal Nehru, que era de Cachemira, llevaba el Himalaya en el corazón, y, durante su mandato, Sikkim estuvo bastante seguro. Bajo el mandato de su hija, Indira Gandhi, le fue arrebatado al chögyal el poco poder político que le quedaba y Sikkim fue formalmente absorbido por la India.

Una de las razones por las que pasó lo que pasó fue que la composición de la población de Sikkim cambió significativamente los últimos cien años sin que el chögyal, alejado de la realidad, quisiera asumir las consecuencias del cambio. Originariamente dos grupos étnicos eran los preponderantes en Sikkim: los lepchas, aborígenes del reino, y los bhutias, originarios del Tíbet. La familia real pertenecía a este último grupo y habían reinado desde 1642, solo con interrupciones cortas en el siglo XVIII cuando Sikkim estuvo sometido a sus vecinos Bután y Nepal. Durante los conflictos con Nepal un grupo grande de nepalíes emigraron a Sikkim y cuando el padre de Semla fue coronado rey, los hinduistas nepalíes representaban cerca de las tres cuartas partes de la población. Muchos de ellos eran firmes opositores de la dinastía real y pensaban, no sin cierto grado de razón, que esta favorecía a los budistas. En lugar de consolidar su popularidad en casa, Thondup y Hope hicieron todo lo posible para dar a conocer la causa de Sikkim en el extranjero. Él soñaba con un lugar en las Naciones Unidas y acariciaba la idea de convertir el reino en un paraíso en la tierra, pero todo se quedó en eso. Es decir que Indira Gandhi tenía otros planes.

En 1973 varios miles de manifestantes furiosos se concentraron delante de la residencia real en Gangtok. Las manifestaciones eran cada vez más y más violentas y finalmente el fuertemente presionado chögyal no tuvo más opción que pedir ayuda a Delhi para controlar la situación. Como contrapartida, las autoridades indias le obligaron a aceptar un acuerdo que en la práctica lo

reducía a un símbolo constitucional.

—Yo no entendía demasiado lo que ocurría —contó Semla—. Solo tenía cinco años y los adultos hacían lo posible para protegernos. Todos hablaban en susurros, estaban muy tensos y pasábamos mucho tiempo dentro de casa. La única vez que tuve la sensación de que ocurría algo muy malo fue cuando mi hermano y yo bajamos al quiosco, que estaba nada más salir del portal, para comprar golosinas. Una masa de gente enfurecida se había concentrado allí y gritaban: «¡Muerte al rey! ¡Muerte al rey!». El quiosquero nos gritó que echáramos a correr, mi hermano me cogió de la mano y volvimos a toda prisa al portal. Los vigilantes del castillo se apresuraron a socorrernos y, en medio del caos, perdí un zapato. Mi madre me los había hecho traer del extranjero y puesto que era bastante difícil conseguirlos, me los pedía siempre dos números más grandes para que pudiera llevarlos el máximo de tiempo. Eso era lo único que me preocupaba, que había perdido el zapato y que seguramente me esperaba una buena regañina.

Unos meses más tarde Hope se mudó a Nueva York con su hija pequeña, mientras el chögyal y el príncipe heredero se quedaron en la pequeña residencia real. Hope nunca volvió a Sikkim. Thondup en ese momento todavía tenía esperanzas de que Sikkim y la monarquía sobrevivirían, pero la batalla estaba perdida: en 1974, el Parlamento indio aprobó una ley que convertía a Sikkim en parte de la India. La comunidad internacional reaccionó con sorpresa silenciosa, el destino de un recóndito y pequeño reino del Himalaya no figuraba en lo alto de la lista de prioridades de nadie, y menos en la de los estadounidenses, que ya tenían bastante con la guerra de Vietnam.

A principios de abril de 1975, montones de camiones y jeeps llenos de soldados indios entraron en Gangtok. A Thondup le inquietó ese aumento de presencia militar, pero se tranquilizó pensando que solo se trataba de ejercicios militares. Entrada la

tarde del 9 de abril, la residencia real fue rodeada por soldados. Los guardias reales no estaban en condiciones de repeler el ataque inminente, pero uno de ellos alzó el rifle contra los soldados indios, le dispararon al instante y murió. A otro lo hirieron en el brazo. Unos minutos más tarde, los indios tenían la residencia bajo control. Todas las armas fueron confiscadas y el duodécimo chögyal de Sikkim se hallaba, a efectos prácticos, bajo arresto domiciliario.

Al día siguiente, Delhi anunció que el chögyal estaba destituido y Sikkim sería considerado territorio de la India a partir de entonces. Cuatro días después de haberse aprobado la anexión, se celebró un referéndum urgente acerca de si había que abolir la monarquía y si Sikkim debía pasar a formar parte de la India. Los votantes, muchos de ellos analfabetos, podían escoger entre depositar la papeleta rosa en la urna rosa marcada con A FAVOR o en la urna blanca marcada con EN CONTRA. En ningún lugar se tuvo en cuenta que la votación debe ser secreta como norma, y en algunos colegios electorales, la urna blanca se colocó al fondo de la sala, lo más lejos posible de la entrada. El 97 por ciento de los votos fueron a la urna rosa y de esta manera la India le daba un barniz de democracia a la anexión. Así fue como Sikkim se convirtió en el estado menos poblado y el segundo más pequeño en superficie.

En la parte opuesta del mundo, la hija de Hope y Thondup hacía esfuerzos por adaptarse a la realidad de la metrópoli estadounidense:

—Mi madre tampoco había tenido una infancia normal —me contó Semla—. Su padre era un piloto irlandés y su madre era hija de un hombre muy rico. Los padres de mi abuela nunca aceptaron el matrimonio con el católico irlandés y le ofrecieron una buena suma de dinero para que se fuera. Y lo hizo, pero antes consiguió enseñar a pilotar a la abuela. Poco después de que él la hubiera abandonado, cuando mi madre todavía era un bebé, mi abuela se subió a una avioneta y se estrelló. Muchos, incluso mi madre, creen

que fue un suicidio porque la avioneta apenas llevaba combustible. A mi madre la criaron niñeras y nunca tuvo una familia normal. Me pregunto si debido a eso desarrolló determinadas ideas poco ortodoxas acerca de la crianza de los hijos. Por ejemplo, recuerdo que yo le parecía demasiado tímida. Tendría unos ocho años cuando me llevó al West Side de Nueva York, me dio dos monedas y me abandonó con el propósito de que encontrara sola el camino de vuelta a casa. Yo añoraba a mi padre y Sikkim. Dos veces, en el verano de 1975 y en el verano de 1980, pude visitarle. ¡Fue maravilloso! Pasamos la mayor parte del tiempo en casa con él, leíamos. Poco después, en 1982, murió de cáncer. Doy gracias por haber pasado como mínimo esos dos veranos con él.

Nos hallábamos otra vez en la carretera principal y Semla saludaba risueña a diestra y siniestra. Parecía conocer a todo el mundo en Gangtok.

—Con él fui a la escuela, es muy inteligente, una buena persona —comentó—. Y aquí está el quiosco del que te hablé, todavía sigue aquí. ¡Oh santo cielo, este coche nos va a atropellar! —Me agarró del brazo y tiró de mí hacia la orilla—. Hay demasiados coches ahora. En mi infancia, solo había ocho mil habitantes en Gangtok, era como vivir en un pueblo. Ahora viven más de cien mil personas aquí, ¡hace solo unas décadas esta era la cifra total de los habitantes de Sikkim! En Sikkim ahora hay más de seiscientos mil. Un cambio enorme.

—¿Cómo reaccionó tu padre ante la anexión? —le pregunté.

—Para él fue un golpe muy duro. Creo que se sintió traicionado, porque las relaciones con la India habían sido muy buenas. Me han contado que el general que desarmó a los guardias de la residencia y puso a mi padre bajo arresto domiciliario se negó dos veces a cumplir las órdenes. Al final le dijeron que, si no lo hacía él, lo haría uno que no conocía a la familia. Parece ser que lloró al contarle a mi padre que habían disparado a los guardias. Pasado el

tiempo muchos se han sentido culpables. Lo que sucedió fue incorrecto, tanto moral como políticamente. La decisión fue simplemente un error y yo opino que fue una gran traición. En absoluto era lo que Jawaharlal Nehru, el padre de Indira Gandhi, habría deseado porque él era muy amigo de nuestra familia y amaba el Himalaya.

Bajamos por unas escaleras, un atajo, y llegamos a la calle mayor, que resultó ser algo tan poco usual por estos lares como una calle peatonal. Grupos ruidosos de turistas indios animaban la imagen callejera. Un par de ellos quiso hacerse una selfi conmigo, sin embargo, nadie reparó en la princesa.

En un banco había dos señores mayores con gafas absortos en una discusión. Semla los saludó efusivamente.

—¡Habla con ellos, son auténticos nacionalistas sikkimeses! —me retó—. Vuelvo enseguida.

Me senté en el banco, al lado de los dos hombres.

—Yo nunca he votado —aseguró el más mayor—. Amo al rey y odio tener que llamarme indio. Ahora se está dando una hinduización de todo el estado y estamos a punto de perder nuestra cultura. Todo se está hinduizando, la educación, la lengua, las ideas de la gente, todo.

—¿Cómo era vivir en Sikkim antes cuando el país era independiente en comparación con ahora? —pregunté.

—Es como comparar cielo con infierno —respondió el más joven sin vacilar.

—Cielo con infierno —repitió el más mayor—. Exactamente eso.

Semla volvió sin aliento y me entregó una bolsa con libros empaquetados con esmero.

—Lo siento, me encontré con un conocido y me demoré —se disculpó—. Lee estos libros, te ayudarán a entender lo que ocurrió en Sikkim.

—¿Crees que Sikkim puede volver a ser independiente algún día?

—pregunté.

—No, es demasiado tarde —opinó Semla—. La demografía ha cambiado tanto, ya no tendría sentido. Sikkim es un lugar totalmente distinto al que era en 1975.

Entramos en un café y pedimos un almuerzo.

—Desde que era niña soñaba con volver a Sikkim —dijo Semla—. Para mí este país ha sido siempre mi hogar. En Nueva York teníamos un piso en el East River. Estaba convencida de que, si me esforzaba lo suficiente, mi vista alcanzaría la otra ribera del río y el otro lado del océano Atlántico, sí, incluso Europa y también toda Asia para posarse en Sikkim. Siempre he sabido que quería volver.

—¿Cómo fue la experiencia de volver?

—Los primeros años no fueron demasiado fáciles —reconoció—. Estaba criada y educada en Occidente y de pronto vuelvo aquí, al tercer mundo, como hija del rey. La gente esperaba que yo me comportase de una determinada forma, así que tampoco fue fácil para ellos: «Oh Dios, ¡otra vez está en el río pescando en pantalón corto!». —Se rio—. Amo ir a la montaña y, a menudo, hacía largas excursiones, tal y como había hecho de niña con mi padre. Me cruzaba con turistas y notaba que lo que los guías les contaban era casi siempre pura fantasía. ¡Hablo de personas interesadas de verdad en Sikkim y que habían hecho un viaje largo hasta aquí y les servían bobadas! Yo necesitaba un trabajo y decidí abrir una agencia de viajes. Aunque Sikkim ya no sea un país, para mí es importante que la gente sepa que una vez fue un reino independiente y que al menos alguien sea consciente de lo que podía haber sido.

—¿Qué podía haber sido? —pregunté.

—Lo sabrás cuando llegues a Bután —dijo Semla discretamente —. ¡Es tan indescriptiblemente bello! Me encanta visitar a mis primos de Bután, pero, al mismo tiempo, siempre me duele el corazón al volver a casa, a Sikkim.

Lejos de los altos bloques de cemento de Gangtok se atisba lo que quizás fue el Sikkim de antaño. Semla había organizado mi transporte y se había ocupado de que compartiera el jeep con una pareja joven de Kolkata que hacían el mismo viaje que yo. Aunque el camino nos llevaba hacia lo alto de una colina, era como conducir por una jungla tropical. Los laterales de la carretera estaban cubiertos de flores y arbustos, los pájaros piaban compitiendo con el chirriante canto de las cigarras.

Junto al río Rongyoung, en un alejado valle para cuya visita necesité un permiso especial, el activista medioambiental llamado Gyatso Lepcha regentaba un diminuto hotel familiar. Nos recibió con entusiasmo y enseguida nos ofreció *tongba,* una bebida alcohólica sikkimese que consiste en mijo fermentado servido en grandes tazones de madera y en la que se vierte agua hirviendo varias veces. Tenía un ligero sabor agrio y se deslizaba suavemente por el paladar.

—Permíteme que te muestre algo —dijo Gyatso con entusiasmo y me llevó a la terraza donde tres o cuatro turistas, todos indios, bebían tongba. ¿Los reconoces?

Encima de la puerta había una fotografía suya con el príncipe heredero Haakon de Noruega y la princesa consorte Mette-Marit.

—Vinieron de visita en 2010 —me contó con orgullo—. ¡Habían reservado por los medios habituales, así que no teníamos ni idea de que pertenecían a la realeza! Un día de repente vino la policía y preguntó por qué el príncipe heredero y su pareja iban a hospedarse aquí. Tuve que responder la verdad. ¡No tengo ni idea! Se quedaron bastante tiempo, se sentían a gusto, creo.

Era fácil sentirse a gusto en el hotel de Gyatso. Tres perros correteaban por doquier y nunca rechazaban una caricia. Para la cena nos sirvieron platos basados en los ingredientes del huerto, en

el que la familia cultivaba de todo, desde brócoli, judías, rabanitos, calabazas, espinacas, papayas, tomates y pomelos hasta guayabas, y así se autoabastecían de la mayoría de los productos. Algunas habitaciones tenían ventanas abiertas que daban al río. Me dormí con el relajante murmullo continuo del agua borboteando.

—Nací en esta casa y he oído el murmullo del río Rongyoung desde el útero de mi madre —me explicó Gyatso a la mañana siguiente. Hablaba pronunciando frases acabadas, a menudo poéticas, sin nunca titubear o rebuscar la palabra o los hechos que contaba—. Siempre que estoy lejos añoro el río. Parece que esté codificado en mis genes. Cuando me enteré de los ambiciosos planes de las autoridades para construir una presa aquí, comprendí al instante que sería una catástrofe para los ríos y para la ecología de los alrededores. En lugar de ejercer como abogado, para lo que he estudiado, me embarqué en el activismo de base. La gente de aquí no tenía ni idea de lo que una presa conllevaría, no sabían que era la energía hidroeléctrica. Nos pusimos a viajar por los pueblos solitarios para informar a la gente y ampliamos el activismo con una huelga de hambre en cadena, en Gangtok.

La huelga de hambre empezó en 2007 y duró dos años y medio. Cada hora del día había lepchas en una tienda de campaña en la Tibet Road, en Gangtok, en huelga de hambre. Algunos la hacían durante cuatro o cinco días o un par de semanas; la del activista más combativo duró noventa y seis días.

—Las autoridades habían planificado construir siete presas aquí en **Dzongu**, **900 m s. n. m.**, y, al menos, conseguimos parar cuatro con la huelga de hambre —dijo Gyatso—. El valle del Dzongu y el río Rongyoung son sagrados para nosotros los lepcha. Cuando Sikkim se convirtió en un reino budista en el siglo XVII, nos convertimos al budismo, pero seguimos venerando la naturaleza. Para nosotros, el río Rongyoung es igual de sagrado que el Ganges para los hinduistas. Nosotros creemos que provenimos de las

montañas del Kanchenjunga y cuando morimos, el alma viaja de vuelta a casa, a las cuevas sagradas de la montaña y se reúne con los antepasados. El río Rongyoung nace en el Kanchenjunga, por eso es tan importante para nosotros, muestra a las almas el camino de vuelta a casa. Nosotros los lepcha vivimos todavía en armonía con la naturaleza, ¡hemos nacido conservacionistas!

—¿Temes que los lepcha desaparezcan algún día? —le pregunté.

—Tal y como está la situación ahora, prácticamente ya hemos desaparecido. Somos los aborígenes de Sikkim, fuimos los primeros aquí, pero ahora representamos solo el ocho por ciento de la población. Somos como los tigres, estamos amenazados de extinción. ¡En la lista roja!

—¿Es cierto que has estado en la cárcel?

—Sí, me arrestaron poco después de finalizar la huelga de hambre —respondió Gyatso—. Es parte de la mochila de un activista. Estuve en prisión un mes. En cierto modo fue instructivo, pero la comida era horrible y hacía mucho frío, además me había casado cinco días antes, así que el momento no fue para nada ideal.

Las autoridades indias ya han construido catorce presas en Sikkim y recientemente han abierto Teesta III, uno de los mayores embalses de toda la India.

—Sikkim tiene solo siete mil kilómetros cuadrados, por tanto, estoy muy preocupado —dijo Gyatso—. La India tiene una enorme necesidad energética, casi insaciable, pero la solución no es atacar la naturaleza vulnerable del Himalaya. Las autoridades indias han planeado construir presas en todos los ríos del Himalaya y las autoridades chinas hacen lo mismo. Protestamos en voz alta cuando los chinos acaparan nuestra agua, pero nosotros hacemos lo mismo contra Pakistán y Bangladesh.

—¿Qué consecuencias han tenido las presas a nivel local? —me preguntaba yo.

—Los últimos años hemos tenido terremotos frecuentes —

respondió Gyatso—. Algunos creen que los terremotos están relacionados con la construcción de presas. Yo no lo creo, pero es un hecho que las consecuencias de los terremotos son peores ahora. Nunca habíamos tenido tantos desprendimientos de tierra y de tanta magnitud antes de la construcción de las grandes presas. A causa del calentamiento global llueve mucho más que antes. Durante el monzón, los ríos arrastran grandes fragmentos de biomasa que van a parar al fondo de los embalses, junto a las presas, y se transforman en gas metano, que es mucho más potente como gas de efecto invernadero que el CO_2. Cuando pasas por delante de los embalses, puedes ver cómo burbujea el metano desde el fondo. Ahora solo tenemos unos treinta ríos que discurren libres. Tengo la esperanza de que podamos conservar esos pocos ríos que nos quedan, sí, y no solo aquí en Sikkim, sino en todo el mundo. Los ríos no se quejan, no protestan, no piden ayuda, solo dan y dan. ¿Hasta cuándo vamos a abusar de su silencio?

De los muchos pequeños reinos que una vez existieron en el Himalaya y que, en cierto modo, eran el Himalaya, solo queda uno. Los demás han sido devorados por sus grandes y poderosos vecinos a lo largo de las convulsiones de los últimos cien años. Por todo el reino de las montañas, desde Unza en el oeste hasta Sikkim en el este, hay castillos abandonados. Algunos se han transformado en museos, otros se desmoronan lentamente. Los habitantes de los pequeños reinos ya no tienen rey, pero a cambio han obtenido carreteras, energía hidroeléctrica y un sistema escolar centralizado. En la andadura de este proceso, algo valioso se ha perdido. No solo reyes locales, sino pequeños mundos aislados con ríos sagrados y montañas divinas que lentamente se van borrando del mapa.

Quizás el desarrollo haya sido inevitable. En el Himalaya, las potencias atómicas están enfrentadas. Las dos naciones más pobladas del mundo están separadas por controvertidas líneas discontinuas. En el gran juego geopolítico, los pequeños reinos

nunca tienen posibilidades.

Sin embargo, uno se ha mantenido firme contra todo pronóstico.

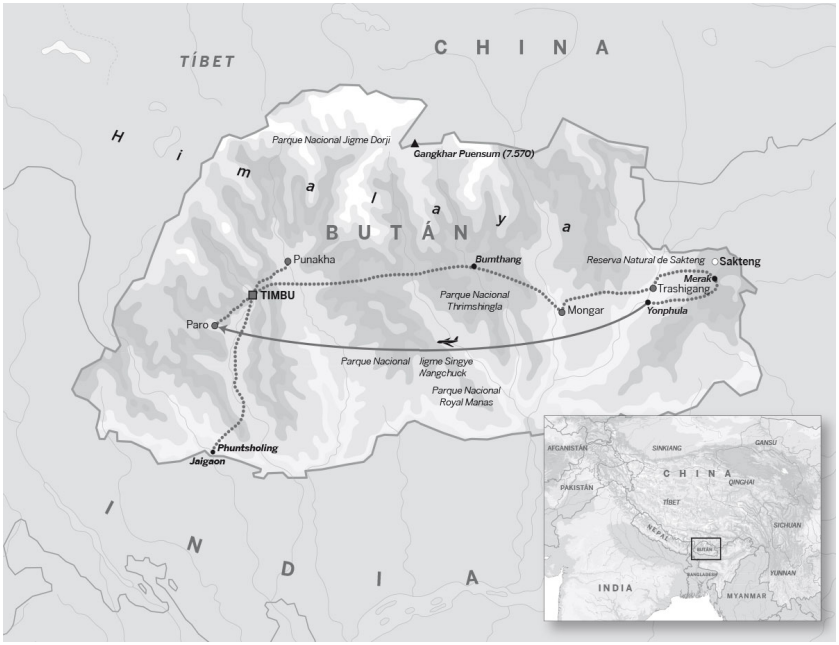
Tesoros desnudos

La frontera entre la India y Bután debe de ser una de las más raras del mundo. La puerta de entrada a Bután está situada entre Jaigaon, una ciudad india, y la butanesa **Phuntsholing**, **293 m s. n. m.**. Las dos ciudades fronterizas han crecido entremezcladas, de manera que uno apenas percibe que pasa del segundo país más poblado del mundo al reino butanés, con una población por debajo del millón de habitantes. Además la mayoría de las calles son de una sola dirección, con lo cual hay que dar largos rodeos para llegar al lugar deseado y, a menudo, hay que cruzar varias veces la invisible frontera entre las dos ciudades, cosa que refuerza la sensación laberíntica.

A excepción de los indios, los bangladesíes y, quién sabe por qué, los maldivos, todos los turistas extranjeros que visitan Bután tienen que pagar una suma de dinero a diario: aproximadamente doscientos cincuenta dólares por un paquete que incluye guía, coche, chófer, hospedaje en un hotel y comida. El chófer y el guía me recogieron en un hotel del lado indio. Los dos vestían el traje nacional de Bután, que es obligatorio para todo aquel que trabaje en el sector público y en el turístico.

Sonam, el chófer, vestía el traje nacional masculino llamado *gho,* una especie de bata de tela, larga hasta la rodilla y sujeta a la cintura por un ancho cinturón ajustado, de manera que queda un holgado bolsillo encima del vientre en el que hay sitio para depositar de todo, desde un bebé hasta la billetera. Los calcetines largos son un accesorio obligatorio, pero por comodidad son más

adecuados con zapatos, también con zapatillas deportivas. Dechen, la guía, vestía el *kira,* el traje tradicional para las mujeres. La variante moderna consiste en una falda que envuelve el cuerpo y va sujeta a la cintura con un cinturón, pero antes era usual que el kira se drapeara por encima de los hombros y se sujetara con broches como un vestido. El traje incluye una blusa de manga larga y una chaqueta corta de seda, a menudo de colores diferentes que combinan bien. La primera vez que visité Bután me sorprendieron mucho esos trajes exóticos y sentí que realmente había llegado a un país diferente, a un lugar de la tierra extravagante y singular. En este último viaje ya no me impactaron tanto, incluso me resultaron familiares. La primera impresión que se tiene de la gente y los lugares es valiosa —se siente uno abierto, receptivo e incluso absorbe detalles extraños—, pero la segunda impresión casi siempre te hace ver más allá de los adornos externos.



En la oficina fronteriza india en el centro de Jaigaon había cinco

ventanillas, pero en ninguna atendían. Dechen consiguió encontrar un burócrata con gafas en el piso superior, que a su vez buscó a otro burócrata que pudiera atendernos. Finalmente apareció un guardia de fronteras que tardó media hora en abrir un ordenador y poner el sistema en marcha. Adormilado, me puso el sello de salida de la India.

Salimos con el coche de la gigantesca república y entramos en el pequeño reino. No percibí cuándo cruzamos la frontera propiamente dicha, pero dado que los letreros de las tiendas estaban escritos en letras tibetanas, comprendí que estábamos en Bután. Nadie sabe a ciencia cierta de dónde proviene el término Bután, posiblemente sea una adaptación del término sánscrito Bhota-anta, «el final del Tíbet». Los butaneses llaman a su país Druk Yul (el país del Dragón del Trueno); el dragón del trueno es el símbolo nacional de Bután y ocupa un lugar destacado en la bandera. En la calle siguiente, todos los letreros estaban escritos con el alfabeto indio devanagari. Por tanto, estábamos en la India otra vez, pero enseguida volvimos al país del Dragón del Trueno. Después de haber dado vueltas en círculo un buen rato, llegamos a la diminuta oficina de inmigración a la entrada de Bután. El hombre de detrás del mostrador que también vestía el gho, cogió mi pasaporte e inició mi registro con solemnidad. Sonriente, estampó un sello triangular en una página en blanco y me dio la bienvenida al país.

Timbu, **2.334 m s. n. m.**, la capital, está a 2.000 metros más que Phuntsholing. La carretera serpenteaba suavemente hacia arriba rodeada de una exuberante vegetación subtropical y un bosque denso. Bután es un país tan atípico que incluso absorbe más CO_2 del que despide, una de las razones es que las autoridades han decidido que como mínimo el 60 por ciento de su superficie esté poblada de bosque. Actualmente, más del 70 por ciento de este pequeño país lo está. A lo largo de los laterales de la carretera había monos

quitándose los piojos unos a otros con la mirada puesta en los coches y a la expectativa de que les cayera algo bueno para comer.

Para ser la capital, Timbu no es una ciudad grande. Tiene unos ciento quince mil habitantes que representan aproximadamente el 15 por ciento del total de la población, la posibilidad de nacer butanés en la lotería de la vida es insignificante. Dado que la capital estaba diseminada por una extensa superficie, parecía más grande de lo que realmente es. Todos los edificios eran de estilo draconiano, con detalles de madera pintada y tejados bajos e inclinados, algo que le daba un carácter más agradable del que tienen las ciudades indias en las que el hormigón se ha apoderado por completo del espacio. En el único cruce grande había un policía dirigiendo el tráfico con ademanes suaves y armónicos desde un pedestal bellamente decorado. Pasamos como flotando y poco después llegamos al hotel. Posiblemente Timbu sea la única capital del mundo sin semáforos.

En el momento en que yo me disponía a subir a la habitación, Dechen carraspeó detrás de mí.

—Debo decirte una cosa. —Me miró compungida—. He pensado en ello toda la noche y todo el día, y ahora tengo que contarte la verdad, ya no puedo callar por más tiempo. —Carraspeó de nuevo e hizo acopio de fuerzas—. He estado en Merak, en el Bután oriental, solo una vez cuando era niña, ¡así que no estoy segura de poder ser una buena guía para ti allí! Lo siento mucho, pero al menos ahora ya lo sabes.

La tranquilicé diciéndole que no me preocupaba lo más mínimo y que seguro que íbamos a gozar de una buena estancia en Merak.

La desesperación de Dechen desapareció con una sonrisa de alivio.

—Simplemente tenía que decírtelo, no podía engañarte —dijo resplandeciente—. ¡Qué alivio siento ahora!

Más tarde por la noche, Dechen me llevó a unos baños locales con

agua que calentaban con piedras ardientes, una especialidad butanesa. Los baños estaban en un descampado fuera del centro, debajo de un bar construido de forma rudimentaria en el que unos muchachos con tejanos y cazadoras de piel bebían cerveza, mascaban chile y charlaban a gritos. Me dieron un cubículo para mí sola en el edificio oblongo de los baños. El espacio estaba dividido en dos y separado por una cortina. En la parte del vestidor había un banco pequeño para depositar la ropa y detrás de la cortina había una estrecha bañera de madera. Una bombilla desnuda en el techo proporcionaba la iluminación necesaria. La bañera estaba dividida en dos cámaras, la exterior continuaba a través de una abertura baja en la pared de madera para que el asistente de baño pudiera llenarla de agua y depositar en ella las piedras ardientes sin entrar en contacto directo con la persona que tomaba el baño. Las piedras se calentaban en una hoguera grande y siseaban enconadamente cuando se las introducía en el agua. Una variedad de hierbas aromáticas flotaba por doquier junto a brotes de abeto, agujas de pino y toda una serie de plantas que no conseguí identificar.

Lentamente y por etapas me metí en el agua muy caliente. El corazón me palpitaba con fuerza, la piel me picaba y escocía y sudaba como en la sauna. Cientos de horas pasadas en carreteras polvorientas y llenas de baches se desprendieron de mi piel y se evaporaron. Justo cuando había conseguido hundir todo el cuerpo en el agua, el asistente de baño introdujo más piedras ardientes en la bañera. Burbujeó y siseó, yo me levanté de golpe y me quedé sentada mirando el agua borbotear.

—¿Tienes frío? —me preguntó el asistente de baño—. ¿Quieres más piedras?

—¡De momento estoy bien! —le aseguré.

Cuando el agua dejó de sisear, me hundí con precaución en ella otra vez y dejé que el calor me envolviera. Era noche cerrada cuando finalmente salí de la bañera. Me pesaba el cuerpo y me vino

un mareo. Me quedé sentada en el borde de la bañera un par de minutos para refrescarme.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? ¿Por qué tardas tanto? —gritó Dechen preocupada detrás de la puerta—. ¡No vayas a coger frío, puedes resfriarte!

A la mañana siguiente me avisaron de que Dechen no podría acompañarme. Su hija no se encontraba bien. No era nada grave, la niña tenía un poco de fiebre y no quería dormir. La madre de Dechen no tenía muchas ganas de quedarse sola a cargo de una niña de un año enferma y que lloraba. Dechen me esperó en un cruce para recoger su maleta.

—Lo siento —dijo casi al borde del llanto.

—No te preocupes —le contesté—. ¿Cómo está tu hija? ¿La ha visto un médico?

—Iremos al hospital más tarde, pero primero la llevaré al templo. Trabajo sin descanso y por eso no he tenido tiempo de llevarla más a menudo. Creo que por eso ha enfermado.

Sangye, un hombre enérgico y vivaz de mi edad, me acompañó al este en su lugar. El trayecto hasta Bumthang fue largo. Las carreteras estaban en obras en todas partes, las construían trabajadores indios delgados que vestían ropas raídas y polvorientas. De vez en cuando, teníamos que esperar media hora o una hora antes de continuar viaje entre bosques de rododendros y por empinados puertos de montaña en los que colgaban muy juntas miles de banderas de oración. De repente, pasamos por delante de postes con banderas blancas ondeando, oraciones para los muertos. A menudo estaban tan desgastadas que solo quedaban hilachas.

Todo estaba a oscuras cuando llegamos al distrito de **Bumthang**, **2.800 m s. n. m.**, situado aproximadamente en el centro de Bután. Normalmente viven unas cinco mil personas en el lugar, en ese momento la cifra era tres veces superior. Había coches y gente por todas partes, pero a diferencia de en la India, nadie pitaba. Los

conductores esperaban pacientemente que el atasco se descongestionara solo.

En la pequeña plaza delante del templo había mucha gente. Monjes musculosos con faldas de seda y grotescas máscaras de madera danzaban en círculo y lentamente alrededor de una hoguera. Encima de esta había cuatro postes inclinados y en lo alto reposaba la pintura de una diosa. Dentro del templo, un solo monje tocaba dos címbalos lentamente, uno contra otro: *¡Cling!... ¡Cling!... ¡Cling!* Cientos de turistas y lugareños se habían congregado en el lugar y no era fácil encontrar un sitio. Un holandés alto se situó justo detrás de mí y usó mi hombro como si fuera un trípode. En el instante que ardió la diosa, ajustó el ángulo de la cámara en mi hombro para conseguir el máximo de apoyo.

—Es muy bueno para las mujeres presenciar este ritual —susurró Sangye, que nunca se alejaba mucho de mí—. Principalmente para las mujeres que no pueden tener hijos —añadió como si nada.

Como obedeciendo a una señal secreta, la mayoría de los espectadores corrieron hacia el campo que había detrás del templo. En la mitad, dos postes altos sostenían otro que estaba atravesado. Los tres postes estaban cubiertos de gruesas ramas de abeto. Un puñado de monjes llegaron con antorchas encendidas y prendieron fuego a las ramas de abeto. Pocos segundos después ardió toda la instalación y la gente empezó a atravesar corriendo aquel portal en llamas. Daban vueltas y más vueltas, una y otra vez, varios miles de personas, gritando y aullando, con la chaqueta encima de la cabeza para que no se les prendiera fuego en el pelo, mujeres de edad, muchachos, niños, todos corrían. Pasados unos minutos, las llamas se avivaron más y más y caían al suelo ramas de abeto encendidas, pero la gente no dejó de correr hasta que el fuego casi se apagó.

—Este ritual es muy bueno para las mujeres —repitió Sangye—. Sobre todo, para las mujeres que no pueden tener hijos —añadió meditativo.

El momento álgido tendría lugar más tarde, por la noche. Nadie sabía cuándo.

—Los danzantes saldrán cuando estén preparados —dijo Sangye —. Primero tienen que beber para reunir coraje.

Entretanto, acudían riadas de gente de los valles circundantes en coches y taxis. Se oían canciones conmovedoras y algún que otro bramido procedente del templo.

—La danza que se va a representar ahora fue creada por el gran maestro tántrico Dorje Lingpa en el siglo XIV —explicó Sangye—. Él vino a esta zona para ayudar a sus habitantes a construir un templo, pero un grupo de espíritus malignos entorpecían el trabajo. Para distraerlos, el maestro creó esta danza. Los espíritus fueron embrujados por ella y se terminó el templo. Desde entonces se ha representado cada año aquí en Bumthang y es muy sagrada. Cuando los danzantes muestran su tesoro, ahuyentan a los espíritus malignos a la vez que los espectadores son bendecidos. Todas las criaturas conscientes han venido al mundo solamente gracias al tesoro.

Dieciséis hombres visiblemente ebrios salieron del templo tambaleándose. Llevaban tiras de algodón largas atadas alrededor de la cabeza, de manera que solo quedaban al descubierto sus ojos, por lo demás iban completamente desnudos. Las danzas tántricas del templo las suelen realizar los monjes jóvenes, pero precisamente esa danza es ejecutada por hombres escogidos de los valles circundantes.

Bumthang está situado a casi 3.000 metros de altura y la noche era fría y despejada. Visiblemente, el frío afectaba a los «tesoros» que se encogían y casi desaparecían. Los danzantes se apiñaron junto a la hoguera, allí de pie tiraban y tiraban enérgicamente de sus miembros viriles mientras saltaban para mantener el calor. De vez en cuando, entraban en calor y hacían movimientos obscenos entre ellos parecidos al acto sexual. El público vociferaba y reía,

querían más. Los más entusiastas habían llegado varias horas antes para coger sitio delante y contemplaban la escena con devoto silencio. Sangye y yo no habíamos sido lo suficientemente rápidos y tuvimos que conformarnos con un sitio bastante atrás. Teníamos escasas vistas a los tesoros hasta que, de repente, los dieciséis hombres desnudos desfilaron ante nosotros yendo hacia uno de los templos. Varios danzantes se cubrían sus tesoros con las manos a modo de protección mientras serpenteaban entre la masa de gente.

—¡Fuera las manos! —gritaba la gente indignada—. ¡Enseñad el tesoro! —Algunos espectadores se pusieron en cuclillas para tener mejores vistas.

—Es importante ver la danza con la familia —dijo Sangye—. Mientras dura hay que concentrarse y pensar en el tesoro. Este hará desaparecer todos tus pecados y te bendecirá. Es especialmente beneficioso para las mujeres que no pueden tener hijos —añadió una vez más de manera significativa.

Cuando volvieron los danzantes después de dar la vuelta al templo, se colocaron muy juntos delante del fuego para entrar en calor. Una persona de la masa gritó algo y al momento los hombres desnudos se lanzaron furibundos contra la multitud y empezaron a atacar a un joven. La gente gritaba, rugía y empujaba.

—Es mejor que nos vayamos. —Sangye me cogió del brazo y me alejó de la multitud—. Creo que alguien intenta sacar fotos.

Al parecer era verdad que algunos habían sacado su teléfono, pero solo para ver la hora. De todas maneras, la danza sagrada había llegado a su fin esa noche.

La danza diurna no era tan popular. Excepto algunos interesados ancianos que se habían instalado en alfombras y cojines delante de todo, con cestas de pícnic y termos, el resto de los espectadores eran turistas y guías. Como la noche anterior, un monje hacía sonar dos címbalos lentamente uno contra el otro mientras cuatro hombres con holgadas faldas amarillas se movían por la plaza lenta y

teatralmente. Llevaban el rostro cubierto con máscaras de madera, rojas y pesadas, con ojos saltones y colmillos.

—Esta danza fue introducida por Padmasambhava en el siglo VIII —explicó Sangye.

Los címbalos enmudecieron un instante, después sonaron de nuevo, monótonos y lentos: *¡Cling!... ¡Cling!... ¡Cling!* Los danzantes se desplazaban despacio en círculos, con movimientos ampulosos y rituales.

—Esta danza también fue introducida por Padmasambhava en el siglo VIII —dijo Sangye—. Los monjes vencerán a los espíritus malignos y los encerrarán en el cofre triangular que está en el suelo.

Un cuarto de hora después, cuando los espíritus malignos fueron derrotados y apresados, los danzantes desaparecieron dentro del templo y otros nuevos entraron en la plaza también ataviados con aterradoras máscaras de madera y holgadas faldas amarillas.

—Padmasambhava introdujo esta danza en el siglo VIII —me informó Sangye.

A cada danza las máscaras eran más aterradoras y todo terminó con la danza de la muerte, en la que los monjes danzaban con espadas largas que arrastraban por el suelo. Las máscaras negras estaban decoradas con calaveras. Una especie de clown ataviado con una máscara de color rojo fuego y vestido de negro corría con un enorme falo rojo de madera entre las manos. Le pegaba a la gente en la cabeza con el miembro y hacía ademanes provocativos delante del público, que se reía y le daba dinero.

—Si te toca con el miembro, te traerá buena suerte —señaló Sangye—. Especialmente para las mujeres que no pueden tener niños —añadió elocuente.

—Pero ¿dónde está la gente? —pregunté—. Ayer estaba lleno de espectadores y ahora solo hay turistas aquí.

—La mayoría de la gente no viene mucho por aquí arriba. —Se rio tontamente—. Para entrar en la zona del monasterio, nosotros

los butaneses tenemos que llevar ropa formal y tradicional. Más tarde, te enseñaré dónde pasa el tiempo la mayoría de ellos. Seguramente ahora casi todo el mundo está durmiendo.

Hacía mucho calor al sol de la tarde y los turistas se retiraron a la sombra o volvieron al hotel. Solo el núcleo de los mayores conocedores de la tradición permaneció en su sitio, en primera fila, sentados con sus termos contemplando una danza tras otra.

Sangye me llevó al templo donde los danzantes totalmente desnudos habían bailado rodeándolo la noche anterior. El edificio estaba encalado, con una franja roja debajo del tejado dorado. El propio tejado estaba rematado con construcciones menores que recordaban la forma de un cofre del tesoro. Las paredes eran tan gruesas que en el interior quedaba poco espacio, insondables estatuas de Buda y Padmasambhava oteaban el horizonte con sus pequeños ojos rasgados.

—Este es uno de los templos más antiguos de Bután —explicó Sangye con tono de profesor en la voz—. En el siglo VII un demonio terrible creó muchos problemas en todo el Tíbet, también aquí en Bután. Para apaciguarlo el rey Songtsen Gampo, el gobernante tibetano, en el año 647, mandó edificar ciento ocho templos en un día. Este es uno de ellos.

Cuando el sol se ponía y una luz violeta azulada cubrió el valle, Sangye decidió que era hora de mostrarme dónde estaba la mayoría de la gente. Abandonamos la zona del templo y bajamos a la explanada de detrás del aparcamiento en la que había instalados pequeños carruseles para los más chicos junto a carpas con puestos de comida y bebida y tiendas que vendían de todo, desde pistolas de juguete a ropa barata de la India. Detrás de los carruseles y las carpas había muchas casetas de juegos de azar. Todas ofrecían los mismos juegos con pequeñas variaciones: se apostaba un billete de cien o dos a un símbolo o a un número, después se hacía rodar el tablero de dardos tan rápido que no era posible diferenciar los

números o los símbolos. Uno de los jugadores cogía impulso y lanzaba el dardo, si estabas de suerte, acertaba tu número. Grupos de hombres que gritaban se habían amontonado en las diferentes casetas. Sangye era el único que vestía el traje tradicional, los demás llevaban tejanos o chándal.

—En realidad, el juego está prohibido en Bután. Solo se autoriza en celebraciones como esta —me explicó Sangye, y apostó un billete de cien a su número de la suerte. Perdió cada vez. Lo mismo me pasó a mí.

—Hoy debería haber ganado —comentó—, porque es mi cumpleaños. Cumplo treinta y cuatro años. Aunque en realidad no celebramos los cumpleaños en Bután, así que no pasa nada.

Pese a que los butaneses no celebran los cumpleaños, le llegaron muchas felicitaciones y saludos a su móvil. Sin embargo, no aportaron suerte al juego: continuamos perdiendo. Al final nos quedamos casi sin dinero en efectivo y apenas nos alcanzó para tomar un whisky butanés cada uno. El trago sabía dulce y fuerte en el frío de la noche.

Con buena anticipación antes de que los tesoros de la noche aparecieran de nuevo, acudimos a la plaza de la danza. El premio fue un fantástico sitio en primera fila. En el templo ya se oían canciones groseras, griterío y risas nerviosas. Llegaron riadas de turistas, abuelos y abuelas, jóvenes, niños. Una escasa hora más tarde los danzantes desnudos finalmente se atrevieron a salir del templo. Esa noche ya estaban más ambientados a pesar de no llevar ni la más mínima prenda de ropa y no tardaron en saltar alrededor del templo mientras meneaban enérgicamente sus tesoros arriba y abajo, literalmente ante las narices del público. Uno de los danzantes llevaba una linterna y hacía un barrido con el cono de luz sobre los tesoros de sus compañeros para que no se echara a perder ningún detalle. Cuando volvieron de la obligada vuelta al templo, todavía parecían más excitados, se sentaban a horcajadas

unos encima de otros haciendo movimientos incitadores. A intervalos regulares, se acercaban a la hoguera paso a paso y tiraban enérgicamente de sus tesoros para contrarrestar el efecto menguante del frío de la noche. Después se volvían hacia el público de nuevo, moviéndose de aquí para allá, balanceándose y haciendo giros, impecablemente iluminados por el cono de luz.

—Tienes que juntar las manos y desear algo —me exhortó Sangye —. Las mujeres que no tienen hijos, suelen desear quedarse embarazadas —añadió solícito.

El cielo era negro y claro, sobre el templo y los dieciséis hombres desnudos colgaba una abultada luna, igual de llena que los danzantes, pero no de alcohol. Cuando el último de ellos se retiró al templo, seguimos al río de gente y bajamos hasta el aparcamiento. Encontramos el coche, pero no al chófer. Sangye lo llamó por teléfono y, al rato, Sonam llegó corriendo de la feria.

—¿Ganaste o perdiste? —le pregunté, pero ya vi en su expresión cuál sería la respuesta.

Las ferias, sospechosamente, son similares en todos los países.

El guardabosques misterioso

De camino a Merak, un pueblo situado en el este, nos detuvimos en **Mongar**, **1.600 m s. n. m.**. La única razón por la que los turistas visitan esa pequeña ciudad de vez en cuando es que es un lugar de paso entre la parte occidental y oriental de Bután, y parada usual de camino a la frontera india en el sureste. Aparte de eso, no había nada que ver allí. Las calles estaban vacías, las casas dispersas. Junto al nuevo hospital, en una pista grande que también se usaba como helipuerto, un grupo de hombres, vestidos con el traje tradicional, lanzaban dardos. El tablero en el que tenían que acertar era pequeño y estaba situado a 40 metros al otro lado de la pista.

—El ganador podrá participar en la final nacional —explicó Sangye—. Los buenos tiradores de dardos deben tener un gran dominio mental. Tienen que ser capaces de apuntar e ir a por todas mientras otros los miran.

La mayoría de los dardos caían fuera del tablero, pero de vez en cuando alguno hacía diana y entonces la pista estallaba en vítores y danzas.

Seguimos paseando hacia el mercado de hortalizas donde se vendían chiles a mansalva, además de guayaba, pepinos enormes, cilantro, berenjenas, zanahorias y otras hortalizas que crecen muy bien en las alturas. Pero, sobre todo, chiles, que se vendían en bolsas de un kilo como mínimo. A los butaneses les chiflan y los usan con absolutamente todo lo que comen; una familia normal gasta fácilmente un kilo de chiles al día. En Bután, por todas partes se ven chiles puestos a secar en los tejados, en los laterales de los

caminos, en los coches, en los campos de las afueras. A los turistas, generalmente, les sirven comida de bufé apta para turistas y libre de capsaicina, mientras que los guías y los chóferes se atiborran de arroz con chiles en una sala contigua. Los butaneses en el exilio se quejan a menudo de que en el extranjero les cuesta encontrar chile lo bastante picante y muchos dependen del suministro regular de su país. Incluso los niños que todavía maman se atiborran de chiles con el mismo deleite que los niños de otros países se zampan el chocolate.

En la cima de la colina había un pequeño monasterio. Las casas que dejamos atrás por el camino eran pequeñas y sencillas, ensambladas con montones de materiales accesibles: hojalata ondulada, planchas y plástico. Un puñado de perros nos recibió con ladridos a la entrada del monasterio. En los tendederos ondeaban hábitos de color rojo burdeos en la brisa de la tarde, pero no se veía ningún monje. Una mujer llena de arrugas y casi sin dientes se acercó a nosotros y se ofreció para enseñarnos el templo. Se llamaba Sangye como el guía. Al igual que en el Tíbet, los butaneses usan los mismos nombres indistintamente para niñas y niños, y el apellido pocas veces tiene que ver con el de los padres, los apellidos compartidos no son habituales. Para complicarlo todavía más, los butaneses tienen una limitada lista de nombres entre los que escoger, unos cincuenta en total.

El complejo monasterial solo tenía treinta y seis años de antigüedad, uno de los más nuevos de Bután. La vieja Sangye le doblaba en edad. Hacía cinco años que había enviudado y desde entonces vestía el hábito de monja. Ahora asistía cada día al monasterio, barría, reemplazaba las luces, limpiaba y lo mantenía ordenado.

—Mi hora está al llegar —dijo con voz aguda y chirriante—. Me moriré pronto. Es en lo único que pienso ahora. Mis hijos, tengo siete hijas y un hijo, me han invitado a vivir con ellos en la capital,

pero yo quiero estar aquí. Quiero morir aquí.

Se sentó en las escaleras y entrecerró los ojos al sol.

—Antes no teníamos corriente eléctrica. —Hablaba pronunciando frases cortas como si el tiempo limitado que le quedaba también afectara a la sintaxis—. Tampoco teníamos escuela, ni carreteras, teníamos que caminar para ir a cualquier lugar. Yo nunca fui a la escuela. Ni tampoco mis hijos, pero los hijos de mis hijos sí van. Su vida es más fácil que la nuestra. Pero la televisión no me gusta. Crecí sin ella. Nunca la veo. Lo único que pienso es que moriré pronto.

Kezang, el astrólogo del pueblo, ejercía su oficio a media hora en coche desde Mongar. Nos estaba esperando en el lateral de la carretera cuando llegamos y nos acompañó hasta su sencilla casita situada arriba en la colina. No estaba lejos, pero el camino de subida era muy empinado y yo no podía mantener su paso a pesar de que él me doblaba la edad.

Desde su jardín exuberante y bien cuidado entramos en una casa oscura y pobre. Desde la puerta de la calle pasamos directamente a la cocina equipada con estanterías y un par de encimeras eléctricas. En el salón, que hacía las veces de dormitorio, nos invitó a sentarnos a Sangye y a mí en un delgado colchón extendido en el suelo. Las paredes estaban adornadas con calendarios de los últimos diez años, todos decorados con dibujos de Buda y fotografías oficiales de los reyes de Bután, y también con recortes de revistas con fotografías de la familia real. No había cristales en las angostas aberturas que hacían de ventanas y el techo, que consistía en tablas delgadas, estaba recubierto de plástico por dentro para aislar mejor. Un frigorífico grande era el mueble más llamativo del saloncito. En una repisa estrecha de la ventana destacaba una radio antigua. No tenían televisión.

—La gente viene a mí con niños recién nacidos y cuando están enfermos —explicó Kezang y desenrolló ceremoniosamente el libro

de astrología envuelto en una tela de color naranja. Se sentó con gracia en el suelo y colocó las gruesas tiras de papel en una mesita delante de él. El astrólogo tenía el rostro tostado por el sol y lleno de arrugas, pero sus ojos eran grandes y amables. Cuando sonreía, tenía aspecto de muchacho y anciano a la vez.

—No tengo formación reglada —dijo—. Nunca he ido a la escuela, pero estudié en el monasterio como monje del pueblo.

—Es decir, que él vivía en el pueblo, pero asistía al monasterio cada día para estudiar —aclaró Sangye que traducía al inglés todo lo que Kezang decía en la lengua local. El dzongkha, que está emparentado con el tibetano, es el idioma oficial de Bután, pero en total se hablan diecinueve lenguas y dialectos diferentes en el país, repartidos en menos de ochocientos mil habitantes. Dado que el propio Sangye era de un pueblo del este, ellos dos hablaban la misma lengua.

—Cuando estuve preparado, me fui a las montañas para meditar y rezar durante tres años tal como se suele hacer —continuó Kezang —. Tan solo después de meditar durante tres años se está cualificado para convertirse en astrólogo, pero solo si el lama da su aprobación. El lama me hizo pasar una prueba: si conseguía ayudar a tres personas, podría ejercer de astrólogo.

Su mujer vino de la cocina y nos sirvió leche caliente en tazones grandes.

—La astrología es complicada —dijo—. Cuando las personas enfermas acuden a mí, primero debo averiguar qué les ha enfermado. ¿Ha sido a causa de un espíritu maligno? Y en tal caso, ¿de dónde proviene? ¿Han enfermado porque no han visitado el templo donde se encuentra el dios protector? Hay que considerarlo todo. Cuando se ha determinado la causa, se deben hallar los rituales que hay que realizar y las hierbas medicinales que debe tomar el paciente en caso de que él o ella las necesiten. Antes este era el único tratamiento accesible para nosotros, pero ahora

tenemos que valorar si es suficiente solo con los rituales o el paciente además debe tomar medicinas occidentales. La gente de aquí acude siempre a mí antes de ir al hospital si lo precisan. Si tu hijo está poseído por un espíritu maligno, de hecho, puede ser perjudicial llevarlo al hospital.

—¿Tiene usted hijos? —me interesé.

—No. —Kezang miró a su mujer, que desvió la mirada al suelo—. No es que yo sea estéril porque mi mujer ha estado embarazada tres veces. Pero todos los niños murieron cuando eran pequeños. Ahora ya nos hemos rendido. Mi mujer hizo todo lo correcto cuando estuvo embarazada. Fue al hospital y la visitaron, también acudimos a un astrólogo y al templo, pero aun así los niños murieron.

Kezang carraspeó y se inclinó sobre las escrituras tibetanas.

—¿Cuándo naciste? —me preguntó.

Sangye le dio la fecha de mi nacimiento y él, sentado, hojeó las escrituras largo rato.

—De momento no tendrás hijos —dijo finalmente, a pesar de no haberle preguntado sobre mis propias posibilidades de tenerlos—. Tendrás hijos a los cuarenta y uno o cuarenta y dos años. Pero tienes que ir al templo de la fecundidad en Punakha y pedirle al monje que te bendiga —añadió—. Allí puedes desear un hijo o una hija. Si no acudes, tienes menos posibilidades de tenerlos, así que es de gran importancia que vayas al templo de la fecundidad en Punakha. Encontrarás distracciones por el camino, pero no permitas que estas te desvíen del objetivo, como te he dicho es enormemente importante que acudas allí. Por lo demás, estás en el buen camino. Tienes la protección de los dioses. Les pides mucho, pero ellos te protegen.

Me miró pensativo.

—No me invento nada de todo lo que te digo, no pienses mal, todo está aquí en las escrituras —dijo y señaló las tiras de escrituras

esparcidas por la mesita delante de él—. Aquí también dice que te alegra ver a los monjes en los templos. Ver las estatuas, los altares y los monjes te hace sentir felicidad interior. Quizás fuiste monje o monja en una anterior vida.

Después se puso a murmurar. Sangye me explicó que estaba recitando una oración final al maestro y dios protector para que me protegiera a mí y a todos los seres vivientes.

—¿Alguna vez tienes que darle a la gente mensajes negativos? —le pregunté cuando terminó.

—Sí, a veces, cuando vienen padres recién estrenados con sus hijos y veo que el hijo les acarreará desgracias y los padres a él —respondió Kezang—. En esos casos, el hijo no puede criarse con ellos, sino que hay que mandarlo a vivir con otros parientes. Afortunadamente ocurre muy poco.

Al despedirnos, Kezang y su mujer nos acompañaron hasta fuera de la casita. Como regalo de despedida nos llenaron los bolsillos de bayas del jardín y se quedaron de pie mirándonos mientras bajamos casi gateando por el empinado sendero hasta el coche. Todavía estaban ahí cuando nos metimos en el coche y nos marchamos. Encima de las montañas tapizadas de verde, el cielo se había vuelto violeta y al regresar a Mongar había anochecido.

Cuando el sol se pone, Bután sucumbe a los perros. Manadas de agresivos perros callejeros patrullaban por el centro y hacían de las calles de Mongar un lugar inseguro. Por eso Sonam nos llevó en coche el corto trayecto del hotel al único bar de karaoke de la ciudad. En una sala pequeña al fondo de un corredor había tres jóvenes con chaqueta de cuero que bebían cerveza local. Largos tubos de neón rojo eran la única fuente de iluminación de la sala, un artista local había inmortalizado a Led Zeppelin en una de las paredes. Al fondo del local, colgaba una pantalla de televisión conectada a un equipo de karaoke. Los tres jóvenes entonaban melodías pegadizas sin descanso. Las letras hablaban de *«true love»,*

«broken heart» y *«I Will never forget you»*. Todas las canciones iban dedicadas a mujeres con nombre propio que por desgracia no pudieron ser testigos de tan románticas expresiones.

Tras un par de cervezas fuertes y una decena de baladas, los jóvenes abandonaron el micrófono y se marcharon silenciosamente a casa en plena oscuridad. Los perros callejeros continuaron el concierto nocturno hasta que clareó el día.

A la mañana siguiente seguimos viaje hacia el este atravesando un bosque eternamente verde. Sangye se ponía más y más nostálgico cuanto más al este viajábamos. Era el menor de siete hermanos y el único que había ido a la escuela.

—La escuela llegó al pueblo cuando yo era pequeño, pero yo no comprendía el porqué del estar sentado sin poder moverme y que los maestros me pegaran todo el día —me contó sonriendo. Sangye sonreía casi siempre, nunca lo vi serio más de unos minutos—. Mis amigos y yo solíamos hacer novillos y nos escondíamos hasta que terminaba la escuela. Era mucho más divertido estar al aire libre y jugar.

Pero un día se terminó la diversión: el maestro se presentó a la puerta de mi casa y preguntó por qué Sangye no había ido a la escuela en toda la semana:

—Entonces volví a la escuela. Pero luego mi madre murió. Yo solo tenía seis o siete años. Ella nunca había tosido, por eso nadie se dio cuenta de que sufría de tuberculosis. En esos tiempos no había atención médica ninguna. Después de morir ella, se torció todo otra vez. Mi padre se casó con otra mujer, pero ella me trataba mal. No teníamos dinero y a menudo no teníamos comida ni ropa suficiente. Cuando el uniforme escolar que me habían dado las autoridades estuvo demasiado raído y hecho trizas, dejé de ir a la escuela de nuevo. No tenía nada que ponerme. Finalmente, mi hermana me llevó consigo al oeste, a Paro, y continué la escolarización allí. Mi hermana tampoco tenía dinero, así que, al salir de la escuela,

vendía hojas de betel para conseguir un poco de dinero y poder comprarme zapatos y ropa. —Sonrió casi disculpándose—. En total, tuve lo que uno llamaría una infancia difícil.

Los últimos kilómetros, la carretera era tan mala que el coche apenas superaba la marcha de un peatón. La susodicha carretera de grava hasta Merak tenía solo algunos años, de modo que su existencia debía considerarse, en todo caso, un gran progreso, pero un progreso con potencial de mejora. Mientras Sonam maniobraba con precaución por la carretera forestal, Sangye recordaba varios detalles de su infancia. Era como si escuchara a un anciano de mi familia hablar sobre viejos tiempos, pero Sangye solo era un año más joven que yo.

—No teníamos electricidad ni retrete —siguió contando—. Los animales ocupaban la planta baja y nosotros vivíamos en el piso de arriba. Nosotros los niños hacíamos nuestras necesidades en un rincón en el que había un agujero que daba a la cuadra, ¡ja, ja! Mis padres bebían aguardiente de la mañana a la noche, era algo habitual en el pueblo. A veces, los niños también. ¡Los niños se quedan tan callados y son tan manejables cuando se les da un poco de aguardiente! No teníamos zapatos, nadie los tenía. —Se rio de nuevo—. Ni tampoco ropa interior, esta clase de prendas tan solo llegó a mediados de la década de 1990. ¡Pero no aquí, a la capital!

Estábamos rodeados de bosques de coníferas y no había señales de vida humana por ningún sitio. El velocímetro marcaba 9 kilómetros por hora.

—Cuando pienso en todo esto, en realidad tuve una infancia feliz —concluyó Sangye—. La añoro mucho. Los niños teníamos mucha libertad, correteábamos por todo el pueblo y siempre nos invitaban a diferentes casas. A menudo solo comíamos gachas de arroz con chile en polvo para el desayuno, pero todo el mundo en el pueblo era igual de pobre, así que eso no nos quitaba el sueño. En la escuela no teníamos ni lápiz ni papel, escribíamos con tiza en una

pizarra. El profesor nos pegaba si no recordábamos lo que se suponía que debíamos recordar, los padres nos pegaban, mi hermana me pegaba. Me pegaron mucho a mí. Así transcurrió mi infancia. Ese tiempo pasó y no volverá...

Ni Sonam ni Sangye habían estado en Merak antes, así que todo el rato creíamos que estábamos llegando, Merak tiene que estar detrás de la próxima curva, o la otra, y ese estar llegando se convirtió en horas y cuando finalmente nos topamos con gente y casas, ya anochecía.

El Bután oriental se considera tan despoblado y alejado de las carreteras normales que las autoridades ofrecen un descuento en el precio de la tarifa diaria a los turistas que viajan allí, y **Merak**, **3.215 m s. n. m.**, es uno de los pueblos más recónditos de todo Bután oriental. El pueblo está habitado por brokpas, un grupo étnico que llegó del Tíbet cruzando la frontera hace cuatrocientos o quinientos años. Según la leyenda, mataron a su rey antes de partir hacia el sur. Ese rey fue tan despiadado y exigente como para mandar a sus súbditos que arrasaran la montaña que le daba sombra y conseguir así que entrara el sol por las ventanas de su palacio.

Nos dirigimos al único hostal que había en el pueblo y allí nos invitaron a sentarnos junto la pequeña estufa de la estancia común.

—¿Quieren un poco de *ara* para entrar en calor? —preguntó el joven alto que nos recibió. La cazuela con aguardiente de arroz estaba ya a punto en la estufa. Añadió un par de cucharadas grandes de mantequilla recién batida, le dio vueltas y vertió la mezcla en tazones grandes. Recordaba al sake si se prescindía del sabor de la mantequilla derretida. En lo alto de la estufa había una olla pequeña con agua hirviendo. La tapa retemblaba débilmente por el efecto del vapor de agua.

—Siempre tenemos una olla con agua encima de la estufa para que el fuego no nos seque el cuerpo a los que nos sentamos

alrededor —explicó Sangye—. El fuego coge el agua de la olla en lugar de la que tenemos en el cuerpo.

En otras palabras, la pequeña olla hacía de humidificador del aire. Una mujer de unos cuarenta años, la dueña del hostal, sirvió la cena, que consistía en arroz rojo y chiles con queso, chiles secos y chiles salados. Llevaba un vestido tradicional, negro de lana y en la cintura un ancho cinturón bordado. Un retal de lana de fieltro le recubría las nalgas y los muslos. Alrededor del cuello, grandes collares de colores y en cada lóbulo de la oreja, un trozo pequeño de hilo enhebrado. La cabeza cubierta con un sombrero de fieltro negro en forma de disco. Seis trenzas de lana de fieltro sobresalían en cada borde del mismo como colas de gato.

Sangye y Sonam llenaron sus platos con una gran pila de arroz bien mezclado con chiles y comieron con un apetito implacable. Fuera, los perros callejeros del lugar ladraban como poseídos.

—Es bueno que ladren —comentó Sangye mientras nos servía más ara—. Sus ladridos mantienen alejados a los espíritus malignos. El perro es el último estadio antes de renacer como persona de nuevo, por eso siempre los tratamos bien. Podrían ser miembros cercanos de nuestra familia. Si un perro te sigue, seguramente sea un pariente difunto.

El joven puso al fuego una nueva cazuela con ara y mantequilla. Cuando más tarde por la noche, me enfundé en el saco de dormir, el techo giraba despacio por encima de mi cabeza. La cama flotaba. En la habitación contigua a la mía, Sonam y Sangye estuvieron despiertos, hablando y riéndose a carcajada limpia hasta las tantas de la noche. Bajo el cielo estrellado los perros ladraban como si les fuera la vida en ello.

Ningún espíritu maligno se atrevió a acercarse a Merak esa noche.

El desayuno consistió en más arroz con chiles y el tradicional té negro mezclado con mantequilla y sal. El té tiene tantas

propiedades alimenticias que en realidad no se precisa de mucho más, pero Sonam y Sangye se llenaron el plato hasta arriba de arroz y comieron con buen apetito.

—¿No os cansáis nunca del arroz con chiles?

Sangye se lo pensó un instante. Parecía que tal idea nunca se le hubiera pasado por la cabeza.

—No —concluyó—. Si no como arroz, no me siento satisfecho. Y sin chiles no sabe a nada.

Después tuvimos que ir a la oficina del guardabosques para registrarme. Merak está en la reserva natural de Sakteng y todos los turistas necesitan un permiso especial para visitar el parque. Me llevaron a la oficina del jefe de los guardabosques, un hombre de mediana edad vestido con uniforme verde que anotó todos los datos necesarios y los archivó en una gran carpeta de anillas.

—Si lo he entendido bien, esta es la reserva natural más oriental de Bután y uno de los parques nacionales más recientes del país —dije y saqué mi libreta de notas—. ¿Podría explicarme más cosas de la reserva?

—¿Tiene usted un permiso especial de las autoridades centrales para entrevistarme? —preguntó el guardabosques, suspicaz.

—No, no tengo un permiso especial para entrevistarle precisamente a usted —reconocí—. No sabía que necesitaba un permiso especial para hablar con usted.

—Pero lo necesita, así que no puedo responder a sus preguntas —constató el guardabosques. Cruzó las manos encima de la mesa y no dijo nada más.

—Solo quería saber qué plantas crecen aquí y qué animales hay —dije—. Esas cosas. Preguntas muy sencillas.

—No puedo responder a ese tipo de preguntas sencillas sin un permiso especial de las autoridades centrales.

—¿Por qué no?

—Puede que la gente venga aquí por razones poco honestas. —El

guardabosques apretó los labios mostrándose misterioso.

—Bueno, pues tendré que buscarlo en internet —dije un poco ofendida y guardé la libreta de notas en el bolso.

—Sí, será lo mejor —dijo el guardabosques. Se levantó de la silla y me acompañó a la puerta. Antes de irnos le dijo algo a Sangye y él asintió muy serio.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté.

—No, nada —dijo Sangye.

Estuvimos dando vueltas al tuntún por las irregulares calles de tierra apisonada, a la caza de alguien con quien hablar. Por todas partes se martilleaba y serraba. Se construían casas, se ampliaban. Todos los trabajos se realizaban con madera y piedra, tal como mandaba la tradición porque el cemento estaba prohibido en Merak. Ese pueblecito estaba rodeado por bosques y colinas suaves, un desierto gris de piedra envuelto en verde y azul. Pero aparte de los obreros de la construcción, todos contratados de fuera, las calles estaban vacías.

Sin embargo, en la tienda había vida. Era una pequeña rareza en sí misma: espacio de cotilleo, jardín de infancia, bar, venta de licores, expendedor de hojas de betel y tienda de comestibles a la vez. Las estanterías, llenas a rebosar, ofrecían de todo, desde sacos de arroz y golosinas hasta whisky butanés. A pesar de que la tienda no era más grande que un quiosco mediano, había bancos y una mesa pequeña para poder hacer un alto en el camino y, si se terciaba, tomarse una cerveza antes de llegar a casa. Una mujer con ropa tradicional brokpa hilaba hebras de lana con un huso de mano. Se llamaba Dema y tenía cuarenta y seis años.

—Ah, ¡muchas cosas han cambiado desde mis tiempos de juventud! —exclamó sin dejar de hilar—. Todo es más fácil ahora. Antes teníamos que mandar a un mensajero de la familia si alguien se ponía enfermo o iba a dar a luz, ahora simplemente se llama por teléfono. ¡Si hace falta un helicóptero, también se llama y ya está!

En el pasado, a veces, había que llevar a las mujeres que iban de parto a Trashigang. No pocas veces el bebé nacía por el camino. Mis alumbramientos no trajeron problemas, pero yo solo tengo tres hijos —añadió—. A los tres los traje al mundo aquí, sola. Antes la gente no utilizaba la planificación familiar y algunos tuvieron diecisiete hijos, otros veinte, pero mi marido sí que puso en práctica eso de la planificación familiar, ¡se hizo cortar los conductos! ¡Ja, ja, ja!

La hebra ya estaba hilada y Dema estaba a punto de marcharse, pero Sangye consiguió que se quedara comprándole una Druk 11000, la cerveza local con el 8 por ciento de alcohol. Todavía no eran las diez de la mañana, pero la aceptó sonriente y enseguida abrió la lata.

—¿Cuántos hijos tienes? —le preguntó a Sangye.

—Uno —respondió él—. Una hija.

—¿Solo uno? —Dema lo miró incrédula—. ¡No es suficiente! Tienes que tener más, yo me casé cuando tenía dieciséis años, la mayoría se casan jóvenes aquí, pero mi hermano ha estudiado. Fue candidato por el DNT, el partido que ganó las elecciones hace poco y ¡ocupa un escaño en el Parlamento!

Tomó un buen sorbo de cerveza y esbozó una ancha sonrisa. Sus grandes dientes estaban manchados de rojo debido a las hojas de betel.

—Esperamos que consiga que asfalten la carretera, porque la que tenemos ahora es muy mala —dijo—. Muchos jóvenes se han marchado a la ciudad para estudiar, pero a mí me gusta esto. ¿Adónde iría yo?

Dema echó la cabeza hacia atrás y se bebió lo que quedaba de cerveza.

—Mis hijos y mi marido están aquí —dijo—. Nunca abandonaría a mi marido. ¡Sin él me congelaría en invierno! —Se rio fuerte, se deshizo de la lata de cerveza y se levantó del bajo taburete. Sus hombros todavía retemblaban de la risa cuando traspasó la puerta.

Sangye y yo también teníamos que irnos, pero nos detuvo una joven voluminosa que llevaba un niño a la espalda. A diferencia de la mayoría de las mujeres de Merak, ella iba vestida con ropa occidental, tejanos y chaqueta. Tres niños entre los cuatro y los cinco años la seguían en fila india.

—¿Os apetece venir a mi casa y charlamos un poco? —preguntó —. Tengo ara —añadió para tentarnos.

La seguimos hasta la casita que ella y su marido tenían alquilada. Los dos eran de Trashigang, la aldea más cercana, pero el marido trabajaba en un programa alimentario y habían vivido en Merak dos años. La joven dejó a los niños en una cama doble en la esquina de la habitación y se agachó en cuclillas junto a la estufa que estaba en el centro. Dos de esos niños eran suyos, los otros dos eran de una amiga y ella los cuidaba. A lo largo de la pared había estanterías de fabricación casera llenas de aceite para cocinar, arroz y cacerolas. La pequeña familia solo disponía de una habitación, toda su vida transcurría en esa única estancia.

—Debéis tener cuidado —murmuró la joven mientras vertía ara en una cazuela. Nunca supe cómo se llamaba la joven—. La gente de aquí es peligrosa. Envenenan a otros.

—Sí —asintió Sangye mostrándose conforme—. Tengo que reconocer que estaba un poco nervioso cuando paseamos por el pueblo hoy. El hombre de la oficina del guardabosques también nos lo advirtió.

—¿Por qué no me has dicho nada? —le pregunté boquiabierta.

—No quería preocuparte —dijo él.

—Un amigo de mi marido sufrió parálisis tras beber ara en casa de alguien aquí en Merak —dijo la joven—. Todavía no está completamente curado. No aceptéis nada de la gente de aquí, ¿comprendéis? No pretenden envenenaros, pero no pueden evitarlo. El veneno se hereda de padres a hijos y habita en ellos.

—¿Cómo te las arreglas, entonces? —le pregunté—. Ni siquiera

eres de aquí. ¿No aceptas nunca nada de la gente?

—Solo de las personas que conozco muy bien —respondió la joven seria—. También existe el riesgo de que te agredan, sí, incluso ha habido asesinatos. La gente de aquí no tiene estudios, ha vivido aislada en las montañas durante cientos de años, tenéis que ser cautelosos. Las personas de aquí no son como las de otros sitios.

Rompió un huevo en la cazuela con ara y vertió bastante mantequilla encima. Después sirvió la mezcla en dos tazas grandes. Sangye insistió en que ella también tomara y le sirvió ara en un tazón grande. La mujer protestó enérgicamente, la bebida era para nosotros, que éramos los invitados, ella no necesitaba nada, pero finalmente se dejó convencer y la aceptó.

—Es la costumbre aquí —aclaró Sangye pedagógicamente—. Yo tengo que servirle a ella, aunque diga que no quiere.

Apenas lo habíamos probado cuando la joven nos llenó las tazas con más aguardiente destilado de forma casera. Yo objeté que ya era suficiente, pero ella sonrió y todavía me sirvió más, hasta que estuvo a punto de derramarse por el borde. En cuanto tomaba otro sorbo, ella volvía a llenar la taza hasta arriba.

—Es la costumbre —dijo Sangye—. Tiene que llenarnos la taza al menos dos veces; si no, no sería una buena anfitriona.

En la cama detrás de nosotros, los niños saltaban entre cantos y risas. La bebida me impregnó el cuerpo y mi cabeza se enturbió y calentó. A pesar de mis protestas, la joven puso otra cazuela al fuego.

—Relájate, el efecto desaparecerá tan pronto como salgáis al frío. *Puff,* ¡se desvanece de inmediato! —Sonrió, pero un aire pensativo se adueñó de su rostro—. En realidad, yo quería ser cantante —dijo —. Me inscribí en *Idol* y pasé la prueba de audición, pero entonces me quedé embarazada. Solo tenía dieciséis años. —Nos sirvió más ara—. Mis padres estaban furiosos, pero por suerte el padre de la criatura se casó conmigo. Y ahora estoy aquí...

Antes de marcharnos la convencimos para que cantara para nosotros. Su voz llenó toda la estancia. No entendí de qué trataba la canción, solamente que era triste. Los niños dejaron de saltar sobre la cama, se sentaron y escucharon en silencio.

—Antes de irnos tienes que darle dinero —me indicó Sangye.

—¿Tengo que pagar por la bebida? —inquirí sorprendida.

—No, es decir sí, es lo que se suele hacer aquí. Siempre damos dinero cuando se nos da algo. Nos ha invitado a su casa y nos ha ofrecido ara, así que tenemos que darle dinero. Es lo que se espera no solo de los turistas, sino de todos. De mí también.

Hice lo que me pidió y le di 300 ngultrum, algo más de 4 euros. La joven, primero, se negó a aceptarlos, pero se dejó convencer enseguida.

—Recordad ser prudentes —nos advirtió de nuevo al traspasar la puerta—. ¡No aceptéis comida ni bebida de alguien que no conocéis!

El fuerte sol de la tarde nos deslumbró al salir al exterior. Las montañas hacían movimientos ondulantes. Volvimos al hostal y comimos más arroz con chile. Afortunadamente nos sirvieron té con mantequilla y no ara. Ya estábamos lo bastante intoxicados.

El resto de la tarde se esfumó en medio de una bruma suave. Sangye y yo paseamos hasta el pueblo vecino que estaba a un kilómetro de distancia. En los campos pastaban yaks machos tranquilamente al sol.

En la hierba, delante de una pequeña casa, había dos mujeres mayores sentadas que charlaban. Sus rostros eran anchos y redondos; tenían los dientes rojos por las hojas de betel y sus ojos eran tan rasgados que parecían dos rayas rodeadas de arrugas profundas. Nos hicieron señas y nos llamaron a gritos para que nos acercáramos y nos sentáramos con ellas. Cuando estuvimos sentados en la hierba, se levantaron y entraron en la casa con paso vacilante. Poco después volvieron a salir con una botella grande de ara y tres

tazas: una para mí, una para Sangye y otra para compartirla ellas dos.

—Somos hermanas, así que podemos beber de la misma taza. —Sonrieron. La mayor se llamaba Tsesum y tenía setenta y siete años, la menor se llamaba Deng Wangmo y acababa de cumplir los setenta.

Frío y sin huevo ni mantequilla, el ara no pasaba tan bien a pesar del entusiasta empeño de las hermanas. Tan pronto como tomé un sorbo, volvieron a llenar la taza.

—En los últimos tiempos han venido muchos turistas —contó Tsesum—. Quizás diez. Les servimos ara y algunos nos dan dinero, pero no todos. Antes no teníamos dinero aquí —añadió—. Cambiábamos queso y mantequilla por maíz y arroz. El arroz no era muy habitual, solíamos comer pan de maíz. Casi no teníamos utensilios de cocina y nada de electricidad. Llegó hace siete u ocho años. Los cambios son necesarios. ¡La vida es más fácil ahora!

Tsesum tenía siete hijos en total, habían sobrevivido seis. Todos se habían quedado en el pueblo. Su hermana no tenía hijos y entonces Tsesum le había dado una de sus hijas para que no estuviera sola del todo.

—Ahora que nos han puesto electricidad, también tenemos televisión —explicó Tsesum y sirvió más ara—. Pronto va a empezar nuestro programa favorito.

Deng Wangmo ya había desaparecido dentro de la casa para verlo. Lo tomamos como una indirecta y nos levantamos para irnos.

—No, no tenéis por qué iros, pasad y ved el programa con nosotras —nos animó Tsesum—. De todas maneras, tenéis que entrar en calor antes de marcharos.

Deng Wangmo había encendido la estufa y el saloncito estaba caliente como un horno de panadero. Dos cachorros de perro y un gato negro yacían en una manta al lado de la estufa. Las dos hermanas miraban fascinadas la pequeña televisión colocada

encima de una cómoda, rodeada de fotografías de la familia real. En la pantalla se veía a un joven en escena, vestido con el traje tradicional, cantaba contra un fondo de color azul.

—¿Es *Idol?* —pregunté.

Sangye movió la cabeza.

También tenemos el programa *Idol,* pero esto no es un concurso —aclaró—. En este programa personas jóvenes que lo tienen difícil en la vida, que quizás estén sin trabajo, pueden interpretar canciones por televisión. La idea es que la experiencia les dé confianza en sí mismas, para que, por ejemplo, salgan a buscar trabajo.

Tsesum sacó un plato con queso curado de yak y el famoso queso podrido del pueblo e insistieron en que los probáramos los dos. El podrido sabía a una mezcla de leche agria y roquefort, no estaba mal en realidad. Para acompañarlo, nos sirvieron más ara. En la pantalla de televisión desfilaba un cantante tras otro y yo empecé a tener problemas para diferenciarlos. Mientras absortas seguían el espectáculo de canciones, Tsesum y Deng Wangmo torcían mechas para las lámparas de mantequilla que encenderían al día siguiente.

—Mañana es un gran día —dijo Sangye—. Es el día del Descenso de Buda y también el día de la Madre —dijo y tomó un sorbo del ara helado—. No recuerdo el aspecto de mi madre. No tengo ninguna fotografía suya. Tras su muerte, mi hermana se puso en contacto con un astrólogo. Él le contó que mi madre se reencarnaría en una vaca. La vaca, es decir, mi madre, vive todavía, según he oído, pero en un pueblo lejos de aquí.

Antes de irnos, les di a las dos hermanas 200 ngultrum a cada una. Los aceptaron con una enorme sonrisa y los guardaron en los bolsillos del vestido.

Sangye y yo nos encaminamos a Merak. El cielo era de color rosa dorado, pronto oscurecería del todo. El viento me cortaba las mejillas y yo estaba helada. Tan pronto como el sol desapareció, el

aire de montaña se tornó frío y húmedo. La tierra se bamboleaba a mis pies. La cresta de la colina danzaba. Los yaks se habían duplicado.

Lam Ramchen, alcalde de Merak, tenía que hacer unos recados en Trashigang y le llevamos con nosotros a la mañana siguiente. Tenía cincuenta y dos años y un rostro ancho y repleto de arrugas, vestía una chaqueta invernal con estampado de camuflaje. Tenía los dientes rojos por las hojas de betel que masticaba y escupía constantemente.

—El día a día en Merak ha cambiado mucho —explicó—. Ahora todo es más fácil, pero como contrapartida la forma física de sus habitantes ha empeorado porque nunca van caminando a ningún sitio. ¡Ahora tenemos diabetes en Merak! Antes la gente nunca se ponía enferma aquí.

Así funciona la bendita modernización. Carreteras y electricidad hacen más fácil y cómoda la vida de la gente; el mundo entero es accesible a través de una pantalla, los jóvenes ya no están condenados a vivir en el pueblo, sino que tienen la posibilidad de probar suerte en otro lugar, algo que muchos hacen. Periodistas e investigadores han expresado preocupación acerca de qué sucederá con la singular cultura brokpa con la llegada de la carretera, pero ninguna cultura es un museo folclórico. ¿Quién cambiaría el helicóptero-ambulancia, la escolarización, una buena iluminación para el trabajo y tiendas repletas de productos por el duro trabajo físico, los partos de riesgo en pleno bosque, el hospital a kilómetros de distancia y comedores oscuros y llenos de humo?

Tan pequeña es una cultura como un museo folclórico, una delicada flor. Pero esta no se marchita y desaparece solo porque tenga que compartir el aire con gases de tubos de escape y luz eléctrica.

El alcalde abrió la ventanilla, escupió las hojas de betel y se colocó algunas más entre los dientes.

—¿Has oído hablar del veneno? —preguntó bajito—. Tres o cuatro familias del pueblo lo sufren. Resulta que algunas personas envenenan a sus parejas o a sus hijos sin querer. Los que llevan el veneno no pueden evitarlo. Si enfermas o no por aceptar comida suya depende de lo fuerte que estés. Yo nunca he enfermado a pesar de haber comido y bebido en casa de esas familias, pero muchos las evitan.

—¿Qué se hace si uno enferma? —pregunté.

—Si enfermas del vientre tras comer algo de alguien que tiene el veneno, un chamán tiene que hacerte un pequeño corte en la piel del vientre y chupar la sangre envenenada. Pero no siempre surte efecto. Debo confesarte que suceden muchas cosas raras por estos lares. Se debe a que es todo tan virgen aquí, está tan aislado. Por ejemplo, yo estoy trabajando en un proyecto sobre los yetis...

—¿Los yetis? —La palabra resonó en mi cabeza.

—Sí, tenemos varios yetis por estos lugares —dijo Lam Ranchen —. Justo el año pasado desapareció del pueblo un joven sanitario sin dejar rastro. Encontraron su ropa bien doblada, pero nunca el cadáver. La policía lo buscó durante semanas. Con toda probabilidad fue secuestrado por un yeti hembra que lo quería por marido.

—¿Has visto un yeti con tus propios ojos? —le pregunté.

—No, yo solo he visto el rastro de sus huellas. Las huellas de sus pies son grandes. Tienes dedos largos, pero una cola corta. A veces las huellas las transforman para que se parezcan a las de caballo o de vaca. Muchas personas de los pueblos de por aquí los han visto, y, de vez en cuando, la gente quema zonas del bosque para ahuyentarlos. No hace mucho unos hombres de un pueblo mataron uno. Lo enterraron e informaron de lo sucedido a las autoridades locales, estas les pidieron que les llevaran el cadáver, pero cuando excavaron la tierra donde lo habían enterrado, el yeti había desaparecido...

El viaje en coche a **Trashigang**, **1.500 m s. n. m.**, fue tan lento que andando habríamos llegado antes, pero como contrapartida, aprendía algo nuevo sobre los yetis a cada kilómetro saltando entre baches ladera abajo. Estos seres se alimentan de vegetales en general, pero también les gusta beber sangre. De vez en cuando los lugareños encontraban yaks machos completamente succionados, con la carne blanca y sin sangre. Si tienes la suerte o la desgracia de toparte con un yeti, primero tienes que averiguar su sexo. Si es macho, debes correr ladera arriba porque los yetis machos tienen el pelo largo y tropezarán con él. Si es hembra, debes correr ladera abajo porque los yetis hembras tienen pechos grandes que les dificultan correr ladera abajo.

Nadie hasta la fecha ha encontrado pruebas fehacientes de que los yetis existan, pero abundan las observaciones y las anécdotas sobre estas criaturas.

En una de sus muchas expediciones al Everest, por ejemplo, Eric Shipton, el cónsul británico que descubrió el arco de montaña a las afueras de Kasgar, encontró huellas misteriosas a 6.000 metros de altura. La fotografía de las huellas es considerada hasta ahora por muchos como la mejor prueba de que el yeti existe.

En la primavera de 2019 causó sensación que el ejército indio hiciera pública una fotografía en Twitter de huellas misteriosas que la compañía había descubierto durante una expedición a las montañas del Himalaya. Los soldados indios concluyeron que debía de tratarse de huellas de yeti. Fueron ridiculizados y criticados duramente por difundir historias de esa índole.

—Es arrogante pensar que las personas lo sabemos todo —argumentó Tshering Tashi, un escritor que conocí unas semanas más tarde, un poco antes de abandonar Bután—. La cabra de gnu, o takín, nuestro emblemático animal nacional, fue considerado mitológico durante mucho tiempo. Pero se demostró que existía, simplemente lo que ocurre es que tiene un aspecto muy raro. ¡Y

hasta el año 1932, los científicos creyeron que la amapola azul era una flor mitológica! Aquí en Bután tenemos cerca de setecientas especies diferentes de pájaros y los ornitólogos descubren más cada día. No tienen que esforzarse mucho nuestros ornitólogos, se dan un paseo por el bosque, llegan a casa y ya han descubierto un nuevo pájaro. Si el yeti existe, tiene que ser en Bután. El yeti es solitario y nosotros tenemos mucha naturaleza virgen. Se desplaza despacio hacia el noreste donde la naturaleza es todavía más virgen.

Empecé a entender por qué el guardabosques de Merak se había mostrado tan poco comunicativo. Sin embargo, el Patronato Nacional de Turismo parecía no andarse con tanto secretismo: «En la reserva existen gentes pertenecientes a aisladas tribus nómadas», informaba en su página web. «La reserva se caracteriza por poseer espesos mantos de rododendro y en la zona habitan el leopardo de las nieves, el panda rojo, el oso negro del Himalaya, el ciervo ladrador, el zorro rojo del Himalaya, la ardilla de vientre blanco del Himalaya e incluso el misterioso yeti (o abominable hombre de las nieves)».

Personalmente, ni por asomo había visto yo yetis, ni de un sexo ni de otro, durante mi estancia en la reserva natural, aunque tampoco había visto ni un solo leopardo de las nieves, ni un panda rojo, ni un oso negro, ni un ciervo ladrador, ni un zorro rojo del Himalaya ni ninguna ardilla de vientre blanco.

La felicidad nacional bruta

El aeropuerto de **Yonphula**, **2.743 m s. n. m.**, era tan pequeño que tardé un rato antes de entreverlo. Un modesto edificio cuadrado albergaba oficinas, vestíbulo de facturación y sala de espera, mientras una construcción agregada en la segunda planta hacía de torre de control. Una señora pesó mi maleta, le enganchó una pegatina que ponía *Security Checked* y echó una ojeada rápida a mi equipaje de mano.

—Bébase el agua antes de subir a bordo —me indicó—. ¡Buen viaje!

Me despedí de Sangye y Sonam y subí la escalera hasta el pequeño avión. El piloto, un europeo de piel clara que andaba por la sesentena, charlaba jovialmente con los pasajeros en la pista de aterrizaje antes de subir y tomar asiento detrás de las palancas de mando.

El sol brillaba en un cielo claro y desde las ventanillas ovales había vistas despejadas a montes tapizados de verde y a cumbres nevadas. Bután es del mismo tamaño que Suiza, pero tiene una topografía mucho más variada: en las tierras bajas del sur, fronterizas con la India, hace calor y humedad, mientras que la parte central se caracteriza por verdes colinas y montañas de poca altura. Tanto la fauna como la flora son de una riqueza inusual, todo, desde rinocerontes a leopardos de las nieves, vive a gusto dentro de las fronteras nacionales. Los botánicos han identificado más de cinco mil quinientas especies de plantas diferentes, entre las cuales hay más de cuatrocientas variedades de orquídeas y cuarenta

y seis tipos de rododendros. En el norte, en la frontera con la meseta tibetana, dominan las enormes montañas del Himalaya con sus cumbres nevadas. El Gangkhar Puensum, la montaña más alta de Bután, se eleva 7.570 metros sobre el nivel del mar y es la montaña más alta del mundo que nunca ha sido escalada. Las autoridades butanesas han prohibido escalar montañas que sobrepasen los 6.000 metros para no molestar a los dioses ni a los espíritus que habitan las alturas.

Las azafatas repartieron snacks y ejemplares de *Kuensel* del día, el periódico más antiguo de Bután y hasta hace poco el único. En la portada había una fotografía del rey, rodeado de soldados del Real Ejército de Bután. El periódico celebraba que hacía exactamente once años que Su Majestad Druk Gyalpo Jigme Khesar Namgyel Wangchuck, popularmente llamado rey del pueblo, fue coronado. En el editorial, el periódico aprovechaba la ocasión para reproducir partes del discurso real:

«Durante mi reinado nunca voy a gobernaros como un rey. Voy a protegeros como un padre, cuidaros como a un hermano. Os lo daré todo y no me quedaré nada para mí...».

Druk Gyalpo significa «rey dragón», y Jigme Khesar Namgyel Wangchuck es el quinto rey dragón de la dinastía Wangchuck, que llegó al poder en 1907.

Poco se sabe de la más temprana historia de Bután porque casi todos los archivos estatales se quemaron en un incendio a principios del siglo XIX. Se sabe que Bután se reunificó en un solo reino alrededor del año 1630, bajo el mandato del lama tibetano Ngawang Namgyal, a menudo llamado simplemente el Unificador. Tras tener problemas en su propio país, Namgyal se estableció en el Bután occidental y rápidamente se hizo con el control sobre los valles más importantes y poblados. Muchos de los dzongene diseminados por todo Bután (un *dzong* es una especie de combinación de fortaleza, edificio administrativo y monasterio)

datan de ese periodo. Ngawang Namgyal murió en 1615, pero para impedir la vuelta a la situación sin ley que había reinado antes de la reunificación, los gobernadores locales se pusieron de acuerdo para ocultar su muerte. Lo consiguieron durante cincuenta y cuatro años.

Los conflictos y luchas por el poder caracterizaron los siglos XVIII y XIX. En 1865, después de unos meses de guerra contra los británicos, Bután tuvo que ceder parte de sus territorios del sur. Durante las luchas internas por el poder y las guerras civiles que se desataron, Ugyen Wangchuck, gobernador de Trongsa, ciudad de la zona central de Bután, destacó como el hombre fuerte. En 1907, fue elegido rey heredero por el lama en el poder y el resto de los gobernadores de forma unánime. Ugyen Wangchuck colaboró estrechamente con los británicos y firmó en 1910 un tratado que les otorgaba el control de la política exterior a cambio de protección militar. En 1949, la India asumió formalmente el papel de los británicos: si una potencia extranjera ataca Bután, se considera un ataque a la India. A diferencia de Sikkim, Bután ha conseguido preservar una buena y productiva colaboración con la India sin renunciar a su propia independencia, y, en 1971, el país entró en la ONU.

Bután es en muchos aspectos una excepción, casi un anacronismo. A pesar de su estrecha colaboración con Gran Bretaña primero y con la India más tarde, el país nunca ha sido una colonia y en la actualidad es el único reino del Himalaya que queda. Durante los reinados de los dos primeros reyes de la dinastía Wangchuck, Bután era una monarquía absolutista y estaba casi totalmente aislada del mundo. Aproximadamente el 90 por ciento de la población vivía del campo, había muchos monasterios y estos ostentaban mucho poder e influencia. La salud de las personas era deficiente en general, no existían escuelas ni hospitales, tampoco tribunales ni ningún tipo de constitución. La lengua escrita era el tibetano clásico, pero solo los monjes sabían leer y escribir, el resto de la población era

prácticamente analfabeta. La economía monetaria no existía, todos los intercambios de mercancías se realizaban vía trueque.

El tercer rey dragón de la dinastía, Jigme Dorji Wangchuck, solo tenía veintidós años cuando subió al trono en 1952. Había ido a escuelas británicas en la India, había visitado varios países europeos y estaba totalmente decidido a modernizar Bután. En muchos campos, el joven rey empezó de cero, pero con la ayuda de las autoridades indias, contentas de tener un aliado junto a la frontera con China, construyó escuelas, hospitales y carreteras. También se ocupó de que se fundara el primer parlamento del país, un paso preliminar para acotar el poder ilimitado del rey, y abolió la esclavitud generalizada en todo Bután. En 1968, se abrió el primer banco y seis meses después se creó la primera moneda, el ngultrum. Un ngultrum equivale a una rupia, un claro indicador de la estrecha colaboración económica entre la India y Bután. Además la rupia es una moneda de uso legal en Bután y la India sigue siendo el socio comercial más importante: cerca del 80 por ciento del comercio exterior del país se realiza con el hermano mayor del sur.

En 1972 el rey Jigme Dorji Wangchuck murió en un hospital británico de Nairobi tras haber sufrido del corazón durante mucho tiempo. No pasó de los cuarenta y tres años. Dos años más tarde, su hijo mayor, Jigme Singye Wangchuck, fue coronado rey, a la edad de dieciocho años. En 1979 ese cuarto rey se casó con cuatro hermanas en una ceremonia privada tal como habían aconsejado los astrólogos y, en total, sus esposas le han dado diez hijos.

Jigme Singye Wangchuck continuó la obra donde su padre la había dejado y siguió trabajando para modernizar y democratizar el país. A diferencia de muchos otros países asiáticos, la modernización de Bután ha acaecido lenta y controladamente. Las autoridades han intentado equilibrar la necesitad de progreso y cambio con la conservación de la cultura butanesa. Por ejemplo, el país se abrió a la televisión y a internet en 1999, y existen

restricciones severas en cuanto a los estilos arquitectónicos permitidos. A los extranjeros les es muy difícil obtener la nacionalidad butanesa, tienen que haber vivido como mínimo quince años en el país, dominar el dzongkha oral y escrito, además de tener buenos conocimientos sobre la historia y la cultura de Bután. Para que un hijo tenga la nacionalidad butanesa de forma automática, ambos padres tienen que tenerla.

Esta política cultural proteccionista ha perjudicado mucho a la población nepalí hablante del Bután meridional. La población del país puede dividirse en tres grupos: los sharchop, los ngalong y los nepalíes. Los sharchop son un pueblo indomongol que emigró a Bután desde las zonas circundantes de la India y Myanmar hace unos tres mil años, y en la actualidad viven principalmente en el Bután oriental. Los ngalong viven en su mayor parte en el Bután occidental y llegaron del Tíbet en el siglo IX, en Sikkim se les llama buthies. Los ngalong y los sharchop, que en general son budistas, representan aproximadamente la mitad de la población del país y dominan en la política y en la cultura. Sin embargo, cerca de una tercera parte de la población es hindú y tiene el nepalí como lengua materna. Este grupo es conocido como Lhotshampa, que en dzongkha significa «gente del sur».

En Sikkim, la población budista tibetana fue desbancada por la hinduista nepalí, circunstancia que finalmente llevó al pequeño reino a ser absorbido por la India. Probablemente las autoridades butanesas temían que algo parecido sucediera con ellos porque, en la década de 1980, vio la luz la política «Una nación, un pueblo». El nepalí fue retirado de la enseñanza en las escuelas públicas y se obligó a todos los habitantes del país a vestir a diario los trajes nacionales, el gho y el kira. Muchos de los Lhotshampa habían vivido en Bután durante generaciones, pero no todos tenían papeles que pudieran demostrarlo. A las familias que no pudieron demostrar formalmente la propiedad de la tierra en la que vivían o de la que

habían pagado impuestos desde la década de 1950, se les negó la nacionalidad. A principios de la década de 1990, más de cien mil butaneses hablantes de nepalí fueron expulsados de Bután y terminaron en campos de refugiados en el este de Nepal. Este país no concede la nacionalidad a los refugiados y como consecuencia esas personas quedaron huérfanas de Estado. Actualmente, a la mayoría se les ha repatriado a terceros países, principalmente a Estados Unidos, pero todavía viven cerca de siete mil refugiados butaneses en campos nepalíes.

En 2006, después de treinta y dos años al mando, Jigme Singye Wangchuck abdicó y cedió el trono a su hijo mayor, de veintiséis años, Jigme Khesar Namgyal Wangchuck. Al mismo tiempo que le traspasó la responsabilidad a su hijo, también le quitó mucho poder: el rey cesante había decidido que el país pasara de ser una monarquía absoluta a una monarquía constitucional. La Nochevieja de 2007 se celebraron las primeras elecciones de la historia de Bután y el país obtuvo el primer gobierno democrático. Desde entonces se han celebrado dos elecciones más y el partido que gobernaba no ha sido reelegido ninguna de las dos veces.

«El particular lazo entre el monarca y el pueblo es más fuerte que nunca», continuaba con entusiasmo el director del *Kuensel*. «Somos afortunados de tener a nuestro tan popular rey que nos dirige, inspira y nos sirve. La excepcional paz, armonía y progreso que hemos obtenido los últimos diez años pueden atribuirse a la inamovible decisión de Su Majestad de servir al pueblo. A lo largo de estos últimos diez años, Su Majestad ha gobernado con talento y mano firme cuando el proceso de democratización ha desencadenado gradualmente sucesos extraordinarios en el país, con cambios en la política, la economía y la conducta butanesa. Con una transición blanda hacia una forma de gobierno democrática y constitucional y tres elecciones exitosas, la democracia se está consolidando y el futuro parece más prometedor. En este

prometedor día del aniversario de la coronación, la nación reza para que Su Majestad tenga salud y una larga vida. Que Drukyul siga disfrutando de paz y tranquilidad, seguridad e independencia, felicidad y bienestar para toda la eternidad.»

En medio de todo el verde bajo nuestros pies, atisbaba de vez en cuando una dorada y gigantesca estatua de Buda abajo, en la lejanía. El piloto aminoró la velocidad e inclinó el morro del avión hacia la tierra. Nos avisaron de que nos abrocháramos los cinturones y colocáramos los asientos en posición vertical. La pista de aterrizaje de Paro está rodeada de elevadas montañas y está considerada de tanta exigencia técnica que solo diecisiete pilotos tienen permiso para aterrizar en ella. Atisbé una raya oblonga, entonces el avión se inclinó y solo pude ver el cielo y las cumbres montañosas. Segundos más tarde las ruedas tomaron tierra.

Una visita a Bután no es completa sin ver el **Nido del Tigre**, **3.120 m s. n. m.**, el monasterio que se aferra a la pared de la montaña, muy por encima de Paro. Dechen, la guía que me había recogido la primera vez en la frontera india, me llevó por el empinado sendero arenoso. La visita al templo le había ayudado y su hija volvía a ser la niña alegre de siempre.

Nos llevó hora y media llegar al monasterio. Por el camino, pasamos cerca de incontables banderas de oración que humildes ondeaban al viento entre pinos eternamente verdes.

—¿Cuántas veces has subido este cerro? —le pregunté sin aliento.

—¡Cientos de veces! —dijo radiante—. Pero es mágico cada vez. —Y sonaba sincera.

Tan solo lo vimos cuando llegamos a la altura del monasterio y realmente fue una visión mágica: los edificios blancos, rojos y dorados emergían de la pared vertical, parecía que flotaban. Según la leyenda, el monasterio fue cargado a la espalda de las dakinis, las deidades femeninas sagradas, y está pegado a la roca con sus cabellos.

—En el siglo VIII, Padmasambhava llegó del Tíbet volando a lomos de una tigresa —explicó Dechen—. Meditó en una cueva durante tres años, tres meses, tres semanas y tres días y logró domar todas las fuerzas malignas que impedían al budismo expandirse por el Himalaya. Mil años después, en 1692, se construyó un monasterio en la cueva donde él meditó.

El arqueólogo pakistaní que conocí en el valle Swat tenía razón: me topaba con Padmasambhava, también conocido como Guru Rinpoche por todo el Himalaya budista. En Bután, el maestro tántrico es especialmente querido. Es el padre espiritual, la deidad más significativa, claramente la figura histórica más importante.

Los relatos sobre su vida y trayectoria están tan entrelazados con leyendas fantásticas que, hoy en día, es difícil diferenciar la persona del mito. Se dice que el maestro nació en una flor de loto, en el reino de Oddiyana, en lo que hoy es el valle de Swat (Pakistán). Debió de criarse como hijo adoptivo del rey Indrabodhi, que no tenía hijos propios. De joven abandonó el reino y vagó como asceta por la India donde experimentó con diferentes tendencias tántricas y magia negra, estudió diferentes ciencias y aprendió con diferentes gurús. Muy pronto mostró tener habilidades especiales con las que lograba dominar y domesticar demonios aterradores frente a los cuales otros maestros habían tenido que desistir en el intento. Al rey del Tíbet Trisong Detsen le llegaron noticias acerca de los méritos de Padmasambhava y lo invitó a la parte norte de las montañas del Himalaya. El rey tenía la esperanza de que el poderoso maestro lograría dominar a los espíritus y demonios que impedían implantar monasterios budistas en el Tíbet. Cada vez que el rey había intentado construir un monasterio, este se había quemado o destruido de una u otra manera. Padmasambhava tuvo éxito en lo que otros fallaron y consiguió dominar a los molestos demonios. En el año 779, finalmente se pudo inaugurar el monasterio Samye, el primero del Tíbet.

Padmasambhava es considerado el fundador de la escuela nyingma, la más antigua de las cuatro escuelas del budismo tibetano. Pero independientemente de la tendencia a la que pertenezcan, todos los budistas de Bután le consideran su maestro y su guía espiritual más importante. Para ellos es una reencarnación de Buda y por eso lo llaman el Segundo Buda. Padmasambhava visitó todos los rincones de Bután y dejó huellas por todo el país: misteriosas pisadas en rocas, danzas y mantras que enseñaba, cuevas donde meditó, templos que hizo edificar o que se edificaron para santificarlo. De todos los templos construidos en su honor, el Taktsang de Paro, el Nido del Tigre, es el más conocido y se considera el lugar de peregrinaje más sagrado de todo el Himalaya.

Una escalera larga y empinada conducía hasta el monasterio. Nos quitamos los zapatos y entramos en el santuario. Dechen se paró delante de una gran piedra inclinada contra la roja pared del monasterio.

—Cierra los ojos y avanza con el pulgar extendido ante ti —dijo —. Si das en el punto negro de la piedra, tienes un buen karma y una estrecha relación con tus padres.

Fuera de la cueva donde Padmasambhava había meditado durante tres años, Dechen se inclinó hacia el suelo tres veces mientras murmuraba mantras muy concentrada. La cueva solo está abierta un día al año. Junto al altar había tres dados.

—Levántalos hasta la frente, pide un deseo y échalos —me animó Dechen. Hice lo que me dijo y me salió el catorce. Ninguna de las dos tenía la menor idea de si era un buen o un mal número, pero esperamos que fuera el mejor y seguimos hasta el siguiente templo dedicado a una enorme estatua dorada de Padmasambhava. En general el maestro es fácilmente reconocible por su fino bigote, a menos que se muestre en una de sus otras ocho formas. Seis veces Dachen se postró en el suelo con las manos juntas sobre la cabeza, primero de cara al trono vacío del lama y después hacia

Padmasambhava, mientras recitaba mantras susurrantes todo el rato.

Parcialmente oculto detrás de una cortina, había un monje sentado que jugaba con su teléfono móvil. Dechen aprovechó la ocasión:

—Ella tiró los tres dados y le salió el numero catorce —dijo—. ¿Es un buen número?

—Es un número bastante bueno, pero el diez o el once son todavía mejores —respondió el monje—. ¡Inténtelo de nuevo! Todo el mundo tiene tres oportunidades.

—¿Y qué pasa si me sale un número peor? —objeté.

—No pasa nada —me tranquilizó el monje—. Solo cuenta el mejor número.

Las diferentes capillas estaban separadas por anchas escaleras empinadas y cubiertas con techos de hojalata. El monasterio era realmente un laberinto y cada escalera conducía a un nuevo altar en el que cientos de lámparas de mantequilla creaban sombras trémulas. Por una hendidura en la roca se accedía a una inestable y empinada escalera de pared que conducía a una cueva estrecha y baja. Nos abrimos paso maniobrando y serpenteamos a través de la cueva hasta llegar a una angosta planicie al aire libre. Desde allí teníamos vistas al templo que flotaba colgado por encima de nuestras cabezas y descendía por la pared vertical de la montaña. Un gato negro se escurrió por un rincón y desapareció.

El monasterio fue construido en 1692, pero el templo que visitamos y las estatuas que admiramos eran novísimas. En 1998 se quemó la mayor parte del edificio y solo se salvó el templo junto a la cueva donde meditaba Padmasambhava. El incendio pudo haber sido provocado por una lámpara de mantequilla o por un fallo de la instalación eléctrica, no se sabe con seguridad. En 2005 se reconstruyó en honor del cuarto rey.

Antes de calzarnos los zapatos y emprender el camino de vuelta,

nos acercamos otra vez a la cueva de meditación de Padmasambhava. Alcé los dados hasta la frente, deseé lo mismo que la última vez y los tiré de nuevo.

Esa vez me salió un diez.

Por la noche, fuimos a un *drayang,* una especie de bar musical butanés, de **Paro**, **2.559 m s. n. m.**. Estaba en un sótano, la clientela consistía mayormente en hombres jóvenes vestidos con tejanos y chaquetas de piel. En el escenario había una muchacha vestida con el tradicional kira. Movía los brazos al ritmo de la música, mientras sonriendo iba y venía por el escenario. La música sonaba fuerte y me resultaba familiar y desconocida a la vez; la música pop moderna y digitalizada suena casi igual en todo el mundo, incluso cuando se interpreta en idioma dzongkha. Dechen y yo hallamos un sofá libre y pedimos una cerveza cada una.

—Los drayang los introdujo el cuarto rey para que chicas que no iban a conseguir trabajo en ningún lugar pudieran ganar un sueldo. —Dechen gritaba para hacerse oír por encima de la música. Poco después vino una joven vestida con un kira verde y nos preguntó si deseábamos alguna música en especial.

—¡Danza para Erika y Dechen! —le dijo Dechen y le dio 200 ngultrum, unos 2,5 euros. La muchacha escribió nuestros nombres en una libreta. Otra chica había subido al escenario y bailó con la misma candidez y ademanes comedidos que la primera. Yo no conseguía distinguir una canción de otra, todas me sonaban igual. Cuando los aplausos se apagaron, llegó el turno de la muchacha del kira verde, anunció que la siguiente canción estaba dedicada a Erika y Dechen y se puso a recorrer el escenario de un lado para otro mientras movía los brazos.

Todas las bailarinas eran jóvenes, dulces y casi idénticas de tan parecidas, pero una de ellas destacaba sobre las demás. Tenía el pelo largo y liso y unos rasgos regulares como de muñeca. Sus labios eran carnosos, pero a diferencia de las otras muchachas, ella

casi no iba maquillada. Como todas las demás, vestía el tradicional kira, pero su chaqueta era de tela transparente y se podía ver la camiseta de tirantes que llevaba debajo.

Se llamaba Dechen como la guía y nos invitó a su casa el día siguiente.

La muchacha vivía fuera del centro urbano, en una casa grande que alquilaba ella sola. A pesar de disponer de varias habitaciones, solo usaba una. Allí tenía todo lo que necesitaba: un colchón para dormir, una televisión pequeña, hervidor de agua, tazas y vasos, ropa, una estufa, un gatito peludo y un montón de fotografías enmarcadas de sí misma. En la entrada, al lado de un altar budista, había una fotografía colgada del quinto rey.

Nos sentamos en el suelo y Dechen nos sirvió el café que había preparado antes de que llegáramos. Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta con la inscripción *Good things take time.* Tenía veintiocho años, pero aparentaba diez menos.

—Tengo seis hermanos, pero el más pequeño es el único que ha ido a la escuela —nos contó en dzongkha. No hablaba inglés dijo la Dechen guía que hacía a la vez de intérprete—. Mis padres no tenían medios económicos para mandarnos a los demás. Cuando tenía quince años, asistí un año a la escuela de adultos y aprendí el alfabeto, pero no alcancé a aprender nada más. Mi madre tenía doce o trece años cuando se casó con mi padre, que trabajaba en el ejército. Después de jubilarse, nos mudamos a una cabañita que estaba a disposición de los militares.

Hablaba bajo, casi en susurros, y sonreía todo el rato a pesar de que la historia que contaba no era precisamente alegre.

—Mis padres nunca me contaron nada de su infancia, pero no creo que fuera buena. Yo tampoco recuerdo muchas cosas de la mía. Los hermanos nos manteníamos unidos, pero nuestra casa nunca fue un verdadero hogar. Mis padres se peleaban continuamente y bebían. Solo teníamos dos habitaciones. Mis padres dormían en la

sala del altar, nosotros los hijos, en la otra habitación. Unas veces nos daban buena comida y otras veces, no. Cuando mi padre iba borracho nos zurraba.

—¿Tienes algún buen recuerdo de tu infancia? —le pregunté.

Dechen se lo pensó un buen rato.

—Jugaba con mis amigas. Esos son buenos recuerdos. Pero por lo demás, no tengo muchos más. Con nueve años me mandaron a Timbu. Mis padres no contaban con recursos para mantenerme y me mandaron a casa de otros.

—¿Otros parientes? —supuse.

—No, familias extrañas para que trabajara de criada para ellos. Además de cuidar niños, limpiaba, pastoreaba animales y hacía otras tareas. Durante seis años viví con familias diferentes. Con tantas que no consigo diferenciarlas. Si hacía algo mal, me pegaban, por eso solía huir a casa de mis padres cada vez que rompía una taza o no había podido impedir que los animales pasaran al campo de los vecinos. En una de las familias, el padre intentó propasarse mientras su mujer estaba ausente. Grité tan fuerte que él se asustó, pero no pude quejarme, así que dejé la casa. Por el trabajo me pagaban quinientos al mes, pero nunca vi ni un billete. Iba todo para los estudios de mi hermano.

Cuando Dechen cumplió los quince, volvió a casa de sus padres y empezó en la escuela de adultos. Allí conoció a un chico siete años mayor que ella y se enamoró.

—Pensé que era mejor casarme con él que quedarme en casa de mis padres —dijo en voz baja—. Quizás con él tendría una vida mejor. Eso es lo que pensé. Nos fuimos a vivir juntos y me quedé embarazada casi enseguida. Cuando estaba de cinco meses, él dijo que quería irse a Timbu para intentar buscar trabajo. Nunca volvió y finalmente me fui a buscarlo. Fue cuando descubrí que ya tenía una mujer allí.

—¿Qué hiciste entonces? —le preguntó la guía, indignada por

cuenta de su tocaya.

—Nada —susurró Dechen y se encogió de hombros—. No tenía una familia que me apoyara, estaba sola. Me culpé a mí misma y pensé que en realidad me lo merecía, que era mi karma. Si él era feliz en Timbu, bien para él, lo mejor era que continuase viviendo su vida en paz. Eso es lo que pensé. Pero yo estaba en una situación difícil. Cuando me enteré de que estaba embarazada, mi padre propuso que fuera a la India para abortar, pero eso nunca fue una alternativa para mí.

Dechen no tenía otra opción que volver con sus padres, con los que seguía teniendo una mala relación.

—Cuando nació el niño, la situación todavía fue más difícil —explicó—. No podía trabajar, claro, no podía abandonar al bebé y muchas veces no teníamos suficiente comida. Mis hermanos se habían marchado de casa, así que estaba sola con mis padres y el niño. Pasado un año, empecé a desplazarme a la ciudad para vender las hortalizas que cultivábamos en el pedacito de huerto que teníamos. Con el dinero que ganaba pude alquilar un cuartito minúsculo que solo costaba ochocientos al mes. Pero después de un año en la capital viviendo de las verduras que vendía, mi madre me pidió que volviera a casa y volví.

—¿Qué? —dijo la Dechen guía exasperada—. ¿Por qué volviste con tus padres cuando te apañabas bien por tu cuenta?

—Porque mis padres me lo pidieron —respondió su tocaya sosegada—. La situación había mejorado entonces porque mi hijo estaba un poco más crecido y yo podía trabajar en el campo de nuevo. Un día escuché por la radio que había trabajo como bailarina en un drayang de Timbu. Me tentó, pero no di el paso. Un año más tarde, cuando la situación en casa había vuelto a ser casi insoportable, me armé de valor y solicité trabajo como bailarina en Kalapinka, el famoso drayang de Timbu. Ahora llevo trabajando de bailarina casi diez años. Me gusta danzar y me siento bien en el

trabajo.

Nos sirvió más café y siguió contando con la mirada fija en el suelo:

—Por supuesto, la gente murmura sobre nosotras y tenemos que lidiar con hombres bebidos que a veces nos proponen cosas, pero lo que yo decida hacer es asunto mío. Siempre digo que no. Aunque no tengo estudios, gano más que muchos que han ido varios años a la universidad y solo trabajo cuatro o cinco horas por noche.

Dado que ella trabajaba de noche, su hijo, que entonces tenía doce años, estudiaba en un internado. Dechen solo lo veía los fines de semana. Su padre, que rondaba los setenta, había dejado la bebida después de que su nueva mujer muriera alcoholizada. Su hermano pequeño se había graduado en la prestigiosa universidad pública.

—Hace siete años conocí a un hombre —dijo Dechen—. Estuvimos juntos seis años, pero hace siete meses me abandonó. Sus padres no me querían como nuera.

—¿No estás enfadada con él? —preguntó la Dechen guía, indignada por todo lo que esa mujer había tolerado.

—No —dijo la Dechen bailarina y sonrió tímidamente—. Me lo reprocho a mí misma. Es mi destino, mi karma. Es lo que pienso.

—¿Tienes planes de hacer alguna otra cosa en la vida aparte de bailar? —le pregunté.

—Quizás abra mi propio negocio un día, es un sueño que tengo, pero de momento me va bien como bailarina. Es importante mantener una buena relación con los clientes para que vuelvan con nuevas peticiones musicales, porque yo me llevo el sesenta por ciento de lo que gano con las peticiones.

—¿Alguna vez se ha enamorado de ti un cliente? —le pregunté.

—Ocurre todo el tiempo —respondió Dechen—. Pero creo que no piensan de verdad lo que dicen. Son solo palabras. He perdido totalmente la fe en los hombres.

¿Era Dechen feliz? Nunca se lo pregunté. La pregunta se me antoja demasiado privada, casi grosera, y ¿cómo se mide la felicidad realmente?

En Bután, medir la felicidad se ha convertido en una ciencia y una filosofía estatal. En 1972, Jigme Singye Wangchuck, el cuarto rey que entonces todavía era un adolescente, expresó que la felicidad nacional bruta era más importante que el producto nacional bruto. Desde entonces se ha seguido desarrollando la idea y en 2008, cuando se redactó la primera constitución de Bután, se incorporó en el párrafo 9, artículo 2: «El Estado abogará por crear las condiciones que fomenten la consecución de la felicidad nacional bruta». Cada nueva ley que se vota tiene que ser refrendada por la comisión de la felicidad nacional bruta para asegurar que está en consonancia con el objetivo de dar prioridad a la felicidad por encima del crecimiento económico.

Pero ¿cómo se mide la felicidad estatal?

—La felicidad nacional bruta es algo muy diferente de lo que se considera felicidad en Occidente —dijo Karma Wangdi, investigador del Centro para Estudios de Bután e Investigaciones sobre la Felicidad Nacional Bruta en **Timbu**, **2.334 m s. n. m.**. Para explicarlo de forma sencilla se puede decir que damos importancia a las cosas que son fundamentales para el bienestar y el sentimiento de felicidad de las personas. Hemos dividido la felicidad nacional bruta en cuatro pilares: desarrollo socioeconómico sostenible e igualitario, establecimiento de un buen gobierno, conservación del medio ambiente y preservación y promoción de la cultura. Eso no significa que no nos ocupemos del desarrollo económico, a pesar de que no es decisivo para nosotros. La economía de Bután, en realidad, es una de las que experimenta un crecimiento más rápido de todas, con un índice de crecimiento por encima del siete por ciento anual.

—El producto nacional bruto es relativamente fácil de medir,

pero ¿cómo se mide la felicidad nacional bruta en la práctica? —pregunté.

—Medimos un total de nueve ámbitos diferentes —respondió Karma y enumeró la lista con rapidez: nivel de vida, educación, salud, medio ambiente, fortaleza de la comunidad local, uso del tiempo, bienestar psíquico, buen gobierno, y diversidad y resiliencia cultural. Para medir estos ámbitos hemos desarrollado ciento veinticuatro variables integradas en treinta y tres indicadores diferentes. Estos se reparten entre los nueve ámbitos y, al final, tras medir todas las variables llegamos a un número indicativo.

—Parece complicado —observé.

—Es minucioso, pero no complicado —aseguró Karma—. Una variable consiste, por ejemplo, en el acceso al agua potable. Respecto al bienestar psíquico, tenemos una variable que consiste en las consecuencias del karma. Todo lo que hacemos tiene consecuencias también para las personas que nos rodean, ¿verdad? Preguntamos si la gente tiene en cuenta eso cuando toman decisiones. También preguntamos acerca de los sentimientos. En total hemos identificado cinco sentimientos positivos y preguntamos si las personas han experimentado alguno de esos sentimientos los últimos treinta días. La utilización del tiempo también es importante, por eso les preguntamos en que utilizan su tiempo. Si las personas trabajan mucho y van estresadas todo el día, eso afecta a la calidad de vida. Nuestra definición de felicidad es muy amplia.

—Los últimos años, Bután se ha enriquecido en el sentido económico, pero ¿la gente es más feliz?

—Evaluamos el desarrollo en campos como la salud y el bienestar material. Las medicinas y los servicios de salud son gratis para todo el mundo y en los últimos treinta o cuarenta años hemos conseguido aumentar la esperanza de vida de los cincuenta a los setenta años. En los aspectos más sensibles va un poco peor. El sentimiento de bienestar psíquico ha descendido. La comunidad

local no tiene el mismo papel que antes y las personas interaccionan menos unas con otras, principalmente en las ciudades. Además la gente experimenta más estrés que antes. Hay mucha diferencia entre la ciudad y el pueblo, y entre hombres y mujeres. Según nuestros estudios, nuestras mujeres emplean el doble de tiempo en el trabajo de casa que los hombres. Otro problema es el desempleo. Para el conjunto de la población es solo del dos por ciento, pero entre los jóvenes llega al ocho por ciento. No necesariamente porque no haya trabajo, pero muchos jóvenes tienen estudios universitarios y no desean hacer trabajos físicos duros. A pesar de que el desempleo juvenil es alto, dependemos de trabajadores de la India para que las cosas funcionen.

—En los estudios globales sobre la felicidad, los butaneses están bastante abajo en el ranking, por detrás de la mayoría de los países europeos y de muchos asiáticos también —observé.

En el informe anual de las Naciones Unidas sobre la felicidad del año 2019, Bután aparece en el puesto 95, por detrás de Pakistán, que ocupa el 75, y China, en el 86.

—Solo el nueve por ciento de la población de Bután declaran que no son felices —respondió Karma—. En mi opinión es una cifra muy baja.

De joven, Ngawang, que por entonces tenía otro nombre, había sido tremendamente infeliz. Cuando cumplió los veinte, sufrió una enfermedad psíquica de mucha gravedad. En sueños se le aparecían lugares en los que nunca había estado. En lo único que atinaba a pensar era en el pasado y esos lugares que no sabía dónde estaban en el mundo real. Cayó en trance y perdió la conciencia. Cuando volvió en sí, no pudo dar cuenta de lo que le había pasado. La gente se rio de ella y pensó que fingía. La familia estaba desesperada y la llevaron a diferentes hospitales, pero ningún médico consiguió

ayudarla. Al final la llevaron a un lama que les explicó que era una dakini reencarnada, una deidad femenina. El lama le puso un nombre nuevo, Ngawang, y le pidió que olvidara el antiguo. Desde entonces la familia dejó de llevarla a los médicos y la llevaron a los lamas. El abad de Bután la vistió con un hábito de monja, aunque ella no vivía en el convento sino con su familia. Sin embargo, Ngawang vive como una monja y nunca se casará. Dedica todo su tiempo a ayudar a otras personas, gente de todo el país y también del mundo entero acude a visitarla. Ya nadie se ríe de ella y ha dejado de ser infeliz.

De camino al templo de la fertilidad que todos los empleados masculinos de la agencia de viajes querían que visitase, paramos en el pueblo donde Ngawang vivía. Me habían asignado un nuevo chófer y otro guía. Rinchen, un hombre alto y quedo, de unos treinta años. Delante de la casa, un letrero informaba en inglés de que, antes de entrar, todos los visitantes debían purificarse con el incienso que quemaba en una vasija grande. El chófer corrió hacia las escaleras sin ver el letrero y tuvimos que gritarle que bajara. Cuando todos estuvimos bien purificados por el incienso, nos quitamos los zapatos y subimos a la sala de acogida, una estancia grande con altar, con apenas mobiliario. En una esquina había un sofá y una mesita. Las paredes estaban decoradas con dibujos de Buda y fotografías de la familia real. En el suelo había unas diez o quince bolsas de plástico con zumos, galletas, leche y otras ofrendas junto a un cuenco con billetes. Un letrero informaba de que estaba totalmente prohibido el uso de aparatos electrónicos como grabadoras y cámaras.

Nos sentamos en el suelo y esperamos. Unos diez o quince minutos después, Ngawang atravesó la puerta como flotando y se sentó en el sofá. Era de mi edad, de constitución pequeña y delgada, con una extraña sonrisa ladeada. Permanecimos sentados en el suelo y Rinchen le contó que yo no tenía preguntas concretas, solo

quería saber qué podía decirme. Si veía algo especial.

Ngawang, en silencio, miró al vacío un momento. Después empezó a hablar con voz salmodiada, oscura y penetrante. La mirada era distante y hablaba un rato seguido cada vez. Ya no era ella quien se expresaba sino la dakini que habitaba en su interior.

—Ahora tienes un trabajo, pero te planteas dejarlo y quizás mudarte a otro lugar —tradujo Rinchen, a pesar de que Ngawang había dicho mucho más—. ¿Es correcto?

—No, en realidad no —dije—. Estoy contenta con mi trabajo.

Rinchen tradujo mi respuesta y explicó al oráculo que yo era escritora y trabajaba en un libro sobre el Himalaya. Ngawang se puso a hablar de nuevo, monótona y penetrante. Esa vez tenía más cosas en mente:

—El libro que estás escribiendo te tomará tiempo, pero serás famosa en todo el mundo —tradujo Rinchen—. Deberías recopilar historias del pasado, no todas las historias, no todos los mitos, solo los que capten tu interés. Si lo haces así, serás conocida en todo el mundo. Si sigues haciendo lo que haces ahora, si sigues escribiendo libros, tendrás una larga vida. Te ofrecerán otro trabajo y si lo aceptas, será demasiado para ti. Demasiada presión. No lo aceptes, continúa escribiendo. ¿A qué se dedica tu marido?

—Él también es escritor —respondí.

—Vais a escribir un libro juntos —predijo Ngawang—. Él hará la mayor parte del trabajo, pero serás tú la que se hará famosa. Tú serás mucho más famosa que él.

Le di las gracias por la predicción, la mejor hasta ahora, y deposité un billete en el cuenco de donaciones. Quizás rija la misma regla para el horóscopo y los vaticinios que para los dados: se puede intentar tres veces o hasta que se esté satisfecho con el resultado. Ngawang sonrió y dijo que rezaría para que yo fuera todavía más famosa de lo que ella había predicho. Nos levantamos para irnos, pero el chófer permaneció sentado.

—Mi mujer perdió un niño en mayo —dijo—. Estaba de varios meses. ¿Deberíamos intentar tener otro hijo, o deberíamos olvidarnos de ello?

—Deberíais intentar tener otro hijo —afirmó Ngawang—. Pero solo si acudes al templo de la fertilidad en Punakha y rezas allí. Si lo haces, tendréis otro hijo.

Le dimos las gracias y abandonamos la sala de visitas. Ngawang se quedó sentada en el sofá con las piernas cruzadas. Al final de la escalera, había tres mujeres con sus hijos en brazos que aguardaban su turno. En la mano libre sostenían bolsas repletas de zumos, leche y galletas.

El chófer exhibió una generosa sonrisa el resto del día.

El templo de la fertilidad se llamaba en realidad Chimi Lhakhang y fue fundado en 1499 en honor de Drukpa Kunley, más conocido como el Divino Loco, que en Bután es casi tan popular como Padmasambhava. Drukpa Kunley vivió de 1455 a 1529 y provenía del Tíbet. Cuando su padre murió, decidió hacerse monje, pero muy pronto se hastió de la rígida y aburrida vida del convento y empezó a viajar por doquier libre como un mendigo. Drukpa Kunley era un erudito y también un hábil poeta, pero ante todo se le conoce por sus métodos tántricos, que, entre otras cosas, consistían en acostarse con mujeres, cantar canciones obscenas y tomar ingentes cantidades de alcohol, todo unido haría de catalizador y aceleraría el proceso para alcanzar la iluminación religiosa. Parece ser que también orinó encima de famosas thangkas y se desnudó delante de lamas para demostrar que no era necesario actuar como un santurrón para ser un buen budista. Drukpa Kunley no construyó templos ni fundó ninguna escuela, pero el templo de la fertilidad en **Punakha**, **1.242 m s. n. m.**, se construyó, según parece, en el lugar donde él amansó a un demonio y el monasterio acoge un enorme falo de madera que él trajo consigo del Tíbet.

—¿Ves a lo que se parece la colina donde está el monasterio? —

preguntó Rinchen y me miró intrigado. Yo negué con la cabeza. Todo lo que vi fue la cima de una pequeña colina.

—¿De verdad que no lo ves? —me preguntó sorprendido.

—No —reconocí—. ¿A qué se parece?

—¡A un pecho de mujer! —respondió Rinchen entre risas.

Subimos hacia el monasterio, que se descollaba en la cima del cerro como un pezón tieso. Yo sudaba con el calor de la tarde. Las paredes de las casas que dejábamos atrás estaban decoradas con pinturas de miembros viriles erectos que, voluptuosos, chorreaban semen sobre las paredes. Las tiendas de turistas se hacían competencia unas a otras ofreciendo falos de todos los colores y tamaños posibles.

El templo estaba lleno de gente, la mayoría eran parejas occidentales muy por encima de la edad reproductiva.

—Mira esto —dijo Rinchen y abrió un álbum de fotos que estaba encima de una mesa—. ¡Parejas de todo el mundo han tenido hijos después de haber visitado este lugar!

El álbum estaba lleno de fotos de bebés y padres sonrientes.

Rinchen carraspeó y me miró inseguro.

—El astrólogo del pueblo recalca que es muy importante que te bendiga un monje —dijo. Debió de ser Sangye quien le había informado de esto—. Pero me temo que no sea suficiente... —volvió a carraspear y señaló un enorme falo de madera de aspecto muy real. Medía casi un metro de alto—. Tienes que dar tres vueltas al templo con el falo en las manos.

—¿Bromeas? —le miré incrédula.

—No, por supuesto que no bromeo —dijo Rinchen serio—. Pero tengo amigos que simplemente han sido bendecidos y también han tenido hijos —se apresuró a añadir.

No me veía dando tres vueltas al templo con una enorme verga entre las manos. Tampoco me torturaban deseos ardientes de tener hijos, a pesar de que todos los representantes masculinos de la

agencia de viajes creían que sí, así que bastó con una bendición del joven monje que custodiaba el templo. El monje sostuvo un falo doble, considerablemente más pequeño, y lo bajó hasta mi frente mientras murmuraba un mantra.

—Me temo que no sea suficiente con la bendición... —dijo Rinchen a modo de tentativa.

—¿Ah, no? —Temí que fuera a insistir con la idea de que debía dar vueltas al templo con el enorme falo de madera.

—Debes sentarte y meditar en serio acerca de tu deseo.

Obediente, hice lo que me dijo, feliz de que no hubiera mencionado otra vez el falo de madera. Al terminar la meditación, Rinchen me esperaba con los tres dados.

—Tíralos —me animó. Hice lo que me dijo y me salió un trece. Incluso Rinchen rebosó de alegría y orgullo.

—¡El trece es muy buen número! —dijo resplandeciente—. Es el número del monasterio.

El joven monje se acercó de nuevo con un manojo de tarjetas en la mano. De cada una colgaba una cuerda. Me dijo que tirara de una de ellas.

—¿Qué pone? —preguntó Rinchen ansioso.

—Kinley Wangchuck.

Rinchen sonrió de oreja a oreja.

—Significa que tendrás un hijo y se llamará Kinley Wangchuck —me explicó—. Wangchuck es el último apellido de los reyes. ¡Muy muy bueno!

Saboreé el nombre: Kinley Wangchuck Fatland Hansen. Seguramente tomaría un tiempo acostumbrarse, pero, como se suele decir, el nombre en sí mismo no deshonra a nadie.

El salvaje Oriente de la India

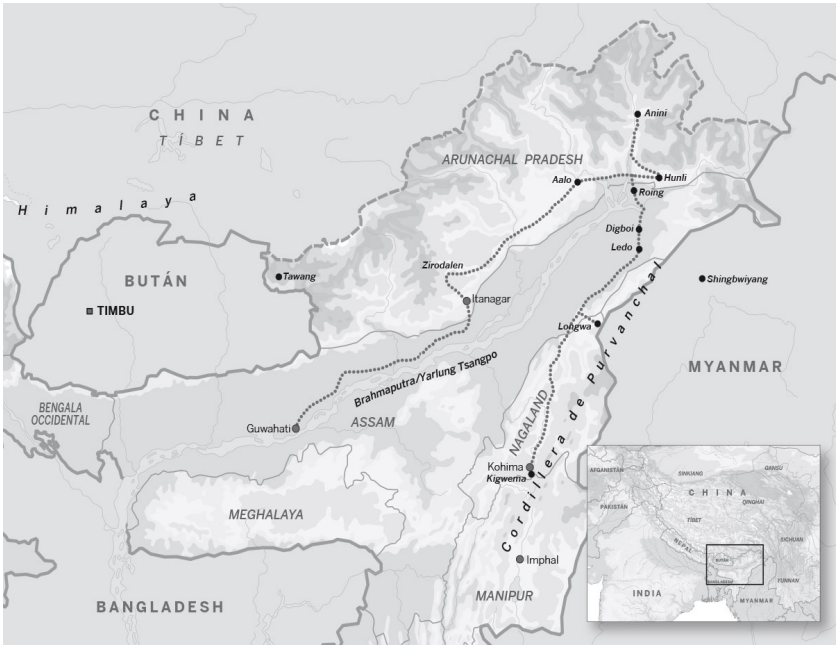
El oficial de control de pasaportes me echó del mostrador. Primero tuve que rellenar un formulario de entrada al país y solo podía hacerlo en la mesa reservada para ello. Me apresuré a ir a la mesa prescrita y rellené el impreso tan rápido como pude, pero entretanto medio avión se había colocado delante de mí en la cola y todavía llegaron más abriéndose paso a codazos. Cuando ya no quedaba nadie en la sala de control de pasaportes, me llegó por fin el turno.

—Quédese ahí —gruñó un burócrata de fronteras con impaciencia—, el pulgar aquí..., el dedo medio aquí... Mira aquí... —resopló—. ¡Aquí no, aquí!

En menos de una hora había salido de uno de los países menos poblados del mundo para volver al segundo más poblado. En esta ocasión el choque cultural fue más brutal; ya estaba añorando a los indulgentes butaneses con su buen sentido del humor.

En la cinta de equipajes reinaba el caos. La mitad de las maletas llegaron a la cinta número 1, mientras que la otra mitad, la entregaron en la cinta número 2, así que los pasajeros corrían presos del pánico entre las dos cintas, de aquí para allá, para localizar sus maletas.

—Eso no ocurre en su país, ¿verdad? —comentó un trajeado viajero treintañero. Parecía haberme leído el pensamiento—. Las infraestructuras son el principal problema en la India.



Había reservado un taxi con antelación y me tocó un chófer que no parecía tener más de quince años. El muchacho se dirigió al vehículo con paso enérgico y, para poder seguirle, tuve casi que correr detrás de él tirando del carro con el equipaje. El coche ardía tras haber estado todo el día al sol.

—¿Puedes bajar las ventanillas? —jadeé ya sudada.

El chófer expresó un no firme con la cabeza.

—Pero puedo encender el aire acondicionado si quiere —me tentó—. Naturalmente tiene un coste extra.

Al acercarnos a **Guwahati**, **240 m s. n. m.**, ciudad de más de un millón de habitantes, el tráfico se paralizó. Los chóferes daban bocinazos como si les fuera la vida. El aire era gris por la contaminación y los edificios de hormigón a medio terminar miraban boquiabiertos hacia las calles con sus colmillos de hierro oxidado. En los laterales de la carretera, vacas magras y perros sarnosos masticaban plásticos y restos de comida putrefacta. Autobuses repletos de gente y camiones se desviaban de la carretera

para alejarse del ruidoso atasco. En los cruces más concurridos, dirigía el tráfico un policía, como en Bután, pero aquí los policías no bailaban, marchaban entre coches con desprecio a la muerte y los dirigían hacia aquí y hacia allá con agresivos ademanes de brazos.

¿Ya había dejado de percibir todo aquello antes de viajar al país del Rey Dragón, toda esa basura, las vacas escuálidas, los pobres miserables, los niños sucios y hambrientos que corrían entre los coches y limpiaban parabrisas y vendían flores por unas pocas perras?

Ya es bastante exigente ofrecer una imagen cabal de un país pequeño como Bután, pero describir la India de forma más o menos satisfactoria es misión imposible. La India es el hogar de más de una sexta parte de la población mundial. Vive más gente en ese país que en Europa y América del Norte juntas, en pocos años sobrepasará a la China y se convertirá en el país más poblado del mundo. Es tan grande y está tan lleno de contradicciones que enseguida que afirmas algo sobre el país podrías argumentar lo contrario y probablemente también sería igual de cierto, porque la India no es un país sino un universo que acoge a dos mil grupos étnicos, veintiocho estados y veintitrés lenguas oficiales.

Uno de los estados menos poblado y más inaccesible es Arunachal Pradesh, que dibuja un arco que apunta a las montañas del Himalaya, en el rincón más nororiental de la India, y tiene frontera con Bután, el Tíbet y Myanmar. Literalmente, Arunachal Pradesh significa «Tierra del Sol Naciente». El estado es tan grande como Portugal, pero su población se sitúa por debajo del millón y medio de habitantes, aunque repartidos entre veintiséis grupos étnicos.

Los turistas extranjeros que quieran visitarlo necesitan un *Protected Area Permit* y deben viajar con guía autorizado. Además de tener que viajar en grupos de un mínimo de tres personas, lo cual no siempre es fácil de conseguir ni se adecua necesariamente a los

deseos del viajero. Por eso las agencias de viaje locales guardan copia de los pasaportes de antiguos clientes y los usan como relleno de listas. En mi permiso de entrada a la región constaba que viajaba con Meena de Estados Unidos y Martin de Chequia, pero en realidad era con Tasang, un hombre de hablar tranquilo de unos treinta años que pertenecía al grupo étnico de los apatani, y Danthi, un alto y delgado asamés. Eran respectivamente mi guía y mi chófer de ese trayecto. Juntos conseguimos escapar de las caóticas calles de Guwahati de camino hacia la autopista. De pronto, el tráfico se descongestionó y avanzamos por carreteras rectas y llanas a una velocidad casi embriagadora.

Ya de noche llegamos a la frontera entre los estados de Assam y Arunachal Pradesh, y Tasang y Danthi fueron a gestionar papeles. Yo me quedé en el coche medio dormida. De pronto, alguien golpeó el cristal de la ventanilla. Di un respingo y me topé con la mirada de un malhumorado guardia fronterizo.

—¿Dónde están tus dos amigos? —me preguntó.

—Han ido a registrarse —dije y fingí creer que se refería al guía y al chófer y no a Meena y Martin. Sonreí amistosamente. El inspector fronterizo resopló y se marchó a toda prisa y con paso enérgico.

Pasamos la noche en **Itanagar**, **320 m s. n. m.**, la capital de Arunachal Pradesh, una anónima ciudad de provincias, tan pequeña que el tráfico fluía con armonía y sin atisbo de atascos. A la mañana siguiente seguimos hacia el noreste, hacia el valle de Ziro y el reino de los apatani. La carretera estaba relativamente en buen estado, pero a menudo desaparecía total o parcialmente bajo deslizamientos de tierra, estando solo allanada con palas, de forma rudimentaria. El paisaje verde y neblinoso que atravesábamos estaba repleto de palmeras y árboles frondosos. Entre la niebla podía atisbar montañas redondeadas de un color azulado. Así es también el Himalaya, el Himalaya Menor: esas montañas subtropicales de vegetación frondosa constituyen el pie meridional

de la cordillera, un preludio suave de los nevados picos gigantes del Himalaya Mayor, más al norte.

Llegamos ya entrada la tarde. Los pueblos del **valle de Ziro**, **1.500 m s. n. m.**, se confunden unos con otros. Las casas muy juntas, casi pared con pared, estaban rodeadas de campos de arroz verde iridiscente. La mayoría construidas al estilo tradicional, sobre pilotes de madera, con paredes hechas de entramado de bambú, pero los tejados ya no eran de bambú o paja, sino de hojalata ondulada que se había oxidado.

—Antes, nosotros los apatani teníamos que defendernos continuamente de los nishi, el pueblo vecino, por eso las casas están tan juntas —me explicó Tasang—. Cuando hay un incendio, a menudo se queman quince o veinte a la vez.

Los investigadores no han podido ponerse de acuerdo sobre cuál es el origen de los grupos étnicos de Arunachal Pradesh, pero algunos genetistas opinan que son originarios de Mongolia, del mismo grupo étnico cuyos miembros hace miles de años se expandieron por América del Norte y después se dirigieron al sur, al Amazonas. Las mujeres más mayores llevaban la cara tatuada: una línea verde desde la frente hasta la punta de la nariz que derivaba en cinco gruesas líneas hasta la barbilla. Muchas también llevaban un gran y ancho tapón en cada uno de los orificios nasales; los grandes tapones les ensanchaban la nariz y les conferían un aspecto peculiar, por decirlo de forma suave.

—He oído que antiguamente las mujeres se afeaban el rostro a propósito para no ser raptadas por los nishi —dijo Tasang, pero su explicación no me convenció. En todas las culturas las modificaciones del cuerpo versan sobre estética e ideales de belleza, nunca he oído que, en ningún lugar o grupo étnico, las mujeres se esfuercen en afearse permanentemente.

Tasang me llevó de visita a casa de una de sus muchas primas, Tage Yadii, la primera mujer del pueblo que fue a la escuela de

niña. Tenía cincuenta y tres años y era la maestra de los pequeños del lugar. En su frente había restos apenas perceptibles de un antiguo tatuaje, una corta línea verde oscuro. Tage vivía en una gran casa tradicional, con paredes de entramado de bambú. En mitad de la rectangular sala principal había un hogar de leña. La habitación estaba amueblada de forma sencilla, sillas a lo largo de la pared y una cama individual en un rincón. En la pared colgaban calendarios ilustrados con imágenes de Jesús y la Virgen María. No había ventanas y solo estaba iluminada por dos bombillas desnudas.

—Cuando era joven, la vida era difícil —contó Tage, igual que muchas personas que había conocido anteriormente. Hablaba inglés con voz potente, clara y bien articulada, obviamente acostumbrada a los monólogos de clase—. Teníamos que trabajar en los campos de arroz desde pequeños. Los que no trabajaban, pasaban hambre. A nosotras las chicas no se nos permitía ir a la escuela en esa época. La escuela del pueblo era totalmente nueva y la gente creía que los maestros indios nos enseñaban cosas indecentes y que además yendo allí nos volvíamos demasiado perezosas para trabajar en los campos de arroz. Pero yo fui a la escuela a pesar de todo. Le decía a mi madre que iba a trabajar a los campos de arroz, pero iba a la escuela en secreto.

El padre de Tage murió siendo ella pequeña, por eso se crio sola con su madre. Los hermanos mayores estaban casados y ya no vivían en casa.

—En esos tiempos, a las chicas las casaban cuando tenían entre doce y quince años —contó—. Todos los matrimonios eran concertados, y a menudo a ellas las prometían siendo todavía bebés. El chamán local iba a la casa y sacrificaba un pollo, y en el hígado del pollo podía ver en qué pueblo vivía el prometido de la niña. Después los padres hallaban al candidato adecuado en dicho pueblo. Cuando yo tenía seis o siete años, el chamán vino a casa para realizar el ritual. Me puse tan furiosa al saber que querían

casarme que agarré el pequeño hígado y lo lancé lo más lejos que pude.

Su madre aceptó que el plan de prometerla con alguien no iba a ser posible, pero se enfadó cuando descubrió que su hija había ido a la escuela a escondidas.

—No me pegó, nunca lo hizo, pero me riñó. Yo declaré que, si no podía ir a la escuela, me escaparía. Y eso hice. Me fui a casa de mi hermano, que estaba casado y tenía familia y él me mandó a una escuela de Assam. Allí estuve cuatro años. Los primeros fueron duros. Cuando llegué a la escuela, era como una página en blanco porque solo había asistido dos años a la del pueblo y no sabía ni asamés ni hindi. Además, como todas las demás chicas de Ziro de aquel entonces, llevaba tatuajes en la cara. Seguramente tenía cuatro años cuando me tatuaron, no lo recuerdo demasiado bien, solo recuerdo que me dolió mucho. Los otros alumnos me miraban pasmados y me señalaban siempre con el dedo; fue muy desagradable. Yo solo quería ser como los demás. Al final, pude borrarme los tatuajes.

Una delgada mujer de piel oscura nos trajo una bandeja con té. Una vez que nos servimos el té, se retiró al rincón más alejado de la habitación y se puso a barrer el suelo.

—Mi marido murió hace unos meses y mis hijos trabajan en Itanagar, así que ahora vivo sola con mi criada. —Tage asintió con la cabeza hacia la mujer que barría en el rincón—. Al terminar mis estudios, me dieron trabajo de maestra aquí en el pueblo. Mi madre estuvo orgullosa de que yo trabajara en el sector público y el resto del pueblo se dio cuenta de que enviar a sus hijos a la escuela podía ser bueno. Fui un ejemplo para otros. Ahora, de hecho, la mayoría de las chicas de aquí cursan estudios superiores. ¡Los tiempos han cambiado!

Tage fue también la primera de la familia en convertirse al catolicismo.

—La escuela de Assam era católica y yo me convertí estudiando allí. Gracias a mí hay muchos católicos en la familia. —Sonrió satisfecha.

—¿No tienes miedo de que desaparezca la cultura apatani ahora que muchas personas son católicas? —le pregunté.

—No, qué va, nuestra cultura no desaparecerá, nuestras fiestas religiosas la mantienen viva —respondió Tage—. Pero los tiempos cambian, como he dicho. Hace unos años fundé la Apatani Women Society. Nosotras hemos introducido una serie de reglas para hacer la vida más fácil a la gente. Por ejemplo, hemos puesto límites a lo que se puede ofrecer y servir en diferentes fiestas, como cuando nace un niño. Antes había que invitar a todo el clan, y eso podía suponer setecientas personas para festejar grandes acontecimientos. ¡Era terriblemente caro! La gente tenía que ofrecer cerdo, pollo, buey, cerveza de arroz, vino y comida. Hemos decidido no permitir que se sirvan ni refrescos ni alcohol extranjero durante las fiestas religiosas y demás celebraciones. Solo se permite servir cerveza de arroz, agua y té.

—¿Qué hacéis si alguien incumple las reglas? —le pregunté.

—Los que las incumplen son castigados con una multa que puede llegar a las treinta mil rupias, unos cuatrocientos dólares. Hace poco descubrimos que un hombre del pueblo hizo una gran fiesta. Dentro de un día o dos iremos a visitarle y le pondremos una multa. Antes se solía jugar a las cartas en nuestras fiestas, pero ahora está prohibido. También se han regulado las bodas. Doscientos o trescientos huéspedes está bien, pero si hay más de quinientos, se le pone una multa a la pareja. Tenemos informantes y espías por todas partes y siempre nos enteramos de si alguien incumple las reglas.

Tage se levantó y sacó un librito delgado en el que la asociación de mujeres había hecho imprimir reglas detalladas para cada una de las fiestas que se celebraban en el valle, así como la cuantía de las multas para cada infracción o falta, explicitadas para los diferentes

pueblos.

—Antes las familias pobres tenían que pedir un crédito para poder sufragar grandes fiestas —dijo Tage—. Muchas se arruinaban por completo y tenían dificultades para pagar los elevados intereses. Queremos igualdad entre ricos y pobres. Excepto unos pocos ricos, nadie ha protestado en contra de las nuevas reglas.

En una de cada dos casas del valle de Ziro ondeaba una pequeña bandera cuadrada con un círculo rojo sobre un fondo blanco. Las banderas señalaban que los que las habitaban no se habían convertido al cristianismo, sino que profesaban las creencias originales de los grupos étnicos de Arunachal Pradesh, el *donyi-polo,* la creencia en el sol y la luna. Aunque lo de originales es discutible. A diferencia de lo que ocurría en el cristianismo y el hinduismo, su sistema de creencias no estaba normativizado ni escrito para la población. Las creencias y los mitos formaban parte de la cotidianidad y no era algo en lo que la gente pensara mucho antes de que los misioneros del sur de la India empezaran a divulgar el cristianismo por la zona en la década de 1950. Fue entonces cuando muchos temieron que su cultura primitiva estuviera en peligro de desaparecer y con ella las antiguas creencias. Esta cuestión se discutió por primera vez en una reunión de los líderes del pueblo adi en 1968. Dieciocho años más tarde, tras muchas y largas reuniones, se aprobó la creencia en el sol y la luna como religión oficial para los grupos étnicos de Arunachal Pradesh con todo lo necesario: templos, escrituras de oración, rituales prescritos y un día propio dedicado al sol y la luna, y resulta bastante práctico que ese día coincida con Nochevieja.

Hage Tado y Hage Tado Naiya, sexagenarios los dos, trajeron la religión del sol y la luna al valle de Ziro a finales de la década de 1990. La pareja vivía en una tradicional casa alargada del centro, con gallinas y cerdos pequeños en el huerto. La lumbre estaba encendida y una leve cortina de humo flotaba en la habitación.

—Nosotros los apatani creemos en el sol y la luna desde tiempos inmemoriales —contó Naiya en apatani. Siguiendo también la creencia tradicional, ella había tomado el nombre completo de su marido.

—Pero la religión fue registrada oficialmente por Talom Rukbo en la década de 1980 —añadió su marido.

—Hicimos construir el primer templo dedicado al sol y la luna en el año 2000 —dijo Naiya—. Enseñamos a la gente que se puede rezar por los enfermos y que no es necesario sacrificar animales. Durante las celebraciones religiosas y las fiestas les instamos a no hacer cerveza de arroz ni a matar animales, ni siquiera pollos. Esos sacrificios eran muy caros y muchas personas no podían sufragarlos. Les explicamos que las pueden celebrar con té y galletas, que resulta mucho más barato. Cada domingo nos reunimos en el templo para rezar juntos.

—También hemos escrito las oraciones y las canciones de los chamanes —añadió el marido—. Los chamanes están a punto de desaparecer porque los jóvenes no quieren serlo. Lo hemos documentado todo de cara al futuro, para que no desaparezca cuando ya no tengamos chamanes. Ahora que hemos recopilado las canciones en un libro, la gente puede cantarlas por sí mismas.

—No adoramos a falsos dioses, solo al sol y la luna —profundizó su mujer—. Sin el sol no existiría la tierra. El sol nos da la luz del día, calor y la posibilidad de cultivar el arroz. La luna nos da luz por la noche y así no está tan oscuro, además nos sirve para administrar el tiempo. Tras la muerte seguimos un sendero trazado por nuestros antepasados hasta Nely, un lugar parecido al cielo del cristianismo donde permanecemos eternamente. Pero quien tenga la desgracia de morir en un accidente o de suicidarse, irá a parar a Tailey, el infierno.

—Muchos han sido los que han intentado convertirnos al cristianismo, pero nosotros no queremos abandonar nuestras

creencias originarias —afirmó el marido—. El cristianismo viene de fuera, de otros pueblos y países. Nosotros los apatani creemos en el sol y la luna.

—Pero las nuevas generaciones ya no llevan la ropa tradicional —se quejó Naiya—. Ni siquiera durante las fiestas religiosas. Yo solía llevarla todos los días, pero al final me hartó que la gente me preguntara siempre si iba a una celebración religiosa. Ahora tenemos diez templos dedicados al sol y la luna en el valle de Ziro —añadió ella—. Hemos crecido y tenemos muchos adeptos. Mañana es domingo y se oficia una ceremonia en los templos. Empieza a las nueve y media y está abierta a todo el mundo, ¡ven si quieres!

A las nueve y media del día siguiente estábamos delante de la puerta cerrada del gran templo del sol y la luna del valle de Ziro. Tasang, yo y tres turistas holandeses con su guía éramos los únicos asistentes. Cerca de las diez, llegó una mujer, abrió la puerta y se puso a barrer y fregar el patio de delante del templo. Cuando ya había pasado media hora, aparecieron unas ocho o diez mujeres con caras arrugadas, tatuadas y un gran tapón negro en cada fosa nasal.

El templo era un edificio de hormigón sin sillas ni mobiliario. A lo largo de las paredes había taburetes bajos y una pila de cojines. Dos mujeres extendieron un plástico negro en el suelo y la gente se acomodó en cojines y taburetes. Varios creyentes se acercaron a la puerta y entraron, unas treinta personas en total, todos de edad avanzada. Yo me coloqué detrás en lo que más tarde me di cuenta de que era el sector destinado a los hombres.

Una mujer y un hombre dirigieron la ceremonia, uno frente al otro sentados en el suelo, en una pequeña tarima junto a un sencillo altar y una gran pintura del sol de fondo. El hombre leía de un libro y la congregación repetía mecánicamente todo lo que él decía. Después la mujer leyó algunas líneas y la congregación repitió sus palabras también mecánicamente. La lengua era tan arcaica que Tasang, que se había criado en el valle de Ziro y su lengua materna

era el apatani, no entendió nada. Luego hubo cantos: monótonas e interminables canciones interpretadas con voces agudas y devotas. En un momento determinado, la mujer sacó una jarra de color plateado, adornada con plumas, bajó del estrado y salpicó con agua a cada uno de los asistentes. Todos recibimos una buena dosis. Después los asistentes se levantaron y volvieron a interpretar un canto largo y monótono antes de que el hombre, falto de entusiasmo, siguiera leyendo. El suelo de cemento era duro y frío para estar sentado y la ceremonia se repetía y alargaba. Era como si los fundadores de esa religión hubieran copiado los elementos más aburridos de la misa cristiana y los hubieran multiplicado. Entumecida después de estar tanto rato sentada en el duro suelo, me levanté y me escabullí afuera.

En la Iglesia cristiana del Gran Despertar había más vida. Más de cien creyentes, principalmente jóvenes y familias con niños pequeños, y, gracias a Dios, había sillas de plástico para todos. El púlpito estaba adornado con una sencilla cruz blanca. Por lo demás, la aireada sala estaba desprovista de imágenes y símbolos. Un joven trajeado avanzó hasta el atril y se puso a contar lo travieso y desobediente que había sido de niño. Ya en décimo había empezado a beber y le asaltaban frecuentes pesadillas sobre el diablo, pero entonces encontró a Dios y empezó a ir a la iglesia. Ahora era una persona nueva y mejor y las terribles pesadillas habían desaparecido. *«¡Aleluya!»*

«¡Aleluya!», respondió la congregación entusiasmada.

Una joven del estado de Nagaland tomó la palabra y habló en una mezcla de hindi, inglés y lengua local:

«Praised be the Lord! Yo pongo mi vida en tus manos, soy tu instrumento, utilízame, Señor. *Praised be the Lord!».*

«Praised be the Lord!», repitió la congregación extasiada y toda la iglesia estalló en cantos alegres acompañados de tambores y címbalos.

Tasang y yo nos escabullimos del templo de nuevo y fuimos al de los baptistas, que poseían la iglesia más grande de todas. No había ni una sola hilera de bancos vacía; mujeres y niños estaban sentados muy juntos. También aquí una severa cruz era el único adorno existente.

Llegamos justo a tiempo para escuchar el sermón. Un hombre delgado con un traje gris subió al atril y lanzó una mirada silenciosa y grave a la congregación. Después inició el sermón. Habló y habló de la importancia de que los baptistas se mantuvieran unidos y lejos de los que adoraban al sol y la luna, lo más lejos posible, especialmente de sus celebraciones religiosas, porque de la misma manera que el sol y la luna no podían estar en el cielo simultáneamente, tampoco los cristianos y los paganos podían estar juntos, salmodiaba el sacerdote, y también les conminaba a mantenerse alejados de los templos hinduistas; los creyentes debían mantener un camino puro.

Cuando finalmente el sacerdote agotó las palabras, un grupo de mujeres resueltas se levantaron y se dirigieron al altar. Unas se arrodillaron y las otras se quedaron de pie. Después, como obedeciendo una señal invisible, se alzó al cielo una cacofonía de fervorosas oraciones. Las mujeres que estaban de pie extendieron las manos hacia las arrodilladas como si físicamente quisieran extraerles el mal. Las voces subían y subían, más y más exultantes. De pronto, como obedeciendo a una segunda señal invisible, se apagaron. Las arrodilladas se alzaron y todas volvieron tranquilamente a su sitio. La misa había terminado. A la salida nos repartieron a cada uno un caramelo que podíamos chupar.

No todos los habitantes del valle de Ziro iban a misa el domingo. Mudang Pai de setenta y cinco años, que generalmente ganaba los concursos de chamanes locales, no tenía en absoluto planes de convertirse.

—Los supuestos sacerdotes de la religión del sol y la luna no

valen para nada —opinó él—. Una religión sin un *nyibo,* es decir, un chamán, es una religión totalmente inservible. Un nyibo conoce todos los espíritus por su nombre y sabe qué quiere cada uno, si son pollos y huevos o cosas más grandes. Los espíritus están hambrientos de carne. Ofrecerles golosinas simplemente no funciona.

Mudang tenía la cara arrugada, casi gomosa, y le faltaban una buena cantidad de dientes, pero su largo pelo seguía siendo de un color negro azabache, recogido en un moño trenzado encima de la frente y sujeto con una varilla. Nos sentamos en su terraza con vistas al jardín en el que había construido un pequeño altar con astillas de bambú y huevos espetados en un palo. El aire de la tarde era fresco, pero a Mudang, que solo llevaba sandalias, pantalones cortos y jersey con capucha, no parecía molestarle el frío. Tasang había mandado a un pariente anciano que nos ayudara a traducir. Como a muchos jóvenes a él le costaba entender apatani, especialmente cuando la conversación iba de religión y rituales. El pariente traducía del apatani al hindi. Y Tasang lo traducía al inglés.

—Nuestro antepasado, Tani, obtuvo la fuerza del sol —explicó Mudang vía el pariente de Tasang—. Primero la gente creía en Tani y después empezaron a creer en el sol y la luna. Por cierto, Tani era una persona muy inteligente. Robo, su hermano menor, tenía un carácter imprevisible. Tani decidió matarlo y lo engatusó para alejarlo del pueblo. Se lo llevó a un lugar donde había mucha miel y dejó que las abejas lo atacaran. Robo cayó por un precipicio y murió.

El asesinato de un hermano es uno de los mitos más antiguos y extensos del mundo. Según el Antiguo Testamento, la historia de la humanidad empieza con el asesinato de un hermano: Caín, la primera persona nacida de otra, mató a su hermano menor, Abel, en un ataque de celos. En el Mahabharata, la epopeya hindú, Arjuna

mata a Karna, su hermano mayor, es cierto que sin ser consciente del cercano parentesco que les unía, y Rómulo, el mitológico fundador de Roma, mata a su hermano Remo tras una pelea por donde debía situarse la frontera de la futura ciudad. Algunos investigadores opinan que el asesinato del hermano alude a la extinción de los neandertales: en épocas primitivas el *Homo sapiens* tenía un hermano, pero lo asesinó.

—Cuando yo me crie, aquí no existía el cristianismo —continuó Mudang—. Tendría unos treinta años cuando los ancianos decidieron que yo debía ser nyibo. Aprendí las canciones chamánicas muy rápido, por eso pensaron que yo era la persona apropiada.

—¿Qué tratamiento pones a los enfermos? —le pregunté. El pariente de Tasang, de habla hindi, no le tradujo la pregunta a Mudang, sino que le hizo cantidad de preguntas adicionales a Tasang y, finalmente, este me pidió que profundizara:

—¿En qué enfermedad estás pensando? Cada una se trata de diferente manera.

—¿Si al paciente le duele el pecho, por ejemplo? —fue lo primero que se me ocurrió.

Esa vez mi pregunta fue transmitida a Mudang, y le siguió una larga explicación.

—El dolor de pecho está causado por un espíritu que vive fuera del pueblo —explicó—. Cuando sales del pueblo, puede atacarte. Primero canto delante de la casa del enfermo, después cuezo un huevo y lo parto en dos con uno de mis propios cabellos para decidir si el resto del ritual debe realizarse en el pueblo o fuera.

—¿Y con un fuerte dolor de cabeza?

—El dolor de cabeza puede ser causado por dos espíritus —respondió Mudang—. Uno es *danyi,* el sol, el otro es un espíritu de la jungla. En casos dudosos como este, cojo dos huevos, uno para cada espíritu. Mientras los huevos se cuecen, recité oraciones, y

cuando ya están cocidos, los parto en dos con una hebra de cabello y decido cuál de los dos espíritus es el causante. Si es un espíritu de la jungla, tengo que ofrecer un pollo y un huevo. Si es el sol, tengo que ofrecer tres pollos y cuatro huevos. El enfermo no puede abandonar su casa durante tres días. Para que la gente del pueblo sepa que tiene que mantenerse alejada, coloco un símbolo de huevo junto a la puerta del enfermo.

Mudang suspiró.

—Ya no hay nadie que conozca estas cosas, porque los jóvenes no quieren ser nyibo. Si no aparecen pronto otros, no quedarán chamanes cuando yo muera. Si seguimos así, los jóvenes de hoy día perderán su identidad, su herencia y sus tradiciones. Cuando venga alguien y les pregunte acerca de su cultura como haces ahora tú, no sabrán qué responder.

—Pero tu mujer se convirtió al baptismo hace unos años —objetó el pariente a Tasang—. ¿Qué opinas de que la mujer del nyibo asista a la iglesia?

—Aunque yo conozco a todos los espíritus, creo que solo existe un dios —respondió Mudang imperturbable—. Entre los apatani existe un espíritu monstruoso, un espíritu hambriento que necesita mucha sangre. Intenté controlarlo y hacer que dejara de perseguir a mi mujer, pero no lo conseguí. Yo he oído muchas cosas de cómo los cristianos pueden ahuyentar a espíritus malvados, por eso mandé a mi mujer a la iglesia. ¡Funcionó! En principio, creo que todas las religiones son buenas y yo las respeto todas.

La carretera principal de Arunachal Pradesh discurre a lo largo de la frontera del estado, de oeste a este, con unos pocos desvíos solitarios hacia el norte. A pesar de que cruzamos la frontera del estado para entrar en Assam varias veces de camino al este, nunca fue difícil saber en qué estado estábamos: la cantidad de tiendas de bebidas alcohólicas nos indicaba si era el tolerante Arunachal Pradesh o el mucho más puritano Assam. Ya entrada la tarde,

tomamos una carretera secundaria en dirección norte atravesando un paisaje ondulado y verde y dejando atrás docenas de *liquor shops,* iglesias sin amparo estatal y aldeas de espaciosas casas de bambú, cubiertas por gruesos techos de paja y en equilibrio sobre postes. Habíamos abandonado el reino apatani y nos hallábamos en el reino galo.

Ya de noche llegamos a **Aalo**, **619 m s. n. m.**, nos hospedamos en un hostal del pueblo donde nos invitaron a compartir con la gran familia en el edificio principal. En el centro de una sala elevada y grande había un hogar de leña. El suelo estaba cubierto con estoras de bambú y una de las paredes estaba decorada con calaveras y cuernos de decenas de gayales, una raza de bueyes grandes y fuertes muy popular en ese rincón de Asia. Los gayales tienen cuernos fuertes y abultados, y el pelaje negro y corto, y muchos grupos étnicos de Arunachal Pradesh los usan como dote.

—Estos son los gayales que ofreció el hombre de la familia cuando se casó —contó Tasang—. Cuantas más joyas tenga la novia, más gayales tendrá que aportar él. Yo todavía les debo a mis suegros cinco gayales —añadió pesaroso—. Esos animales son muy caros, no sé de dónde voy a sacar el dinero. Nosotros los apatani no hacemos esa ofrenda cuando nos casamos, pero mi mujer es de otra etnia y los padres esperaban recibir gayales.

La asociación local de mujeres tenía reunión en la terraza. Me invitaron y me hicieron sitio en el semicírculo de mujeres.

—La asociación se constituyó el 30 de enero de este año para ayudar a una mujer del clan ori que se estaba divorciando —explicó Kirken Ori, la secretaria, en hindi—. Después hemos continuado reuniendo una pequeña cantidad de dinero que aporta cada miembro y lo empleamos para ayudar a las mujeres del clan que están en una situación desesperada.

Gyi Ori, el dueño del hostal, un hombre delgado y bonachón de unos cuarenta y pico de años, se sentó con nosotras y tomó la

palabra:

—Es agotador ser mujer —dijo—. Ellas tienen que hacer el trabajo más pesado: dar a luz, cosechar las verduras, acarrear leña.

—¿Quién se encarga de los animales? —pregunté.

—Las mujeres —contestó Gyi.

—¿Quién cuida a los niños?

—Las mujeres.

—¿Quién limpia la casa?

—Las mujeres.

—¿Quién lava la ropa?

—Las mujeres.

—¿Quién hace la comida?

—Las mujeres.

—¿Quién recoge el arroz?

—Las mujeres.

—¿Qué hacen los hombres entonces?

Todas se rieron.

—Nada. Solo beben durante todo el día —afirmó Gyi.

—Algo deben de hacer.

—Sí, claro, se van de caza a la jungla y a pescar, y se ocupan de construir la verja alrededor de la propiedad y cosas así —aclaró Santi, que junto con la secretaria eran las únicas de la asociación que hablaban un buen hindi—. Muchos también trabajan para las autoridades y ganan dinero para que podamos dar a nuestros hijos una buena educación y estudios.

—¿Algunas de vosotras tenéis algún trabajo además de recoger el arroz? —les pregunté.

Todas negaron con la cabeza.

—Pero de todas maneras estamos mejor que las mujeres de la India —opinó Santi. Estábamos en la India, pero era obvio que la India seguía siendo otro lugar para ellas—. No tenemos que pedir permiso para ir a ningún lugar. Hacemos lo que queremos. Nuestros

maridos no nos controlan.

—¿Quién se queda con los hijos tras un posible divorcio? —me preguntaba.

—El hombre, siempre el hombre —respondió Kirken, la secretaria —. Nuestros maridos también pueden casarse con varias mujeres sin preguntar a la esposa. Si ella no tiene hijos, o si después de tener cuatro, todavía ninguno ha sido niño, tienen derecho a tomar una nueva esposa.

—Tú eres afortunada de poder viajar a tantos lugares —me dijo Santi—. Nosotras ni siquiera podemos ir a Itanagar. Si lo hiciéramos, nuestros maridos se negarían a aceptarnos cuando volviéramos a casa.

—Pero si acabas de decir que podías ir a donde quisierais —objeté.

—Por el pueblo y sus alrededores, sí, pero no podemos viajar lejos, en todo caso, ¡solas no! La gente empezaría a murmurar. Por el contrario, los hombres pueden viajar a donde les plazca. Pueden ausentarse durante meses si les parece.

—¿Adónde irías si pudieras viajar a donde te apeteciera? —pregunté.

—A Darjeeling. —Sonrió.

En un pequeño edificio anexo al lado de la casa principal, los hombres se preparaban para ensayar la danza de la guerra. Llevaban sombreros elegantes, adornados con plumas blancas y tupidas, pero iban vestidos sin demasiado miramiento, con pantalones cortos, camisetas y chaquetas un poco sucias. En las manos sostenían largas espadas con las que golpeaban con fuerza en el suelo mientras danzaban. La primera danza salió bastante bien, la segunda fue peor: debían desplazarse hacia los lados dibujando un semicírculo, las rodillas ligeramente flexionadas mientras movían la espada de un lado a otro. A la vez, dos hombres saltaron al centro del semicírculo para simular una lucha de espadas. Un nervudo

sexagenario de pelo gris suspiró hondo:

—¡Así no! —les amonestó sacudiendo la cabeza—. ¡Tenéis que danzar de forma más ligera y acompasada!

Con movimientos ligeros, el coreógrafo les hizo una demostración de la flexión de rodillas e intentó que el grupo de hombres entrados en años consiguieran dar una imagen de tropa unida. En unas semanas iban a participar en el festival de Delhi. Para entonces debían tener bien aprendida la danza de la guerra.

Al día siguiente fuimos de excursión al pueblo vecino. Delante de una casa había un puñado de hombres reunidos. En la hierba sentados, dos hombres mayores cantaban unas cuantas notas con voz chirriante de hombre mayor una y otra vez.

—Hace dos días hubo un pequeño incendio en esta casa —contó un hombre alto, era el dueño de la desafortunada casa—. Conseguimos apagarlo y nadie resultó herido. La casa también se ha salvado, pero tomamos lo ocurrido como una señal de que el espíritu del fuego no está contento con nosotros y siente que no le hemos dedicado suficientes rituales. Es posible que también haya un espíritu maligno en la casa. Por eso hemos llamado a dos chamanes para que apacigüen al espíritu del fuego y ahuyenten al espíritu maligno para que no se produzca otro incendio. A las tres de la tarde vamos a sacrificar dos pollos. Ahora estamos construyendo dos altares.

Asintió hacia dos hombres que trenzaban bambús. Los dos nyibo ancianos seguían cantando con valentía las mismas notas una y otra vez.

Cuando Tasang y yo volvimos al dar las tres de la tarde, los dos nyibo se levantaron de la hierba y emprendieron camino hacia abajo mientras repetían una única frase corta y las escasas mismas notas. Habían cantado toda la mañana y toda la tarde y cada repetición sonaba a fatiga. Una hilera de hombres los seguía. Uno llevaba los altares que ya estaban terminados y parecían abanicos,

otro llevaba una jaula con dos pollos y unos leños, los demás sostenían en las manos ramas de bambú con pedazos de corteza de platanero espetados.

Tasang y yo seguíamos a la comitiva atrás del todo. Al cabo de un rato abandonamos la carretera para bajar al río por un empinado sendero embarrado. Mientras los chamanes cantaban, un hombre sacó los dos pollos de la jaula. Cacarearon intensamente durante un rato al sol, pero pronto quedó solo uno chillando. El hombre sujetó el pollo moribundo por encima de uno de los altares para que quedara regado de sangre y le dio un corte rápido al cuello del otro. Los cacareos se apagaron de golpe. Los dos pollos fueron atados cada uno a un altar, después el dueño de la casa accidentada entró en el río resbalando y con un altar en cada mano. Los demás permanecieron de pie en la arena echándole pedazos de corteza de platanero: así ahuyentaban al espíritu maligno de la casa tanto de forma simbólica como real. Cuando el dueño de la casa llegó a la mitad del río, sumergió los dos altares en el agua y los mandó río abajo, después volvió nadando a la orilla. Antes de salir del río, aprovechó para lavarse el cuerpo, el pelo y la ropa con jabón.

Los dos chamanes ancianos pudieron al fin dar descanso a sus laringes y volvieron al pueblo paseando para beber vino de arroz.

A la mañana siguiente emprendimos viaje en dirección noreste, hacia Anini, uno de los pueblos más recónditos e inaccesibles de Arunachal Pradesh. Cuanto más subíamos, más se estrechaba la carretera y más socavones había. Se estaba construyendo una nueva y cuando estuviera terminada, el trayecto a Anini se acortaría a la mitad. Hasta entonces se tardaba todavía más que antes a causa de todos los trabajos que se llevaban a cabo.

Ya entrada la tarde llegamos a **Hunli**, **1.240 m s. n. m.**, un inolvidable pueblo rodeado de montañas nevadas de un color

azulado oscuro. Pasaríamos la noche en un hostal sencillo de propiedad pública, escondido al final de un callejón sin salida, detrás de un portal herrumbroso. Una mujer con el pelo envuelto en una toalla y un cepillo de dientes colgando de la boca se acercó a nosotros.

—No pueden pasar la noche aquí —explicó sin sacarse el cepillo de la boca—. El representante de las autoridades está de viaje.

—Pero si hemos hecho una reserva y no tenemos adónde ir —objetó Tasang.

—Lo siento —dijo la mujer e hizo un ademán con su mano libre mientras continuaba cepillándose los dientes con la otra—. Para hospedarse aquí deben registrarse antes, pero dado que el representante de la autoridad hoy no está, no es posible registrarse y por eso no pueden hospedarse aquí. Hoy ya he rechazado a dos turistas más.

—Pero un amigo mío —dijo Tasang nombrándolo— es pariente tuyo. ¿Estás segura de que no puedes hacer una excepción?

La situación cambio de golpe. Todavía con el cepillo de dientes en la boca, la mujer avanzó por el patio con paso cansino y abrió las habitaciones en las que íbamos a dormir. Eran sencillas, pero relativamente limpias y contaban con algo parecido a un baño. La mujer se sacó de la boca el cepillo de dientes masticado y escupió.

—Aparcad el coche detrás de la casa para que los turistas que acabo de rechazar no vean que tengo huéspedes —nos advirtió.

Cuando el sol se puso, pero antes de que dieran la electricidad, la anfitriona nos invitó a acompañarla en la sencilla cocina, donde cortaba verduras junto al hogar. Nos sentamos alrededor del fuego en compañía de tres lugareños silenciosos y un estudiante de doctorado de Assam que investigaba la ardilla voladora.

—Arunachal Pradesh es el único estado de la India donde hay tigres, leopardos, panteras nebulosas y leopardos de la nieve —contó él, feliz—. La vida animal aquí es particularmente rica,

¡incluso existe la cobra real! Ahora en invierno, a las cobras reales les gusta esconderse dentro de las casas.

—Pero en Anini no las habrá, ¿verdad? —dije yo esperanzada—. Después de todo estamos a dos mil metros de altura.

—Sí, por supuesto, incluso aquí existen ejemplares de la cobra real —aseguró el estudiante de doctorado, entusiasmado—. Si te muerde es importante que no te dejes llevar por el pánico, porque entonces el veneno se extiende más rápidamente.

Después de cenar, el estudiante se echó a la espalda la mochila que ya tenía preparada, se ajustó el frontal y partió para pasar la noche con las ardillas voladoras.

A la mañana siguiente nos levantamos al amanecer. A causa de los trabajos en la carretera, un tramo de más arriba permanecería cerrado durante largas horas de la tarde, teníamos que llegar mientras todavía estaba abierta. Sin embargo, antes de una hora tuvimos que parar. Un árbol caído atravesaba la calzada. Afortunadamente llegó enseguida un operario con un bulldozer y empujó el árbol al abismo. Danthi pisó el gas, pero solo media hora después tuvimos que rendirnos a las fuerzas de la naturaleza de nuevo: la carretera estaba bloqueada a causa de un gran desprendimiento de tierra. Tres operarios con palas excavadoras trabajaban denodadamente para retirar las enormes piedras y la masa de tierra, pero pasaron casi tres horas antes de que la vía estuviera transitable de nuevo. Hacía poco que Danthi había puesto en marcha el coche de nuevo cuando pinchamos y tuvo que cambiar la rueda. Al llegar al tramo crítico, estaba cerrado desde hacía rato y tuvimos que esperar resignadamente a que acabara la jornada de trabajo.

En la cuesta más abajo había un grupo de hombres sentados y bebiendo.

—¡Venid aquí! —vociferaron—. ¡Acercaros y bebed con nosotros!

Al no obtener respuesta, uno de ellos subió trabajosamente hasta

donde estábamos nosotros. Tenía aspecto de tener más de cincuenta años y llevaba un taparrabos, una chaqueta sucia y un chaleco de punto. De su hombro izquierdo colgaba un enorme cuchillo tradicional sujeto con correas decoradas con reproducciones de mandíbulas de animales. En la mano derecha sujetaba un bastón que le resultaba muy útil, pues casi no se tenía en pie:

—*Do you undershtand?* —farfulló en un inglés macarrónico—. ¿Enchiendes? ¡Es importante que enchieeendas!

Tasang acudió en mi ayuda y escapamos al colmado local en el que había bancos al sol. En el tablón de anuncios, un documento oficial informaba de que, en el pueblo, vivían treinta y ocho personas con derecho a voto. Casi ni nos habíamos sentado cuando se unió a nosotros un hombre de mediana edad. Iba bien vestido, camisa azul y pantalones cortos, el pelo cortado con esmero. Su rostro bonachón habría inspirado confianza de haber estado sobrio.

—¿De dónde eres? —me preguntó el hombre en su inglés casi nulo—. ¿Londres? —sugirió expectante.

—No, ella es noruega —respondió Tasang en hindi y espantó las moscas del lugar, que se lo estaban comiendo vivo.

—Pero ¿de dónde eres? —insistió él.

—De Noruega —dije.

—Sí, pero ¿de dónde eres? —repitió. La conversación daba vueltas sobre sí misma—. ¿Os gustaría probar el vino de aquí? —sugirió con una enorme sonrisa.

Rechazamos amablemente su invitación y nos fuimos al coche huyendo de él. Allí nos topamos con el borracho número uno, ahora provisto de una botella de aguardiente recién comprada y un paquete de cigarrillos. Me agarró de la mano y no la soltaba. «¿Enchieeendes?», me preguntó con mirada intensa. Acto seguido vino el borracho número dos tambaleándose: «¿De dónde eres?», me preguntó con una mirada turbia. «¿Eres de Londres?»

Después de sesenta y ocho largos minutos en ese pueblo sin

nombre, pero inolvidable, la barrera se levantó milagrosamente y pudimos continuar viaje. El borracho bien vestido trotó un poco tras el coche:

—Pero ¿de dónde eres? —gritó desesperado—. ¿De dónde e-r-e-s?

Más tarde caí en la cuenta de que Norway, Noruega en inglés, fácilmente podía interpretarse como *«no way»* o *«nowhere»,* de ningún modo o de ningún lugar.

Hacía mucho que había oscurecido cuando llegamos a **Anini**, **1.968 m s. n. m.**. Nos hospedó Vadra, un amigo de Tasang que vivía en la casa más imponente del pueblo, una colorida construcción cuadrada, pintada de rosa, verde y azul, un moderno palacio de hormigón entre alargadas casas tradicionales de bambú. Vadra era la hospitalidad personificada. Cuando supo que nos acercábamos a Anini, dejó el almuerzo de golpe para ir a nuestro encuentro y mostrarnos el camino. Era un militar jubilado de rostro anguloso, con la mandíbula inferior prominente y el pelo corto y en punta. Hablaba fuerte con una potente voz nasal. Cuando el vocabulario inglés no le alcanzaba, se pasaba alegremente al hindi.

Junto al hogar de la moderna cocina había un hombre alto y delgado, vestido con una larga túnica blanca, y otro más bajo y de aspecto más anónimo, vestido con pantalones corrientes y una camisa a cuadros.

—Soy el pastor Paul —nos saludó cordialmente el que llevaba túnica. Era pentecostalista al igual que el anfitrión. En sí mismo, no había nada asombroso en ello a pesar de que solo aproximadamente el 10 por ciento de los idu mishmi de Anini se han convertido al cristianismo. Lo llamativo era que Paul pertenecía a la casta más alta.

—Yo de joven estaba totalmente en contra del cristianismo, ¡era brahmán, claro! —contó el pastor con voz de predicador, fuerte y bien articulada. Amos, el de aspecto más anónimo, su asistente local, tradujo del hindi al inglés:

—De joven llevaba una vida pecaminosa y bebía mucho. Mi madre murió cuando yo era pequeño y mi padre solía darme una cucharada o dos de alcohol para hacerme dormir. Cuando fui a la escuela, el criado solía mandarme con un cuarto de botella de whisky en la cartera. ¡En décimo ya me bebía tres cuartos o la botella entera cada día! Al final enfermé. Hígado, riñones, pulmones, todo estaba dañado. El médico dijo que me quedaban seis meses de vida. Un día vino un misionero cristiano a casa para hablar con mi primo. Yo estaba sentado bebiendo whisky mientras escuchaba las palabras del misionero, y de pronto citó un verso de la Biblia que me impresionó: «Sabes que tu cuerpo pertenece a Dios, entonces ¿por qué lo destruyes?». Esa frase cambió mi vida. Primero me enfadé mucho con el misionero y me fui a su casa con la pistola de mi padre en el bolsillo, decidido a dispararle. Total, yo iba a morir de todos modos. Pero el misionero me acogió amablemente e hizo que olvidará mi cólera. Toda mi vida había girado en torno a una sola cosa: la bebida. Y a causa de todo ese alcohol dormía mal por la noche. A menudo solo ocho o diez minutos seguidos. La medicina para dormir no me ayudaba. Dormir toda una noche seguida era mi mayor deseo, así que reté al misionero: «Si tu Jesús es un dios verdadero, pídele que me haga dormir. Si duermo bien esta noche, seré un gran seguidor suyo».

—Déjeme adivinar —dije—. ¿Durmió usted bien esa noche?

—Sí. —El pastor Paul sonrió—. Para acortar esta larga historia, dormí bien esa noche. Al despertar, me sentí persona por primera vez. Ese día dejé de beber. Primero estuve terriblemente enfermo, casi me muero, pero el misionero y su mujer, que era médico, me cuidaron en su casa durante varios meses. Diecinueve pastores de países diferentes ayunaron y rezaron por mí durante cuarenta días, y poco a poco, tras cuatro meses y dieciséis días, volvía a ser yo mismo. A los cinco meses pude sentarme en la cama y beber agua. A los seis meses conseguí ponerme de pie y me hice bautizar en el

Ganges.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —le pregunté.

—Nirmal Kumar Dubey.

—Casta muy alta —interrumpió Amos—. ¡Muy alta!

—¿Cómo reaccionó su familia cuando le bautizaron? —quise saber.

—Se enfurecieron. —El pastor sonrió—. Mis hermanos y mi padre me pegaron hasta dejarme inconsciente, me fracturaron el cráneo y me abandonaron en un almacén para que muriera. También entonces me salvó el misionero, él y su mujer me cuidaron otra vez en su casa durante varias semanas. Tras pasar muchas pruebas me convertí en pastor. Llegué a Anini en 2003. Entonces no había cristianos aquí. Algunos me acogieron bien, otros fueron extremadamente descorteses. Algunos jóvenes me amenazaron con cuchillos y la iglesia que hice construir fue derribada. Al principio me costó, pero ahora he bautizado a casi cien personas.

—Mi propio hermano fue uno de los que participó en derribar la iglesia —contó Amos—. Poco después tuvo una leucemia grave. Ningún médico podía ayudarle y por eso intentó suicidarse y entró en coma. Cuando despertó, le dije que su última oportunidad era acudir a la iglesia. Se convirtió, le hicieron un trasplante de médula y se curó. Cuando él se puso bien, yo también me convertí. Antes solía fumar más de cien cigarrillos al día. Mi mujer insistía en que tenía que dejarlo, pero yo solía decirle que antes la dejaría a ella que a los cigarrillos. Al hacerme cristiano, dejé de fumar y de beber.

—Te has convertido en una persona respetable y de bien —aseguró el pastor Paul.

Una mujer de piel oscura con un bebé atado a la espalda nos sirvió arroz, curry y agua. El patio de la casa bullía de niños y adultos vestidos de andrajos, todos de piel mucho más oscura que los idu mishmi, la población originaria de Anini.

—Al principio no teníamos tantos criados —comentó Vadra—.

Pero uno de ellos trajo a casa una mujer, después tuvo mellizos y tuvimos que coger una criada más y de pronto resulta que ahora tenemos muchos.

—Debe de resultar muy caro —comenté.

—No les pagamos, pero les damos comida y alojamiento a cambio de que ayuden en la casa —explicó Vadra—. Si no hay mucho trabajo, pueden coger trabajos de día y ganar su propio sueldo. Antes era frecuente que la gente de estos lugares tuviera esclavos. Los esclavos eran de la etnia idu mishmi como nosotros, pero quizás huérfanos o muy pobres por otras razones. Sus hijos seguían siendo esclavos. Hemos abolido la esclavitud hace una o dos generaciones.

Una delgada adolescente recogió la mesa y se dispuso a fregar los platos. Después preparó mi habitación. Dormí a pierna suelta toda la noche, con o sin la intervención divina.

Sipa Melo era el chamán más poderoso del distrito, o *igu,* que era como los llamaban por esos lares. Ejercía en la aldea de Alinye, unos kilómetros más al norte de Anini, donde tenía un hotelito y un restaurante aún más pequeño. Su coche derrapó en la entrada de vehículos poco después de nuestra llegada, seguido de un psiquiatra y antropólogo social alemán.

—He visitado a Sipa con regularidad durante dieciséis años y todavía aprendo cosas cada vez que vengo —reveló el alemán—. Mi objetivo es documentar todos los rituales y canciones para que no se pierdan.

Años atrás había escrito una tesis antropológica sobre los chamanes de Nepal, pero en el pueblo en el que se basó entonces ya no quedaba ningún chamán. Todos se habían convertido al cristianismo.

—Ahora para encontrar auténticos chamanes hay que viajar a pueblos sin conexión por carretera —aseguró el alemán—. También Anini ha cambiado mucho después de la llegada de la carretera —añadió sombrío—. Los jóvenes ya no quieren vivir aquí.

El alemán se retiró a su habitación para descansar. Sipa nos invitó a Vadra, a Tasang y a mí a sentarnos en el salón de la televisión y nos ofreció té recién hecho. Tal como es tradicional entre los idu mishim, llevaba un flequillo recto y su largo pelo negro recogido en una cola. Tenía cincuenta y ocho años, era más bajo que yo y de naturaleza tan amable que parecía imposible que se enojara alguna vez.

—Él es el chamán más fuerte de estos lugares —declaró Vadra y tomó asiento en el extremo del sofá. Sipa hablaba bajo y sosegadamente, siempre con una sonrisa en los labios a pesar de que Vadra lo interrumpía todo el rato y terminaba sus frases.

—Yo no fui a la escuela, en su lugar pasaba mucho tiempo con los chamanes y escuchaba sus canciones —contó Sipa—. Empecé las enseñanzas de chamán cuando tenía unos doce años, me llevó diez años aprender todas las canciones y todo lo que debía saber acerca de los espíritus. Cuando canto, llevo ropa especial hecha de piel de oso, dientes de tigre y dientes de león. La ropa me hace más valiente. Muchos espíritus están enfadados con los chamanes porque somos los únicos que los podemos controlar. Los espíritus son a menudo temperamentales y a veces quieren pelea. Pero el alma del igu puede volar más alto que todos los espíritus y allí coge una fuerza especial. Cuando canto, mi cuerpo está aquí, pero mi alma está en las montañas, en las nubes, lejos, muy lejos...

Me alcanzó una ramita y me pidió que probara las hojas. Tenían un sabor agrio y amargo, con un punto anisado.

—Algunas enfermedades pueden ser tratadas con medicinas que se extraen de plantas salvajes —explicó—. Esta planta, por ejemplo, es buena para el dolor de estómago. Solo el chamán sabe dónde crece. Cuando alguien está enfermo, canto a todas las generaciones de antepasados, una tras otra, para averiguar si algún pariente del enfermo hizo algo que pudiera enojar a los espíritus. Entonces intercedo entre el espíritu y la persona: le digo al espíritu que esa

persona se reformará y le pido que salve al enfermo. Muchas veces, le succiono el dolor al paciente y lo escupo. En los casos complicados, mando a los pacientes al hospital o los visito allí. También asisto a las personas cuando se mueren. Puede suceder que el alma esté tan aferrada a la vida terrenal que no quiera abandonar la casa y entonces debo explicarle al muerto que tiene que seguir camino. El alma de las personas que perecen de muerte natural va a parar a Asuko, nuestro cielo. Creemos que nuestro viaje, el viaje de la vida, empieza con la salida del sol en el este y termina con la puesta de sol en el oeste. Asuko está allí, en el oeste.

—En el oeste, sí —confirmó Vadra—. Asuko está en el oeste, ¡eso es!

—Las personas que perecen de muerte accidental van a parar a Yomuko, nuestro infierno, pero no tienen que quedarse allí para siempre —continuó Sipa sin permitir que las interrupciones de Vadra le afectasen—. Por ejemplo, si una persona se ha colgado, tiene que investigar absolutamente todos los aspectos referentes a la cuerda una vez que ya ha muerto. ¿De dónde proviene? ¿Por qué fue a parar a sus manos? Alguien que se ha ahogado en un río, tiene que averiguarlo todo de ese río. ¿Cuántos peces nadan en él, dónde desemboca, dónde nace? Alguien que ha sido asesinado con una navaja, tiene que escalar todas las montañas más altas del mundo, porque las vertientes de una montaña son parecidas a las hojas de la navaja. Se tarda de dos a tres mil años. Cuando las averiguaciones han concluido, el alma viajará a Asuko por sí misma.

—Sí, viajará a Asuko por sí misma —repitió Vadra.

—El clima cambia en todo el mundo y especialmente en el Himalaya —dije—. Aquí en Anini el día a día ha variado mucho los últimos diez años y se está construyendo una nueva carretera. ¿Cómo reaccionan los espíritus a todos estos cambios?

—Los espíritus están enojados —respondió Sipa—. Quieren que les pidamos permiso, por ejemplo, para construir una casa o cortar

un árbol, que no les molestemos. Están indignados con la construcción de carreteras y presas, por eso hay tantos accidentes y desprendimientos de tierras ahora. Nosotros, las personas, deberíamos como mínimo demostrar que lamentamos todos esos cambios que infligimos a la naturaleza y pedir permiso antes de hacer las cosas.

Salimos al jardín y, al sol, bebimos té de menta recién hecho. Sipa miró a su alrededor y sonrió.

—¿No es bello todo esto? —dijo e hizo un ademán hacia las montañas que rodeaban su casa—. Me siento como si viviera en medio de una flor de loto.

De vuelta en Anini, recogimos la rueda pinchada que ya estaba reparada y buscamos un lugar para llenar el depósito de diésel. No había gasolinera en Anini, pero Vadra conocía a un tendero que también vendía combustible. El vendedor sacó un bidón de plástico del almacén y mandó a su delgada hija que vertiera el líquido en el depósito del coche.

En el exterior de la casa vecina de Vadra vimos un montón de zapatos. En el interior del mal iluminado y estrecho espacio habitable, había una docena de personas sentadas junto al hogar. Junto a la puerta, un hombre regordete cantaba con voz extrañamente conmovedora y andrógina. En el suelo, a la izquierda del chamán cantor, yacía un anciano delgado. Estaba envuelto en una manta gruesa y tenía aspecto de cansado y enfermo.

—A pesar de que haya hecho cosas malas, perdónale —cantaba el chamán—. Dale otra oportunidad, protégelo, permítele salir y ver el sol de nuevo.

Los allí reunidos eran todos parientes del anciano. Se respiraba un ambiente despreocupado, los asistentes hablaban entre ellos y se reían mientras el chamán cantaba y todos tomaban mucho té. En el rincón más cercano a la puerta, había un grupo de jóvenes un poco separados del resto, los chicos con exceso de gomina en el pelo y las

chicas con los labios pintados de color rosa y pantallas de móvil iluminadas que pulsaban compulsivamente.

En casa de Vadra, el pastor Paul y Amos estaban cenando cuando volvimos.

—¡Hoy ha sido un día fantástico! —El pastor esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Hemos bautizado a cuatro hermanas esta tarde. Eran adolescentes, pero estaban firmemente decididas a recibir el bautismo a pesar de que sus padres no son cristianos. ¡Ha sido un día realmente fantástico!

A la mañana siguiente, antes de poner rumbo al sur, hacia Roing, el pastor insistió en rezar por nosotros. Cerró los ojos y pidió fervorosamente que llegáramos seguros a nuestro destino y estuviéramos protegidos por el camino. Él iba a viajar en helicóptero.

Los rezos del pastor no fueron de mucha ayuda. El diésel que habíamos comprado en Anini resultó que estaba mezclado con agua y parafina, y a media mañana el motor empezó a fallar. Al final se paró del todo. Afortunadamente había mecánicos de coche por doquier y uno nos ayudó a vaciar de agua el filtro y pudo arrancar el motor. Cinco veces más y a intervalos cada vez más cortos, Danthi tuvo que salir del coche e inyectarle vida al motor antes de poder llegar a **Roing, 390 m s. n. m.**.

—He oído decir que se fuma mucho opio por aquí —le dije a Tasang a la mañana siguiente—. ¿Sería posible hablar con un fumador de opio?

—No hay problema —respondió—. Puedo llevarte a casa de un vecino mío. De todas maneras, nos viene de paso.

Danthi se había pasado toda la mañana en un taller y ahora el coche estaba arreglado con el depósito a rebosar de diésel sin adulterar. Las dos horas siguientes avanzamos a gran velocidad por asfalto uniforme y duro. Era como conducir sobre seda. Temprano por la tarde, llegamos a casa de Tasang, un tranquilo pueblo idu

mishmi situado en la llanura de Assam, a los pies del Himalaya.

Tasang le explicó nuestra labor y el vecino nos hizo pasar sonriendo a su tradicional casa de bambú y nos mostró su instrumental confiadamente. Nos sentamos a la lumbre, donde todo estaba en su sitio, desde la cuchara en la que calentaba el opio a la cachimba con la que lo fumaba.

—Fumo tres veces al día —dijo—. Si no fumo, mi cuerpo no funciona como es debido y me vuelvo muy perezoso. Pero cuando fumo, siento el cuerpo ligero y suave como el algodón. Es mejor que el vino. Cuando me emborracho, pierdo el control sobre mí. Cuando fumo opio, me vuelve muy amable. Controlo mucho.

—¿Cuánto tiempo llevas fumando? —le pregunté.

—Unos diez años. Al empezar era un pasatiempo. Mis amigos fumaban y me dejé convencer para probarlo.

Hablaba despacio y se reía mucho. Su voz tenía ese característico deje entrecortado que se les pone a los adictos empedernidos a las drogas.

—Me vuelvo muy activo cuando fumo —continuó—. Cultivo opio para mi consumo, porque es más barato que comprarlo, pero a veces cuando falta mucho para la cosecha, tengo que comprarlo. Fumo por un valor máximo de trescientas rupias al día, quinientas cuando el precio está más alto.

Originariamente el opio, el azote de Asia, provenía del pueblo mishmi al otro lado de la frontera con China.

—Hasta 1962 fue fácil cruzar la frontera, pero ahora está vigilada por el ejército —explicó—. Sin embargo, la gente la cruza a escondidas por la noche, porque todo el mundo sabe dónde están estacionados los soldados.

—¿Notas algún efecto secundario por fumar opio? —le pregunté.

—No, por eso no me motiva dejarlo. Pero tengo que fumar cada día, si no me da fiebre.

Su esposa, una mujer delgada con una larga falda enrollada y

labios rojo carmesí se acercó a nosotros y nos preguntó si nos apetecía tomar té.

—Odio que fume —comentó ella—. Le he pedido que lo deje muchas veces.

—Nadie más fuma opio en la familia —dijo él—. Todos los vicios son malos para el cuerpo y sé que pagaré un precio, por eso he intentado dejarlo muchas veces, pero mi cuerpo se rebela.

—¿Y no es un poco arriesgado? —le pregunté—. Tomar drogas está severamente castigado en la India.

—La policía pasa de vez en cuando y me confisca el opio, pero aquí es el consejo local el que decide qué está permitido y qué no, y no la ley india, además yo formo parte del consejo. —Se rio entre dientes—. Mayormente nos ocupamos de las problemáticas relativas a la propiedad de la tierra y al robo de esposas. Si el marido quiere recuperar a su mujer, el hombre que la ha robado tiene que pagar una multa. Si el marido no la quiere conservar, ella tiene que devolverle los gayales que él ha pagado para casarse con ella.

—¿Tienes trabajo? —le pregunté. Era horario de oficina y él estaba en casa matando el tiempo. Pero la familia no tenía aspecto de ser pobre, los tres hijos estudiaban en la universidad de la ciudad más cercana.

Se rio mucho antes de responder.

—¡Sí, claro que tengo un trabajo! En el Ministerio de Educación.

—¿Con qué frecuencia acudes al trabajo?

Se rio de nuevo y sus hombros se sacudieron.

—Antes tenía que ir a la oficina una vez al mes para cobrar, pero ahora me ingresan el dinero en la cuenta, así que me evito ir. Tengo que trabajar solo cuando hay elecciones o cuando me visita el jefe u otras personas importantes.

Cuando me disponía a irme, el vecino de Tasang tuvo visita de un camarada fumador de opio. Este encendió el fuego del hogar y rutinariamente se puso a secar tiras de hojas de plátano. Después

puso a hervir agua y colocó un pedazo seco de opio en la cuchara sopera que ya estaba preparada, vertió agua y dejó que la mezcla hirviera hasta que el opio se convirtió en una masa oscura y pegajosa. Luego vertió dicha masa en las tiras secas de hojas de plátano, mezcló bien y la repartió en dos porciones iguales.

—Algunos consiguen hacer esto en cinco minutos, pero yo no soy tan hábil —bromeó.

El camarada tomó asiento junto a la lumbre, los dos hombres vertieron agua en sus respectivas cachimbas de bambú, de estilo casero, e introdujeron en ellas la mezcla contenida en las hojas de plátano. Inhalaron profundamente y exhalaron un humo azulado y dulzón. A cada calada se enjuagaban la boca con té. Junto a la lumbre se creó una atmósfera más y más plácida. Después se hizo el silencio.

Por el mañana

El mundo está lleno de cementerios de guerra. En las afueras de **Digboi**, **165 m s. n. m.**, la capital petrolera de la India, hay doscientas lápidas dispuestas en hileras perfectas, esparcidas sobre un césped bien recortado. Cada tumba alberga una historia completa.

A Soldier of the Indian Army 1939-1945 is honoured here. En memoria de un soldado del ejército de la India 1939-1945. Esa tumba era una de las pocas que había sin nombre. ¿Ya nadie recordaba cómo se llamaba aquel soldado? ¿O acaso no había sido posible identificarlo? La muerte le sobrevino el 15 de noviembre de 1945, varios meses después de haber terminado la guerra. *Morto per la patria,* constaba en la tumba del sargento A. Respanti del *Esercito Italiano.* Respanti murió el 30 de julio de 1944, cuando hacía menos de un año que Italia luchaba en el bando de Japón y contra los aliados. ¿Cómo había ido a parar este soldado poco tiempo después al bando de los aliados, en la jungla de la India? *Treasured memories of a loved husband and daddy sadly missed by wife and baby* (Recuerdos muy queridos de un amado padre y esposo, añorado por su esposa y su bebé). G. Marks tenía treinta y un años. ¿Pudo enterarse antes de morir de que había sido padre? Las palabras *Patria memor,* «recuerda tu patria», estaban esculpidas en la tumba del soldado Bolongo, originario del Congo Belga. ¿Cómo demonios había Bolongo acabado aquí?

Cuando nos disponíamos a irnos, entraron en el cementerio dos jóvenes seguidos de una chica, los tres cargados con equipos

fotográficos. Supuse que iban a fotografiar las tumbas, quizás para un trabajo escolar, pero resultó que era la chica a quien iban a retratar, desde todos los ángulos posibles, con las tumbas de fondo.

¿Cuándo empieza y termina una guerra? En Europa estalló la Segunda Guerra Mundial el 1 de septiembre de 1939, con el ataque de Alemania a Polonia. Sin embargo, en Asia empezó mucho antes, el 7 de julio de 1937, cuando Japón atacó China. Quizás la guerra ya había empezado en 1931 con la invasión japonesa de Manchuria (norte de China) y los inhumanos sufrimientos que esta causó. El antecedente de la agresiva expansión japonesa todavía se remonta más lejos, a 1904, cuando Japón atacó sin previo aviso el puerto ruso de Port Arthur y, para sorpresa del zar Nicolás II, derrotó al Imperio ruso. Acababa de nacer un nuevo Japón seguro de sí mismo.

En 1940, Japón se unió a la alianza de Italia con Alemania y al compás de los estragos que Alemania causaba en Europa, el deseo de expansión de Japón creció. En septiembre, una vez que el gobierno de Vichy, amigo de los nazis, se hizo cargo de la administración de las colonias francesas, los soldados japoneses invadieron la Indochina francesa, el actual Vietnam, Laos y Camboya. Estados Unidos, que suministraba a Japón cerca del 90 por ciento del petróleo que importaba, respondió imponiéndole un embargo total del suministro. El 7 de diciembre de 1941, Japón atacó la flota de Estados Unidos en el Pacífico, en Pearl Harbor (Hawái) y en las Filipinas, las colonias británicas de Hong Kong, Malasia y Singapur, además del reino de Tailandia. Al igual que en 1904, esos ataques eran parte de una estrategia sorpresa para declararles la guerra cuando esta ya era un hecho consumado. Japón siguió sometiendo islas del Pacífico en un tiempo récord y, en enero de 1942, también invadió la colonia británica de Birmania. En poco tiempo, el océano Pacífico quedó convertido en un campo de batalla, con Japón haciendo la guerra en todos los frentes.

La campaña de Birmania fue la más larga que los británicos libraron durante la Segunda Guerra Mundial. Como suele ocurrir, los combates recayeron con más dureza sobre la población local, acorralada en un escenario de guerra entre Japón, por un lado, y Gran Bretaña, Estados Unidos y China, por el otro. Se ha estimado que cerca de un millón de birmanos murieron en combate o de hambre y enfermedades como consecuencia de la guerra. En Bengala, la India británica, justo al oeste de Birmania, murieron de hambre entre dos y tres millones de personas mientras los británicos se esforzaban en combatir a los japoneses para vencerlos.

En realidad, la guerra en Birmania giraba en torno a China. El principal propósito de los japoneses era interceptar la larga carretera de Birmania, de más de 1.000 kilómetros, que iba de Lashio en el norte del país a Kunming, en Yunnan, y que era la vía más importante de los aliados para abastecer a China. En 1942, los japoneses conquistaron Lashio y cortaron la línea de suministro. Los estadounidenses soñaban con que Chiang Kai-shek, líder del Kuomintang (el partido nacionalista chino), derrotaría a los japoneses y al Partido Comunista Chino a la vez para poder establecer ellos un acuerdo comercial con una China libre, expansionista y moderna. Por eso estaban completamente decididos a mantener abierta a cualquier precio la línea de suministro para el Kuomintang.

Se pagó un precio, tanto a nivel material como de vidas humanas. Una vez que la carretera de Birmania quedó cortada, los estadounidenses quisieron construir una nueva carretera desde Ledo, en el noreste de la India, cerca de la frontera con Birmania. El plan consistía en conectar esa carretera con la carretera original de Birmania en el norte del país y, desde allí, cruzar la frontera hasta Yunnan, en China. A los británicos no les entusiasmaba la idea de que los chinos quedaran conectados con la India, pero Washington impuso la propuesta y pagó la fiesta. Winston Churchill advirtió que

el proyecto era tan extenso y laborioso que, posiblemente, se abriría la carretera cuando esta ya no fuera necesaria y casi acertó: a pesar de que se movilizaron a quince mil soldados estadounidenses y treinta y cinco mil obreros, se tardó todo el año 1943 en construir el tramo de Ledo a Shingbwiyang (Birmania), una distancia de solo 167 kilómetros. La carretera atravesaba una jungla espesa y dado que no existían estudios previos, la mayoría de las veces los ingenieros tenían que adivinar cuáles serían las condiciones del terreno y confiar en que acertarían. El tiempo era caluroso y húmedo, y abundaban los bichos molestos, como los mosquitos transmisores de malaria, arañas, escorpiones, serpientes, y bestias más grandes, como tigres y leopardos. Aproximadamente la mitad de los soldados que murieron en la Campaña de Birmania no cayeron en los combates, sino que murieron a causa de enfermedades tropicales, hambre o atacados por animales salvajes.

Mientras se construía la carretera a un ritmo lento, metro a metro, la única posibilidad de proporcionar suministros a Chiang Kai-shek era volar sobre las montañas del Himalaya. La larga ruta de unos 1.000 kilómetros fue llamada The Hump (la Joroba), pero también le dieron nombres más expresivos como The Skyway to Hell, Operation Vomito y The Aluminium Trail (La ruta aérea al infierno, Operación Vómito y el Sendero de Aluminio). Este último nombre aludía a la cantidad de aviones caídos que todavía yacen sobre el terreno a lo largo de la ruta. Unos quinientos aviones se estrellaron o desaparecieron durante los tres años y medio de servicio diario y cerca de mil trescientos miembros de las diferentes tripulaciones perdieron la vida. Con frecuencia, los pilotos debían despegar con mal tiempo y aviones demasiado cargados, no había ni torre de control ni radares, la conexión por radio era mala y no contaban con ningún mapa fiable. A menudo, la visibilidad era nula y las colisiones en el aire eran frecuentes. Además estaban las altas montañas. En esa parte del Himalaya confluyen tres corrientes de

aire, lo que ocasiona fuertes turbulencias. La mayoría de los pilotos acababan de salir de la escuela de vuelo y tenían poca experiencia, muchos de ellos tuvieron que pilotar ida y vuelta tres veces al día durante largos periodos.

En enero de 1945 se abrió finalmente la carretera de Ledo. Al acabar la guerra fue bautizada como carretera Stilwell, en honor al notoriamente gruñón general Joseph Stilwell, el responsable de su construcción. Sin embargo, los pilotos aliados siguieron volando «sobre la Joroba» para suministrar material de guerra a Chiang Kai-shek hasta noviembre del mismo año.

Ann Poyser, nuestra anfitriona en ese rincón de la India, no se fiaba de que Tasang y Danthi consiguieran por sí solos encontrar los restos de la carretera de Ledo y se unió a nosotros como guía. Ann estaba cerca de los ochenta, tenía sobrepeso y andaba con dificultad, pero había desarrollado su propia técnica para llegar a todos los sitios. Su padre, Stuart Poyser, se había trasladado a Assam desde Inglaterra en la década de 1930 para ser el administrador de una de las muchas plantaciones de té de la región. La vida en la plantación era solitaria y no tardó mucho en enamorarse de Monglee, la sobrina de su criada. Monglee tenía solo catorce años cuando dio a luz a Mary, su primera hija. Ann llegó al mundo cinco años más tarde.

Stuart Poyser no quería, o no podía, reconocer a las niñas, y mucho menos contraer matrimonio con la madre al estilo británico oficial, pero se casó con Monglee en una tradicional ceremonia en el pueblo de ella y cuidó de su pequeña familia lo mejor que pudo. Cuando estalló la guerra tanto en su país, en Europa, como en las colonias vecinas, él se enroló en el ejército y lo destinaron a la Malasia británica. El 11 de febrero de 1942, cuatro días antes de que cayera Singapur, fue asesinado en combate. Había dejado a

Monglee un álbum y algunos documentos con informaciones sobre su familia de Gran Bretaña, pero, en primer lugar, ella no sabía leer y, en segundo lugar, los documentos fueron robados poco después. Ann creció sin ni siquiera saber cómo se llamaba su padre. Su madre creía que se llamaba Stephen.

Cuando Ann tenía cinco años y Mary, diez, la madre, con ayuda de un pastor católico, consiguió mandar a sus hijas a una escuela de monjas lejos, muy lejos, en Guwahati. Mary murió de disentería pocos meses después, pero Ann sobrevivió. Acabó sus estudios y obtuvo trabajo de secretaria en casa de una pareja inglesa. Unos años después se enamoró de un piloto, un sij, se prometió con él, se mudó a casa de su familia, que vivía en el oeste, se quedó embarazada y descubrió que su prometido todavía no se había separado de su anterior mujer. Furiosa, volvió a su pueblo de Assam y recuperó su trabajo de secretaria. No le fue fácil encontrar un arrendador que estuviera dispuesto a permitir que una madre soltera de origen mestizo alquilara una casa y no mejoraba las cosas que algunos hombres del lugar se presentaran en su casa por la noche sin haber sido invitados. Ann siempre tenía que cerrar la puerta con llave. Pero poco a poco, su hija creció, ella subió de escalafón y su economía mejoró.

De mayor, Ann había intentado varias veces averiguar más cosas sobre su padre y su paradero, pero sin éxito. En 1985, dio por casualidad con un artículo de *The Daily Telegraph* con ocasión de la conmemoración de la victoria sobre Japón. El autor del artículo había prestado servicios en Assam durante la guerra y era entonces mayor general. Ann le escribió y, para su sorpresa, le llegó una respuesta. El mayor general podía desvelarle donde estaba enterrado su padre y cuál era su nombre. Con el nombre completo, Ann consiguió rastrear la existencia de la hermana de su padre, que todavía vivía y no sabía nada de la familia india que su hermano mantuvo en secreto. Desde entonces, Ann ha visitado a la familia

inglesa de su padre una vez al año. Cuando Ann cumplió los cincuenta y su empleador se jubiló, compró una plantación de té con sus ahorros y, con el tiempo, pudo construir el hostal en el que yo me hospedaba.

La pista de aterrizaje estaba recubierta de malas hierbas. Había niñas adolescentes con uniformes verdes y blancos sentadas, inclinadas sobre sus teléfonos móviles y sus libros. Medio escondidos detrás de un árbol, un grupo de muchachos escolares espiaban lo que hacían las chicas. Ningún letrero ni cartel informativo daba cuenta de los miles de pilotos que, desde aquel lugar, durante los años de guerra, habían hecho el peligroso viaje sobrevolando el flanco oriental del Himalaya una y otra vez.

También el Club Ledo, donde el brillante conde Mountbatten de Birmania tuvo oficina una vez que fue nombrado por Churchill comandante en jefe de todas las fuerzas aliadas que luchaban en el sureste asiático en 1943, había visto mejores días. Habían convertido la pista de tenis en un aparcamiento y la mesa de billar estaba arrinconada en un almacén. Pero el bar seguía allí e incluso estaba abierto, y tres empleados nos mostraron sonriendo los polvorientos locales. La barra de bar, bañada en una chillona luz azul, estaba adornada con eternas plantas de plástico.

—Yo solía asistir al baile aquí los fines de semana —contó Ann mientras bajaba con dificultad las escaleras del destartalado local—. La cuota de socio costaba ocho rupias. No fue para nada sencillo ser mitad británica y mitad india aquí. Los blancos no querían aceptarme como uno de ellos, pero los indios tampoco.

Un par de kilómetros más lejos, encontramos el Punto Zero donde empezaba la carretera de Ledo. El lugar estaba marcado con placas conmemorativas y descoloridos carteles informativos.

—La carretera propiamente dicha hace tiempo que desapareció —dijo Ann—. Pero un poco más arriba se pueden ver los restos de un puente.

Solo quedaban los cimientos. Los campesinos del lugar habían desmontado el puente y se habían llevado las piedras una a una.

Ann se volvió hacia nosotros, triunfante, desde el asiento delantero:

—Vosotros no lo habríais encontrado sin mí, ¿verdad? —Sonrió, contenta—. Al pasar la siguiente curva encontraremos el mercado del pescado. Allí compraremos provisiones.

La visita terminó con un pícnic a orillas del Brahmaputra. Las criadas de Ann nos habían preparado unos sándwiches y otros alimentos para el almuerzo. Thasang y Danthi se pusieron manos a la obra y encendieron una hoguera y cocinaron arroz y verduras. Yo me senté a contemplar el quehacer de la gente a orillas del río. Siempre ocurría algo aunque no fuera nada del otro mundo. Hombres que llegaban paseando para bañarse, muchachas que venían de dos en dos a lavar la ropa, vacas que se bañaban en la orilla para apagar la sed, un tractor que cruzó la corriente y casi fue arrastrado en el intento, una ancha barcaza fluvial que apartaron de la orilla y se deslizó indolente río abajo. Desde la distancia, el Himalaya vigilaba nuestra existencia. De la hoguera emergían aromas cada vez más suculentos, y cuando la comida estuvo lista, enseguida fue servida en hojas de plátano. Ann comió con gran apetito, llena de un recién ganado respeto hacia Tasang:

—Quizás no seas demasiado bueno para encontrar un lugar, pero cocinar sí que sabes —le alabó. Tasang resplandeció y llenó con más comida la hoja de plátano.

Mientras recogíamos, la luz fue cambiando lentamente de azul blanquecino a violeta. La orilla del río quedó desierta.

—No era consciente de lo tarde que se ha hecho, ¡son casi las cinco! —exclamó Ann claramente estresada—. Tenemos que irnos de aquí antes de que oscurezca. De día, los rebeldes están en la jungla, pero cuando se hace de noche nadie está seguro.

El idilio se quebró de golpe. Hace más de treinta años que

diferentes grupos separatistas luchan por la independencia de Assam. El conflicto se ha cobrado la vida de más de treinta mil personas y, a otro nivel, a la población local, literalmente hablando, también le ha costado caro. Al igual que la mayoría de los propietarios de tierra del estado, Ann se veía obligada a pagar la cuota de protección.

—En general, pago unas cincuenta mil rupias cada vez —contó—. La alternativa es que te maten, no hay elección. Naturalmente se puede acudir a la policía, pero ellos te protegerán una semana o dos, después quedas a merced de la suerte otra vez. Todo el mundo acaba pagando.

Regresamos con el coche a casa de Ann dejando atrás patrullas de soldados, campamentos militares rodeados de cercas y letreros que advertían de la posible existencia de elefantes en la carretera. Durante la noche, me despertaron varias veces unos bramidos profundos y agudos como surgidos de trompetas que provenían de la jungla cercana.

Continuamos viaje hacia el sur, a lo largo de las montañas de Naga, que forman parte de la cordillera Purvanchal, que, a su vez, es una prolongación del Himalaya. Aquí y allí surgían grupos de casas de bambú en mitad del verde y levemente accidentado paisaje. En un momento dado, Danthi giró en dirección este, hacia Myanmar.

La frontera entre la India y Myanmar atraviesa **la casa real local**, **1.400 m s. n. m.**, de ladrillos y recubierta con un tejado moderno de hojalata, pero por lo demás tenía la misma forma que las alargadas casas tradicionales. En la entrada, a la izquierda, colgaba la bandera amarilla, verde y roja de Myanmar y, a la derecha, ondeaba la india. Desde el aparcamiento había vistas al puesto indio de vigilancia situado en la colina un poco más arriba y al paisaje sinuoso de Myanmar, idéntico al indio.

Nos informaron de que el rey no estaba en casa, sino en la iglesia. Bajamos paseando la empinada pendiente hasta la iglesia y, por los pelos, pudimos asistir a la última parte de la misa. La casa de Dios estaba abarrotada y todos habían acudido con sus mejores indumentarias: las mujeres con coloridas faldas cruzadas en la cintura o vestidos cortos, los hombres con camisa y traje. Desde el púlpito, el sacerdote se explayaba en su prédica. Lo único que entendí fue *Christmas,* además repitió la palabra muchas veces. En algún momento la congregación cantó «Joy to the World» con voces agudas y finas, después se siguió hablando de la inminente Navidad. Repentinamente un *crescendo* de voces se elevó hasta el techo de la iglesia. De forma tan abrupta como había empezado, se apagó y todos los presentes desfilaron hacia el exterior.

Volvimos a la casa real. El guía local, que también nos hacía de intérprete, me presentó a un hombre bajo y discreto. Llevaba zapatillas negras de deporte y una chaqueta marrón, tenía pómulos elevados, labios oscuros y ni una sola arruga en el rostro. Sus ojos eran grandes y serios.

—Es el rey —dijo el intérprete.

Lo único que desvelaba el rango del hombrecito era una discreta placa en la solapa de la chaqueta en la que ponía *Towei Phawang. Chief Angh.*

Tasang le entregó los regalos que traíamos: una bolsa de plástico con té, azúcar y galletas. El monarca los tomó grácilmente y nosotros nos acomodamos en unos taburetes junto a la lumbre, donde una mujer estaba atareada preparando el almuerzo.

—Tengo cuarenta y tres años y soy *angh* de treinta y ocho pueblos konyak de Myanmar y cuatro de la India, más de cien mil personas en total —dijo el rey con voz tenue.

Dado que la línea fronteriza atravesaba la casa, imaginé que el rey estaba sentado en Myanmar y yo, en la India.

—La frontera fue trazada por las autoridades indias en 1971,

cuando mi abuelo era *angh* —siguió contando, con la misma voz tenue—. Mi abuelo no tenía estudios y cuando él era joven, todavía no se conocía la religión cristiana. Con la llegada de la religión cristiana, dejaron de cortarse la cabeza unos a otros y la frontera entre Myanmar y la India quedó abolida. Mi abuelo decidió situar su casa entre los dos países y en lo alto de la colina para ser rey de las tierras de ambos y además tener vigilados a los enemigos. Antes de la llegada del cristianismo, no podíamos cruzar el pueblo de Tangyu con el que estábamos en guerra, pero ahora todos somos baptistas y formamos una gran familia. Cuando el abuelo era joven, éramos cazadores de cabezas y adorábamos las rocas, los árboles y el agua.

—Practicaban una forma de animismo —interrumpió otra guía. Su grupo, cuatro jubilados alemanes, se había unido a nosotros junto al hogar y todos escuchaban la conversación con interés. Un hombre con barba blanca, cámara cara y un gran moco verde que le colgaba de uno de los agujeros nasales estaba sentado tan cerca del rey que casi ocupaba su regazo. La casa real estaba abierta a todo el mundo, las puertas lo estaban de par en par, se podía pasear por su interior y fotografiarlo todo a placer.

—Soy el hijo mayor de la primera mujer de mi padre —continuó Towei sin dejarse perturbar por el público recién llegado. No paraban de oírse los clics procedentes de las cámaras de los turistas —. La primera mujer del rey se convierte en reina. No tiene que hacer nada. Yo tengo dos mujeres. La esposa número dos —dijo e hizo un gesto en dirección a la mujer arrodillada que cortaba verduras— es tratada como una criada, una trabajadora. El rey puede tomar cuantas mujeres desee. Mi abuelo tenía sesenta esposas, y mi padre, catorce.

—¿Tiene pensado tomar más esposas? —le pregunté.

—Es posible —me respondió y se permitió una ligera sonrisa—. De momento tengo nueve hijos, pero tengo tantos hermanos y

hermanas que he perdido la cuenta. Les deseo lo mejor y quiero que mis hijos vayan a la escuela. Yo no tengo estudios, porque esa era la costumbre antiguamente. El futuro rey no iba a la escuela.

El turista barbudo se arrodilló y disparó el objetivo tan cerca del rey que casi choca con su nariz.

—Soy el responsable de todos los poblados y todas las decisiones importantes las tomo yo —continuó el rey imperturbable—. Si alguien se pelea, tengo que mediar. A cambio, la gente de los poblados tiene que pagar impuestos. Cuando alguien mata un animal salvaje grande, deben darme la cabeza. Cuando se sacrifica un gayal, tienen que darme la pata derecha. Además la gente me da arroz, ñame y opio. En el lado de Myanmar se cultiva opio en grandes cantidades y se puede decir que todo el mundo lo fuma, pero yo lo dejé hace tres años. Cuando tienes opio todo va bien, pero cuando no, no eres capaz de hacer nada. A finales de cada mes me reúno con representantes del ejército de Myanmar y con los de la India. Tengo la doble nacionalidad y los dos países me reconocen como el rey de los konyak. Puedo moverme libremente por la frontera y puedo votar en los dos países.

—¿A quién va a votar usted en las próximas elecciones? —le pregunté.

—Al Frente Popular Naga.

—¿El movimiento por la independencia? —Alcé una ceja.

—Sí, me gustaría que Nagaland fuera independiente, pero la India no lo permitirá por nada del mundo —respondió el rey—. Y si no surge ningún problema especial en los poblados como ahora, llevo una vida del todo corriente. Trabajo en el campo y de vez en cuando me llevo a todo el pueblo a pescar.

Iba a preguntarle qué soñaba para su pueblo cuando una delegación de hombres serios entró al vestíbulo. El rey dio un salto y sin mediar palabra fue hacia ellos.

—El rey puede entrar y salir cuando quiera —aclaró el intérprete

—. Es el privilegio del rey.

Towei se sentó al final de la larga mesa en la que debía de ser la sala de reuniones. Nuestra audiencia había terminado. Salimos de la casa alargada y volvimos a estar en la India. En una de las habitaciones más pequeñas del lado de Myanmar, cuatro hombres fumaban opio. Media docena de turistas occidentales, entrados en años, documentaron a fondo lo sucedido.

Una guerra a menudo llega a su fin tras varias rondas, dilatadas y dolorosas. Por lo general, termina mucho antes de que se le ponga realmente punto final, porque muy pocos señores de la guerra dominan el arte de rendirse a tiempo. Renya Mutaguchi, el teniente general del ejército japonés que en la primavera de 1944 cruzó la frontera y entró en la India, definitivamente no estaba entre esos pocos.

El plan era osado ya de entrada y Mutaguchi había tenido una fuerte oposición a nivel interno. Con el ataque a los pueblos de Imphal y Kohima en el lado indio, pretendía cortar los suministros a China y, al mismo tiempo, impedir una contraofensiva de los británicos en Birmania. Si el plan tenía éxito, las llanuras indias caerían rendidas a sus pies.

Ese 8 de marzo de 1944, los primeros regimientos japoneses cruzaron la frontera india. La batalla de Imphal había empezado. Cuatro semanas después, los japoneses protagonizaron un ataque paralelo a Kohima, el pueblo situado a unos 100 kilómetros más al norte. Kohima se hallaba al final de un angosto puerto de montaña por el que se cruzaba hacia la India desde Birmania, y por eso era de gran valor estratégico.

La batalla de Kohima ha pasado a la historia como el Stalingrado del Este. Los combates más arduos se libraron cuerpo a cuerpo en la pista de tenis junto al bungalow del vicecomisario. Cadáveres

pudriéndose e infestados de moscas yacían por doquier, casi no había agua, las condiciones sanitarias eran horribles y se dejaba morir a los heridos.

En principio, los japoneses eran superiores en número, pero no recibían suministros y progresivamente se iban quedando sin alimentos ni municiones. De los sesenta y cinco mil soldados japoneses que fueron enviados a sufrir en Imphal y Kohima, murieron casi la mitad. Y más de veinte mil resultaron heridos, pero solo seiscientos fueron hechos prisioneros. Las enfermedades, el hambre, los suicidios, los insectos, las mordeduras de serpiente y la pura extenuación se cobraron tantas vidas como las balas, las bayonetas y las granadas de los británicos.

El 20 de abril, la situación era tan precaria que el teniente general Kōtoku Satō, que comandaba una de las divisiones de infantería implicadas, decidió retirar sus fuerzas de Kohima. Mutaguchi, el comandante de la ofensiva, detuvo dicha retirada y ordenó que se reemprendieran los combates. A finales de mayo, Satō informó de que los alimentos se habían agotado y las municiones escaseaban. Advirtió que iba a retirar los soldados de Kohima a menos que los suministros se materializaran de inmediato. Mutaguchi enfureció: «¿Cómo se atreve usted a utilizar las dificultades de suministro como pretexto para entregar Kohima?».[3]

Satō desafió la orden y retiró a los soldados de Kohima tal como había advertido con las siguientes palabras: «Nuestras espadas están rotas, nuestras flechas, desaparecidas. Con amargas lágrimas abandono Kohima».[4] El 22 de junio, los británicos recuperaron el control sobre Kohima y los soldados japoneses que quedaban dejaron de obedecer órdenes. Incluso Mutaguchi reconoció entonces que la batalla estaba perdida. El 3 de julio, los japoneses se retiraron de la India. Satō fue dado de baja del ejército pocos días después. Dedicó el resto de su vida a ayudar a los soldados que

habían sobrevivido y a las familias de los que murieron, firmemente decidido a visitar a todos y cada uno de ellos. Mutaguchi fue dado de baja del ejército antes de llegar a la edad de jubilarse. Después de la guerra, los estadounidenses lo llevaron ante un tribunal de guerra, fue juzgado y condenado a prisión por crímenes de guerra.

Las derrotas en Inphal y Kohima fueron el punto de inflexión y el inicio del fin de la expansión japonesa en Asia. Sin embargo, Japón continuó haciendo la guerra en China y en el océano Pacífico durante un año más, hasta la derrota final en agosto de 1945.

Lo único que queda después de la derrota japonesa es la casa en la que vivió el teniente general Satō durante la contienda. La casa está situada en el pueblecito de **Kigwema**, **1.585 m s. n. m.**, a unos 12 kilómetros del centro de Kohima.

A la entrada del pueblo, un letrero informa de que los japoneses entraron allí el 4 de abril de 1944 a las 15.00. Cuatro hombres, sentados en taburetes muy próximos, tallaban tazas de madera.

—La casa del general Satō está detrás de la casa grande —nos informó uno de ellos antes de poder presentarnos.

Tasang y yo seguimos esa vaga indicación, pero no conseguimos ni encontrar la casa grande ni la del general Satō. Tras deambular un rato, nos topamos con unos hombres de edad que bebían té y charlaban. El más mayor, un hombre canoso con pantalones de chándal estampados con los colores del arco iris, se levantó de un salto, se presentó en hindi como Siesa Yano y nos informó de que había nacido en 1926.

—¡Oh, entonces casi tiene usted cien años! —exclamé.

—Noventa y dos —me corrigió Siesa—. Venid, os voy a mostrar la casa del general Satō. Me imagino que a eso habéis venido. Por cierto, yo conocí muy bien al general.

Siesa subió ágilmente los empinados escalones de piedra que conducían a la casa del general Satō. Era más pequeña que las demás casas del pueblo, pero era evidente que la habían restaurado

y reestructurado una vez que el teniente general abandonó el continente. La entrada estaba adornada con parterres bien cuidados con flores. La puerta estaba abierta, pero no había nadie dentro. Había dos sacos transparentes llenos de latas de cervezas aplastadas apoyados en la pared, a pesar de que el alcohol está prohibido en todo el estado de Nagaland. Desde donde estábamos había unas formidables vistas al valle.

—El general Satō vivía en esta casa, pero los soldados vivían abajo en la jungla —dijo Siesa—. Los japoneses no tocaron nunca ni a uno solo de nosotros. Durante la guerra, los británicos bombardearon los campamentos japoneses y estos los campamentos británicos. Nos acostumbramos a los aviones bombarderos, pero teníamos miedo de las bombas. Cada vez que nos sobrevolaban, corríamos a escondernos. Nuestro pueblo vecino fue bombardeado por los británicos sin que sus habitantes fueran advertidos. Nueve personas murieron al instante, veinte resultaron heridas. Los supervivientes buscaron refugio aquí.

Un turista rubio y alto, con vestimenta caqui de pies a cabeza, se acercó a la casa y tomó una fotografía rápida. Después se marchó.

—La mayoría son así —suspiró Siesa—. Se limitan a tomar una fotografía de la casa y se marchan. Pero la casa no explica quién era el general Satō. Él era un buen hombre. Los japoneses se parecen un poco a nosotros, nunca tuvimos problemas con ellos. No comían mucha carne y les gustaban las verduras de nuestra jungla. Los soldados británicos no conocían esas verduras, pero los japoneses pagaban mucho dinero por ellas. Los británicos nos usaban a nosotros los nativos para los trabajos pesados, para llevarles cosas. Eso no lo hizo nunca el general Satō. Él era una buena persona. Cuando terminó la guerra, se marchó. Casi todos sus soldados habían sido asesinados y sus cuerpos yacían en la jungla. Poco después de acabada la guerra, los japoneses volvieron para enterrar a sus muertos. Solo quedaban los huesos.

Siesa nos acompañó hasta la salida del pueblo. En las escaleras de piedra encontramos a un joven que bajaba.

—¿Os ha enseñado la casa del general Satō? —nos preguntó el joven—. ¿Sabéis que él trabajó para Satō? ¡A él le gustan los japoneses!

Siesa simplemente sonrió.

— El general Satō era una buena persona —repitió.

Thinoselie Keyho, de ochenta y ocho años, llevaba un traje oscuro, chaleco de lana, camisa blanca, zapatos bien lustrados y una gorra de golf. Acusaba sordera, pero su hija, que tenía mi edad, estaba allí para ayudar. Yo tenía pensado hablar con él de la Segunda Guerra Mundial y de sus vivencias durante las dramáticas semanas en las que se libraron los combates en Kohima, pero él no tenía mucho que aportar acerca de la famosa batalla.

—Vi las llamas desde lejos —comentó escuetamente.

La guerra de la que él deseaba hablar era de fecha más reciente, en ella él mismo había participado empuñando un arma durante un total de veinte años:

—Nagaland se declaró independiente el 14 de agosto de 1947, un día antes que la India —contó el anciano despacio, pero en un inglés correcto—. El 16 de marzo de 1951 celebramos un referéndum y más del noventa y nueve por ciento de la población votó a favor de la independencia, pero los indios no quisieron concedérnosla. Soy el presidente del Consejo Nacional de Naga, el primer movimiento de liberación fundado en 1946.

Nagaland, un poco más pequeño que Kuwait en cuanto a superficie, es uno de los estados menores de la India, con unos dos millones de habitantes.

—Las diferentes tribus nagas guerrearon unas contra otras hasta la llegada de los misioneros americanos que trajeron el cristianismo

—continuó el anciano—. Los británicos sembraron la semilla política. Si el traspaso del poder se hubiera dado de forma pacífica, quizás habríamos obtenido la independencia, pero los británicos se retiraron a toda prisa y abandonaron Pakistán y la India a su suerte. Durante la Segunda Guerra Mundial, nosotros los nagas salvamos la India. Contuvimos a los japoneses. Y a pesar de ello, Nagaland fue anexionado y convertido en un estado de la India, a pesar de que nunca había tenido nada que ver con ese país. Los nagas no somos indios y nunca lo hemos sido.

Su hija nos sirvió té recién hecho y nos animó a beberlo antes de que se enfriara. El padre siguió hablando impertérrito:

—Durante veinte años he luchado contra la India. En cada combate hubo muchos heridos y muertos del lado indio y pocos o ninguno del nuestro. Dios está de nuestro lado, también tenemos otros benefactores. Tanto China como Pakistán apoyan nuestra lucha.

La lucha por la independencia tenía su precio: en 1971, Thinoselie fue arrestado en Blangadesh y entregado a la India.

—Me tuvieron en una celda abarrotada y fui torturado, pero superé todas las humillaciones. A los cinco años abandoné la cárcel y continué trabajando para unir Nagaland. La misión es difícil porque las autoridades indias juegan con nosotros, nos enfrentan unos contra otros. Ahora el movimiento por la independencia está escindido en nueve o diez fracciones, siete de ellas negocian y discuten con las autoridades indias.

—¿Ve usted alguna ventaja en formar parte de la India? —le pregunté.

—No —respondió rotundamente.

—¿Todavía alberga la esperanza de que Nagaland sea un día independiente?

—Sí. —La respuesta tampoco se hizo esperar—. Un superpoder invisible está de nuestra parte. Por eso hemos resistido tanto

tiempo, no solo físicamente sino también a nivel espiritual.

—Toda su vida ha luchado por la independencia, pero Nagaland sigue formando parte de la India —observé—. ¿Hay algo de lo que se arrepienta?

—No, no me arrepiento de nada —constató el anciano con firmeza—. No luchamos por la independencia, defendemos nuestra independencia. Puede ser que ahora estemos escindidos, pero de corazón estamos unidos.

—¿Ha votado usted alguna vez en las elecciones indias? —fue mi última pregunta.

—¡Nunca! Ni siquiera me he acercado a los locales de votación.

Agradecí el té y la charla y me levanté dispuesta a irme.

—¡Estás siendo huésped del estado indio marioneta de Nagaland! —gritó Thinoselie cuando ya me iba—. Vuelve cuando seamos libres.

—¿Apoyan los jóvenes de Nagaland el movimiento de independencia? —le pregunté a su hija.

—No, probablemente sean una minoría los jóvenes que lo apoyan —respondió—. La mayoría están demasiado conformes con su cómoda existencia.

—¿Y tú, apoyas la lucha de tu padre?

—Sí, por supuesto —respondió cumplidora.

El cementerio de guerra de **Kohima**, **1.444 m s. n. m.**, se construyó en la colina donde una vez estuvo emplazada la pista de tenis del vicecomisario. Las tumbas estaban distribuidas pulcramente en terrazas y adornadas con flores siguiendo el mismo meticuloso orden que las del cementerio a las afueras de Digboi. En la muerte no hay diferencias de trato. En la parte superior del memorial había una placa con el famoso epitafio atribuido a John Maxwell Edmonds: WHEN YOU GO HOME, TELL THEM OF US AND SAY / FOUR YOUR TOMORROW WE GAVE OUR TODAY (Cuando regreses a casa, háblales de nosotros y diles: por vuestro mañana dimos nuestro hoy).

Pequeños grupos de escolares y estudiantes paseaban entre las tumbas mientras cuchicheaban entre ellos. Manadas de turistas buscaban sin descanso los mejores lugares para hacerse una selfi. En un rincón a la sombra, dos trabajadores de la limpieza se tomaban un respiro en el fregado de las lápidas.

Más de diecisiete mil soldados de la Commonwealth británica fueron asesinados, desaparecieron o resultaron heridos de gravedad durante las batallas de Imphal y Kohima. Tres años más tarde, la India alcanzó la independencia y, un año después, le siguió Birmania. En 1949, el ejército comunista de Mao, ayudado por el sóviet, derrotó a las tropas de Chiang Kai-shek apoyadas por los estadounidenses y sus sueños sobre lucrativos acuerdos comerciales se hicieron añicos.

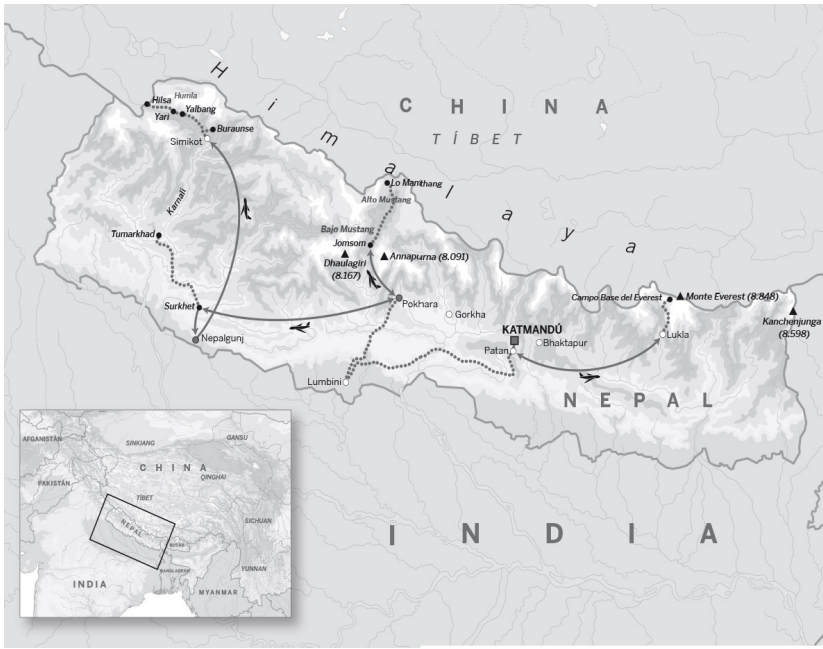
Mientras tanto, más de cincuenta mil personas han sacrificado la vida por el sueño de una Cachemira libre y más de treinta mil han sido asesinadas en la lucha por un Assam independiente. El movimiento por la independencia se ha cobrado en Nagaland la vida de tres mil personas como mínimo.

Los ríos que emanan del Himalaya fluyen rojos de sangre, pero tanto el agua como las montañas transitan imperturbables hacia el sur, camino del golfo de Bengala donde también se prolongan bajo la superficie del mar desplegando un amplio abanico submarino.

Segunda etapa
Abril-julio 2019

En contra del saber y la ciencia de los geólogos, burlándose de sus imanes, gráficos y mapas, el sueño en una fracción de segundo apila frente a nosotros montañas tan pétreas como las de la realidad.

«Sueños», WISŁAWA SZYMBORSKA[*]



Diosas niñas

¿Cuándo empieza o termina un viaje?

Hace dieciséis años de la última vez que estuve en **Katmandú**, **1.400 m s. n. m.**. Tenía dieciocho años y era mi primer viaje mochilero con un novio sueco que ahora pertenece a otra vida. Yo ya no era la misma persona, ni tampoco Katmandú. La ciudad era más fea de como la recordaba, más sucia, más destartalada y, sobre todo, más febril. El tráfico era infernal, coches que pitaban constantemente y motocicletas irascibles que serpenteaban por callejones estrechos. En la zona turística, las agencias de viaje, las tiendas de chales de Cachemira y las de deportes, abarrotadas de copias chinas baratas, competían con más dureza que antes para captar turistas. En un lugar muy visible de la recepción del hotel había una caja con mascarillas gratuitas contra la contaminación del aire.

Todavía aturdida por el largo vuelo, me encontré con mi intérprete, Savitri Rajali, una enérgica mujer de treinta y cuatro años con un corte de pelo a ras de oreja y una risa espontánea y contagiosa. No perdió tiempo en palabrería hueca, me mandó cubrirme la nariz y la boca y ocupar el asiento trasero de su motocicleta. Con impaciencia, se abrió paso sorteando turistas que deambulaban alrededor de pequeños templos torcidos y atravesó por un mercado de verduras y frutas, donde hombres y mujeres ofrecían zanahorias y chiles apilados en inseguros montículos, para salir a la calle principal donde los coches estaban totalmente atascados, pero nosotros no y, poco después, llegamos a uno de los

muchos corazones de Katmandú.

El templo Pashupatinath es el templo hindú más antiguo de la ciudad y uno de los más sagrados de toda Asia. El templo de quinientos años de antigüedad está construido alrededor de un antiquísimo lingam, una representación simbólica del dios Shiva. Peregrinos descalzos venidos de lejos y de cerca lo visitaban con ofrendas, frecuentemente de la variedad comestible para regocijo de la fauna local compuesta de monos, pájaros, perros, vacas y una rica variedad de ratas. Solo los hinduistas pueden entrar en lo más sagrado del templo, yo tuve que contentarme con admirar el lingam y el buey dorado en el que Shiva va montado desde la puerta abierta.

Más abajo del complejo del templo discurría un reguero marrón grisáceo de agua viscosa en mitad de lo que una vez fue un río ancho. En las manchas de hierba por donde había discurrido el río, pastaban vacas. Sacerdotes vestidos de blanco habían preparado piras funerarias en los márgenes del río. Los cadáveres, envueltos en telas blancas, fueron colocados en lo alto de una pirámide de recios leños dispuesta sobre un lecho de paja y flores. Los familiares miraban sentados cómo sus seres queridos ardían en llamas despacio hasta que no quedaban más que cenizas. El proceso podía durar horas. En la sucia agua, un hombre delgado empujó un sencillo ataúd frente a él y recogió leños medio carbonizados que flotaban para poder ser usados de nuevo. En la otra orilla había hombres con túnicas coloridas y el rostro cubierto de tizne y polvos rojos; uno de ellos llevaba un disfraz de leopardo. Los hombres nos llamaron, posarían contentos para ser fotografiados, nos dijeron, o ¿quizás deseaba yo que me echaran la suerte?

—Son timadores —me advirtió Savitri—. Solo pretenden sacar dinero a los turistas.

Más arriba, en la tranquila plaza delante de uno de los templos menos populares, encontramos un auténtico asceta, enjuto y

discreto, envuelto en harapos de color naranja pálido. Parecía tener unos cincuenta años y se llamaba Birhaspathi Nath Yoghi.

—¿Por qué decidió usted hacerse yogui? —le pregunté.

—¿Por qué decidiste tú nacer como mujer? —replicó—. En esta vida, cada uno toma sus propias decisiones. Algunos de mis primos son médicos. Yo soy yogui.

Birhaspathi vivía en un diminuto refugio sin paredes junto a uno de los templos. A su lado, dormía un colega medio desnudo que roncaba tranquilamente.

—Me hice yogui cuando tenía diecisiete años —contó Birhaspathi —. No hay paz en la tierra y el mundo se ha convertido en un lugar agresivo y hostil. La gente viene aquí, viene a mí, en busca de paz. Algunos se quedan, pero muy pocos aguantan demasiado tiempo. Nuestro programa diario es demasiado duro. Me levanto a las cuatro de la madrugada, tomo un baño y me lavo la cara. Después bebo té. Luego limpio la plaza del templo y cerca de las once, almuerzo. Descanso un poco como mi colega hace ahora. Él es de la India, por eso no es muy activo. A lo largo del día vienen muchas visitas y me piden consejos, como tú ahora. Por la noche, toco los tambores tradicionales junto al río y realizo *puja,* el rezo tradicional.

Un coronel le trajo un regalo en dinero que Birhaspathi recibió cortésmente. Cuando se despidió de él, volvió su atención hacia mí de nuevo:

—Dentro de la ciudad hay demasiado tráfico, demasiada contaminación —dijo—. Aquí hay paz. Yo estoy en paz con mi vida. He encontrado la paz.

—No entiendo del todo el hinduismo —admití—. Me confundo con tantos dioses y reencarnaciones. ¿Cómo se aclaran ustedes?

—¿Tú en qué crees? —contestó Birhaspathi toreando la pregunta.

—No tengo ninguna religión —respondí.

—¿Qué religión tienen tus padres y tus abuelos?

—Son cristianos. En todo caso alguno de ellos.

—Es decir que eres cristiana porque naciste en el seno de una familia cristiana —afirmó Birhaspathi—. Yo nací en el seno de una familia hindú, por eso soy hindú. ¡Vosotros los cristianos lo tenéis fácil! Solo tenéis que creer en un dios, Jesucristo. En el hinduismo tenemos treinta y tres dioses y es imposible recordarlos todos.

—¿Entonces cómo se aclaran ustedes con tantos? —volví a preguntarle.

—Al fin y al cabo, existe un solo Dios —respondió el yogui—. En nuestro fuero interno somos todos iguales y todos somos portadores de una fuerza invisible, Dios. Él nos ha hecho de carne y hueso. Dios es el mismo en todo el mundo, pero sus seguidores le han dado nombres diferentes. La religión es como los partidos políticos, todos tienen diferentes nombres. Un grupo es hinduista. Otro es cristiano. Un tercero es musulmán. De las tres religiones, el hinduismo es la más antigua, porque ha existido desde que las personas habitan la tierra.

Sonó una campanilla en algún lugar y a Birhaspathi le entró prisa de golpe. Era la hora de los rituales nocturnos. Abajo, en la orilla del río, había dos nuevos cadáveres envueltos en tela de algodón blanca, cada uno encima de sus respectivos montículos de sólidos leños. Los sacerdotes se dispusieron a prender fuego a las hogueras mientras los familiares lo contemplaban estoicamente.

En otro de los centros de Katmandú habita una diosa viviente. Yo la había entrevisto la última vez que estuve en la ciudad: rodeada de un mar de gente, una niña, vestida con un suntuoso vestido rojo y maquillaje rojo y negro en todo el rostro, paseaba en silla de manos. La niña miraba inexpresiva a la masa de gente que había ido a venerarla como si tal revuelo no la afectara en lo más mínimo. Más tarde supe que esa niña de la silla de manos era una *kumari devi,* una deidad viviente que solo abandonaba su casa trece veces al año, en eventos y festivales. Dado que no debía tocar el suelo, la

llevaban en silla de manos.

Desde la última vez, los templos de la antigua Katmandú habían sufrido un trato duro. El fuerte terremoto que sacudió Nepal en 2015 tuvo una magnitud de 7,8 en la escala de Richter. Causó la muerte de casi nueve mil personas, dejó a más de tres millones de personas sin hogar y causó destrozos en setecientos monumentos históricos. La mayoría de los templos en la ciudad vieja seguían cerrados a causa de los trabajos de restauración y por todas partes se martilleaba y serraba. Una parte de los antiguos edificios de ladrillo se habían derrumbado en su totalidad. Detrás de cercados y vallas había mujeres y hombres con mascarillas y guantes que lavaban, raspaban y clasificaban ladrillos. Los viejos templos eran reconstruidos piedra a piedra.

El viejo palacio inclinado de la Kumari sobrevivió al terremoto como por milagro sin sufrir una sola rozadura. Un portón abierto conducía a un patio cuadrado. En el centro, había una estupa budista de baja altura. Un arbusto verde le hacía sombra a modo de parasol. El edificio era de ladrillo rojo, con grandes ventanales de madera oscura labrada con intrincados dibujos. La kumari vivía en la tercera planta. Un letrerito informaba de que solo a los hinduistas se les permitía visitarla, a pesar de que ella provenía de una familia budista.

La tradición de las diosas vivientes ha sido practicada por el pueblo newari, los aborígenes del valle de Katmandú, desde hace cientos de años. Los newari —que actualmente representan aproximadamente el 5 por ciento del total de la población nepalí, pero casi la mitad de los habitantes del área metropolitana de Katmandú— originariamente eran comerciantes y artesanos budistas y habitaban estratégicamente el fértil valle entre la India y el Tíbet, justo al sur de las montañas del Himalaya. El valle de Katmandú estaba aislado y, a la vez, era un punto importante para el comercio: por el norte lo protegían las cimas más altas del

mundo, por el sur había las calurosas y húmedas planicies de Terai infestadas de malaria, que eran intransitables durante la mitad del año en verano. El idioma de los newari pertenece a la familia de lenguas tibetano-birmanas, pero el nepalí, la lengua oficial de Nepal, proviene del sánscrito y consecuentemente es una lengua indoeuropea. Su papel como comerciantes llevó a los newari a tener contacto con el resto de los grupos étnicos de la región y naturalmente se vieron influenciados por estos. En la actualidad, aproximadamente la mitad de los Newari se consideran hinduistas y las familias newari budistas también han adoptado parte de las costumbres hinduistas, entre ellas el sistema de castas.

En el siglo XIV, la dinastía hinduista Malla tomó el poder en el valle de Katmandú. Aproximadamente cien años más tarde, a finales del siglo XV, el reino fue dividido en tres, repartido entre Katmandú, Bhaktapur y Patan, las tres ciudades más importantes del valle. Casi al mismo tiempo, los tres reyes adoptaron a Taleju como diosa del lugar (Taleju es una encarnación de Durga, una de las diosas guerreras más poderosas del hinduismo) y establecieron la tradición de las kumaris reales. La diosa toma el cuerpo de una niña, la kumari, y protege al rey a través de ella. Una vez al año, al acabar los largos ocho días que dura el festival Indra Jatra, la kumari bendice al rey y le otorga un *tilaka,* una señal roja en la frente.

En 1769, tras una campaña militar de un cuarto de siglo, Prithvi Narayan Shah, el rey de Gorkha, consiguió introducirse en Katmandú secretamente durante los festejos del Indra Jatra mientras gran parte de la población iba muy borracha. A la kumari la llevaban en silla de manos por la procesión callejera seguida de Jaya Prakash Malla, el último rey Malla. Durante la misma, Malla fue obligado a huir con los soldados de Shah y lo alejaron de la kumari. En lugar del rey legítimo, fue Shah quien siguió a la diosa viviente de vuelta al palacio, donde se arrodilló a sus pies y fue bendecido con una señal roja en la frente. La lucha de toda una vida

de Shah para someter al poderoso valle de Katmandú fue coronada con un punto rojo de una niña. El Nepal moderno había nacido.

Grupos de extranjeros entraban despacio en el patio seguidos de guías, se paraban y miraban con curiosidad el balcón del tercer piso, donde la kumari de vez en cuando se mostraba a los turistas por la mañana. Un tipo sudado en pantalón corto, camiseta amarillo chillón, gorra y una radio colgando del bolsillo del pantalón llegó haciendo footing y se puso a practicar estiramientos delante de la estupa. De la radio de bolsillo emanaban las noticias matutinas en nepalí.

—Cada mañana después de mi paseo paso por aquí para hacer estiramientos —explicó entre ejercicio y ejercicio—. Es tan tranquilo esto.

Un corto segmento de la sintonía anunciaba la predicción del tiempo; se esperaba sol y buen tiempo en toda Katmandú. Cuando se estaba emitiendo una pausa publicitaria, apareció el sacerdote real. Me esperaba ver a un lama rapado y envuelto en ropaje holgado color burdeos, pero él llevaba zapatillas de deporte, pantalones de traje, una camiseta tipo polo y un chaleco plumífero, además de gafas de sol y un reloj inteligente. El pelo, unos centímetros de largo, peinado con gomina.

Con ecuanimidad burocrática, el budista sacerdote newari inició el ritual matutino. Primero abrió la puerta del templo, barrió el suelo y sacó el polvo a las cinco estatuas budistas del interior, después sacó pétalos de flores, incienso y polvos de colores y los esparció encima de las figuras mientras rezaba. Para finalizar hizo sonar una campanilla decorada con grandes plumas blancas. Antes de desaparecer para ir a venerar a la kumari, colocó flores, incienso y agua sagrada en la estupa que ocupaba el centro del patio.

—Hay luna llena, así que tengo más obligaciones que otros días —explicó cuando volvió—. *Purnima,* luna llena, es un día especial para nosotros. Por lo general, vengo directamente aquí, pero

cuando hay luna llena, antes tengo que visitar un par de templos más.

El sacerdote real se llamaba Manju Shri Bajracharya y tenía cincuenta seis años. Nos quedamos hablando en la sombra, un poco apartados de los turistas que esperaban bajo el balcón que apareciera la kumari.

—Katmandú tiene dieciocho monasterios que pertenecen a la clerecía de los newari —siguió contando y dibujó un mapa organizativo que mostraba en cuál de los cuatro centros administrativos estaba ubicado cada monasterio. Él pertenecía a un monasterio con setecientos miembros hombres, pero él solo vivía como monje cuatro días al año:

—Durante esos cuatro días no se nos permite dormir en camas confortables, ni cantar, bailar o llevar joyas. El resto del año tenemos que seguir cinco reglas: no matar, no mentir, no robar, no ser infiel y no fumar ni beber alcohol. Por lo demás vivimos una vida del todo corriente. Yo estoy casado, tengo dos hijos y soy electricista de profesión. Los miembros de mi familia han sido sacerdotes reales y se han ocupado de los rituales vinculados a la kumari real desde que se estableció la tradición hace más de trescientos años. Mi padre también fue sacerdote real y cuando él murió hace doce años, lo sustituí yo. Cuando hay que realizar rituales importantes a nivel nacional, yo soy el único apto para ello. Seguí con mi trabajo de siempre hasta que me jubilé, ahora hace cuatro años, porque como sacerdote real casi no gano nada. Las autoridades me pagan tres rupias por cada ritual que realizo a diario aquí en el palacio de la kumari. No es nada. Lo hago por un sentido del deber, porque quiero conservar nuestra cultura.

Un suspiro de admiración se extendió entre el grupo de turistas. Miré hacia arriba y pude atisbar a una niña muy maquillada con un vestido rojo en el balcón. Los extranjeros movían torpemente sus cámaras y teléfonos móviles, y, antes de conseguir presionar el

botón de disparo, la diosa viviente ya había vuelto a entrar en el edificio.

—Los hinduistas creen que la kumari es una reencarnación de la diosa hinduista Taleju, pero nosotros los budistas creemos que es una reencarnación de Bajra Devi, una diosa budista tántrica —explicó el sacerdote—. La gente tiene creencias diferentes, pero no nos discutimos por ello. La kumari la escoge siempre la casta shakya, que es budista. Cuando necesitamos una nueva kumari, les pedimos a las familias shakya que tienen hijas en la edad adecuada que nos las traigan al comité de elección. Somos cinco miembros: yo, el sacerdote real hindú, el cuidador, un astrólogo y un representante de las autoridades. Encontrar a la niña adecuada es un proceso largo, debe cumplir varios criterios: no puede tener ninguna herida ni ninguna imperfección, no puede haber cambiado los dientes aún y debe tener un rostro redondeado y bello, pelo largo y ojos sanos. Es natural que sea difícil para las niñas los primeros días, pero se adaptan enseguida a la familia cuidadora. Con tiempo y antes de que tenga la primera menstruación, buscamos otra kumari.

—¿Por qué es tan importante hallar una nueva kumari antes de que la niña empiece a menstruar? —pregunté.

—Cuando la niña tiene la menstruación, cambia y atrae al sexo contrario —respondió el sacerdote—. También cambia su forma de pensar. Siendo niña es inocente.

Rápidamente eché la cuenta atrás en el tiempo. El padre de Manju murió en 2007, hacía doce años. Cuando ocurrió la tragedia, su padre era todavía sacerdote real, pero Manju había trabajado codo a codo con él y también debió de afectarle.

—¿Cómo reaccionó usted cuando supo que habían asesinado a la familia real? —le pregunté.

—Tardé una hora en digerir la noticia, pero algo similar también había ocurrido antes —respondió Manju ecuánime—. Varios de

nuestros reyes han sido asesinados en palacio. Por supuesto me entristeció, porque nosotros los humanos no debemos asesinar a nuestra propia familia. Por supuesto, no hay que matar a nadie. De todos modos, sucede por implicaciones políticas.

El 1 de junio de 2001, la familia real se había reunido para celebrar su cena mensual en un anexo detrás del palacio principal, en el centro de Katmandú. Se hallaban en la sala de billar cuando a Dipendra, el príncipe heredero de veintinueve años, le llevaron a la cama a las ocho y media. Estaba tan borracho que casi no se tenía en pie, cosa que no era del todo inusual, la familia no quería tener un enfrentamiento con el rey Birendra, que iba de camino hacia allí. Media hora después de haberle mandado a la cama, Dipendra apareció de nuevo en la sala de billar, entonces vestido de camuflaje y armado hasta los dientes, apuntó al rey, que estaba hablando junto a la mesa de billar, le disparó y abandonó la sala. Al rato, volvió y disparó a su padre otra vez. Después apuntó el arma contra los demás miembros de la familia presentes en la sala, disparó y mató a su hermana pequeña, a dos tíos, a dos tías y a la prima de su padre. La reina y el príncipe Nijaran, el hermano pequeño, huyeron al jardín. Dipendra los siguió. Poco después, hallaron a Nijaran herido de gravedad cerca del jardín. Fue declarado muerto al llegar al hospital. A la reina la encontraron en las escaleras que conducían a la habitación de Dipendra, con la cabeza llena de balazos. Al mismo Dipendra lo encontraron inconsciente junto a un estanque pequeño del jardín. Se había disparado en la cabeza y fue trasladado al hospital a toda prisa. El 4 de junio fue declarado muerto, tras haber sido rey tres días. Gyanendra, el hermano mayor del rey Birendra y número tres en la lista de herederos, no había estado presente durante la catastrófica reunión familiar y fue coronado rey.

Muchos nepalíes se negaron a creer que Dipendra, el príncipe heredero, fuera el culpable de la masacre. No mejoró las cosas que

la investigación durara solo una semana, que se incineraran los cadáveres a toda prisa y se derribara una parte del lugar de los hechos. El motivo de la masacre sigue sin conocerse. Hay quienes piensan que los asesinatos fueron una venganza porque Dipendra no pudo casarse con la mujer que amaba, Devyani Rana, por problemas relacionados con el sistema de castas y de las alianzas políticas. Otros creen que en realidad el responsable fue el tío, Gyanendra. Los días sucesivos a su coronación, las calles de Katmandú se llenaron de manifestaciones y disturbios.

Gyanendra fue un rey inusualmente impopular. En 1990, su hermano había cedido a la presión popular y había autorizado los partidos políticos y las elecciones libres. Gyanendra apoyó volver a introducir la censura y el estado de excepción y llevó al país de nuevo a una monarquía autoritaria. La sublevación maoísta había devastado el país desde mediados de la década de 1990, pero bajo el gobierno de Gyanendra, se empleó el ejército contra los sublevados y las muertes aumentaron en ambos bandos. En 2005, Gyanendra destituyó al primer ministro y, en realidad, perpetró un golpe de Estado. Sin embargo, su poder absoluto duró poco. Fuertes presiones de dentro del país y del extranjero le obligaron a reabrir el Parlamento ya un año después. A la vez que el gobierno firmaba un acuerdo de paz con los maoístas, se despojó al rey de todo su poder político. Dos años después, en 2008, la monarquía fue abolida oficialmente en Nepal.

—¿Crees que volverá la monarquía? —pregunté al sacerdote real. Al igual que la kumari en Katmandú, él había conservado el rango profesional, como un expolio lingüístico, aunque Nepal ya no alimente a reyes.

—No —respondió con rapidez—. La monarquía ya no tiene el apoyo del pueblo. El último rey fue egoísta, pensaba solo en sí mismo y no en su pueblo como debería hacer un rey. Los reyes que le precedieron también fueron egoístas y pensaron solo en sí

mismos. El pueblo fue desatendido y todavía lo estamos.

El murmullo de voces en el patio se apagó de golpe. La kumari había salido al balcón de nuevo y me miraba fijamente. Sus ojos maquillados de negro me sostuvieron la mirada durante diez segundos. Tenía la misma expresión triunfadora y altiva que la niña de la silla de manos que había visto dieciséis años atrás. Su rostro de niña de cuatro años era inexpresivo, sin atisbo de emoción. Después dio media vuelta y desapareció de nuevo. Voces emocionadas se elevaron por todo el patio.

Al lado del palacio de la kumari se encuentra el antiguo palacio donde habían vivido los reyes de la dinastía Malla. El bello edificio blanco, coronado por una torre con tejado circular que se alzaba al cielo, había sufrido fuertes desperfectos durante el terremoto y estaba cerrado al público en ese momento. Grandes letreros informaban de que la reconstrucción estaba financiada por las autoridades chinas. Había andamios por todas partes. De todas maneras, la dinastía Shah ya hacía tiempo que había abandonado esa residencia en la ciudad vieja y se había instalado en un edificio más moderno en una zona más en boga.

La versión modernizada del nuevo palacio real se terminó en 1969 y, en la actualidad, se ha convertido en un museo. Los propios exteriores tenían un aspecto de pagoda de los años sesenta con su correspondiente chimenea crematoria. Las salas eran impersonales, como suelen ser a menudo las salas de los palacios, pero a diferencia de los palacios de siglos atrás, ese tenía techos sorprendentemente bajos. Tanto los muebles como la decoración eran sencillos si se obviaban los muchos animales salvajes disecados, con bastante polvo acumulado en ese momento, que asomaban por encima de cada rellano de escalera. Pasear por las salas reales era como visitar un museo congelado en el tiempo con interiores propios de las décadas de 1970 y 1980, desde la televisión japonesa del rey, que debió de ser el último grito en

1985, hasta la sala del trono decorada con cuatro tubos blancos como de órgano que zigzagueaban firmes hasta el techo. Los tubos constituían la base de la alta torre que parecía la chimenea de un crematorio.

A la entrada, un letrero rojo indicaba el camino a la ROYAL MASSACRE. Un mapa indicaba dónde habían sido asesinados los diferentes miembros de la familia real. Un texto escueto informaba, con neutralidad gramatical, en qué lugares de la propiedad habían sido ejecutados. Al autor de los crímenes no se le mencionaba.

La sala de billar estaba cerrada, pero se podía ver su interior a través de cristales. Las alfombras estaban enrolladas, pero la mesa de billar y el sofá donde se habían refugiado varios miembros de la familia seguían allí. Un letrero indicaba el lugar del jardín donde la reina Aishwarya había sido hallada muerta, junto a un edificio del que solo quedaban las ruinas. Un último letrero atraía macabramente con las palabras BULLET HOLES (agujeros de bala). En la pared del palacio, al lado del lugar donde el príncipe Nijaran había sido hallado herido, eran bastante visibles los agujeros de bala.

Ningún letrero indicaba el camino hacia el estanque donde habían encontrado inconsciente a Dipendra, el príncipe heredero.
Gautam Ratna Shakya, de cincuenta y un años, se había criado en el palacio Kumari. Para hablar conmigo me había exigido 100 dólares, cantidad equivalente a un mes de sueldo para muchos nepalíes, pero Savitri había regateado y conseguido rebajar el precio hasta 30.

—Mi familia, una familia de una casta alta, ha sido cuidadora de la kumari real de Katmandú desde que se inició la tradición hace más de trescientos años —contó Gautam—. Somos doce personas las que vivimos en el palacio Kumari. Mi madre, de setenta y seis años, es la cuidadora principal, pero velar por la kumari es un trabajo a jornada completa para todos nosotros. Ninguno tiene otro

trabajo. Vivimos de las donaciones que recibimos de los devotos de la kumari.

Siendo extranjera no podía entrar en el palacio Kumari, por eso nos reunimos en un tradicional restaurante newari de las cercanías. La camarera trajo a la mesa grandes platos de cobre llenos de arroz hervido, huevos duros fritos, ensalada picante de patatas, judías y *chatamari,* una especie de empanada rellena de verduras y huevo, preparada en una sartén con tapa.

—La kumari se levanta a las siete o a las ocho —siguió contando Gautam—. Mi madre la viste y la maquilla y a las nueve se le sirve el desayuno. Luego viene el sacerdote y entre las nueve y las once acude la gente a venerarla. A las once se le sirve el almuerzo y, por la tarde, recibe clases. Cuando termina la escuela, descansa quince o veinte minutos, para de nuevo recibir a los devotos entre las cuatro y las seis. Después tiene tiempo libre y puede jugar, hacer los deberes, ver la televisión o jugar con el móvil. Sobre las ocho se le sirve la cena. La jornada del sábado es más corta, pero ni ella ni nuestra familia tenemos vacaciones.

—¿Con cuántas kumaris ha trabajado usted? —le pregunté.

—La actual es la séptima. A las kumaris se las reemplaza cuando tienen once o doce años, antes de que les venga la menstruación. El mismo día llega una niña nueva. Las familiarizamos con las costumbres diarias y al cabo de unos días ya se han habituado. El palacio Kumari nunca está vacío.

—¿En qué se han diferenciado las kumaris unas de otras? —continué preguntando.

Gautam me miró atónito.

—Todos los niños son diferentes, las seis kumaris que ha conocido usted, ¿debieron de ser diferentes unas de otras, con distinta personalidad? —profundicé.

—No, todas son iguales —aseguró Gautam—. No hay diferencia entre ellas. No consideramos a las kumaris niñas corrientes, sino

diosas e intentamos satisfacer sus deseos lo mejor que podemos. La kumari posee poderes cósmicos. Cuando llevo una kumari, noto que pesa más que otros niños. Por supuesto podría deberse a las pesadas joyas que lleva —añadió pensativo.

—¿Qué ocurre si la kumari enferma? —quise saber.

—¿Que qué ocurre si la kumari enferma? —repitió Gautam, confundido.

—Sí. ¿Llaman a un médico, por ejemplo, o al sacerdote real, o quizás a los dos?

—No, las kumaris nunca enferman —respondió Gautam—. No ha ocurrido nunca. Pueden coger un poco de fiebre, pero nunca algo tan grave como para tener que llamar a un médico.

La última kumari de Katmandú, Matina Shakya, hacía dos años que había vuelto a casa de sus padres y había reanudado una vida normal, tras haber sido kumari prácticamente toda su vida, desde los tres años hasta que cumplió los doce. Ella y su familia vivían en un apartamento de dos plantas en la ciudad vieja, con vistas a una plaza y no muy lejos del palacio Kumari. Su padre, Pratap Man Shakya, nos recibió efusivamente a Savitri y a mí. Matina estaba en el salón, echada en una cama grande, con la mirada en un televisor colocado al otro lado de la habitación. Su rostro era fino y tenía forma de corazón, encuadrado por dos largas trenzas. La exdiosa tenía una piel clara y translúcida, labios inusualmente carnosos y ojos grandes y melancólicos. Llevaba unas mallas negras y una blusa blanca y negra. Nos miró, pero no nos saludó. En la mano sostenía un iPhone y su mirada iba de la pantalla del móvil a la del televisor. En la pared colgaban grandes fotografías enmarcadas de ella cuando era kumari, ataviada con vestidos rojos de seda y con los ojos muy maquillados.

—Acabamos de llegar de Moscú —contó el padre entusiasmado —. Matina es la primera kumari de la historia de Nepal que ha viajado al extranjero en visita oficial.

Pratap, orgulloso, nos contó todo lo que habían vivido y acerca de las personas que habían conocido mostrándonos fotografías en su teléfono móvil. Hablaba un poco de inglés, pero cambiaba a nepalí cuando la conversación se complicaba o cuando se entusiasmaba mucho.

—¿Te gustó Moscú, Matina? —le pregunté.

—Sí —susurró sin apartar la vista de la pantalla del televisor.

—¿Qué es lo que más te gustó?

No respondió y se limitó a desviar la mirada hacia la pantalla del móvil.

—Todos nos recibieron muy bien, incluso pudimos visitar el centro de formación de astronautas —explicó el padre entusiasmado —. En general no es accesible para visitantes, pero para nosotros sí, íbamos en visita oficial. ¡A Matina la invitaron a estudiar en la Universidad Agropecuaria de allí!

—¿Cómo vivió usted ser padre de una kumari? —pregunté a Pratap. Comprendí que a la exdiosa apenas conseguiría sacarle monosílabos susurrados.

—Me considero muy afortunado —respondió y esbozó una ancha sonrisa—. No pensé que Matina pudiera llegar a ser kumari porque su madre no es shakya como yo. En general, los dos padres deben pertenecer a la casta shakya. Que Matina fuera escogida kumari fue un gran honor para mí. Me hace feliz haber podido contribuir a transmitir nuestra tradición.

—¿Cómo era Matina de niña?

Matina alzó los ojos de la pantalla y miró al padre, pero siguió callada.

—Cuando era pequeña, era muy inocente —dijo el padre—. Era tranquila y le encantaba aprender cosas nuevas. En muchos sentidos era más inocente que otras kumaris. Sus ojos eran muy grandes, solo hay que verlos en estas fotografías colgadas en la pared. Tiene unos ojos muy expresivos y una mirada que transmite fuerza. La

echaba de menos en casa, claro, pero la tradición kumari es parte de nuestra cultura y debemos conservarla. Además podía visitarla todas las veces que quisiera. En general, la iba a ver en días alternos. Seguía de cerca todo que lo que le ocurría y también a las autoridades. Gracias a mis esfuerzos, se han introducido una serie de mejoras en el sistema kumari.

Matina se convirtió en kumari en 2008, el mismo año en que se abolió la monarquía y Nepal pasó a ser una república federal. Las autoridades decidieron que la tradición de la kumari real siguiera igual que antes, pero en lugar del rey, ahora es el presidente quien recibe la bendición de la kumari durante el festival Indra Jatra.

—Surgieron una serie de problemas prácticos cuando el país pasó a ser una república —dijo Pratap—. Yo he conseguido cambiar el sistema de manera que a la kumari real se la inscribe en la escuela local como una alumna más. Antes solo recibía clases de un profesor particular, pero ahora los maestros de la escuela le dan clases particulares, van a su residencia al terminar el horario escolar. También he conseguido que la nación las apoye económicamente. Mientras las niñas son kumaris reciben un sueldo y cuando dejan de serlo, reciben una pensión. Matina recibe quince mil quinientas rupias al mes, unos ciento cincuenta dólares.

El padre miró amorosamente a su hija, que chateaba con amigas desde su móvil.

—Estamos muy felices de tener a Matina de nuevo en casa. El día que volvió a casa y dejó el palacio Kumari, todo el vecindario acudió a recibirla y la acompañaron a casa en una gran procesión. Su incorporación a la escuela no fue demasiado difícil porque habíamos procurado que sus compañeros y compañeras de clase se reunieran con ella mientras vivía en el palacio Kumari.

—Yo la he visto en la escuela —irrumpió Savitri—. Allí se comporta de forma muy diferente, es activa y habladora. Parece que se siente a gusto. Creo que ahora está cansada.

—En la escuela es más activa y, en nuestras celebraciones religiosas, también es muy activa —aseguró el padre—. Cuando dejó de ser kumari, empezó a tocar la flauta.

—¿Cómo viviste ser kumari, Matina? —le pregunté.

Tardó un buen rato en responder.

—Bien —dijo al final en un susurro.

—¿Hay algo especial que recuerdes? —fue la siguiente pregunta.

—No... —lo dijo en voz tan baja que casi no la oí.

—¿Hubo algo que te gustara en especial, o quizás algo que no te gustó en absoluto?

Se quedó callada un buen rato, después sacudió la cabeza despacio.

—¿Y cómo te sentiste al volver a casa de nuevo?

También tardó mucho en responder.

—Bien —le salió al final.

—¿Echas de menos ser kumari?

Miraba tiesa la pantalla del televisor sin responder ni cruzar su mirada con la mía.

—Matina visita con frecuencia a la nueva kumari y la ha ayudado mucho —dijo el padre—. La nueva kumari la quiere mucho y cuando está con ella, no quiere que se vaya. Al principio, Matina la visitaba en días alternos y se quedaba a dormir con frecuencia, pero ahora la escuela la tiene más ocupada, así que va mucho menos. Ella no habla con gente que no conoce —añadió—. Incluso con nosotros es poco comunicativa. ¡Pero con su hermana habla mucho!

—¿Cómo viviste la transición de ser kumari a ser una muchacha corriente? —le pregunté a Matina.

No obtuve respuesta. Era evidente que la exdiosa se había sumido en un estado de absoluto silencio.

—Los padres debemos guiarla, yo estoy siempre con ella —respondió el padre—. Los primeros días no sabía ir sola a ningún lugar, no estaba acostumbrada a salir a la calle. La mayor parte del

tiempo está con nosotros. El primer día de escuela vinieron muchos periodistas.

Se levantó y sacó un par de carpetas con recortes de prensa pulcramente guardados en fundas de plástico. Cada recorte llevaba la fecha y el nombre del periódico escritos pulcramente a mano. Gruesas carpetas repletas de artículos del país y del extranjero.

—Tengo varias carpetas parecidas a esta —dijo Pratap—. Intentamos que la gente entienda que una kumari es una niña totalmente normal, una niña como las otras.

Matina sacó una de esas carpetas y, pensativa, se puso a ojear los recortes de prensa.

—Nos acaban de invitar a Estados Unidos, pero ahora la principal prioridad de Matina es la escuela, así que veremos si queda tiempo para el viaje —dijo el padre—. En todo caso, sería después de los exámenes, durante las vacaciones.

—¿Qué quieres estudiar cuando termines la escuela, Matina? —le pregunté.

—No lo sé —susurró en voz tan baja que apenas era audible.

—Cuando acabe el curso duodécimo, tendrá que escoger qué quiere estudiar —dijo el padre—. Yo deseo que mis hijas sean buenas ciudadanas, pero no las quiero obligar a nada. Matina todavía no ha decidido qué quiere estudiar, pero es muy joven. Tiene mucho tiempo por delante.

El padre se puso a hablar del viaje a Moscú otra vez y me enseñó todavía más fotografías, de las estaciones de metro, de la Universidad Agropecuaria, del centro de formación de astronautas. Desde la gran cama, la adormilada Matina seguía el pase fotográfico del padre.

Premshova Shakya vivía en un piso pequeño de una calle muy transitada en mitad del distrito de los adivinos. Letreros caseros daban a conocer los diferentes servicios que se ofrecían, desde leer la mano hasta el horóscopo. Ella adivinaba el futuro con granos de

arroz. Era baja y redonda, vestía un sari rojo con ribetes dorados y llevaba un anillo en cada dedo, collares vistosos y pendientes pesados que tiraban de los lóbulos de sus orejas. Su pelo todavía era oscuro y tupido, a pesar de que rondaba los setenta. En la frente llevaba un punto grande y rojo. Los labios, pintados de rojo y muchos brazaletes que tintineaban cuando hablaba. El pequeño salón estaba empapelado de carteles que mostraban dioses hinduistas y budistas, además de fotografías de cuando era kumari. De niña lo había sido en Bhaktapur, históricamente el más grande de los reinos Malla del valle de Katmandú. Recorriendo la larga pared había una hilera de altares y estatuas de dioses rodeadas de flores medio marchitas, incienso, lámparas de aceite encendidas y cuencos con ofrendas de comida. De vez en cuando, corría por encima un pequeño insecto. Un puñado de ratones blancos deambulaban dentro de un armario vitrina al lado de un pequeño televisor. Premshova lo abrió y sacó los dos más pequeños. Posiblemente tenían solo un par de días porque todavía no abrían los ojos y su piel era casi translúcida.

—Traen suerte —dijo ella con voz profunda y ronca y los acarició con cuidado. Hizo un ademán para que tomáramos asiento en la cama del rincón, el único mueble para sentarse de la habitación, y ella se sentó entre Savitri y yo.

—Tengo diarrea —nos informó—, así que no estoy en buena forma. Estoy tomando medicamentos y pronto me sentiré mejor, pero me duele el vientre y no tengo la misma fuerza de siempre. Antes de que empecemos a hablar debéis hacer una ofrenda a los dioses.

Señaló con determinación una de las estatuas de colores vistosos, Visnú posiblemente, o Shiva, y el cuenco para las ofrendas al pie. Hicimos lo que nos dijo y depositamos sendos billetes en el cuenco. Premshova sonrió satisfecha.

—Yo me convertí en kumari cuando tenía un año —contó—. En

esa época había una familia cuidadora también en Bhaktapur y viví con ellos en el palacio Kumari. Cada día venían mujeres como tú, extranjeras, y solían darme diez dólares como donativo.

Me miró con elocuencia.

—¿Qué recuerdas de tu vida como kumari? —le pregunté.

—Cuando tenía nueve años tuve mi primera menstruación y dejé de serlo —dijo—. Era tan niña cuando fui kumari que recuerdo muy poco, solo una o dos cosas. Recuerdo que tenía muchos juegos y peluches. La vida de kumari era una buena vida. Cuando había algo que no quería hacer, no lo hacía. Siempre fue como yo quise, pero nunca hubo nada que no quisiera hacer. La familia cuidadora solía cepillarme el pelo y pintarme los pies de rojo. El rey venía a visitarme. Eso lo recuerdo. Los vecinos venían a venerarme. La gente me regalaba plata y oro, y mi padre, que era joyero, hizo una tobillera con los regalos. Lo recuerdo. Fuimos cinco las niñas que pasamos por el proceso de selección y yo fui la única que no lloró. Eso también lo recuerdo.

—¿Entendías por qué la gente te veneraba siendo kumari?

—No, no lo entendía, pero sentía la fuerza de la diosa. Podía sentir a Taleju en mi cuerpo. Cuando ella habitaba en mí, sentía tranquilidad y paz. Era bueno. Al dejar de ser kumari, eché de menos el palacio y la familia cuidadora. Añoraba jugar con ellos, pero no me permitieron volver. Tampoco recibí enseñanza alguna allí. Pero cuando dejé de ser kumari, pude bailar. Amo la danza. Diez meses después de haber dejado de ser kumari, entró otra diosa en mi cuerpo, la diosa Kali. Y sigue conmigo. No me casé hasta que cumplí los treinta, porque tenía miedo de que mi familia política me obligara a tocar platos sucios. A Kali no le gusta. Por suerte, mi marido lo entiende y siempre lava él los platos.

Se volvió hacia Savitri:

—¿Cómo salió la fotografía que me hiciste la última vez que estuviste por aquí?

—Salió muy bien —aseguró Savitri.

—Algunas fotografías mías han acabado en Estados Unidos —contó Premshova orgullosa—. Cuando estoy en el templo, siempre hay alguien que me fotografía. Dicen que soy especial. Mi hijo mayor cumple ahora cuarenta años. Dos años después de nacer él, vino a mi cuerpo la diosa de la adivinación y empecé a predecir el futuro de la gente.

—¿Cómo te diste cuenta de que la diosa de la adivinación entraba en tu cuerpo? —le pregunté.

—Se nota automáticamente. Los demás también lo notan. Cada semana viene gente para que le vaticine su futuro en el arroz. La gente tiene muchos problemas. No pueden tener hijos, o tienen hijos que mueren. No me gusta dar malas noticias a la gente y siempre procuro darles también una solución, les digo que tienen que donar cosas, rogar a un dios, acudir al templo, después el problema se alivia.

—¿Puedes predecirme el futuro?

—No, el domingo no es un buen día —dijo Premshova y sacudió la cabeza con tristeza—. Los lunes, martes y sábados son días apropiados. Pero el domingo no.

Nos acompañó hasta las escaleras, nos tomó las manos y sopló en ellas fuerte y concentradamente.

—Acabo de daros toda mi fuerza. —Sonrió y entró de nuevo en la salita de estar con paso cansino.

La última kumari con la que pude hablar se reunió conmigo en la calle.

—Ven, sígueme —dijo decidida y me guio por una escalera estrecha hasta una sala para recibir visitas. Chanira Bajracharya había sido kumari de **Patan**, **1.332 m s. n. m.**, el más pequeño de los reinos Malla del valle de Katmandú, desde los cinco años hasta que cumplió los quince. En la actualidad, Patan ha quedado unido a la gran Katmandú, y apenas se nota dónde termina una ciudad y

dónde empieza la otra. La exdiosa tenía el aspecto de una estudiante corriente, vestida con camisa a cuadros y tejanos y una melena no muy larga recogida en una cola. Era un palmo más baja que yo y su rostro tenía forma de luna llena, era prácticamente redondo.

En las paredes de la sala colgaban grandes fotografías de Chanira como diosa viviente, ataviada con grandes vestidos rojos de kumari, muy maquillada y un rostro inexpresivo. Ella fue amable conmigo, pero a la vez mantuvo una distancia profesional. Me cobró 2.500 rupias por la entrevista, unos 20 euros, menos que el cuidador en Katmandú, pero de todas maneras una suma relativamente considerable en un país donde la tercera parte de la población tiene que apañárselas con menos de 3 euros al día.

—De promedio, concedo tres o cuatro entrevistas a la semana —explicó la muchacha de veinticuatro años en un inglés fluido—. Toma mucho tiempo y por eso para mí es como un trabajo.

Cuando Chanira fue elegida kumari con cinco años, su familia se hallaba en la singular situación de tener a dos diosas vivientes viviendo bajo el mismo techo.

—Mi tía había sido oficialmente kumari durante casi treinta años —contó Chanira—. La kumari es reemplazada cuando tiene la primera menstruación, pero a mi tía nunca le vino la menstruación. Cuando cumplió treinta años, se decidió que ya no podía participar en las fiestas religiosas a causa de su edad y por ello fue sustituida oficialmente por una nueva kumari. Sin embargo, mi tía ha seguido cumpliendo con sus deberes como tal. Sigue llevando vestidos rojos y no sale de casa, muchos creyentes la visitan para ser bendecidos. De pequeña mi tía me tenía fascinada y recuerdo muy bien la primera vez que me vistieron de diosa viviente. Tenía cinco años y me gustó mucho.

A diferencia de la kumari real de Katmandú que se traslada al palacio Kumari y es educada por una familia cuidadora, la kumari

de Patan puede seguir viviendo con su familia:

—Mi familia tuvo que seguir muchas reglas especiales —dijo Chanira—. Ellos ya no podían llamarme hermana o hija, solo diosa. Pude seguir jugando con mis hermanos, pero no tenían permiso para tocarme. Siempre me servían la comida primero a mí y mi familia hacía todo lo posible para satisfacer mis deseos, para que la diosa no se sintiera ofendida. Económicamente exigió mucho a mi familia, pues mi padre se vio obligado a cerrar la tienda para poder cuidarme mientras fui kumari. Mi madre consiguió un profesor privado para mí, pero tuvo que pagarlo de su propio bolsillo. Las disposiciones económicas ahora son mejores, pero en esa época era difícil.

—¿Te sentías diferente cuando eras kumari? —le pregunté.

—Poco a poco me di cuenta de que gozaba de una posición especial en la sociedad y también de una responsabilidad específica, pero no es que sintiese a la diosa en mí las veinticuatro horas el día. Durante las celebraciones religiosas o cuando estaba sentada en el trono y me rendían culto, de alguna manera podía sentir que no formaba parte de la sociedad. No me apetecía sonreírle a nadie, ah no, de ninguna manera... No es fácil de explicar. Pero la mayor parte del tiempo era una niña corriente.

—Pero eras una niña —remarqué—. ¿No era difícil permanecer encerrada todo el tiempo? ¿No poder salir nunca?

—No, no echaba de menos salir. Quizás era debido a la fuerza de la diosa u a otra cosa. No sé por qué, pero no lo añoraba. Mis padres me cuidaban bien, y me proporcionaban todo lo que deseaba. Tenía videojuegos y YouTube, así que no estaba tan aislada como las kumaris del pasado. Desde el momento en que me convertí en kumari, mis padres no pudieron regañarme, pero mi madre anotaba en un libro todas las cosas malas que yo hacía para poder castigarme cuando ya no fuera kumari. Eso funcionó y, en general, me portaba bien. Muchos en Occidente consideran la

tradición kumari como maltrato infantil, pero yo no lo viví así. Amaba ser kumari y todavía lo añoro.

Chanira fue la última kumari de Patan que recibió a la familia real. Tenía seis años cuando el príncipe heredero Dipendra enloqueció y asesinó prácticamente a toda su familia en el verano de 2001.

—Antes de que la familia real fuese asesinada, lloré cuatro días seguidos —contó—. Estaba desconsolada. Mi madre no sabía qué hacer y pidió consejo al sacerdote real. Él dijo que era muy mala señal e instruyó a mi madre para que hiciera un ritual determinado y pidiera perdón, porque tal vez había hecho mal algún ritual. Mi madre se puso a preparar el ritual, pero a medianoche nos llegó la noticia de que la familia real había sido asesinada en una auténtica masacre. Yo reí y reí cuando me dieron la noticia. Mi madre comprendió que el ritual ya no era necesario.

—¿Por qué te reíste? —le pregunté sorprendida.

—No lo sé. Era la diosa que me habitaba la que se reía. Solo recuerdo que no conseguía parar.

—¿Había algo de ser kumari que no te gustara? —fue la siguiente pregunta.

—Los turistas —respondió Chanira sin tener que pensarlo—. Los nepalíes que venían a venerarme, era porque la kumari significaba algo para ellos, es parte de nuestra tradición. Los turistas no conocen nuestra cultura, solo vienen a mirar. Me sentía como un mono en una jaula, pero como kumari no se me permitía negarle a alguien la visita, tampoco a los turistas. La kumari de Katmandú no recibe a turistas, pero cualquiera puede visitar a la de Patan. Creo que tendrían que introducir ciertas restricciones.

Cuando Chanira con quince años tuvo su primera menstruación, pasó de un día a otro a ser una muchacha corriente.

—Mis padres habían intentado prepararme para ese día —dijo—. Me contaron que mi vida cambiaría y que la gente me trataría de

forma distinta. Pero aun así fue una conmoción. Las primeras veces que salí de casa, mi madre tuvo que llevarme de la mano. No había salido a la calle nunca, al principio en esa época, hubiera preferido que me llevaran en volandas. Carecía de toda confianza en mí misma en ese ámbito, me sentía tan desamparada, no sabía orientarme y el tráfico me abrumaba. La escuela también me resultó difícil. Me resultó exigente interactuar con los demás, no estaba acostumbrada ni a hablar ni a relacionarme con los de mi edad. Al principio, el solo hecho de vestir de forma corriente ya era un problema para mí. Para hacer más fácil la transición a otras kumaris, he fundado una asociación de apoyo a exkumaris. Las muchachas necesitan mucho apoyo en ese periodo.

Chanira echó una ojeada al reloj.

—¿Quieres conocer a mi tía? —me preguntó.

Dije que sí, por supuesto, y me pidieron que esperara diez minutos mientras la diosa, ya bastante mayor, se preparaba. Entretanto hice un montón de fotografías a Chanira, que posó con toda naturalidad. Diez minutos más tarde apareció su padre en el umbral de la puerta.

—Ya está preparada para recibirte —dijo Chanira—. Pero primero tienes que lavarte las manos.

Me llevaron hasta un lavabo y después a una sala pintada de rosa. En un rincón, en un trono de madera construido para una niña, estaba sentada Dhana, la tía de Chanira, llevaba un vestido rojo y amarillo, los ojos maquillados de negro y el pelo recogido en un moño. El trono infantil estaba rodeado de incienso, lámparas de aceite y pequeños cuencos con fruta. A pesar de que ahora Dhana tenía casi setenta años y el cuerpo se le había encogido, su rostro ovalado se conservaba notablemente liso, casi sin arrugas.

Me arrodillé delante de ella tal como me habían indicado, y deposité un billete en el cuenco de ofrendas que había delante del trono. Después me incliné hacia delante para que la diosa pudiera

ponerme una marca roja en la frente. Luego depositó una pequeña flor en mi cabeza y me entregó un plátano. No pronunció palabra durante la ceremonia y su rostro no expresaba nada, pero su mirada era delicada y paciente. Cuando me levanté, la flor se cayó. La recogí y me la coloqué en la cabeza de nuevo, pero volvió a caerse.
La actual kumari de Patan no vivía en su propia casa como Chanira, sino que se había trasladado al palacio Kumari, una vieja casa de madera a pocos pasos calle arriba. Allí vivía con su familia. Llamé al timbre y abrió y me recibió una mujer mayor. Me indicó con gestos que me quitara los zapatos y que le siguiera por la escalera.

Me hizo entrar en una habitación de madera, oscura y casi desnuda. En una de las paredes más cortas había un trono de madera bajo, todavía vacío. Minutos más tarde entró una joven con una niña en brazos, que llevaba el consabido vestido rojo, los ojos con maquillaje negro y el pelo recogido en un moño alto como estaba prescrito. La niña me sonrió, pero se abrazó a su madre rodeándola con brazos y piernas. La joven madre la depositó en el austero trono y yo me arrodillé delante de ella, deposité un billete en el cuenco de ofrendas y agaché la cabeza. Con movimientos juguetones, la pequeña diosa me puso una marca roja en la frente.

—¿Puedo tomar una foto? —pregunté y al instante me arrepentí. La madre se lo tradujo a la niña y ella lo negó rotundamente con la cabeza. La audiencia había terminado, me encaminé hacia la escalera y salí a la luz.

Aglomeración en la cumbre

Me desperté a causa de una lámpara de araña que danzaba. Fueron solo unos segundos y después cesó. Todavía estaba adormilada y me tranquilicé pensando que todo había sido un sueño, pero más tarde me topé con caras de preocupación. El terremoto había alcanzado 4,8 en la escala de Richter, un terremoto pequeño e inocuo, pero había evocado recuerdos y traumas del catastrófico terremoto de hacía cuatro años.

El Himalaya es la cordillera más alta del mundo y también una de las más jóvenes, de solo unos cincuenta millones de años. Dos superlativos que van de la mano: hielo, nieve y lluvia corroen la masa rocosa y la erosionan. Recuerdo mi decepción cuando de niña comprendí que el Galdhøpiggen, la gloria nacional noruega de 2.469 metros, es una montaña muy baja. Pero una vez, hace unos cuatrocientos o quinientos millones de años, también en Noruega hubo montañas de 8.000 metros. La cordillera caledoniana, de la que todavía se encuentran restos en el norte de Europa, probablemente fue la más alta del mundo en su momento. Es posible que colapsara por su propio peso cuando disminuyó la presión compresora de las placas continentales. ¿Podría sucederle lo mismo al Himalaya? ¿Podría la masa rocosa colapsar debido a su propio peso? Sobre eso discuten los geólogos y ninguno lo sabe con seguridad. Las montañas crecen tan despacio que la vida de un investigador no es suficiente.

Todo se mueve, también el suelo bajo nuestros pies. Hace trescientos millones de años todos los continentes estaban unidos

formando un único supercontinente, Pangea. Infinitamente despacio, el supercontinente quedó dividido en dos, Laurasia que incluía América del Norte, Europa y Asia, y Gondwana, que incluía, entre otras, la actual Australia, India, América del Sur, África y la Antártida. Hace cerca de ciento cincuenta millones de años, la India se separó de Gondwana e inició su deriva hacia el norte con placas continentales a una velocidad relativamente alta: de 15 a 20 centímetros al año. Algo más de cien millones de años más tarde, después de haber recorrido una distancia superior a 10.000 kilómetros, el subcontinente indio chocó con Eurasia. El mar de Tetis, que hasta entonces había separado las dos masas de tierra, fue desplazado a un lado y enormes masas de tierra fueron empujadas hacia arriba por las placas continentales: había nacido el Himalaya. Hoy en día todavía se encuentran fósiles del mar de Tetis en toda la cordillera, incluso en la cima del monte Everest.

La placa continental india, que presiona la meseta tibetana, sigue desplazándose hacia el norte, pero ahora a una velocidad de cinco centímetros al año. La placa eurásica, mucho más grande y gruesa, se desplaza hacia el sur, pero más lentamente. De promedio, mantiene una velocidad de dos centímetros al año, aproximadamente la misma con la que crecen las uñas de los pies en un año. En otras palabras, la India empequeñece con cada año que pasa, mientras que las montañas del Himalaya se elevan un poco más cada vez. Los movimientos de las placas continentales no solo hacen que las montañas se eleven, sino que causan enormes tensiones subterráneas, lo que a su vez provoca frecuentes terremotos.

A nuestros pies se extiende un paisaje de suaves colinas parecido a las sinuosidades del jade verde. Aquí y allí se vislumbran pequeñas casas de madera con tejado de hojalata brillando al sol. Una de las

luces de alerta centellea en rojo, pero el piloto parece tomarse la alarma con una calma apabullante, apenas se fija en ella. Yo me concentro en los campos de arroz y los bosques a nuestros pies; varios matices de verde, oscuros y claros, se entrelazan como piezas de un puzle. De repente, mientras la luz de alerta centellea con furia, el paisaje cambia y volamos directo hacia una pared de roca y hielo.

Dado que la pista de aterrizaje de Katmandú está cerrada por reformas que son muy necesarias, nos trasladan en helicóptero a **Lukla**, **2.860 m s. n. m.**, que es el punto de partida de todas las expediciones al monte Everest desde el lado nepalí. Me he apuntado a un grupo de trekking organizado por una empresa estadounidense de expediciones, así tendré permiso para pasar la noche en el campo base del Everest, ya que durante la temporada alta solo está permitido a escaladores y miembros de expediciones. Afortunadamente, no es un grupo grande: además de mí hay dos entusiastas estadounidenses, Lynn y Jade.

Pasang, nuestra guía sherpa, nos recoge en la pista de aterrizaje y nos lleva por las calles embarradas y sin coches de Lukla, pasamos por el mercado del jueves, donde los agricultores venden fruta y verdura, y entramos en un hostal de baja altura donde nos sirven el desayuno. En la mesa contigua hay un grupo de indios que beben té dulce con leche.

—Pareces preparada para el trekking —comentó uno de ellos, un hombre de cabello gris de unos cincuenta años y señaló mi mochila todavía virgen. La suya estaba cubierta de una capa marrón de polvo y sus botas de montaña también.

—Vamos al campo base —le confirmé. En realidad, es superfluo precisar el objetivo, puesto que todas las rutas de senderismo que parten de Lukla conducen al campo base.

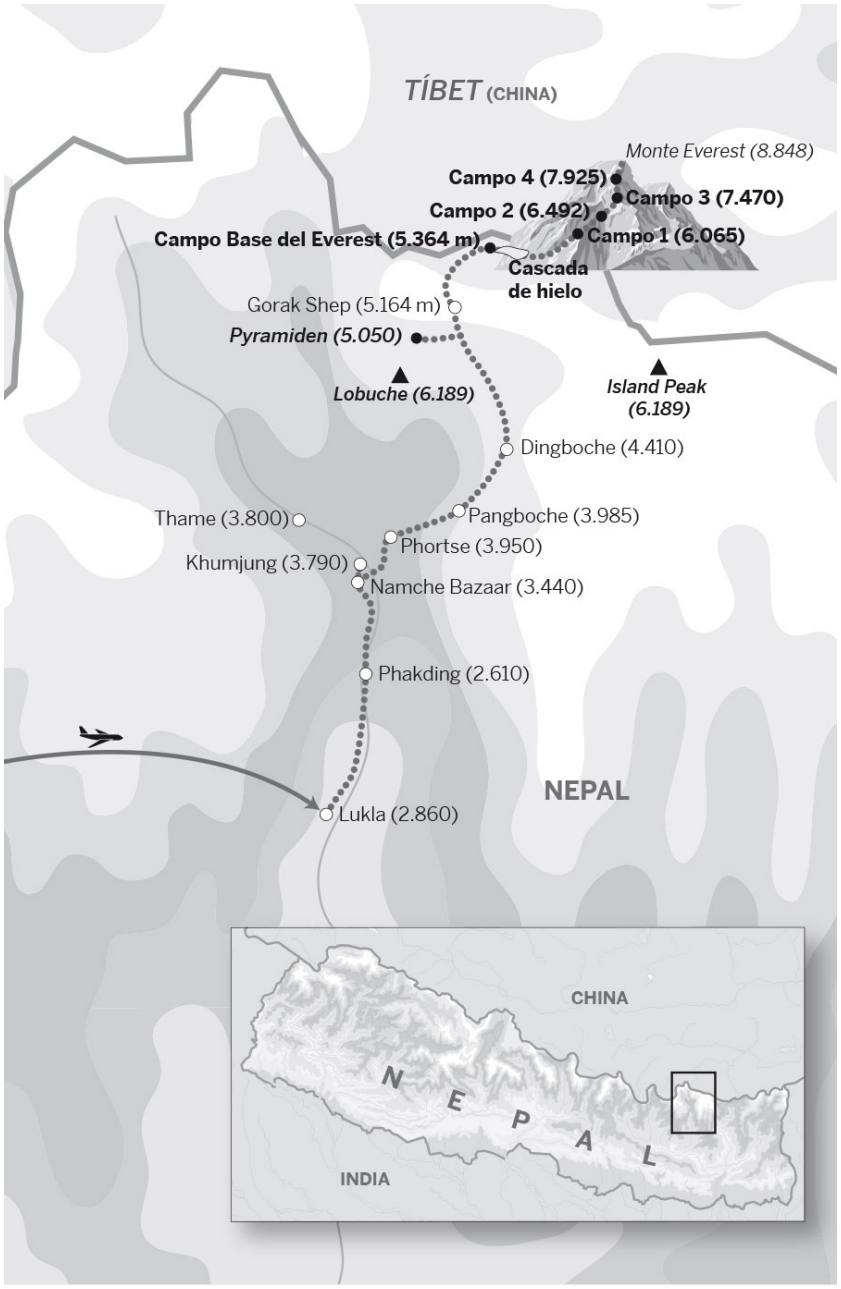
—Acabamos de llegar de allí —me informó el indio.

—¿Cómo os ha ido? —le pregunté.

—Nos ha ido... bien.

—Tu respuesta no suena demasiado convincente, ¿no?

—Bueno... —Se lo piensa un poco—. Fue duro. Haceros a la idea de que será duro. Y hace frío. Un frío terrible. Preparaos para pasar frío. Además cogeréis la famosa tos de Khumbu. Todo el mundo la coge, es imposible evitarla porque la higiene en los hostales es inexistente. La gente no se cura hasta que llega a Katmandú.



Como para corroborar sus palabras, el hombre sentado a su lado estalla en un prolongado y áspero ataque de tos.

—Nosotros estábamos tan mal que desistimos de andar la última etapa del día y pedimos un helicóptero. Pero ¡que tengáis mucha suerte! —El indio canoso forzó una pálida sonrisa—. ¡Os deseo un muy buen trekking!

Moverse a gran altura es un ejercicio lento. Para que el cuerpo tenga tiempo de aclimatarse recorremos etapas cortas, a menudo de solo dos o tres horas al día. El sol brilla en un cielo azul intenso; durante el día la temperatura sube a más de veinte grados. El sendero, que es ancho y generoso, pura autopista, serpentea dejando atrás aldeas, rodeado de un espeso bosque de pinos y arbustos de rododendro en plena floración.

Lynn y Jade van muy preparados para las dificultades, los dos equipados con bastones de fibra de carbón, sudaderas deportivas transpirables, purificadores de agua UV, avanzados sistemas para beber y un botiquín de viaje que contiene medicinas para el resfriado, pastillas para el mal de altura, tiritas, cremas, ungüentos y dosis de antibióticos suficientes para cubrir las necesidades de un pueblo mediano durante un año. Dos porteadores locales llevan los botiquines de viaje y el resto de nuestros equipajes de hostal a hostal. Su carga es ligera en comparación con muchos otros que acarrean montañas de latas, Coca-Colas, cervezas y fideos por las cuestas arboladas. Las mulas de carga que avanzan pesarosamente en largas filas, con campanillas alrededor del cuello y cargadas a tope con cilindros de gas y provisiones, representan una dura competencia para los porteadores. Unos días antes, las bestias de carga habían provocado la muerte de un joven senderista estadounidense. Se había colocado en el lado equivocado del sendero cuando llegó la caravana y no pudo salvarse.

El segundo día cruzamos la demarcación del parque nacional de Sagarmatha. Sagarmatha, «Diosa del Cielo», es el término nepalí para designar al monte Everest; entre los tibetanos, la montaña es conocida como Chomolungma, Madre del Universo. George Everest,

el británico responsable de cartografiar y tipografiar la India de 1830 a 1843, nunca estuvo cerca de la montaña que ahora lleva su nombre, ni tampoco estuvo implicado en su descubrimiento. En 1856 cuando George Everest estaba de vuelta y a buen recaudo en Inglaterra, su sucesor, Andrew Scott Waugh, y el matemático Radhannath Sidkar se dieron cuenta de que la montaña que hasta entonces había sido marcada en el mapa como «Peak B» y «Peak XV» era posiblemente la más alta del mundo. Los dos concluyeron que su altura debía ser de 29.000 pies, 8.839 metros, pero le añadieron dos pies más para que el cálculo fuera más fiable. Teniendo en cuenta que la medida fue tomada desde puestos de observación a más de 150 kilómetros de distancia, es de una certeza impresionante. Mediciones posteriores determinaron que la montaña era 27 pies más alta de lo que Waugh y Sidkar habían calculado, es decir, 29.029 pies, 8.848 metros. En 2005, los cartógrafos chinos concluyeron que los últimos cuatro metros son de hielo y por eso la altura real es solo de 8844 metros, pero las autoridades de Nepal y China acordaron que la altura establecida de 8.848 metros fuera la oficial.

La montaña más alta del mundo no podía llevar por nombre un número romano. Ya en la época de Waugh era una práctica habitual utilizar un término local, pero tanto Nepal como el Tíbet estaban cerrados para los extranjeros en el siglo XIX y reinaba un gran desconcierto acerca de cuál era la designación más utilizada entre la población local. Waugh propuso finalmente ponerle el nombre de la persona que le había contratado a él, George Everest, por supuesto. El propio Everest, que debió de ser una persona modesta, protestó ante la elección y argumentó que no se podía escribir ni pronunciar en hindi y consecuentemente tampoco en nepalí.[*] En 1865, tras haber discutido la cuestión casi durante una década, la Royal Geographical Society de Londres determinó seguir la recomendación de Waugh. George Everest murió un año más tarde,

pero su nombre vive eternamente en las alturas.

Antes de obtener el permiso para entrar en el parque nacional, tenemos que registrarnos. En la pared de detrás del funcionario cuelga un tablón lleno de estadísticas. Las cifras muestran que los senderistas se han duplicado los últimos veinte años: casi cuarenta mil personas suben al campo base cada año, repartidas en unos pocos meses de primavera y de otoño. Un letrero atiborrado de indicaciones a la entrada informa sobre las reglas que hay que cumplir en el parque nacional. No se permite tirar basura al suelo ni coger flores poco comunes, tampoco se permite ser celoso (¡!) o tomar «cantidades exageradas» de estimulantes. Aquí hay claramente margen para actuar con criterio propio.

Una cuesta muy pendiente lleva a Namche Bazaar. En muchos lugares se forman colas y en los oídos se agolpan frases alemanas, interjecciones italianas y compactos sonidos nasales del inglés americano a la par que el aire se enrarece cada vez más. Un poco más arriba distingo a dos compatriotas. Son fáciles de identificar, no solo por su pelo rubio y sus piernas largas, sino por las banderas nada modestas que sobresalen de sus mochilas.

La cuesta es más dura de lo que parece. Las piernas se han vuelto pesadas e inservibles, el corazón palpita fuerte como si fuera a salirse del pecho y los pulmones duelen. Damos unos pasos, nos paramos y jadeamos. A nivel del mar, donde la presión atmosférica es 1, el aire que respiramos contiene el 20,9 por ciento de oxígeno. La presión atmosférica disminuye casi exponencialmente con la altitud, entonces, aunque la proporción de los diferentes gases en el aire es la misma en toda la atmósfera de la tierra, la presión parcial del oxígeno es menor a mayor altura. Cuando la presión atmosférica disminuye, tal como pasa a mayor altura, las moléculas gaseosas no se comprimen tanto unas contra otras como a nivel del mar. Es decir, cuanto más se sube, menos moléculas de oxígeno contiene cada litro de aire. En Namche Bazaar, a 3.500 metros sobre el nivel

del mar, el aire contiene un tercio menos de oxígeno que en lugares situados al nivel del mar. En el campo base, que está a 5.364 metros, el contenido de oxígeno disminuye a la mitad en comparación con el existente a nivel del mar, y en la cima del monte Everest solo hay la tercera parte.

El cuerpo se adapta al bajo contenido de oxígeno haciendo que el corazón palpite más rápido y se respiré más deprisa. Paulatinamente, el cuerpo producirá más glóbulos rojos, que son los que transportan el oxígeno de los pulmones a todo el cuerpo, es el efecto que los deportistas de élite buscan cuando entrenan a gran altura. Si se asciende con demasiada rapidez, el cuerpo no tiene tiempo de aclimatarse y la mayoría sufre el mal de altura. Los síntomas de esta dolencia si es leve son dolor de cabeza, náuseas y vómitos, mareos, cansancio, dificultad para dormir y falta de apetito. Dichos síntomas remiten generalmente si no se asciende más, o aún mejor: si se pierde altura.

La forma en que el cuerpo se adapta y tolera las alturas no se puede generalizar: algunas personas presentan síntomas de ese mal ya a 2.000 metros. Las personas que han vivido en las alturas durante generaciones están más adaptadas a esas condiciones y reaccionan de forma diferente a la presión baja del aire que las originarias de las tierras bajas. Los sherpas, por ejemplo, tienen genes que les hacen especialmente aptos para la vida a gran altura. Los sherpas, palabra que traducida directamente significa «pueblo del este», llegaron del Tíbet oriental en el siglo XVI y se establecieron en las zonas montañosas del Nepal oriental. Los investigadores han hallado que sus mitocondrias, la parte de las células que produce energía, utilizan menos oxígeno que las mitocondrias de los pueblos que tradicionalmente han vivido en las tierras bajas. En otras palabras, los sherpas necesitan menos oxígeno que la mayoría de las personas. Sin embargo, nadie, tampoco los sherpas, puede permanecer muchas horas a más de 8.000 metros, la

llamada zona de la muerte. A una altura tan extrema, el cuerpo se descompone lentamente y prácticamente se está muriendo.

Los casos severos de mal de montaña pueden comportar la muerte. Con el llamado edema pulmonar se entra en un círculo vicioso: a causa de la presión en las arterias pulmonares se acumula el agua en los alveolos pulmonares, la ventilación se reduce y es menos efectiva. En los casos graves, el enfermo puede toser espuma. Si el alpinista en cuestión no es inmediatamente evacuado a menos altura, morirá. El edema cerebral es otra peligrosa consecuencia del mal de montaña extremo: a gran altura el cuerpo puede reaccionar ante la falta de oxígeno ensanchando las arterias que van al cerebro. Esto provoca que aumente de volumen y presione el cráneo. Los síntomas del edema cerebral son dolor de cabeza fuerte, vómitos, confusión, alucinaciones y dificultades de coordinación. Esto tiene además un peligro extra porque el alpinista, a menudo, no es consciente de que está enfermo y de que necesita ser evacuado de inmediato para sobrevivir.

Entrada ya la tarde del segundo día, nos topamos con un portal de muchos colores: la entrada a **Namche Bazaar**, **3.440 m s. n. m.**. El pueblo tiene forma de embudo; hileras de casas se aferran a la empinada ladera, distribuidas escalonadamente en terrazas. Teniendo en cuenta que la carretera no llega hasta allí, es sorprendente lo grandes y modernas que son esas casas, de tres o cuatro plantas, rematadas con coloridos tejados de hojalata. Sudados y jadeantes, cruzamos el portal casi a rastras y nos recibe una fuente de agua en forma de flor de loto, grandes ruedas de plegaria movidas por una corriente de agua y un pub irlandés. Si por el camino pudimos habernos sentido un poco pioneros, la ilusión se desvanece a la vista del letrero que anuncia Guinness y a prolongadas *happy hours*.

Continuamos pueblo arriba. Las tiendas de souvenirs, las farmacias, las tiendas de deportes y colmados que se han

especializado sobre todo en papel higiénico y alcohol de desinfectar compiten por llamar la atención. Letreros coloreados a mano invitan a tomar un masaje tailandés, manicura, tratamiento facial y depilación, y la carta de los hostales ofrece pasta italiana, pizza, cerveza y vino. Todo transportado a Lukla en avión y desde allí acarreado por porteadores y mulas de carga hasta las alturas. Hace poco incluso abrió sus puertas el primer restaurante de sushi, aunque está, por decirlo suavemente, lejos de la costa más cercana.

En la cena, la conversación versa sobre alpinismo y ascensiones heroicas. Jade y Lynn sueltan una retahíla de nombres, tutean a la mayoría y los siguen a todos en las redes sociales: «Él, claro, oh Dios mío, es realmente impresionante, me encantan las fotografías que cuelga, ¿y X, e Y, y Z, los sigues a ellos también? ¿Que no sigues a Z? Es bestial, una locura total, ¡tienes que seguirle!».

Yo, que nunca me he interesado por los logros deportivos de otras personas, me acuesto temprano. En realidad, los demás también se acuestan. A las ocho, ya no queda nadie en el restaurante y las calles de los alrededores están desiertas.

Pasang, nuestro guía sherpa, es del pueblo de Thame, a unas horas andando de Namche Bazaar. El pueblo quedó totalmente destruido en el terremoto de 2015, sus habitantes tuvieron que vivir en tiendas de campaña durante meses mientras reconstruían sus casas piedra a piedra.

—Fueron tiempos difíciles —dice Pasang—. No me gusta hablar de ello. Me trae malos recuerdos. —Y se encoge de hombros, casi como para alejarlos de su cabeza.

También **Khumjung**, **3.790 m s. n. m.**, el pueblo más cercano a Namche Bazaar, sufrió enormes destrozos a causa del mismo terremoto. Todas las casas son completamente nuevas, reconstruidas con muros de piedra para soportar mejor el próximo terremoto. Tampoco el monasterio budista de casi quinientos años de antigüedad resistió los temblores, pero la sala del templo

sobrevivió. Un monje joven me muestra esa oscura sala. Le acaban de destinar al pueblo y vive solo en el edificio. Sus padres le mandaron al monasterio cuando tenía trece años, ahora el número se ha invertido y tiene treinta y uno.

—Sabía muy poco de budismo entonces —comentó lacónico.

En una pequeña vitrina en el centro de la sala reposa la parte superior de un cráneo de forma cónica, cubierto de pelo negro, largo y tupido.

—Es muy antiguo —explica el monje—. El lama dice que es de un yeti.

—¿Has visto algún yeti con tus propios ojos? —le pregunto.

El monje sonríe y sacude la cabeza negativamente.

—Cuando era pequeño y, con mi familia, subíamos al lago con nuestros yaks, mis padres solían advertirme que no saliera por la noche porque podría venir algún yeti.

En **Khunde**, **3.840 m s. n. m.**, el pueblo vecino, uno de cada dos hombres ha estado en Noruega. Aurland, Lærdal, Flom, Østerbø, Breidablikk, Preikestolen, Finse... Oscuros topónimos de la región oeste de Noruega han pasado a ser familiares en su vocabulario. La mayoría de los sherpas viven todavía en pueblos incomunicados por carretera; sus pies son el medio de transporte más importante. A causa del monzón dependen de vías de comunicación que resistan lluvias copiosas y por eso son hábiles construyendo senderos sólidos y escaleras de montaña. Los noruegos que poseen cabañas y las asociaciones de senderismo hace tiempo que descubrieron y se han beneficiado de la superioridad técnica de los sherpas para construir muros de piedra seca; a lo largo de las más populares rutas de montaña noruegas ondean coloridas banderas de plegaria encima de las construcciones maestras.

—Allí tenéis una naturaleza muy bella —comentó uno de los más veteranos—. Casi tan bella como la de aquí —añadió magnánimo.

En un promontorio por encima de las concurridas calles de

souvenirs hay una estatua del neozelandés Edmund Hillary, que junto con el sherpa Tenzing Norgay coronó la cima del monte Everest el 29 de mayo de 1953. Detrás de la estatua, que por alguna razón es de color rosa, se puede vislumbrar un pico blanco y triangular.

—Este es el único lugar de todo el trekking con vistas al Everest, así que contempladlo bien —nos aconsejó Pasang.

Obediente, tomé un par de fotografías más antes de volver paseando a las tiendas de souvenirs y farmacias.

El alpinismo considerado como deporte y actividad de ocio es algo relativamente nuevo. La primera asociación de alpinismo, Alpine Club, fue fundada en Londres, en 1857. Otros países europeos pronto siguieron su ejemplo. En las primeras épocas, los alpinistas se concentraron principalmente en montañas europeas, pero ya en el siglo XX se disparó la cantidad de expediciones a los rincones más extremos de la tierra: la cantidad de lugares inexplorados del mapa empezó a disminuir, además se trataba de llegar los primeros. Estaba en juego el prestigio nacional y, en lo que respecta al Everest, se trataba sobre todo del prestigio británico, puesto que ellos, en más o menos medida, monopolizaban la montaña. A pesar de que las autoridades tibetanas y las nepalíes practicaron una política de severo aislamiento a principios del siglo XX, los británicos gozaban de una posición privilegiada: controlaban la India, la puerta de entrada al Himalaya desde el sur y además constituían un factor de poder importante en la región, también en el Tíbet, la puerta septentrional.

El primer intento serio de ascensión al Everest lo llevó a cabo el club británico de alpinismo por la cara norte en 1922. Los alpinistas fueron los primeros en el mundo en llevar bombonas de oxígeno, y a pesar de que no alcanzaron la cima, llegaron más alto que ningún otro humano antes: 8.326 metros. La expedición pasó a engrosar los libros de historia con un récord mucho más trágico también: siete

porteadores perdieron la vida debido a una avalancha de nieve en el camino y se convirtieron en las primeras víctimas oficiales de la montaña.

Ya en 1924, los británicos realizaron un nuevo intento, esa vez también desde el lado tibetano. El alpinista Edward Norton, que también había participado en la anterior expedición, esa vez alcanzó los 8572 metros antes de tener que dar la vuelta. Norton tenía planeado hacer un tercer intento, pero sufrió la ceguera de la nieve y tuvieron que bajarlo. El récord permaneció intacto durante veintiocho años hasta 1952. Otros dos miembros de la expedición, George Mallory y Andrew Irvine, hicieron un último intento para alcanzar la cima. Nunca regresaron. En 1933, a 8460 metros de altura, se encontró un piolet que debió de pertenecer a uno de los dos. Durante una operación de rescate en 1999, se encontró el cadáver de Mallory a 8.155 metros. El cadáver de Irvine todavía no se ha encontrado. La pregunta que muchos se han hecho, pero para la que nadie hasta ahora ha hallado respuesta, es si Mallory e Irvine alcanzaron la cima antes de morir. Mallory había pensado dejar una fotografía de su esposa en la cima. No se halló ninguna en sus bolsillos, a pesar de que el cadáver y su equipo estaban sorprendentemente intactos. La cámara fotográfica que posiblemente habría resuelto el enigma una vez por todas nunca se halló.

A pesar de que persiste un resquicio de duda de quién fue el primero realmente en alcanzar la cima del Everest, no existe duda alguna de que Edmund Hillary y Tenzing Norgay fueron los primeros que consiguieron subir y bajar sanos y salvos. (En 1953, el Tíbet estaba ocupado por los chinos, así que tuvieron que emprender la ascensión por el lado nepalí.) Después la hazaña ha sido repetida más de nueve mil veces —tanto por la cara sur como por la norte— por un total de cinco mil alpinistas. Una cima solo puede alcanzarse una sola vez por primera vez, pero no existen

límites a las veces que se puede llegar el primero dentro de categorías más específicas, como el tiempo máximo de permanencia en la cima (veintiuna horas, 1999), matrimonio en la cima (2005), la primera mujer en la cima (1975), la primera mujer amputada en la cima (2013), los primeros mellizos en la cima (2013), la muchacha más joven en la cima (trece años y once meses, 2014), el hombre de más edad en la cima (ochenta años y doscientos veinticuatro días, 2013), el primer paciente de cáncer en la cima (2017), el primer diabético tipo 1 en la cima (2006), el primero con colostomía en la cima (2010), el primer hombre ciego en la cima (2001) y el primero doble amputado en la cima (2006).*

Phortse, **3.950 m s. n. m.**, que está a cinco horas a paso lento de Namche Bazaar, es el pueblo por excelencia de las expediciones. En los campos, mujeres agachadas cavan la tierra con herramientas rudimentarias, otras vienen cargadas con grandes recipientes en la cabeza desde la bomba de agua colectiva, en los hostales trabajan exclusivamente mujeres. Casi todos los hombres del pueblo hacen de guías, cocineros o porteadores para las expediciones. Entretanto las mujeres llevan las riendas del pueblo solas e intentan lo mejor que pueden no volverse locas de preocupación.

El templo budista de Phortse todavía se está restaurando después del gran terremoto. Las paredes exteriores están llenas de andamios. Sin embargo, es posible acceder a la sala del templo donde una mujer de mediana edad barre el suelo. Tiene el rostro curtido y arrugado, pero su cuerpo es musculoso y fuerte. Se llama Kanchhi Yanjee Sherpa y tiene cuarenta y cinco años. Sus tres hijos van a internados de Katmandú, y los sufragan con el dinero que su marido gana ayudando a privilegiados alpinistas a alcanzar la cima del Everest y descender después. Los guías sherpas se quedan una pequeña parte de la suma que los alpinistas pagan a las empresas que organizan las expediciones, unos 3.000 dólares por ascensión, más las propinas, pero todavía se ganan la vida y están mejor que la

mayoría de los cerca treinta millones de habitantes de Nepal, al menos económicamente. Pero el riesgo que asumen es elevadísimo.

—Vengo cada día aquí para rezar por él cuando está en una expedición —dice Kanchhi—. Ya ha estado en la cima catorce o quince veces, pero yo sigo teniendo miedo de que le suceda algo.

Entra una joven acompañada de una niña de mejillas sonrosadas. Se llama Pemba Chhokpa Sherpa y tiene veinticinco años. Pemba es del mismo pueblo que Pasang, nuestro guía, pero se trasladó a Phortse al casarse.

—¿Cómo conociste a tu marido? —le pregunté.

—A través de Facebook. —Pemba se ríe—. Tras chatear un poco por Messenger, tuvimos una cita en un café de Namche Bazaar y allí nos conocimos.

Como siempre ocurre en esa época, su marido está en el campo base. Ella misma nunca ha estado a tanta altura.

—Estoy preocupada por él todo el día —dice Pemba en voz baja —. En unas semanas ascenderá a la cima otra vez...

¿Cuándo desaparecieron los árboles realmente?

Llevamos caminando una semana y el paisaje ya no es verde ni repleto de arbustos de rododendro ni flores silvestres, sino árido y desértico, rodeado de aterradoras montañas de un color blanco azulado. Ya no nos adelantan mulas sino calmosos yaks con cencerros al cuello y un largo pelaje que casi arrastran por el suelo. Por encima de nuestras cabezas sobrevuelan helicópteros en un constante ir y venir del campo base. Las agencias de viaje de Katmandú ofrecen viajes diarios al campo base en helicóptero; atraen a los clientes con desayunos de lujo y tiempo fructífero en alta montaña antes de devolverlos a la capital con tiempo para la cena.

Lynn ha empezado a toser. Está pálida y callada, se le oye masticar medicinas a cada pausa, pero ninguna pastilla de su farmacia itinerante parece calmarla y la tos solo empeora.

A 4.400 metros de altura pedimos un capuchino, preparado con todas las de la ley en cafeteras italianas. Las noches son notablemente más frías. A las seis y media se vacían los comedores de los hostales; la gente prefiere el calor tibio de los sacos de dormir a las corrientes de aire de las ventanas. Por otra parte, no hay mucho más que hacer por las noches.

En lo alto de un empinado cerro nos topamos con una planicie donde las banderas de plegaria cuelgan muy juntas. En las piedras y en las placas conmemorativas están escritos los nombres de algunos de los más de trescientos alpinistas que acabaron sacrificando su vida en su intento por alcanzar la cima de la Sagrada Madre. Seguimos arrastrando los pies sumidos en aire enrarecido y llegamos a un hostal con el fascinante nombre de **Oxygen Altitude Home**, **4.940 m s. n. m.**. En el comedor, las ventanas están empañadas debido a tanta ropa de lana húmeda que hay dentro. El mundo entero, personas de todas partes, sentadas muy juntas, beben té y comen fideos: japoneses, estadounidenses, neozelandeses, una chica española hace ejercicios de yoga delante de la chimenea, una pareja francesa se masajea, un padre alemán y su pequeña hija hablan entre susurros, tres mujeres rusas con buenas curvas se ríen a carcajadas. Unas Naciones Unidas en miniatura.

Temprano a la mañana siguiente, me despiertan los caballos del patio trasero. Están atados lejos unos de otros, sin embargo, se pelean, lanzan patadas, rechinan de dientes, bufan y relinchan.

A escasa distancia a pie, escondido entre rocas grises y montañas negras, se halla **The Pyramid**, **5.050 m s. n. m.**, el centro de investigación más alto del mundo y fundado por el Estado italiano en 1990. El edificio hace honor a su nombre, es de cristal y tiene forma piramidal, un pequeño Louvre anclado en el Himalaya. Debajo de la pirámide hay un hostal sencillo construido en piedra.

—Vigilamos el grado de contaminación del aire y medimos el

deshielo —explica Kaji Bista, de cincuenta años y director del centro—. También medimos la actividad sísmica y parámetros meteorológicos corrientes como la presión atmosférica y la humedad. Tengo una licenciatura en economía e historia y no soy hombre de ciencias, pero mido, anoto y reparo lo mejor que sé. Por desgracia no tenemos investigador de momento. Italia no tiene dinero. La mayor parte del tiempo estoy solo.

Dirige la mirada a las cimas blancas, donde el hielo se derrite y millones de partículas microscópicas de carbono de India y China revolotean en el nítido aire pobre en oxígeno.

—A veces las nubes encima de las montañas se vuelven marrones a causa de la contaminación —cuenta de forma sombría—. Los helicópteros contaminan también y además perturban a los animales salvajes. El calentamiento global empeora cada día. Por primera vez el río Lobuche casi no lleva agua y en invierno casi no hubo nieve aquí. Antes solíamos tener quince centímetros en invierno, el año pasado hubo cuatro, este año, menos de dos. En verano llueve más que antes y toda esa lluvia hace derretir los glaciares todavía más rápido. Los glaciares son nuestra reserva de agua, ahora desaparecen. Gran parte del año, los ríos bajan secos, pero en la época de las lluvias se desbordan.

Suspira casi inaudiblemente y espanta una mosca molesta.

—Cuando llegué hace veinte años, aquí arriba no había moscas. Ahora están por todas partes. Los lagos se secan y llegan los insectos. ¿Ves aquel glaciar allá lejos? —Señala una ladera azulada —. Allí cada día hay avalanchas. El glaciar se deshiela a gran velocidad, pronto desaparecerá. En invierno, la temperatura media fue de diecisiete grados bajo cero. Es el invierno más cálido registrado aquí.

Kaji echa una mirada rápida al reloj. En unas horas llegan treinta turistas indios. En temporada alta, la mayor parte del tiempo atiende a los turistas, en un intento de mantener el lugar en

funcionamiento.

—No es fácil ser optimista —concluye—. Los humanos seguimos cometiendo muchos errores. Quemamos bosques y contaminamos con plásticos. Los turistas y los porteadores suben plásticos hasta aquí. Contaminamos más y más. Más y más...

Sonríe tristemente y se va con paso ligero al edificio de piedra para hacer las camas y limpiar los baños. Yo vuelvo paseando a Oxygen Altitude Home. Frente al hostal discurre un arroyo medio seco y lastimoso. La anchura del lecho muestra que una vez fue un río. Aunque los propietarios de varias casas de huéspedes han hecho todo lo posible para atrapar el agua en finos tubos de goma, hay escasez de agua y, por lo tanto, está prohibido lavarse en todas las cabañas. Ni siquiera está permitido lavarse las manos. Un joven agachado en cuclillas vierte agua en un barril de plástico. El trabajo es lento; lleva tiempo llenar el cucharón.

El resto del día nos quedamos sentados mirando al techo, ociosos, mientras nuestros cuerpos producen glóbulos rojos a toda velocidad.

A la mañana siguiente nos despertamos con un paisaje blanco como la tiza. Las montañas han desaparecido detrás de una niebla gris, y por el aire danzan grandes y pesados copos de nieve casi pegados unos a otros. El tiempo no es lo único malo. Corro al baño una vez, después otra y una vez más, me tomo dos Imodium. Me enfundo el impermeable y salgo apresuradamente a la niebla. El trazado de lujo entre bosques de rododendro de las tierras bajas ya no existe, aquí el camino es pedregoso e intransitable, pero hay la misma cantidad de senderistas, subimos en tropel por muros rocosos. De pronto, tenemos que dejar pasar a los porteadores que arrastran cargas más grandes y pesadas que ellos mismos. Suben latas, refrescos, cartones de zumos y papel higiénico, y también bajan la basura de los alpinistas, reunida en grandes barriles azules atados a la frente con cinta adhesiva ancha. Los porteadores visten chándales

delgados y zapatillas de tenis humedecidas, algunos no parecen tener más de doce o trece años, con rostros finos y cuerpos pequeños que todavía no han culminado el crecimiento.

Gorak Shep, **5.164 m s. n. m.**, es la última estación antes de llegar al campo base. Solo los miembros de las expediciones tienen permiso para pasar la noche en el campo base, los demás tienen que pasar la noche en la repleta cabaña de Gorak Shep, a un par de horas de camino más abajo. Hacemos una pausa corta para almorzar. El pequeño comedor está abarrotado y letreros grandes anuncian que no hay agua en los grifos. Ahora Lynn está muy blanca y tiene una tos profunda y estertórea. No es la única, se oyen toses y carraspeos por todas partes. Comemos deprisa, evitamos las letrinas y nos apresuramos para seguir camino con el mal tiempo. Hay solo unos centímetros de visibilidad, apenas vemos nuestros propios pies y los demás excursionistas no son más que sombras oscuras en medio del blanco. Cuesta dar un paso, el aire enrarecido se percibe como jarabe espeso. Nos paramos a menudo y jadeamos en busca de aire sin que sea de mucha ayuda, una roca más, un pedregal más, arriba y más arriba, las sienes duelen de forma alarmante. Seguro que se debe solo al frío, pienso, quiero pensarlo, seguro que el dolor de cabeza se debe solo al esfuerzo, a las delgadas correas de la mochila, pasará, no es peligroso.

Hay un regocijo general cuando vislumbramos manchas amarillas entre la niebla. Las cámaras y los móviles disparan, senderistas cansados enderezan las espaldas y posan triunfantes junto a las banderas de plegaria y al letrero donde está escrito **CAMPO BASE DEL EVEREST 5.369 M**, **5.364 m s. n. m.**. Oficialmente el campamento está situado a 5.364 metros de altura, pero es obvio que a los rotulistas les habrá afectado el aire enrarecido de las alturas.

Por fortuna, nuestro campamento no está lejos de la entrada. Pasang, que se conoce aquello como la palma de la mano, nos guía por entre el montón de tiendas de campaña amarillas —por una u

otra razón todas son amarillas— y nos lleva a una pequeña altura contigua al lugar donde aterrizan los helicópteros. El suelo es irregular, cubierto de grava; todo el campo base está situado encima de un glaciar en deshielo. Greg, un estadounidense bien plantado y risueño, nos recibe con entusiasmo:

—¡Normalmente acostumbro a dar la bienvenida a un soleado campo base, pero hoy debo conformarme con daros la bienvenida simplemente al campo base! —dice radiante.

Nos acompaña a una tienda grande. En una larga mesa, han dispuesto cuencos con snacks americanos y golosinas. Nos dan a cada uno una taza con zumo caliente y un plato con tacos. Después compramos costosas tarjetas de prepago y nos conectamos a la red local de wifi. Un aluvión de noticias de casa aparece en las pantallas. La señal es muy satisfactoria.

La zona del campamento es tan grande que no se ve el final, ni siquiera a plena luz del sol. El pequeño rincón que nos han asignado está equipado con lavabos, una tienda de ducha, dos tiendas de cocina, dos comedores, una estación de carga, una tienda amarilla para cada uno de los clientes, y otras tiendas para los sherpas, el personal de cocina y el resto del personal. Llevar a dieciocho hombres y mujeres a la montaña más alta del mundo exige mucha logística. En lo alto del campamento se alza la tienda de control de Greg; desde ahí él y el subdirector controlan las predicciones del tiempo y los tres grupos de alpinistas que, a cada rotación, ascienden un poco más, primero al pico de Labuche (6.119 m s. n. m.), después al campo 2 (6.492 m s. n. m.), finalmente al campo 3 (7.470 m s. n. m.). Cuando se han superado las rotaciones, solo queda esperar las condiciones climáticas perfectas para lanzarse a la cima. Todo el proceso lleva unos dos meses.

A Lynn, a Jade y a mí nos asignan nuestras respectivas tiendas amarillas en un pequeño promontorio alejado de los lavabos. Extiendo el saco de dormir y me arrastro hacia dentro. El dolor de

cabeza ha empeorado. Los paracetamoles que me tomé no sirven de mucho. En la tienda de campaña vecina, Lynn tose y tose, casi no le queda voz. Ninguno de nosotros abandona la tienda hasta que el cocinero nos llama con la campanilla para la cena. Tres hombres en la treintena ocupan ya sus asientos en la tienda comedor cuando llegamos. Nos saludan amablemente, pero están más pendientes de su propia aclimatación.

—Santo cielo, ya no aguanto más la espera —se queja uno.

—Si no podemos subir al campo 3 esta noche, enloqueceré —replica el otro.

—Esta espera es agotadora —se muestra de acuerdo el tercero—. Estar solo tumbado todo el día en la tienda de campaña y no hacer nada me vuelve loco.

Nos dan hamburguesas para la cena, los cocineros hacen todo lo posible para satisfacer nuestros paladares occidentales. Yo no tengo hambre y solo picoteo la comida. Como entretenimiento esa tarde podremos acompañar a Greg a la tienda de control y ver los tanques de oxígeno que usan los alpinistas.

—¡Uauu, esto es genial! *A dream come true!,* ¡un sueño hecho realidad! —pía Lynn con la poca voz que le queda.

Ha oscurecido cuando regresamos a nuestra tienda. Me enfundo en el saco de dormir con la ropa puesta y me duermo enseguida. Pero me despierto al rato respirando con dificultad. El agua de la botella se congela lentamente, y me resulta imposible encontrar una postura cómoda en el delgado colchón. En la tienda vecina se suceden muy seguidos los ataques de tos.

Al día siguiente el sol brilla en un cielo azul cobalto y hay vistas despejadas hasta el Tíbet, que, a decir verdad, no está demasiado lejos, la frontera entre Nepal y China atraviesa la cima del Everest. El campo base es como una isla pigmentada de amarillo, circundada por las cumbres más majestuosas que jamás había visto. Picos escarpados se elevan hasta ese cielo luminoso; desde aquí parece

que vayan a quebrarse en cualquier momento.

La noche intranquila me hace sentir todavía más cansada, solo ir al baño se ha convertido en un desafío insuperable. Apática, miro a Jade desayunar, yo continúo sin poder probar bocado. Mi cerebro es una masa amorfa. Después tardo media hora en encontrar el cepillo de dientes dentro del neceser. Me tumbo encima del saco de dormir para reunir fuerzas antes de ponerme a buscar la crema solar, que ha desaparecido por arte de magia, no la encuentro por ningún lado. Al final me doy por vencida y abro un tubo nuevo, me unto un poco de crema en la cara y me desplomo agotada en el saco de dormir otra vez. Más tarde encontraría las cosas en los lugares más extraños, el cargador del móvil escondido en la bolsa de la ropa sucia, las gafas de leer, en el neceser. Los pensamientos circulan tan lentamente que casi se estancan, las señales nerviosas trajinan por el fango, los razonamientos están empantanados, aminoran y desaparecen.

—¿Cómo te encuentras? —gorjea Greg con frescura matutina fuera de la tienda.

—No muy bien —reconozco y me echo a llorar para consternación mía. Me saltan las lágrimas sin poder contenerlas. Greg me pregunta por los síntomas y me pide que me tome las pastillas contra el mal de montaña. Yo protesto, no pienso racionalmente, casi ni pienso en realidad; argumento que se me pasará si simplemente me doy tiempo para aclimatarme a la altura. Solo necesito un poco de tiempo, me oigo decir a mí misma.

—Haz lo que te digo —insiste Greg—. Si empeoras, tendremos un problema. El helicóptero no siempre puede aterrizar aquí, y ¿qué hacemos entonces? Tómate las pastillas, solo tómatelas. Hazlo por mí.

Me seco las lágrimas, trago las pastillas que me da y me arrastro hacia mi cueva amarilla. Cierro los ojos. Solo quiero estar así, tumbada con los parpados dorados por el sol. La sola idea de tener

que hablar con alguien, hacerle preguntas, tomar notas se me antoja absurda.

A media tarde, Pasang me obliga a salir de la tienda.

—Tienes que moverte —me ordena ella—. ¡Arriba, arriba!

Salgo a gatas y, a duras penas, me calzo los zapatos. El objetivo de la expedición es Crampon Point, lugar donde los alpinistas se colocan los crampones para enfrentarse a la temida cascada de hielo que todos tienen que franquear a cada rotación. Aquí la masa de hielo está llena de grietas y fisuras y, además, se mueve continuamente; cada día, grandes bloques de hielo se desmoronan ladera abajo.

Dejamos atrás, una tras otra, las hileras de tiendas amarillas. Me quedo rezagada todo el tiempo y jadeo en busca de aire. Incluso Lynn, que tose como una paciente de tuberculosis en su último estadio, es más rápida que yo.

En el camino de vuelta hasta mi ansiado saco de dormir, pasamos por la clínica para tener una charla con la médica de guardia, una vivaz escocesa de unos cuarenta años.

—Hasta el momento, este año, hemos tratado a trescientos cincuenta y siete pacientes —me cuenta—. La mayoría sherpas, estamos aquí por ellos. La mayor parte presentan dolencias bastante leves, sobre todo bronquitis e infecciones de las vías respiratorias. Por desgracia, muchos sherpas tienen tanto miedo de perderse la temporada de alpinismo que ni siquiera acuden a nuestra consulta, aunque lo necesiten. También tenemos muchos turistas con mal de montaña. Algunos suben demasiado deprisa y no se dan tiempo para aclimatarse. Los peores son los que llegan a lomos de un animal. Caballos de la vergüenza los llamamos. Los que no consiguen llegar a pie no deberían estar aquí. La gente no se hace cargo de lo peligrosa que es la altura. La altura mata.

En el trayecto de vuelta al campamento me caigo de sopetón hacia delante. Las piedras resbalan bajo mis pies y logro a duras

penas parar el golpe con las manos.

Del resto de la tarde y la noche no recuerdo nada.

A la mañana siguiente, cepillarme los dientes es un auténtico placer y desayuno dos huevos fritos. La medicina ha hecho efecto. Por el contrario, Lynn ha empeorado durante la noche y ya no sale de la tienda.

Un alpinista nuevo ha aparecido en la tienda-comedor: Sam, un hombre de negocios británico en la cincuentena, acaba de llegar de la rotación al campo 2 y tose con estertores, como si sus pulmones estuvieran a punto de estallar.

—¿Qué os empuja realmente a hacer esto? —le pregunto.

—Quiero poner a prueba los límites de mi cuerpo —consigue decir Sam entre ataques de tos.

—Mi objetivo es subir *The Seven Summits,* las montañas más altas de cada continente —cuenta José, un treintañero que conocí la noche anterior—. Me falta el Everest.

—Pero ¿por qué ese deseo de coronar las montañas más altas de cada continente? —digo para salir al paso de su respuesta.

Se encoge de hombros:

—Es algo que mi hermano y yo empezamos juntos. Él ya se ha dado por vencido, así que me he quedado solo.

—¿Cuánto has tardado en subir al glaciar esta vez? —le pregunta Sam.

—Tres horas y veinte minutos.

—¿Cómo es posible? Yo tardé unas seis o siete horas. ¿Y para bajar?

Doy las gracias a la industria farmacéutica cuando a media mañana casi troto por el glaciar para seguir el paso de Pasang. Adelantamos sherpas que toman el sol para coger calor y alpinistas que chatean por el teléfono móvil. Finalmente, paramos junto a una gran tienda de campaña comedor. Sentada en una silla, en una esquina del fondo, encontramos a Fur Diki Sherpa. Su cara ancha y

angulosa ha ennegrecido, quemada por el sol, la piel de las mejillas y de la nariz se descama.

—Tenía diecinueve años cuando me casé —dice con voz grave—. Mi marido, Mingma Sherpa, trabajaba de especialista en cascadas de hielo, igual que mi padre.

Los especialistas en cascadas de hielo son los encargados de montar rutas de escalada por la cascada e instalar puentes, escaleras y cuerdas para los alpinistas occidentales.

—Mi padre murió de muerte natural. Tenía sus buenos sesenta años cuando nos dejó y murió en casa. Mi marido murió trabajando. El 7 de abril de 2013 se desplomó por una grieta y pereció. Me dieron la noticia a las cuatro de la tarde. Al principio me negaba a creer que fuera cierto, pero cuando llegó el helicóptero, me hice cargo de lo sucedido. Temía por él constantemente cuando estaba trabajando y esa vez sucedió lo peor.

Con otra viuda, Ngima Doma Sherpa, Fur Diki ha planeado escalar el Everest para honrar a su marido y concienciar acerca de la situación de las viudas de los sherpas.

—Hace unos siete u ocho días fui al campo 2 —sigue contando—. Fue una excursión muy emotiva. Cuando ascendía por la cascada de hielo, solo pensaba en mi padre y en mi marido y lloré mucho. Los primeros años tras la muerte de Mingma me sentí totalmente sola, no conseguía hacer absolutamente nada, pero hace tres años, me invitaron a participar en un programa dedicado a las viudas de sherpas en Katmandú. Participaban unas sesenta o setenta viudas. Nos preguntaron si habíamos recibido algún tipo de ayuda de las autoridades nepalíes; ninguna de nosotras había recibido nada. Hago esto para que nuestras voces sean escuchadas, pero también porque quiero entender mejor el trabajo que hacían mi marido y mi padre. Subían totalmente solos, acarreaban cuerdas y escaleras, no tenían nada para ayudarse a sí mismos. Nosotros, por el contrario, ascendemos por escaleras y cuerdas que los sherpas ya han subido e

instalado para nosotros.

Me mira directamente a los ojos, no aparta la mirada de mí.

—Me refiero a que la gente debería saber apreciar de verdad el trabajo de los sherpas —dice—. Son ellos los que hacen el trabajo duro y no los alpinistas. Sin ellos nadie conseguiría escalar esta montaña.

En el extremo del enorme campamento, se halla el Comité de Control de Contaminación. En la tienda oficina provisional hay un solo funcionario encorvado sobre un libro de anotaciones abarrotado de letra. Frente a él hay un hombre con traje militar que no aparta la mirada de la pantalla del móvil.

—Cada alpinista tiene que bajar ocho kilos de basura, o no se les devuelve el depósito de cuatro mil dólares —me informa el funcionario sin levantar la vista de las cifras—. Tenemos puestos de control en la cascada de hielo y controlamos que todo el mundo cumpla las reglas. Los medios de comunicación se pasan de la raya con eso de que el Everest es una montaña de basura, las imágenes que publican a menudo son viejas.

Resopla molesto.

—Este año hemos puesto en marcha una campaña de limpieza extra en colaboración con el ejército y el departamento de turismo, entre otras administraciones. Las tres últimas semanas hemos limpiado el campo base y ahora subiremos al campo 2. Hasta la fecha hemos sacado más de una tonelada de basura, principalmente metales, cuerdas y tiendas. El próximo año subiremos todavía a más altura.

El funcionario se queda en silencio y se concentra en las cifras. El hombre con uniforme militar se inclina hacia mí y me dice en voz baja: «En realidad no tengo permiso para dar mi opinión, pero si me promete usted no citarme, le puedo dar un poco de información».

Le prometo que no desvelaré su nombre, él coge su teléfono móvil, rebusca un poco y lee en la pantalla:

—La acción de limpieza empezó en Lukla el 14 de abril. Se reunieron dos toneladas de basura y se mandó a Katmandú para ser reciclada. —Pulsa la pantalla hacia atrás con rapidez—. El 19 de mayo se limpiará la zona de Namche Bazaar a Gorak Shep, y toda la basura acumulada se mandará a Katmandú para ser reciclada. El 29 de mayo viene el ministro de Defensa para participar en una ceremonia. —Aparta la vista del teléfono—. Le pido humildemente que no desvele que he sido yo quien le ha dado esta información. Diga que se la ha proporcionado él —dice y señala al funcionario al otro lado de la mesa que ahora aparta la vista de las cifras.

—¿No será usted periodista? —Sus ojos rasgados se acentúan todavía más—. No me gustan los periodistas.

Le aseguro que no soy periodista, sino escritora.

—Menos mal. Los periodistas escriben lo que les viene en gana, no se ajustan a la verdad. Y la verdad es que este lugar es uno de los más limpios de Nepal, pero el turismo conlleva ciertos retos. Los turistas son buenos para la economía, pero dañinos para el medio ambiente. Con ellos llega la basura, porque a los extranjeros les encanta el papel higiénico, las Pringles y la Coca-Cola. Sin embargo, el principal problema son los porteadores. En general están poco preparados y tiran basura por todas partes. Pero aquí en el campo base son los desechos humanos el principal problema, ya me entiende... —Se inclina hacia mí a punto de estallar—: ¡Trece mil kilos de excrementos! Es lo que bajamos cada año del campo base. Toda esa mierda la producen mil personas en dos meses.

—Acabo de leer que también bajáis los cadáveres que aparecen cuando el hielo se derrite —digo—. ¿Es correcto?

El funcionario resopla irritado.

—¡No, no es correcto! Esto es lo que a los medios de comunicación les encanta decir, ¡pero es mentira! ¡Precisamente son estas falsedades la razón por la que no me gustan los periodistas!

—Lo siento, pero tenía que aclararlo —digo—. De todas maneras,

es mejor que les cite a ustedes que se hallan aquí arriba que a otras fuentes menos fiables.

Más tarde esa misma noche, el jefe del Ministerio de Turismo informa de que se han bajado cuatro cadáveres del Everest. La noticia viaja por todo el mundo en pocas horas.

Una telaraña de estrellas luce en el ennegrecido cielo y la Vía Láctea se expande como un delicado velo de gasa por el universo. Las montañas, que rodean el campamento como si fueran la tribuna de un anfiteatro, se intuyen más que verse. En el campamento vecino hay luz en todas las tiendas. De una de ellas emanan mantras meditativos y ritmos básicos de tambor. Después se apagan y son reemplazados por ruidos de cremalleras que se abren y cierran. Fuertes pasos de botas. El campo de visión se llena de oscilantes haces de luz procedentes de linternas frontales. Durante las horas que preceden al amanecer, las luces van desapareciendo a más y más altura por la cascada de hielo, empequeñecen y empequeñecen, finalmente parecen lentos cometas.

Tan pronto como el sol matutino se alza por encima de las crestas montañosas, se rompe el encantamiento. Los helicópteros sobrevuelan el cielo martilleando sin parar mientras hay luz solar. Uno de ellos es el chárter para Lynn, que no tiene fuerzas para recorrer el largo camino de vuelta a Lukla, como tenía pensado.

El ambiente a la hora del desayuno es tenso. Al último grupo de alpinistas todavía no les han dado la señal definitiva que les permitirá lanzarse a la rotación para subir al campo 3.

—Estoy al borde de la desesperación —se queja José y tabletea impaciente con los dedos en la mesa.

Avanzada ya la tarde, llegan alpinistas de los demás grupos que han terminado la última rotación en ese momento. Aterrizan uno tras otro en la tienda de campaña que hace de comedor, exhaustos, eufóricos, tosiendo. Parecen astronautas con sus amplias vestimentas exentas de forma. Hace un mes eran dieciocho, ahora

solo quedan trece. Cinco se han dado por vencidos y han vuelto a casa.

—Yo he escalado seis de las siete cimas, me falta el Everest —cuenta Bruce, un dentista estadounidense de unos cincuenta años—. Lo más duro del Everest es la aclimatación. Subes al campo 3, a más de siete mil metros y bajas de nuevo. Toma tiempo. En las alturas, todo el mundo tiene aspecto de estar ingresado en cuidados intensivos. Nos movemos con infinita lentitud. De todas maneras, todo iba bien hasta que cogí esta endemoniada tos.

De repente se encoge preso de un terrible ataque de tos.

—Pero soy duro de pelar —continúa cuando ha pasado lo peor—. La tos no va a detenerme. Me gusta la sensación de dominar algo difícil, no sé si es la explicación de que haya tantos médicos y dentistas aquí arriba. Ya sea porque tenemos dinero o porque muchos de nosotros tenemos personalidad del tipo A. La gente aquí arriba tiene un brío propio, todos somos personalidades de tipo A.

Las llamadas personalidades de tipo A se tienen por inquietas, impacientes, ambiciosas y con un característico instinto competitivo.

Un hombre alto y delgado se sienta en la silla libre a mi lado. Se llama Avêdis Kalpaklia, pero le llaman Avo, es del Líbano, pero de origen armenio y tiene cuarenta y siete años y medio.

—Este es un viaje espiritual para mí —proclama y agita los brazos teatralmente. Parece estar en una escandalosa buena forma tras haber descendido de los 7.000 metros—. ¡Sueño con las montañas todo el tiempo! El año pasado escalé veintisiete cimas. En un día, coroné seis cimas, tardé doce horas. En total he coronado sesenta cimas de más de cuatro mil metros. Algunos dicen que escalar montañas es una huida, pero a mí no me lo parece, yo me he encontrado a mí mismo.

—¿Estás casado? —le pregunto.

Me muestra la mano izquierda. En el dedo donde se lleva en

general el anillo de casado, lleva tatuado un anillo con una montaña: Ararat, orgullo de Armenia y el símbolo nacional más relevante. En la actualidad, la montaña también simboliza todo lo que el pueblo armenio ha perdido: en la década de 1920, Ararat acabó en el lado turco de la frontera y con sus 5.136 metros es la montaña más alta de Turquía.

—Estoy casado con las montañas, así que tengo varias mujeres —profundiza Avo y sonríe contento—. Hasta el momento, Denali, en Alaska, es mi favorita, pero tengo la sensación de que esto va a cambiar ahora. Las montañas de aquí son mágicas. Hay espíritus en cada rincón y esos colores: verde, azul, blanco... También son totalmente mágicos.

—¿Qué harás cuando hayas alcanzado la cima del Everest?

—¡Seguiré escalando montañas! Siempre tengo en mente nuevas cimas, ¡quiero más y más magia!

De vuelta a la tienda, mareada con tanta charla sobre las personalidades tipo A y la poligamia, me topo con Sam, el hombre de negocios británico. El médico de guardia le ha recetado antibióticos contra su infección de las vías respiratorias y ahora está buscando a alguien para compartir el helicóptero hasta Katmandú.

—No creo que pueda terminar la ascensión —admite—. Todas esas rotaciones arriba y abajo, uno no consigue nunca descansar de verdad. Y como no se puede uno alojar en un hotel durante la espera. No lo considero una derrota porque, en realidad, no contaba con lograrlo a la primera. Además, no hay mucha gente que sepa que estoy aquí arriba.

Russell Brice, el neozelandés de sesenta y siete años y figura de la televisión, es una cara conocida en el ambiente alpino: ha escalado las catorce montañas de más de 8.000 metros, ha hecho dos veces la cima del Everest, además de haberla sobrevolado dos veces en globo aerostático.

—Mi campamento es el único que tiene vistas al Everest —

declara contento y señala un modesto triángulo blanco enmarcado entre picos puntiagudos—. Esta es la vigesimosexta expedición que dirijo. Llegué aquí por primera vez en 1974. Desde entonces la situación económica de los sherpas ha mejorado mucho. Sus hijos pueden ir a la escuela y sus casas son mejores. Pero ahora hay más contaminación y basura aquí. Varios cientos de turistas llegan a diario al campo base. Cuelgan banderas de plegaria aquí y allí, garabatean en las rocas y defecan por todas partes. En mi primera expedición al Everest éramos diez personas las que íbamos a hacer la ascensión. Fue en 1981. ¿Cuántas hay este año?

Russell hace una pausa dramática y se responde a sí mismo:

—¡Trescientas ochenta y una! Sin contar a los sherpas, así que duplica la cifra. Es una locura total.

No parece que en ningún momento sea consciente de que él mismo con sus veintiséis expediciones haya contribuido también a comercializar y hacer accesible el Everest.

—Además muchas de las empresas organizadoras están mal llevadas —continúa con desprecio—. Traen a alpinistas que nunca deberían estar aquí arriba, gente que no sabe cómo utilizar crampones o botellas de oxígeno. Tal como va ahora la cosa, es barra libre. ¡Pero santo cielo, hablo y hablo y no es conmigo con quien deberías hablar, sino con Phurba! ¡Eh, Phurba, acércate!

Aparece un hombre bien plantado y tímido.

—¡Cuéntale a ella cuántas veces has hecho la ascensión al Everest, Phurba! —le ordena Russell.

—Veintiuna veces —responde en un inglés macarrónico.

Durante cuatro años, Phurba Tashi Sherpa fue la persona que poseía el récord de ascensiones al Everest, pero en 2018, fue superado. Hasta el momento, el récord está en veinticuatro veces.

—Empecé como cocinero de expedición en 1996 —sigue contando Phurba—. Mi padre también lo fue y mi tío fue sherpa alpinista, así que para mí era natural iniciarme en la misma rama

laboral. En 1999, hice mi primera ascensión al Everest. Ahora tengo sesenta yaks, tres hijos y dos hijas. Dos de ellos estudian en Katmandú, uno es monje y dos viven en casa todavía.

—¿Quieres que tus hijos sigan tus pasos? —le pregunto.

Phurba duda.

—No sé si se lo recomendaría —dice finalmente—. Pero tienen que poder hacer lo que ellos quieran.

—¿Has perdido a amigos durante las expediciones?

—Solo una vez. Un amigo mío, francés, que intentó descender con snowboard desde la cima.

—Lo que quiere decir es que solo ha perdido un amigo yendo en la misma expedición —interrumpe Russell—. ¡Ha perdido muchos amigos aquí arriba!

—¿Añoras ascender a la cima? —le pregunto a Phurba.

Esa vez no tiene que pensárselo.

—No. Veintiuna veces son demasiadas. Mis padres y mi mujer me pidieron que lo dejara... —Sonríe por primera vez—. Me gusta estar en el campo base y dirigirlo todo desde aquí.

—Entiendo muy bien que tu familia te pidiera que lo dejaras —le digo—. Era un trabajo peligroso.

—Tenía un cincuenta por ciento de peligrosidad —dice Phurba—. Aunque lo hagas todo perfecto, no tienes el control sobre la naturaleza. Estoy contento de haberme jubilado. Ya sé todo lo que hay que saber sobre la ascensión al Everest.

Me sentí feliz al abandonar el campo base. A cada hora de descenso, el aire era más denso y pronto estuvimos rodeados otra vez de aromáticas coníferas y arbustos de rododendros en plena floración. Trotaba cuesta abajo con el cuerpo ligero. Unos días después tomaba un vuelo matutino, lleno hasta los topes, con destino Katmandú.

Sam, el hombre de negocios británico, viajó a Katmandú en helicóptero un par de días más tarde de haber abandonado yo el

campo base. Los demás miembros de las expediciones que me encontré allá arriba alcanzaron la cima y todos llegaron ilesos abajo.

Pero no todos corrieron la misma suerte. La temporada de 2019 sería una de las más mortíferas de la historia de la montaña: la penúltima semana de mayo dio paso a la esperada llegada del buen tiempo y cientos de alpinistas intentaron alcanzar la cima. El resultado fue colas de horas en «la zona de la muerte» próxima a la cima. En total once alpinistas perdieron la vida.

Sesenta y seis años después de que Edmund Hillary y Tenzing Norgay alcanzaran la cima, el turismo de masas comercializado y organizado se ha apoderado de la Diosa del Cielo como una máquina de muerte para personalidades de tipo A.

Escribimos 2019 y ya no queda ninguna mancha blanca virgen en el mapa. Pero sigue existiendo el infierno blanco.

Historias de la capital

—Nuestra casa se quemó el año pasado, y tardamos cuatro meses en reconstruirla —contó Sharmila Pariyar. La mujer de treinta y seis años tenía un rostro robusto y no sonrió ni una sola vez durante la conversación. Vivía en una chabola cerca del **aeropuerto**, **1.338 m s. n. m.**, con su marido y sus hijos. La pequeña y sencilla habitación estaba equipada con una cocina en una esquina y una cama; a lo largo de la pared había algunas cajas con ropa, colchones delgados para dormir y una radio barata. Me acompañaba Savitri como intérprete y los dos nos sentamos en la cama, el único lugar de la chabola donde poder sentarse. Sharmila estaba en cuclillas en una esquina y lavaba los platos mientras hablaba. Su voz era profunda y decidida:

—Los vecinos habían encendido velas a un dios hindú, así empezó el incendio. Primero se incendió su casa, después la nuestra. Pudimos salvar la mitad de la ropa y algunas alfombras, pero la casa no pudo salvarse. Yo grité tan fuerte para pedir ayuda que mi voz se esfumó durante cinco días. Cuando los policías llegaron, empezaron a traer agua de los vecinos, pero no fue suficiente para poder apagar el incendio. Cuando al fin llegaron los bomberos, ya no había fuego.

Dos niños con sandalias, chaqueta gruesa y gorro aparecieron en el umbral de la puerta y me miraron con sus grandes ojos. Después echaron a correr.

—Todas las personas que viven aquí lo pasan mal, pero a mí, mi marido no me ayuda y tengo que mantener a mi familia yo sola —

dijo Sharmila—. ¿Quizás podríais ayudarme económicamente? Necesitamos ayuda. No podemos salir adelante solos.

—Lo siento —dijo Savitri, que obviamente tenía la respuesta preparada y esquivó la demanda—: cada día encontramos personas como tú y muchos todavía están en una situación peor. No podemos ayudaros a todos, lo único que podemos hacer es contar tu historia.

—Mi marido es de las montañas, pero yo soy de las tierras bajas —dijo Sharmila. Si se sintió decepcionada no lo demostró. Había terminado de lavar los platos y se puso a cortar patatas en finas rodajas.

»La familia de la que provengo no pertenece a ninguna casta. Éramos muy pobres y no teníamos suficiente comida. En esos tiempos, muchos pensaban que las niñas no debían ir a la escuela, así que ni yo ni mis hermanas recibimos una educación. Yo fui dos años a la escuela y luego lo dejé. Mi madre no se preocupaba de que mi uniforme estuviera limpio y bonito y no tenía dinero para comprar lápices ni libros. Dado que yo no pertenecía a ninguna casta y llevaba ropa sucia, los maestros me trataban mal. Cuando era una niña, los hombres de las castas superiores no solían prestarme atención, pero cuando cumplí los trece, empezaron a toquetearme por todo el cuerpo. Una vez casi me violan, pero conseguí escapar antes de que el hombre llegara a la penetración. Recuerdo todo lo que pasó, todos los intentos, todas las veces que me toquetearon. Esto me asustó, pero los hombres también tenían miedo. Hacían todo lo posible para no ser vistos. Los chicos de mi edad tenían novia; los que abusaban de mí eran hombres viejos con esposa e hijos.

Apareció una mujer en la puerta y empezó a chillarle a Sharmila, esta le respondió con tranquilidad. La mujer le gritó un poco más y desapareció.

—Tenía diecisiete años cuando me casé —continuó Sharmila a la vez que sacó un cuenco, lo llenó de arroz cocido y se lo dio a su hijo

menor, que seguía la conversación, sentado en el suelo y en silencio —. El matrimonio fue concertado. En esos tiempos, casarse por amor ya era habitual, pero donde vivíamos nosotros éramos los únicos descastados, así que nadie quería ser mi novio. Mi marido vino de un pueblo de las montañas a cuatro horas de distancia en autobús. Nuestro primer encuentro fue el día de la boda; era muy normal entonces. Recuerdo que durante la fiesta estaba asustada, me daba miedo lo que vendría después, tener que acostarme con él. El primer año vivimos con sus padres y fue duro para mí. Nunca había trabajado en el campo, porque mis padres no tenían tierra. Mis suegros me regañaban porque creían que yo no trabajaba duro. Finalmente nos trasladamos aquí y a mi marido le dieron trabajo en la tienda de mi hermano.

Entró Prabina, su hija mayor. Venía de lavar la ropa de dos familias ricas para las que su madre trabajaba.

—He terminado el décimo grado y creo que el examen me fue bastante bien. —Sonrió—. Quiero continuar hasta el grado duodécimo y después pienso ir al extranjero.

—¿Adónde te gustaría ir? —le pregunté.

Prabina se encoge de hombros y vuelve a sonreír:

—¡A un buen país! No importa cuál.

—Mi marido bebe demasiado —dijo Sharmila, que ahora estaba barriendo el suelo—. Sigue trabajando en la tienda, pero debido a la bebida gana peor sueldo que antes. Bebe cada día, incluso cuando está enfermo. Sin embargo, es un buen hombre, porque no va con otras mujeres y, a pesar de todo, me da un poco de dinero de vez en cuando; no es que me lo dé siempre. Cuando no bebe me quiere, pero cuando bebe, me pega. ¡A menudo se sirve de sartenes y cazuelas para atizarme, y una vez incluso uso el scooter! He tenido morados en cada centímetro del cuerpo. Hace cosa de un mes, Prabina dijo basta, no podía tolerar ya más que me siguiera maltratando y le devolvió los golpes. Después fue a buscar a la

policía y ellos nos hicieron llegar a un acuerdo: podemos pelearnos con palabras, pero no con los puños. Ahora, él solo me grita. Por cierto, ¿tenéis hambre?

Nos miró interrogativa. Le agradecimos la invitación, pero le dijimos que no. Sharmila sacó un cuenco con arroz para ella y comió deprisa:

—Trabajo regularmente para tres familias —explicó—. Debo estar en la última casa a las doce.

Una vez vaciado el cuenco, se despidió de nosotros rápidamente y se fue a toda prisa. Prabina se sentó sonriendo en la cama, junto a mí y a Savitri.

—En el grado undécimo quiero especializarme en periodismo —contó—. Quiero escribir sobre las personas que viven una situación similar a la nuestra. La vida en el barrio de chabolas es dura. Hay tantos drogadictos, tantos alcohólicos. Nunca hablamos con los hombres que merodean por las calles y nunca salimos después de las seis o las siete de la tarde. Me gusta la escuela, pero no me resulta fácil concentrarme para hacer los deberes, porque mis padres se pelean todo el rato. ¡Desearía tener mi propia habitación!

A room of one's own! Su deseo no era difícil entender.

—¿Y en qué más sueñas en la vida? —le pregunté.

—Deseo una vida mejor que la de mamá —respondió la muchacha de diecisiete años, con voz grave—. Sueño con un trabajo y una vida estables. Un trabajo estable en la policía o el ejército, algo que me proporcione ingresos seguros y una pensión de jubilación cuando sea mayor. Esos son mis sueños.

—Hice todo lo posible para ganar dinero, pero las deudas aumentaban constantemente —contó Bimala—. Abrí una tienda, pero ningún cliente pagaba a tiempo y tuve que cerrar. Intenté criar ganado, pero tampoco dio beneficios. Finalmente, para ganarme el

sustento, tuve que coger trabajo de temporera en otras tierras, pero el dinero que ganaba no me alcanzaba.

Bimala tenía treinta y nueve años, pero aparentaba al menos diez más. Nos encontramos en una sala para seminarios del Centro Pourakhi, una organización de apoyo a trabajadoras migrantes y respondió dócilmente, casi en actitud sumisa, a todas mis preguntas.

En el hombre con el que sus padres la casaron cuando tenía dieciséis años no halló ayuda alguna. No le pegaba y se portaba bien con sus tres hijos, pero el dinero que ganaba en la fábrica de ropa (cuando todavía trabajaba allí) se lo fundía sistemáticamente en la bebida. Su hija menor, de siete meses, se cayó de la cama y se fracturó la cabeza. Los médicos dijeron que moriría si no se operaba.

—Pedí un crédito para pagar la operación —contó Bimala. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo la traje al mundo y me sentía obligada a ayudarla a pesar de que no teníamos dinero. Al final, el banco me amenazó con quedarse la casa y la gente del pueblo se negó a prestarme más dinero. Dijeron que como yo tenía dos hijas, podía dejar morir a una. Todos los demás se fueron al extranjero y pensé que yo también podía probar suerte. Necesitábamos dinero. Mi hijo de seis años pedía comida y yo no tenía nada para darle, ni siquiera arroz.

Millones de nepalíes pobres emigran a otros países asiáticos para ganarse la vida. En un intento de proteger a las mujeres contra la explotación, las autoridades han prohibido que los ciudadanos nepalíes trabajen como criados o criadas en los países del golfo Pérsico, que son los que acogen a la mayoría de los trabajadores nepalíes migrantes. La prohibición ha empeorado las cosas para muchas mujeres desesperadas que ahora quedan en manos de agencias ilegales y de cínicos intermediarios. Para Bimala la estancia en Kuwait, uno de los países más ricos del mundo, fue una pesadilla:

—La señora solo me daba comida una vez al día y siempre era de dos días antes. Solo me daba arroz frío, nada de verduras ni carne. Ni siquiera me daba sal, yo solía lamerme el brazo para sentir el sabor salado en la lengua. Había seis niños en la familia y yo era la única criada, tenía que trabajar sin descanso. Lavar la ropa a mano, hacer la comida, ocuparme de los niños y trabajar sin pausas desde las seis de la mañana hasta las dos de la madrugada. Durante el día solo podía ir una vez al lavabo. Por la noche dormía en un fino colchón, en el armario de los juguetes. Cuando la señora no estaba contenta conmigo, me golpeaba con fuerza. Había instalado cámaras por toda la casa, incluso donde yo dormía, para poder controlar que trabajaba duro incluso cuando ella estaba en el trabajo. Si un niño lloraba más de unos segundos, me regañaba. Una vez, mientras lavaba la ropa me caí y me lastimé la cabeza. No pude trabajar como es debido en dos semanas, me desmayaba constantemente. Le pregunté si podía tomarme tiempo libre, solo unas horas de descanso, pero la señora se negó.

Bimala aguantó cuatro meses. Llamó al agente y le pidió que le dieran otra familia, pero le dijeron que no podía cambiarse antes de transcurridos los seis meses. Ella pensó que quizás no sobreviviría dos meses más y decidió escapar:

—Me marché un viernes. Tres niños estaban en la escuela, los otros tres dormían. Le dije a la señora que tenía que ir al baño, que era una emergencia. Primero se negó, pero fingí que era de una urgencia tal que me impedía trabajar y, al final, accedió. Generalmente, mandaba siempre a un niño conmigo de carabina, pero ese día dormían los tres. Ya habían huido cuatro criadas de la casa antes, por eso ella estaba tan alerta. Si me quedaba mucho rato en el baño, venía y golpeaba la puerta. No fui al baño, sino a la calle. Tenía un miedo horroroso de lo que la señora me haría si se daba cuenta de que estaba a punto de escapar, pero, por suerte, encontré un taxi casi enseguida. El chófer indio me llevó a la

embajada nepalí a pesar de no tener yo dinero. En la embajada había muchas mujeres en la misma situación que yo, y por primera vez en cuatro meses me dieron comida en condiciones. Las primeras semanas solo dormía y dormía. La señora me denunció a la policía por haber huido y tuve que cumplir once días de cárcel. Otra mujer fue acusada de haber robado oro. Ella todavía no ha vuelto a casa. Gracias a la ayuda del Centro Pourakhi pude volver a Nepal el pasado diciembre.

El Centro Pourakhi, llevado por mujeres que han trabajado en el extranjero, ofrece alojamiento de emergencia a trescientas mujeres al año y dispone de un teléfono para emergencias que está abierto las veinticuatro horas del día. Para muchas mujeres el centro es su única esperanza.

—Después de haber llegado a casa, me dieron clases de cocina —contó Bimala—. Éramos cinco mujeres en el curso y yo era la mejor de todas. Ahora espero que el Centro me ayude a conseguir un carrito para vender comida en la calle. Nuestra casa está a punto de ser subastada, y, de todas maneras, yo no puedo volver al pueblo porque les debo mucho dinero. Allí nadie sabe qué ha sido de mí. Solo saben que estuve en el extranjero y ahora creen que soy rica.

Sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez.

—Si no me ayudan, tendré que irme al extranjero de nuevo. No tengo alternativa.

Desde la calle, la casa tenía el aspecto de una vivienda corriente, rodeada de otros complejos de apartamentos de apariencia anónima. Pocos vecinos imaginaban que las chicas que vivían allí habían sido rescatadas de destinos terribles, perseguidas por peligrosos criminales.

Charimaya Tamang, una de las fundadoras de Shakti-Samuha, la primera organización del mundo llevada por y para víctimas de

tráfico de personas, era increíblemente menuda. Más baja que yo, más de un palmo, de complexión delgada y piel casi diáfana. Su voz era tenue, pero firme. A pesar de que sin duda ha contado su historia muchas muchas veces, nos la relató de forma tan viva que Savitri, que traducía, estalló en llanto durante la narración:

—Nací en 1976, cerca de Katmandú, y vengo de una familia sencilla. Mi padre era trabajador social en el pueblo, muy dispuesto a ayudar, al igual que mi hermano. Todo el pueblo dependía de mi hermano para tramitar el certificado de nacimiento, la nacionalidad y demás documentos importantes. Yo era una niña inquieta y traviesa. Fui la primera niña del pueblo que asistió a la escuela. Mi hermano fue quien me mandó. La escuela estaba a media hora de camino, pero después del quinto grado se terminaba. La escuela que daba los cursos más altos estaba lejos. En lugar de continuar, empecé a ayudar en la biblioteca y en las clases para adultos. Cuando el profesor se ausentaba, le sustituía yo.

»El tiempo pasaba y yo cumplí los diecisiete. Estaba en el bosque para recoger hierba cuando cuatro hombres me raptaron. En general siempre iba al bosque con amigos, pero precisamente ese día estaba sola. Los hombres me rodearon y me quitaron el hatillo de hierba. Uno de ellos era del pueblo, a los demás no los conocía. Uno era alto, el otro gordo y el tercero mediano. No sé cuántos años tenían, pero todos eran mayores que yo. Primero intentaron engañarme diciendo que me ayudarían a abrir una tienda, que podían ofrecerme una vida confortable. No les creí y me negué a acompañarlos. Me pegaron. Después me obligaron a comer algo y, al rato, perdí el conocimiento.

»Cuando volví en mí, me hallaba en una habitación grande. Miré por la ventana, pero no reconocí nada de lo que vi fuera. “¡Mamá, mamá, las casas se mueven!”, grité asustada. Nunca había visto tejados de hojalata ondulada. Abajo, en la calle, vi un letrero que ponía Gorakhpur. Entonces comprendí que estaba en la India.

»Había cuatro camas en la habitación y me di cuenta de que no estaba sola: había otra chica. Le hablé, pero no me respondió, solo imitaba lo que yo hacía. Yo estaba aterrada porque había oído que había brujas y fantasmas por doquier en esa ciudad. Estaba convencida de que la chica quería matarme, pero ella simplemente continuó haciendo lo mismo que yo. Cuando me toqué la oreja, ella hizo lo mismo. ¡Tenía tanto miedo! Finalmente di dos pasos a un lado y entonces desapareció. Entonces comprendí que se trataba de una imagen especular. No me había reconocido a mí misma en aquel espejo y no era raro, porque alguien me había puesto otra ropa y joyas, me habían cortado el pelo y maquillado. En el pueblo siempre iba con falda y blusa, ahora llevaba una vestimenta india y de mis tobillos colgaban cantidad de tobilleras. ¿Cómo iba a reconocerme a mí misma? Una persona más débil que yo se habría desmayado. Intenté escapar, pero la puerta estaba cerrada. Al rato aparecieron los hombres que me habían secuestrado. Les pedí que me mandaran a Katmandú para poder llegar a casa. "¿Sabes que no estás en Nepal?", me respondieron. "Si te mandamos a Nepal sola, hombres malvados intentarán capturarte y tu hermano nos denunciará. Por eso tienes que quedarte con nosotros."

»Me sacaron de la casa y me montaron en un tren. Yo nunca había visto un tren y pensé que era una casa que se desplazaba. En el tren, los hombres me dieron comida y bebida. Ellos también comieron y todos bebieron bebidas frías en botellas, pero mi botella era más espumosa que las demás. Les pedí que me cambiaran la botella, pero entonces me sujetaron y me obligaron a beber de esa botella espumosa. Lo que sucedió después no lo recuerdo. No sé si comí. No sé lo lejos que viajamos. Cuando volví en mí, estábamos en Bombay y cruzábamos una calle. Los hombres me llevaron a un restaurante lleno de gente, me colocaron en un rincón y ellos se sentaron en otra mesa. Uno de ellos desapareció para hacer una llamada telefónica y un camarero me trajo comida. Mientras estaba

allí sentada, recuperé del todo el sentido y empecé a llorar sin parar. Mi ropa se empapó de lágrimas y sudor. El plato colocado ante mí tenía cuencos con diferentes clases de curry. Se llenaron de mis lágrimas. Lloré y lloré, pero nadie me preguntó por qué lloraba. Los comensales que estaban sentados a la mesa de al lado me miraban con insistencia, pero no hicieron nada. Nadie se inmutaba.

»Media hora más tarde, volvió el hombre que había salido para hacer una llamada con una mujer nepalí. Se presentó como mi "tía".

»En Gorakhpur, los traficantes de personas me habían dicho que me llevarían a Cachemira y que trabajaría allí dos semanas confeccionando chales. En aquel momento, me dijeron que no podía trabajar con ellos, sino que trabajaría con otras mujeres y por eso tenía que dormir en casa de la mujer nepalí. "Mañana nos vamos a Cachemira", dijeron y llamaron a dos taxis. Me empujaron dentro de uno con la mujer nepalí. Cuando llegué a la casa donde debía dormir, me enteré de que había sido vendida.

»El primer día me golpearon y me encerraron en una habitación negra como boca de lobo. Estaba tan oscuro que no podía ver nada de nada. Después de pasarme un día entero allí dentro, encontré la puerta. Estaba cerrada y tenía rejas, como en las prisiones. Até mi chal a una, lo enganché a mi cuello y me dejé caer con todo mi peso. No quería vivir la vida infernal que me esperaba, prefería morir. Mis ojos empezaron a hincharse y desaparecieron todos los sonidos. Eché lágrimas y mocos, pero no me morí. El chal se rasgó y me caí al suelo. De no ser porque el chal se rasgó, lo habría conseguido.

»"¡Sálvame de esto!", recuerdo que le pedí a Dios con puro desespero. "¡Te lo ruego, permite que abandone esta vida!"

»Al tercer día abrieron la puerta y me sacaron de la oscura habitación. Al día siguiente me dejaron descansar. El quinto día me mandaron a una habitación con un cliente. Le golpeé y lo ahuyenté. Como castigo, el dueño del burdel y la administradora me

golpearon tanto que quedé herida de gravedad. Me amenazaron con mandarme a un lugar mucho peor si no obedecía desde ese mismo instante y me pusieron otro nombre. Onu, me llamaron. El séptimo día me mandaron a una habitación junto con otras mujeres. Entraron cuatro hombres y pasaron a la habitación de al lado donde les sirvieron comida y bebida. Más tarde supe que trabajaban de guardias de seguridad en el burdel. Las chicas habían estado allí mucho tiempo e intercambiaban miradas, pero yo no entendí su simbólico contacto visual. Cuando los hombres terminaron de comer y beber, limpiaron la habitación y me mandaron adentro. Cerraron la puerta. Lloré y lloré mientras me violaban. Qué sucedió más tarde, no lo sé. Estaba como muerta.

»Cuando volví en mí, intenté levantarme, pero la sangre se había secado y pegado a la sábana impermeable. Sentía como si mi cuerpo estuviera roto en mil pedazos. Vino un médico para visitarme, acompañado de la administradora y la persona encargada de la limpieza. Me levantaron, me colocaron en una camilla y me llevaron a otra habitación. Mientras el médico me cosía las heridas, se ocuparon de que estuviera sedada. Los siguientes días me administraron una medicación fuerte. Pasó una semana y comprendí que nunca conseguiría escapar de allí.

»Cada día de los casi veintidós meses siguientes viví cosas traumáticas. Contaba los días y estaba al tanto de los días festivos. Me dolía perdérmelos. Comprendí que nadie podía ayudarme allí dentro, por eso diseñé mi propia estrategia e intenté ser buena con los clientes y con la dueña del burdel. Para mí era importante establecer buenas relaciones, porque de allí no saldría. A veces venía la policía, pero los dueños de los burdeles de la zona se enteraban siempre con anticipación y nos escondían antes de que llegaran.

»El 5 de febrero de 1996 me rescataron. Ese año, las autoridades indias llevaron a cabo acciones por toda la India para destapar

burdeles ilegales y traficantes de personas. Puesto que no era la policía local la que estaba al mando de la operación, al dueño del burdel no le avisaron esa vez. Toda la policía del Estado participó en la acción, había policías por todas partes. Ese día rescataron a quinientas chicas. Nos llevaron a un centro de acogida provisional, y resultó que más de la mitad de las chicas eran de Nepal. En el centro empezó una nueva odisea: conseguir volver a Nepal. Las autoridades nepalíes no querían acogernos y encontraron todo tipo de excusas, que teníamos sida y que la expandiríamos por Nepal, que simplemente hablábamos nepalí, pero no éramos nepalíes. Ninguna de nosotras tenía papeles, ninguna podía demostrar dónde se hallaba su hogar.

»Pasamos medio año en el centro de acogida. Todas estábamos enfermas. No sé qué clase de enfermedad padecíamos, no nos dieron tratamiento médico, pero tres chicas murieron. Tres más se casaron con hombres que habían conocido en el burdel. Sesenta chicas huyeron. Tenían miedo de que las mandaran a otro burdel o de ser estigmatizadas y recibir un trato vejatorio cuando volvieran a Nepal. No sé qué fue de ellas ni qué les sucedió. De no ser por los activistas de derechos humanos que lucharon por nuestra causa, nunca habríamos podido abandonar la India. En total, ciento veintiocho chicas pudimos finalmente regresar a Nepal y aquí fuimos acogidas por diferentes organizaciones no gubernamentales.

Charimaya le dio un pañuelo a Savitri, que estaba deshecha en lágrimas tras escuchar su historia, y le acarició la espalda consolándola. Savitri, turbada, se secó las lágrimas.

—Cuando pienso en esa época de mi vida, veo que fui valiente —dijo Charimaya—. Una semana después de haber llegado a Nepal, conté mi historia a la prensa de forma anónima. Produjo grandes titulares, porque por primera vez una víctima de la trata de personas se atrevía a desvelarlo. La mayoría de las personas no sabían lo que conllevaba. Nadie había contado la verdad antes, pero

yo lo hice. Una llama fuerte ardía en mi interior, crecía y crecía, quería contarle a toda la nación lo que pasó y poner punto final a tales situaciones.

Medio año después de su regreso a Nepal, Charimaya denunció a los traficantes de personas. Fue la única de las ciento veintiocho víctimas que dio el paso. La ley estaba desfasada, nunca había habido denuncias por trata de personas y esclavitud sexual, pero los cuatro autores del secuestro fueron condenados a diez años de cárcel cada uno. Sin embargo, hacer justicia tenía su precio, también para todos los que habían ayudado a Charimaya. Su hermano, con el que vivió mientras duraba el proceso, fue amenazado de muerte. A otro pariente del pueblo le cortaron una oreja. Alguien prendió fuego a las boñigas secas de vaca del vecino.

—En esa época nunca me sentí segura —dijo Charimaya—. El caso pasó por dos tribunales y duró un año y medio.

La organización que ayudó a Charimaya y a unas cuantas de las víctimas de tráfico de personas les ofrecieron un curso en asistencia sanitaria elemental. Quince de ellas escogieron hacerlo. Cuando lo terminaron, las quince chicas fundaron un comité: había nacido Shakti-Samuha.

—Llorar no es la solución —dijo Charimaya—. Decidimos actuar. Decidimos luchar. Y mucho nos tocó luchar. Llevó cuatro años que las autoridades nepalíes nos permitieran registrar nuestra organización, pero en 2007 fuimos elegidas como la mejor organización no gubernamental de Nepal.

Cinco años después de haber vuelto a Nepal, Charimaya se casó, y con el tiempo ha sido madre de dos hijas. En la actualidad dirige Shakti Samuha y ha dedicado su vida a ayudar a otras víctimas de la trata de personas:

—En total viven diecisiete chicas en esta casa. Intentamos reunirlas con sus familias, pero en los casos en los que el traficante vive en la casa o es un vecino cercano, suele ser difícil conseguir la

reunificación. Algunas de las chicas fueron vendidas cuando tenían cuatro o cinco años y no son capaces de identificar a su familia. Hoy en día, la situación ha empeorado en muchos sentidos: han surgido rutas nuevas, los traficantes de personas están mejor organizados, cuentan con varios eslabones e intermediarios involucrados. La trata de personas no abarca solo la explotación sexual, sino también otras formas de esclavitud. Intentamos ayudar a las chicas que se salvaron para que un día puedan valerse por sí mismas. El objetivo es proporcionarles una vida digna.

Al abandonar el centro, pasé por delante de una sala donde las más jóvenes recibían clases de danza. La puerta estaba abierta, las muchachas se reían y parecían contentas y despreocupadas mientras danzaban al son de música de Bollywood.

Se estima que los traficantes de personas sacan ilícitamente del país a más de treinta chicas nepalíes cada día. Solo un reducido número de ellas vuelven a casa alguna vez.

Nahadur Rai, de ochenta y siete años, bajó con rapidez y agilidad la empinada escalera de la terraza del tejado y se sentó en el extremo del sofá, en aquel salón rosa, dispuesto a contestar mis preguntas.

—Vengo directamente de hacer los ejercicios de fisioterapia. —Sonrió—. Tengo problemas con la zona lumbar de la espalda después de haber jugado demasiado al fútbol, sabes.

Cuando Nahadur tenía veinte años, fue reclutado para la legendaria brigada Gurkha. La tradición de reclutar soldados nepalíes para el ejército británico se remonta a la guerra anglo-nepalí de 1814-1816. En las décadas previas a la guerra, Nepal había conquistado grandes zonas del oeste, del sur y el norte. Al igual que Bután, Nepal nunca fue colonizado, pero el país fue obligado a ceder a la India británica la mayoría de los nuevos territorios conquistados, alrededor del 40 por ciento de la superficie

total. Sin embargo, la valentía y la resistencia de los soldados nepalíes habían impresionado a los británicos, que desde entonces empezaron a reclutar gurkhas —así los llamaron— para su ejército. El término *«gurkha»* es un error de transcripción del vocablo Gorkha, denominación oficial del país hasta 1930. Durante la Primera Guerra Mundial, más de doscientos soldados nepalíes lucharon en el lado británico, y, en la Segunda Guerra Mundial, el número fue todavía mayor. En la posguerra, la brigada Gurkha prestó servicio en la mayoría de los conflictos armados en los que Gran Bretaña estuvo implicada, desde la guerra de las Malvinas hasta la guerra en Afganistán. Hasta que Hong Kong fue transferida a China en 1997, el área central fue el Lejano Oriente, pero ahora los gurkhas tienen su base en Gran Bretaña.

—El entrenamiento era duro, pero yo era joven y salió bien —contó Nahadur—. No era fácil cumplir con los estándares requeridos y, por supuesto, no todos lo conseguían, pero ahora es más difícil todavía, porque la población de Nepal se ha cuadruplicado, mientras que las cuotas de acceso al cuerpo han disminuido.

En la actualidad, la brigada consta de tres mil quinientos hombres.

Nahadur ya llevaba cuatro años de casado cuando fue reclutado. Su matrimonio había sido concertado y la pareja tuvo su primer hijo cuando Nahadur ya había sido destinado al este, primero a Singapur y Hong Kong, y después a Malasia:

—Cada tres años tenía permiso para volver a casa, a Nepal, y visitar a mi familia, y con el tiempo tuvimos tres hijos, mi mujer y yo. De no ser porque veía a mis hijos en mi casa, y de eso se desprendía que eran míos, no los hubiera reconocido. Cuando estuve destinado a Malasia, supe que mi mujer me había sido infiel. Se casó con otro hombre y, al cabo de un tiempo, yo también me volví a casar. Con mi segunda mujer tuve dos hijos.

En el ejército, Nahadur estudió para ser ingeniero civil y participó en la construcción de puentes, búnkers y carreteras en la jungla.

—Malasia y Brunéi me gustaron —dijo—. Pero en Hong Kong era duro. Los inviernos eran terriblemente fríos y los veranos eran insoportablemente calurosos.

Una mujer en la cincuentena, su hija mayor, entró en salón y escuchó la conversación de brazos cruzados.

—¿Tuvo usted miedo alguna vez? —le pregunté a Nahadur.

Él se encogió de hombros.

—En Malasia había problemas con los comunistas sublevados en la jungla, pero a nosotros nunca nos molestaron, ya que estábamos allí para contribuir al desarrollo del país. Funcionó bien.

—Solías decir que no dejarías que tus propios hijos se hicieran gurkhas —comentó su hija—. ¿Por qué no se lo cuentas eso a ella? ¿Y por qué no le cuentas que cuando murió tu padre y no te dejaron venir a casa amenazaste con dejarlo?

Nahadur sonrió inescrutable, pero no cogió el hilo que su hija le había lanzado.

—¿Qué sucedió cuando murió su padre? —le pregunté.

—Murió en 1968 —respondió Nahadur—. La carta que me mandaron de casa tardó en llegar todo un mes, así que su muerte era una noticia vieja cuando me llegó. Pedí permiso para acudir a casa, pero mis superiores me lo negaron. Entonces no me quedó más remedio que continuar en mi puesto y cumplir con mi deber.

—¿Por qué no quería usted que sus hijos entraran en la brigada gurkha? —fue la siguiente pregunta.

—La vida como gurkha era dura —admitió—. Si hubiera sabido lo dura que era, no me habría alistado. Mientras estaba de servicio, no tenía contacto alguno con mi familia, que vivía aquí en Nepal, pero ellos estaban seguros, así que todo salió bien. Los proyectos de construcción que llevamos a cabo en Hong Kong eran ultrasecretos y tenían que realizarse por la noche. No podíamos usar linternas ni

nos estaba permitido hablar. No era fácil. Pero la razón principal de que les contara historias terroríficas del ejército a mis hijos, era para que se esforzaran en el trabajo escolar y se procuraran una buena formación.

Echó una rápida mirada a su hija, que seguía en un rincón sin perderse detalle de lo que se decía.

—Sin embargo, uno de mis hijos se hizo gurkha como yo —dijo Nahadur—. Cuando me jubilé, tomó mi puesto. Estaba muy orgulloso de él, pero por desgracia ahora está muerto. Cuando él se jubiló, entró a trabajar en un proyecto de construcción en Hong Kong. Un día pisó un clavo y se hirió en el pie. La herida se le infectó y derivó en un envenenamiento de la sangre. Tuvieron que amputarle el pie, pero no sirvió de nada.

—¿Hay algo que usted añore de la vida en la brigada Gurkha? —le pregunté.

Tardó un rato largo en contestar.

—No, nada en especial —respondió al final—. Pero me hace feliz haber tenido ocasión de viajar y conocer países diferentes. De otro modo no lo habría podido hacer.

Cuando ya le había dado las gracias y me disponía a marcharme, Nahadur, con las manos sobre el pecho, me agradeció que le hubiera refrescado la memoria.

Un olor denso a sudor flotaba en el Centro Salute Training, en las afueras de Katmandú. Treinta aspirantes a gurkhas ya habían iniciado el entrenamiento matinal: flexiones, footing en el interior, ejercicios de piernas. Los únicos sonidos que se oían eran bufidos, gemidos y los escuetos gritos de mando del entrenador. En una esquina, un grupo ejercitaba la entrevista de admisión que cuenta casi tanto como las pruebas físicas, y a media tarde les esperaban las clases de inglés y matemáticas. La exigencia es durísima, pero

esta no asusta a miles de jóvenes nepalíes que prueban suerte cada año. La posibilidad de ver mundo, tener asegurados unos ingresos británicos durante veinte años y después cobrar una segura pensión de jubilación el resto de tu vida es, naturalmente, una combinación bastante atractiva.

Pasang Ngima Sherpa, de veinte años, ha intentado superar el proceso de selección dos veces. Él provenía de la región del Everest, de una humilde aldea recóndita lejana a la ruta turística.

—Mis padres no podían permitirse el lujo de enviarme a una escuela —dijo. Tenía el rostro cuadrado y hablaba inglés con fuerte acento—. También había una escuela en mi pueblo, pero no tenían oferta para las edades más jóvenes.

—¿Por qué estás tan interesado en ser ghurka? —le pregunté. Pasang renunció a hablar en inglés y dejó la traducción en manos de Savitri:

—Ser reclutado en la brigada es mi gran sueño en la vida —dijo en voz baja—. Si consigo pasar la prueba de acceso, mi economía mejorará y podré dar a mis hijos una educación mejor que la que yo tuve. Soy lo bastante fuerte a nivel físico, cumplo los requisitos físicos sin problemas, pero debido a mi mala formación escolar no entré la última vez. Memorizo día y noche para mejorar en eso y espero poder pasar la prueba de acceso a finales de año. Mis padres también lo esperan. El entrenamiento cuesta cuatrocientos dólares el medio año y mis padres son campesinos, apenas tienen dinero.

—¿Cuántas veces puedes intentarlo? —le pregunté.

—Tres veces como máximo.

—¿Qué harás si no entras?

—No lo sé —dijo y miró al suelo—. No tengo ningún plan B. Lo he apostado todo a esto.

Recientemente el ejército inglés abrió la posibilidad de que las mujeres puedan acceder a la brigada Gurkha. Decenas de mujeres jóvenes han entrenado mucho durante meses con la esperanza de

pasar las pruebas de acceso, pero hace un par de semanas las autoridades nepalíes, que son las que tienen la última palabra, han decidido que este año no se permitirá el reclutamiento de mujeres.

—Las autoridades hablan y hablan de igualdad entre mujeres y hombres, pero no lo llevan a la práctica —dijo irritada Alisha Tamang de dieciocho años. Ella había entrenado a diario en el centro hasta que le llegó la noticia de que, de todas maneras, las mujeres no podrían optar a la prueba de acceso. Hablaba bien el inglés y era alta y atlética. Su pelo castaño lo llevaba recogido en una trenza larga y vestía falda negra y blusa de blonda blanca. La ropa de entrenamiento la había guardado. Al igual que Pasang, ella era del este de Nepal, no muy lejos de la región del Everest.

—Nosotras las chicas hemos entrenado igual de duro que los chicos y pasaríamos la prueba de acceso perfectamente —opinó Alisha—. Yo entrenaba dos horas cada día, algunas veces más, y seguía al dedillo el mismo programa que los chicos. Cada viernes hacíamos un test, y yo alcancé muchos de los récords.

—Es cierto, es mejor que muchos de nosotros —confirmó Pasang, que escuchaba la conversación desde su asiento. Alisha sonrió y se le vio el aparato de ortodoncia dental.

—Me encanta hacer deporte, principalmente boxeo —dijo—. He invertido mucho tiempo y energía en esto y ahora no sé qué voy a hacer.

En total había quince chicas entrenando en el Salute Training Centre. Todas lo habían dejado cuando les llegó el mensaje de las autoridades nepalíes.

—¡Ojalá permitan que las chicas puedan ser reclutadas en la brigada Gurkha el próximo año! —dijo Alisha esperanzada—. Si es así, lo intentaré de nuevo.

A las afueras de la capital, Angel Lama me recibió en la habitación

del piso compartido donde vivía. Llevaba un vestido corto de color verde camuflaje y estaba sentada en la cama en postura de loto, recostada en un peluche enorme. Su terso rostro no estaba maquillado, llevaba el pelo suelto y largo hasta los hombros. Parecía tener doce años, pero había cumplido los veinte hacía unos meses.

—Perdona el desorden —dijo y manoteó a modo de disculpa. Hablaba inglés con deje americano—. Salí con amigos ayer. Solo íbamos a ver una película, pero una cosa llevó a la otra y, de pronto, había bebido mucho. —Se rio y se llevó los dedos a las sienes—. ¡Y ahora tengo una espantosa resaca!

La pared de detrás de la cama estaba cubierta de imágenes del concurso de belleza en el que había participado. Unas semanas antes había representado a Nepal en un concurso internacional para personas trans en Tailandia. El vestido largo de tirantes que lució en el escenario colgaba de una percha en la puerta.

—Mi vida no ha sido fácil —contó Angel serio—. He trabajado duro para llegar donde estoy ahora, pero todavía me persiguen los traumas de la infancia y duermo mal por las noches. En mi infancia y adolescencia mis padres se peleaban sin parar. A veces, mi padre se enfadaba tanto que rompía todo lo que teníamos. No vivíamos en el barrio de chabolas, pero tampoco éramos ricos; toda la familia vivíamos en una habitación, así que era imposible zafarse de las peleas. En la escuela sufrí acoso porque era muy femenino y tenía pocos amigos. Incluso los profesores podían llamarme *hijra.* —Hizo una mueca—. ¡Odio esta palabra! No forma parte de nuestra cultura, viene de la India, pero la gente tenía un bajo conocimiento sobre el tema del LGTBI en esa época. Ahora ha mejorado un poco, aunque todavía nos queda mucho camino por recorrer.

—¿Cuándo te diste cuenta de que eras una persona trans? —le pregunté.

—Siempre me sentí diferente. Me gustaba pintarme los labios, ir

de compras con chicas y solía ir a la escuela con una cartera rosa. Los demás chicos se reían de mí. Primero creí que era homosexual, pero un día descubrí una página de internet sobre personas trans y entonces todo encajó. De alguna manera, en mi interior siempre supe que era mujer, que estaba atrapada en un cuerpo equivocado. Ya de niño, solía pedirle a Dios en cada aniversario que me convirtiera en chica. —Sonrió—. Se dice que lo que uno desea en su cumpleaños se hace realidad.

Cuando Angel tenía dieciséis años, sus padres se separaron y el padre se casó con otra mujer. A la madre le diagnosticaron un cáncer de útero y tuvieron que operarla. Angel se fue de casa. Durante año y medio, se mantuvo con trabajos sencillos para Blue Diamond Society, una organización que trabaja para defender los derechos de homosexuales, lesbianas y transexuales en Nepal.

—En esa situación no fui capaz de contarle a mi madre que su único hijo era transexual —dijo Angel—. Entonces ella estaba luchando por su vida. La habría hundido. La llamaba de vez en cuando y ella me dijo que hacía bien en trabajar y ganar dinero. No sabía que yo estaba tomando píldoras anticonceptivas y vestía como una chica. Aquí no tenemos acceso a hormonas y ningún médico nepalí está especializado en personas trans, así que tenemos que automedicarnos. Cuando estuve en Tailandia, me dijeron que debía dejar de tomar las píldoras anticonceptivas, que no eran buenas para mí. Y me aconsejaron qué medicinas tomar en su lugar, las compré en cantidad y me las llevé a casa.

—¿Tienes pensado operarte? —le pregunté.

—Por supuesto, pero es muy caro, y hay que viajar a Tailandia para hacerlo. Incluso la más barata de las operaciones vale mucho dinero. Si el Estado la subvencionara, ya me la habría hecho hace tiempo.

—¿Le has podido contar a tu madre que eres una persona trans?

—Sí, un tiempo después de haberme ido de casa, insistió en que

nos viéramos. De acuerdo, puedes venir aquí a Blue Diamond Society, le dije. Se sorprendió mucho al ver que me había convertido en una chica. Lloró mucho. Yo había sido el único chico de la familia, ¿quién daría continuidad a la familia? Ahora que te has convertido en una chica, te casarás y te irás a vivir con un hombre, dijo. ¡Mi madre tiene ideas tan antiguas sobre la mujer! No entiende que nosotras también podemos trabajar, ganar dinero y formar nuestro propio hogar. Afortunadamente, todo ha cambiado después de Miss Pink. ¿Sabes quién es Miss Pink?

Sacudí la cabeza negándolo.

—Miss Pink es el primer concurso de belleza para personas trans. En realidad, no soy el tipo de chica que se maquilla y arregla mucho y esas cosas, pero mis amigas me convencieron para que participase. Dijeron que debía presentarme para visibilizar a las personas trans de la sociedad. Éramos veinte candidatas de todo Nepal, y yo gané el concurso. Es lo más grande que me ha pasado, ¡estaba tan contenta! Mi madre también estuvo allí. Al acabar, se acercó con los ojos arrasados en lágrimas y tuvimos una charla de chicas, una charla sincera entre madre e hija. Me dijo que podía ver entonces que yo era mi verdadero yo y que le daba pena que durante toda mi niñez hubiera tenido que fingir que era otra persona. Si algo he aprendido —dijo Angel y me miró con ojos de viejo sabio— es que debes creer en tu yo verdadero. Tienes que ser tú. De lo contrario la cosa no va bien.

Estrechó su enorme oso de peluche rojo contra el pecho.

—Cuando me fui de casa, dejé la escuela, pero ahora he retomado los estudios. Cuando termine la secundaria, quiero estudiar derecho en el extranjero, si puede ser en Gran Bretaña. Sería fantástico, ¿verdad? —Sonrió soñadora—. Después volvería a Nepal y ayudaría a otras personas trans.

Noté que no había dicho nada sobre la reacción de su padre.

—¿Cómo se ha tomado tu padre lo de tu transformación? —le

pregunté con delicadeza.

Angel alzó los ojos al cielo.

—Ya no nos hablamos. Solo lo he visto una vez desde que me fui de casa. Me dijo que si pretendía ir así por el mundo, no me permitía contarle a nadie que era su hijo, o hija para el caso. Lloré y lloré desconsoladamente, fue lo peor que me ha pasado en la vida. Al final me di cuenta de que debo ser yo misma quien construya su propia felicidad. Para los que no me aceptan tal y como soy, no hay sitio en mi vida. Eso es así. Cada persona debe hacerse responsable de su propia felicidad.

El príncipe que no quería ser rey

Cuando nos acercábamos a **Lumbini**, **150 m s. n. m.**, empezó a diluviar y la calzada se convirtió en un río reluciente como un espejo.

—Se acerca el monzón —comentó Raju, el joven chófer, reclinado sobre el volante para intentar ver por dónde iba el camino. En el exterior, todo era una especie de mezcolanza húmeda y gris, la lluvia y el barro habían borrado los contornos de las cosas. En ningún momento se le ocurrió a Raju reducir la velocidad. Sacó un trapo y secó la condensación que se formaba en el interior del parabrisas, lo que redujo todavía más la visibilidad. La manga de su camisa se alzó y dejó ver un tatuaje. A pesar de que no puedo leer tibetano, reconocí el mantra que los budistas de todo el mundo repiten para sí mismos mientras meditan: ཨོཾ་མ་ཎི་པདྨེ་ཧཱུྃ *«Om mani padme hum».* Traducido literalmente significa «Alabada tú, joya en el loto», pero a veces se traduce como «Oh, joya de loto». Cada una de las seis sílabas tiene tantas capas y significados que se han escrito voluminosas obras sobre el tema.

—¿Eres budista? —le pregunté sorprendida.

—No, no, soy hindú, pero le rezo a Buda a veces —dijo Raju—. También le rezó a Jesús y a Alá de vez en cuando. Creo en todos los dioses, todos son igual de importantes.

En ese momento, el coche dio un peligroso bandazo y yo envié una plegaria callada a todos los dioses del universo. Raju se arremangó la otra manga de la camisa y dejó visible otro tatuaje, un caótico conjunto de líneas.

—Este debería representar a Shiva —comentó, visiblemente avergonzado al doblar la calle frente al hotel—. Me lo hizo mi colega. Fumábamos demasiada marihuana en esa época.

A principios de semana, el termómetro había subido hasta los cuarenta y cinco grados, pero gracias al chubasco la temperatura había descendido unos grados. De todas maneras, tenía la camiseta pegada a la espalda cuando en **Kapilvastu**, **107 m s. n. m.**, crucé el portal oriental del castillo, el mismo por el que el príncipe Siddharta Gautama había salido cuando con veintinueve años abandonó su privilegiada y despreocupada existencia para siempre. Una seca llanura herbácea salpicada de ruinas ocres apareció ante nuestros ojos.

Según la leyenda, hace unos dos mil quinientos años, nació un príncipe en un pequeño reino en la frontera entre la India actual y Nepal. Le pusieron Siddharta de nombre y era el único hijo del rey Shuddhodana y la reina Maya. Si Shuddhodana fue realmente un rey o, más bien, un príncipe o un poderoso oligarca es algo que los eruditos discuten, pero la mayoría están de acuerdo en que fue uno de los principales líderes del clan Shakya, que en esa época era vasallo del rey de Kosala.

Cuando el deseado hijo nació, a Shuddhodana debieron de anunciarle una profecía ominosa: si su hijo decidía seguir el mismo camino que él, se convertiría en un gobernante todavía más poderoso; pero si decidía abandonar la privilegiada vida de la clase alta, se convertiría en un líder mucho más grande, un guía espiritual para el mundo entero. Desde aquel momento, el padre hizo todo lo posible para protegerlo y evitar que cayera en la tentación de abandonar los protectores muros del castillo. No tuvo permiso para cruzarlos hasta cumplir los veintinueve años, pero solo se le permitió dar paseos cortos y controlados. Sin embargo, durante esas salidas planificadas al detalle, el joven príncipe pudo experimentar atisbos de los sufrimientos del mundo: por primera

vez en su vida vio la enfermedad, la vejez y la muerte. Esas visiones le conmovieron profundamente y fue consciente de que el sufrimiento formaba parte de la existencia. Sin embargo, Siddharta no conseguía aceptar esa realidad. Tenía que encontrar una manera de escapar, de poder ser completamente libre.

Una noche mientras los vigilantes dormían, el príncipe se despidió con el más riguroso de los silencios de su esposa y su pequeño hijo y se escurrió por la puerta este. Al salir, regaló sus joyas y su ropa, se cortó el largo pelo y vivió como un asceta puro durante seis años. Al final parecía un esqueleto viviente. Se había ganado un gran respeto entre los demás ascetas, pero no había conseguido librarse del dolor. Se dio cuenta de que vivir de forma tan severa dañaba el cuerpo y la mente, y además se perdía la capacidad de pensar con claridad. Decidió que debía existir otro camino, una vía intermedia. Cuando un día una mujer le ofreció un cuenco de leche, lo aceptó, eso levantó consternación entre los demás ascetas y lo abandonaron. Siddharta Gautama se bebió la leche y se sentó bajo una higuera para meditar. La misma noche alcanzó una conciencia del estado y relación de todas las cosas, comprendió que nada es permanente, tampoco la mente humana, y que el camino para liberarse del sufrimiento consiste en comprender eso y dejarlo ir. Solo de esta manera se podrá alcanzar la iluminación, el cese del sufrimiento, el nirvana.

Con esta idea, Siddharta Gautama empezó a recorrer el norte de la India para debatir y enseñar. Con el tiempo, fue apodado Shakyamuni, el Sabio Shakya, conforme a la familia de la que provenía, y más tarde Buda, el Iluminado. Lentamente aumentaron sus adeptos, y en la actualidad, dos mil quinientos años después, hay cerca de quinientos millones de personas.

Como todas las buenas historias, la historia sobre la vida de Buda tiene muchos rasgos comunes con el cuento. Es difícil diferenciar los mitos de los hechos, pero al igual que Jesús de Nazaret y el

profeta Mahoma, Siddharta fue un personaje histórico. Los arqueólogos nepalíes opinan que pasó sus primeros veintinueve años de vida precisamente aquí, en esa seca y pobre llanura herbácea de Lumbini, no muy lejos de la frontera con la India. Los muros recién excavados dan cuenta de una pequeña ciudad, con tiendas, zona de viviendas y templos. Sin embargo, hay que usar gran dosis de fantasía para imaginarse el aspecto que debió de tener en la época que creció el futuro Buda, porque casi todas las ruinas que se han excavado hasta el momento corresponden a casas y muros que fueron construidos varios cientos de años después de que el joven príncipe salió al mundo por la puerta este.

Trabajadores con el rostro oscuro, quemado por el sol, estaban construyendo pasarelas y puentes con tablones de madera para que los turistas no pisaran el laborioso trabajo de investigación de los arqueólogos. En un árbol grande en las inmediaciones de la ciudad en ruinas, ondeaban con la brisa de la tarde miles de desgastadas banderas de plegaria. Me dirigí hacia al árbol esperando encontrar peregrinos piadosos o monjes budistas sumidos en profunda meditación, pero no había ni uno, solo elefantes. Más de cien estatuas de elefantes pequeños y grandes agrupados en ordenadas hileras junto al árbol. Cerca, había una tienda de campaña pequeña. Un niño descalzo y sucio se fijó en mí, sacó un tambor y empezó a tocar ritmos seductores. Una pareja joven muy bien vestida apareció en el camino detrás de mí. No parecían nada interesados en las ruinas de la ciudad en la que había transcurrido la infancia de Buda, pero se dirigieron a las figuras de elefantes y cayeron de rodillas ante ellas.

El lugar donde nació Siddharta Gautama está situado a unos 3 kilómetros de las ruinas del castillo de Kapilvastu, donde se crio. Al acercarse el alumbramiento, Maya, su madre, puso rumbo a casa de sus padres. Hoy en día, muchas mujeres indias y nepalíes viajan a casa de sus padres para dar a luz. Maya estaba todavía lejos de la

casa donde se había criado cuando notó que iba de parto y buscó refugio en los bellos jardines de Lumbini. Apoyada en un árbol, dio a luz a su único hijo.

En la actualidad, se ha erigido un templo cuadrado y blanco, extrañamente falto de poesía, sobre la losa que marca el lugar donde Siddharta Gautama debió de nacer allá por el siglo V a. C. Unos doscientos años más tarde, el emperador indio Ashoka visitó ese lugar. Una columna recuerda su estancia. El texto inscrito en ella informa de que el emperador acudió a rezar al lugar donde Buda vino al mundo y, como gesto hacia la comunidad local, decidió ofrecer una rebaja de impuestos a todo el pueblo. La inscripción es la más antigua de Nepal.

Durante los siglos siguientes, Lumbini osciló entre ser venerada y abandonada, hasta que, en el siglo XIV, el lugar cayó en el olvido. La columna de Ashoka no fue redescubierta hasta el año 1896. Junto al templo blanco y cuadrado se hallan los cimientos de estupas y monasterios de dos mil años de antigüedad, construidos en honor de Buda para después ser olvidados y abandonados a las fuerzas de la naturaleza.

Para impulsar toda esa zona, se le encargó al arquitecto japonés Tange Kenzo diseñar Lumbini Development Zone, un complejo de unos 6 kilómetros de longitud. La zona cuenta con monasterios y templos representativos de todo el mundo, rodeados de césped, bosque, hormigas y pájaros piando, debían convertir Lumbini en un atractivo destino turístico.

Como la distancia es demasiado grande y el calor aplastante, no sentí ninguna tentación de recorrerlo a pie. Los coches están prohibidos en la zona de desarrollo, así que los bicitaxis tienen el monopolio de los recorridos guiados. Un vigoroso anciano me llevó pedaleando de templo en templo, montada en un carruaje que se tambaleaba. El conductor seguía una ruta fija, una especie de viaje rápido a través del mundo budista y paraba ordenadamente en los

diferentes templos que anunciaba: *«Cambodian monastery, ma'am»*. Y seguíamos hasta el *«Vietnamese monastery, ma'am», «French monastery, ma'am»* y después el nepalí, el chino, el alemán, el singapurense y el tailandés, todos construidos siguiendo el estilo que pretendía reflejar la peculiar arquitectura tradicional de cada país. Después de veinte templos perdí la capacidad de diferenciarlos, se escurrían unos encima de otros y formaban una mezcla dorada.

A juzgar por el número de visitas de turistas occidentales, la zona está lejos de poder considerarse un gran éxito. Los visitantes son en su mayoría nepalíes o indios hinduistas que pasan deprisa de un templo a otro, les hacen una reverencia, se hacen una selfi, echan un billete en la caja de limosnas y trotan hasta el templo siguiente. Las autoridades nepalíes esperan que el número de turistas occidentales aumente cuando el aeropuerto internacional Gautam Buda abra sus puertas en un futuro próximo.

A pesar de que ningún otro pueblo está tan unido al destino de Siddharta Gautama como el tibetano, no había ningún templo tibetano en la Zona de Desarrollo de Lumbini. El templo chino, adornado con dragones y doradas y gordas estatuas de budas, no poseía ningún detalle que pudiera trasladar el pensamiento a la meseta tibetana.

Pero detrás del poco poético templo Maya Devi había un templo ladeado, rojo y blanco, con techo plano, construido en un llamativo estilo tibetano, adornado con ruedas de plegaria, demonios tántricos y escrituras tibetanas. Ese humilde templo fue construido en la década de 1960 por el rey del Alto Mustang, que había sido un pequeño reino budista situado en la frontera entre Nepal y Tíbet.

Mustang era mi siguiente destino.

El leopardo de las nieves

Mustang, o el reino de Lo, fue fundado en 1380 y fue independiente hasta 1795, cuando se incorporó al reino de Gorkha, el Nepal moderno. Sin embargo, el rey de Lo pudo conservar el título y parte de su poder hasta 2008, cuando todos los Estados vasallos y principados fueron abolidos. Durante siglos el pequeño reino estuvo más vinculado al Tíbet que al Nepal; sus habitantes practicaban el budismo tibetano, vestían ropa tibetana y hablaban un dialecto tibetano. El aislamiento geográfico y político de Mustang ha contribuido a que tanto la vieja arquitectura tibetana como parte de las tradicionales expresiones culturales hayan sobrevivido relativamente intactas hasta nuestros días; la región estuvo catalogada como zona desmilitarizada hasta 1992 y ningún extranjero podía entrar en este aislado reino. Todavía ahora los turistas tienen que pagar tarifas tan altas para visitarlo que disuade a la mayoría.

Hasta que se construyó la carretera ahora hace unos diez años, había que caminar para llegar a Lo Manthang, la capital del Alto Mustang. A pesar de que ahora la carretera llega hasta la misma ciudad, Savitri insistió en que voláramos hasta Jomsom, el aeropuerto más cercano, para ahorrarnos ocho horas de viaje en coche por carreteras polvorientas y llenas de baches. En lugar de eso vivimos veinte minutos de montañas rusas. La avioneta dio un viraje hacia la vertiente negra de la montaña y el fuselaje retembló de tal manera que las cortinas que separaban la cabina del piloto se corrieron de golpe a un lado. Los dos pilotos, sentados con las

espaldas arqueadas sobre las palancas de mando, eran inquietantemente jóvenes.

Yo me había asegurado un asiento junto a la salida de emergencia, eso me daba una especie de seguridad simbólica. A la derecha tenía vistas al Annapurna, la montaña más peligrosa del mundo. Cerca del 40 por ciento de los que han intentado alcanzar la cima han perecido. A la izquierda avisté la nieve del Dhaulagiri, que, con sus 8.167 metros de altura, se tenía por la montaña más alta del mundo a principios del siglo XIX. Después se descubrió el Kanchenjunga y poco después el Peak XV, es decir, el Everest. El corredor entre los dos macizos montañosos es estrecho y solo transitable por la mañana, los fuertes e impredecibles vientos de la tarde son demasiado peligrosos, por eso ningún vuelo puede aterrizar en Jomsom después de las once de la mañana. El aeropuerto de Pokhara había estado cerrado toda la mañana debido a la niebla y llevábamos varias horas de retraso. Ya eran las once menos cuarto y el fuselaje retemblaba tan fuerte que yo no oía lo que Savitri decía. Señaló aquella vertiente negra de la montaña y comentó algo, vi que se reía. Yo lancé una nueva plegaria a los dioses del mundo entero y fui escuchada de inmediato: la avioneta dio un giro brusco y poco después tomó tierra.

Ancianas achacosas con sari, calcetines de lana y sandalias se encaminaban renqueando hacia la salida. Las azafatas les ayudaron a bajar las angostas escaleras y salir por la corta pista de aterrizaje. Un autobús grande las esperaba para trasladarlas a Muktinath, uno de los templos dedicado a Visnú más sagrados del mundo. Es tan sagrado que se cuenta que todo aquel que lo visité irá directo al paraíso al morir. Los budistas también peregrinan a Muktinath, porque se dice que Padmasambhava, el maestro tántrico del valle de Swat, meditó allí de camino al Tíbet.

Dieciséis años antes, yo había sobrevivido exactamente a ese mismo vuelo en una cabina abarrotada de productos alimenticios,

gallinas vivas y gentes de las montañas de ojos rasgados. Entonces ni siquiera había carretera y ese enervante vuelo era la única manera de llegar a Jomsom si no era caminando.

Jomsom, **2.743 m s. n. m.**, estaba irreconocible. Lo recuerdo como una aldea de montaña, humilde y azotada por el viento; ahora se erguían en el aire altos edificios de hormigón, solo les faltaban los rótulos de neón. Los jóvenes sorbían capuchinos en cafeterías modernas mientras surfeaban en sus teléfonos móviles.

Un jeep abarrotado nos transportó al Alto Mustang. Savitri y yo nos apretujamos en el asiento delantero, en el trasero iban diez hombres comprimidos unos contra otros. El verde paisaje accidentado se volvió paulatinamente más árido, pronto quedamos todos cubiertos por una capa de polvo beis y nos rodearon incontables matices de marrón azulado, marrón verdoso, marrón rojizo, marrón grisáceo. El aire del jeep era caliente como el de una sauna, la carretera era estrecha y llena de baches, transitable pero inacabada.

Seis horas más tarde nos adentramos en las laberínticas calles de **Lo Manthang**, **3.840 m s. n. m.**.

Dentro de la muralla roja, hay ciento sesenta y siete casas, muchas de las cuales datan de la época fundacional del reino de Lo, a finales del siglo XIV. Las pequeñas casas ladeadas eran bajas y estaban encaladas. Las calles, serpenteando entre ellas, eran tan estrechas y sinuosas que nos perdíamos todo el rato. Vacas lanudas paseaban libremente entre las casas. En mitad del laberinto, se alzaba la residencia de la familia real, un edificio de ladrillos, ladeado y ruinoso, con ciento ocho habitaciones, un número sagrado en el budismo. Tanto la familia real como el aparato administrativo de la ciudad lo habían abandonado hacía tiempo y ya solo se usaban algunas habitaciones.

En una esquina soleada de la plaza había un grupo de ancianas sentadas, vestidas con la ropa tradicional tibetana de lana y

atildadas con joyas de muchos colores.

—¿Tenéis dinero para té? —nos preguntó una en nepalí. Savitri le dio un billete. A la mujer, que casi ya no tenía dientes en la mandíbula superior, se le iluminó la cara y salió cojeando. Unos minutos más tarde volvió con un termo y una bandeja con tazas. Cada vecina obtuvo una taza grande y todas sorbieron a gusto y ruidosamente el té dulce con leche.

—Los hombres tienen un lugar propio donde se reúnen —dijo chasqueando la lengua una abuela sin dientes y voz aguda y temblorosa—. Nosotras las mujeres nos reunimos aquí. Así hacemos que pasen los días.

Se levantó la falda de lana y mostró las botas negras de piel que llevaba. Las demás mujeres llevaban todas zapatos tibetanos tradicionales hechos con fieltro de lana.

—Mi hijo me los mandó de América —contó orgullosa.

Tenzin, un monje joven, nos enseñó, a Savitri y a mí, el antiguo monasterio de Lo Manthang. Él era el segundo de siete hermanos y, de acuerdo con la tradición, sus padres lo habían mandado de niño al monasterio.

—Cuando era pequeño, pensaba que la vida en el monasterio era aburrida y añoraba a mi familia, pero ahora me gusta ser monje —dijo—. Es una buena vida. Lamentablemente nos cuesta reclutar nuevos monjes. Los tiempos han cambiado; ahora la gente solo tiene dos o tres hijos y prefieren emigrar a Estados Unidos antes que ingresar en el monasterio. Todo el mundo se ha hecho rico ahora.

Había tres monasterios antiguos dentro de las murallas de la ciudad, todos oscuros y con interiores mal iluminados, decorados con pinturas de setecientos años de antigüedad, tan elaboradas que uno podría pasarse meses, incluso años, profundizando en los detalles. La estatua de Buda del antiguo monasterio estaba en la segunda planta para que el rey la pudiera contemplar desde su habitación de rezos al otro lado de la calle. De ese modo podía él

rezar sin abandonar su residencia.

Nunca había entrevistado a un rey, ni tan solo a un rey no oficial, y estaba nerviosa y jadeaba cuando subía con dificultad la cuesta hacia el Royal Mustang Resort. El hotel, el más lujoso de Mustang, es propiedad de la destronada familia real como su nombre indica y además lo administra. Las frescas salas de techos altos olían a pintura reciente; en un costado de la habitación se oían martillazos. El hotel era muy nuevo y no estaba del todo terminado. Los operarios trabajaban de sol a sol para tenerlo a punto para la fiesta anual de la primavera, la más destacada del año en Lo Manthang.

Me invitaron a sentarme en un sofá del salón contiguo al comedor y me sirvieron té recién hecho. Un cuarto de hora después, entró Zingme Singhe Palbar Bista casi volando.

—¿Por qué caramba quiere usted hablar conmigo? —me preguntó con un inglés fluido y se rio estrepitosamente. Vestía tejanos y un polo granate y se sentó en el sofá frente a mí—. No sé nada, ¡ni siquiera hablo bien el inglés! ¿Dónde está su intérprete? —Se rio de tal manera que sus hombros se sacudieron.

—Está afuera fumando —le aclaré.

—¡Hace bien, ja, ja, ja! No tiene sentido hablar conmigo, la monarquía está muerta, ¡ya no existe! Yo no soy rey, Nepal es una república, lo sabe usted, ¿no? —Todavía se rio más—. Usted es noruega, me dijo eso, ¿no? Estuve en Noruega una vez. Recuerdo que estaba totalmente muerto de miedo cuando íbamos a aterrizar, ¡ja, ja, ja! Desde la ventanilla no veía más que hielo y nieve, estaba seguro de que el avión resbalaría en la pista de aterrizaje. No sabía que la habían calentado, ¡ja, ja, ja!

Aquel rey no oficial hablaba por los codos de su estancia en Noruega y de otros viajes que había hecho, nos sirvieron más té y los ataques de risa se sucedían. No era difícil comprender por qué ese hombre era tan popular entre la población que todavía lo llamaba rey. Cuando los principados y los Estados vasallos fueron

abolidos en 1961, el acuerdo inicial fue que las familias gobernantes podrían conservar sus títulos durante tres generaciones. Jigme Dorje Palbar Bista subió al trono en 1964 como el vigesimoquinto rey de Lo y también el último: cuando la monarquía fue abolida en 2008, todos los reyes grandes y pequeños, poderosos y no tan poderosos, perdieron el título de la noche a la mañana. En 2016, cuando el vigesimoquinto rey murió, su sobrino, Zingme Singhe Palbar Bista, no fue coronado rey. (El rey no dejó heredero directo, ya que su único hijo murió a la edad de ocho años y entonces adoptó a su sobrino, Zingme Singhe.)

—Sí, la gente sigue llamándome Lo Gyalpo, rey de Lo —confirmó Zingme—. Culturalmente sigo siendo rey. Participo en nuestras ceremonias religiosas e intento ayudar a la gente que lo necesita, pero no tengo responsabilidad alguna, al contrario que mi padre. Como rey, él era el responsable de custodiar las fronteras. Yo no tengo esa clase de poder. ¡Afortunadamente! ¡Creo que soy más feliz así, sin ningún título!

—¿Así que usted prefiere ser director de hotel antes que rey? —le pregunté con leve descaro, estimulada por su naturaleza jovial y sin pretensiones.

—La vida es dura —respondió. Su rostro delgado se puso serio de repente—. Solo tenemos una temporada de cosecha, la tierra es infértil y el clima exigente. Antes la gente solía ir a trabajar a las tierras bajas una vez terminada la cosecha aquí arriba. Ahora los jóvenes se van al extranjero a trabajar, muchos a Estados Unidos. La mitad ya se han ido y la población disminuye. Construí este hotel para demostrar a los jóvenes que aquí también existen posibilidades. Mi padre quería abrir Mustang, quería que vinieran turistas. Yo también. Cuando la carretera esté terminada del todo y la frontera con China se abra finalmente, Lo Mustang cambiará totalmente.

La carretera a medio terminar llevaba al norte, a la frontera con

China, no había otra, solo caminos estrechos de tierra apisonada. Savitri contrató caballos para poder visitar el pueblo vecino. Los pequeños caballos eran blancos y robustos, y Lopsang, el hombre que los guiaba, tenía la piel curtida, quemada por el sol, y los ojos rasgados. Tan pronto como dejamos atrás Lo Manthang y la muralla roja, nos desviamos de la carretera y cabalgamos de subida por una árida montaña. Aparte de algún pequeño oasis verde abajo, junto al lecho del río, no crecía nada allí: formaciones montañosas de roca, grava y arena llenaban el campo visual en todas direcciones.

Cuando llegamos a la cima, desmontamos de los caballos y los condujimos de bajada por una cuesta empinada que llevaba a un río casi seco del fondo del valle. Rodeados de elevadas montañas ocre anaranjado, seguimos cabalgando hacia el interior del valle, rodeados de silencio y aire enrarecido. De vez en cuando, a mucha distancia por encima de nosotros, pasaban grandes manadas de yaks seguidas de un pastor. Un pájaro negro con alas extensas y vigorosas rasgó el cielo y desapareció. Solo se oía el resoplar de los caballos y el repicar de los cascos contra las piedras. Tiempo y espacio superponiéndose, siglos pulverizados sin retorno, los pensamientos volaban apacibles, ahora aquí, ahora allí.

De repente un felino color arena bajó veloz por la ladera y cruzó el seco río a dos pasos de nosotros.

—¡Un leopardo! —se admiró Savitri—. ¡Dios santo, un leopardo de las nieves!

—No, seguro que es un zorro —le corrigió Lopsang—. Hace una eternidad que no veo por aquí a un leopardo de las nieves. Durante años he traído a turistas con la esperanza de poder ver uno. Incluso hemos pasado la noche en tiendas de campaña para aumentar las posibilidades, pero ni una sola vez hemos tenido éxito.

El animal se esfumó, ágil, subiendo la ladera casi vertical, por pequeños senderos que solo él podía ver y se posó en una cornisa a unos 100 metros por encima de nosotros. Y permaneció allí

contemplándonos con curiosidad. Sus manchas ocres casi se confundían con la desierta y árida montaña.

—¡Madre mía! —Lopsang observó al animal con la boca abierta —. Tenías razón, ¡es un leopardo de las nieves! Debe de hacer más de diez años que no veía ninguno por estos lugares.

El leopardo seguía en la cornisa y nos miraba. El guía de caballos se puso a vociferar y gritar para hacer que se moviera, pasados unos minutos el leopardo de las nieves se alzó indolente, estiró la espalda y las patas y echó a andar por la ladera sin perdernos de vista. Después dio media vuelta, volvió a la cornisa, se enroscó y se quedó allí echado, pero no nos quitaba ojo de encima.

—Creo que es un macho —dijo el guía de caballos—. Parece tan curioso y confiado. Debe de ser joven.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí parados. Cinco minutos. ¿Veinte? Los caballos pacían sin interesarse por el animal y parecían aburridos. Era un sacrilegio continuar cabalgando, pero finalmente partimos. El leopardo de las nieves nos siguió con la mirada un buen rato. Después abandonó la cornisa de un brinco y, con movimientos lentos y elásticos, ascendió por la escarpada ladera y desapareció.

Una hora más tarde divisamos banderas de plegaria descoloridas.

—Aquí solía estar siempre verde —comentó Lopsang lacónico—. A ambos lados del río, la hierba crecía alta. Esta era una buena tierra de cultivo.

En la orilla derecha del río casi seco no había señales de vida, en la orilla izquierda asomaban débiles y miserables matojos de hierba diseminados por el suelo infértil. Diminutas cabras montesas, apenas mayores que un gato, pastaban voraces. Había dos mujeres agachadas sobre azadas y palas; detrás se alzaba el pueblo: pequeñas casas cuadrangulares construidas en piedra y adobe.

Lopsang señaló un edificio grande y alargado en la ladera yerma del río.

—Es la escuela. Ahora está cerrada. Ya no quedan niños.

Nos mostró el camino hasta la casa de su amiga Baki Gurung, que andaba por la sesentena y estaba arrugada como una pasa, pero conservaba el color negro azabache de su pelo largo. Los pocos dientes que le quedaban eran puntiagudos y se habían oscurecido. Sonriendo, nos condujo hacia el diminuto atrio en el que colgaban porciones cuadradas de queso puestas a secar —no tenía sabor y era duro como una piedra, así que se podía masticar un trozo durante todo el día hasta conseguir que se ablandara—, y después entramos en la cocina a través de una puerta baja. En mitad del cuartito había una estufa donde se quemaba estiércol seco de cabra. El tubo de la chimenea desaparecía por un agujero del techo. No había ventanas en el cuartito, solo un tragaluz cubierto por un plástico. El suelo era de tierra apisonada. Savitri y yo tomamos asiento sobre una alfombra arrimada a la pared y Baki se puso a preparar té con mantequilla en un *dhongmo,* un tubo alargado de madera, una especie de batidora de mantequilla que yo había visto antes en el museo sherpa de Namche Bazaar. En silencio, mezcló mantequilla, sal y té en el tubo, lo sacudió bien y nos llenó las tazas de un líquido verdoso y reluciente. La mujer mayor había vivido en ese recóndito pueblo toda su vida y no hablaba nepalí, solo la lengua local, un dialecto tibetano. Lopsang le dio un billete y esbozó una ancha sonrisa cuando ella para corresponderle vertió en su taza un líquido claro que guardaba en una cazuela de metal.

—Un traguito de refuerzo para el viaje de vuelta —aclaró él—. ¡Pero primero hay que visitar el museo!

Lopsang nos llevó hasta las afueras del pueblo. El sendero iba paralelo a un canal de riego y llevaba a un edificio alargado en el que una mujer nos esperaba con un manojo de llaves en la mano. Nos abrió la puerta y nos hizo pasar. En estanterías de construcción casera dispuestas a lo largo de la pared había bolsas de plástico transparente con restos de esqueletos, clasificados y marcados según

el tipo de huesos que contenían. Una etiqueta amarillenta informaba de a cuántos individuos pertenecían los huesos, si eran de mujeres u hombres y en qué cueva habían sido encontrados. Aquí y allí reconocí una calavera, una costilla, dedos, una cadera, un fémur.

Entró un anciano con gorra azul descolorido y abrió los pórticos para que el espacio se inundara de la luz. Su rostro de color moreno nuez estaba entretejido de arrugas profundas. Se presentó como Topke Gurung y sacó una bolsa de una de las cajas de madera que había en el suelo. En ella pescó una tacita de madera y restos de murales budistas, cubiertos con una delgada gasa dorada, tan frágiles que casi se deshacían en las manos.

—Todo esto se ha encontrado en las cuevas de la montaña, aquí, en los alrededores —explicó él en nepalí—. La policía fue quien reunió los restos de esqueletos y los clasificó. Algunos tienen varios miles de años de antigüedad.

Se han encontrado unas diez mil cuevas excavadas por humanos en el Alto Mustang. Las más antiguas se remontan a más de tres mil años de antigüedad y probablemente habrían sido usadas como cámaras mortuorias. Alrededor de hace mil años, cuando en la región reinaba una gran agitación, muchas familias optaron por trasladarse a las cuevas y las convirtieron en viviendas. Unos cientos de años más tarde, cuando la situación volvió a ser más tranquila, salieron de las cuevas y se establecieron en casas sencillas junto al lecho del río. Las cuevas seguían siendo utilizadas, pero ahora como lugares de meditación, almacenes y puestos de vigilancia estratégicos.

Después estuvimos hablando con Topke Gurung sentados al sol. La mujer que nos había abierto el museo se sentó con nosotros y escuchó la conversación en silencio.

Topke había nacido en el pueblo y tenía cuatro hijos, un hijo y tres hijas. A la segunda hija la mandó al convento.

—La vida es dura aquí —dijo—. Soy pobre y no tenía recursos para mantenerla. El convento le ofrece muchas más posibilidades, le pueden dar una formación mejor. Yo mismo no tengo formación alguna, apenas sé escribir mi nombre. El nepalí lo aprendí con un profesor que vivió aquí y también con mis hijos. Tuve que aprenderlo para rellenar impresos y documentos.

Hace dos años, perdió a su mujer y, en la actualidad, vivía totalmente solo en ese pueblo casi abandonado.

—Tenía poca sangre, mi mujer, ese era el problema —dijo tristemente—. Cogí un crédito para llevarla a los hospitales de Pokhara y de Katmandú. En total pedí prestados cinco mil dólares, pero no sirvió de nada. Murió. Y me quedé solo y con el crédito. Aquí en el pueblo, casi todos se han marchado. Cuando el agua desapareció, fuimos a ver al rey Zingme y le explicamos nuestro problema. Él vino y vio cómo estábamos, después nos dio unas tierras a unas horas de aquí a pie, junto a otro río. Casi todos se han mudado allí.

Solo quedaban un puñado de ancianos en aquel viejo pueblo.

—Antes había mucha agua aquí y teníamos muchos caballos, estaba todo verde —contó Topke—. El río era grande, el agua nos llegaba hasta la rodilla y la agricultura era fácil. Yo cultivaba trigo sarraceno, mostaza, patatas y rábanos. Pero el río se fue secando lentamente. Ahora ya no es posible cultivar nada, y con cada año que pasa, hay menos agua en el río. Hace demasiado sol ahora, por eso las aguas subterráneas han disminuido. Cuando yo era niño, siempre estaba nublado, tanto de día como de noche. Ahora el sol luce demasiado fuerte, hay demasiado viento y, en invierno, demasiada nieve. El año pasado nevó sin parar. Durante tres meses no hicimos más que quitar nieve; cada día caía medio metro. Comíamos, bebíamos, dormíamos y quitábamos nieve. Perdí veintiocho cabras y dos vacas. No teníamos ni agua ni hierba suficientes para alimentarlas y se congelaron. Yo no tengo establos

para los animales, no tenemos dinero para construirlos. Las sacamos congeladas de la nieve... A veces, también son capturadas por el leopardo de las nieves. Solamente el último año, el animal ha devorado cinco cabras de las mías. Se interna en el pueblo y se apodera de animales.

El sol brillaba en cielo despejado. La luz era tan fuerte que tuve que hacerme sombra con las manos para poder hallar la mirada de Topke, que estaba sentado en el suelo, en la posición del loto, y el brillo del sol no parecía molestarle en lo más mínimo.

—Creo que el clima cambia porque el mundo va en una dirección equivocada —conjeturó—. El mundo ha virado y ahora va en sentido contrario. Antes teníamos menos sol y la gente estaba más sana. Aquí no había basura. En el pueblo, ni siquiera había plásticos. Pero ahora te los encuentras por todas partes. Se los comen los animales y enferman. También hay mucho más viento que antes. Sopla en todas direcciones y trae bacterias. Tanto los animales como las personas enferman más que antes. Las nubes solían mantener la humedad del suelo, pero ahora han desaparecido, y la tierra está seca, ya no crece nada en ella. El polvo lo inunda todo y me veo obligado a comprar las verduras y también todo lo que necesito en Lo Manthang. Tengo que comprarlo todo menos el agua. Antes no compraba nada.

Topke suspiró.

—Tengo cincuenta y cinco años, soy un viejo. Estoy preocupado por el futuro de mis hijos. Han cambiado tantas cosas. En nuestro tiempo hay que comprarlo todo con dinero, pero yo no tengo... Hay demasiado de todo, demasiados coches, demasiado humo, la gente lleva perfume y otras cosas poco naturales. Al viejo Dios no le gusta esto. ¿Quizás los cambios se deban a que nuestro Dios está indignado? —Nos miró interrogativo a Savitri y a mí.

—¿No son ustedes budistas aquí? —le pregunté.

—Sí, claro, somos budistas —confirmó—. Dado que somos

budistas, no sacrificamos animales, sino que solo encendemos lámparas de mantequilla a los dioses. Existen muchos dioses. En otros lugares hay dioses diferentes a los nuestros. Nosotros tenemos nuestros dioses y los adoramos a nuestra manera.

Soplaba un viento frío y el sol estaba a punto de ponerse cuando cabalgamos por las calles de Lo Manthang. Acomodados en el comedor del hostal, entramos en calor con sopa muy caliente y raksi, el aguardiente local. Savitri pasó el tiempo chateando en Tinder. Un italiano solitario que trabajaba y vivía en la jungla del sur del Nepal flirteaba impetuoso con ella. Los mensajes cogieron un tono más y más intenso, pero se enfriaron de golpe cuando ella denegó amablemente su invitación de viajar ese largo trayecto para hacerle una visita aquel fin de semana. *Goodbye,* tecleó molesto a modo de respuesta el italiano. Savitri pidió más raksi para las dos.

A la mañana siguiente montamos a caballo de nuevo, con bastantes agujetas tras la larga expedición del día anterior. Ese día pusimos rumbo al oeste, hacia el campamento de nómadas. Vivían allí en cuatro tiendas de campaña blancas y alargadas, a dos horas a caballo de Lo Manthang.

Lhakpa Gurung, una joven con el pelo largo y negro y dientes blancos y sanos —una rareza en esos lugares—, nos invitó a entrar y calentarnos. Hacía poco que había regresado a su tierra tras estudiar en Katmandú durante varios años. Ahora hacía poco que se había casado y se estrenaba como madre.

—Todo el mundo se ha juntado para el ritual de la luna nueva —explicó y nos sirvió una taza de té con mantequilla a Savitri y a mí. Cuatro ancianas y tres hombres sentados hacían girar sus ruedas de plegaria mientras murmuraban tantras. Todos vestían ropa tradicional tibetana. En el extremo corto de la tienda colgaba una fotografía enmarcada del dalái lama; debajo flameaban decenas de luces de las lámparas de mantequilla. En el otro extremo habían instalado una cocina pequeña. Un estante entero estaba reservado a

los termos, más de veinte. En el centro, había una estufa grande que calentaba sorprendentemente bien. Me quité la ropa de abrigo y tomé té humeante a sorbos mientras chorreaba sudor. En un rincón propio, el hijo de Lhakpa, de cuatro meses, yacía sobre un montón de cojines y miraba fascinado el toldo de la tienda.

—Katmandú me gustaba mucho, pero pienso vivir el resto de mi vida aquí con mi marido —declaró Lhakpa—. A menos que nos mudemos a Lo Manthang. Es lo que todo el mundo hace ahora. Aquí solo quedan seis familias. Cada vez se hace más difícil vivir a la manera tradicional. En invierno perdimos cerca de trescientos animales, nevó tanto, no podían alimentarse.

Lhakpa nació en el Tíbet, pero se crio en Mustang.

—Mi madre llegó aquí con su marido y toda su numerosa familia cuando yo era niña. Pasaron la frontera ilegalmente, pero no sé por qué emigraron. Mi padre se quedó en el Tíbet. Mi madre nunca habla de él.

En su rincón, la anfitriona, en cuclillas, vertía yogur casero en una bota de piel. Después llenó una bandeja con galletas y chocolate y no se dio por vencida hasta que comimos todos.

—El ritual dura todo el día —explicó Lhakpa—. Todo el mundo trae un poco de comida y rezamos juntos. Hacemos estas reuniones cuatro veces al mes, en fechas señaladas en el calendario tibetano.

El murmullo de las viejas voces subía y bajaba, las ruedas de plegaria giraban sin parar. De vez en cuando, las ancianas llenaban las tazas de más té con mantequilla y cuchicheaban riéndose por lo bajo mientras las ruedas de plegaria giraban constantes, para después sumergirse de nuevo en mantras y oraciones.

—¿Alguno de ustedes ha visto un yeti? —les pregunté curiosa.

—Sí, ¡pero hace seis o siete años! —vociferó un hombre quemado por el sol con una rueda de plegaria en cada mano—. Precisamente aquí no hay muchos, pero más al norte, de donde yo soy, ¡había muchos! Perseguían a los yaks cuando los sacábamos al campo.

Nunca los vi de cerca, solo de lejos. Los yetis son el doble de grandes que los yaks. Tienen los pies y las manos parecidos a los nuestros, pero están recubiertos de pelo. ¡También en la cara tienen mucho pelo! Cuando van cuesta abajo no se les ve la cara, pero cuando van hacia arriba, sí. En general, caminan a cuatro patas, pero, a veces, caminan erguidos como nosotros. Se alimentan de hierba y yaks. Nos tienen miedo y nosotros también a ellos, ¡pero en ocasiones se enfadan tanto que cogen a una persona en volandas y la tiran barranco abajo!

Los visitantes, que hace cien años llegaban a aldeas noruegas situadas en valles remotos, oían historias parecidas, no sobre yetis sino sobre huldras* y trolls, probablemente dichas historias también contenían un alto grado de realidad subjetiva. Que el yeti también sea una realidad zoológica es algo que la mayoría de los científicos descartan, pero no todos.

Una mujer de mediana edad con la cara redonda y vivaz entró en la tienda de campaña y se sentó con nosotros. Se llamaba Lamo Chhepteng y le faltaban un par de dientes.

—Mis dos hijos estudian en Katmandú ahora, pero yo no fui a la escuela. Es que no había escuela aquí entonces. ¡De lo único que sé en la vida es de yaks!

Se rio cloqueando, pero recobró la seriedad rápidamente.

—No corren buenos tiempos para criar yaks —dijo sombría—. Antes el verano era verano y el invierno, invierno, pero ya no es así. Ahora tenemos demasiado viento y poca hierba; casi todos nuestros animales han muerto. Mi marido y yo estamos construyendo un hotel en Lo Manthang, porque dudamos que se pueda vivir de criar yaks en el futuro.

—¿Por qué crees que el clima ha cambiado? —le pregunté.

—¡Eso no lo sé! —Soltó una carcajada y hurgó en su oreja con un palillo.

—¿Crees que habrá nómadas aquí dentro de diez años? —seguí

preguntándole.

—No, dentro de diez años habrán muerto todos los animales —dijo Lamo. No había ni duda ni sarcasmo en su respuesta—. Dentro diez años no quedará nadie aquí.

Cuando pasen diez años, la moderna carretera a China ya hará tiempo que se habrá terminado y el paso fronterizo funcionará a pleno rendimiento. Un grupo de empresarios de Katmandú, sentados en el comedor, bebían raksi cuando Savitri y yo volvimos del campamento nómada. Por la mañana temprano, irían a inspeccionar el puesto fronterizo, y pudimos acompañarlos, a pesar de que, en realidad, no hubiera sitio en el automóvil que habían alquilado.

Por el camino, visitamos las famosas cuevas excavadas por humanos. Eran sorprendentemente grandes, tenían varias alturas, toda una pequeña comunidad debió de haber vivido allí. Entre las diferentes alturas se habían construido escaleras estrechas; subimos y bajamos y caminamos agachados por corredores bajos.

Después, en un pequeño hostal sencillo nos sirvieron chapati recién horneado y patatas cocidas. Las patatas del Alto Mustang son famosas en todo Nepal, nos dijeron los empresarios que habían llenado el maletero de esa *delicatessen*. Aquella patata recién hecha, caliente y humeante tenía un sabor dulce, mantecoso, la pulpa casi se derretía en la lengua. ¿Cuántas patatas habré comido en mi vida? ¡Miles y miles! Y, sin embargo, no tenía ni idea de que pudieran tener ese sabor.

La carretera ascendía de forma abrupta. El jeep avanzaba despacio por la pista de tierra y el polvo nos envolvía como una nube gris. Mis sienes se quejaban un poco por la altura.

El paso fronterizo, **4.660 m s. n. m.**, que consistía en un alargado edificio blanco a medio terminar y un enorme aparcamiento vacío, era un hormiguero de grúas y obreros chinos. Una valla de alambre de espino se abría paso entre el paisaje. Al

otro lado de esta, se habían montado tiendas de campaña para los obreros. Ropa de colores vivos se secaba colgada en el alambre de espino y las piezas ondeaban vivaces al viento.

Savitri y yo nos dirigimos a la valla para fotografiarla. Dos niñas, vestidas con ropa tradicional tibetana de lana, se acercaron corriendo desde el otro lado. Tenían las mejillas sonrosadas y su pelo largo y negro danzaba con la brisa de la tarde. Llegaron hasta la valla y extendieron sus manos hacia nosotras sonriendo. Fue el saludo del Tíbet.

A lo largo de los siglos, Mustang ha sido una importante zona comercial y de tránsito obligado para la Ruta de la Sal, del Tíbet a Nepal y la India. Si se abre el paso fronterizo a los extranjeros cuando esté terminado, Mustang será ante todo una popular vía de tránsito para los peregrinos hindúes que se dirigen a la recóndita montaña Kailash, el hogar de Shiva. Desde Lhasa, la montaña sagrada está a varios días de viaje por carretera y desde Katmandú está aún más lejos, pero desde el nuevo puesto fronterizo solo hay cinco horas por carretera, y, de propina, los peregrinos podrán visitar el templo de Muktinath.

Cuando se abra la frontera, si es que se abre, Lo Manthang y Mustang cambiarán, quizás hasta el punto de ser irreconocibles. El mismísimo rey, es decir, el rey no oficial, está preparado para dar la bienvenida a los peregrinos en su lujoso Royal Mustang Resort.
En el viaje de vuelta a Jomsom, nos recogió un camión Road King. Ya en la primera cuesta, el vehículo sucumbió a las fuerzas de la gravedad y tuvo que ser remolcado por otro camión.

A diferencia de los jeeps, los camiones no circulan por la pista de tierra, sino que siguen el río Kali Gandaki al fondo del valle. Un empinado camino en zigzag bajaba hasta el río. En mitad de la cuesta, encontramos otro camión atascado en una curva y llevó media hora sacarlo de allí. Después seguimos bajando.

En el fondo del valle, el ancho lecho de piedras testimoniaba que

el río Kali Gandaki debió de ser ancho y poderoso alguna vez. En ese momento, la parte más ancha no tendría más de 4 o 5 metros y serpenteaba por el valle; el agua era de un tono marrón por la tierra y los sedimentos que llevaba. Lo cruzamos una y otra vez, cuarenta veces, cincuenta, perdí la cuenta. A ambos lados del río, se alzaban áridas montañas al sol. Nosotros íbamos siempre a la sombra.

Kali, que literalmente significa «tiempo» o «tiempo consumado», es una de las diosas más temibles y poderosas del hinduismo; es la Madre del Universo, destructora de fuerzas malignas, la diosa que reina sobre el poder y el tiempo. Kali es negra como la noche y lleva un collar de calaveras alrededor del cuello y una espada ensangrentada en uno de sus cuatro brazos. El río que lleva su nombre atraviesa Mustang antes de precipitarse hacia el sur. En un determinado lugar da un giro brusco y cambia de dirección para dirigirse al este, luego gira una vez más, abandona Nepal y discurre hacia el sur por la India, donde se une al Ganges para después desembocar en el golfo de Bengala. Antes, hace millones de años, fluía desde el Tíbet.

«Gutta cavat lapidem, non vi, sed saepe cadendo», «La gota agujerea la roca no con su fuerza, sino por caer asiduamente». El agua es más poderosa que la roca, algunos ríos son más antiguos que las montañas más vetustas. Kali Gandaki discurría más o menos por donde lo hace ahora, mucho antes de que la India colisionara con Eurasia y emergieran las montañas del Himalaya, hace unos cincuenta millones de años; el río apenas ha cambiado su curso. Mientras las masas rocosas han sido presionadas, emergiendo hacia arriba, y cada año se elevan más, el río se ha abierto camino entre sedimentos y ha excavado un cañón cada vez más profundo entre el monte Dhaulagiri y el Annapurna; ningún otro río del mundo está flanqueado por montañas tan altas como esas, ningún cañón es tan profundo. Y mientras las montañas que lo flanquean cada vez se elevan más, el Kali Gandaki excava cada vez más sedimentos

geológicos y descubre capas y capas de rocas sedimentarias que un día formaron el fondo del ya inexistente mar de Tetis, pero que hace unos doscientos millones de años cubría lo que ahora es Eurasia. Como prueba de ello, las rocas están llenas de fósiles marinos, principalmente amonitas, una bella criatura con forma de caracol, un antiquísimo pariente del calamar. Las amonitas desaparecieron hace sesenta y cinco millones de años junto con los dinosaurios.

Los neumáticos se abrieron paso por el agua turbia cincuenta veces, cien, doscientas. Road King era en realidad River King. El río que el camión cruzaba no era nunca el mismo: en algunos lugares, superficial; en otros, profundo y traidor. Avanzada la tarde, ya de vuelta en la carretera de tierra y con el sol reducido a una línea anaranjada en el oeste, nos quedamos atascados de nuevo; la carretera estaba cortada por un enorme desprendimiento de tierra.

Las montañas también se mueven. Igual que los ríos van hacia el mar.

El dios sediento

Volamos por encima de un sinfín de montañas. Desde la cabina, el piloto enumeraba los picos que sobrevolábamos: Machapuchare. Annapurna I. Annapurna Sur. Gangapurna. Y después desaparecían, nieve, laderas escarpadas, picos con muchas «a» y «enes» y perdimos altura para aterrizar.

Ningún turista viaja a **Surkhet**, **2.254 m s. n. m.**, pero los hoteles estaban todos reservados por representantes de diferentes organizaciones humanitarias que acuden allí en masa, a uno de los distritos más subdesarrollados de Nepal. En línea recta, había menos de cincuenta kilómetros desde el aeropuerto a Turmakhad, el pueblo donde Savitri y yo íbamos a pernoctar, pero el viaje en coche duró todo el día. La carretera empeoraba a cada kilómetro que dejábamos atrás. Tras dos horas de recorrido, el chófer señaló un puñado de viviendas en las colinas al otro lado del río.

—Allí vamos —dijo.

—Entonces llegaremos pronto —constaté aliviada.

El chófer soltó una risa seca.

—Aquí no hay puentes, hay que dar un rodeo.

A partir de ese punto, la ruta seguía campo a través, cruzando ríos y puentecillos, a derecha e izquierda, arriba y abajo. El paisaje y el entorno eran cada vez más rurales, la pista y la tierra circundante eran de color rojizo. De vez en cuando pasábamos por delante de sencillos cobertizos en los que se podían comprar fideos y bebidas.

Paramos un par de veces y bebimos té negro, dulce y especiado

con pimienta antes de volver a tomar asiento en el coche. Justo cuando anochecía llegamos al ansiado Turmakhad y nos alojaron en una habitación sencilla construida con adobe. Las paredes estaban recubiertas de plástico y, del techo, colgaban rollos de cables y dos bombillas sin más. No había ventanas, la puerta debía cerrarse y pasarle un travesaño.

Temprano a la mañana siguiente, Savitri y yo cruzamos un cerro de camino al pueblo más cercano. El horizonte se llenaba de pastos, huertos escalonados en terrazas, colinas suaves y casas holgadas pero austeras construidas con piedra y barro.

Habíamos hecho todo ese largo viaje para hablar de la menstruación. Entre los hindúes de todo Nepal, se considera que las mujeres son impuras cuando menstrúan, incluso en Katmandú, muchas mujeres se mantienen alejadas de la cocina esos días, pero en ningún lugar esa práctica es tan estricta como en los distritos de las colinas del oeste. Aquí muchas mujeres cuando menstrúan siguen pasando la noche en pequeñas cabañas. La tradición se llama *chhaupadi* y es sencillamente peligrosa: cada año mueren un número desconocido de muchachas y mujeres nepalíes por mordedura de serpiente, de escorpión, por asfixia de humo o de frío en las cabañas de menstruación. Dicha práctica está prohibida y puede ser castigada con tres meses de cárcel o unos 20 euros de multa, pero en el campo, la policía solo pasa de vez en cuando; casi nadie es penalizado.

Delante de una casa grande había dos mujeres delgadas de unos cincuenta años que lavaban ropa en un balde.

Savitri fue directo al grano:

—¿Dónde duerme su hija cuando tiene la menstruación?

—Duerme aquí —respondió la mujer y señaló un pequeño anexo del edificio principal, pequeño pero muy limpio—. Cuando yo era joven, tenía que dormir allá, con las vacas —dijo y con la cabeza indicó la cuadra situada en el sótano—. Antes de dormirme solía

ahuyentar a los animales. Ahora hemos podido construir una casa para eso. ¿Creen que es lo suficientemente buena? ¡Si creen que no, la derribaremos!

—Ella creía que éramos de una ONG —me explicó Savitri cuando continuamos cuesta abajo—. Las ONG han sido muy activas en los pueblos de estos alrededores debido a las recientes muertes vinculadas a la tradición chhaupadi.

En la casa vecina nos cruzamos con otra mujer que debía de andar en la cincuentena, Mana Bayak. Llevaba una estampada falda enrollada y un chal rosa de algodón envuelto en la cabeza. De su nariz colgaba un aro grande y dorado. Cuando sonreía, cosa que hacía a menudo, su rostro se llenaba de bellas arrugas. Su hijo menor, de doce años recién cumplidos, merodeaba a nuestro alrededor mientras hablábamos.

—Antes era una costumbre muy estricta —contó Mana—. Cuando teníamos la menstruación, no se nos permitía tomar buenos alimentos, nada de productos lácteos, por ejemplo. Yo solía dormir ahí. —Señaló un pequeño cobertizo, apenas de un metro y medio de alto, construido con piedra y barro rojo, con troncos en el techo—. Ahora lo hemos convertido en un retrete —añadió.

La puerta del cobertizo estaba abierta. En el interior, el suelo estaba cubierto de heno.

—Solo tenía una manta delgada para dormir ahí dentro —dijo Mana—. Solía hacerme un colchón de hojas de plátano o de maíz para mantener el calor en el cuerpo, pero cuando llovía no servía de mucho. Después había que lavarlo todo, por eso no dormía en un buen colchón. Por aquellos tiempos, no había electricidad, la noche era negra como boca de lobo. Siempre tenía miedo, sobre todo de las serpientes, pero también de los hombres. A pesar de que la cabaña estaba a pocos metros de la casa, tenía la sensación de que dormía en la jungla.

Un pequeño rebaño de cabras subió al trote por el sendero y se

acercó a nosotras. Mana se levantó veloz y las ahuyentó.

—¡Qué desgracia haber tenido que pasar por todo eso, no poder dormir confortablemente en nuestra propia casa! —exclamó—. Yo andaba siempre atemorizada pensando qué podría sucederme si no cumplía las reglas. Temía que las vacas pudieran morir, que mis suegros se pusieran furiosos. Cuando tenía la menstruación, ni siquiera podía tocar a mis hijos, ni a los más pequeños. Creíamos que podían enfermar. Si accidentalmente topábamos con alguien, ambos teníamos que lavarnos a fondo.

Un hombre con ropa de trabajo agujereada se acercó a nosotras y se puso a escucharnos con curiosidad.

—Vete —le ordenó Savitri—. ¡Hablamos de cosas de mujeres!

El hombre asintió conforme y se alejó obediente. El muchacho de doce años había sacado un cepillo y daba largas cepilladas a una cabra mientras nos escuchaba con atención.

—Mi marido es cinco años menor que yo, pero yo soy más fuerte que él —afirmó Mana—. Cuando bebe, se pone tonto y suelta cantidad de sandeces, pero lo controlo. Si hubiera tenido una vida más fácil, hoy en día todavía sería más fuerte. Di a luz a mis primeros cuatro hijos en la cuadra, tal y como era costumbre. Perdía mucha sangre y, los primeros días, el bebé y yo teníamos que dormir con los animales. Cuando iba a dar a luz a mi último hijo, mi suegra les dijo que unas personas de una organización habían dicho que no pasaría nada si diéramos a luz en una habitación normal y que era mucho mejor para el bebé. Ahora ya no seguimos la tradición chhaupadi, mi último hijo nació en una habitación de la casa. Así ha sido mi vida, pero, por suerte, ahora la tradición ha cambiado.

¿Cuánto tiempo se tarda en cambiar una tradición? ¿Una generación e incluso más? Por el camino de grava de delante de la casa, se aproximaba un grupo de mujeres acarreando enormes fajos de heno. En la casa vecina, una mujer colgaba la colada, otra estaba

sentada en el suelo y separaba el grano de piedras diminutas.

—He enviado a todos mis hijos a la escuela, pero cuando yo era niña aquí no había escuela —continuó Mana—. Apenas sé escribir mi nombre. Cuando se acercan las elecciones, viene un montón de gente y me piden el voto. Me enseñan el logo del partido y me piden votar por el arado, por ejemplo, porque, claro, necesito un arado, o por la guadaña, porque la necesito para segar la hierba. La última vez voté por un árbol porque necesito sombra.

—El Partido Nepalí del Congreso, por lo tanto.

—Sí, probablemente.

El hijo mayor de Mana trabaja en los países del Golfo, pero ella apenas había salido del pueblo.

—Nosotros salimos del pueblo solo si es absolutamente necesario y nunca nos alejamos demasiado. Yo he estado en Surkhet y en Nepalgunj un par de veces, porque algunos de mis hermanos viven allí. Deberíais volver en otoño —añadió—. Entonces es más bonito esto. Ahora todo es ocre y seco, pero en otoño los campos están verdes y los árboles llenos de fruta.

Cuando nos disponíamos a pasar a la siguiente casa, apareció una joven, salió de la sombra, de detrás de la pared de la casa, y se acercó a nosotras.

—Muchos siguen teniendo cabañas de menstruación —dijo bajito cuando estuvo a nuestro lado—. Simplemente tienen miedo de contároslo. ¡Venid, os lo mostraré!

Nos llevó a una casa unos 100 metros más arriba de la colina. Una mujer con pelo largo y gris, un aro grande de oro en la nariz y arrugas profundas en la cara nos dio la bienvenida llena de curiosidad. Se llamaba Kokila Bayak, y como muchas de las mujeres mayores del pueblo hablaba un nepalí deshilachado y macarrónico. A Savitri le costaba dar sentido a sus palabras:

—Qué increíble que hayáis recorrido este largo camino para hablar conmigo —dijo la mujer mayor e hizo ademanes para que

nos sentáramos en el suelo a su lado—. Yo soy vieja ahora, ya paso de los sesenta. Me casé cuando tenía cinco años. O quizás siete. —Miró al aire pensativa intentando echar cuentas—. De todas maneras, me quedé a vivir con mis padres muchos años antes de trasladarme a casa de mi marido. A los dieciocho o diecinueve años tuve mi primer hijo. Cuatro hijas y dos hijos tuve. Todos son mayores ahora. Todos están casados.

A nuestro lado había una cabaña sencilla construida con piedra y barro, aproximadamente de 1 metro de ancha y 1,5 de larga. Era tan baja que era imposible ponerse de pie en su interior.

—¿Hay alguien que use la cabaña de menstruación? —le pregunté.

—No. —Kokila meneó la cabeza con decisión—. Se usaba antes, pero ahora ya no se usa.

—¿Podemos verla? —preguntó Savitri.

Kokila asintió, abrimos la portezuela y miramos dentro. La cabañita estaba reluciente de limpia. En una esquina había una tinaja metálica, de un gancho colgaba un chal de muchos colores y, al lado de la puerta, había una pequeña concavidad en el suelo para encender una hoguera.

—Parece que sí se esté usando —comentó Savitri.

Kokila hizo como si no la oyera.

—Yo di a luz a todos mis hijos en la cocina —dijo—. En esos tiempos teníamos que dormir con las vacas cuando menstruábamos, teníamos que ir lejos del pueblo para lavarnos. Y teníamos miedo de que nos atacara el tigre, porque había tigres entonces. Las serpientes también nos asustaban. Una vez que salí para orinar, vi un fantasma; de hecho, no hace mucho de eso. A menudo, dormíamos a la intemperie, debajo de una manta delgada. Yo siempre dormía mal y solía despertarme de frío o de miedo. Era una vida dura, pero sobrevivimos. No sucumbimos.

Se inclinó acercándose y contempló mi cara con atención.

—¿Es americana? —dijo y miró interrogativamente a Savitri, que le explicó que yo era europea. Kokila asintió con la mirada vacía. No pareció que le sonara a un lugar conocido.

—¿Qué le parece la tradición chhaupadi, que las mujeres tengan que sufrir así? —le pregunté.

—Hay que seguir las reglas del país donde se vive —respondió Kokila y se encogió de hombros—. Hay que seguir la corriente.

—Pero ahora las cabañas de menstruación están prohibidas —dije —. ¿No tiene usted miedo de que la policía la detenga?

—Qué va, si vienen les decimos que no lo practicamos. Si preguntan para qué sirve el cobertizo, les decimos que para guardar leña.

O empezaba a confiar en nosotras o estaba cansada de mentir.

Al otro lado del patio, la nuera de Kokila, agachada en cuclillas, separaba los guijarros de los granos de cebada que había extendido encima de una alfombra grande.

—Tengo treinta y cinco años, creo, pero no lo sé con seguridad, porque solo he ido a la escuela de adultos —dijo—. Tampoco sé con exactitud la edad de mis hijos, pero todos van a la escuela. Todos.

Kokila se acercó y se puso a dar de comer a las gallinas de la jaula que había detrás de nosotras. Al terminar se unió a nosotras y escuchó la conversación con atención.

—Duermo en el cobertizo cuatro noches cada vez que tengo la menstruación —dijo la nuera—. Prefiero dormir en casa, pero sigo las reglas a pesar de todo. Si no lo hiciera, me echarían la culpa en caso de suceder cosas malas.

Kokila se inclinó hacia delante, agarró el pecho de Savitri y lo sopesó en sus manos tanteándolo.

—Buenos pechos para amamantar —afirmó—. Calculo que tienes dos hijos.

Savitri no tenía hijos, pero prefirió no contradecir a la mujer mayor.

—¿Es tu suegra quien ha decidido que debes dormir en la cabaña de menstruación? —le pregunté a Nanna.

—Sí, dice que ella durmió así y que por eso yo también debo hacerlo.

—¿No resulta muy desagradable dormir en esa diminuta cabaña? —le pregunté—. ¿Tienes miedo? ¿Pasas frío?

—Esta no es pequeña —intervino Kokila—. Y ya no hace frío. Ahora duermen en colchones gruesos. ¡En mis tiempos era mucho más duro! Dios era mucho más severo entonces.

Tras haber pasado toda la mañana en ese pueblo, rodeadas de cabras y campos de cebada, Turmakhad, con sus tiendas y licorerías, se me antojó casi urbano. En el lugar donde se reunía la gente, junto al centro de salud, incluso había una sucursal bancaria. Los luminosos y brillantes letreros parecían fuera de lugar en ese entorno tan humilde. En una de las licorerías incluso se servía el alcohol con *thali* (chapati recién horneado con curry), patatas condimentadas y chili. En una viga, encima de la bombilla solitaria, vivía toda una familia de gorriones. Los padres volaban entre el vaivén del tráfico para alimentar a sus polluelos hambrientos, que chillaban reclamando comida con el pico abierto de par en par.

En el otro extremo de la sencilla mesa de madera, había una mujer con la espalda muy erguida que andaba en la treintena. Su traje verde menta hacía juego con el color rosa del pintalabios, en el regazo sujetaba una carpeta con documentos. Sostenía la mirada e irradiaba una seguridad en sí misma y una autoconciencia totalmente diferente a la de las mujeres que había conocido durante el día.

—En el pueblo del que provengo, la tradición chhaupadi está muy extendida —dijo en nepalí a Savitri cuando acabamos de comer. Había estado escuchando nuestra conversación un buen rato y visiblemente se había enterado de lo que hablamos, a pesar de no saber demasiado inglés. Después supimos que se llamaba Tara Devi

Budha y era la tesorera de los proyectos locales para la construcción de carreteras.

—Casi nadie en los pueblos tiene formación y temen el castigo de los dioses si no siguen las reglas —explicó Tara—. Cuando enferman, acuden al chamán, no al médico. El chamán, que asegura que habla por boca de los antepasados, dice cosas como: «Te lanzaré precipicio abajo como castigo si no haces lo que te digo». —Suspiró—. También hay que formar a los chamanes; de lo contrario, no iremos a ninguna parte. ¿Queréis acompañarme a mi pueblo y verlo por vosotras mismas? Os lo puedo enseñar todo. Además necesito que me lleven —añadió con una sonrisa traviesa.

—Tara es una heroína —espetó el dueño de la licorería—. Luchó por la causa maoísta durante siete años. ¡Era una de sus líderes!

Un gorrión defecó en su hombro. Él, que ya estaba acostumbrado, se limpió el excremento con una servilleta.

—Solo tenía diecisiete años cuando me uní a los maoístas —contó Tara—. Técnicamente ya estaba casada, a pesar de ser muy joven. Mis padres me casaron a los dieciséis, pero volví a casa justo después de la boda. En esa época los maoístas insurgentes solían venir a comer a casa. No solo hombres sino también mujeres. Ellas me decían que debía hacer como ellas, luchar por los derechos de las mujeres. Esos encuentros me motivaron y quise unirme a ellos, pero mis padres no lo permitían. Mi madre me encerró intentando impedirlo, pero no fue difícil hacer saltar la cerradura; tras media hora de forcejeo, la puerta cedió y me escapé en mitad de la noche sin que mis padres se despertaran.

La sublevación maoísta hostigó Nepal durante diez años, de 1996 a 2006. Esta derivó rápidamente en una guerra civil de guerrillas y costó la vida a unas veinte mil personas. Varios cientos de miles de personas se vieron obligados a huir.

—Luchábamos en la jungla sin comida durante días seguidos, a veces toda una semana —explicó Tara—. No teníamos agua, pero

casi siempre llovía durante todo el día, así que casi nunca pasamos sed. El inconveniente era que entonces se llenaba todo de sanguijuelas. Vivíamos en cuevas, a veces dormíamos en los árboles. Una vez, cuando tenía dieciocho años, fuimos perseguidos por el ejército nepalí en plena jungla. Era negra noche, pero no podíamos usar linternas, porque los soldados nos pisaban los talones. Había precipicios a nuestros pies y paredes de afiladas rocas por encima de nosotros, ningún lugar donde esconderse. Diez camaradas recibieron disparos de bala y murieron ante mis ojos. Todavía tengo pesadillas por las noches. Cuando los soldados desaparecieron, enterramos a los muertos allí mismo, en la jungla.

Tara luchó empuñando el arma durante dos años, después se convirtió en la líder de un grupo de cuarenta y cinco maoístas, la mitad eran mujeres.

—Luchábamos contra la monarquía y el ejército nepalí. La monarquía no ofrecía igualdad de oportunidades a la gente, sobre todo a nosotros los pobres. Ahora la situación ha mejorado, podemos andar con la cabeza alta, aunque seamos pobres. Después de años de lucha como insurgente ya no tengo miedo de nada, pero todavía tengo mala conciencia cuando pienso en las consignas que enarbolábamos sobre la igualdad de derechos para mujeres y hombres. No hemos conseguido los objetivos por los que luchábamos, al contrario, se ha ido por el camino equivocado... No existe la igualdad entre sexos y Nepal sigue siendo una sociedad patriarcal. La violencia doméstica contra las mujeres sigue siendo un problema muy extendido, las mujeres son acosadas por los hombres en los puestos de trabajo y no se les reconoce el trabajo de ama de casa.

El objetivo de los maoístas era derrocar la monarquía y establecer la república popular en Nepal. Dos años después del acuerdo de paz, se abolió la monarquía y Nepal pasó a ser una república federal, pero sin el prefijo «popular». Tras diez años de gobiernos de

coalición de corta vida, sublevaciones, huelgas generales, estados de excepción y caos político generalizado, se aprobó una nueva constitución en 2015. Dos años más tarde, en 2017 y 2018, se celebraron las primeras elecciones democráticas, tanto a nivel local como general. Los comunistas obtuvieron una mayoría aplastante en ambas elecciones.

Pero la propia Tara estaba inscrita en el mayor partido de la oposición, el Partido Nepalí del Congreso.

—No estaba contenta con la forma de tratarnos del Partido Comunista —dijo y se cruzó de brazos—. Luchamos. Arriesgamos la vida. Dimos nuestros mejores años de juventud, y, luego, no nos han dado el apoyo que exigimos. No hemos obtenido el respeto que nos merecemos. Cuando pienso en todo lo que yo di e invertí, me siento fatal. Incluso defraudé a mis propios padres. El actual gobierno comunista no es mi gobierno.

El pueblo de Tara estaba a media hora en coche. Por lo visto, no solo ella necesitaba transporte, acudió al jeep todo un batallón de gente de ese pueblo y se apiñaron en los asientos traseros. A las afueras del pueblo, nos detuvo una especie de barricada de piedras construida en mitad de la carretera por una pandilla de niños. Iban descalzos, con pantalones cortos y camisetas andrajosas; la suciedad casi había echado raíces en su piel y cabello. Se negaron a retirar el montón de piedras y huyeron chillando y riéndose mientras el chófer los amenazaba con el puño.

Como tantas veces en ese viaje, me había topado con una frontera. Aquella fue la menos oficial de todas hasta ese momento. Sin embargo, las piedras de la barricada escondían un asunto grave. Pensé en el antropólogo social Fredrik Barth y su teoría de que la identidad se construye precisamente en la frontera, en el encuentro con otro grupo. El bloqueo de carretera improvisado por los niños creaba una frontera contra la menor de las comunidades, el pueblo. Los pequeños montículos de piedras creaban una primitiva y física

división entre nosotros y ellos, lo nuestro y lo vuestro. Barth nunca estudió a fondo los mecanismos psicológicos subyacentes, pero es más que evidente que el ser humano es una criatura fundamentalmente territorial; solo pensando en las legislaciones referentes a litigios vecinales de las que el mundo entero está lleno, por no hablar de todas las guerras sin sentido que se han librado a lo largo de los siglos. La mayoría han sido a causa de las fronteras, tanto grandes como pequeñas.

El irritado chófer retiró las piedras. Cruzamos esa frontera invisible y entramos en el pueblo. Tara nos acompañó a casa de una familia que había construido hacía poco una cabaña de menstruación completamente nueva. La cabaña de adobe estaba limpia y era bonita, era patente que se estaba usando porque en un rincón había una maleta con ruedas. Todos los autoestopistas y buena parte del resto del pueblo, unas treinta o cuarenta personas, nos habían seguido y ahora formaban un semicírculo de curiosos junto a Tara, Savitri y yo.

—El año pasado, en el pueblo vecino, murió una joven de intoxicación por humo. Después la policía nos obligó a derribar la vieja cabaña —dijo Padam, el dueño de la casa, un hombre melancólico en la cuarentena—. Habíamos empleado mucho tiempo y esfuerzo en construirla. Supuso trabajo duro.

—¿Cómo reaccionó usted cuando supo que tenían que derribarla? —le pregunté.

—Lo hicimos encantados —afirmó.

—Pero ahora han construido una nueva, ¿verdad?

—Sí, la construimos sobre todo para guardar leña, pero las mujeres pueden dormir aquí si quieren cuando menstrúan. Mi hija durmió aquí anoche. Yo le he dicho que puede dormir dentro, pero ella tiene miedo de que nos pueda ocurrir alguna desgracia si lo hace. Por eso duerme aquí.

—Si las mujeres son tan asustadizas es su problema —gritó un

hombre desde el balcón del primer piso—. Yo les he dicho a las mujeres de mi familia que pueden dormir en las habitaciones normales cuando tienen la menstruación. Deben mantenerse alejadas de la cocina, por lo demás pueden estar dentro de la casa, pero no hacen lo que les digo. Tienen miedo.

—¿Por qué deben mantenerse alejadas de la cocina? —le pregunté.

—Porque sangran. La sangre es sucia y las moscas revolotean a su alrededor.

—Una mujer que no creía en la tradición chhaupadi, una extranjera como tú, usó la bomba de agua común cuando tenía la menstruación —dijo Padam—. Y le mordió una serpiente. Desde entonces empezó a practicar chhaupadi. Nuestro dios local se llama Mate. Es un dios muy poderoso. Uff..., hemos tenido muchos problemas con Mate estos últimos tiempos... Ni te lo puedes imaginar.

En el campo encontramos a Bimala, la muchacha que pensaba dormir en la cabaña de menstruación. Era discreta y tímida, pero muy paciente con todas nuestras preguntas.

—Duermo en la cabaña chhaupadi cada vez que tengo la menstruación —contó—. Siempre tengo miedo, pero ¿qué puedo hacer? Tengo que dormir allí.

—¿Por qué es una obligación?

Miró al suelo.

—Pues... si no duermo allí, dios se enfadará.

—¿Y qué pasa entonces?

—Dios puede romperte las piernas y los brazos, o hacer que te caigas por un precipicio. Esas cosas. Mi padre dice que puedo dormir en la casa, pero no hay nadie más en el pueblo que lo haga.

—Si todas las demás mujeres durmieran dentro, ¿tú también lo harías?

Ella sonrió con timidez.

—Sí, si todas las demás hubieran dejado de cumplir las reglas, yo también lo haría, claro.

A media tarde, los chamanes empezaron a pulular por Tumarkhad. Era fácil reconocerlos por el turbante blanco que llevaban. Delante de la licorería, había un chamán fumando. También se llamaba Padam y tenía veintisiete años:

—El dios de los antepasados entró en mi cuerpo, por eso tuve que convertirme en *dami,* es decir, en chamán —contó ecuánime.

Aparte del turbante blanco, iba vestido con ropa corriente, tejanos y camiseta. En los lóbulos de las orejas llevaba aros finos.

—Mi abuelo también era dami —añadió Padam—. Soy la quinta generación de damis de la familia.

—¿Qué hace un dami en realidad? —le pregunté.

—Cuando dios está en mi cuerpo, empiezo a temblar —explicó Padam—. Estoy consciente, pero puesto que dios está dentro de mí, lo siento todo diferente. La primera vez que sucedió, fue cuando iba a someterme a un examen del grado undécimo. De repente, empecé a temblar y no podía parar. Alguien me llevó al templo y allí me pusieron un turbante blanco. Al instante, dejé de temblar.

Una buena manera de escabullirse del examen, pensé.

—¿Por qué los damis llevan turbante blanco? —le pregunté en voz alta.

—El blanco es el símbolo de la paz, debe de ser por eso, supongo. —Reflexionó durante unos instantes—. Forma parte de nuestra tradición. La gente acude a mí cuando están enfermos. Pongo mis manos alrededor de su muñeca, para sentir el pulso, y entonces empiezo a temblar. La causa de que la persona esté enferma puede ser un fantasma o diferentes espíritus. Principalmente son los espíritus los que causan problemas. Cuando hablo con los enfermos, no soy yo el que habla, entiendes, es dios. Ni tan siquiera entiendo lo que dios dice, el setenta por ciento de lo que dice es incomprensible para mí. El setenta por ciento. Dios discute con el

espíritu o el fantasma que ha enfermado al paciente. El ochenta por ciento de mis pacientes sanan. El ochenta por ciento.

—¿Qué piensas de la tradición chhaupadi? —le pregunté.

—Mi opinión personal es que la menstruación es algo normal y natural —respondió Padam—. Es importante mantener la higiene, claro, pero, por lo demás, no tengo ningún problema con la menstruación. Pero *dios* lo ve de manera diferente. —Hizo un ademán con las manos a modo de disculpa—. Él opina que es sucia. Por eso una mujer que menstrúa debe mantenerse alejada de la casa y del templo. Es *dios* quien lo exige, no yo.

—¿Tienes otro trabajo además de ser dami?

—¡Ser dami no es ningún trabajo! —Se rio—. Soy comerciante y tengo una tienda pequeña en el pueblo, un poco más arriba. Pero ahora debo irme, lo siento. Tengo que preparar el ritual de mañana.

Cuando el joven chamán apagó el cigarrillo y echó a andar calle arriba, un excremento de pájaro aterrizó en mi hombro.

El ritual de la luna llena se realizaría en algún momento del día siguiente, pero no se sabía cuándo. Uno de los chamanes estaba convencido de que empezaría a las once, otro estaba muy seguro de que sería a la una y media, mientras que un tercero aseguró que empezaría como pronto a las tres. Me avisaron de que no acudiera al templo demasiado temprano, porque lo encontraría vacío; no empezaría en serio hasta las cinco, posiblemente no antes de las seis, opinó un cuarto. De todas maneras, dado que no tenía nada mejor que hacer, subí despacio y con fatiga por el angosto sendero del pueblo al templo justo después de desayunar.

El templo, una sencilla cabaña de piedra, barro y troncos, estaba en un claro del bosque. En el exterior había tres chamanes tumbados relajadamente en una estera, vestidos con túnicas y el obligatorio turbante blanco, sujeto de forma tirante alrededor de la

cabeza. Los tres succionaban pipas grandes. Un par de hombres del pueblo se pusieron a adornar el templo con pequeñas conchas blancas. Nos hallábamos al pie del Himalaya, solo a unos días de marcha de la frontera india y a cientos de kilómetros del mar. A la entrada del lugar más sagrado del templo había un trono de madera y piedra construido de forma rudimentaria. Dentro del propio templo vislumbré algunas piedras y figuritas de dioses, adornadas con conchas. Las llamas de las velas hacían danzar las sombras de los dioses; el aire estaba cargado de incienso.

Uno de los hombres trajo una silla de plástico, la colocó en la sombra y me dirigió un amable ademán para que me sentara. Hice lo que me indicaba. Savitri tuvo que quedarse de pie sin rechistar. Solo tenían una silla. Después no sucedió nada más. Pasaban los minutos y las horas y el sol ascendía más y más en aquel cielo pálido. Los hombres adornaban el templo, los chamanes fumaban. El más mayor de los tres, un hombre delgado y vigoroso, de piel curtida y rasgos de cara muy marcados, se llamaba Pune, según nos dijeron, y tenía unos sesenta y cinco años. En Nepal se usa *bikram samwat,* una vieja forma hinduista de contar el tiempo, van cincuenta y seis años, ocho meses y diecisiete adelantados respecto a nosotros y la conversión a años gregorianos no parece ser un hábito.

—¿Cuándo se convirtió usted en dami? —le pregunté a Pune.

Se lo pensó un buen rato.

—Hace mucho —concluyó.

Poco a poco iban llegando más aldeanos: un hombre con su hijo, un par de mujeres con niños a la espalda, un anciano con botas de goma hasta la rodilla, todos seguidos de pequeñísimos cabritos que ataban a árboles y matorrales y allí se quedaban balando con voz aguda y temblorosa. Un hombre, vestido con una desgastada chaqueta negra de traje, registraba a todos los cabritos y a sus dueños en una libreta grande casi igual de desgastada; todo y todos

fueron laboriosamente contabilizados.

El sol continuaba su lento viaje por el cielo y la sombra desapareció. Vino el hombre que me había colocado allí y me hizo una señal para que me levantara. Alzó la silla y la llevó al otro lado del templo, donde la sombra se había desplazado.

—Eres la primera extranjera que hemos tenido aquí —dijo con aire solemne—. Ningún blanco ha presenciado nuestro ritual antes de ahora.

Vino otro hombre con comida para Savitri y para mí, hojas de plátano llenas con humeante curry dulce que se pegaba en los dedos.

—¿Cuándo empezará el ritual? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Esperan que lleguen más cabritos. Debe haber al menos cien para poder empezar. El ritual se llama *bisasay bog,* que significa ciento veinte sacrificios. Pueden ser más, pero tiene que haber ciento veinte como mínimo.

Todo apuntaba a que sería una larga tarde.

En una cuesta más arriba del templo, había un grupo de mujeres sentadas con vestimentas de algodón de vivos colores que charlaban animosamente, los niños corrían alegres por doquier derramando los refrescos de los envases de plástico y los cabritos balaban con voz frágil y estridente. Un par de veces, los percusionistas hicieron sonar los tambores a modo de tanteo y yo pensé que la ceremonia iba a empezar, pero pararon y, de nuevo, los balidos temblorosos y el murmullo tenue de voces fue lo único audible.

—¿Por qué son tan pequeñas las cabras? —pregunté a la joven que a mi lado amamantaba a un niño.

—Si fuera por nosotros, habríamos traído una cabra más grande, pero tenemos que sacrificarlas tan a menudo que no teníamos ninguna que hubiera crecido lo suficiente —respondió.

Entretanto, Pune se había puesto una tela de seda, amarillo

canario, drapeada oblicuamente sobre el pecho y un pedazo de tela brillante y dorada atada alrededor del turbante. Un par de ayudantes del templo se pusieron a marcar la frente de los asistentes con tilakas, marcas con polvos rojos y amarillos. Los polvos rojos me resbalaron por la frente hasta mi ropa, todo quedó teñido de rojo. Incluso en la sombra el calor era molesto y mi ropa chorreaba de sudor. ¿Cuántos cabritos habría? ¿Cincuenta?

Ya bien entrada la tarde, Pune se levantó al fin y entró en el templo con paso ceremonioso y digno. Permaneció un buen rato de pie mirando al frente. Los percusionistas golpearon las pieles de los tambores. Y Pune empezó a temblar. Su largo y delgado cuerpo se agitaba entero, no de forma espástica y violenta como yo había pensado que sería, sino tranquila y controladamente. Un puñado de hombres corrieron hacia él y levantaron al chamán tembloroso hasta el trono del templo. Él se sentó con las piernas cruzadas y mientras estas temblaban bajo su cuerpo, repartía tilakas y breves palabras sabias a los aldeanos que se arremolinaron junto a él. El sacerdote del templo, un hombre mayor con túnica larga y blanca, interpretaba lo que el chamán decía a los asistentes.

—Habla el lenguaje de dios —me explicó un hombre que estaba a mi lado—. Es una mezcla de nepalí, hindi, inglés y palabras que no existen. Solo el sacerdote entiende lo que dice. ¡Entra tú también!

—No, no..., no es necesario —protesté. No había ninguna mujer dentro.

—Sí, sí, ¡entra y dale un tilaka! —Fui empujada hacia dentro del templo por hombres impetuosos. La cola se hizo a un lado y acabé delante del hablante del lenguaje divino.

Pune se inclinó hacia delante y yo enfundé un dedo en los polvos rojos como me habían indicado y lo restregué en su frente.

—Que todos tus deseos se cumplan —dijo Pune ceremoniosamente, en todo caso, si el sacerdote que traducía el lenguaje divino a nepalí estaba en lo cierto, y la muchedumbre a su

alrededor asintió contenta.

Cuando todos los asistentes masculinos fueron bendecidos, Pune fue alzado del trono de nuevo. Se quedó de pie temblando un par de minutos. Los percusionistas tocaban ritmos simples e intensos. Lentamente, Pune levantó una pierna a un lado y después la otra; danzaba. Delante del templo, un chamán joven se preparaba para ser poseído por otro dios. Todos los chamanes fueron poseídos por diferentes dioses locales, me contaron, el acto chamánico dedicado a cada dios se heredaba en las familias. Los pies del chamán joven ya habían abandonado las zapatillas de deporte cuando empezó a temblar. Se deshizo de ellas cuando el cuerpo le temblaba y se agitaba y entonces se puso a bailar. Los percusionistas tocaban cada vez más deprisa mientras los dos chamanes alzaban las piernas a derecha y a izquierda alternativamente. Se les unieron dos chamanes más. Uno bailaba mientras el otro solo saltaba. Los aldeanos seguían indolentemente a los ágiles chamanes, que en ese momento desaparecieron en el bosquecillo para dar una vuelta al templo.

En su ausencia, una de las asistentes, una mujer con sobrepeso que debía de andar por la cuarentena, empezó a temblar violentamente. Me sostenía la mirada mientras los espasmos dominaban su cuerpo. Ninguna de las mujeres sentadas a su alrededor le prestó la más mínima atención, al contrario, parecían ignorarla intencionadamente, y al cabo de unos minutos dejó de estremecerse y se tranquilizó.

Los chamanes aparecieron en la arboleda y se escogió un cabrito diminuto. Pune se arrojó sobre él tras dar tres pasos largos, lo agarró con los dientes como una fiera salvaje y corrió alrededor del templo con el cabrito colgando de su mandíbula. El aterrorizado animal balaba con voz débil y temblorosa; los ojos fuera de sus órbitas. Después el aturdido animal fue liberado unos momentos, los chamanes danzaron unos minutos más, estremeciéndose todo el

rato con los ojos cerrados. Luego los tambores callaron. A Pune lo despojaron de su ropa y fue llevado al trono en ropa interior. En medio de los tumultos, el turbante se deshizo y se le cayó; el chamán estaba sentado medio desnudo bajo el techo del templo con la cabeza descubierta. Tenía el cráneo afeitado excepto por una gruesa y larga rasta enroscada en la coronilla. Las gotas de sudor brillaban a la tenue luz de las velas.

Delante del portal del templo se aglomeraba la multitud. Hombres con cabritos que emitían agudos balidos en sus brazos se abrían paso a empujones. Uno de los chamanes más jóvenes desapareció en lo más profundo del templo con un cuchillo curvado en la mano. De la hoja ya chorreaba sangre. Yo me subí a un banco de la entrada para ver mejor; el banco se tambaleaba debajo de mí. El hombre de la gran libreta registraba detalladamente cada cabrito, después los mandaban al interior del templo.

El sacerdote le entregó un tazón de leche a Pune, que lo vació vorazmente. Las perlas de sudor se mezclaron con la leche. Inmediatamente después, el sacerdote trajo el primer cabrito. Pune se abalanzó sobre él y sorbió la sangre por los orificios que de antemano habían asestado en el frágil cuello del animal clavándole un cuchillo. El cabrito fue devuelto al fondo del templo donde se efectuaba la matanza y, al instante, fue reemplazado por otro. El sudoroso chamán se inclinó sobre el aterrorizado animal, su barbilla y su boca estaban teñidas de rojo y todavía sorbió más sangre tibia de cabrito. Me miraba fijamente todo el rato como si quisiera ver mi reacción. Trajeron otro cabrito. Y otro, y otro. El chamán sorbía, más y más deprisa, sangre fresca de cada cabrito pataleante, pura cadena de montaje. En ningún momento apartó de mí la mirada. En el portal se amontonaban los hombres con cabritos vivos, por la parte trasera del templo se sacaban los cadáveres decapitados mientras todavía sacudían sus finitas piernas traseras. El cálido y denso aire de la tarde se llenó del olor metálico y dulzón de la

sangre.

La matanza apenas había empezado, el baño de sangre iba a durar muchas horas todavía, pero Savitri y yo decidimos retirarnos. Nos abrimos paso entre la multitud y tomamos el sendero de vuelta al pueblo. A lo lejos se oían tenues ritmos de tambor en templos de otros pueblos. ¿Cuántos cabritos perdieron la vida esa tarde? Cada linaje tiene su dios propio, su templo, y todos esos dioses, cientos de ellos, exigen sangre de ciento veinte cabras como mínimo antes de que la luna llena brille en el cielo de la noche.

Terra nullius

Una vez más estaba encerrada en un destartalado cilindro de aluminio a miles de metros de altura. Una turbulencia hizo retemblar el fuselaje como una centrifugadora vieja mientras ganaba altura con lentitud y atravesaba capas de nubes, cada vez más alto. Al principio no entendí por qué volábamos tan alto, pero cuando se nos acercó el Himalaya como una pared blanca, enseguida pensé que volábamos demasiado bajo.

Me había sentado delante de todo; en el suelo, delante de mí, había un montón de cinturones de seguridad. A pesar de que Tara Air era bastante nueva, pues había sido fundada en 2009, la compañía ha destacado por situarse repetidas veces en los primeros puestos en el ranking de compañías de aviación más peligrosas del mundo. No hay carreteras que lleven a **Simikot**, **2.950 m s. n. m.**, el recoveco más noroeste de Nepal; por eso, hay que transportar todas las mercancías y a las personas en aviones pequeños. La pista de aterrizaje de Simikot es de las más cortas del mundo, mide solo un poco más de 600 metros de largo, y el aterrizaje ya me estaba inquietando. Eso suponiendo que llegáramos a vivirlo. Todavía no habíamos hecho la mitad del recorrido cuando parpadeó un piloto de advertencia en el tablero. El piloto más joven llamó a la torre de control por radio y sacó un grueso manual de uno de los bolsillos del asiento. Parecía ser la primera vez que lo hojeaba porque era obvio que rebuscaba al tuntún, por la mitad, delante, atrás, hasta que finalmente encontró la página correcta. Concentrado, leyó todo el capítulo, pulsó y dio vueltas a algunos botones. Minutos más

tarde, las ruedas tomaban tierra y yo di gracias con el pensamiento a todos los dioses y cielos por haber superado el último vuelo interior en Nepal.

A un grupo de jubilados suizos, vestidos con ropa para senderismo de colores vistosos y abigarrados, los guías que los esperaban se los llevaron rápidamente. Peregrinos indios que tiritaban, envueltos en plumíferos y chales de lana, esperaban sentados pacientemente el helicóptero que los transportaría a la ciudad de Hilsa, junto a la frontera china. El vuelo hasta allí duraba menos de media hora. En la frontera los esperaban autobuses que los llevarían a Kailash, la más sagrada de las montañas tanto para hinduistas como budistas, jainistas y seguidores de Bön. Si todo marchaba como la seda, llegarían al pie de la montaña, a más tardar, esa misma noche.

Yo también iba a Hilsa y cruzaría la frontera hacia el Tíbet, pero iría a pie. El trekking duraría más de una semana.

Tsering, el guía local que debía recogerme en el aeropuerto, no aparecía por ninguna parte. El helicóptero aterrizó y despegó de nuevo, peregrinos cansados y congelados salían del aparato medio tambaleándose, otros subían a bordo casi trepando y al momento desaparecían. Al final me quedé sola en la desierta pista de aterrizaje, rodeada de pintorescas montañas nevadas y moscas pegajosas como única compañía.

El sol ya estaba alto encima de las montañas cuando apareció un hombre flacucho con barba oscura.

—Me han encargado cuidar de usted hasta que Tsering llegue —me informó.

—¿Cuándo llegará ese tal Tsering? —dije molesta.

—En media hora —respondió él como flotando. Me llevó a un oscuro local con el suelo de tierra apisonada, me sentó en una de las mesas vacías y me dio una taza de café instantáneo.

Al cabo de una hora, vino hacia mí un hombre con una chaqueta

de color naranja fluorescente.

—¿Es usted Tsering? —le pregunté.

—No, soy de la agencia de viajes —dijo el hombre—. Espero que el café esté bueno.

—¿Cuándo vendrá Tsering? —le pregunté malhumorada.

—Pronto —dijo el hombre de la chaqueta fluorescente, se dio media vuelta y desapareció.

Pasada otra hora, un hombre bajo de ojos rasgados apareció en el umbral de la puerta. Esbozó una gran sonrisa y extendió los brazos:

—¡Bienvenida a Humla!

—¡Llega usted varias horas tarde! —dije irritada.

—Jaja, lo siento, ¡el viaje desde casa de mi hermana es largo, pero ahora ya estoy aquí!

—Tendría que haber salido ayer —objeté.

—Jaja, lo siento, ya se lo he dicho, era el cumpleaños del hijo de mi hermana y se hizo tarde y bebimos mucho... Pero no hurguemos más en el asunto, ahora estoy aquí, pues sí, ¡bienvenida a Humla!

Tsering resplandecía y volvió a extender los brazos. Tenía un diente amarillento, barriga incipiente, rostro cuadrado y apestaba a borrachera pasada. A pesar de que era un año más joven que yo, aparentaba unos cincuenta años. Lo que vino después fue igual de desconcertante: Tsering creía que íbamos a estar doce días de trekking y no ocho, además no tenía ni idea de adónde íbamos. Ya estaba echando de menos a Savitri.

—De todos modos, primero tengo que resolver el tema del registro y la documentación —dijo, siempre con la misma sonrisa—. Deme su pasaporte y lo resuelvo. ¡No llevará mucho tiempo!

Mientras gestionaba el papeleo, paseé por las calles de Simikot, polvorientas, pero sin coches, donde viven algo más de diez mil personas en sencillas casas bajas de piedra, adobe y madera al natural. El pueblo estaba rodeado de huertos de manzanos, arbustos frondosos, flores de todos los colores del arco iris, bosques de pinos

y pletóricos campos de centeno, a su vez circundados por azuladas montañas de postal. Cuando un poco más tarde me encontré con Tsering de nuevo, me llevó al cuartito del porteador, un poco más arriba de la calle, una habitación pequeña construida con piedra y sellada con adobe. La joven mujer del porteador nos puso un poco de mantequilla en la coronilla para darnos la bienvenida, tal y como es costumbre por esos lares, y nos sirvió infusión de tomillo recién hecha. En los brazos sostenía un niño pequeño, apenas de un año, desnudo de cintura para abajo.

—Me voy a casa para hacer la maleta —anunció Tsering—. ¡No me llevará mucho tiempo! —Señaló las sandalias de plástico que llevaba y se rio a sus anchas—: ¡No puedo ir así!

De nuevo se fue y me quedé sentada en esa habitación oscura en compañía de aquella mujer risueña y su callado bebé. Cada vez que yo bebía, ella me servía delicadamente más infusión, la taza siempre estaba llena.

Finalmente, Tsering estuvo preparado para irnos. La primera parada estaba a solo unos minutos andando.

Mientras que en los pueblos del lado chino de la frontera dominan principalmente los budistas tibetanos, en Simikot, los hinduistas son mayoría. En una de las casas más grandes del pueblo vivía el chamán. Estaba sentado en cuclillas en la terraza cuando llegamos; su mujer estaba agachada sobre un balde y le lavaba a fondo su largo pelo negro. En la parte superior de la cabeza llevaba una rasta tan larga que muy bien podía enrollársela al cuello a modo de collar.

—Cuando el dios me posee, me siento embriagado y no percibo lo que sucede a mi alrededor —contó el chamán cuando su mujer le hubo aclarado el champú del pelo. Se llamaba Shoudana y tenía setenta y un años. Su rostro era rectangular y equino, surcado de arrugas profundas.

—Es el chamán más poderoso de los alrededores —soltó su mujer

con orgullo.

—La vida aquí no es fácil —continuó Shoudana—. La carretera todavía no está terminada y coger el avión es caro. ¡El gobierno no hace lo suficiente por nosotros, los que vivimos en distritos tan alejados!

Al vecino grande del norte, el chamán solo le prodigaba elogios:

—He estado en China más de treinta veces. Antes solíamos venderles trigo sarraceno y cebada a los chinos, pero ahora son ellos los que nos lo venden. Todo lo que necesitamos lo obtenemos de China. Los chinos son gente muy buena, tienen buenos sistemas, su país florece. Antes el Tíbet era subdesarrollado y pobre, pero ya no lo es, ¡ah no! Si los chinos quisieran, yo no tendría inconveniente en formar parte de China.

Respecto a la tradición chhaupadi, Shoudana la había moderado hacía poco.

—Antes las mujeres dormían nueve días fuera de casa, pero tiempo atrás vino personal del gobierno, hablaron con nosotros, y lo reduje a cinco días —dijo magnánimo.

Cuanto más arriba del pueblo subíamos, más sencillas y pequeñas eran las casas. Arriba del todo, pero en lo más bajo del sistema de castas, vivían los *dalit* o «intocables». En el umbral de la puerta de una chabola repleta de personas, había una mujer delgada. Niños medio desnudos gateaban por encima y a su alrededor; dos de ellos eran sus hijos. La mujer no había cumplido todavía los veinte, pero tenía un rostro anguloso y curtido, los dientes marrones; solo sus tímidos y desgarbados ademanes desvelaban que era todavía una adolescente.

—Me casaron cuando tenía doce años —contó—. Mi marido es cuatro años mayor que yo.

La jovencísima madre de dos hijos no había ido nunca a la escuela. Sus padres la pusieron a trabajar en el campo para ganar dinero en lugar de sentarla en un pupitre. Ni ella ni su marido

poseían tierra; los dos trabajaban los campos de otros a cambio de repartirse la cosecha como sueldo. Delante de la casa vecina, a este lado de la cerca, había una cabaña de tierra, tan baja que era imposible ponerse de pie dentro.

—No me gusta dormir allí —dijo la muchacha y miró al suelo—. Siempre tengo miedo de las serpientes y los hombres.

—¿Sabes que la tradición chhaupadi está prohibida? —le pregunté.

—Sí, pero tengo más miedo del chamán que de las autoridades.

Uno de los niños se encaramó a su regazo, le sacó un pecho y se puso a mamar.

—¿Tú y tu marido practicáis la planificación familiar? —preguntó Tsering, que cuando no trabajaba de guía, hacía de trabajador social y divulgaba información sobre la planificación familiar y la importancia de la educación.

La joven se revolvió. Tsering no se dio por vencido.

—¿Has oído hablar de la planificación familiar? ¿Sabes lo que es?

—He oído hablar de eso y sé poco, pero mi marido está en contra —respondió la muchacha y se rio tímidamente—. No deseo tener más hijos —añadió severa—. Es una gran responsabilidad. Demasiado grande.

Al otro lado del camino, se habían juntado una pandilla de muchachas adolescentes. Cuando pasamos a su lado, nos preguntaron de qué habíamos hablado.

—De chhaupadi —dijo Tsering.

—¡Ah, chhaupadi! —exclamó una de ellas—. ¡Aunque no nos guste, tenemos que dormir en la cabaña de menstruación cinco días al mes! ¡El chamán dice que es obligatorio!

Se volvió hacia mí.

—¿Qué hacéis vosotras cuando tenéis la menstruación?

—No hacemos nada en especial —respondí.

—Ah… —La chica me miró con envidia—. ¿Tenéis chamanes

vosotros?

Negué con la cabeza.

—¡Qué suerte tenéis!

—¿Habéis intentado alguna vez romper con estas reglas? —pregunté.

—Sí, yo dormí dentro de casa una vez —dijo la muchacha—. ¡No ocurrió nada! ¡Nada del otro mundo! De todas maneras, mi familia me obliga a dormir fuera, por el chamán. Todos le tienen miedo.

En el pueblo vecino, **Buraunse**, **3.200 m s. n. m.**, a media hora a pie, la mayoría eran budistas. Las tradicionales casas de más de una planta eran como laberintos; escaleras y escalerillas empinadas conducían bajando y subiendo a pasillos angostos.

Íbamos a pernoctar en casa de unos parientes cercanos de Tsering, un trío matrimonial de personas ya mayores. Por esos lares, donde los bienes son escasos, era habitual antes que dos o más hermanos se casaran con la misma mujer y así se evitaban tener que dividir la propiedad agrícola. Nos invitaron a la cocina, en el centro de la casa y sin ventanas. En las paredes colgaban a modo de adorno alfombras tibetanas azul oscuro, en un armario había una televisión vieja, en una esquina colgaba una imagen enmarcada del dalái lama. A lo largo de la pared más corta, cada uno en su colchón, dormitaban los ancianos padres de los dos hermanos.

La anfitriona nos sirvió *chang* a cada uno en un cuenco grande, una bebida alcohólica hecha a base de cebada. A mí me sirvieron la variante suave, sabía a cerveza ácida con un fuerte toque a levadura. Tsering y los maridos bebieron la versión fuerte, de sabor parecido al sake. El más joven de los hermanos era el más hablador:

—Nuestros hijos se han casado de la forma corriente, con una pareja cada uno —contó—. Hemos tenido nuestros problemas a lo largo de los años, por eso ellos saben que la poliandria no es fácil. Pero aquí la vida era dura entonces. Iba bien ser dos para repartirse las tareas. Dado que estamos casados con la misma mujer, pudimos

conservar la casa y la tierra; la herencia de mi padre no tuvo que dividirse.

Una vez que hubimos tomado cantidades ingentes de chang, Tsering me llevó a la casa de los vecinos, que también eran parientes cercanos suyos y que también vivían en un trío matrimonial. El más joven de los maridos andaba cerca de los setenta y llevaba un turbante blanco de chamán.

—Creía que eran budistas... —le susurré confundida a Tsering.

—Lo son, sí, pero nosotros los budistas también tenemos chamanes —dijo él.

—Como chamán «budista» nunca sacrifico animales, solo ofrendamos leche y arroz —explicó el más joven de los maridos. Su rostro rectangular estaba recubierto de un abanico de arrugas—. Tampoco practicamos la tradición chhaupadi, solo los hindúes practican esas cosas.

Su mujer, con una sonrisa en los labios, nos sirvió a cada uno nuestro cuenco de chang, lo llenó hasta arriba. A pesar de que tenía más de setenta años, su largo pelo liso conservaba el color negro azabache. Antes de empezar a beber, el más joven de los maridos bendijo los cuencos y, con un movimiento del pulgar y el dedo medio, se echó una gota por encima del hombro, una ofrenda simbólica a los dioses. El mayor estaba sentado en una esquina, serio y callado. Seguía toda la conversación, enhiesto y digno, pero sin intervenir. Un par de años antes había padecido cáncer y tuvieron que amputarle una pierna.

—Tienes que hacerte chamán tú también —le dijo el más joven a Tsering acariciando su turbante blanco—. Puesto que tu padre es chamán, tu obligación es continuar con el legado.

Tsering se revolvió en la silla y vació el cuenco. La esposa se lo volvió a llenar al minuto.

—Me casé a los catorce años —contó ella—. Aunque estaba contenta por casarme, intenté escapar de casa varias veces la

primera época. Echaba de menos a mi familia. ¡Pero el mayor de mis maridos me encontraba cada vez y me hacía volver aquí!

—¿Cuántos años tenía cuando se casó usted? —le pregunté al más joven de los maridos con curiosidad.

—Solo tenía once años, pero ¡ella era muy guapa! —respondió y se rio entrecortadamente.

—La poliandria es lo mejor —opinó la esposa—. Dos maridos son mejor que uno. Cuando mi esposo el mayor quedó incapacitado, el más joven pudo viajar a China para trabajar.

—¿Cómo sabéis quién es el padre de los niños? —pregunté. Tsering tradujo la pregunta, visiblemente avergonzado.

—Es la mujer quien lo decide —respondió el más joven, sin ambages—. Las mujeres saben quién es el padre de quién. De todas maneras, los consideramos a todos hijos nuestros.

—¿No ha habido nunca ningún problema de celos?

—¡Claro, por supuesto! —Se rio y vació el cuenco—. ¡Pero simplemente tuvimos que lidiar con ello!

Antes de irnos, el marido chamán me colocó un *khata,* un fular blanco ceremonial, alrededor de mi cuello a modo de despedida.

—Tienes que prometerme que continuarás el legado de tu padre y te convertirás en chamán tú también —repitió mientras arreglaba el fular alrededor del cuello de Tsering.

—Claro, claro, lo prometo. —Tsering tropezó y salió tambaleándose de la cocina para bajar por la escalera de mano hasta la salida por la cuadra, donde rumiaba una vaca bien alimentada y con manchas marrones.

A la mañana siguiente pusimos rumbo al Tíbet. Seguimos la carretera nueva, en la que no había tráfico porque aún estaban sin terminar unos kilómetros cruciales para llegar a la frontera china. Entrada ya la mañana nos topamos con dos hombres que tiraban de un compresor anaranjado. El tractor de los trabajadores de la obra tenía poco aire en las ruedas, comentaron; el compresor acababa de

llegar en avión desde Nepalgunj en el sur, la ciudad grande más cercana. El más joven tenía rasgos faciales aniñados y redondeados, labios gruesos y la boca más tiempo abierta que cerrada. Parecía un niño, pero ya era padre de dos hijos. El mayor acaba de cumplir cinco años, y él tenía diecinueve.

—¿Tu matrimonio fue concertado? —le pregunté.

—Por supuesto —dijo Tsering, que ni siquiera se molestó en traducir la pregunta—. En las familias hindúes de estos lugares todos los matrimonios son concertados.

El camino descendía más que subía; el sol quemaba en el cielo azul pálido. A media tarde nos salimos de la carretera y bajamos por una ladera empinada hacia un río espumeante, el Karnali. El agua verdosa de glaciar nacía en la meseta tibetana y discurría en dirección sur, hacia las contaminadas tierras bajas de la India, a velocidad vertiginosa.

Al otro lado del río había **una casa grande**, **2.300 m s. n. m.**. El porteador ya había plantado mi tienda de campaña amarilla detrás de la casa; dentro estaba tan lleno de moscas que era mejor dormir fuera. Pero también el exterior estaba atestado de esa plaga de insectos negros que zumbaban sin parar. Estaban en todas partes, se paseaban por los brazos, los zapatos, la ropa, los vasos de cristal, por el rostro entero y por las manos, no servía de mucho espantarlas, segundos después las tenías otra vez encima.

Una muchacha encaramada a una escalera estampaba pegotes de barro en la pared de piedra. Otra apisonaba tierra arenosa que mezclaba con agua. Una tercera, sentada junto al grifo, se lavaba con agua corriente, cubierta por una obligada tela de algodón amarilla. Había niños por todas partes, bebés llorando, niños de un año que empezaban a caminar y se movían inseguros de aquí para allá, niñas de seis o siete años, adolescentes.

—Acaban de abrir una escuela aquí, pero casi nadie lleva a sus hijos —suspiró Tsering.

Entrada la tarde, Sarwati, la mujer que por la mañana había cubierto la casa con barro fresco subida a una escalera, nos sirvió la cena en esa oscura cocina llena de humo. No tenía tela mosquitera en la puerta, que estaba abierta, por lo que había muchísimas moscas dentro. Sarwati tenía treinta años e irradiaba hermosura a pesar de todas las moscas que se paseaban por su cara como inquietos lunares. Hacía mucho que había renunciado a espantarlas. La comida estaba tibia, debía de haberla servido hacía un buen rato. Me rugían las tripas de hambre. Comprendí que tendría que pagar el precio, eso no pintaba bien, si entrecerraba fuerte los ojos y me concentraba, casi podía distinguir los parásitos pasearse por los huevos fritos solidificados. Pero la alternativa era pasar hambre seis días más, hasta que llegáramos al Tíbet. Espanté las moscas lo mejor que pude y comí. Mi organismo se resistía; los trozos de chapati se agrandaban en la boca. Decididamente, me aclaré la comida con té caliente con leche con la esperanza de que un buen porcentaje de amebas sucumbirían al calor. Mientras tanto, Sarwati daba el pecho a su hija pequeña.

—¡Ya tienen seis niñas, pero siguen intentando tener un niño! —dijo Tsering indignado. Ahora que ya no estábamos entre budistas dados a la bebida, él estaba transformado, se mostraba responsable y totalmente presente—. Sus hijas son hermosas, ¿por qué no pueden contentarse con ellas? ¡Yo tengo dos niñas y no podría ni imaginar el cambiarlas por niños! ¡Las hijas son el regalo más grande del mundo!

—No deseo tener más hijos, pero mi marido desea tener un niño, por eso seguimos probando —dijo Sarwati.

Tsering intentó con empeño convencerla de que desistiera, pero no llegó a buen puerto.

—¿Quieres una de mis hijas? —le preguntó ella cuando colocaba nuestros grasientos platos de nuevo en la estantería, sin lavarlos—. No podemos cuidar de todas.

—Los niños deben vivir con sus padres —dijo Tsering severo. Sarwati sonrió con tristeza y salió con el bebé, tenía que cambiarlo.

Esa noche hubo una tormenta de truenos y relámpagos tan terrible que nadie pudo dormir. Los relámpagos alumbraban el toldo de la tienda de campaña como si fueran intensos flashes; los truenos resonaban estridentes entre las laderas montañosas, olía a goma chamuscada. La lluvia formaba una verdadera pared de agua y pequeños riachuelos se filtraban por el toldo de la tienda. De haber tenido conexión de red habría googleado «¿Pueden los relámpagos caer en tiendas de campaña?».

Sin embargo, en algún momento debí de dormirme, rodeada de charcos.

A última hora de la mañana, nos cruzamos con los trabajadores de la carretera de nuevo; iban de vuelta a Simikot con el compresor. Tsering y yo seguimos camino, pasamos por delante de varias sencillas casas y pequeños campos de cebada en plena cosecha. Al otro lado del río Karnali, dos pueblos se aferraban a la ladera. En uno, las casas estaban muy juntas y los campos de arroz abajo en la orilla parecían un puzle dividido en muchos trocitos. En el otro, las casas estaban esparcidas y cada familia disponía de grandes parcelas de tierra.

—Esto ilustra las ventajas de la poliandria —dijo Tsering—. Los budistas no tienen que dividir la tierra entre los hijos. Los hindúes la dividen y dividen entre los herederos hasta que las parcelas son tan pequeñas que ya no dan para vivir. Desde aquí hasta la frontera con China solo hay budistas —añadió.

La división de tierras en la siguiente generación es un problema universal de la comunidad agrícola: si cada hijo tiene que recibir la misma herencia, al final no queda tierra para nadie. En muchos países, como en Noruega, se ha solucionado el problema con el derecho de herencia: el primogénito —más tarde fue el hijo o hija mayor— tiene prioridad para heredar la propiedad agrícola. ¿Y el

resto de los hijos? En Europa como en el Himalaya, la vida monástica fue durante mucho tiempo parte de la solución: al menos uno de los hijos se hacía monje. Cuando la industrialización cobró impulso, muchas personas emigraron a las grandes ciudades, y durante el siglo XIX, millones de europeos cruzaron el Atlántico para probar suerte en América. La presión sobre el suelo disminuyó. El giro de dejar casar a los hijos de la familia con la misma esposa es una solución original, pero, ante todo, una solución práctica para un problema irresoluble. Ese modelo incluye la ventaja de mantener bajo el crecimiento de la población de una forma natural, pero también tiene sus desventajas.

—¿Qué ocurre con todas las mujeres que sobran? —pregunté.

—O siguen viviendo en casa de los padres o las mandan al convento —explicó Tsering—. Pero ahora la poliandria ya no es tan popular. Mi padre quería que me casara con la mujer de mi hermano, pero yo me negué. Es mejor tener esposa propia.

El paisaje por el que transitábamos recordaba los Alpes. Las vertientes montañosas estaban revestidas de pinos, melocotoneros, nogales, manzanos y flores silvestres de muchos colores, y, por encima de ese cinturón verde, se alzaban cumbres blancas que, con el brillo del sol, parecían decorados.

—Es como estar en Suiza —comenté fascinada y eché un par de fotos.

—Ya me gustaría a mí estar en Suiza —replicó Tsering—. Aquí la vida es dura. En invierno cae metro y medio de nieve y nos quedamos aislados durante semanas cada vez. Se ve todo exuberante y verde, pero no hay muchas plantas comestibles que crezcan en esta infértil tierra de clima frío. Patatas, espinacas, cebada, trigo sarraceno y, en poquísimos lugares, también arroz. No es fácil sobrevivir aquí.

Un poco más adelante, el camino estaba bloqueado y tuvimos que dar un largo rodeo. Flacos y polvorientos obreros que construían la

carretera, todos traídos de la capital en avión, acarreaban rocas pesadas, instalaban alambradas de acero y excavaban tierra con palas viejas. La mayor parte del trabajo se hacía manualmente. Las obras habían estado paradas casi dos años por falta de la dinamita necesaria para abrir paso en la ladera de la montaña. En aquel momento quedaba ese difícil tramo, un kilómetro, quizás dos, y todo el trayecto de Simikot al Tíbet estaría abierto a la circulación.

Cuando llegó la noche, acampamos en el huerto de dos hermanos casados con dos hermanas. Los dos matrimonios se celebraron por amor, aseguraron, pero era innegablemente práctico que las dos parejas pudieran seguir viviendo juntas y evitarse de esta manera dividir la propiedad. Antes habían tenido un hotelito y un camping más abajo de la ladera, pero con la construcción de la nueva carretera hacía unos años, lo habían perdido todo.

En la vertiente de la montaña, por encima de la casa, corría un río cuyas aguas se mantenían a cuarenta grados de temperatura. El río brotaba de fuentes subterráneas y abastecía de agua caliente a todo un internado escuela. Tuve toda **una poza**, **2.670 m s. n. m.**, para mí sola; agua humeante que me caía en cascada baja; estuve allí media hora, una hora, tanto tiempo como fue posible, hasta que empezó a oscurecer. La presión era perfecta. Con el agua caliente, kilos de sudor, polvo y mierda de mosca se desgajaron de mi piel y desaparecieron montaña abajo.

Fue la mejor ducha de mi vida.

Aunque desde allí había carretera hasta China, la mayoría continuaban a pie, como nosotros. A lo largo de los cuatro días siguientes nos cruzamos con dos camiones y un jeep en total. La carretera era suave y ancha, el sol brillaba en el cielo despejado y llegamos a **Yalbang**, **3.020 m s. n. m.**, la siguiente parada, casi a media tarde. Una considerable parte de la población masculina se apiñaba en la pequeña tienda del pueblo, equipada con una televisión pequeña que emitía fútbol y boxeo. En las estanterías de

construcción casera de detrás del mostrador, había hileras de productos chinos: chucherías, patatas fritas, fideos, cerveza Lhasa. Todo el rato, aparecían niños monjes en el umbral de la puerta con billetes de cincuenta rupias que cambiaban por chucherías y después se marchaban corriendo entre risas.

El monasterio Namkha Khyung Dzong es el más grande del distrito de Humla, alberga más de trescientos monjes. En la zona monacal, equipada con cocina grande, cuarto de lavandería y dos pistas de voleibol, colgaba ropa a secar por doquier. Era sábado y día libre; los monjes que habían terminado la colada, se paseaban vestidos con ropa civil, acompañados de música pop en sus teléfonos móviles.

—Les han dado una escuela nueva —dijo Tsering—. Ven, te la enseño. —Echó a andar con energía por delante de las pistas de voleibol, pero se detuvo de golpe:

—¡Su Santidad, el fundador del monasterio, ha venido de visita! No debemos molestarle, mejor venimos mañana.

Un hombre de pelo canoso, cara redonda y la coronilla calva, seguía de pie el partido de voleibol que se jugaba en el patio de la escuela. Llevaba un hábito de monje y un sencillo jersey color púrpura. En una mano sostenía un rosario budista.

—¡Qué coincidencia! Vayamos a charlar con él —dije.

Tsering me miró aterrorizado.

—No, no, no podemos simplemente ir a su encuentro, ¡Necesitamos una cita primero!

Empecé a caminar hacia él. Tsering correteó detrás de mí.

—En todo caso no podemos ir a su encuentro sin ofrecerle un pañuelo blanco y yo no tengo ninguno ahora —dijo confundido.

La cosa salió bien, incluso sin pañuelo. El lama hablaba un inglés macarrónico y respondió a mis preguntas amablemente, aunque algunas veces balbuceaba un poco. Se llamaba Pema Rigtsal Rinpoche y, si lo entendí bien, su abuelo había fundado un

monasterio que llevaba el mismo nombre que este, el monasterio Namkha Khyung Dzong, en el Tíbet occidental. Aquel monasterio se había construido en honor de Dudjom Lingpa, un monje que había recorrido el Tíbet hacía más de cien años y que había alcanzado el nirvana para volver después a la tierra y transmitir su sabiduría. El edificio había sido derruido durante la invasión china en 1959 y su abuelo se vio obligado a huir a la India. Un cuarto de siglo después, en 1985, él mismo, su nieto, había fundado este monasterio en el lado nepalí de la frontera.

—La gente aquí en Humla profesa una fe muy fuerte —dijo el lama—. No me preocupan los próximos cien años. Pero lo que ocurrirá después, ya no lo sé.

Antes de marcharnos, nos invitó a volver temprano a la mañana siguiente para presenciar el ritual matutino.

—¡Salió muy bien! —dijo Tsering resplandeciente mientras bajábamos hacia el pueblo—. Incluso me bendijo, ¡a pesar de no tener el pañuelo de seda!

Nos acomodamos en el cobertizo de la tienda y seguimos indolentes la lucha libre, el tenis y el fútbol el resto de la noche. ¿Cuánto tiempo hacía que no me sentía tan relajada? No tenía que ir a ninguna parte ni que llegar a tiempo a nada, no tenía nada que hacer porque allí no sucedía nada, nada urgía. En Humla se puede dejar que los abejorros zumben, pensé, y sonreí feliz de mi propio chiste.*

Temprano a la mañana siguiente subimos de nuevo al monasterio. En el interior del templo, los monjes mayores estaban inclinados sobre gruesos libros tibetanos. Al fondo de la sala, Pema Rinpoche estaba sentado en el trono y pestañeaba somnoliento. De vez en cuando reprimía un bostezo.

—Están celebrando algo especial —dijo Tsering. Paró a un monje joven y le preguntó cuál era el motivo de la ceremonia. El monje se encogió de hombros y desapareció a toda prisa. Tsering no se dio

por vencido e interrogó a un monje mayor que salía del templo.

—Es el aniversario de cuando Degyal Rinpoche, el monje que fundó el monasterio original en el Tíbet, alcanzó el nirvana —dijo el monje. Nos contó que la reencarnación en Degyal Rinpoche, es decir, Degyal Rinpoche II, era el padre de Pema Rinpoche, el fundador del monasterio aquí en Humla—. La tercera reencarnación, Degyal Rinpoche III, vive en Katmandú y tiene unos treinta años —nos informó el monje con objetividad—. Es el hijo del hermano de Pema Rinpoche.

—¡Ahora lo tengo todo claro! —exclamó Tsering—. ¡No tenía ni idea de todo esto, pero ahora veo que todo encaja!

Yo seguía igual de confundida que antes, pero siempre he tenido una tendencia a perderme cuando se intenta aclarar las intrincadas relaciones genealógicas. Y con reencarnaciones de por medio ya no digamos.

El patio del monasterio se llenó en un instante de niños ajetreados, vestidos de monje. Con pesadas carteras a sus espaldas y libretas apretadas contra el pecho bajaban la cuesta a toda prisa en dirección al nuevo edificio escolar. En el interior del templo sonaban tambores, cuernos tibetanos y las voces salmodiadas de los monjes.

Continuamos camino en dirección al Tíbet siguiendo un viejo sendero a lo largo del río Karnali. Era estrecho y la pendiente muy pronunciada: un paso en falso y podías acabar en el río, mucho más abajo. Pero ninguno de los dos dio un mal paso y llegamos sanos y salvos a **Muchu**, **3.120 m s. n. m.**, un pueblecito pintoresco de casas pequeñas rodeadas de grandes huertos de árboles frutales. Delante del edificio más grande del pueblo, había un hombre alto y delgado con uniforme recién planchado.

—¡Altoooo! —ordenó—. ¡Todos los extranjeros deben ser registrados!

Hojeó una libreta gastada y señaló una línea vacía. Yo era la

primera extranjera del día, pero el día anterior habían pasado cuatro suizos y al otro día, constaban los nombres de un grupo de cinco holandeses. El ayudante del policía, que también era alto y delgado y con uniforme recién planchado, caminaba desasosegado de una punta a la otra de la comisaría de policía.

—¿Hay mucha delincuencia por aquí? —pregunté. Un par de días antes, me había cruzado con una guía llorando, alguien había entrado en su tienda de campaña y le había robado la recaudación de toda la expedición. El valor de lo robado correspondía al sueldo de todo un año.

—*No problem!* —El policía sonrió.

—¿Ni siquiera un poco de contrabando de China?

—*No problem! Don't worry!* —El policía cerró la libreta y nos mandó seguir.

Ya era tarde y mis tripas rugían de hambre, pero a lo largo del sendero no había ningún café abierto.

—*No problem! Don't worry!* —Tsering sonrió, se acercó a una puerta y llamó. Abrió un hombre de unos cuarenta años, él y su mujer aceptaron darnos de comer por una modesta cantidad de dinero. El hombre iba a China a menudo, nos contó, porque allí era más fácil encontrar trabajo. De vez en cuando trabajaba en el campo, a veces en la construcción y otras compraba alfombras y las vendía en Humla, en pueblos todavía más recónditos.

—La vida es más fácil en China —afirmó—. Aquí es difícil. Muy difícil. Todo supone mucho esfuerzo y no tenemos dinero. Pero —añadió mirándome a los ojos— tenemos libertad. En China no la tienen.

Me impresionaron sus simples y sabias palabras. Parecían sacadas del relato de Henrik Wergeland sobre el queso de Hans Jakobsen. El obrero Hans Jakobsen estaba sentado al lado de la carretera y comía con apetito su pan negro sin nada más cuando Wergeland pasó por allí. El poeta observó que aquel día la comida de Hans era

austera. «Oh», replicó Hans Jakobsen sosegado, «tengo buen queso en el pan.» Wergeland no podía ver queso alguno, pero Hans Jakobsen asintió en dirección a los prisioneros encadenados y condenados a trabajos forzados de la institución penitenciaria allí cerca: «Tengo buen queso en el pan. Tengo *libertad*».

El queso de Hans Jakobsen es siempre y en todas partes igual de preciado y valioso.

Yari, **3.700 m s. n. m.**, el último pueblo antes de llegar a la frontera, estaba compuesto por unas cincuenta o sesenta casas sencillas, situadas a lo largo del camino. Teníamos el Tíbet solo a tres horas de marcha rápida, mientras Simikot quedaba a muchos días de distancia y Katmandú se me antojaba tan lejano como otro continente. Todos en Yari vivían de trabajar de temporeros en China. A menudo, los hombres se ausentaban de casa durante varios meses seguidos. El paisaje ya no era verde ni exuberante, sino ocre y seco, los árboles frutales habían sido sustituidos por arbustos bajos. Ya no nos hallábamos en los Alpes suizos, sino en la meseta tibetana, la zona poco lluviosa del Himalaya.

Una anciana nos preparó dumplings de espinacas en una cocina angosta y sin ventanas. Llevaba el pelo negro azabache recogido en dos trenzas prolongadas con hilos lilas y verdes y atadas juntas en la parte inferior de la espalda. También la manera de llevar el cabello era tibetana allí.

Cuando la comida estuvo lista, el pequeño comedor ya estaba abarrotado; guías y porteadores de todo Nepal viajaban hasta la frontera para recoger a los peregrinos indios que llegaban en helicóptero. Me encaramé a una escalera de mano y aterricé dentro de la tienda amarilla que habían instalado en el tejado de una de las casas deshabitadas, a falta de un lugar más adecuado. El sonido de ebrias voces masculinas y risas surcaban la noche. Las voces se apagaron poco a poco y fueron sustituidas por los ladridos de perros.

Estaba lejos, muy lejos de casa, me encaminaba a la extraña tierra de nadie entre dos estados nacionales, ya a mitad de camino del Tíbet. Las señales telefónicas nepalíes habían desaparecido hacía ya mucho; me hallaba en una electrónica *terra nullius,* sola en una tienda de campaña amarilla en un tejado de tierra apisonada, bajo un infinito cielo estrellado.

Entre nosotros y la frontera china estaba **el paso de montaña Nara La**, **4.530 m s. n. m.**. Primero una subida de mil metros y después la bajada. Yo respiraba con dificultad, pero Tsering estaba de un humor excelente y tarareaba con alegría para sí mismo, excitado con la idea de volver a casa y ver a sus hijas, a las que añoraba más y más con cada hora que pasaba.

—¿Cuántos días necesitas para el regreso? —le pregunté.

—Media hora. —Se rio—. Voy en helicóptero.

Los helicópteros sobrevolaron nuestras cabezas en un constante martilleo. Arriba en el collado volaban tan a ras que casi nos rozaron la cabeza. En la ladera norte todavía había ventisqueros de nieve vieja después del invierno; nos deslizamos por la pendiente. Montañas afiladas se adentraban en el Tíbet zigzagueando y hacia el monte Kailash, la última estribación del Himalaya.

La carretera de tierra que conducía a Hilsa estaba bloqueada por grandes desprendimientos de tierra. Había un jeep atascado en mitad de una curva; tanto los pasajeros como el chófer habían desistido de seguir en el vehículo y habían continuado a pie. Al otro lado del río, la carretera de asfalto serpenteaba como una reluciente anguila futurista.

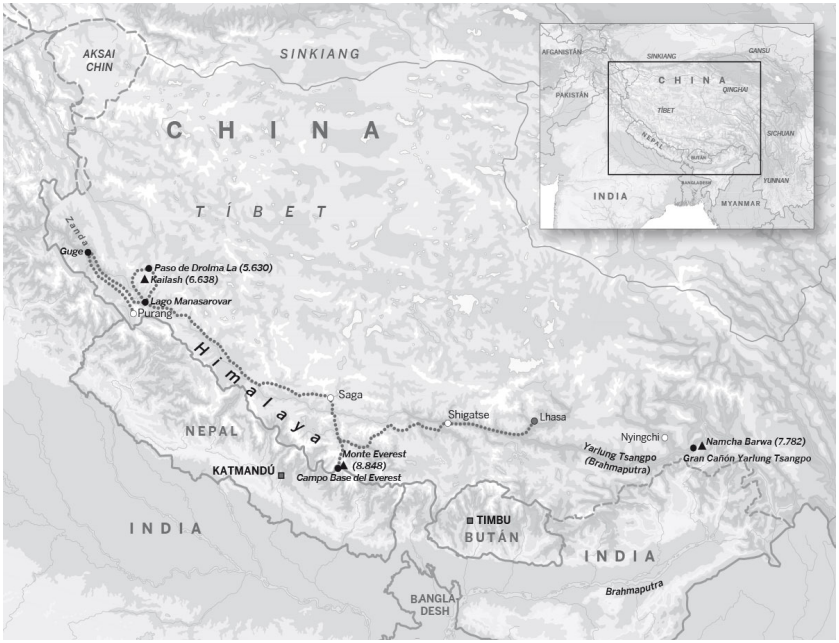
Hilsa, **3.640 m s. n. m.**, era un auténtico agujero. Las ciudades fronterizas pocas veces son dignas de mención por su encanto, pero Hilsa era única en su género. El poblado de abajo, a orillas del río, estaba circundado por desnudas montañas ocres. A las casas bajas, ya fueran de piedra, adobe u hormigón, parecía que les faltaban una o dos plantas. Por doquier surgían nuevos hoteles de hormigón para

hospedar a hordas de peregrinos que llegaban en helicóptero camino del sagrado Kailash.

Exhaustos indios recorrían las calles polvorientas, envueltos en enormes plumones, pasamontañas, bufandas y manoplas. Los plumones debían de estar incluidos en el paquete de viaje para peregrinos, porque todos llevaban los mismos amarillos y azules. Parecían caramelos gigantes. Nuevos helicópteros aterrizaban y despegaban, aterrizaban y despegaban, y todavía se apeaban más indios vestidos de amarillo y azul.

Los hombres que pasaban el rato delante de los bares llevaban poca ropa y su rostro expresaba tensión. Esperaban que se reabriera la frontera para los nepalíes, muchos habían estado esperando varias semanas. Una mujer tibetana había sido asesinada recientemente por un nepalí en el lado chino de la frontera y entre dos y tres mil trabajadores de Humla habían sido devueltos a casa sin dilación. No se sabía cuándo se reabriría la frontera para los trabajadores nepalíes. Corrían rumores de que posiblemente al día siguiente, pero nadie lo sabía con certeza.

Crucé los dedos para que los guardias fronterizos dejaran al menos entrar a una profesora noruega que daba clases particulares.


AKSAI CHIN
SINKIANG
C H I N A
T Í B E T
Zanda
Guge
Paso de Drolma La (5.630)
Kailash (6.638)
Lago Manasarovar
Purang
H i m a l a y a
Saga
Shigatse
Lhasa
NEPAL
KATMANDÚ
Monte Everest (8.848)
Campo Base del Everest
Nyingchi
Yarlung Tsangpo (Brahmaputra)
Namcha Barwa (7.782)
Gran Cañón Yarlung Tsangpo
INDIA
TIMBU
BUTÁN
INDIA
Brahmaputra
BANGLA DESH
AFGANISTÁN
SINKIANG
GANSU
C H I N A
PAKISTÁN
QINGHAI
TÍBET
SICHUAN
NEPAL
BUTÁN
BANGLADESH
YUNNAN
INDIA
MYANMAR

La feligresía perdida

Cruzar una frontera es el ritual de tránsito del viajero; se deja atrás una realidad con la que quizás apenas uno empezaba a familiarizarse para lanzarse a otra desconocida. Camino de un puesto de control fronterizo a otro, con la salida sellada pero todavía sin tener sellada la entrada, se halla uno en un limbo, lo que los antropólogos sociales llaman fase liminal, la frágil fase intermedia que todavía no se ha abandonado del todo, todavía no ha sido uno bendecido y, por lo tanto, donde puede suceder de todo. En algunas sociedades, la persona liminal se considera peligrosa, otras veces incluso sagrada. Al que cruza una frontera también se le considera sospechoso, difícilmente sagrado: ¿quién eres?, ¿qué quieres de nosotros? y ¿qué llevas en la maleta?

Durante muchos años, a ningún noruego le fue permitido entrar en el Tíbet. Después de que, en 2010, el comité noruego para el Premio Nobel de la Paz diera el premio al disidente chino encarcelado Liu Xiaobo, Noruega fue a parar al congelador chino de la mala fama. El contacto político entre Noruega y China quedó reducido al mínimo, a las empresas noruegas les costaba mucho exportar productos al país y a los noruegos se les negó el permiso para viajar al Tíbet. Tras seis años de relaciones bilaterales congeladas, Noruega y China firmaron en 2016 el llamado tratado de normalización, por el cual las autoridades noruegas se comprometieron a «Dar importancia a los intereses primordiales de China, sus preocupaciones centrales y no apoyar acciones que socavaran esos intereses». En los años posteriores al acuerdo, China

se ha convertido en uno de los mayores importadores de salmón noruego de piscifactoría, los turistas chinos han cruzado a riadas la frontera noruega y los noruegos pueden entrar en el Tíbet de nuevo. Dos años después de que se normalizaran las relaciones bilaterales, se supo que Liu Xiaobo se estaba muriendo. Mientras el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Europea pedía a las autoridades chinas que excarcelaran al ganador del Premio Nobel, Erna Solberg, la primera ministra noruega, se negaba a comentar el asunto. El 13 de julio de 2017, Liu pasó a la historia como el segundo ganador del Premio Nobel muerto en cautiverio y sin haber obtenido el permiso para viajar a Oslo a recoger el premio. ¿Su delito? Ser coautor de *Charta 08,* un manifiesto político que exigía reformas democráticas básicas en China.

Los periodistas todavía no tienen permiso para entrar en el Tíbet. Por eso en la solicitud de entrada yo había puesto que era profesora de clases particulares, como es mi costumbre.

Antes de sellarme la entrada debían sellarme la salida. El servicio de inmigración del Nepal atendía en un gran edificio de piedra con tejado rojo. Las personas no autorizadas no podían poner los pies en el edificio de oficinas, sino que se las enviaba a un angosto callejón donde, en el horario de oficina, podían comunicarse con burócratas a través de una ventanilla a cierta altura de la pared. Una áspera mujer de unos cuarenta años estudió mi documentación a conciencia.

—Tiene usted que pagar un recargo —concluyó—. Su permiso de viaje caducó ayer.

—Pero en el certificado de viaje, el otro permiso, consta la fecha de hoy —argumenté.

La mujer era inamovible. Tuve que pagar religiosamente, pero me rebajaron el recargo de 14 a 7 dólares. Cuando hube saldado la deuda, la mujer colocó la documentación pulcramente en una carpeta plastificada, no se veían ordenadores por ninguna parte.

Después sacó un sello ceremoniosamente, pero no había tinta suficiente, el sellado no fue satisfactorio. Presionó con fuerza el tampón contra el papel blanco, una vez, dos, tres, la impresión era cada vez más débil.

—Vuelva en media hora —gritó la burócrata.

Tres cuartos de hora más tarde me entregaron el pasaporte sellado reglamentariamente con contornos intachablemente nítidos y caminé por el puente hacia China.

Al otro lado del río, el guía tibetano y el chófer me esperaban junto a un minibús gris. Todos los extranjeros que visitan el Tíbet deben ser escoltados por guías oficiales. Jinpa, mi guía, tenía cuarenta años, era delgado y vigoroso, de rostro delgado y profundas arrugas de sonreír. El chófer, Palden, era diez años más joven, vestía chaqueta de piel y tejanos; en el pelo, generosas dosis de gomina.

El puesto de control fronterizo tenía aspecto de fortaleza: gris, vacío y equipado con tecnología punta. Yo era la única extranjera allí dentro y toda la atención recayó en mí. Dos guardias fronterizos se lanzaron sobre mi equipaje y hallaron mis libros con imponente efectividad. Uno tenía una aplicación para traducir y escaneó los títulos. *Yeti: leyenda y realidad* de Reinhold Messner, el italiano veterano del Himalaya, escapó al muro de sospechas sin problema alguno, a pesar de que describía una fechoría: Messner se infiltra en territorio tibetano y viaja solo durante semanas. La trilogía de la novela *Gutten,* de Jón Kalman Stefánsson, por razones desconocidas, fue acogida con mucho más escepticismo y los guardias fronterizos discutieron un buen rato entre ellos antes de devolvérmela. Para mi sorpresa no quisieron inspeccionar mi teléfono móvil, aunque yo ya había borrado todas las imágenes que pudieran delatar que no soy profesora. En lugar de ello me mandaron a una máquina automática, que con paciencia mecánica me daba instrucciones para tomar mis huellas dactilares y fotografiarme. Y zas, trámites

resueltos, había salido del limbo y tenía sellada la entrada de nuevo a la República Popular China.

Un cuarto de hora más tarde llegamos a **Purang**, **4.755 m s. n. m.**, la ciudad más cercana a la frontera. Purang había sido una importante ciudad comercial hasta el siglo XVII, pero cualquier huella de aquella prospera época había sido borrada; todo era flamante de nuevo, moderno y sin personalidad. La ciudad era tan nueva que las calles no estaban todavía terminadas, sino que eran polvorientas y llenas de socavones y amagos de atasco circulatorio. Por las aceras hormigueaban indios medio congelados con plumones amarillos y azules de peregrino, obreros de la construcción, policías chinos y algún que otro tibetano. Toda esa repentina modernidad me resultaba desbordante.

—A decir verdad, no hay nada que ver aquí —advirtió Jinpa.

—¿Y el antiguo monasterio allá arriba? —Señalé un edificio blanco y rojo casi fusionado con la ladera de la montaña. Detrás del monasterio se atisbaban a duras penas las ruinas de un viejo fuerte.

—Olvídelo —dijo Jinpa—. Allí no llegamos.

—Pero si hay un camino que sube hasta allí —objeté.

—El monasterio no está en la lista de cosas que vamos a ver.

—De todos modos, podríamos ir, ¿no?

—No sin un permiso especial y puesto que el monasterio no está en la lista de las cosas que vamos a ver, no tiene sentido intentarlo.

Más tarde, por la noche, me conecté al wifi del hotel mediante un servidor extranjero para evitar los bloqueos chinos a internet y googleé el monasterio. Se llamaba Simbiling y había sido uno de los más importantes de la región, albergó a varios cientos de monjes. El fuerte, Tegla Kar, era del siglo XII cuando Purang era la capital del reino de Guge. Tanto el fuerte como el monasterio había sido demolidos a bombazos durante la Revolución Cultural. Tras el cambio de milenio, el monasterio se reconstruyó en parte y el edificio acoge ahora a un puñado de monjes.

El resto del día se fue en hacer trámites.

—Primero tenemos que ir a la policía y que nos pongan el sello. —Jinpa agitó un grueso fajo de documentos—. Así será en cada lugar que visitemos: lo primero que habrá que hacer es ir a la comisaría de policía para que nos sellen la documentación.

Una vez que obtuvimos los sellos reglamentarios con contornos bien visibles, hubo que ir a la aduana que por alguna razón se hallaba en el centro, a varios kilómetros del puesto de control fronterizo. El edificio aduanero era impresionante de grande y estaba totalmente vacío. Jinpa hizo una llamada corta y cinco minutos más tarde llegaron dos oficiales corriendo. Uno se llevó mi maleta y mi mochila al exterior del edificio y las desinfectó con espray procedente de un gran tanque adosado a su espalda. Después se puso guantes de goma, abrió la maleta y enseguida encontró los libros. Los hojeó, los sacudió y examinó las fotografías a conciencia. Casi resultaba conmovedora la seriedad con la que los empleados estatales se tomaban la literatura. Allí tampoco se molestó nadie en inspeccionar mi teléfono móvil ni mi portátil: obviamente los libros en formato papel eran de más peso.

Una vez que los libros fueron inspeccionados a fondo, los aduaneros volvieron a colocarlos ordenadamente en la maleta y tiraron de la cremallera de nuevo. Luz verde. Había pasado por el ojo de aguja.

Aunque Purang a primera vista parecía imponente, en todo caso en comparación con los paupérrimos pueblos del lado nepalí de la frontera, enseguida se desveló tal y como era realmente: una ciudad de provincias bastante aburrida. Jinpa tenía razón, no había nada que ver allí ni nada que hacer. En la acera, bajo toldos plastificados, había hombres jóvenes jugando al billar. La vieja guardia estaba en las casas de té apostando su dinero mientras consumían los días con alcohol barato. De todos modos, las moscas de Humla ya empezaban a hacerme efecto y tuve que pasar la noche en las

inmediaciones del retrete, que, dadas las circunstancias, me parecía uno de los mejores inventos de la civilización moderna.
Cuando colisionaron las placas continentales hace millones de años, la masa de tierra que constituye el Tíbet fue gradualmente presionada varios kilómetros hacia arriba. En la actualidad, la meseta tibetana tiene una altura media de 4.500 metros. La arena y la roca calcárea de la meseta están repletas de fósiles marinos procedentes del fondo de un mar que ya no existe.

La carretera era estrecha y afortunadamente recta, sin baches ni tráfico que circulara en sentido contrario. En el sur, el Himalaya se alzaba como un enorme muro blanco dentado, una efectiva barrera contra el monzón. En la cara sur, las montañas son verdes y sembradas de flores, pero en la cara norte, el paisaje es ocre y árido. El clima en esa parte del Tíbet es de los más secos de Asia, y, en invierno, el termómetro desciende muy por debajo de los cero grados. El paisaje que nos rodeaba era tan vasto que era como estar en mitad del mar, rodeada de olas heladas y escarpadas. Los cañones tenían grietas tan visibles y colores tan diferenciados que parecían artificiales, como si fueran obra de la mano humana; las formas parecidas a capuchas que coronaban los valles fluviales recordaban sorprendentemente a pagodas. Las formaciones geológicas se retorcían en todas direcciones, marrones, amarillas, color herrumbre, bronce, plata y oro, aparentemente sin fin.

De vez en cuando pasábamos delante de ordenadas hileras de casas uniformes y bajas: pertinaz intento del poder central de organizar, controlar y regular. En los tejados, banderas rojas chinas ondeaban al viento. Las casas se habían construido para los nómadas, para que pudieran vivir de forma permanente al menos una parte del año. Originalmente, los nómadas constituyeron cerca de una tercera parte de la población del Tíbet, pero ahora su estilo de vida está sometido a una fuerte presión: decenas de miles de nómadas han sido desplazados de sus zonas tradicionales de pastos

y obligados a vivir en pueblos artificiales. Las autoridades chinas utilizan la ecología y la protección del medioambiente como argumento, pero a menudo la verdadera razón es que las zonas de pastos han sido reasignadas a la explotación minera.

Ya entrada la tarde, llegamos a un pueblo con las calles flanqueadas por casas blancas con fachadas de cristal.

—La última vez que estuve en **Zanda**, **3.660 m s. n. m.**, solo había unas cuantas casas —murmuró Jinpa—. Este lugar está irreconocible...

A pesar de que los edificios eran muchos, todas las tiendas y cafés tenían aspecto de tugurios pequeños y angostos; en los oscuros y alargados locales de los restaurantes había cuatro o cinco mesas a lo largo de la pared. Hombres con chaquetas de piel, obreros de la construcción, sorbían fideos mientras miraban concentrados su teléfono móvil.

Detrás de los edificios de hormigón se alzaban formaciones montañosas marrón grisáceo. Desde el sencillo hotel en el que nos alojábamos, subía serpenteando un sendero hacia numerosas cuevas excavadas por humanos.

—¿Podemos ir a verlas? —pregunté.

—No. —Jinpa sacudió la cabeza con firmeza—. No tenemos permiso.

—¿De verdad necesitamos autorización escrita para dar un corto paseo desde el hotel?

—Necesitamos permiso para todo. —Jinpa suspiró.

No hubo visita a las cuevas, pero por suerte teníamos autorización para visitar las ruinas de Tsaparang, la última capital del que una vez fue el extenso reino de Guge. La monarquía Guge sobrevivió más de seiscientos años y acogió la primera iglesia del Tíbet.

Hasta el siglo X el Tíbet fue uno de los reinos más grandes y poderosos de Asia y se extendía mucho más allá de las actuales

fronteras. Tampoco ahora dichas fronteras dan buena cuenta de la extensión que tienen la cultura y la lengua tibetanas: cerca de la mitad de todos los tibetanos de China viven fuera de la Región Autonómica del Tíbet (abreviadamente RAT), que solo abarca una de las tres regiones que constituían el Tíbet originariamente, es decir Ü-Tsang. Extensas zonas de las otras dos regiones tibetanas, Kham y Amdo, forman parte actualmente de las provincias chinas Gansu, Sichuan, Qinghai y Yunnan. En consecuencia, el Tíbet cultural abarca una zona mucho más grande de lo que el mapa político deja entrever, además decenas de miles de tibetanos viven al sur de la frontera china, en las zonas montañosas de Nepal y la India.

El Imperio tibetano alcanzó su máxima extensión a finales del siglo VIII, cuando el rey tibetano gobernaba en áreas que se adentraban en los actuales Afganistán, Uzbekistán y Kazajistán, y con ello controlaba las rutas comerciales que discurrían a lo largo de la Ruta de la Seda. En el este, los reyes tibetanos amenazaban la frágil frontera occidental de la china de la dinastía Tang.

Los propios tibetanos retroceden al año 127 a. C., año en el que su primer Tsenpo, el rey-dios, descendió a la tierra desde el cielo con una cuerda. Cuando el rey-dios murió ascendió de nuevo al cielo y su hijo mayor, que también era rey-dios, ocupó su puesto. El sistema funcionó sin ningún tropezón hasta que el octavo rey-dios mortificó a su jefe de caballerizas, este se enfadó y cortó la cuerda que conducía al cielo. El octavo y último Tsenpo de la dinastía fue enterrado en la tierra, en algún lugar del Tíbet meridional, y reyes más terrenales ocuparon su sitio.

El budismo llegó al Tíbet en el siglo VII, más de cien años después de que Siddharta Gautama, Buda, muriera de viejo en el norte de India. Los adeptos a esa nueva fe entraron en conflicto con los adeptos del *bön,* la vieja creencia en espíritus, demonios y dioses locales. El bön se sigue practicando hoy en día, pero el budismo y

esa otra creencia han convivido durante tantos siglos que ya no existen grandes diferencias entre los dos cuerpos de creencias: bön ha tomado prestados elementos del budismo y viceversa, es difícil saber con certeza cómo se practicaba el bön antes de la llegada del budismo. Aún complica más la cuestión de que toda la historia escrita del Tíbet se haya realizado en los monasterios budistas. Además el nombre tibetano para el Tíbet es Bod, un término que posiblemente proviene del periodo en que el bön era la creencia dominante, y que entre otros nombres se reencuentra en el término Bután.

El primer monasterio budista se construyó a finales del siglo VIII durante el reinado de Trisong Detsen, cuando el Imperio tibetano era más grande y poderoso. Trisong Detsen introdujo el budismo como religión oficial del reino y trajo profesores y maestros de la India para dar a conocer mejor la creencia entre los tibetanos. Padmasambhava, el maestro tántrico que ha dejado huella tras de sí en todo el Himalaya, estaba entre los invitados. A él se le encargó la misión de hacerle la competencia a los poderosos y díscolos dioses y espíritus tibetanos para que el budismo pudiera florecer en paz. Según la leyenda, Padmasambhava consiguió someter a molestos espíritus, pero durante el proceso se creó muchos enemigos en la corte y, finalmente, le conminaron a abandonar el Tíbet. Tuvieron que pasar cientos de años para que él se convirtiera en la sobresaliente figura religiosa que caracteriza el budismo tibetano en la actualidad.

Ya en el siglo IX, el enorme Imperio tibetano empezó a descomponerse y, al mismo tiempo, cayó la privilegiada posición del budismo como religión oficial. Langdarma, el último rey del gran reino tibetano, debió de ser adepto al bön, la vieja religión, y puso en marcha la persecución de los budistas a gran escala en todo el reino. A mediados del siglo IX, Langdarma fue asesinado por un monje eremita. El monje es homenajeado actualmente en todo el

Tíbet y la cueva en la que meditaba es un popular lugar de peregrinaje.

Tras la muerte de Langdarma surgió una disputa sobre la sucesión. La vieja reina todavía no había dado un heredero, pero la reina joven sí. La familia de la reina vieja le procuró un bebé, ella afirmó que era suyo y hubo una gran disputa acerca de cuál de los dos bebés heredaría el trono. La disputa coincidió con malas cosechas en todo el reino y resucitaron antiguos conflictos entre clanes rivales que fueron seguidos de años de guerra civil y luchas por el poder. El otrora poderoso imperio se desintegró y los anteriormente tan expansionistas tibetanos se retiraron a una vida de elevado aislamiento en la meseta.

A finales del siglo X, Nyima Gön, uno de los nietos de Langdarma, fundó un nuevo reino en el oeste. Cuando él murió, el inmenso reino fue dividido entre sus tres hijos. Uno reinó en Ladakh, el segundo en Zanskar —dos regiones situadas en el norte de la India actual— y el tercer hijo reinó en Guge, en el Tíbet noroccidental. No sabemos en qué creían Nyima Gön o sus hijos, pero Yeshe-Ö, el nieto que heredó el trono del reino de Guge, era un devoto budista y fue uno de los impulsores más importantes del budismo en el Tíbet. Yeshe-Ö envió a una serie de eruditos a la India a través de las montañas del Himalaya para que trajeran el conocimiento y la sabiduría al reino. Solo dos sobrevivieron al arduo viaje, uno era Lochen Rinchen Zangpo, el Gran Traductor. Él fue quien tradujo una cantidad enorme de textos budistas del sánscrito al tibetano y esas traducciones son la razón principal de que el tibetano sea la lengua dominante en los monasterios budistas del Himalaya actualmente. Sin embargo, el budismo no solo fue divulgado con conocimientos y traducciones, sino también con un poder brutal: Yeshe-Ö prohibió la práctica del bön y se aseguró de que las escrituras de tal creencia fueran destruidas y de que sus seguidores fueran perseguidos y asesinados.

El reino de Guge existió durante más de seiscientos años, pero nadie en Europa sabía de su existencia cuando dos jesuitas portugueses, en el verano de 1624, cruzaron el Himalaya desde el lado indio y, casi por casualidad, fueron a parar al hasta entonces desconocido reino, donde fueron muy bien acogidos. El mayor de los jesuitas, el padre António de Andrade, de cuarenta y cuatro años, ya era un veterano en el tema misionero. Andrade llegó con un compatriota más joven, Manuel Marques, dos criados indios y un puñado de porteadores locales.

Andrade había hecho primero un intento de cruzar el temido paso de montaña de Mana sin Marques, y en una de las dos cartas que se han conservado de la expedición describe cómo le costaba respirar durante el trayecto. Los lugareños creían que el aire de las alturas estaba envenenado y contaban historias de personas, en un principio sanas, que de pronto habían enfermado y habían muerto en un cuarto de hora. No solo fue el aire lo que creó problemas a Andrade: era a principios de año, la nieve era copiosa y durante el trayecto le asaltó una terrible tormenta y se vio obligado a volver.

Un mes más tarde, cuando la nieve se había derretido y el tiempo era mejor, Andrade hizo un nuevo intento de cruzar el paso de montaña, esa vez con Marques. Al segundo intento, los dos jesuitas consiguieron cruzar el elevado puerto de montaña de 5.632 metros de altitud y fueron los primeros europeos que conocemos en cruzar el Himalaya. En realidad, los jesuitas estaban buscando la iglesia cristiana de «el Preste Juan», del que habían circulado historias y canciones durante siglos. Según esas leyendas, habría existido un gran soberano cristiano en el Lejano Oriente. Muchas fueron las expediciones que se mandaron en busca de su iglesia desaparecida, pero hasta entonces nadie lo había conseguido.

Andrade debió de entender enseguida que los devotos budistas que conoció al otro lado de las montañas no pertenecían a la perdida iglesia cristiana que él buscaba. Los misioneros portugueses

fueron, sin embargo, bien recibidos por el rey y la reina de Guge. La pareja real quedó impresionada por la profunda fe de los dos extranjeros, que en parte se parecía y en parte no a la suya propia. Andrade, por su parte, quedó abrumado por la hospitalidad y amabilidad de los tibetanos, pero le fascinó menos la costumbre de los lamas de beber en calaveras. El rey nombró a Andrade «jefe de los lamas», y les concedió permiso a los extranjeros para volver al año siguiente y construir una iglesia en Tsaparang, la capital. Los portugueses no se hicieron de rogar y el verano siguiente regresaron por el mismo difícil camino y cruzaron también el paso de montaña de Mana, seguidos de cuatro hermanos jesuitas más y, sin demora, se pusieron a edificar una misión. El propio rey puso la primera piedra en la primera iglesia del Tíbet, el primer día de Pascua de 1626.

Cuando Andrade unos años más tarde abandonó Guge, estaba convencido de que las iglesias que había levantado florecerían a pesar de que él y los hermanos misioneros hasta entonces solo habían conseguido convertir a unos cientos de habitantes de aquel enorme reino. En 1634, poco después de regresar, Andrade murió en Goa. Estaba investigando una denuncia por herejía y se dice que fue envenenado por el hijo del acusado, pero eso nunca se ha podido demostrar.

El destino no le fue más favorable a Marques, su colega de la misión, más bien todo lo contrario. Pocos meses después de volver Andrade a la India, un grupo de lamas de Tsaparang se habían sublevado contra el tolerante rey y los misioneros extranjeros con la ayuda de guerreros musulmanes de Ladakh, el reino vecino. El rey fue destituido, la ciudad, saqueada y los cinco jesuitas que todavía se hallaban en Guge, Marques entre ellos, fueron encarcelados y después escoltados hasta la frontera y expulsados del reino. Marques no se dejó intimidar y unos años después, en el verano de 1640, organizó una nueva expedición cruzando el paso de Mana. El

objetivo era reabrir la misión en Guge, pero antes de llegar tan lejos, atacaron la comitiva y arrestaron a Marques. Un año más tarde, en Agra, la sede central de los jesuitas recibió una carta del desafortunado misionero en la que contaba que había sido torturado por los tibetanos y había abandonado toda esperanza de que nadie le salvara. A partir de ahí no se supo nada más de él.

Tras haber estado sometido al reino de Ladakh por un periodo corto, el reino de Guge fue sometido al reino de Lhasa y del poderoso quinto dalái lama a finales del siglo XVII. Tsaparang, la capital del otrora enorme reino, ya se hallaba en ruinas y nunca más ha estado habitada.

La vieja capital se aferra a un poroso peñasco y es casi imposible distinguir dónde termina el monte y dónde empieza la construcción humana. Las cuevas donde vivía la gente están más abajo. Por encima de ellas, pero un buen trecho por debajo del castillo del rey, hay dos templos budistas, uno rojo y otro blanco, con paredes decoradas con cientos de budistas meditando. Los frescos están sorprendentemente bien conservados, pero todas las estatuas de arcilla han sido destrozadas completa y sistemáticamente, solo queda algún palo de madera, su esqueleto. Para la posteridad se ha conservado una única cabeza que sobresale de forma simbólica de un montón de fragmentos de arcilla.

Las estatuas habían sobrevivido a las devastaciones de los mercenarios musulmanes de Ladakh y a la invasión del rival de Lasha, pero en la década de 1960 no pudieron salvarse de los guardias rojos, los libertadores del pueblo.

Un laberinto de pasadizos subterráneos y escaleras conducen a la residencia del rey, situada en lo más alto, donde solo han sobrevivido las gruesas paredes del castillo. Desde aquí arriba tenemos vistas a los desecados lechos del río y a los cañones; el seco

y desapacible paisaje ocre es tan monumental que el mismísimo cielo adopta su color.

La iglesia que los hermanos jesuitas habían construido con tanto esfuerzo aquí arriba solo ha dejado huella en los libros de historia.

En el Centro del Mundo

Otro paisaje totalmente distinto. El lago ante mí era de un tono azul claro y reluciente; las montañas a su alrededor se reflejaban en la superficie. No había viento esa mañana y el sol ya calentaba. Dos mujeres con sari rojo estaban sentadas en cuclillas en la orilla y llenaban frascos de plástico con agua bendita; más tarde supe que habían ahorrado durante años para viajar hasta allí. Había un anciano delgado sentado en la posición del loto en la orilla del agua, solo llevaba calzoncillos. En la arena, a unos metros de la orilla, había una larga hilera de peregrinos, mujeres con vestimentas coloridas y hombres con ropa interior blanca que esperaban para que les echaran baldes de agua helada encima, rápida y despiadadamente. *«Om Shiva om!»,* «¡Loado seas, Shiva!», gritaba la multitud extasiada mientras los baldes se vaciaban encima de los peregrinos, uno tras otro. Anteriormente, podían sumergirse en el lago, pero recientemente se había introducido la prohibición de bañarse. Los baldes parecían tener el mismo beneficio.

Para los hindúes el agua del **lago Manasarovar**, **4.590 m s. n. m.**, es tan sagrada que tiene el poder de borrar todos los pecados, no tan solo los que se hayan cometido en esta vida sino los acumulados en las cien vidas anteriores. *Manas* proviene del sánscrito y significa «pensamiento» o «mente», mientras que *sarovar* significa «lago». Según los textos del hinduismo, el lago surgió por primera vez en la mente del Creador, de Brahma. En otras palabras, el lago Manasarovar y el alma de Brahma son una sola cosa. Ese lago

también es sagrado para los budistas, para los seguidores del jainismo y los seguidores del bön. Según la leyenda, Siddartha Gautama, es decir, Buda, había sido concebido allí, aunque Lumbini, el lugar donde nació, esté a cientos de kilómetros más al sur, al otro lado del Himalaya. Buda también habría meditado a orillas de ese lago en varias ocasiones al igual que Padmasambhava, el maestro tántrico del valle de Swat, que llegó a meditar por todo el Himalaya mientras vivía. En el pequeño monasterio aferrado a la roca encima del lago se puede ver la prueba: una enorme huella de un pie, como de un yeti, conservado para la eternidad en una cueva claustrofóbica. Poco se sabe del aspecto de Padmasambhava, pero debió de tener pies asombrosamente grandes.

Encorvadas mujeres tibetanas, con vestimentas hasta los pies, tejidas a mano, caminaban por la orilla mientras repetían el mantra de seis sílabas sagradas, *«Om mani padme hum»,* una y otra vez, cien veces, mil veces, cien mil veces. El lago sagrado tiene un perímetro de casi 90 kilómetros; tardarían varios días en recorrerlo.

En el lado opuesto del lago, un pico piramidal, ligeramente oblicuo y blanquísimo de nieve recién caída, sobresalía de las montañas mucho más bajas que lo rodeaban: el monte Kailash, que entre los hindúes es conocido como Meru, «el hogar de Shiva», y que los budistas llaman *Kang Rinpoche,* «la preciosa montaña nevada», «el Alma del Tíbet», «el Centro del Mundo».

En la montaña sagrada nacen cuatro vivificantes ríos sagrados: el Indo, el Brahmaputra, el Sutlej y el Karnali, que abajo, en las llanuras indias, se une al Ganges. No es de extrañar que el monte Kailash haya sido venerado desde que el Tíbet ha estado habitado, mucho antes del nacimiento de las grandes religiones y de que los pueblos arios llegaran del oeste.

⛰

De madrugada, **la altiplanicie**, **4.750 m s. n. m.**, hervía de

tibetanos festivos. Ligeros copos de nieve dibujaban piruetas en el aire liviano. En mitad de la planicie, se inclinaba un asta dibujando un débil ángulo oblicuo, apoyada en estacas y guarnecida con piel de yak y coloridas banderas de plegaria. Miles de personas se habían congregado en el lugar; muchas de ellas habían viajado durante días cruzando toda la meseta tibetana para llegar hasta la más sagrada de las montañas en mitad del mes más sagrado, el *saga dawa*.

Lentamente el asta se alzó hacia los cielos con la fuerza de los tiradores y la ayuda de los dos camiones, *«So-so-so!»*. Minutos después, cuando esta estuvo en posición vertical, los peregrinos irrumpieron en exclamaciones de éxtasis, *«Ki-ki-so-so!»*. Banderas de plegaria de papel fueron lanzadas al aire junto a *tsampa,* harina tostada de cebada. El ambiente era electrizante.

Me detuve para tomar la última fotografía antes de reencontrarme con Jinpa, que me esperaba arriba en el templo, justo a tiempo para inmortalizar el asta en caída libre.

Se hizo un silencio sepulcral. Era como si los copos de nieve hubieran quedado inmovilizados en el aire, incluso los policías dejaron de patrullar y se quedaron mirando el asta caída con rostros silencios. Ya nadie gritaba, nadie echaba tsampa ni banderas de plegaria al aire. Algunas personas lloraban. Otras miraban al frente paralizadas.

Encontré a Jinpa desplomado de rodillas.

—Ven —dijo, con los ojos humedecidos—. Debemos partir. Nos queda mucho camino todavía.

La larga asta estaba de nuevo echada en el suelo, posiblemente rota o entera, quién sabe; de todas formas, se tardaría muchas horas en levantarla de nuevo.

Y nosotros teníamos mucho camino por delante.

Nadie ha escalado la cima del monte Kailash. No porque tenga una especial dificultad técnica o sea muy alto, 6.638 metros sobre el

nivel del mar, sino porque sería un sacrilegio molestar a los dioses que lo habitan. En lugar de eso, los peregrinos lo rodean a pie, 54 kilómetros en total.

En la primera etapa de la *kora* íbamos por una pista de gravilla, el terreno era bastante llano. Jinpa y yo no caminábamos solos, en absoluto, detrás y delante de nosotros había mucha gente. Miles de peregrinos se habían lanzado a la caminata, chicas y chicos con tejanos y chaquetas para el viento, mujeres canosas con vestimenta tradicional, hombres barbudos con abrigos largos y tupidos, niños con paso vacilante vestidos con monos; todos con rosarios de plegaria en las manos y caras serias. No había sucedido nunca que el asta se desplomara.

Un jeep abarrotado de indios se abrió paso y nos adelantó.

—Si no se hace el camino a pie, no se obtiene benevolencia —hizo hincapié Jinpa—. Nosotros los tibetanos hacemos esto pensando en la próxima vida, lo hacemos para no ir al infierno.

—Creía que el infierno no existía en el budismo —objeté.

—Oh, sí —dijo Jinpa chasqueando la lengua—. Y no solo uno, ¡tenemos muchos infiernos! Uno con mucho calor y otro con frío, dieciocho niveles en total. Todo el mundo tiene un miedo terrible de ir a parar allí.

—Quiero decir que me parece recordar haber leído que, según Buda, el infierno se considera un estado mental —dije.

—¿Quieres decir que en realidad no existe el infierno? —Jinpa me miró boquiabierto—. Entonces, ¿qué sentido tiene dar la vuelta a pie a todo el Kailash?

Ya entrada la tarde llegamos a **Drirapuk**, **5.210 m s. n. m.**, el monasterio situado a más altura del mundo. Mareada y sin aliento debido a la altura, trepé por las escaleras y entré en el templo pintado de rojo, que para decepción mía estaba recién restaurado. Incluso aquí habían llegado los guardias rojos, guiados por fanáticas ansias de destrucción, afán revolucionario y órdenes del alto

mando. Debieron de haber caminado todo un día como mínimo, armados con hachas para destruir, destrozar, vandalizar el monasterio.

De los más de seis mil templos y monasterios que había en el Tíbet solo quedaron trece cuando la locura destructiva terminó al fin en 1976.

Más abajo del templo habían construido albergues sencillos, pero había pocas camas y numerosos peregrinos. Muchos no tuvieron más remedio que continuar y cruzar el impredecible paso de montaña de Drolma La, a pesar de que estaba anocheciendo.

Tan pronto como desapareció el sol, hizo un frío cortante y el viento tomó fuerza. Me enfundé en el saco de dormir, tragué unas pastillas contra el dolor de cabeza, que había empeorado a lo largo del día, y me dormí.

Todavía estaba oscuro cuando Jinpa me despertó. Había conseguido bollería envasada y, muy satisfecho, me entregó los bollos envasados al vacío. Él comió tsampa, harina tostada de cebada, mezclada con mantequilla que traía consigo. Yo probé una bolita; estaba seca y no sabía a nada, pero el té con mantequilla humeante que Jinpa me sirvió me reconfortó todo el cuerpo, hasta los dedos de los pies. Fuera nevaba. Debió de haber nevado toda la noche porque el suelo estaba recubierto de una gruesa capa blanca. El dolor de cabeza persistía y me tomé dos calmantes más. No habíamos andado ni tan solo dos minutos cuando las náuseas se apoderaron de mí y vomité todo el desayuno.

—Creo que es mejor volver —dije débilmente.

—Intentemos andar un poco más —dijo Jinpa, más preocupado por la otra vida que por esta—. ¡Sería una pena que te dieras por vencida ahora que estás tan cerca!

No tenía fuerzas para contradecirle, así que me tomé una tableta para el mal de montaña y seguí a rastras en medio de la ventisca. La niebla y la nieve envolvían la montaña sagrada, era invisible; yo

casi ni veía mis propios pies. Ante mí intuía el contorno de los peregrinos como sombras grises echadas hacia delante, encorvadas. Nevaba más y más, pero todos seguían andando, implacables, con ruedas y rosarios de plegaria entre los dedos, *«Om mani padme hum»*. El suelo que pisábamos estaba helado y debajo de la nieve recién caída había una capa de hielo brillante como un espejo; la gente se caía de bruces todo el rato. Un grupo de indios, al final, tuvieron que bajarse de los caballos puesto que los animales resbalaban y se caían en aquel suelo imposible.

—Rodear el monte Kailash a caballo no te aporta benevolencia ninguna —murmuró Jinpa—. Los caballos se cansan y sufren; cabalgar alrededor del monte Kailash perjudica tu karma, no tiene ningún sentido.

De vez en cuando nos cruzábamos con bönpos, adeptos del bön. El monte también es sagrado para los antiguos creyentes, pero por alguna razón ellos caminan en dirección opuesta, en sentido contrario a las agujas del reloj.

—Así se diferencian los bönpo de los budistas —explicó Jinpa, sin más aclaración—. Caminan en la dirección opuesta.

A intervalos irregulares adelantábamos a peregrinos medio congelados, equipados con guantes y mandil, que se echaban en el suelo sobre su vientre, después se alzaban, daban tres o cuatro pasos y se volvían a echar, hacían eso sin parar mientras murmuraban mantras, muy concentrados y totalmente exhaustos.

—Tardan tres semanas en dar la vuelta al monte Kailash —me informó Jinpa—. Algunos han recorrido así todo el trayecto desde el Tíbet oriental. Quizás lleven un año o dos caminando, quizás tres. Lo hacen para ganarse benevolencia, mucha benevolencia.

Perdí la noción del tiempo. Lo único que existía era mi dolor de cabeza y mis pies que se desplazaban hacia arriba lentamente, paso a paso por el suelo helado y traicionero. Jadeaba en busca de aire, no era suficiente el que me llegaba, nunca era suficiente el aire que

aspiraba; el corazón me martilleaba dolorosamente en el pecho. Cuando coronamos **el paso de Drolma La**, **5.650 m s. n. m.**, no estaba en condiciones de sentir nada de nada. Ya no sentía cansancio ni frío, tenía el cuerpo totalmente entumecido. Todavía nevaba con fuerza y el viento había aumentado hasta convertirse en un fuerte vendaval. Con las sacudidas, las banderas de plegaria, de las que debía de haber miles, hacían un ruido estrepitoso.

Los peregrinos, tanto jóvenes como viejos, irradiaban sonrisas de felicidad todo el tiempo mientras seguían murmurando mantras sagrados una y otra vez; algunos caían de rodillas.

De bajada, nadie conseguía mantenerse en pie. La gente se caía profiriendo fuertes gritos; brazos y piernas entrelazados, a menudo se producían auténticas colisiones en cadena.

—Coge mi mano —dijo Jinpa. Hice lo que me indicaba y al minuto se cayó de culo dando un aullido.

De alguna manera llegamos abajo, todos llegaron abajo, y en una tienda de campaña abarrotada pedimos té con mantequilla y fideos para celebrar que habíamos superado lo peor. Sentados a nuestro lado, había una pareja con un anciano arrugado, flaco y ciego, entre los dos. Me cuesta entender cómo lo habían hecho para conseguir que el anciano ciego cruzara el puerto de montaña, pero él no se había planteado abandonar en ningún momento.

Continuamos bajando, ahora por una pista de tierra. Nevaba más intensamente que nunca.

—Sí, cuanto más cansancio y dificultades, más benevolencia —dijo Jinpa resplandeciente mientras filmaba los grandes y compactos copos de nieve que danzaban a nuestro alrededor.

La luz estaba a punto de desaparecer y todavía nos quedaba un buen trecho por recorrer.

A la mañana siguiente despertamos con un cielo totalmente azul. Lo que el mal tiempo había dejado era solo una gruesa capa de nieve recién caída, como polvo esparcido sobre las montañas. Teníamos

por delante otra larga etapa, 500 kilómetros en total, una distancia imposible de recorrer en un día en países como Nepal o Pakistán. Pero allí nos deslizamos por carreteras asfaltadas y rectas en dirección oeste. Sentada con la cara pegada al cristal de la ventanilla, me fascinaba el juego de colores del exterior. La hierba cambió de amarillo mostaza a verde iridiscente en minutos; manadas de yaks merodeaban relajadamente, mordisqueando la hierba aquí y allí, a distancia parecían puntitos peludos. Las montañas que se alzaban a sus espaldas eran de tonos marrones, rojos, anaranjados, dorados, coronadas con picos blancos hacia un irrisorio cielo azul.

Palden, el chófer, y Jinpa estaban de un humor excelente y daban la lata cantando pop tibetano. Los dos desafinaban estrepitosamente.

—Él olvidó los calzoncillos en la última ciudad. —Jinpa se rio.

—¡No los encontré en la oscuridad! —Paden se sonrojó todo.

—Este tiene una chica en cada ciudad del Tíbet —continuó Jinpa impasible—. ¡Va como loco detrás de las chicas!

—¿Y tú qué? ¿Qué hiciste anoche? —le toreó Palden.

—A ella le dije que no tenía tiempo. —Jinpa miró al suelo—. Hace varios años que la conozco, pero ahora ya casi tiene treinta años. Debería olvidarme y casarse. Yo he estado casado quince años y durante esos años solo he tenido tres mujeres además de mi esposa. No está mal, ¿verdad?

En algún momento adelantamos a un coche accidentado. La carrocería destrozada yacía abandonada sobre la hierba, rodeada de docenas de huevos rotos. Poco después adelantamos a otro coche que había tenido un accidente hacía tan poco que la policía todavía trabajaba en la zona recogiendo muestras. En China, más de setecientas personas pierden la vida en accidentes de tráfico cada día, la China ciclista ha pasado a la historia.

A intervalos irregulares, dejábamos atrás grupos de tiendas de

campaña blancas y pequeñas. En general estaban vacías; los enormes perros guardianes custodiaban el fuerte. Con un promedio de dos habitantes por kilómetro cuadrado el Tíbet es la zona más deshabitada y desértica de la tierra. La mayoría de los tibetanos viven en los fértiles valles del sureste. En el oeste, se pueden recorrer kilómetros y kilómetros sin ver a nadie. No nos topamos con nadie hasta bien entrada la tarde: dos mujeres sentadas en un campo que recogían excrementos de oveja para usarlos como combustible.

Las dos eran nómadas y cada una tenía rebaños de ovejas de unas cien cabezas. El último invierno había sido severo, nos contaron, inusualmente había nevado mucho y la mitad del ganado había muerto.

—Así estamos —dijo la mayor y se encogió de hombros. Llevaba un chal atado a la cabeza para protegerse del viento y tenía aspecto de andar por la cincuentena—. Nosotros seguimos viviendo como siempre lo hemos hecho —dijo y se rio secamente—. ¿A qué nos dedicaríamos si no? ¿Y adónde iríamos? Somos nómadas. Es lo único que sabemos hacer.

—El último invierno fue inusualmente severo —repetí—. ¿Ha cambiado mucho el clima estos últimos años?

—¿Que si ha cambiado mucho? —La mujer volvió a reírse—. El clima cambia constantemente, ¡te lo puedo asegurar! ¡El clima es así!

Le di un billete pequeño para agradecerle la conversación. Tanto en el Tíbet como en Bután se considera una buena práctica, sí, es casi obligatorio dar un pequeño obsequio como agradecimiento a una ayuda, aunque sea poca cosa.

—¿Por qué no le diste también un billete a la otra mujer? —me preguntó Jinpa irritado cuando volví al coche.

—Porque no hablé con ella —objeté.

—¡No importa! En el Tíbet hay que darles a todos los que están

presentes. Si por ejemplo hay una manada de pobres delante de un templo, tienes que darles a todos o a ninguno. ¿Tienes más dinero?

Negué con la cabeza. El monedero estaba vacío. Jinpa suspiró y, a toda prisa, sacó un paquete de galletas y un chocolate de las provisiones y se apresuró a entregárselos a la otra mujer.

—Tenían miedo, ¿lo has notado? —preguntó Jinpa cuando continuamos el viaje—. Probablemente creyeron que eras una espía de Nepal o de China. Aquí todo el mundo tiene miedo. ¿Por qué tienes que hablar siempre con la gente? ¿No podrías hablar conmigo simplemente? ¡Puedo responder a todo lo que quieras saber!

Resultó ser Jinpa quien tenía incógnitas sin resolver en la vida a las que quería dar respuesta. La conversación derivó rápidamente hacia la homosexualidad. Él había oído que algo de eso existía, contó, incluso un par de veces tuvo clientes, dos hombres y dos mujeres, que habían compartido cama.

—Pero en el Tíbet no tenemos eso —afirmó categórico.

—Pues claro que existe —dije—. La homosexualidad existe en todo el mundo, simplemente la gente la esconde bien.

—No, en el Tíbet no tenemos homosexualidad —insistió—. Es posible que sea algo corriente en otros lugares, pero aquí no.

—Pues claro que existe —repetí y saqué el teléfono móvil. Busqué *homosexual + Tíbet* y enseguida aparecieron toda una serie de respuestas—. ¡Mira aquí, incluso hay una entrevista con un homosexual tibetano! —Le mostré la página web en la que acababa de entrar y la desplacé hacia abajo.

—¿Quieres que me arresten? —gritó Jinpa. Resultó que el artículo iba ilustrado con una imagen del dalái lama. Jinpa señaló callado el sistema de GPS instalado en el salpicadero. Hacía poco que las autoridades chinas habían decidido que las agencias de viaje del Tíbet ya no podían usar sus propios coches, sino que debían usar vehículos de empresas estatales, presuntamente en aras de la

seguridad viaria. Todos los vehículos estatales están equipados con modelos de GPS de última generación, cámaras y micrófonos, por supuesto supuestamente en aras de la seguridad viaria.

El resto del trayecto, Jinpa habló sin parar de la homosexualidad.

—Me pregunto cómo dos hombres pueden tener sexo —ponderó y se rio entre dientes—. ¿Se la meten en la axila, quizás?

Cuando se acercaba el anochecer y el sol coloreó el paisaje de un rosa dorado, él todavía le daba vueltas al tema:

—¡Antes de estar con un hombre me tiro al río! —concluyó cuando entramos en **Saga**, **4.640 m s. n. m.**, donde íbamos a pasar la noche. A pesar de su prometedor nombre, Saga resultó ser una anodina ciudad fronteriza, llena de soldados fronterizos y turistas que se dirigían al monte Kailash, al Everest o a Nepal.

Temprano a la mañana siguiente pusimos rumbo al sur, hacia la versión tibetana del campo base del Everest. Lagos verde esmeralda lucían como piedras preciosas rodeados de un paisaje seco y ocre, todo debidamente fotografiado por grupos de visitantes chinos. A intervalos regulares, dejábamos atrás pueblos de idénticas casas blancas; en el tejado ondeaba la bandera china. A intervalos aún más frecuentes, pasábamos por delante de gigantes carteles rojos que con letras amarillas transmitían mensajes constructivos en chino y tibetano.

¡JUNTOS CONSTRUIREMOS UN TÍBET BELLO! ¡REFUERZA LA COMUNIDAD NACIONAL Y CONSTRUYE UN TÍBET BELLO! ¡MOVILIZA A LAS MASAS!

Lo que más se repetía era una invitación a denunciar a oscuras fuerzas criminales y favorecer la integración social. De pronto pasamos por delante de hombres vestidos con monos de trabajo que colgaban pancartas nuevas y carteles con esa inscripción en los laterales de la carretera, en vallas y edificios. Incluso las paredes de estrechas y escondidas casas de té estaban repletas de tales notas y pegatinas. En la esquina de más abajo se informaba de tres o cuatro

números de teléfono a los que se podía llamar si uno sabía o le llegaban rumores de dichas oscuras fuerzas.

Las protestas que había en Hong Kong, más violentas cada vez, debieron de asustar a las autoridades chinas.

A media tarde llegamos al monasterio de **Rongbuk**, **5.009 m s. n. m.**, también ese monasterio había sido restaurado recientemente, porque también allí habían llegado los rigurosos guardias rojos. Entonces, en la década de 1970, no había carretera, así que debieron de llegar a pie.

Ahora que existía una carretera asfaltada, cualquiera podía acceder al lugar. Habían instalado tiendas de campaña grandes para acoger a los numerosos turistas chinos y se estaban construyendo ambiciosos hoteles. Yo me alojé en un hostal sencillo y me dieron una habitación para mí sola con sábanas blancas, edredón y almohada, puro lujo en comparación con las tiendas amarillas de la versión nepalí del campo base. Además, desde allí se podía contemplar el monte Everest.

El mirador estaba a diez minutos a pie del hostal y la cafetería, asfaltado todo el camino. Ante mí iba una pareja china de mediana edad, abrigados con gruesos plumones, cada uno con su cámara fotográfica colgada al cuello. En la primera curva, la mujer tiró la toalla, se detuvo, arqueó la espalda y arrojó el almuerzo, el desayuno y todo lo demás. Su marido la fotografió en el momento del vómito y después siguió tan campante él solo.

El cielo estaba inusualmente despejado y justo enfrente de nosotros, ahí estaba, entre dos lomas marrones: el Everest, Sagsrmatha, Chomolunga, «la Santa Madre del Universo». Se veía tan nítidamente, la suave cresta que conducía a la cima, la pequeña hendidura en la cara noreste antes del pico, las laderas negro azuladas, la nieve que levantaba el viento en las aristas, no me cansaba de mirarla.

Allí, visiblemente ante mis ojos, se alzaba la montaña más alta

del mundo: una gran masa rocosa triangular.

La concubina china

Lhasa, **3.656 m s. n. m.**, la mítica capital del Tíbet, resultó ser una moderna metrópoli china en miniatura. Durante los últimos años, los campesinos han sido desplazados de los alrededores de la ciudad para dar cabida a edificios altos; había grúas y andamios por todas partes. Todos los edificios tenían un aspecto de muy nuevos, con superficies acristaladas y letreros de neón. Multitud de chinos han paseaban por doquier vestidos con ropa barata producida en masa, casi no se veían tibetanos. De no ser por las letras tibetanas de los letreros de las tiendas, siempre de formato mucho más pequeño que los caracteres chinos, Lhasa habría sido idéntica a cualquier otra ciudad china de provincias. La uniformización era deprimente y recordaba la devastación que las autoridades chinas habían llevado a cabo en Sinkiang, la provincia vecina. Curiosamente en las dos provincias más periféricas, menos pobladas y que han causado los mayores dolores de cabeza al gobierno central en los últimos años es donde se han activado las medidas de control más draconianas. Los creadores de imperios siempre temen que el suyo se desintegre por los extremos, que se derrumbe de afuera hacia dentro, que escape a su control.

Tenía unas horas libres antes de continuar con el programa de visitas y me fui al spa del hotel. Además de los tratamientos corrientes como masaje chino deportivo, masaje ayurveda y piedras calientes, ofrecían el tradicional masaje tibetano a base de mantequilla y tsampa, la especialidad del spa. Me quedé y me entregué feliz a un mundo de mantequilla y harina de cebada

tostada.

—No debes ducharte en seis horas —me ordenó la recepcionista al cerrar la puerta tras de mí.

En el lobby me esperaba Tashi, mi nueva guía. Era alta, con un rostro alargado y fino, labios carnosos y pómulos marcados. A la espalda, llevaba una mochilita; se puede reconocer a los guías de todo el mundo por sus prácticas mochilitas.

Un hedor rancio y empalagoso llenaba el coche, apestaba como las cocinas sin ventilación de las laberínticas casas de Humla.

—¿Qué es lo que huele así? —pregunté. Y al instante me di cuenta de que era yo el origen de tal hedor. Apestaba como un pastor de yaks que no se hubiera lavado desde el último verano.

—¡No pasa nada! A mí me gusta el olor de mantequilla —aseguró Tashi. Minutos después, con toda confianza, pidió al chófer que abriera la ventanilla.

La antigua Lasha no había desaparecido del todo. Nos detuvimos delante del icónico palacio de Potala. La residencia de invierno del dalái lama y sede del Gobierno tibetano hasta 1959. El bello templo fortaleza se alzaba ante nosotros con todo su magnífico esplendor, trece pisos y más de mil habitaciones en total; se podría decir que el palacio emergía de la colina Marpori, la colina Roja. La construcción despuntaba donde terminaba el promontorio rocoso, roja y blanca y totalmente única.

Varios cientos de turistas chinos, todos atendidos por guías con paraguas y reunidos en ordenadas filas, esperaban en la entrada. Nosotros habíamos reservado los billetes y nos habían dado una hora concreta tanto para la entrada como para la salida.

—Hoy no está mal esto —constató Tashi—. A veces hay que hacer cola durante varias horas para poder entrar. Pero nos da tiempo a dar una vuelta por el nuevo museo antes de que sea nuestro turno.

El billete de acceso al museo era gratuito en un edificio tan

costoso. En la entrada colgaba un retrato grande de Songtsen Gampo, el trigesimotercer rey y fundador del Imperio tibetano. La introducción era apropiada porque había sido él quien había ordenado construir las primeras habitaciones del palacio de Potala. Partes del edificio original, entre otras la cueva para la meditación del rey, estaban intactas.

En la historia de China, Songtsen Gampo es conocido sobre todo como el rey que se casó con la princesa china Wencheng, hija de Taizong, uno de los emperadores de la dinastía Tang. El rey tibetano ya tenía varias mujeres cuando mandó a su primer ministro a Chang'an, la capital de la dinastía Tang, actualmente conocida como Xi'an, para pedir la mano de una princesa china. El emperador Taizong rechazó la solicitud tajantemente: el Tíbet era una recóndita e insignificante región en esa época y hombres poderosos ya habían pedido la mano de sus hijas. Al rey Songtsen Gampo le ofendió tanto la negativa que envió un ejército al norte y sometió la región vecina de Amdo. Pero a pesar de que los soldados tibetanos ya se hallaban entonces a las puertas de reino de Tang, el emperador seguía negándose a conceder la mano de una de sus hijas al rey del Tíbet. Tan solo cuando los soldados tibetanos derrotaron a los soldados del emperador en combate abierto, Taizong accedió a enviar una princesa a Lhasa.

No se sabe mucho más de la princesa Wencheng, ni siquiera se sabe con seguridad que su nombre fuera ese. Todo lo que sabemos es que no tuvo hijos con el rey tibetano, que se quedó viuda en el año 650, nueve años después de su llegada al Tíbet, que vivió treinta años más, que era budista y que nunca regresó a China. A pesar de que se saben pocas cosas de ella, a la concubina de Songtsen Gampo de Chang'an se le atribuye una enorme importancia en la historia escrita de China. Se le otorga el honor de haber llevado el budismo y la civilización al Tíbet, es presentada como la constatación de que el Tíbet fue sometido a China ya a

mediados del siglo VII, y, por encima de todo, ha pasado a ser símbolo de la larga y profunda relación histórica entre China y el Tíbet.

La línea del museo estaba prefijada y recorrimos deprisa las pulcras salas. Los tibetanos eran presentados como nacionalistas y orgullosos, pero siempre que habían tenido problemas, como cuando los gorkhas los atacaron a finales del siglo XVIII, los chinos habían acudido en su ayuda, una y otra vez.

Cuando se acercaba nuestro turno, abandonamos el museo y fuimos al palacio de Potala. Tras pasar concienzudos controles de seguridad, nos dejaron entrar en el sacrosanto lugar. Tan pronto como traspasamos los muros, Tashi marcó el ritmo.

—Debemos apresurarnos —dijo y trotó por las escaleras adelantándome—. Tenemos cincuenta minutos en total. Si usamos más tiempo, tendremos que pagar un recargo. Por eso debemos movernos todo el tiempo, no podemos parar antes de haberlo recorrido todo, ¿entiendes?

Con la lengua fuera, seguimos el flujo de turistas chinos por cálidas y alfombradas salas, por templos íntimos y pequeños, por delante de estatuas antiguas, cruzamos salas de reuniones y salas de estudio del dalái lama y pasamos por delante de estupas mortuorias de anteriores dalái lamas.

Al decimocuarto dalái lama, que huyó del palacio de Potala y del Tíbet en 1959, no se le nombraba ni una sola vez y no había fotografías de él en ningún sitio.

La tradición de los dalái lamas se remonta a un soberano mongol del siglo XVI. Los vecinos del norte habían ejercido influencia sobre el Tíbet desde la fundación del enorme Imperio mongol en el siglo XIII del que el Tíbet formaba parte. Cuando el Imperio fue dividido en varios reinos menores a mediados del siglo XIII, a nivel administrativo, el Tíbet pasó a formar parte del reino oriental de Kublai Kan. Ese kan se interesó por el budismo tibetano y se ocupó

de enviar un maestro tibetano a Pekín. Trescientos años después, cuando ya hacía mucho que el Imperio de Kublai Kan había sucumbido, uno de sus sucesores, Altan Kan, recuperó la tradición de tener un maestro de religión tibetana. Ese maestro fue Sonam Gyatso, abad del influyente monasterio Drepung en el Tíbet central y líder de la secta Gelug, con frecuencia llamada «de las capuchas amarillas» debido al color de las capuchas y del hábito que los monjes de esa secta llevaban. Poco tiempo después de la llegada del abad, Atlan Kan introdujo el budismo como religión oficial de Mongolia. Al abad se le puso el nombre de dalái, que en mongol significa «mar», una traducción literal de *gyatso,* el término tibetano para «mar». El sobrenombre se dio también póstumamente a los dos abades anteriores a Sonam Gyatso; el primer dalái lama era por lo tanto el tercero.

Con el apoyo de los mongoles, los monjes de las capuchas amarillas desbancaron progresivamente a las tres antiguas sectas del budismo tibetano. Cuando Sonam Gyatso murió en Mongolia, en 1588, y tras unos años de búsqueda, hallaron a un muchachito que cumplía todos los requisitos para ser la reencarnación de Sonam Gyatso. El niño, que se llamaba Yonten Gyatso y casualmente era el bisnieto de Atlan Kan, fue el cuarto dalái lama y el único de los catorce que no es tibetano.

Con Lobsang Gyatso, el quinto dalái lama a menudo llamado el Gran Quinto, el dalái lama se convirtió en un factor de poder a tener en cuenta en el Tíbet. Con la ayuda de los mongoles, el Gran Quinto unificó el Tíbet en un solo reino con Lhasa como capital. En 1645, unos años después de haber desbancado a sus rivales potenciales, habría ascendido a la colina Marpori, en las afueras de Lhasa. Ahí, en las ruinas del palacio de Songtsen Gampo, el fundador del primer imperio tibetano declaró que Avalokiteshvara, el dios misericordioso, había llegado al fin a su hogar. Poco después se puso en marcha la construcción de un gran palacio en ese lugar

alto. Necesitaron siete mil obreros para construirlo y recibió su nombre en honor del monte Potalaka, el místico hogar de Avalokiteshvara, que según la leyenda se encuentra en algún lugar de los mares del sur de la India. Cinco años más tarde, se terminó el palacio y Lobsang Gyatso se trasladó a vivir allí. La creencia de que el dalái lama es una reencarnación de Avalokiteshvara, «el Dios misericordioso», «el Padre del Tíbet y deidad patrona», quedó instituida durante el gobierno del Gran Quinto.

Cuando el quinto dalái lama murió en 1682, dejó un vacío de poder mayor que el palacio que había mandado construir. Su regente, Desi Sagye Gyatso, consiguió mantener su muerte en secreto durante quince años: a la gente se le contó que el Gran Quinto meditaba en soledad y, en las ocasiones solemnes, su traje ceremonial se colocaba en el trono. Era de vital importancia que ninguno de sus vecinos, ni el emperador de Manchuria en Pekín ni el kan mongol, se enterara de su muerte. Cuando los representantes de estos reinos los visitaban, Desi Sangye Gyatso conseguía que un monje anciano lo suficientemente parecido al fallecido, a base de presionarlo o sobornarlo, se prestara a hacer de dalái lama. Al mismo tiempo, se hacía una búsqueda secreta del sexto dalái lama cerca de la frontera con Bután, lejos de los ojos de Manchuria y principalmente de Mongolia. Un muchacho adecuado, Tsangyang Gyatso, apareció al fin. Fue entrenado y educado en secreto. Fue en 1697 cuando el nuevo dalái lama, con dieciséis años, fue presentado al pueblo y a los soberanos mongoles.

El sexto dalái lama resultó estar más interesado en la poesía, el deporte, la bebida y las mujeres que en la meditación y la oración. Se le veía con frecuencia en la cantina de Lhasa y se llevaba muchachas a casa muchas veces. Esos intereses mundanos no casaban bien con la vida monacal y, para escándalo de los lideres tibetanos, el joven dalái lama renunció a los votos monásticos para vivir una vida en libertad como un hombre corriente. Se mudó a

una tienda de campaña al norte del palacio de Potala, pero continuó siendo dalái lama, no se puede renunciar a una reencarnación así sin más. Obviamente el dios misericordioso se permitió un descanso en reencarnaciones.

En 1703, un nuevo kan mongol subió al poder en el Tíbet, Lhanzang Kan. Desde la unificación del Tíbet en un solo reino por el quinto dalái lama, una rama de los kanes mongoles nómadas había gozado de un nuevo estatus como familia real del Tíbet. Sus antecesores se habían conformado con ser reyes solo de nombre, pero Lhanzang Kan, que había matado a su propio hermano para usurparle el trono, era muy ambicioso. Tras asegurarse la bendición del poderoso emperador de Manchuria en Pekín, se puso manos a la obra: primero hizo matar al regente Desi Sangye Gyatso en el palacio de Potala, después se aseguró de que el rey dios de vida alegre fuera secuestrado. El plan era llevarlo ante el emperador, a Pekín, pero murió por el camino con solo veinticuatro años. La poesía de Tsangyang Gyatso, el tan poco ortodoxo sexto dalái lama, es muy leída en el Tíbet hoy en día.

Un nuevo dalái Lama fue presentado como «el auténtico sexto dalái lama» y llevado al trono por Lhanzang Kan, que acababa de asumir el poder en el Tíbet.

Tanto Lhanzang Kan y su «auténtico» dalái lama eran muy impopulares. Los monjes de las capuchas amarillas, en alto secreto, pidieron ayuda a los zúngaros, otra etnia mongola nómada, para que los liberaran de aquel lama y del kan. Los zúngaros no se hicieron de rogar, acudieron inmediatamente en ayuda de los monjes de las capuchas amarillas. Hicieron matar a Lhanzang Kan y el nuevo sexto dalái lama fue depuesto, pero después la ayuda se descontroló: los zúngaros cometieron asesinatos en masa de monjes de otras sectas budistas que no eran los de las capuchas amarillas, destruyeron monasterios, saquearon y devastaron Lhasa entera.

Entretanto se halló la séptima reencarnación de dalái lama, pero

que el muchacho estuviera bajo la protección del emperador de Manchuria complicó el asunto. Dicho emperador, el poderoso Kangxi, cuyo reinado fue el más longevo de China, mandó un gran ejército al Tíbet para expulsar a los zúngaros. Para alegría de los tibetanos, trajeron a Lhasa al séptimo dalái lama. Los manchurianos hicieron reconstruir el palacio de Potala e introdujeron radicales reformas políticas en Lhasa.

Tras esos sucesos, en la práctica el Tíbet se convirtió en un protectorado chino bajo el mando del emperador manchuriano, y un *amban,* un comisionado chino, se instaló en Lhasa y se hizo cargo del gobierno.

Ni el séptimo ni el octavo dalái lama tuvieron ocasión de mostrarse particularmente interesados en la política y la sociedad durante sus años de mandato, sino que se vieron obligados a delegar esos menesteres a ministros intratables. Los cuatro siguientes dalái lamas murieron jóvenes, todos más o menos en dudosas circunstancias; el que tenía más edad no pasaba de los veintiún años cuando murió.

Sin embargo, el decimotercer dalái lama, Thubten Gyatso, consiguió reinar durante casi cuarenta años, desde su mayoría de edad, en 1895, hasta su muerte en 1933, y dejó huellas duraderas tras de sí.

En esa época, el Tíbet estaba herméticamente cerrado a los extranjeros, excepto a los chinos y a los mongoles. Una excepción interesante fue el monje budista de origen ruso Agvan Dorzhiev, que provenía de un pueblo al este del lago Baikal, en Buriata, una parte de Rusia en la que predominan los buriatos de habla mongol. Dorzhiev viajó al Tíbet en la década de 1870 para estudiar budismo y, progresivamente, se convirtió en un importante consejero del decimotercer dalái lama.

En la misma época en que Dorzhiev entraba y salía del palacio de Potala, otro extranjero rondaba por las calles de Lhasa envuelto en

un secretismo total. Era el monje budista Ekai Kawaguchi, el primer japonés que consiguió introducirse de incógnito en el Tíbet. Favorecido por su aspecto japonés, el buen oído para las lenguas y su profundo conocimiento del budismo tibetano, consiguió hacerse pasar por monje mongol, chino o tibetano, según las circunstancias. Las crónicas de sus viajes recogidas en *Tres años en el Tíbet,* aunque queda demostrado que solo fueron dos, del verano de 1900 al de 1902, ofrecen una fascinante visión de la vida en el Tíbet de la época. Especialmente pintorescos son los capítulos donde se menciona la higiene, o, más bien, la falta de higiene. Un capítulo, «La capital de la suciedad», está dedicado a las condiciones sanitarias en la capital: «Se oye a menudo que las calles de las grandes ciudades chinas están sucias, pero me cuesta creer que lo estén tanto como las calles de Lhasa, donde la gente desafía toda regla de higiene y decencia», comenta el japonés y añade que si la gente no moría como moscas, debía de ser a causa del frío y el clima sano. No solo las calles estaban sucias, también los habitantes iban llenos de mugre porque un tibetano «no se lava nunca; muchos no han visto el agua desde que nacieron». Muchos tibetanos creían que al lavar la mugre también desaparecía la suerte, por eso tanto mujeres como hombres, a menudo, tenían la piel tan oscura como la de los «negros africanos».

A Kawaguchi también le sorprendió el modelo que imperaba para los roles de género, en particular la costumbre de casarse con varios hermanos. Según el monje budista, las mujeres tibetanas eran igual de bellas que sus hermanas japonesas, pero físicamente mucho más fuertes y por eso concluye que era justo y razonable que se les pagara el mismo sueldo que a los hombres, algo que sí ocurría. Además sus maridos tenían que darles todo lo que ganaban y ellos solo se quedaban algo de dinero para sus gastos. Por eso si a ojos de sus esposas no ganaban lo suficiente, se arriesgaban a recibir un rapapolvo. Por lo demás, el sistema de castigos era brutal: según

Kawaguchi, las calles de Lhasa estaban llenas de mendigos sin globos oculares, con manos o narices seccionadas. Lo que más le conmocionó fue cómo ejecutaban a los condenados a muerte, los ahogaban en el río y después los decapitaban. Luego cortaban sus cadáveres en trocitos y la cabeza quedaba expuesta al público durante una semana. Lo peor según él era que las cabezas se colocaran en un edificio con el apropiado nombre de Condena eterna, para que el alma del malhechor no pudiera volver a nacer en este mundo. Un horrible castigo para toda la eternidad, sin compasión alguna.

A través de una carta de Kawaguchi a un indio ayudante y partidario suyo en Darjeeling, a los británicos les llegaron ciertos rumores sobre las actividades del monje ruso Dorzhiev en Lhasa. Según Kawaguchi, Dorzhiev habría conseguido hacer creer al dalái lama que el zar ruso era un dios budista, que Rusia era el místico paraíso budista Shambala y que el zar pronto convertiría el mundo entero en un enorme reino budista. Además, según este personaje, Dorzhiev habría regresado a Lhasa como un hombre rico tras su visita a la capital rusa, cargado de regalos, toda una caravana de camellos con armas estadounidenses entre otras cosas...

Esta información desató emociones intensas en el recién nombrado virrey de la India británica, Lord George Nathaniel Curzon. Desde la muerte de Pedro el Grande en 1725, había corrido un rumor acerca de que el zar en su lecho de muerte habría ordenado a sus sucesores hacer todo lo que estuviera en sus manos para que se cumpliera la auténtica vocación de Rusia: la hegemonía mundial. Naturalmente, eso podía hacerse realidad si los rusos sometían Constantinopla y la India. Ingleses suspicaces habían confirmado sus temidas sospechas cuando Napoleón en 1807 propuso al zar Alejandro I unir sus ejércitos y marchar en dirección sur para invadir la India. Bien es cierto que los planes de confraternización entre rusos y franceses nunca llegaron a buen

puerto, pero durante la última mitad del siglo XIX, los rusos ya habían sometido grandes territorios de Asia Central y se hallaban amenazadoramente cerca de la India Británica, la joya de la Corona: a principios del siglo XIX, 30.000 kilómetros separaban Rusia de la India Británica, pero cuando Lord Curzon tomó posesión del cargo de virrey en 1899, los rusos acababan de apoderarse del Pamir, en el actual Tayikistán, y la distancia entre los dos imperios era menor de 30 kilómetros en algunos lugares.

En aquel momento, gracias a la carta de Kawaguchi, además del informe del servicio secreto de China, Curzon tuvo razones fundamentadas para creer que los rusos tenían planes taimados para apoderarse del Tíbet.

Curzon primero puso en marcha la diplomacia, mandó una carta sellada dirigida al decimotercer dalái lama (palacio de Potala, Lhasa) en la que expresaba inquietud acerca de la situación. La carta fue devuelta unas semanas más tarde y sin abrir. Entonces Curzon mandó otra carta con un tono más áspero, pero también fue devuelta sin abrir. El virrey renunció a todo intento diplomático por carta y decidió mandar a Lhasa una delegación armada para negociar cara a cara un acuerdo con el dalái lama. La primera delegación que mandó cruzar las montañas fue rechazada por los tibetanos, quienes anunciaron que se negaban a negociar con los británicos en su lado de la frontera. Justo antes de la Navidad de 1903, Curzon respondió mandando al otro lado de la frontera una delegación todavía mayor, una brigada integrada por tres mil hombres armados y siete mil efectivos de refuerzo. Al mando de la brigada estaba el general de brigada James R.L. Macdonald y el teniente coronel Francis Younghusband, militar este último que catorce años antes había sido enviado al emir de Hunza para acabar con los saqueos a las caravanas comerciales de camino a Kasgar.

La ruta más asequible para llegar al Tíbet pasaba por Sikkim, pero incluso esta implicaba que los soldados y las mercancías

tendrían que cruzar un paso de montaña a más de 4.000 metros de altura. Los soldados británicos nunca habían llevado a cabo una misión en un terreno tan alto, y aún tendrían que subir más. Al principio, los nativos eran benévolos y les ofrecían comida a los soldados, pero cuanto más se acercaban a Lhasa, más hostiles se mostraban los tibetanos. En un momento dado, Macdonald quiso ordenar la retirada, pues la altura y el frío extremo habían hecho mella en ellos y además les faltaba comida, pero Younghusband se negó a darse por vencido sin haber completado su misión.

En el pueblo de Guru, un trecho al norte de Sikkim, pero todavía a kilómetros de distancia de Lhasa, los británicos encontraron resistencia: varios miles de tibetanos, esgrimiendo espadas, armas de fuego primitivas e imágenes del dalái lama en papel desgastado, les negaban el paso. Los soldados británicos tenían la orden de no ser los primeros en disparar y, probablemente, los tibetanos tendrían la misma. Sin embargo, cuando los británicos cabalgaron hacia los tibetanos para desarmarlos, el general tibetano disparó y se produjo la masacre: los tibetanos no tenían posibilidades de ganar, pero tardaron mucho en dejar de oponer resistencia. Poco a poco fueron abandonando el campo de batalla con la cabeza gacha. Edmund Candler, el reportero del *Daily Mail,* informó de que «lo imposible había sucedido. Plegarias, amuletos, mantras y el más sagrado de todos los hombres sagrados los habían abandonado..., se fueron con la cabeza gacha como si se sintieran defraudados por sus dioses.[5]

Varios cientos de tibetanos (quizás incluso dos mil) yacían muertos o heridos. Para asombro de los tibetanos, los británicos instalaron un hospital de campaña e hicieron todo lo posible para salvar a los heridos, también a los de las filas enemigas. Después los británicos pusieron rumbo a Lhasa y cuatro meses más tarde entraban cabalgando en la ansiada capital tibetana a la que tantos aventureros occidentales habían intentado en vano llegar antes que

ellos. Los británicos quedaron realmente impresionados ante el imponente palacio de Potala, pero la misma conmoción sintieron ante las condiciones sanitarias tal como le había sucedido a Kawaguchi: «La ciudad nos pareció indescriptiblemente vulgar y sucia, sin desagües ni adoquinado. Ni una sola de las casas tenía aspecto de limpia o bien cuidada», comentaba Candler.[6]

El dalái lama, que Younghusband tanto ansiaba conocer, había desaparecido sin dejar rastro. Más tarde los británicos averiguaron que había huido a Mongolia junto con el monje ruso. Tampoco hallaron rastro alguno del secreto acuerdo con los rusos ni tampoco ningún ruso ni armas rusas. La única armería que había era tan primitiva que Younghusband decidió que no valía la pena destruirla.

En esencia, la expedición británica había sido un éxito. Younghusband volvió a la India con un acuerdo bajo el brazo por el que los tibetanos aceptaban pagarles los daños de guerra (una exigencia que los pobres tibetanos nunca consiguieron satisfacer), permitían el comercio con los ingleses en tres ciudades acordadas y prometían también no aliarse con ningún otro poder extranjero (se sobrentendía Rusia). Sobre el papel, el Tíbet pasaba a ser un protectorado británico, pero aquel estatus no duró mucho: dos años después, los británicos firmaron un acuerdo con las autoridades chinas por el que se comprometían a no anexionarse el Tíbet ni involucrarse en sus asuntos internos, mientras que los chinos por su parte se comprometían a no permitir que ningún otro estado extranjero (de nuevo se sobrentendía Rusia) se involucrara en los asuntos internos del Tíbet.

Así, de un plumazo, los británicos renunciaron formalmente a sus privilegios, adquiridos con tanto ahínco, sobre el Tíbet y reconocían a la manchuriana dinastía Qing como la auténtica soberana del techo del mundo. Ninguna de las dos partes se molestó en informar a los tibetanos del acuerdo firmado.

Para Younghusband la vida nunca volvió a ser la misma. En el viaje de vuelta de Lhasa, dio un paseo a caballo por las montañas circundantes. En el mismo instante de volverse para echar el último vistazo a la ciudad a la que nunca volvería, le embargó un amor intenso y profundo hacia el mundo y una clara visión que le decía que, en su interior, las personas son divinas, que la naturaleza entera y la humanidad «estaban impregnadas de un brillante resplandor rosado... Aquella única hora en que abandonamos Lhasa merecía el descanso de toda una vida».[7]

Younghusband había tenido una epifanía. El teniente coronel británico, que hasta entonces había sido autor de *best sellers* sobre sus arriesgadas expediciones, empezaba a dedicar más y más tiempo a su lado espiritual. Ya de bastante mayor publicó libros como *Mother World (in Travail for the Christ that is to be), Life in the Stars, The Light of Experience* y *The Living Universe.* Tanto en sus libros como en sus giras para dar conferencias y en la práctica, exploró temas como la telepatía, los extraterrestres y el éxtasis sexual que consideraba decisivo para entrar en contacto con «el Espíritu de la Naturaleza».

La invasión británica de 1903-1904 fue un toque de atención para el aparato estatal de Pekín: había perdido el control del Tíbet. Sin embargo, los chinos no se precipitaron. El emperador no mandó una expedición militar a Lhasa hasta seis años después, en 1910. El decimotercer dalái lama, que acababa de regresar a casa tras cinco años de exilio, se vio obligado a huir de nuevo y entonces no tuvo más opción que dirigirse al sur, a la India. Con doscientos soldados chinos pisándole los talones, cabalgó día y noche, a menudo sin estar seguro de qué camino tomar, pero, finalmente, llegó sano y salvo a Sikkim.

Los manchurianos restablecieron el control sobre el Tíbet por un corto periodo de tiempo. Pero la dinastía Qing ya hacía tiempo que se tambaleaba y dos años más tarde, en 1912, la monarquía

colapsó. Fue proclamada la primera república china y el último emperador niño fue retirado a un exilio interior en la Ciudad Prohibida de Pekín. Equipados con armas primitivas de fabricación local, los tibetanos emprendieron la lucha por la independencia y, en el invierno de 1913, los últimos emperadores fueron expulsados de Lhasa.

El decimotercer dalái lama volvió al palacio de Potala, esa vez para bien. El Tíbet estaba seguro por el momento, pero la seguridad era frágil. Poco antes de morir, Thubten Gyatso, el decimotercer dalái lama, pronosticó que el Tíbet corría un gran peligro: «Si no tenemos capacidad para proteger nuestro propio país, todos los adeptos a la doctrina de Buda, ya sean personas corrientes o con una posición superior, en especial el dalái lama o el panchen lama, serán exterminados con tanta dureza que ni siquiera sus nombres sobrevivirán. Los monasterios y las posesiones de los monjes serán incautados».[8]

El gran decimotercero no pudo ver cómo se cumplía su sombría profecía. Murió en 1933, a los cincuenta y siete años. Unos años después, hallaron a un niño de una familia pobre, en el noreste del Tíbet, que reunía todos los requisitos y pasó todas las pruebas. En 1940, Tenzin Gyatso fue proclamado decimocuarto dalái lama. Diez años más tarde, justo después de que el Ejército Popular de Liberación ocupara el Tíbet, Tenzin fue nombrado jefe de Estado. Poco después, el representante del Tíbet en Pekín fue obligado a firmar un acuerdo de diecisiete puntos. El primero dice así: «El pueblo tibetano se reunirá y expulsará a las fuerzas imperialistas del Tíbet; el pueblo tibetano volverá a la familia patria de la República Popular China».

Las uniones familiares forzadas nunca suelen tener un final feliz y esa no fue una excepción. Los primeros años, el dalái lama intentó negociar con los chinos, pero las fuerzas de ocupación actuaban con más y más brutalidad. La resistencia y la sublevación fueron

sofocadas brutalmente y les fueron impuestas impopulares reformas agrícolas. En la primavera de 1959, cuando la agitación llegó a Lhasa, también el decimocuarto dalái lama tuvo que huir a la India cruzando las montañas del Himalaya.

En 1959, cerca de noventa mil tibetanos fueron asesinados.

El decimocuarto dalái lama nunca ha podido regresar al Tíbet y el Partido Comunista Chino ha amenazado con tomar el control sobre su reencarnación. Tradicionalmente, el panchen lama, el número dos en el escalafón después del dalái lama, es quien designa al nuevo dalái lama. A su vez, el dalái lama designa la reencarnación del panchen lama. En 1923, el noveno panchen lama huyó a China debido a un litigio en el pago de impuestos. Murió en 1937 y se pusieron en marcha dos búsquedas paralelas para su reencarnación. Se hallaron dos candidatos diferentes. Los enviados del dalái lama escogieron un niño de Sikang, provincia en el noroeste de la Región Autónoma del Tíbet, mientras que la gente del panchen lama escogió a un niño de nombre Lobsang Trinley Chökyi Gyaltsen del Tíbet oriental. Las autoridades chinas apoyaron la última candidatura, deseaban utilizar al niño en la lucha contra los comunistas. Sin embargo, Chökyi Gyaltsen se pasó al bando comunista y fue escoltado hasta el Tíbet por una columna militar del Ejército Popular de Liberación en 1952 y nombrado abad del monasterio Tashilhunpo en Shigatse, donde tradicionalmente el gobernante panchen lama es siempre abad. Este apoyó las reformas comunistas y se quedó en el Tíbet cuando el dalái lama huyó a la India. Con el tiempo el décimo panchen lama se mostró más y más crítico con la forma de actuar de los chinos en el Tíbet. En 1964 fue arrestado. Estuvo encarcelado trece años, hasta 1977, y después pasó cinco años más en arresto domiciliario. En esos años se casó con una mujer china y la pareja tuvo una hija. Murió en 1989, a los cincuenta y un años.

Tras un largo proceso de elección, el dalái lama declaró en 1995

que Gedhun Chökyi Nyima, de seis años y originario del noreste del Tíbet, era la decimoprimera reencarnación del panchen lama. Poco después, él y su familia fueron secuestrados por las autoridades chinas y desde entonces nunca más se les ha visto en público. Las autoridades chinas nombraron a otro de los candidatos, Gyancain Norbu, como decimoprimer panchen lama. Actualmente vive en un monasterio budista de Pekín y viaja muy poco al Tíbet.

En una inusitada declaración en la primavera de 2020, las autoridades chinas informaron de que Gedhun Chökyi Nyima, que ahora tiene treinta y un años, ha completado su educación obligatoria, se ha graduado en la universidad, tiene un trabajo estable y no desea que le molesten.

Tenzin Gyatso, el decimocuarto dalái lama, actualmente es un anciano. Cuando en 2019, a sus ochenta y tres años, fue ingresado en un hospital con una infección pulmonar, un representante del ateo partido comunista declaró que las reencarnaciones de «los budas vivientes, incluido el dalái lama, deben cumplir las leyes y regulaciones chinas y seguir los rituales religiosos y acuerdos históricos».[9] Doce años antes, en 2007, se había promulgado una ley que establece que la reencarnación de un buda viviente está «sujeta a la aprobación de una solicitud».

Por su parte, el actual dalái lama ha expresado varias veces que posiblemente él sea el último, que no vendrán nuevas reencarnaciones, que los tiempos para tales sistemas feudales han terminado. También ha dicho que sería lógico que una posible reencarnación tuviera lugar en el país en el que vive él y no en el Tíbet.

En todo caso, no es inverosímil que el Partido Comunista Chino nombre a su propio candidato y que se acabe teniendo dos dalái lamas.

Fue liberador escapar de las repletas salas del museo y salir de nuevo al sol. Tashi miró el reloj.

—Cuarenta y siete minutos. Conseguimos por los pelos evitar el recargo —constató contenta y se apresuró hasta la ventanilla para registrar la hazaña.

Bajamos las escaleras a ritmo tranquilo y paseamos por un parque grande. En varios sitios había escenarios y equipos de música, mayores y jóvenes danzaban en círculo al ritmo del moderno pop tibetano.

—La gente acude aquí cada día para bailar —dijo Tashi—. Aquí en Lhasa somos bastante relajados. Nadie tiene demasiada prisa.

El ambiente era bastante relajado, pero para nada alegre. En pocas décadas, el Tíbet ha pasado de ser una atrasada sociedad medieval, gobernada por monjes y lamas, sin carreteras ni electricidad para todos o escuelas, a ser una sociedad controlada por la alta tecnología y gobernada a distancia por Pekín. Los turistas extranjeros que visitan la Región Autónoma del Tíbet deben viajar acompañados de un guía autorizado, como ya he dicho, pero los días que estuve en Lhasa pude pasearme libremente por todas partes y, en secreto, me entrevisté con personas críticas con el régimen. No fue demasiado difícil hallarlas.

—El Tíbet es una prisión abierta —dijo con un suspiro una de las mujeres con las que hablé—. Han echado a todas las organizaciones extranjeras y ahora hay ocho chinos por cada tibetano en Lhasa. Los atraen aquí con promesas de hipotecas gratuitas y atención médica. En la enseñanza, el chino es la lengua principal ahora. Los chinos son los dueños de todo. Nos hemos convertido en una minoría en nuestro propio país.

—Ni siquiera podemos hablar abiertamente con nuestros amigos —susurró uno de los hombres con los que hablé. Estábamos en un bar del centro, rodeados de jóvenes chinos que miraban insistentemente las pantallas de sus teléfonos móviles—. Hay más represión y ya no sabemos en quién podemos confiar. También nos controlan los teléfonos. Antes podíamos tener fotografías del dalái

lama en las pantallas, pero ahora no. Todo es más estricto, todo está vigilado. Durante la sublevación de 2008, asesinaron a varios cientos de personas y miles fueron encarceladas y torturadas. Los que han salido de la cárcel tiemblan cada vez que ven a un policía. Pasará mucho tiempo antes de que se produzca otra sublevación... Entretanto vivimos aquí como ranas en un pozo. Ni siquiera tenemos pasaporte. Todo el Tíbet es una prisión abierta.

—Nosotros los tibetanos creemos en lo perecedero de todas las cosas —explicó un hombre de unos sesenta años—. Nada dura eternamente. Pero también creemos en el karma, las causas y los efectos. Quizás es lo que esté ocurriendo ahora, ¿la expresión de una culpa colectiva? Pensar así sirve de ayuda. Pensar que existe una causa. Y que no durará eternamente.

—Mi único hijo, que era monje, intentó huir a la India hace unos años —contó una mujer mayor que entrevisté en un piso de un sencillo bloque de viviendas a las afueras de Lhasa—. Él sabía que, si lo conseguía, no vería nunca más a su familia, pero lo único que ansiaba era ser monje en un país libre. Le di un poco de dinero para la huida, pero le cogieron en la frontera. En cierto modo, para mí es mejor porque puedo verlo. Ahora trabaja en una fábrica. No le permiten volver al monasterio.

Cuencos con yogur casero, leche caliente, boniatos cocidos y pan recién horneado y blando fueron depositados en la mesa baja frente a mí.

—Ahora tenemos escuela, carreteras y electricidad —continuó diciendo la mujer—. Cuando éramos jóvenes no teníamos nada de eso. Yo solo fui tres años a la escuela, pero las mujeres de la vecindad hemos intentado aprender por nuestra cuenta. En invierno, cuando teníamos tiempo, solíamos reunirnos en el centro social, que está al final de la calle, para leer textos budistas. Así los inviernos no se nos hacían tan largos. Pero hace unas semanas, recibimos una nota del presidente de la asociación de vecinos que

decía que no podemos usar el centro social para eso, es decir, para leer textos religiosos, no sé qué vamos a hacer en invierno. Cuando Xi llegó a la presidencia, creí que las cosas mejorarían, después de todo él proviene de una familia budista. Pero todavía hay más represión.

Una niñita, una de sus nietas, subió de un salto al sofá y se puso a maltratar al gato de su abuela. Este se prestaba pacientemente a todas sus travesuras sin rechistar.

—Tuve un hijo a los diecinueve años —siguió contando—. Yo quería esperar en realidad, pero mi madre me aconsejó que me diera prisa porque mi marido era muy guapo y había muchas chicas que bebían los vientos por él... Ahora tengo todo un batallón de nietos, pero no los veo a menudo. Todos están siempre ocupados.

—Si la frontera con la India estuviera abierta, ¿querría usted trasladarse allí? —le pregunté antes de irme.

La respuesta llegó sin titubeos, sin pensárselo dos veces:

—Por supuesto.

En la puerta de entrada colgaba un calendario con un gran retrato del presidente Xi. Aquel regalo del presidente de la asociación de vecinos no solo era práctico y útil. Con una simbología imposible de malinterpretar, el calendario también aludía a que el emperador de China desde tiempos antiguos ha ostentado el título de Señor de los Diez Mil Años.

Al igual que los chinos presentan la historia de Xiang Fei, la Concubina Perfumada, como personificación del amor recíproco entre uigures y chinos, también ensalzan a la princesa Wencheng, que en el siglo VII se casó con el rey tibetano Songtsen Gampo, como símbolo de las buenas y largas relaciones entre el Tíbet y China. Wencheng, igual que Xiang Fei, también ha inspirado películas, series de televisión y libros. En 2016, el musical *Princesa Wencheng*

debutaba en Lhasa. Se ha construido un teatro al aire libre para representarlo, con restaurantes, tiendas y aparcamientos, un enorme y caro complejo en las afueras de Lhasa.

Las gradas no están llenas ni mucho menos, quizás medio llenas, y parece que yo soy la única extranjera. Nada más empezar la representación, justo cuando dan las nueve y media, casi todos los turistas chinos saltan de sus asientos y se precipitan a las plazas vip colocadas en el centro. Los vigilantes los hacen volver con eficacia a sus asientos, pero son tolerantes en todo lo demás: el hombre sentado delante de mí conversa largo y tendido con su novia mientras actúan los artistas y la mujer sentada a mi lado filma la mitad de las canciones con el móvil y después las reproduce a todo volumen mientras en el escenario suenan otras canciones.

La música proviene de una grabación y los cantantes en el escenario hacen *playback,* por lo demás, no se ha escatimado en nada: hay más de mil actores, bailarines y figurantes, todos lucen un vestuario caro. El guion, en cambio, es muy malo, incluso para un musical propagandístico: un emisario del Tíbet visita al emperador de Tang, en la capital, y le comunica que el rey tibetano desea solicitar la mano de la princesa. Una vez que las abejas mágicas del emisario han conseguido identificar a la princesa entre decenas de mujeres (la princesa se lava el pelo con néctar de flores), el padre acepta la propuesta de matrimonio y envía a su hija al Tíbet. La bella princesa viaja y viaja, atraviesa montañas y ríos (escenificados por varios cientos de figurantes debajo de tiras de tela azul). Por el camino, le embarga varias veces una terrible nostalgia hacia la vida en el civilizado reino de Tang, pero continúa con valentía a pesar de todo y sueña todo el tiempo en un futuro en el que nadie pase hambre, nadie sufra senilidad, en el que los moribundos tengan una buena muerte. La pobre princesa no es informada en ningún momento de que el rey ya tiene una mujer nepalí y otra tibetana.

Cuando la princesa se acerca a la meseta tibetana y el viaje se acerca a su fin, varias decenas de caballos galopan encima del escenario. La pareja sentada a mi lado levanta un instante la vista de la pantalla del móvil en un heroico esfuerzo por atrapar el galope con la cámara, pero no son lo bastante rápidos y enseguida vuelven a sumergirse en sus respectivas pantallas. Mientras tanto la princesa Wencheng continúa su viaje hacia el sur, pasa frío, añoranza y, oh Dios, no, empieza a nevar también, no solo en el escenario, también en las gradas: espuma jabonosa desciende de las máquinas de nieve y deja grandes manchas en nuestras ropas. Más de la mitad de los espectadores saltan de sus asientos y huyen hacia atrás, a resguardo bajo techo, pero la princesa Wencheng del culebrón es valiente y resiste todo el trayecto hasta el Tíbet, donde es acogida sumisamente por un batallón de monjes budistas. Si uno fuera puntilloso destacaría que el primer monasterio budista del Tíbet se fundó más de cien años después de la llegada de dicha princesa, pero aquí no hay espacio para el mezquino formalismo y, sin duda, los monjes resultan muy decorativos inclinándose ante la princesa china rodeada de espuma jabonosa. Finalmente, en la última escena, ella se encuentra con su futuro esposo, el trigésimo octavo rey del Tíbet. Se cogen los dos de la mano, unidos por el sueño de que nadie pasará hambre, que nadie sufrirá senilidad, que los moribundos tendrán una buena muerte.

En otras palabras, quedan así sellados los lazos eternos entre el Tíbet y China, según la maquinaria de propaganda china.
Según la versión más idealista de los historiadores chinos, la princesa Wencheng habría traído una serie de útiles plantas al Tíbet y también habría enseñado a los tibetanos a moler la harina y a hacer vino.

Sin embargo, tanto los historiadores chinos como los tibetanos en lo que sí están de acuerdo es en que ella llevó consigo una valiosa estatua de Buda, y se dice que es tan antigua que el mismo Buda la

habría bendecido mientras viajaba por el mundo. El rey Songtsen Gampo hizo construir un templo para sus esposas extranjeras, el templo de Jokhang, y allí está depositada dicha estatua, hoy en día totalmente recubierta de oro. Muchos de los peregrinos que visitan el templo traen consigo oro que los monjes funden para dorarla. Se supone que la estatua representa a Buda cuando tenía doce años, pero ahora está tan recubierta de oro que casi no pueden apreciarse las líneas de su cuerpo bajo la capa dorada.

Todas las personas que quieran acceder a la plaza del templo tienen que pasar un exhaustivo control de seguridad. Bolsos, mochilas, chaquetas, todo es registrado. También dentro de la plaza hay policías y soldados por doquier, todos completamente uniformados; de pie, con la mirada rígida al frente. Un flujo constante de peregrinos, unos provienen de lejos y otros de cerca, da vueltas alrededor del monasterio, con coloridas vestimentas de lana y engalanados con vistosas y elaboradas joyas. Por la ropa y los peinados, Tashi podía identificar de qué partes del Tíbet procedían: Kham, Kailash, Lhasa, Amdo... Encorvados, equipados con bastones, ruedas de plegaria y rosarios budistas dan vueltas y más vueltas al monasterio desde temprano por la mañana hasta entrada la tarde mientras murmuran para sí mismos, y sin parar, mantras sagrados.

A la entrada hay docenas de peregrinos reunidos. Devotamente se arrodillan delante del templo y se tumban en el suelo con los brazos y las manos extendidos, después se levantan con movimientos suaves para repetir lo mismo cincuenta veces, cien veces, diez mil veces.

—Muchos peregrinos permanecen en Lhasa dos o tres meses para completar el número de postraciones que el lama les ha pedido que hagan —me explica Tashi.

El templo está muy lleno. Un puñado de mujeres se ha reunido junto a un balde y por turnos se rocían la cabeza con el agua que contiene.

—Es agua sagrada, bendecida por la estatua de Buda —dice Tashi —. Quizás tengan mucho dolor de cabeza.

Una anciana dama restriega sus rodillas contra una roca desgastada e incrustada en el suelo.

—Seguramente le duelen mucho las rodillas —comenta Tashi.

Los peregrinos siguen una ruta propia que recorre todas las capillas hasta la estatua budista. Entusiasmados, solemnes y profundamente concentrados, murmuran mantras sin cesar. Tres vigilantes chinos vestidos con trajes de color anaranjado, casi fosforescente, se ocupan de que ningún peregrino esté demasiado rato delante de la estatua dorada. Dos monjes arrodillados untan con más oro fundido ese cuerpo informe.

Ver la estatua de Buda en el templo de Jokhang es una de las experiencias más elevadas para un tibetano, la mayoría intentan verla al menos una vez. Tashi, que ha estado allí cientos de veces, deposita un billete delante de la estatua, inclina la cabeza y reza devotamente.

—Hace cinco años hice las Cinco Promesas —me cuenta cuando salimos a la luz del sol—. Fue mi maestro quien me conminó a hacerlas. He prometido no matar, no robar, no mentir, no tomar drogas y no estar con otros hombres que no sean mi marido. Las promesas no se pueden romper. Es mejor morir que romperlas.

—¿No mentir? Parece difícil —digo—. ¿Y si una amiga te pregunta qué te parece su nuevo vestido y no quieres herirla?

—En esos casos se puede mentir —respondió Tashi pragmática—. Las mentiras que no hacen daño a otros no son peligrosas.

—¿Y si pisas una hormiga sin querer?

—Tampoco pasa nada. No lo hiciste a propósito.

—¿Y si te quedas embarazada y los médicos te aconsejan abortar para salvar tu propia vida?

—No es razón suficiente para matar. Es mejor correr la suerte que te toca y estar a lo que pase.

—Pero ¿y si te ataca un oso y se trata de tu vida o la del oso?

—En ese caso es mejor que muera yo —afirma Tashi—. Romper las promesas puede tener consecuencias terribles, tanto para esta vida como para la próxima —añade—. Siento una paz totalmente nueva.

El último día visitamos un templo en las afueras de Lhasa. En una colina a cierta distancia hay una decena de monjes que se están preparando para hacer un ritual. Una columna de humo surca el cielo azul, tonos melancólicos, emitidos por cuernos budistas, suben y bajan acordes con el ritmo de los tambores. Junto a los monjes han plantado una tienda de campaña blanca y pequeña.

—Están a punto de realizar un entierro celestial —explica Tashi —. Primero trocean todo el cuerpo y alimentan a los pájaros con la carne. Al final, aplastan los huesos y los mezclan con harina tsampa, para que también sirvan de alimento para los animales. Es brutal, pero también bello, porque así todo se devuelve a la naturaleza: los pájaros se alimentan, se ofrenda el propio cuerpo, no queda nada, no se ocupa sitio y no se contamina. Es un tipo de funeral muy ecológico.

—¿También se hace con cadáveres de niños? —le preguntó.

—No, los niños se suelen enterrar debajo de las casas —responde Tashi—. Creemos que su alma se reencarna en el próximo hijo. Tampoco los lamas de rango alto se entierran así, suelen ser incinerados o enterrados en una estupa. Por lo demás, el entierro celestial es lo más extendido aquí.

Un monje se acerca a nosotros por el camino y Tashi intercambia unas palabras con él.

—Me equivoqué —afirma ella cuando el monje se ha ido—. No era un entierro celestial. Me sorprendió un poco la tienda de campaña, porque no suele haberla. Los monjes están a punto de

realizar una ceremonia para pedir lluvia para los campesinos y los animales salvajes. La lluvia se retrasa, hace mucho tiempo que no llueve. Todo el Tíbet está seco. Necesitamos lluvia desesperadamente.

Vuelo regular a Shangri-La

Hallé la puerta de embarque 42 para el vuelo regular a Shangri-La y me senté a esperar. A causa de unas restricciones que nadie podía explicar del todo, los extranjeros no podíamos viajar por la carretera principal que iba desde la Región Autónoma del Tíbet a la región vecina de Yunnan, por eso tuve que cruzar la frontera de la provincia por el aire.

Junto a la puerta de embarque había un Starbucks. Siempre me embarga la alegría cuando me topo con un Starbucks en China. En ningún otro lugar, la visión del letrero verde y blanco me causa ni de lejos tal efecto, pero China no es como otros lugares. En este país soy analfabeta, sorda y muda a la vez, y la cosa más sencilla, como pedir una taza de té, me parece una barrera insuperable. Ando a tientas en un mundo puntero en tecnología y parecido al mío, pero que no puedo entender del todo. Pero el Starbucks sí lo entiendo. En ese logo verde y en ese café amargo y aguado hay algo de seguro y reconocible. Era la primera vez desde que crucé la frontera de Nepal que quedaba a merced de mí misma y lo primero que hice es pedir un americano. Nunca un café tan malo me ha sabido tan bien.

Mientras el avión avanzaba por la pista de despegue, la azafata soltó un largo discurso acerca de todo lo que estaba prohibido: no estaba permitido accionar las manillas de las salidas de seguridad. *Bajo ninguna circunstancia* estaba permitido abrirlas. No estaba permitido romper nada, ni los asientos, ni los chalecos salvavidas, ni el baño, sobre todo el baño. No estaba permitido fumar. En ningún lugar, ni en los asientos, ni en los pasillos. De ninguna

manera en el baño. No se podía tener encendido el teléfono móvil; tenía que estar apagado o en modo avión. Había que permanecer sentado atendiendo a las indicaciones que se dieran y no merodear por el pasillo si no era estrictamente necesario. A eso le seguía una larga enumeración de las penas y multas a las que uno se arriesgaba si se infringía alguna de las reglas anunciadas.

A lo largo de las últimas décadas, más de dos millones de chinos han ascendido a clase media y, cada día, muchos de ellos quieren salir y viajar en avión por primera vez. Varias veces al mes, los

vuelos llevan retraso o tienen que aterrizar de emergencia porque pasajeros inexpertos por razones diversas, a menudo para obtener un poco de aire fresco para respirar, han accionado la manilla roja. Recientemente, las reglas acerca de quién puede sentarse en las salidas de emergencia son mucho más estrictas.

Apenas una hora más tarde, las ruedas tomaban tierra. Incluso los pasajeros más débiles y mayores dieron un respingo y se pusieron a sacar su equipaje de mano haciendo caso omiso de las categóricas órdenes de las azafatas que salían de los altavoces.

Habíamos llegado a **Shangri-La.**, **3.160 m s. n. m.**.

En mayo de 1931, ochenta vecinos blancos tuvieron que ser evacuados de Barkul (Afganistán), donde había estallado una revolución, a la India británica. Cuatro de ellos, Conway, el cónsul británico; Mallinson, el vicecónsul; una misionera y un embaucador, fueron acogidos en el mismísimo avión de lujo del marajá. Los cuatro pasajeros pronto se dieron cuenta de que el avión seguía un rumbo que no era el previsto; volaron hacia el noroeste, por encima de los picos nevados del Karakórum, volaron y volaron hasta que se agotó el combustible y el aparato aterrizó estrellándose en algún lugar de la meseta tibetana, al norte del Himalaya. Conway calculó que probablemente había sido cerca de las poco conocidas montañas de Kunlun.

Poco antes de morir, el piloto alcanzó a pedir a los pasajeros que buscaran ayuda en un monasterio cercano llamado Shangri-La. El terreno era empinado y de difícil acceso, pero finalmente los cuatro supervivientes llegaron al fértil valle que gozaba de un microclima sorprendente. Fueron bien recibidos por los monjes locales y alojados en el monasterio, que, a pesar de su recóndita situación geográfica, estaba amueblado con gusto y modernidad; disponía de calefacción central, bañera, biblioteca y piano de cola. A excepción de Mallinson, que estaba obsesionado con encontrar porteadores y regresar a casa, todos se encontraron muy a gusto en el monasterio

asombrosamente lujoso. La vida en el valle transcurría de forma armoniosa y pacífica, nadie echaba nada de menos.

Tras haber permanecido en Shangri-La un tiempo, a Conway le fue concedida audiencia con el jefe de los lamas, un gran honor. Este le contó que el monasterio había sido fundado a principios del siglo XVIII por un monje católico de Luxemburgo, el padre Perrault. Conway se dio cuenta enseguida de que el viejísimo lama sentado ante él era el propio padre Perrault. Gracias a una dieta consistente en frutos locales, ligeramente narcotizantes, y unos hábitos basados en la meditación, ejercicios de yoga y moderación, Perrault había descubierto el secreto de la juventud eterna. Aun así, el anciano, por aquel entonces de doscientos cincuenta años, se estaba muriendo y deseaba que Conway ocupara su lugar. El mundo, vaticinó el jefe de los lamas, se iba a enfrentar a una catástrofe nunca vista, las personas iban a destruirse a sí mismas y también destruirían la tierra que habitaban. La destrucción vendría de arriba, de aviones. Solamente el feliz país de Shangri-La, con su biblioteca, los muchos tesoros acumulados del mundo civilizado y su filosofía cristiana budista, sobreviviría.

Conway se hubiera quedado en Shangri-La de muy buen grado, pero Mallinson se negó a escuchar sus razones, quería huir del valle con una joven manchuriana de la que se había enamorado. Conway también se había enamorado de una impresionante «joven» y, finalmente, se dejó convencer para abandonar el lugar. Pasó el resto de su vida intentando reencontrar aquel paraíso perdido.

Así, más o menos, se puede resumir el argumento de *Horizontes perdidos,* escrito por el autor británico-estadounidense James Hilton en 1933, cuando el Tíbet todavía estaba cerrado a los extranjeros, dando en el clavo con su mensaje pacifista sobre un armónico paraíso escondido en las misteriosas montañas asiáticas. Esa utopía moderna se convirtió en un gran *best seller* y cuatro años después se estrenó la película de Hollywood, dirigida por Frank Capra, con un

coste igual de utópico de 2 millones de dólares, cuatro veces superior al presupuestado. La versión original duraba seis horas, pero se recortó hasta quedar en una tercera parte. La versión reducida ganó un Oscar a la mejor escenografía, los modernos detalles interiores del monasterio de Shangri-La, al estilo de Beverly Hills, en sí mismos se merecen la duración.

Franklin D. Roosevelt bautizó con el nombre de Shangri-La la residencia presidencial de las colinas de Maryland (actualmente conocida como Camp David) y con ello capitaneó una moda internacional. El valor de los Shangri-Las ha crecido con el tiempo y se ha convertido en la propia esencia de un inalcanzable paraíso terrenal, una especie de Himalaya equivalente al jardín del Edén. Cuando Carl Barks en 1953, veinte años después de la publicación del libro de Hilton, hace viajar al Tío Gilito al recóndito país de Tralalá, en el Himalaya, era por supuesto un guiño a la ya desgastada expresión Shangri-La.

Ri significa «montaña» en tibetano, y *la* significa «paso de montaña», mientras *shang* designa la campanilla que usan los monjes en los rituales budistas. La palabra fue creada por Hilton, posiblemente inspirándose en el término *Shambala,* el místico reino budista que aparece en diferentes textos tibetanos y que posiblemente haga referencia a un lugar real de la tierra, un probable paraíso espiritual. Mientras que lamas y tibetólogos hace tiempo que discuten qué es realmente el Shambala y dónde puede estar o dónde estaba ubicado, es posible demostrar que el Shangri-La de Hilton es ficticio. El mismo Hilton nunca estuvo en Asia, pero declaró haberse inspirado en el *National Geographic* y en las estanterías de la biblioteca. A pesar de todo, se han sucedido acaloradas discusiones acerca de dónde se desarrolla la novela realmente. Las teorías son muchas, y, de hecho, se puede viajar por todo el Himalaya desde el valle de Hunza, en el norte de Pakistán, vía Ladakh y Sikkim en la India, hasta Bután, Nepal y Tíbet y

dormir en hoteles llamados Shangri-La.

En 2001, las autoridades chinas aparcaron la discusión de una vez por todas y rebautizaron la pequeña ciudad de Zhongdian, en la provincia de Yunnan, como Shangri-La.*

El truco funcionó y sobrepasó todas las expectativas, riadas de millones de turistas empezaron a llegar a la pequeña ciudad del noroeste de Yunnan. La vieja ciudad de más de mil años de antigüedad creció de forma incontrolada y el 11 de enero de 2014 se desató un incendió en la zona densamente poblada con edificios de madera. Más de doscientas cincuenta casas quedaron destruidas por completo y más de dos mil quinientas personas perdieron su hogar, pero gracias a una efectiva evacuación no murió nadie. Sin embargo, a la hora de apagar el fuego no fueron tan eficaces. Los bomberos llegaron con los tanques vacíos y tuvieron que ir al río más próximo para llenarlos.

La ciudad vieja fue reconstruida a gran velocidad, cosa que ha dejado huella. Ninguna de las casas tiene aspecto de ser más antigua de lo que es a pesar de estar reconstruidas conforme al estilo antiguo. Las casi antiguas calles peatonales de la ciudad vieja están repletas de souvenirs casi tibetanos *Made in India.* En la plaza del mercado, las turistas pueden vestirse de princesas tibetanas y hacerse fotografiar montadas en blancos yaks.

La parte nueva de la ciudad, con sus casas bajas de hormigón, todavía está más alejada del paraíso terrenal de Hilton y lo mismo ocurre con el templo Ganden Sumtseling, el mayor templo budista de la región. El monasterio original data del siglo XVII y fue construido durante el mandato del quinto dalái lama, pero fue arrasado durante la Revolución Cultural. El actual, totalmente renovado, solo tiene algo más de treinta años de antigüedad.

¿Cuántos templos budistas había visitado yo las últimas semanas? Recorrí cumplidoramente todas las habitaciones y salas de reunión del templo y admiré de forma sistemática las paredes recién

pintadas y las estatuas doradas de Buda, pero había llegado a un punto de saturación, el equivalente al síndrome Stendhal en materia de templos budistas, mi memoria ya no conseguía distinguir un templo de otro, se superponían unos a otros. Mareada me arrastré de Buda en Buda, de sala en sala, rodeada de un enjambre de turistas chinos, los budas pasaban centelleantes ante mis ojos con sus sonrisas misteriosas.

Exhausta, cogí el autobús de vuelta a la novísima ciudad vieja de Shangri-La.

Unos kilómetros más al sur se decide el destino de China. Allí la placa tectónica indoaustraliana dobla hacia el sur, hacia el golfo de Bengala y las montañas y los ríos discurren en el mismo sentido.

¿Dónde empieza o termina una cordillera? Mientras el macizo Nanga Parbat, en Pakistán, se considera tradicionalmente que cierra el Himalaya por el oeste, al macizo Namcha Barwa, en el Tíbet oriental, se le concede el honor de cerrar la cordillera por el este. Ambas montañas están rodeadas de ríos formidables: el río Indo da un giro de noventa grados justo al norte del Nanga Parbat, y el río Yarlung Tsangpo describe un arco de ciento ochenta grados, una curva en U alrededor del Namcha Barwa encerrando la montaña. Es decir, en el extremo occidental del Himalaya, el río Indo cambia su curso y se dirige al suroeste, hacia el mar Arábigo, mientras que el río Yarlung Tsangpo, en el extremo oriental de la cadena montañosa, da un viraje completo y cambia de dirección hacia el suroeste, hacia el monte Arunachal Pradesh, en el norte de la India, donde es conocido como Dihang, para ir a morir al enorme delta de Bengala, adoptando el nombre de Brahmaputra.

El Himalaya está apuntalado por ríos formidables en sus dos extremos. Entonces la pregunta que surge espontáneamente es: ¿qué fueron primero, los ríos o las montañas?

No existe una respuesta clara, pero muchas investigaciones apuntan a que el río Yarlung Tsangpo ha contribuido en gran

medida a que el Namcha Barwa se haya elevado con tanta rapidez. Con sus 7.782 metros se halla entre las montañas más altas del mundo y también es una de las más jóvenes: mientras que, en general, las montañas del Himalaya han tardado unos cincuenta millones de años en alcanzar las alturas actuales (lo que en realidad también son pocos según la perspectiva geológica), el Namcha Barwa se alzó solo en dos o tres millones de años, posiblemente ayudado por el río Yarlung Tsangpo.

El Yarlung Tsangpo es el río más largo del Tíbet, y uno de los más salvajes del mundo, con un desnivel de más de 3.000 metros. Ha perforado el paisaje como una navaja de barbero a lo largo de millones de años y en el Namcha Barwa, donde da el giro, alcanza el desnivel más impresionante: casi de 2.500 metros en un recorrido de apenas 50 kilómetros. Allí las masas de agua han excavado un cañón de 5 kilómetros de profundidad, el más profundo del mundo. Enormes cantidades de rocas han sido arrastradas río abajo, lo cual ha aligerado la presión de la corteza terrestre y probablemente eso explique por qué este macizo ha podido elevarse con relativa rapidez. Como todas las montañas altas, el Himalaya tiene fuertes raíces que se hunden en el manto terrestre debajo de la corteza terrestre. Cuanto más alta es una montaña, más profunda es la raíz, casi como ocurre en un iceberg. Si un río erosiona grandes cantidades de masa rocosa de la superficie, la montaña se elevará para mantener el equilibrio. Muchos geólogos creen que procesos similares han ocurrido en el Nanga Parbat en el oeste. Una combinación de elevación y erosión, provocada por la colisión de placas tectónicas, y millones y millones de litros de lluvia y agua del deshielo pueden haber contribuido a crear el principio y el final del Himalaya.

En el este del Tíbet, junto a la frontera de Yunnan, donde la fisura entre las placas continentales apunta hacia el sur, tanto montañas como ríos giran en la misma dirección. Todos siguen lealmente el

pliegue hacia la India, hacia el golfo de Bengala.

Todos menos uno.

El Yangtsé, el río más largo de Asia, nace en el noreste del Tíbet y al principio mantiene, como los demás ríos, un curso firme hacia el golfo de Bengala. Pero a su paso por la pequeña ciudad de Shigu, justo al sur de Shangri-La, da un viraje completo. Allí gira abruptamente hacia el norte describiendo una curva cerrada y después cruza toda China para ir a desembocar al mar de la China Oriental, en Shanghái.

¿Qué sería de China sin el río Yangtsé, también conocido como Dri Chu (el río Jake), Jinsha Jiang (río de Arena Dorada), Chang Jiang (el Largo río) o simplemente Jiang, que significa río? En longitud solo le ganan el Nilo y el Amazonas. Más de doscientos millones de personas habitan sus orillas, mientras que más del doble dependen de sus aguas.

Sin el río Yangtsé, se puede afirmar que China no existiría. Sin embargo, ningún turista visita Yunling, «Picos Nublados», las montañas unos kilómetros al sur de Shangri-La, donde el río Yangtsé da el brusco giro. En lugar de ello, los turistas viajan en autobuses lanzadera a la garganta del Salto del Tigre, un poco más al norte, donde el río cae literalmente en cascada hacia el norte, estrepitoso y enérgico.

Por razones que nadie sabe explicar del todo, el Gran Cañón Yarlung Tsangpo, a los pies del Namcha Barwa, está cerrado al público, pero visitar la garganta del Salto del Tigre está permitido. Esta garganta, con sus 3.790 metros, no es tan profunda como el Gran Cañón del Tsangpo, pero es igual de notable. Se dice que un tigre saltó el cañón en su punto más estrecho para escapar del cazador que lo perseguía, y de ahí ese poético nombre.

Antes los turistas tenían que recorrer el valle longitudinalmente, sudar, cansarse y hacerse merecedores de las sensacionales vistas, pero últimamente se han construido presas y líneas eléctricas en el

desfiladero, ahora completamente adaptado a los turistas, con carretera y todo. Dado que diluviaba y los senderos estaban resbaladizos, escogí la manera más popular de visitar **la garganta del Salto del Tigre**, **1.800 m s. n. m.**: en un vehículo de cuatro ruedas hasta la plataforma panorámica.

En compañía de mil quinientos turistas chinos de clase media, todos equipados con paraguas y chubasqueros, me dejé llevar por las escaleras que bajaban a la orilla donde se había levantado una estatua grande y kitsch de un tigre en homenaje a aquel que quizás una vez saltó por encima del río justo en ese punto y me hice una selfi con la masa de agua terrosa y burbujeante de fondo. A mi alrededor, los turistas disparaban sus cámaras sin parar. Aparte del hecho de que yo no era china, se me ocurrió que, básicamente, era poco lo que me diferenciaba de ellos. Visita corta a la espectacular garganta con el tigre: *foto*. Tres cuartos de hora en el templo budista milenario: *clic*. Mercado en la ciudad vieja: *visita la misma mañana*. Delicias locales: *devoradas antes de acostarme.* Velada nocturna con danzas populares: *tantas veces ya vistas*. Imán para nevera: *comprado*. Visita a la casa de té: *mejor el de Darjeeling.* Así es como las originales experiencias únicas y el intrincado tejido de tradiciones e historias antiguas se transforman en un bien común de fácil digestión, servido a velocidad exprés. El mundo se convierte en un parque temático para las clases medias que van en aumento. ¿Shangri-La? Nunca ha existido, pero *been there, done that,* he estado allí, he hecho eso. Yo también. *«Auch ich in Arkadien!»,* escribió Goethe en su *Italienische Reise* hace ya doscientos años. Yo también, yo también, son las palabras clave. También puedo verlo, aunque sea desde un tren de alta velocidad, lo lejano y místico, los mundos Shangri-Las y Samarcandas, los atolones del Pacífico y los picos más altos, todo lo que es único, lo que antes solo podían alcanzar unos pocos privilegiados y perseverantes ahora puede ser un poco mío, un poco tuyo.

¿Por qué se viaja realmente? ¿Por qué viajo yo? De repente me sentí agotada. Pero todavía faltaba una parte importante del programa.

La ciudad vieja de **Lijiang**, **2.400 m s. n. m.**, justo al oeste de Shigu, a diferencia de la quemada ciudad vieja de Shangri-La, estaba intacta. Partes extensas de la ciudad moderna habían quedado destruidas por el fuerte terremoto de 1996, pero la ciudad vieja, construida para soportar movimientos sísmicos potentes, había hecho frente a aquel terremoto sin sufrir ni un solo rasguño. Por eso, mientras la parte moderna de la ciudad todavía es más moderna, la ciudad vieja de Lijiang sigue siendo la más bella y pintoresca de toda China, con calles adoquinadas, canales, puentes de piedra y casas de madera cubiertas con tradicionales tejados arqueados. Al fondo, como un decorado fotogénico, se alza la Montaña Nevada del Dragón de Jade.

En el mercado de frutas y verduras, los puestos estaban muy juntos, allí se podía comprar casi de todo: setas frescas o secas, verduras de formas y colores desconocidos, ancas de rana, piel de serpiente, plantas medicinales, melocotones, higos..., una cacofonía de olores y sonidos.

Me habían avisado de antemano de la gran afluencia de turistas, pero yo me paseaba por callejones solitarios con toda la ciudad vieja para mí sola hasta que de improviso fui a parar a una de las vías iluminadas y, en un abrir y cerrar de ojos, estuve rodeada de turistas chinos, cientos de ellos, flanqueados por puestos de comida y llamativas tiendas de souvenirs. Lijiang es cada vez más popular. En 2007, visitaron la ciudad unos dos millones de turistas. Unos diez años después, en 2018, el número ascendió a cuarenta y cinco millones, sobre todo chinos que descubrían su propio país.

Si bien la riqueza de Lijiang en la actualidad proviene principalmente del turismo, originariamente procedía del comercio: la ciudad fue un importante centro de la Ruta del Té y los Caballos,

el equivalente himalayo a la Ruta de la Seda. El té de Yunnan se intercambiaba por caballos del Tíbet y una serie de rutas de caravanas unían Lijiang con Sichuan, Birmania, Nepal, Tíbet y el norte de la India.

En un centro cultural local de Lijiang conocí a una de las últimas personas que habían viajado por las antiguas rutas de caravanas. Mi intérprete local, Apple, me escribió su nombre con caracteres chinos en mi bloque de notas, pero se negó a transcribirlo en letras latinas, opinaba que no era posible traducir el nombre al inglés y por eso nunca supe cómo se llamaba. Era un artista, impecablemente vestido con traje y gorra, tenía una mirada amable y una sonrisa plácida.

—Pertenece a una vieja familia de Lijiang —me informó Apple—. Su padre tiene una página en Wikipedia. Fue un hombre muy importante y poderoso de la ciudad en su época, uno de los pocos que tenía estudios y que ejerció un papel destacado en el comercio del té y los caballos.

Esta vez no había cruzado una frontera internacional, simplemente el límite entre la provincia del Tíbet y la de Yunnan, a pesar de ello me parecía estar en otro país, en otra realidad, casi todo era nuevo: referencias, personas, idioma. Pisaba de nuevo suelo inexplorado, debía orientarme en terreno desconocido. China, al igual que la India, no es un país, sino muchos: la provincia de Yunnan, fronteriza con Myanmar, Laos y Vietnam, es tan grande como Irak, tiene más de cuarenta y seis millones de habitantes. Se puede decir que Yunnan no es un solo país, sino muchos. Veintiséis grupos étnicos residen en esas tierras, ninguna otra provincia de China presenta tal diversidad, y esas veintiséis etnias son solo las que están registradas oficialmente; existen además muchos subgrupos.

—Desde Lijiang las caravanas comerciales continuaban hacia el Tíbet, Nepal y la India —contó el venerable anciano—. Nuestra

ciudad vieja es el resultado del intercambio de ideas, estilos y materiales que ese comercio transportaba. Además no toda la ruta se hacía a lomos de caballo, aunque se llamé Ruta de los Caballos —añadió magistralmente—. Desde aquí los comerciantes se dirigían al oeste, a Sichuan, a lomos de caballos, pero a partir de ahí el viaje continuaba en camellos. Y el trayecto hacia el este, al Tíbet y Nepal, se hacía en yaks. Era una ruta comercial complicada: los viajeros necesitaban salvoconductos y la ruta era peligrosa y estaba expuesta a las inclemencias del tiempo. Había bandidos por todas partes. Las caravanas pequeñas no se las arreglaban bien solas y aquí era donde mi padre entraba en acción: él negociaba con los bandidos y actuaba como protector. En la década de 1950, justo después de nacer yo, las antiguas rutas de las caravanas fueron sustituidas por carreteras y se cerraron las fronteras. Mi padre fue el último de la familia en trabajar en ese tipo de comercio y yo fui de los últimos en viajar por las antiguas rutas de las caravanas.

Esbozó una sonrisa cálida.

—Por desgracia, no recuerdo nada del viaje porque todavía estaba en el útero de mi madre. Ella acompañó a mi padre al Tíbet estando embarazada de mí. Cuando yo era niño, Lijiang era pobre y remoto —continuó él—. Tenía nueve años cuando llegó la primera bombilla eléctrica a la ciudad. Funcionaba con energía hidráulica. Mi hermana me llevó a verla y recuerdo que todo el mundo estaba allí, todos hablaban del fenómeno apasionadamente. Corría el rumor de que en Occidente la gente las tenía en el baño.

Xuan Ke es una leyenda viviente en Lijiang. Fundó la famosa orquesta naxi de la ciudad y hasta hace poco fue su director. Los naxi son una minoría en Yunnan, alrededor de trescientos mil, con sus propios trajes, idioma, sistema de escritura y, cómo no, una rica tradición musical que se remonta a cientos de años de antigüedad.

Apple, mi intérprete, había organizado la visita para que nos acompañara un amable hombre de unos setenta años que había

aprendido ruso por su cuenta, un buen amigo de Xuan Ke.

—En China no se puede aparecer sin más en casa de alguien que no conoces, tiene que presentarte alguien; si no es así, no entras —explicó la intérprete—. Aquí todo funciona a través de contactos. Sin buenos contactos estás perdido.

Xuan Ke vivía en una casa grande fuera del centro de la ciudad. Estaba sentado en un sillón del salón y, cuando llegamos, miraba un concierto grabado de la orquesta sinfónica de Viena. En una mesita junto a él había un cenicero y, a sus pies, un cubo pequeño en el que vaciaba las colillas cuando el cenicero estaba lleno. En la pared colgaban poemas escritos con bonita caligrafía, diplomas y distinciones honoríficas. Las estanterías estaban llenas de libros en lengua inglesa o china. Encima de uno de los altavoces junto el televisor había una cruz.

El anciano director de orquesta gozaba de una sorprendente buena forma física para tener casi noventa años. Hablaba un buen inglés, pero se pasaba al chino de golpe, a menudo sin darse ni cuenta. Su pelo seguía siendo negro azabache y era increíble el parecido de su rostro con el de las fotos que yo había visto de cuando tenía cincuenta o sesenta años.

—¡Harald V, mi buen amigo! —exclamó cuando supo que yo era noruega. Encendió un cigarrillo y bajó el sonido del televisor. El rey Harald y la reina Sonia habían estado en Lijiang en su visita oficial a China en 1997, y al igual que todos los jefes de Estado y mandatarios que visitan Lijiang, asistieron a un concierto de Xuan Ke y su orquesta naxi.

Los orígenes de Xuan Ke no eran nada corrientes: era hijo de un músico que se había convertido al cristianismo de adulto. De niño fue a la escuela misionera de Kunming.

—En la escuela había muchos pianos —explicó—. Quizás unos doce. Ninguna otra escuela tenía tantos pianos. Así fue como empecé a tocarlo.

Tanto la religión como la música le causaron problemas a lo largo de su vida. Cuando era un niño, su padre acabó en la cárcel a causa de su religión y él fue encarcelado dos veces.

—En 1948, los nacionalistas me pusieron tras las rejas y me golpearon, pero pasado un año los comunistas me liberaron —dijo —. Pasaron ocho años y fui arrestado de nuevo, esa vez por los comunistas. Estuve en prisión veintiún años. Se puede decir que pasé los mejores años de mi vida encarcelado.

Cuando le pregunté, Xuan Ke explicó que no había sufrido demasiado en la cárcel. Muchos lo habían pasado peor, subrayó. Dado que sabía pintar, con el tiempo, le encargaron pintar carteles propagandísticos por todo el país:

—Pinté campesinos y soldados, y mezclé la mitología china en los cuadros —dijo—. No tenía ninguna relación personal con mis pinturas porque no creo en la ideología comunista, pero se hicieron muy populares.

En su autobiografía, que adquirí más tarde ese día, Xuan Ke también cuenta con profusión de detalles sus primeros años en el campo de prisioneros, antes de que lo pusieran a pintar imágenes propagandísticas:

—Esos preciados años en los que el poder de la mente goza de su máximo esplendor se fueron en duro trabajo físico, sin Beethoven ni Bach ni Haydn ni piano, sin el manto de hierba primaveral ni flores silvestres, sin la Beatrice de Dante. Mi única compañía permanente era el rascado sonoro de la prensa metálica, otra música no escuchaba. En la prensa metálica se colocan varias bolas de acero en una cubeta, eran más pequeñas que una pelota de voleibol, y el metal quedaba pulverizado debido a la fricción entre las bolas. Aquel penetrante ruido como golpes de pesados martillos puede matar a alguien sensible o a alguien enfermo del corazón. Desde temprano por la mañana hasta tarde por la noche el martilleo se apoderaba de todos los rincones, no había manera de zafarse de él.

Cuando salió de la cárcel tenía casi cincuenta años.

—¿Siente usted amargura por haber perdido sus mejores años de vida? —le pregunté.

—No, no la siento —respondió Xuan suavemente—. No soy una persona obstinada, yo sigo la corriente. Al salir de la cárcel conocí a mi esposa y formamos una familia.

—Creo que intenta decir que el periodo al que sobrevivió le hizo tal y como es —explicó Apple—. Todos estuvieron traumatizados en aquella época.

—Tienes que tener en cuenta que ese fue un periodo extremadamente especial de la historia de China —añadió el amigo que hablaba ruso.

—Todas las personas que en aquella época tenían algún tipo de talento o estudios se convertían en blanco de la represión —profundizó Xuan Ke—. Pero la vida de los humanos es corta. Los tiempos cambiarán. Hay que elevar la mirada, mirar hacia delante. Cuando estaba en la cárcel, no tenía libertad alguna. Me sentía paralizado, no podía pensar en términos normales. No podía tener sentimientos, ni ideas propias. Tuve que desconectarme de todo. No tenía ni idea de lo que estaba arriba o abajo, lo que estaba a derecha o a izquierda, esa clase de conjeturas dejaron de existir.

Cuando volvió a ser un hombre libre, obtuvo trabajo como profesor de música en una escuela de secundaria en Lijiang.

—Compuse algunas sinfonías y fundé la orquesta naxi —añadió ecuánime—. Nuestra tradición musical es antiquísima, se remonta a los tiempos de la dinastía Tang. Lijiang es una zona fronteriza justo al este del Himalaya, aquí estamos lejos de todo. En los lugares cercanos al centro del Estado murieron muchas tradiciones durante la Revolución Cultural, pero aquí sobrevivieron. Cuando abrieron Lijiang en la década de 1980, deseé mostrar al mundo esta rica tradición. A mi música le he dado un carácter personal, naturalmente, pero ante todo la orquesta naxi se ocupa de preservar

la música tradicional que ha sobrevivido aquí. ¡Ven a escucharla tú misma, todavía hay concierto cada noche!

Encendió otro cigarrillo y vació el cenicero en el pequeño cubo.

—Pero de lo que estoy más orgulloso es de las veintiuna canciones que compuse para las veintiuna escuelas de Lijian —dijo —. Cada escuela tiene su propia canción.

—Xuan Ke también debería estar orgulloso de haber propiciado que Lijiang fuera declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco —intercaló su amigo—. La gente de Lijiang le considera la brújula de la ciudad. Cuando acabó la Revolución Cultural, solo quedaba él con estudios y cualificaciones. Lo que él ha aportado a Lijiang es inconmensurable. Para nosotros él es como Jesús, ¡ha construido un puente entre Lijiang y el mundo, ha hecho famosa nuestra ciudad vieja! Si no estuviéramos incluidos en la lista de Patrimonio de la Humanidad de la Unesco, Lijiang habría quedado reducida a una ciudad pequeña y pobre de las montañas.

Habíamos hablado mucho tiempo de temas complejos; el maestro estaba cansado.

—China es una nación rara e impredecible —dijo poco antes de irnos—. Históricamente hemos sido gobernados por un emperador. Si el que ocupa el puesto más alto es competente, el pueblo saca provecho. Xi Jinping no tiene ningún credo religioso, pero su mujer es cristiana. Ella fue alumna mía hace muchos años. Visitó Lijiang y veinte mil personas acudieron para ver cómo se arrodillaba ante mí y me reconocía como maestro. Tengo la esperanza de que ella influya en su marido con sus valores cristianos. Creo que solo así progresará China. Si no, se estancará.

—¿Cómo era la esposa de Xi Jinping? —le pregunté sintiendo curiosidad.

—Hace tanto tiempo que fui su maestro que no me apetece decir nada de cómo era entonces —respondió el digno director de orquesta muy diplomáticamente—. Ahora es otra persona, ocupa

una posición totalmente distinta.
El amigo de Xuan Ke que hablaba ruso nos acompañó a almorzar. Nunca supe cómo se llamaba, porque, según Apple, no era posible transcribir su nombre al alfabeto latino.

—Sobre todo, dígame si está demasiado cansado para hablar —le dije cuando ya habíamos pedido la comida.

—No, solo tengo setenta y un años, soy un jovencito —respondió él muy amablemente. Tenía el rostro afilado, la boca pequeña y la voz ronca. Me recordaba a mi abuelo.

Mientras esperábamos a que nos sirvieran la comida, me enseñó el libro que había traducido: *Rozovje Rosy,* «Rosas de color rosa», de la escritora rusa Viktoria Tókareva. Llevaba consigo dos ejemplares, uno viejo y gastado y otro nuevo. La traducción nunca llegó a editarse, pero la traía completa y me la enseñó orgulloso, hoja a hoja.

—Un día, mientras aún arreglaba bicicletas en la ciudad vieja, se acercó a mí una muchacha rusa, una turista, y nos hicimos amigos —me contó—. Después cuando volvió a su país, me mando *Rozovje Rosy* por correo postal.

También traía consigo una copia de la carta escrita a mano al presidente Putin, en la que le proponía que nombrara una ciudad amiga en Rusia, también se describía a sí mismo, todo en ruso, escrito a pluma y con una meticulosa caligrafía.

—¡Tolstói! —gritó entusiasmado y gesticuló con pasión—. ¡Pushkin! ¡La literatura rusa es la más grande!

Nos trajeron bandejas de comida: col, arroz, cebolleta, tofu, carne asada, y comimos en silencio.

—Mi generación es la generación que Mao sacrificó —dijo cuando se vaciaron las bandejas. Desistió de hablar en ruso, idioma que no había practicado en varios años, y dejó que Apple tradujera:

—Cuando tenía dieciocho años, me mandaron al campo, a la zona donde actualmente está ubicado el aeropuerto. No estaba lejos, pero

allí la vida era dura. La gente vivía mejor en las ciudades. Tenía que labrar la tierra con instrumentos rudimentarios, tenía las manos siempre llenas de ampollas. Estuve allí tres años, trabajaba de sol a sol y siempre pasaba hambre. Los campesinos tenían que enviar casi toda la comida a las autoridades, así que nunca nos quedaba suficiente comida para nosotros. Nunca saciaba el hambre. Un día estaba totalmente desesperado por comer jamón... Cuando apareció la posibilidad de conseguir quinientos gramos de jamón en una ración extra, hice todo lo que estuvo en mi mano para conseguirlo, aunque aquello implicó trabajar todavía más. Estaba totalmente obsesionado con ese jamón, y superé todos los problemas y toda la oposición. En una semana trabajé tanto como fui capaz. Eran dos kilos de jamón y yo conseguí la cuarta parte. Todavía tengo pesadillas con ese jamón y con lo que me llegó a obsesionar.

Tragó saliva y miró la superficie de la mesa agachando la cabeza.

—Mucha gente murió de hambre en esa época. Como miembro de los guardias rojos sufrí menos que la gente corriente. Estábamos entre la gente y el partido, como una puerta. Pero mi alma se dañó. Ese jamón dañó mi alma para siempre. Toda mi generación tuvo que pasar por...

Se le nublaron los ojos y volvió a tragar saliva.

—Crecí en una época en la que por fin los jóvenes chinos podíamos estudiar. Nuestro futuro podía haber sido muy diferente, pero no, nos mandaron al campo para ser torturados y sufrir. Muchos de nosotros murieron. Yo era bueno en los estudios, ¡el mejor! Siempre sacaba las mejores notas, mi vida podía haber sido totalmente diferente. Pero las escuelas eran un caos en ese periodo. Terminé el primer año de secundaria y, en realidad, tenía que ingresar en la universidad, pero todo estaba agitado, como agua hirviendo, nadie hacía lo que debía. Todos se habían vuelto locos. Vi torturar a profesores y cómo los asesinaban ante mis ojos. Si la Revolución Cultural hubiese durado diez años más, China no

existiría. Todos los que habíamos ido a la escuela, los que sabíamos leer y escribir estábamos en el punto de mira. En esa época, nada era constante. Todo cambiaba. Los ricos se convertían en pobres y los pobres en ricos, el negro era blanco y el blanco, negro. El rumbo de las cosas cambiaba constantemente en función de quién ostentara el poder, la gente ya no sabía cómo actuar, nadie entendía nada de nada. Las personas se delataban mutuamente, se denunciaban unos a otros. ¡Aquí tienes la Revolución Cultural!

Cogió el libro que había traducido y volvió a hablar de él, de la turista rusa y de la literatura rusa, la más grande de todas. Entonces fue como si tomara carrerilla y siguió contando:

—Mi familia no es originaria de aquí. Llegaron a Lijinag bajo la dinastía Qing con el propósito de trabajar para las autoridades centrales. La mayoría de los integrantes de mi familia eran pequeños campesinos, pero debido a que mi tatarabuela poseía un poco de tierra que nosotros habíamos heredado fuimos considerados ricos. ¡No lo éramos, ni mucho menos! No teníamos criados y mis hermanos y yo andábamos con zapatos hechos de hierba. Yo trabajaba de la mañana a la noche. ¡No éramos ricos! Pero a causa de la tierra de mi tatarabuela nos colgaron el cartel de «capitalistas», de «kulaks», que era sinónimo de criminales. Nuestros antecedentes, nuestro expediente, si quiere llamarlo así, no estaba «limpio», por eso se nos cerraron muchas puertas. De conseguir trabajo en el Estado ya podíamos olvidarnos.

—¿Pudieron ustedes conservar la tierra o se la quitaron? —le pregunté.

Apple me miró con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto que las autoridades se la quitaron —respondió ella.

—Sí, las autoridades nos quitaron la tierra durante la reforma agraria y la repartieron entre otros campesinos —corroboró el hombre mayor—. Lo peor fue que la gente a nuestro alrededor

hablaba mal de nosotros. Nuestra familia cogió mala fama y se dijeron muchas falsedades sobre nosotros. Si no hubiera sido por mi tatarabuela, las cosas habrían sido muy distintas. Habríamos sido representantes de la clase obrera que trabaja duro, nos habrían dado medallas y distinciones.

Suspiró fuerte.

—En los tres años que pasé en el campo, mi pelo encaneció. Esos años perjudicaron mi salud. Ya no podía más, mi cuerpo no resistía más. Estaba totalmente destrozado y decidí hacerme mecánico. Durante treinta años trabajé de mecánico y reparador de bicicletas. Muchas personas opinaban que yo debería haber sido profesor, porque varios miembros de mi familia lo habían sido, pero los profesores tenían mala fama en esa época. Era mejor ser obrero. Los obreros eran admirados. Mi vida es el resultado de la ironía del destino, del destino no se puede escapar... La parte positiva es que ninguna de las dificultades que la vida me ha deparado más tarde pueden compararse con las que viví de joven. Desarrollé una voluntad de hierro.

Me miró directamente a los ojos.

—Quiero dejar claro que, a mi manera de ver, el presidente Xi es un buen líder. Él ha vivido lo mismo que nosotros, a él también lo enviaron al campo de joven. Xi no trata mal a la gente de rango inferior. Nos entiende. También le tengo respeto al presidente Mao. De joven incluso visité el hogar de su infancia. Pero Mao dijo dos cosas que cambiaron mi destino: dijo que los que tienen estudios deben trasladarse al campo para ayudar, y también dijo que los que tienen estudios deben liderar la tarea destinada a erradicar las clases sociales. Esas dos cosas cambiaron mi vida. Lo que sucedió después escapó a mi control.

—¿Cómo aprendió usted ruso? —le pregunté.

Sonrió.

Cuando me formé para ser mecánico, me mandaron libros y

casetes de Pekín. Existían esas ofertas para los obreros entonces, y así aprendí ruso por mi cuenta.

Un poco antes de las ocho me presenté a las puertas de la sala de conciertos de las tradicionales orquestas naxi de Xuan Ke. Para mi sorpresa, me estaba esperando el señor que hablaba ruso.

—Solo quería darte esto —dijo y me entregó dos bolsas llenas de té—. Una es para tu intérprete. ¿Se la puedes dar de mi parte? En realidad, ella tenía que pasar por mi casa a recogerlas, pero no tuvo tiempo, entonces decidí entregarte el regalo yo mismo. Sabía que vendrías.

Lo acepté emocionada. El anciano reparador de bicicletas se llevó la mano a la boina, hizo un gesto amable de despedida y se fue apresuradamente.

No es la maldad de las personas lo que hace que uno se rompa, sino que el hecho de toparse con su bondad a veces puede provocar que el corazón estalle en silencio.

Dentro, en el cálido vestíbulo, fui recibida con disculpas:

—Es usted la única que ha comprado una entrada, por eso no habrá concierto esta noche —dijo el expendedor disculpándose—. La gente ya no se interesa por la música tradicional —suspiró—. Prefieren ir al bar o de tiendas.

En las calles contiguas a la sala de conciertos pululaban montones de turistas, cuarenta y cinco millones, pero ninguno se paró, nadie estaba interesado en escuchar a veinte hombres mayores que tocaban música naxi centenaria.

¿Por qué viajamos? No lo sé, pero lo que sí sabía es que nunca me arrepentiría de haber recorrido aquella larga ruta hasta el otro extremo del mundo para asistir a un concierto cancelado.

El reino de las mujeres

¿Dónde termina un viaje?

Mi largo viaje terminaría en el lago Lugu, con el pueblo mosuo, la sociedad matrilineal más grande del mundo. El viaje en coche desde Lijiang fue de cuatro horas; cruzamos el río Yangtsé y continuamos en dirección norte hacia las montañas tapizadas de verde. Apple me había advertido que la carretera era mala, pero en comparación con las de Pakistán, India, Bután y Nepal aquella era un milagro.

Apple era un par de años más joven que yo y, antes de abandonar el sistema escolar chino, había trabajado como profesora de inglés varios años. Después se convirtió en guía e intérprete a tiempo completo:

—Era demasiado impaciente —contó—. Me enfadaba cuando los alumnos no escuchaban y tenía demasiados en cada clase. Además a los profesores nos castigaban cuando los niños no sacaban buenas notas. Me harté.

Cojeaba levemente y no se maquillaba; su pelo era liso y largo hasta los hombros.

—Mis padres quieren que me case y tenga hijos, pero yo no quiero —continuó diciendo—. Prefiero ser libre. Viajar. Ver mundo. Hay tantas expectativas por satisfacer. Lo único que deseo es vivir a mi aire. Pero, pese a todo, es mejor ser mujer en China que en otros muchos lugares —añadió—. Hace muchos años viajé a la India. ¡Los hombres indios son horribles! Antes de ir a Kolkata, nunca había experimentado acoso sexual. Cuando volví a casa, miré China con otros ojos.

—Yo tampoco me he sentido acosada sexualmente en China —comenté—. Parece un país con igualdad entre sexos en comparación con otros muchos. De todas maneras, tengo la impresión de que la mayoría de las personas que ocupan posiciones dirigentes son hombres. ¿Cuántos ministros del gobierno son mujeres?

—¿Por qué me lo preguntas si ya sabes la respuesta? —dijo Apple irritada.

—No sé la respuesta —dije—. Por eso lo pregunto.

—Durante quinientos años, China se ha resistido a la influencia occidental —resopló Apple.

—No he dicho que China tenga que ser como Occidente —dije yo perpleja—. Que haya jefas y ministras no es un privilegio de Occidente, ¿no?

Cuando habíamos trabajado juntas en Lijiang, los días anteriores, Apple se había limitado casi siempre a traducir. Ahora que teníamos más tiempo para hablar, entendí por qué su carrera de docente no había despegado.

—Las diferencias entre Oriente y Occidente son inconmensurables —afirmó tajante—. Siempre lo he visto así. Simplemente, vosotros no podéis entender nuestra forma de pensar. Los orientales y los occidentales nunca llegarán a entenderse, somos demasiado diferentes.

Seguimos viaje rodeadas de un silencio tenso. Ante nuestros ojos desfilaban colinas verdes. Yo mataba el tiempo leyendo noticias en el móvil. En todos los medios de comunicación digitales la noticia más destacada era las protestas en Hong Kong; varios cientos de manifestantes ocupaban las calles, la situación se agravaba. Me aventuré a preguntarle a Apple acerca de qué decían los medios de comunicación chinos al respecto.

—No lo sé, porque nunca veo las noticias —respondió ella desde su asiento delantero y sin volverse, cerrada al tema—. Pero puedo preguntárselo al chófer si quieres.

El chófer tenía mucho que decir sobre el tema.

—Los medios dicen que las protestas han sido provocadas por los británicos y los americanos en un intento de impedir o influir en las elecciones en Taiwán el año que viene, cuando Taiwán será devuelta a China —tradujo Apple—. Él dice que parece una explicación plausible.

—¿Qué dicen los medios de comunicación chinos sobre la situación en Sinkiang y sobre los campos de internamiento que existen allí? —seguí preguntando.

De nuevo Apple tuvo que preguntarle al chófer.

—Dice que no sabe nada de los campos de internamiento. Sin embargo, cree que es normal que deba haber más seguridad en Sinkiang después del ataque con cuchillo que se produjo en la estación de tren de Kunming hace unos años. La situación de seguridad no era lo suficientemente buena, hay que proteger a la gente.

Intuí que Apple empezaba a impacientarse, pero me aventuré con una pregunta más:

—¿Qué aprendéis del Tíbet en la escuela?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella con cautela.

—¿Qué aprendéis de la anexión del Tíbet que hubo en 1950?

—Ocupa un capítulo pequeño, muy corto, tan corto que no tiene sentido —respondió comedida.

No me atreví a hacer más preguntas y volví a sumergirme en las noticias del móvil. Apple se volvió hacia mí con brusquedad:

—¿Por qué preguntas todo esto? —dijo enfadada—. Parece que ya tengas una opinión y solo quieras corroborarla. ¿Te das cuenta de que tus preguntas son de naturaleza muy política? Nosotros los chinos no hablamos de esas cosas, llegas tú y obviamente ya tienes una opinión formada, parece que nos estés juzgando, ¿por qué me preguntas esas cosas realmente?

Tenía los ojos empañados y le temblaba la voz.

—He empleado veinte años en mantenerme alejada de todo eso y ahora todo vuelve a mi mente, ¡tú lo provocas! Vivimos en un país comunista, ¿cómo crees que funcionan aquí las cosas? ¡No importa en absoluto lo que nosotros pensemos de eso o lo otro! ¡Creí que el acuerdo era que yo te ayudaba a hablar con la gente, no que me preguntaras cosas tan personales!

—Lo siento si te he molestado, pero francamente no me parece demasiado personal preguntarte qué dicen los medios de comunicación sobre diferentes temas —me defendí yo—. No hablo chino, ¿dónde hallaré esta información?

—¡Tú preguntas y preguntas! —gritó Apple. Le resbaló una lágrima por la mejilla—. ¡Déjalo! ¡Basta ya!

Seguimos viaje en silencio. Las dictaduras de éxito siempre funcionan así: el sistema dictatorial se infiltra en las mentes de la gente. Las ocupa y se atrinchera en contra de los cuestionamientos. El día a día es más fácil así.

Cuando paramos a la entrada del **lago Lugu**, **2.685 m s. n. m.**, para comprar el ticket (el lago Lugu es un *scenic spot* según las autoridades chinas y por eso hay que pagar entrada), Apple se volvió hacia mí de nuevo:

—Perdona, no debí enfadarme —dijo dócilmente—. Puedo devolverte el dinero que has pagado y ayudarte a encontrar otro intérprete si quieres.

—No digas tonterías, no es necesario —le aseguré. Para cambiar de tema y esperando que el ambiente entre nosotras se suavizara, le pregunté acerca de las diferencias entre los distintos grupos étnicos de la zona, los yi, los bai, los naxi y los mosuo, pero en algún momento tuve la mala suerte de preguntar algo que ya había preguntado, y otras veces quedó patente mi infinita ignorancia.

—¿No te has informado antes de venir aquí? —preguntó Apple más sorprendida que irritada.

Conseguimos los tickets y entramos en la atracción turística

conduciendo, pasamos por delante de hoteles, viviendas y autobuses turísticos aparcados. El lago nos quedaba a la derecha, reluciente y tentador, rodeado de decorativas montañas azuladas. Grandes letreros amarillos informaban de que estaba totalmente prohibido bañarse. Una hora después habíamos llegado al hotel donde íbamos a hospedarnos, estaba regentado por una familia.

—Sadama, una buena amiga mía, vive en la casa de al lado —me informó Apple—. Nos ha invitado a almorzar.

—¡Qué amable! —exclamé.

—No lo entiendes —dijo Apple desalentada—. Como te acabo de decir, Sadama es amiga mía. Debe invitarnos a almorzar. Es su obligación.

En la cocina de Sadama colgaba un cartel con los cinco últimos líderes del Partido Comunista, incluido Xi Jinping, y un cartel grande de Mao. En el salón, junto al altar de Buda, había una fotografía enmarcada del undécimo panchen lama, la reencarnación nombrada por las autoridades chinas y que ahora vive en Pekín. Era la primera vez que veía una fotografía suya en una casa privada.

Sadama tenía veintinueve años y estaba embarazada de ocho meses. Nos sirvió sabrosos cuencos con platos vegetales y nos preguntó sonriente si queríamos cerveza o alcohol para acompañar la comida. Su padre, que estaba de visita, y su marido, un tibetano bien plantado y guapo, no se hicieron de rogar.

Después de comer, nos instalamos cada uno en una silla de plástico en el patio trasero. A excepción del canto de las cigarras y el zumbido de la televisión encendida en el salón hablando consigo misma, reinaba el silencio; el aire de la noche era fresco y suave. Sadama había vivido durante varios años en Lijiang con una familia americana, por eso hablaba bien el inglés, a pesar de no haber ido nunca a la escuela.

—Nosotros pudimos escoger si ir o no a la escuela, la elección fue fácil —dijo y se rio.

A diferencia de Apple, Sadama era la paciencia personificada y respondió con amabilidad, risueña a veces, a todas mis preguntas sobre las tradiciones mosuo y la vida en la zona del lago Lugu.

—Se dice que vivimos en el reino de las mujeres. —Sadama sonrió—. Me gusta la expresión, aunque no tengamos rey. Aquí la jefe es *la abuela*. Ella decide qué se hace y quién lo hace; ella es quien organiza los rituales y se encarga de la economía doméstica. Cuando la abuela se jubila, la responsabilidad pasa a una de sus hijas, generalmente a la mayor. Pero, aunque seamos una sociedad matrilineal, eso no significa que las mujeres lo decidamos todo. ¡Los tíos también son importantes! El más viejo, por regla general el hermano mayor de la abuela, es el número dos de la casa. Los hombres son fuertes, pero nosotras podemos hacer todo lo que ellos hacen y además damos a luz a los hijos. Los hombres no pueden. Por eso las mujeres gozan de un gran respeto.

Los mosuo no se casan en general, sino que practican el llamado *walking-marriages,* «casamiento ambulante»:

—El hombre visita a la mujer por la noche y se va por la mañana —explicó Sadama—. Los hijos se quedan a vivir en casa de la madre junto con las hermanas y hermanos de su madre. Solo comparten techo los que llevan la misma sangre. Así es más fácil, no se originan tantos problemas. Nos evitamos relacionarnos con la suegra, las cuñadas y demás parientes. Y es fácil divorciarse. Simplemente, él deja de acudir a la casa o ella le cierra la puerta. En los inicios de la relación, él suele llegar tarde a la casa para no encontrarse con las hermanas de la chica. Nosotros los mosuo tenemos mucho sentido de lo privado. Nunca hablamos de amor o sexo con nuestros hermanos. ¡Nunca! Se dicen muchas cosas raras sobre nosotras, que tenemos muchos hombres y que somos fáciles, pero nada de esto es cierto. Algunas mujeres mosuo llegan a tener dos maridos, quizás tres, a lo largo de su vida. Tener tres no está demasiado extendido. También se dice que no sabemos quiénes son

nuestros padres, ¡por supuesto que lo sabemos! Yo tengo una estrecha relación con mi padre, pero es aún más estrecha la relación que tengo con mi madre y mi abuela.

Sadama vivió con su madre, que de joven había decidido marcharse de casa e irse a vivir con su marido. También Sadama vivía con su marido.

—Mi marido es de un pueblo lejano, así que no podemos vivir según la tradición, tenemos que vivir juntos —me contó—. Además, ahora las autoridades han decidido que tengamos certificado de matrimonio. Para nosotros eso no tiene ningún valor, es solo un papel obligatorio. ¡La fiesta es lo importante! Solemos celebrar una gran fiesta de boda con amigos y parientes, a menudo con abundante buena bebida. Yo tenía muchas ganas de celebrar mi fiesta de boda, poder beber y pasármelo bien, pero entonces supe que estaba embarazada... Por supuesto, todos se alegraron mucho, porque no hay que esperar a haber celebrado la fiesta para tener un hijo, pero precisamente un campeonato de beber no fue lo mío ese día.

Sadama se revolvió en la silla intentando encontrar una postura más cómoda sin conseguirlo del todo.

—Muchas guías chinas que vienen aquí cuentan a los turistas que cada noche nos acostamos con un hombre diferente —dijo con un suspiro—. ¡Algunas incluso ofrecen a los turistas que prueben nuestra forma de casarnos! A los turistas les encanta creérselo, claro. Hace unos años vinieron mujeres chinas que se vestían como las mosuo y trabajaban en los prostíbulos... Los turistas empezaron a llegar hace unos veinte años, cuando Lijiang ingresó en la lista de la Unesco. Ahora que tenemos aeropuerto, todavía vienen más. Los ancianos piensan que ahora se vive bien aquí porque cuando ellos eran jóvenes, eran muy pobres, pero hemos perdido muchas tradiciones. Cuando se incorpora algo nuevo, se pierde algo antiguo, es así.

Sonrió melancólica y se acarició su prominente barriga.

—Ya no nos sentamos a hablar por las noches, chateamos por WeChat o vemos la tele —continuó pensativa—. Creo que nuestra cultura desaparecerá. Nosotros los mosuo somos tan pocos, solo treinta mil. Estos últimos años, muchas mujeres mosuo se han casado con chinos han y se han marchado del lago. Por cierto, ¿quieres visitar a mi abuela? A ella le encanta recibir visitas.

Kumu, la abuela de Sadama, vivía en una gran casa tradicional de estilo mosuo, a cinco minutos a pie de la casa de su nieta. Vivía con tres de sus siete hijos, pero cuando llegamos estaba sola, sentada junto a la lumbre del hogar, en la habitación reservada a la abuela. Cuando nos vio, palmoteó entusiasmada por tener invitados.

—Todas las casas tradicionales mosuo tienen la habitación de la abuela —explicó Sadama—. En la habitación de la abuela siempre hay un pequeño hogar, donde la familia puede hacer sus ofrendas al espíritu del fuego, y la abuela duerme junto al hogar.

La mujer mayor iba vestida al estilo tradicional: un ancho cinturón rosa le rodeaba la cintura, blusa negra y una falda plisada azul claro, también llevaba un gran turbante negro. La habitación era espaciosa y de techo alto, construida con madera. Kumu había perdido casi todos los dientes, pero su cuerpo todavía era flexible, oía bien, sus ojos eran vivaces y tenía una bella risa contagiosa. Sadama, familiarizada con la casa, sacó té y cuencos con yogur casero y fresco.

—¿Es mucha responsabilidad ser la jefa de toda la economía doméstica? —le pregunté a Kumu.

—Ah, ahora ya no. —La mujer mayor se rio y todo su cuerpo se estremeció. No hablaba chino, solo mosuo; Sadama traducía para Apple y para mí—. Yo soy vieja y ya no viven demasiadas personas en la casa.

—¿Cómo era la vida aquí cuando usted era joven? —seguí preguntando.

—¡Oh! —Kumu se rio entre jadeos—. ¡No me hables del pasado! Antes era terrible. Trabajábamos mucho y comíamos poco. ¡Ahora estamos mucho mejor! Antes teníamos que hacerlo todo a mano, moler la harina de maíz y no teníamos arroz. Tampoco carreteras, todo estaba sucio y polvoriento. Ahora todo está limpio y bonito, y nos visita mucha gente. A decir verdad, no se puede comparar el antes con el ahora.

—¿Cuántos años tenía usted cuando se casó?

—Ni siquiera sé los años que tengo ahora, ¿cómo voy a saber los que tenía cuando me casé? —objetó ella y se rio tan fuerte que todas las encías sin dientes quedaron al descubierto.

—Yo tampoco conozco mi fecha de nacimiento —interrumpió Sadama—. Mis padres no saben a ciencia cierta cuándo nací.

Con la abuela, ella calculó que su hijo mayor había nacido en el año del mono, pero ¿cuándo fue realmente? Ninguna de las dos lo sabía con certeza.

—Además tuve más de un marido. —Kumu se rio entrecortadamente—. ¿Cómo voy a recordar cuándo tuve los hijos con ellos?

—¿Cuántos maridos tuvo usted? —le pregunté.

—Solo dos, ¡no una manada entera, jajaja! Uno de ellos me lo buscaron mis padres, el otro, yo sola. Uno ha muerto y el otro vive en otro lugar.

—¿Hubo algún cambio cuando los comunistas tomaron el poder? —le pregunté.

Kumu me miró sin comprender.

—No conoce la palabra «comunista» —aclaró Sadama—. Cuando he hablado de ese tema con ella antes de ahora, me ha contado que todo el mundo trabajaba para las autoridades en esa época, que se inmiscuían en todo. Cuando mataban un cerdo, tenían que darles la mitad, por eso lo mataban a escondidas y tenían mucho miedo de ser descubiertos. Ahora todo el mundo tiene su propia tierra.

—¿Qué piensa usted de todos esos turistas que vienen ahora? —le pregunté a Kumu.

—Oh, ¡es bueno que la gente venga! —Se le iluminó el rostro—. Me gusta tanto tener visita. Pero, a veces, esto se llena demasiado —añadió—. Quizás esté viniendo demasiada gente a veces. —Sonrió —. Pero no puedo quejarme. Todos mis nietos se han hecho mayores y les ha ido bien.

—A menudo me digo que mi abuela es afortunada —dijo Sadama —. Veo lo feliz que es cuando tiene a sus hijos y nietos a su alrededor. Todos la respetan. Me preocupa cómo me irá a mí porque todo está cambiando. Una vez visité un centro de jubilados. Sus familiares no se preocupaban por sus ancianos, no los visitaban nunca. Me entristeció tanto que me eché a llorar.

—¿Le preocupa que la cultura mosuo desaparezca ahora que todo cambia? —pregunté a Kumu al final.

—Si la gente es feliz, no importa demasiado si la cultura mosuo existe o no —respondió—. Mis nietos saben el idioma chino. Yo, no. ¡Pero me alegra que ellos lo hayan aprendido!

Se rio de nuevo. La risa sacudió su menudo y anciano cuerpo por completo.

—¡Muchacha, me preguntas cosas que han sucedido hace mucho! ¿Cómo voy a recordarlas?

Al día siguiente, el pueblo iba a despedir a una anciana. La madre de Sadama nos invitó a Apple y a mí. Sadama no pudo asistir dado que estaba embarazada; muerte y nacimiento deben mantenerse alejados.

—¡Todo el mundo está allí! —se lamentó ella—. ¡A mí también me encantaría estar allí!

—Pero ¿no te pondrías muy triste de todos modos? —le pregunté.

—No, qué va, es una anciana la que ha muerto. En esos casos no nos da tristeza. Vemos la muerte como un nuevo comienzo.

La casa donde vivía esa mujer estaba repleta de gente. La madre

de Sadama presentó a Apple como una amiga de Sadama y a mí como una amiga de la amiga de Sadama y nos dieron una cálida bienvenida. Siguiendo las instrucciones de la madre de Sadama, habíamos comprado aceite para cocinar, cigarrillos, una botella pequeña de alcohol y pasteles. Dejamos los regalos en la habitación de la abuela donde se celebraba el ritual. La habitación era pequeña y cuadrada; en la esquina se había instalado un altar con incienso, flores y cuencos con golosinas, nueces y melocotones. Las paredes estaban cubiertas de pinturas budistas que habían traído los monjes y del techo colgaban guirnaldas y banderolas con mantras tibetanos.

Apple hizo una reverencia ante el altar y me indicó severamente que hiciera lo propio. Una vez entregados los regalos, nos llevaron a una de las mesas del patio trasero y nos ofrecieron comida y bebida. Dispusieron grandes cuencos con carne asada ante nosotras. El día anterior, la familia había sacrificado una vaca para que la comida alcanzara para todos los huéspedes.

—Este es nuestro almuerzo —aclaró Apple—. No habrá otro hoy.

—Pero si solo son las nueve —objeté.

—Como te he dicho, este es nuestro almuerzo —repitió Apple irritada.

También habían instalado otra especie de altar al fondo del patio. Dentro del colorido marco artesanal, parecido a una flor de loto, había una fotografía de una señora de pelo canoso que sonreía.

Cuando volvimos a la habitación de la abuela, había monjes sentados en el banco contiguo al altar, muy apretados unos contra otros. Mis inexpertos ojos los calificaron de monjes budistas corrientes al verlos allí con sus trompetas, tambores y textos de plegarias tibetanas, pero resultaron ser monjes bön, monjes de la antigua religión.

—La religión bön se remonta a diez mil años de antigüedad —explicó uno de los monjes, Rinzhen Dorje, un joven serio de veinticuatro años—. La escuela de las Capuchas Amarillas tiene, en

comparación, solo seiscientos años de antigüedad. Nuestras escrituras y ceremonias son también diferentes. Nosotros, los adeptos del bön, creemos que el mundo está influenciado por las fuerzas de la luz y de la oscuridad e intentamos equilibrarlas. Como todos los budistas, también creemos en el karma, en la reencarnación y en la iluminación, pero nuestras tradiciones son más profundas. Dado que el lago Lugu se ha mantenido tan aislado, sin carretera hasta la década de 1980, las tradiciones bön se han conservado mejor que en el Tíbet. Todavía sacrificamos cabras y vacas, por ejemplo.

Sacó el teléfono móvil y buscó libros que pudiéramos leer y comprenderlo mejor. Desplazó rápidamente la pantalla hacia abajo con el ceño arrugado.

—Lo siento, pero todos los libros vienen en chino o en tibetano. —Se encogió de hombros a modo de disculpa—. A propósito, no es del todo cierto lo que dije acerca de que el bön es totalmente puro en el lago Lugu. Aquí las tradiciones del bön se mezclan con las tradiciones locales. Por ejemplo, la gente sigue usando *dabas,* chamanes. Sí, vendrá un daba por la tarde. Su cometido es abrir un pasaje para que el alma de la difunta se pueda reunir con sus antepasados. En cambio, nuestra misión es abrirle un pasaje a los seis estadios diferentes por los que el alma tiene que transitar antes de que entienda que está muerta, para que pueda entrar en el paraíso o renacer.

De una cuerda junto al altar colgaba un montón de ropa de colores vivos y en uno de los pilotes que sostenían el techo se bamboleaba una decoración hecha de plumas, cuerda y flores hechas en casa con tejidos.

—Representa la silla de montar —explicó Rinzhen Dorje—. Mañana colocarán esta decoración en un caballo y lo mandarán a la montaña como regalo a la deidad de la montaña. Es una antigua tradición mosuo. O sea, el caballo vuelve, pero nosotros los mosuo

creemos que el alma de camino al paraíso tiene que transitar por el bosque y subir a la montaña. La ropa es un regalo para el alma del difunto. Cuando las mujeres mosuo se casan, se les regala ropa. Es algo parecido. La muerte es un nuevo comienzo. El cadáver es incinerado en posición fetal como símbolo de que la muerte es una transición a otro estado.

La cocina estaba llena de mujeres. Unas estaban entregadas a cortar carne y preparar comida, otras, a comer. En la pared colgaban los mismos carteles que en casa de Sadama, de Xi Jinping y sus antecesores.

—Vivo en una casa tradicional —contó una joven vestida con un chándal negro. Las normas para vestirse eran flexibles por lo general; la mayoría de los huéspedes llevaban tejanos o chándal—. Un hogar mosuo tradicional consta de cuatro casas —siguió contando—. La casa de la abuela, el edificio de las flores que pertenece a las mujeres, la casa de hierba para los y las que no tienen pareja y el templo.

La joven se llamaba Bima y compartía casa, o casas, con la abuela, la madre, los tíos, hermanos y sus propios hijos.

—Para los hijos es una buena forma de organizarse —remarcó—. Se quedan a vivir con su familia pase lo que pase. Si la pareja se rompe, se evitan vivir la división de la economía familiar. Siguen viviendo en casa de la madre y todo continúa como antes. Si el marido se porta mal, simplemente se le cierra la puerta por la noche y se le impide entrar. Pero aquí no hay demasiados divorcios —añadió—. No tenemos matrimonios trágicos como en otros lugares. Muchos chinos han tienen amantes, pero aquí no es usual. No está aceptado, todo el clan se vuelve en contra de los que se portan mal.

Cuando Apple y yo volvimos a la habitación de la abuela, los monjes bebían té. Un lama estaba tendido en el banco y roncaba un poco. Sentado en el suelo delante del hogar, había un hombre vestido con pantalones negros, camisa blanca y anorak gris que

modelaba figuritas con masa de tsampa.

—Es el daba, el chamán —me susurró Apple.

Algunas figuras parecían cabras o caballos, otras recordaban pirámides pequeñas, adornadas con porciones de mantequilla blanca en forma de lágrima. Las que estaban terminadas se colocaban en una plata cubierta de arena, arroz y granos de maíz.

Los parientes entraban en la habitación llevando carne y arroz en viejas tablas anchas. Colocaban las tablas y las ofrendas en el altar, se inclinaban reverencialmente con la cabeza rozando el suelo varias veces y después salían de la habitación.

—Las tablas son de sus casas —explicó Apple—. Cada familiar tiene que traer una. Mañana las quemarán.

Toda la habitación olía a carne de cerdo que los familiares habían sacrificado. Los monjes se enderezaron y se pusieron a salmodiar mantras de nuevo, las voces y los tonos de los címbalos subían y bajaban. De vez en cuando humedecían sus gargantas con té de hierbas. Un puñado de moscas calmosas se arremolinaban por todo el espacio; de cuando en cuando se empeñaban en aterrizar en la cabeza de algún monje, zumbaban un instante alrededor de su cráneo desnudo y después seguían volando.

—Los mosuo creen que el alma de la difunta quizás vuelva y se reencarne en un nieto o nieta, por eso la muerte es tanto el final como el comienzo —dijo Apple en voz baja.

El daba se llamaba La'nji y tenía cuarenta y seis años.

—Temprano esta mañana le canté a la difunta un texto especial para que pueda reunirse con sus antepasados —explicó.

Habíamos salido a un campo justo detrás de la casa porque él opinaba que no era conveniente hablar de temas religiosos en casa de los familiares de la difunta. El chamán encendía un cigarrillo tras otro mientras yo le hacía preguntas:

—El daba tiene un papel importante en todos los grandes acontecimientos de la cultura mosuo —dijo entre nubes de humo—.

En el nacimiento de un hijo, cuando las chicas cumplen trece años, cuando alguien muere. El daba también tiene que asistir cuando se construye una casa, cuando se inaugura el hogar en la habitación de la abuela y cuando dos personas se casan. Mientras que los lamas y monjes salmodian en tibetano, nosotros los dabas realizamos los rituales en mosuo, nuestra propia lengua, para que todo el mundo pueda entender lo que acontece.

Apagó un cigarrillo y encendió otro.

—Las personas que enferman también acuden a mí. No puedo curar la enfermedad, pero puedo averiguar por qué la gente enferma. Cuando he entendido el porqué, puedo hacer desaparecer la causa. Por ejemplo, si han ofendido a un elemento de la tierra, puedo abrir un pasaje para dicho elemento y rectificar el desequilibrio invisible. También tengo contacto con los espíritus de los antepasados y con el resto de los espíritus que nos rodean. Nosotros los mosuo creemos que todo en la naturaleza tiene su espíritu y su protector.

—¿Por qué te hiciste daba? —le pregunté.

—Tenía un pariente lejano que lo era y aprendí de él —respondió La'nji escuetamente.

—¿Hay que tener aptitudes especiales para poder ser daba?

—Por supuesto. —Apagó el cigarrillo, lo pisoteó en la tierra negra y encendió otro.

—¿Cómo ejecutas tus rituales? —seguí preguntando.

—Canto y hago figuras con tsampa. —Exhaló un anillo de humo y lo siguió con la mirada hasta que desapareció—. Una figura puede simbolizar muchos espíritus distintos. Como daba que soy me ocupo de toda la comunidad de la zona del lago Lugu; atiendo a todo aquel que me necesite. Más tarde, hoy celebraré una ceremonia por la difunta fuera del pueblo, en plena naturaleza. Por supuesto puedes asistir y observarla por ti misma.

Unas horas después seguimos el coche que salía del pueblo hasta el

lugar donde se realizaría el ritual. El trayecto no duró más de cinco o seis minutos. En una inclinada ladera, La'nji se sentó encima de un toldo. Un poco más abajo, en el mismo toldo, había siete chicos que bebían cerveza, jugaban a las cartas y fumaban. A un lado, una pequeña hoguera ardía vivaz.

El daba salmodiaba textos y desplazaba las figuritas a su alrededor. Parecía no molestarle el bullicio de los jóvenes que bebían cerveza y en absoluto seguían el ritual, sino que estaban a lo suyo. De vez en cuando, un ayudante movía las figuras unos metros más arriba y las colocaba en un lugar concreto sobre la hierba.

—Estoy a punto de abrir un pasaje hacia el hogar de los antepasados —explicó La'nji en una pausa del rezo—. Las figuras de tsampa representan los diferentes espíritus, el de la montaña, el del lago, el del viento y los demás. Avisamos a todos de que la abuela está en tránsito y les pedimos que la acojan y la ayuden a llegar mañana al hogar de los antepasados. Según la tradición, como mínimo siete muchachos o muchachas tienen que estar presentes cuando sucede esto y llegar bebidos a casa. Así reza la tradición.

La incineración tendría lugar temprano a la mañana siguiente, más arriba en la ladera.

Salía un humo denso de la pequeña hoguera. Un poco más lejos, había una pila de leña preparada para ser encendida. Las ofrendas de los familiares estaban colocadas en los leños; cada una iba dirigida a un espíritu de un determinado antepasado. En la hierba, a su lado yacían tres tiras de tela: una negra, una verde y una azul. Si la difunta había vivido en pecado, el alma debía seguir el sendero negro. El sendero verde era para las almas que habían vivido una vida mediana. La tira de tela azul simbolizaba el camino de las almas que habían vivido una vida «diferente», signifique eso lo que signifique.

Caía una lluvia débil y se posaba como rocío fresco encima de la hierba y las figuras de tsampa, en el chamán, su ayudante, los siete

muchachos y las latas vacías de cerveza.

Un rato después esa misma tarde, antes de abandonar el lago Lugu y las montañas para volar hacia el oeste y regresar a casa desde aquel aeropuerto nuevo, fui a la vivienda de la difunta por última vez. El cielo era azul oscuro, el sol estaba a punto de ponerse.

El lama más importante de los mosuo, un anciano con una gran capucha amarilla, estaba delante del altar, rodeado de monjes y familiares arrodillados. Modulaba salmodias devotamente. Su misión era abrir el pasaje que el alma de la difunta debía recorrer para llegar al paraíso o, eventualmente, volver a nacer.

Al mismo tiempo, en una inclinada ladera a pocos kilómetros de allí, el chamán estaba a punto de abrir otro pasaje hacia el hogar ancestral de los antepasados.

Es decir, se estaban abriendo dos pasajes de forma paralela y a nadie le parecía extraño. Era posible que el alma de la difunta estuviera ya de camino al hogar de los antepasados, como también lo era que estuviera de camino al paraíso o que renaciera pronto en un diminuto cuerpo a orillas del lago Lugu.

A través de la ventanilla oval del avión vislumbré el Himalaya por última vez. Allá arriba, las montañas eran tan azules como el cielo, cubiertas de nieve, hielo y una fina capa de nubes. Las personas lejos allá abajo eran invisibles, todo lo que se veía eran rocas, agua y aire.

Las montañas parecen infinitas, permanentes, inalterables. Sin embargo, yo sabía que iban hacia el mar, piedra tras piedra. Lo sabía, porque había visto enormes corrientes de agua que arrastraban consigo arena y grava por profundos barrancos que habían excavado. A esa altura, tampoco podía apreciarse que la nieve eterna se derrite, que el deshielo de los glaciares es más rápido cada vez. Pero yo lo había visto. Y allá abajo, en los valles, había visto nuevas carreteras abrirse paso como dragones de asfalto negro y la modernidad que cabalgaba en sus lomos. Lo había visto.

Había visto evacuaciones y teléfonos móviles que iluminaban con el mismo fútil brillo seductor las noches oscuras de los pueblos de las montañas del Himalaya como en cualquier lugar donde los jóvenes se reúnen. Todo está sujeto a un proceso de cambio, todo y siempre.

Lo pequeño es engullido por lo grande, desaparecen reinos pequeños; se abren valles angostos y cerrados y el mundo penetra en ellos, allí al igual que en otros lugares de la tierra. En valles así los intereses de un imperio mundial topan abruptamente con los intereses de otro, y ¿qué ocurre entonces con las personas que viven en lo más profundo de aquel valle? Había visto opresión y ansias de libertad, pesimismo y optimismo, coacción religiosa y profunda devoción, intolerancia e iluminación, desesperación y éxtasis.

Lo pequeño es engullido por lo grande, pero lo pequeño sigue viviendo lo mejor que puede. ¡Hay tantas maneras de vivir! Eso no se ve desde el cielo, pero yo lo sabía porque lo había visto. Tantas, tantísimas vidas pequeñas en medio de montañas altas y poderosas. Tampoco podía apreciarse su lenta elevación ni su erosión, ni los lentos e imparables movimientos de las placas tectónicas al chocar unas contra otras.

Desde el cielo solo se distinguían montañas y nubes.

Agradecimientos

Este libro no se podría haber escrito sin toda la ayuda que he recibido tanto durante los viajes como en el proceso de escritura.

Mi enorme agradecimiento a todas las personas que conocí a lo largo de mi periplo y que compartieron sus historias conmigo. En todas partes fui recibida con una emocionante amabilidad, franqueza y curiosidad. Este libro es el resultado de todos esos encuentros.

Algunas personas que compartieron sus historias conmigo me han hecho saber que si las autoridades del país donde viven descubren que han hablado con una escritora, se arriesgan a sufrir en el peor de los casos penas de cárcel. En tales casos, he cambiado sus nombres y otras informaciones que habrían hecho posible identificar al interesado. En algunas de esas personas me he visto obligada a cambiar también sus datos biográficos con el fin de proteger a los que han hablado conmigo de las represalias a sus familiares o a otras personas de la comunidad. Un pequeño número de personas protagonistas del libro no podían saber que lo estaba escribiendo en consideración a su propia seguridad y a la mía, se trata concretamente de algunas de las personas que conocí en el Tíbet. Naturalmente, ellas permanecen también en el anonimato.

Un enorme agradecimiento a Anne Christine Kroepelien. Me temo que sin su intervención todavía estaría atascada en Kasgar esperando el visado pakistaní. Muchas gracias a Sidsel Wold, corresponsal de NRK (televisión pública noruega) en Turquía, por facilitarme contactos en Pakistán. También quiero dar las gracias a

Akthar Hussain, mi voluntarioso guía de Hunza, por abrirme tantas puertas en Pakistán del Norte.

En Cachemira les mando un abrazo de todo corazón a los tres dueños de las fábricas de agua mineral por mostrarme una realidad distinta a la de las casas flotantes y los hermosos jardines. Cuando llegué a Kargil, Anayat Ali Shotopa se lanzó a mostrarme las consecuencias humanas de las guerras entre Pakistán y la India.

Muchas gracias a la hija de los reyes Hope Leezum y Namgyal Tobden, más conocida como Semla, que tan generosamente compartió su historia conmigo y me enseñó Gangtok.

En Bután tuve la ayuda inestimable de todo el insuperable personal de Heavenly Bhutan. Raju Rai, el dueño, se esforzó al máximo para satisfacer mis muchos deseos de hacer entrevistas.

Tasang Tage puso mucho empeño en su trabajo durante las semanas que viajamos juntos por Arunachal Pradesh y Nagaland. Sin su ayuda me hubiera quedado atascada y no hubiera pasado de rascar en la superficie.

Si no hubiera contado con la ayuda de la excepcional Savitri Rajali, los capítulos sobre Nepal no habrían sido tan variados. No había nada que ella no consiguiera solucionar, siempre con una sonrisa y sin una sola queja, fueran como fueran de largas las jornadas. ¡Muchas muchas gracias!

Gracias también a Apple, que me ayudó a comprender Yunnan y los mecanismos de la dictadura con más profundidad.

Los largos ocho meses de viaje de investigación por el Himalaya no habrían sido posibles sin el apoyo económico de la organización Fritt Ord y de la Asociación Noruega de Escritores y Traductores Literarios: ¡Muchas gracias!

La estancia en el piso para escritores de la Fundación Neerlandesa para las Letras de Ámsterdam supuso para mí un empujón para empezar a escribir este libro y estoy muy agradecida por ello.

Muchas personas saben más que yo sobre el Himalaya y he sido

muy afortunada de haber tenido la ayuda de competentes especialistas durante el proceso. Muchas gracias a la colega escritora Mah-Rukh Ali, que ha leído los capítulos de Pakistán y Cachemira. Un agradecimiento enorme también a Heidi Fjeld, profesora universitaria, por sus inteligentes aportaciones al manuscrito desde una perspectiva global, y al catedrático Jens Braarvig, que fue tan amable de leer y comentar los capítulos sobre el Tíbet y el budismo. El geólogo y escritor Reidar Müller aportó comentarios sobre la geología de la zona. Y el doctor Gunnar Hasle aseguró la corrección de los párrafos sobre el mal de montaña. ¡Gracias de todo corazón a los dos!

Un cálido agradecimiento a Kari Dickson, mi traductora del libro al inglés, que ha comprobado minuciosamente los datos de todo el manuscrito. Los posibles errores que pudiera haber (¡siempre queda alguno!) son solo responsabilidad mía. Y ahora mando un agradecimiento a los demás traductores y traductoras al recordarlos. Muchas gracias también a mi fantástica agente literaria Anneli Høier, que da alas a mis libros.

No existe persona más entusiasta, leída y viajada en toda Noruega que Jens A. Riisnæs: valoro mucho todas las charlas que hemos tenido durante el proceso y le doy las gracias por su generoso préstamo de mapas, libros y películas y por todas sus buenas aportaciones al libro.

Naturalmente mis agradecimientos también a Tuva Ørbeck Sørheim, mi atenta y entusiasta editora, por su siempre firme y constante apoyo tanto en lo que concerniente a la elaboración del manuscrito como en todos los aspectos de la edición. Además de a Erling Kagge, editor jefe, por las buenas aportaciones de un conocido suyo del Himalaya. Y a mi madre, mi primera y única lectora de prueba.

Mis mayores agradecimientos son, como siempre, para Erik, mi marido, mi personal de tierra mientras he viajado y cuando he

estado en casa, siempre igual de solidario. Tampoco en esta ocasión nadie como él ha leído tantas veces el manuscrito. Te estoy inmensamente agradecida por tu paciencia, tus sólidos consejos sobre el lenguaje y el contenido, y porque siempre estás ahí para apoyarme. Eres mi monte Everest, nadie arriba, nadie al lado.

Ámsterdam, Oslo, Moorea, Hiva Oa, 2019-2020

Apéndices

Notas

1. Cita extraída de Wilfred Skrede, *Over verdens tak,* Oslo, Gyldendal, 1955, pág. 102.

2. Wilfred Skrede, *Over verdens tak, op. cit.*, págs. 124-125.

3. Cita extraída del capítulo 24 de Fergal Keane, *Road of Bones: The Siege of Kohima 1944 – The Epic Story of the Last Great Stand of Empire,* Londres, William Collins, 2010.

4. Cita extraída de Frank McLynn, *The Burma Campaign: Disaster into Triumph 1942-45,* New Haven, Yale University Press, 2011, pág. 321.

5. Cita extraída de Peter Hopkirk, *Trespassers on the Roof of the World. The Secret Exploration of Tibet,* Nueva York, Kodansha, 1995 [1982], pág. 175.

6. Ibíd., pág. 184.

7. Ibíd., pág. 193.

8. Cita extraída de Sam van Schaik, *Tibet. A History,* New Haven, Yale University Press, 2011.

9. Ben Westcott, «Dalai Lama's reincarnation must comply with China's laws, Communist Party says», documento del 26 mayo de 2020. https://edition.cnn.com/2019/04/11/asia/dalai-lama-beijing-tibet-chinaintl/index.html

Notas de la traductora

*

El término línea de control (LOC, por las siglas en inglés) se emplea para referirse a la frontera militar establecida entre la India y Pakistán en el territorio del antiguo estado principesco de Jammu y Cachemira. Dicha frontera carece de reconocimiento internacional. *(N. de la T.)*

*

Sin embargo, en el verano de 2020 estuvieron a punto de iniciar una guerra otra vez. El 15 de junio cientos de soldados chinos e indios se enfrentaron en la oscuridad de la noche por las escarpadas montañas del valle de Galwan, junto a la controvertida frontera de la región de Aksai Chin controlada por los chinos. Los soldados lucharon cuerpo a cuerpo durante varias horas. A causa de esa tensa situación en la frontera, los soldados de esa zona no llevan armas de fuego. La refriega acabó con veinte soldados indios muertos y un número desconocido de víctimas del lado chino; fue la primera confrontación con desenlace mortal ocurrida en la frontera entre India y China desde 1975. *(N. de la A.)*

*

«El castillo Soria Moria» es un cuento popular noruego recopilado por Peter Christen Asbjørnsen y Jørgen Moe en *Norske Folkeeventyr,* editado en 1843. Posteriormente el pintor noruego Theodor Kittelsen lo representó en una serie de nueve pinturas que expuso en 1900. *(N. de la T.)*

*

La expresión «karma instantáneo» la acuñó John Lennon pensando que los propios actos influyen en el momento y no a lo largo de la vida o en la otra vida. Idea que le inspiró la canción del mismo título. *(N. de la T.)*

*

«Solo yemas doradas de calidad excepcional y hojas del mejor tamaño», o bien «Demasiado bueno para la gente común». *(N. de la T.)*

*

Wisława Szymborska, *Aquí,* Bartleby Editores, Madrid, 2009, traducción de Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia Soriano. *(N. de la T.)*

*

De hecho, se puede decir que hoy en día nadie pronuncia su nombre de forma correcta. El mismo Everest decía «Iv-rest» con acento en la primera sílaba. *(N. de la A.)*

*

En 2017 las autoridades nepalíes prohibieron a las personas doblemente amputadas y a las personas ciegas subir al monte Everest. La prohibición fue contestada con tremendas protestas por dichas personas en todo el mundo y, medio año después, la prohibición fue anulada por el Tribunal Supremo del Nepal, que concluyó diciendo que era discriminatorio prohibir el acceso al Everest a personas con discapacidades específicas. *(N. de la A.)*

*

Mujeres de la mitología escandinava, son bellas, pero tienen un agujero en la espalda y cola de vaca, viven en peñascos y montañas y seducen a los muchachos con música y canciones. *(N. de la T.)*

*

Humla en noruego significa «abejorro». *(N. de la T.)*

*

En tibetano, la ciudad lleva el nombre Gyalthang, «llanura de los reyes», y se considera una parte de la originaria región tibetana de Kham. *(N. de la A.)*

Bibliografía

Para conservar el ritmo del texto, solo he nombrado las fuentes en las citas directas. Aquí enumero los libros que me han sido útiles durante la elaboración de esta obra:

Ali, Tariq *et al.: Kashmir. The Case for Freedom*. Londres: Verso, 2011.

Allen, Charles: *A Mountain in Tibet. The Search for Mount Kailas and the Sources of the Great Rivers of Asia*. Londres: Abacus, 2013 [1982].

—: *The Search for Shangri-La*. Londres: Abacus, 1999.

Andrade, Antonio de: *More Than the Promised Land: Letters and Relations from Tibet by the Jesuit Missionary António de Andrade (1580-1634)*. Traducido y presentado por Michael J. Sweet. Editado por Leonard Zwilling. Boston: Institute of Jesuit Sources, 2017.

Barth, Fredrik: *Political Leadership Among Swat Pathans*. Oxford: Berg, 2004 [1959].

Bell, Thomas: *Kathmandu*. Londres: Haus Publishing, 2016.

Bolingbroke-Kent, Antonia: *Land of the Dawn-Lit Mountains. A Journey Across Arunachal Pradesh – Indian's Forgotten Frontier*. Londres: Simon & Schuster, 2017.

Brophy, David: *Uyghur Nation. Reform and Revolution in the Russia-China Frontier*. Cambridge: Harvard University Press, 2016.

Clark, John: *Hunza. Lost Kingdom of the Himalayas*. Londres: Hutchinson & Co., 1957.

Conefrey, Mick: *Everest 1953. The Epic Story of the First Ascent*. Londres: Oneworld Publications, 2012.

Cooke, Hope: *Time Change. An Autobiography*. Nueva York: Simon & Schuster, 1980.

Crossette, Barbara: *So Close to Heaven. The Vanishing Buddhist*

Kingdoms of the Himalayas. Nueva York: Vintage Books, 1995.

Dalái Lama: *My Spiritual Journey*. En colaboración con Sofia Stril-Rever. Traducido por Charlotte Mandell. Nueva York: HarperCollins, 2009 [trad. esp.: *Dalai Lama. Mi biografía espiritual*. A cargo de Sofia Stril-Revel. Barcelona: Editorial Zenith, 2010].

Datta-Ray, Sunanda K.: *Smash & Grab. Annexation of Sikkim*. Nueva Delhi: Westland, 2016 [1984].

David-Néel, Alexandra: *Grand Tibet et Vaste Chine*. París: Plon, 1994.

Devasher, Tilak: *Pakistan: At the Helm*. Noida: HarperCollins, 2018.

Duff, Andrew: *Sikkim. Requiem for a Himalayan Kingdom*. Edimburgo: Birlinn, 2015.

Fox, Robert Lane: *Alexander the Great*. Londres: Penguin Books, 2004 [1973] [trad. esp.: *Alejandro Magno: Conquistador del mundo*. Barcelona: Acantilado, 2008. Traducción de Teresa Solana].

French, Patrick: *Younghusband. The Last Great Imperial Adventurer*. Londres: Penguin Books, 2011 [1994].

Færøvik, Torbjørn: *Kina. En reise på livets elv*. Oslo: Cappelen Damm, 2014 [2003].

Hannigan, Tim: *Murder in the Hindu Kush. George Hayward and the Great Game*. Gloucestershire: The History Press, 2011.

Harrer, Heinrich: *Sieben Jahre in Tibet. Mein Leben am Hofe des Dalai Lama*. Berlín: Ullstein Taschenbuch, 2017 [1952] [trad. esp.: *Siete años en el Tíbet*. Barcelona: Ediciones B, 1997. Traducción de María Teresa Monguió].

Herzog, Maurice: *Annapurna. Premier 8.000*. París: Arthaud, 1952 [trad. esp.: *Annapurna. Primer ochomil*. Madrid: Ediciones Desnivel, 2013].

Hillary, Edmund: *High Adventure*. Londres: Hodder & Stoughton, 1955 [trad. esp.: *Aventura en la cumbre*. Barcelona: Vergara-Saturno, 1963. Traducción de Luis Solano Costa].

Hilton, James: *Lost Horizon*. Londres: Vintage Books, 2015 [1933]

[trad. esp.: *Horizontes perdidos*. Barcelona: Plaza & Janés, 1992].

Hopkirk, Peter: *Trespassers on the Roof of the World. The Secret Exploration of Tibet*. Los Ángeles: Kodansha, 1995 [1982].

—: *The Great Game. On Secret Service in High Asia*. Londres: John Murray, 2006 [1990].

Kawaguchi, Ekai: *Three Years in Tibet*. Benarés y Londres: Theosophical Publishing Society, 1909 (edición Kindle de 2016).

Keane, Fergal: *Road of Bones. The Siege of Kohima 1944. The Epic Story of the Last Great Stand of the Empire*. Londres: William Collins, 2010.

Keay, John: *The Gilgit Game*. Londres: John Murray, 1979.

Khan, Yasmin: *The Great Partition. The Making of India and Pakistan*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2017 [2007].

Koehler, Jeff: *Darjeeling. A History of the World's Greatest Tea*. Nueva York: Bloomsbury, 2015.

Krakauer, Jon: *Into Thin Air. A Personal Account of the Mt. Everest Disaster*. Nueva York: Anchor Books, 1999 [1997] [trad. esp.: *Mal de altura. La gran tragedia del Everest*. Madrid: Editorial Desnivel, 2019 (2008). Traducción de Luis Murillo Fort].

Kumar, Radha: *Paradise at War. A Political History of Kashmir*. Nueva Delhi: Aleph Book Company, 2018.

Lieven, Anatol: *Pakistan. Et besværlig land*. Traducción de Christian Rugstad. Oslo: Font, 2013.

Macfarlane, Robert: *Mountains of the Mind. A History of a Fascination*. Londres: Granta, 2003 [trad. esp.: *Las montañas de la mente. Historia de una fascinación*. Barcelona: Penguin Random House, 2010].

Mallet, Victor: *River of Life. River of Death. The Ganges and India's Future*. Oxford: Oxford University Press, 2017.

Matthiessen, Peter: *The Snow Leopard*. Nueva York: Penguin Books, 2008 [1978] [trad. esp.: *El leopardo de las nieves*. Madrid: Siruela, 2015 (1979). Traducción de José Luis López Muñoz].

McLynn, Frank: *The Burma Campaign. Disaster into Triumph 1942-45*. New Haven: Yale University Press, 2011.

Mitchell, David: *Tea, Love and War. Searching for English Roots in Assam*. Leicestershire: Matador, 2011.

Notovitch, Nicolas: *The Unknown Life of Jesus Christ*. Traducción de J.H. Connelley y L. Landsberg. Nueva York: R.F. Fenno, 1890 [trad. esp.: *Vida secreta de Jesús*. Barcelona: Ediciones Obelisco, 2003. Traducción de Julio Peradejardi].

Palin, Michael: *Himalaya*. Londres: Weidenfeld & Nicolson, 2009 [2004].

Phuntsho, Karma: *The History of Bhutan*. Nueva Delhi: Penguin Random House India, 2018 [2013].

Pierre, Bernard: *Ils ont conquis l'Himalaya*. París: Plon, 1979 [trad. esp.: *Victoria en el Himalaya*. Barcelona: Editorial Juventud, 1984].

Rampa, T. Lobsang: *The Third Eye. The Autobiography of a Tibetan Lama*. Londres: Secker & Warburg, 1956 [trad. esp.: *El tercer ojo: autobiografía de un lama tibetano*. Barcelona: Booket, 2011. Traducción de Rafael Vázquez Zamora].

Sæbø, Sun Heidi: *Kina. Den nye supermakten. Jakten på Xi Jinping og det moderne Kina*. Oslo: Kagge, 2019.

Salisbury, Richard, y Hawley, Elizabeth: *The Himalaya by the Numbers. A Statistical Analysis of Mountaineering in the Nepal Himalaya*. Katmandú: Vajra Publications, 2011.

Schaik, Sam van: *Tibet. A History*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2011.

Searle, Mike: *Colliding Continents. A Geological Exploration of the Himalaya, Karakoram, & Tibet*. Oxford: Oxford University Press, 2017 [2013].

Shakya, Tsering: *The Dragon in the Land of Snows. A History of Modern Tibet Since 1947*. Londres: Penguin Compass, 2000 [1999].

Shipton, Diana: *The Antique Land*. Oxford: Oxford University Press, 1987 [1950].

Shipton, Eric: *Mountains of Tartary*. Londres: Hodder & Stoughton, 1953.

Skrede, Wilfred: *Veien over verdens tak*. Oslo: Gyldendal Norsk Forlag, 1949.

Snelling, John: *Buddhism in Russia. The Story of Agvan Dorzhiev, Lhasa's Emissary to the Tsar*. Dorset: Element Books, 1993.

Spitz, Bob: *The Beatles. The Biography*. Nueva York: Little, Brown and Company, 2005.

Strittmatter, Kai: *We Have Been Harmonised. Life in China's Surveillance State*. Traducción de Ruth Martin. Exeter: Old Street Publishing, 2019.

Svensen, Henrik: *Bergtatt. Fjellenes historie og fascinasjonen for det opphøyde*. Oslo: Aschehoug, 2019 [2011].

Talbot, Ian: *Pakistan. A New History*. Londres: Hurst & Company, 2015 [2012].

Theroux, Paul: *The Great Railway Bazaar*. Boston: Mariner Books, 2006 [1975] [trad. esp.: *El gran bazar del ferrocarril*. Barcelona: Ediciones B, 1999. Traducción de Juan Godó Costa].

Thubron, Colin: *To a Mountain in Tibet*. Londres: Chatto & Windus, 2011 [trad. esp.: *Hacia una montaña en el Tíbet.* Barcelona: RBA, 2012. Traducción de Jordi Fibla].

Tree, Isabella: *The Living Goddess*. Haryana: Penguin Random House India, 2014.

Waihong, Choo: *The Kingdom of Women. Life, Love and Death in China's Hidden Mountains*. Londres: I.B. Tauris & Co., 2017 [trad. esp.: *La tribu de las mujeres: vida, amor y muerte en las recónditas montañas de China*. Barcelona: Península, 2018. Traducción de Andrea Montero].

Ward, Michael: *Everest. A Thousand Years of Exploration*. Cumbria: Hayloft Publishing, 2013 [2003].

Whelpton, John: *A History of Nepal*. Cambridge: Cambridge University Press, 2012 [2005].

Winchester, Simon: *The River at the Centre of the World. A Journey up the Yangtze, and Back in Chinese Time*. Londres: Penguin Books, 1996.

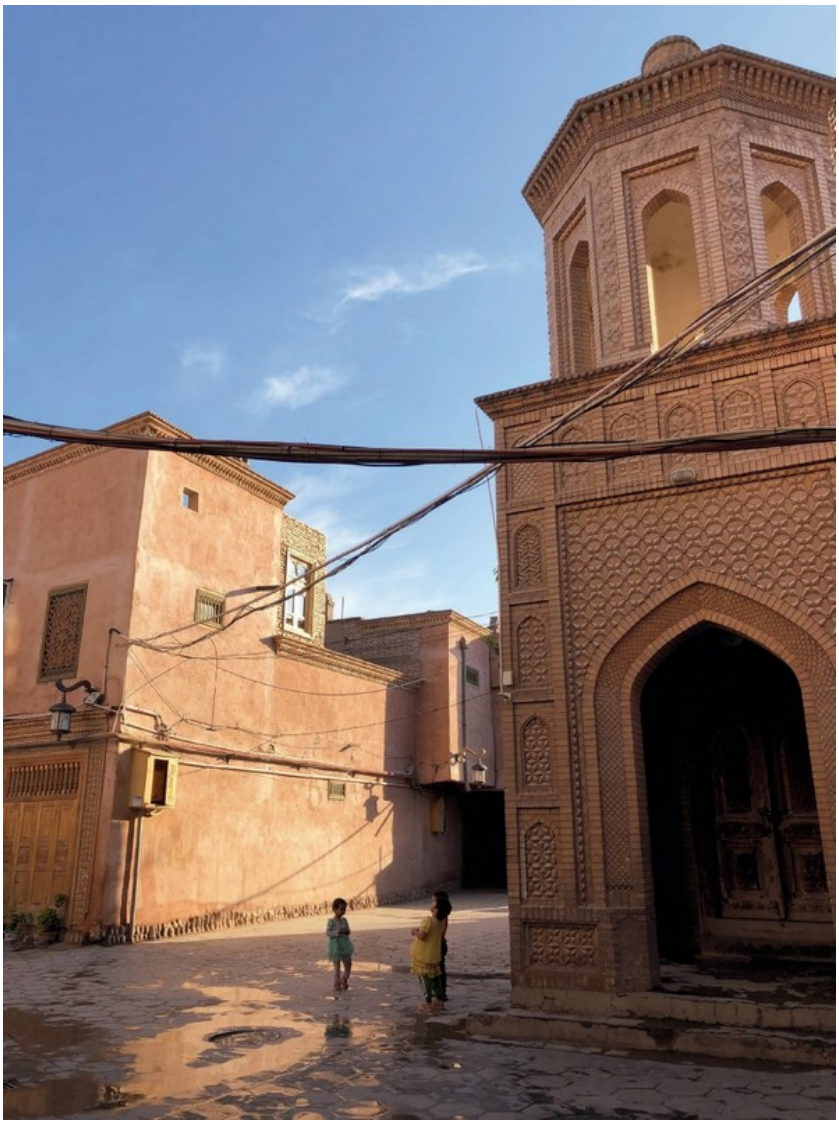
Woodman, Dorothy: *Himalayan Frontiers. A Political Review of British, Chinese, Indian and Russian Rivalries*. Londres: Barrie & Rockliff, The Cresset Press, 1969.

Younghusband, Francis: *Kashmir*. Londres: Adam and Charles Black, 1909.

—: *The Heart of a Continent. A Narrative of Travels in Manchuria, across the Gobi Desert, through the Himalayas, the Pamirs, and Hunza 1884-1894*. Nueva Delhi: Rupa Publications, 2013 [1896].

Láminas

PRIMERA ETAPA



Un pasado muy nuevo: la famosa ciudad vieja de Kasgar es en la actualidad un decorado reconstruido donde todo lo antiguo es nuevo, edificado para el futuro.

Los restos de la auténtica ciudad antigua de Kasgar tienen un aspecto menos pintoresco, pero más viejo.

Apenas existe otro timonel tan grande como el de Kasgar: Mao Zedong custodiando el pasado y el futuro.

En dirección a Pakistán a través de la seda: Karakorum Highway forma parte de la nueva Ruta de la Seda, una vía de comunicación futura vital entre China y el resto del mundo.

Pakistán

Norte de Pakistán: la autora como motivo exótico.

Habrá probablemente castillos más principescos que la residencia del emir en Karimabad. Aquí aparecen sus estupendas vistas sobre su gente y animales.

Transporte de larga distancia y alegre colorido: decorados camiones pakistanís a la espera de cargar mercancía en China.

Uno de los innumerables desprendimientos de tierra: hay que detener el vehículo, salir de él y, de brazos cruzados, mirar pensativos el trabajo de desbloqueo.

Kikut en Karimabad: algunas vistas tienen más profundidad que otras.

La Pradera de las Hadas: partido de polo salvaje al atardecer. Los colonos británicos sentían inclinación por este deporte y se lo trajeron de casa.

El campo de polo más elevado del mundo se encuentra en el paso de montaña de Shandur [3.700 m s.n.m.]

Juglot: aquí confluyen dos ríos importantes y las tres cordilleras más imponentes del mundo. A la izquierda del río Gilgit vemos el Karakórum. El Himalaya aparece a la derecha del río Indo. El Hindú Kush se alza a lo lejos, a la izquierda.

Las mujeres del pueblo kalash no se esconden. Zaina me acogió calurosamente.

Amrina y Ariana, dos estrellas del pop local rodeadas de amigas y leales fans.

Vistoso traje para la fiesta de la cosecha.

Sosiego recién recuperado: el Buda de Swat, uno de los más grandes del mundo y dinamitado en 2007, fue restaurado con gran pericia y luce entero gracias a un equipo de arqueólogos italianos.

Peshawar: este anciano todavía añora su antiguo hogar en Cachemira, al que no ha regresado desde que se trazó el límite fronterizo en 1947.

Imagen callejera con restos del extinguido esplendor.

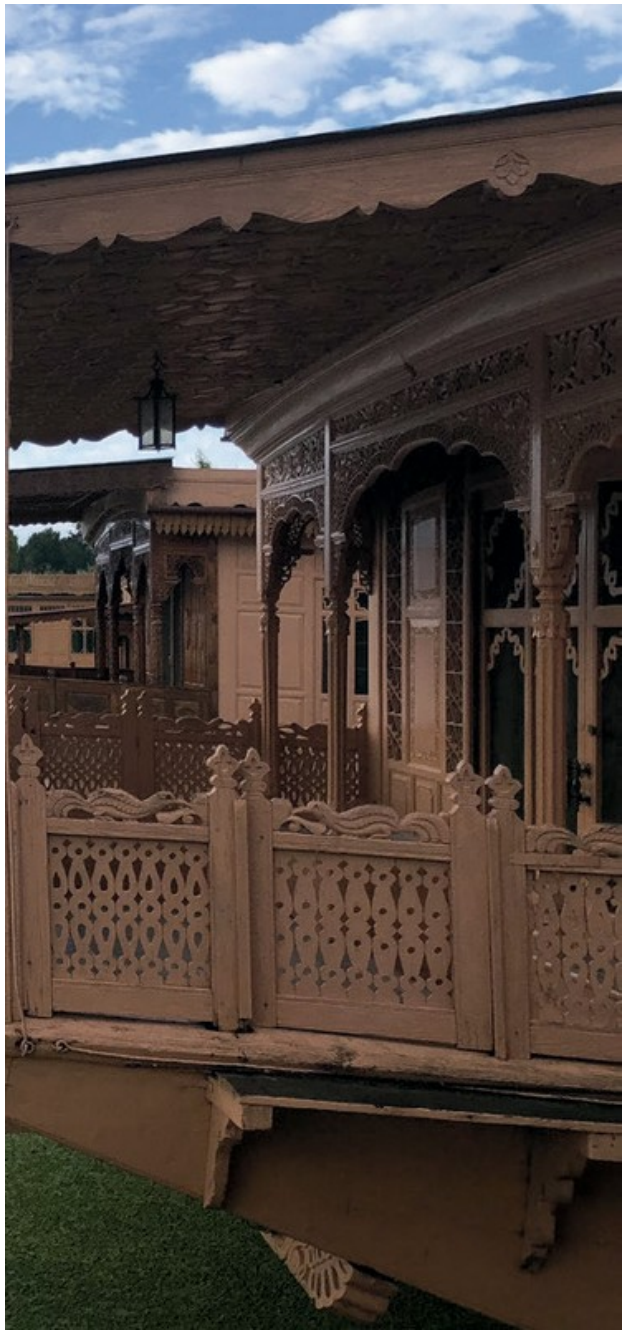
Cachemira: el mercado flotante de verduras de Srinagar.

India

Cachemira: «Si existe un paraíso en la tierra, está aquí, está aquí, está aquí».

El agua refleja el mundo: el templo dorado de Amritsar flota en la noche mientras las viejas casas flotantes de Srinagar se mecen en la mañana.

Las guerras y las treguas se han sucedido; las fronteras se han desplazado numerosas veces, pero Haji Hassan ha permanecido siempre en este lugar.



Alineados en la muerte: cementerio militar indio de Drass donde yacen los fallecidos en la primera guerra sostenida por dos potencias atómicas.

El valle de Spiti en India, «el Pequeño Tíbet»: la pista que se adentra en el valle es si cabe más espectacular que las vistas que ofrece el lugar.

La altura se hace notar: todas las carreteras quedan cerradas al tránsito y el valle permanece aislado cuando el clima extremo se cierne inesperadamente sobre la región.

Un pequeño, en el umbral de la vida monástica.

Tras el balón: día libre de los pequeños monjes.

«La carretera más traicionera del mundo. » La autora decidió no enviar esta foto a sus familiares hasta no haber abandonado el valle de Spiti.

Monjitas leyendo aplicadamente durante el rezo matutino.

The Fab Four: turismo espiritual en Rishikesh. El Maharishi estaba ausente cuando se tomó esta fotografía.

El joven y bravo Ganges discurre hacia las tierras bajas: en la imagen, el ritual de la puesta del sol en Haridwar.

El Ganges más joven: el nacimiento del río, la «Boca de Vaca», donde el Himalaya ofrece su regalo a la India.

Peregrino lavándose con agua helada y pura.

Darjeeling: té, té y más té.

Hospitalidad de alto nivel: Semla, princesa jubilada de Sikkim.

Bután

Danzas rituales en Bumthang, Bután. A la luz del día, las danzas las realizan monjes ricamente ataviados. Por la noche, los ritmos se vuelven más salvajes.

Bumthang: viejos y jóvenes corren por el portal en llamas durante la noche.

Figura universal: el payaso…

… y la muerte.

La suerte gira y gira: la auténtica fiesta popular tiene lugar en la plaza del mercado, lejos de los templos.

La iluminación consigue crear una atmósfera romántica; solitarios jóvenes en el karaoke de Mongar cantan a mujeres ausentes.

El tiro con arco es el deporte nacional de Bután, pero los dardos le siguen en segunda posición.

Hospitalidad doble: dos felices hermanas en Merak.

Este enorme Buda, en las afueras de Thimpu, brinda una sosegada bienvenida a la capital.

En Bután, los símbolos fálicos son una llamativa visión cotidiana.

Al borde del precipicio y de la belleza: el Nido del Tigre, uno de los templos más sagrados del Himalaya, se aferra a la ladera.

El extraño takín, el animal nacional de Bután, es una especie de cabra antílope, también llamado cabra gnu. Durante mucho tiempo se creyó que era un animal puramente mítico, al igual que el yeti.

India

Arunachal Pradesh, «el país de las montañas iluminadas por el amanecer»: las viejas montañas en Syningom se cuentan entre las más jóvenes del mundo. El Himalaya es una cordillera de reciente formación desde el punto de vista geológico.

Un monarca para los tiempos modernos: Towen Phawang, el *angh* del pueblo konyak, en su casa situada en la frontera entre India y Myanmar.

Mujer apatani del valle del Ziro, en Arunachal Pradesh.

Segunda etapa

Valle de Katmandú: la diosa toma el cuerpo de una niña, la kumari, y protege al rey a través de ella; nunca ha dejado de ser una diosa viviente. Matina, kumari real de 2008 a 2017.

Dhana.

Chanira, kumari de 2000 a 2010.

Máquina de la muerte: campo base del Everest, 5.364 m s.n.m. Detrás de este enorme campamento, emplazado en un vasto glaciar, vemos la traidora cascada de hielo que todos los alpinistas tienen que superar para poder ascender a la Santa Madre del Universo.

Equipamiento y suministro para los aventureros: hay que subirlo todo cargado en sufridos lomos y espaldas.

NEPAL

Leyenda militar viva: la Brigada Gurka. El entrenamiento de los esperanzados aspirantes.

Más de setecientos templos y monumentos históricos sufrieron daños durante el terremoto de 2015. Los ingentes trabajos de restauración se prolongarán todavía varios años.

Angel Lama, orgulloso ganador del primer concurso de belleza para personas trans de Nepal.

Una vida corta para el cabrito.

En otro mundo: los chamanes, poseídos por el dios, bailan en Tumarkhad para la población.

Reformador local: Shoudana, el chamán de Simikot, ha reducido de nueve a cinco los días que las mujeres están obligadas a dormir en las cabañas de menstruación.

Kokila, en Tumarkhad, se asegura de que sus nueras cumplan con las tradiciones.

China

Frontera: el Alto Mustang a la izquierda de la cerca de espino.

El Alto Mustang: campamento nómada

El Alto Mustang: construcciones nuevas para las personas que tuvieron que abandonar su pueblo por falta de agua.

El Tíbet, árido y situado a gran altura, tiene uno de los climas más secos de Asia. La imagen muestra el lugar donde una vez existió el reino de Guge.

Banderas de colores en un paisaje yermo.

Reverente plegaria al final del viaje: dos peregrinos indios han llegado al lago Manasarovar, tan sagrado que sus aguas pueden borrar los pecados de cien vidas.

Al sagrado monte Kailash acuden miles de peregrinos desde todo el Tíbet para presenciar cómo alzan el mástil en *saga dawa*, el mes más sagrado. Las mujeres llevan banderas y ruedas de plegaria.

Del júbilo al estupor: aquí levantan el mástil hacia el cielo; aquí se mantiene en pie; aquí se cae; aquí yace en el suelo entre la multitud sumida en un ensordecedor silencio.

Miles de peregrinos caminan alrededor del sagrado monte. Todo tibetano tiene que rodear el monte Kailash dos veces por lo menos a lo largo de su vida. El mal tiempo no es un impedimento.

Más arriba de donde no crecen árboles: los últimos matojos de hierba entre las piedras. Detrás del yak se vislumbra el monte Everest.

Lhasa en la actualidad: una moderna ciudad china de provincias en suelo tibetano.

La impresionante fachada del palacio Potala, que ya no aloja a ningún dalai lama.

En todas partes las banderas de plegaria y las lámparas de mantequilla son tan abundantes como los devotos deseos y esperanzas de los tibetanos.

Este es el aspecto de Shangri-La.

Garganta del Salto del Tigre: turismo de masas chino en su propio imperio.

Turistas felices posan con trajes típicos tibetanos.

En el Reino de las Mujeres la abuela es la jefa. Kumu da la bienvenida, sentada en la habitación destinada a la abuela. Lo que le resulta más agradable es recibir visitas.

Himalaya
Un viaje a través de Pakistán, India, Bután, Nepal y China
Erika Fatland

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Høyt. En reise i Himalaya*

Fotografía de la portada: vista sur del monte Everest desde el parque nacional de Sagarmatha (Nepal). © Alun Richardson / Westend61 / Getty Images
Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

© Erika Fatland, 2020. Publicado por acuerdo con Copenhaguen Literary Agency. Copenhaguen

Traducción: © Carmen Freixanet, 2022

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

ISBN: 978-84-1107-203-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Pablo Barrio

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!